# LOS NÁUFRAGOS DEL "JONATHAN"

JULIO VERNE

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

© 2003, ELALEPH.COM S.R.L.

contacto@elaleph.com
http://www.elaleph.com

**JULIO VERNE**

# LOS NÁUFRAGOS DEL "JONATHAN"

Ediciones el**aleph**.com

# Primera Parte
# Capítulo I
# El guanaco

Era un animal grácil, de cuello largo y elegante curvatura, de grupa redonda, nerviosas y finas las patas, los ijares entrados, el pelaje de color rojizo oteado de blanco, la cola corta, en penacho, muy luda. En aquellas tierras le llaman guanaco; en francés: guanaque. Vistos de lejos, estos rumiantes crean con frecuencia la ilusión de caballos montados y, más de un viajero confundido por esa apariencia, ha tomado una de sus manadas que galopan en el horizonte, por un grupo de jinetes.

Ese guanaco, única criatura visible en aquella desierta región, se detuvo en la cresta de un montículo, en el centro de una extensa pradera donde los juncos se rozaban sonoramente unos con otros y apuntaban sus afiladas agujas entre matas de plantas espinosas. Vuelto el hocico hacia el viento, aspiraba las emanaciones traídas por una ligera brisa del este. El ojo avizor, erguida la oreja giratoria, estaba al acecho, dispuesto a emprender la huida al menor ruido sospechoso.

La llanura no ofrecía una superficie uniformemente lisa. Aquí y allá se veían ondulaciones formadas por los barrancos que las grandes lluvias borrascosas habían dejado a su paso. Resguardado por uno de esos rellanos, a poca distancia del montículo, reptaba un indígena, un indio, que no podía ser descubierto por el guanaco. Casi totalmente desnudo, cubierto tan sólo por los jirones de piel de animal, avanzaba sin ruido, deslizándose por la hierba,

ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

para acercarse a la presa codiciada sin espantarla. Esta, sin embargo, empezaba a dar señales de inquietud, como si temiera un peligro inminente.

De pronto un lazo cortó el aire silbando y se desenrolló hacia el animal. La larga correa no alcanzó su objetivo, resbaló y, de la grupa, cayó al suelo.

Había fallado el golpe. El guanaco había huido a todo correr. Ya había desaparecido detrás de un grupo de árboles cuando el indio llegó a la cima del montículo.

Pero si bien el guanaco no corría ya ningún peligro, era ahora el hombre el que se hallaba amenazado.

Después de recuperar el lazo, cuyo extremo llevaba sujeto en el cinturón, se dispuso a bajar cuando un furioso rugido estalló a pocos pasos de él. Casi al instante, una fiera se abalanzó a sus pies.

Era un imponente jaguar, de pelaje grisáceo jaspeado de manchas negras, más claras en el centro, que imitaban la pupila de un ojo.

El indígena conocía la ferocidad de aquel animal que con sus quijadas podía estrangularlo con un solo golpe. Retrocedió de un salto. Desgraciadamente, cayó al perder el equilibrio por una piedra que rodó debajo de su pie. Mano en alto intentó defenderse con una especie de cuchillo, hecho con un hueso de foca muy afilado, que había conseguido sacar del cinturón. Incluso creyó por un instante que podría levantarse y colocarse en mejor postura. No tuvo tiempo. El jaguar, levemente herido, cargó con furor sobre él. Estaba perdido; derribado, la fiera le desgarraría el pecho.

En aquel preciso momento retumbó el seco estampido de una carabina. El jaguar cayó fulminado, con el corazón atravesado por una bala.

Cien pasos más allá un ligero vapor blanco flotaba por encima de una de las rocas del acantilado.

De pie, en la roca, estaba un hombre con la carabina aún encarada.

Aquel hombre, de tipo ario muy acusado, no era un compatriota del herido. Aunque muy atezado, no era de piel oscura, ni tenía la nariz ensanchada en un profundo entrante de las órbitas, ni los pómulos salientes, ni corta la frente debajo de un ángulo huidizo, ni los ojos pequeños de la raza indígena. Por el contrario, su fisonomía era inteligente y su frente amplia, surcada por las múltiples arrugas del pensador.

Aquel personaje llevaba el pelo, entrecano como la barba, cortado al rape. Hubiera sido imposible precisar su edad en un margen de diez años, pero debía andar entre los cuarenta y los cincuenta. Era alto y parecía dotado de una robustez atlética, de una constitución vigorosa, así como de una inquebrantable salud. Los rasgos de su rostro eran enérgicos y graves y toda su persona expresaba arrogancia tan diferente de la orgullosa vanidad de los necios, lo que daba una verdadera nobleza a su actitud y a sus gestos.

Comprendiendo que no sería necesario disparar por segunda vez su carabina, el recién llegado la bajó, la descargó, se la puso debajo del brazo, y luego se dio la vuelta hacia el sur.

En esa dirección, más abajo del acantilado, se extendía una amplia superficie de mar. Inclinándose, el hombre llamó: «¡Karroly...!», y añadió dos o tres palabras en una lengua áspera y gutural.

Minutos más tarde, por una hendidura del acantilado, apareció un adolescente de unos diecisiete años, seguido muy de cerca por un hombre en plena madurez. No cabía duda de que ambos eran indios, a juzgar por su tipo, muy diferente al de aquel blanco que, con tan notorio escopetazo, acababa de mostrar su destreza. De fuerte musculatura, de anchas espaldas, corpulento el torso, gruesa cabeza cuadrada sobre un cuello robusto, una estatura de unos cinco pies, muy oscura la piel y muy negro el cabello, con unos ojos de mirada aguda debajo de unas cejas poco espesas y con una barba de escasos pelos, así era aquel hombre que parecía haber pasado ya de los cuarenta años. En aquel ser de raza inferior, los caracteres de la bestialidad pero de una bestialidad dulce

y cariñosa, rivalizaban tanto con los de la humanidad que uno se habría sentido tentado a compararle, más que una fiera, con un perro bueno y fiel, con uno de esos intrépidos terranova que pueden llegar a ser el compañero, y más que el compañero, el verdadero amigo de su amo. Y ciertamente acudió a la llamada de su nombre como uno de esos abnegados animales.

En cuanto al muchacho, su hijo, al parecer, cuyo cuerpo, flexible como el de una serpiente, estaba totalmente desnudo, daba la impresión de ser, desde el punto de vista intelectual, muy superior a su padre. Su frente más desarrollada, sus ojos vivos y expresivos, manifestaban inteligencia y, lo que es más importante, rectitud y sinceridad.

Al reunirse los tres personajes, los dos hombres intercambiaron algunas palabras en aquella lengua indígena caracterizada por una corta aspiración a mitad de la mayoría de las palabras. Después todos se encaminaron hacia el herido que yacía en el suelo junto al jaguar derribado.

EI desgraciado había perdido el conocimiento. La sangre manaba del pecho lacerado por las garras de la fiera. Sin embargo, al sentir que una mano tocaba su tosca prenda de vestir, volvió a abrir los ojos que tenía cerrados.

Viendo quién acudía a socorrerle, pasó por su mirada una débil luz de alegría y sus descoloridos labios murmuraron un nombre:

–¡El Kaw–djer...!

Kaw–djer, palabra que en lengua indígena significa el amigo, el bienhechor, el salvador, hermoso nombre que se refería evidentemente a aquel blanco, pues éste hizo un gesto afirmativo.

Mientras él prestaba asistencia al herido, Karroly volvió a bajar por la grieta del acantilado, para regresar enseguida con un morral que contenía un estuche de cirugía y varios frascos llenos de jugo de ciertas plantas del país. Mientras el indio sostenía sobre sus rodillas la cabeza del herido, cuyo pecho quedaba a descubierto, el Kaw–djer lavó las heridas y restañó la sangre. A continuación acercó los labios a las heridas, cubriéndolas con

tapones de hilas empapadas en el contenido de unos frascos y, tras haber desatado su faja de lana, la puso alrededor del pecho del indígena, manteniendo así todo el apósito.

¿Sobreviviría aquel desgraciado? El Kaw–djer pensaba que no. Ningún remedio podría provocar la cicatrización de aquellas desgarraduras que parecían afectar incluso al estómago y a los pulmones.

Al ver Karroly que los ojos del herido acababan de abrirse, aprovechó para preguntar:

–¿Dónde está tu tribu?

–Allí..., allí... –murmuró el indígena, señalando en dirección al este con la mano.

–Debe de ser a ocho o diez millas de aquí, en la orilla del canal –dijo el Kaw–djer–; aquel campamento cuyos fuegos divisamos anoche.

Karroly asintió con la cabeza.

–No son más que las cuatro –añadió el Kaw–djer–, pero la marea subirá pronto. No podremos salir hasta el amanecer...

–Sí –dijo Karroly.

El Kaw–djer prosiguió:

–Halg y tú van a transportar a este hombre y lo acostaran en la barca. No podemos hacer más por él.

Karroly y su hijo se prepararon para obedecer. Cargados con el herido empezaron a descender hacia la playa. Luego, uno de ellos volvería a buscar al jaguar, cuya piel se vendería cara a los traficantes extranjeros.

Mientras sus compañeros llevaban a cabo esta doble tarea, el Kaw–djer se alejó algunos pasos y trepó por una de las rocas del aserrado acantilado. Desde allí, su mirada alcanzaba todos los puntos del horizonte. A sus pies se recortaba un litoral caprichosamente dibujado que formaba el límite norte de un canal de varias leguas de anchura. La orilla opuesta abierta al infinito por brazos de mar, se desvanecía en vagas alineaciones, un sembrado de islas e islotes que en la lejanía aparecían vaporosos. Ni por el

este ni por él oeste se veían los límites de dicho canal, a lo largo del cual corría el alto y macizo acantilado.

Hacia el norte se extendían interminablemente praderas y llanos, listados por numerosos cursos de agua que iban a parar al mar, bien en torrentes tumultuosos, bien en cataratas retumbantes. De la superficie de aquellas inmensas praderas surgían aquí y allá, verdes islotes, espesos bosques entre los cuales se habría buscado en vano un pueblo, y cuyas cimas se teñían de púrpura con los rayos del sol que llegaba entonces a su ocaso. Más allá, limitando el horizonte por aquella parte, se perfilaban las macizas formas de una cordillera coronada por la blancura deslumbrante de los glaciares.

Hacia el este, el relieve de la región era más acentuado. Perpendicularmente al litoral, el acantilado se escalonaba en niveles sucesivos y luego se alzaba por fin bruscamente en picos agudos que iban a perderse en las zonas elevadas del cielo.

Aquellos parajes parecían totalmente desiertos. La misma soledad también en el canal. Ni una embarcación a la vista, ni siquiera una canoa de corteza o una piragua de velas. En fin, por más lejos que alcanzara la vista ni de las islas del sur, ni de punto alguno del litoral o saliente del acantilado, se elevaba ningún humo que atestiguara la presencia de criaturas humanas.

El día había llegado a esa hora, siempre impregnada de cierta melancolía, que precede inmediatamente al crepúsculo. Grandes pájaros planeadores, formados en bandadas ruidosas, hendían el aire en busca de su cobijo nocturno.

El Kaw–djer, con los brazos cruzados y de pie sobre la roca en que se había subido, guardaba la inmovilidad de una estatua. Pero mientras contemplaba aquella prodigiosa extensión de tierra y de mar, última parcela del globo que no pertenecía a nadie, última región que no sucumbía bajo el yugo de las leyes, un éxtasis iluminaba su rostro, palpitaban sus párpados y sus ojos brillaban por un entusiasmo sagrado.

Permaneció así largo rato, bañado de luz y azotado por la brisa[1], después abrió los brazos, los tendió hacia el espacio y un profundo suspiro hinchó su pecho, como si hubiera querido abarcar con un abrazo, aspirar de un respiro todo el infinito. Entonces, mientras su mirada parecía desafiar al cielo y recorría orgullosamente la tierra, de los labios escapó un grito que resumía su salvaje apetito de una libertad absoluta, sin límites.

Aquel grito era el de los anarquistas de todos los países, era la célebre fórmula, tan característica, que a menudo se emplea como sinónimo de su nombre, y cuyas cuatro palabras encierran toda la doctrina de esa secta tan temible.

« ¡Ni Dios, ni amo...! », proclamaba con voz sonora, en tanto que el cuerpo, medio inclinado por encima de las olas, fuera de la arista del acantilado, parecía barrer el inmenso horizonte con un gesto huraño.

[1] Se trata de la brisa que pasa por el cabo de Hornos, conocido por la fuerza de sus vientos

## Capítulo II
## Misteriosa existencia

Los geógrafos designan con el nombre de Tierra de Magallanes al conjunto de islas e islotes agrupados entre el Atlántico y el Pacífico en la punta sur del continente americano. Las tierras más australes de este continente, es decir, el territorio de la Patagonia, prolongadas por las dos extensas penínsulas Rey Guillermo[2] y Brunswick, acaban en uno de los cabos de esta última, el cabo Forward. Todo aquello que no está directamente unido a ellas, todo aquello que queda separado por el estrecho de Magallanes, constituye ese territorio al qué precisamente se le ha dado el nombre del ilustre navegante portugués del siglo XVI.

La consecuencia de esa disposición geográfica es que, hasta 1881, aquella parte del Nuevo Mundo no fue incorporada a ningún Estado civilizado, ni siquiera a sus más próximos vecinos, Chile y la República Argentina, que por entonces se disputaban las pampas de la Patagonia. La Tierra de Magallanes no pertenecía a nadie y podían fundarse allí colonias que conservasen su total independencia.

Y sin embargo esa región no es de una extensión insignificante, pues en una superficie de cincuenta mil kilómetros comprende, además de una gran cantidad de islas de menor importancia, la Tierra de Fuego, la Tierra de la Desolación, las islas Clarence, Hoste, Navarino y también el archipiélago del Cabo de Hornos, formado a su vez por las islas Grévy, Wollas-

[2] Corresponde a la península llamada de Muñoz Gamero.

ton, Freycinet, Hermite, Herschel, así como islotes y arrecifes con los que la enorme masa del continente americano termina, deshaciéndose en polvo.

De las diversas parcelas que forman la Tierra de Magallanes, la Tierra del Fuego es con mucho la más extensa. Al norte y al oeste limita con un litoral muy recortado desde el promontorio del Espíritu Santo hasta Magdalena. Después de proyectarse hacia el oeste con una península toda deshilachada, dominada por el monte Sarmiento, se prolonga al sudeste por la punta de San Diego, especie de esfinge acurrucada cuya cola se baña las aguas del estrecho de Le Maire.

Los acontecimientos que acabamos de relatar habían sucedido en el mes de abril de 1880, en aquella gran isla. Aquel canal que el Kaw–djer tenía bajo sus ojos durante su atormentada meditación lleva el nombre del canal de Beagle, que corre al sur de la Tierra del Fuego y cuya orilla opuesta esta formada por las islas Gordon, Hoste, Navarino Picton. Todavía más al sur se desmenuza el caprichoso archipiélago del Cabo de Hornos.

Aproximadamente unos diez años antes del día escogido como punto de partida de este relato, aquel a quien los indios llamarían más adelante el Kaw–djer, había sido visto por primera vez en el litoral fueguino. ¿Cómo había llegado hasta allí? Sin duda a bordo de uno de aquellos numerosos buques, veleros y steamers que, siguiendo las sinuosidades del laberinto marítimo de la Tierra de Magallanes y de las islas que la prolongan en el océano Pacífico, comercian con los indígenas pieles de guanacos vicuñas, ñandús y lobos marinos.

Así podía explicarse fácilmente la presencia de aquel extranjero, pero, respecto a saber cuál era su nombre, a qué nacionalidad pertenecía, si por su nacimiento estaba vinculado al Antiguo o al Nuevo Mundo, esas eran otras preguntas a las que hubiera sido difícil responder.

No se sabía absolutamente nada de él. Por otra parte, también hay que decirlo, nadie había intentado nunca buscar información sobre su persona. ¿Quién, en aquel país donde no existía ninguna

autoridad, habría estado calificado para interrogarle? No se encontraba en uno de aquellos Estados organizados donde la policía se preocupa por el pasado de las personas y donde es imposible permanecer por mucho tiempo. Aquí, nadie era depositario de ningún poder y se podía vivir al margen de todas las costumbres, de todas las leyes, gozar de la mas completa libertad.

Durante los dos primeros años que siguieron a su llegada a la Tierra del Fuego, no intentó el Kaw–djer establecerse en un lugar fijo. Surcando caminos por esas tierras con sus vagabundeos, entró en relación con los indígenas, pero sin acercarse jamás a las escasas factorías explotadas aquí y allá por colonos de raza blanca. Siempre que establecía comunicación con uno de los navíos que hacían escala en algún punto del archipiélago, recurría a la media un fueguino y, únicamente para proveerse de municiones y de sustancias farmacéuticas. Pagaba aquéllas compras, bien por medio de trueques, bien en moneda española o inglesa de las que no parecía estar desprovisto.

Dedicaba el tiempo restante a ir de tribu en tribu, campamento en campamento. Como los indígenas, vivía del producto de su caza y de su pesca, unas veces entre las familias del litoral, otras en los poblados del interior, compartiendo sus chozas o sus tiendas, cuidando a los enfermos, socorriendo a viudas y huérfanos, adorado por aquellas pobres gentes que no tardaron en otorgarle el glorioso apodo con el que ahora se le conocía de punta a punta del archipiélago.

No cabía duda de que el Kaw–djer era un hombre instruido y que había hecho estudios muy completos, especialmente de medicina. Conocía también varias lenguas e indistintamente franceses, ingleses, alemanes, españoles y noruegos hubieran podido tomarle por un compatriota. Aquel enigmático personaje no había tardado en añadir a su bagaje de políglota el yaghon. Dominaba aquel idioma, el mas empleado en la Tierra de Magallanes y del que todos los misioneros se han servido para traducir diversos pasajes de la Biblia.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

Lejos de ser inhabitable como generalmente se cree, la Tierra de Magallanes, donde el Kaw–djer había establecido su vida, es muy superior a la mala fama que le dieron los relatos de sus primeros exploradores. La verdad es que sería exagerado transformarla en paraíso terrestre y obra de mala voluntad sería negar que, en su punta extrema, el Cabo de Hornos está asolado por tempestades cuya frecuencia solo es igualada por su furor. Pero hay también países en Europa que alimentan a una población numerosa, aunque las condiciones de existencia sean mucho más duras. Si bien el clima es húmedo en grado extremo, aquel archipiélago debe al mar que le rodea, una indiscutible regularidad de temperaturas y no tiene que sufrir los fríos rigurosos de la Rusia septentrional, de Suecia y de Noruega. La media termométrica nunca desciende por debajo de los cinco grados centígrados en invierno ni sube por encima de los quince grados en verano.

A falta de observaciones meteorológicas, el aspecto de aquellas islas debería haber prevenido contra cualquier apreciación exageradamente pesimista. La vegetación alcanza en ellas una riqueza que le habría sido vedada en la zona glacial. Existen inmensos pastos que bastarían para alimentar a innumerables rebaños y extensos bosques en los que se encuentran en abundancia el haya antártica, el abedul, el berberis y el canelo[3]. No cabe duda de que nuestros vegetales comestibles se aclimatarían fácilmente y de que muchos de ellos, incluso el trigo candeal, podrían crecer en abundancia.

Sin embargo, estos parajes que no son inhabitables, están prácticamente deshabitados. Su población no comprende más que un número escaso de indios, catalogados con el nombre de fueguinos o de pecherés, verdaderos salvajes que podríamos clasificar en el grado más bajo de la humanidad: viven casi entera-

[3] «Drymis winteri» o «Corteza del Wintera Aromatica"; empleada en farmacia. Etimología: Winter, marino inglés del siglo XIII. En algunos países llamada también Winterania.

mente desnudos y llevan una vida errante y miserable a través de aquellas extensas soledades.

Antes de la época en que empieza esta historia, hacía ya mucho tiempo que Chile, al fundar el asentamiento de Punta Arenas en el estrecho de Magallanes, parecía haber prestado cierta atención a aquellas tierras mal conocidas. Pero a eso se había limitado su esfuerzo y, a pesar de la prosperidad de su colonia, no hizo ninguna tentativa para tomar posesión del archipiélago magallánico propiamente dicho.

¿Qué sucesión de acontecimientos habían conducido al Kaw–djer a aquella región ignorada por la mayor parte de los hombres? Aquello también era un misterio, pero el grito lanzado desde lo alto del acantilado, como un desafío al cielo y como un agradecimiento apasionado a la tierra, permitía descubrir en parte aquel misterio.

«¡Ni Dios, ni patrón!», la fórmula clásica de los anarquistas. Cabía, pues, suponer que el Kaw–djer pertenecía, también, a esa secta, multitud heteróclita de criminales y de iluminados. Aquéllos, roídos la ambición y el odio, siempre dispuestos a la violencia y al asesinato; éstos, verdaderos poetas que sueñan con una humanidad quimérica de la que el mal sería desterrado para siempre mediante la supresión de las leyes imaginadas para combatirlo.

¿A cuál de las dos clases pertenecía el Kaw–djer? ¿Sería uno de aquellos libertarios amargados, uno de esos apologistas de la acción directa y de la propaganda por el hecho que, rechazado sucesivamente por todas las naciones, sólo había encontrado refugio en esa extremidad del mundo habitable?

Difícilmente podría tal hipótesis concordar con la bondad de la que había dado tantas pruebas desde su llegada al archipiélago magallánico. Quien infinidad de veces había puesto tanto afán en salvar existencias humanas, jamás podía haber soñado destruirlas. Que fuera anarquista, sí, puesto que el mismo lo proclamaba, pero entonces pertenecía al sector de los soñadores y no al de los profesionales de la bomba y el cuchillo. Si así era, realmente su

exilio no podía ser más que el desenlace lógico de un drama interior y no un castigo decretado por una voluntad ajena. Sin duda, embriagado por sueño, no había podido soportar las férreas leyes que en el universo civilizado llevan al hombre atado desde la cuna hasta la muerte, y llegó el momento en que el aire se le había hecho irrespirable en aquella jungla de innumerables leyes por las que los ciudadanos compran a cambio de su independencia un poco de bienestar y de seguridad. Al impedirle su carácter querer imponer por la fuerza sus ideas y sus repugnancias, no pudo hacer otra cosa que partir a la búsqueda de un país en el que no se conociera la esclavitud, y quizá fuera ésta la razón por la que había ido a parar finalmente a la Tierra de Magallanes, único punto, en toda la capa de la Tierra, donde quizá reinase aún la libertad íntegra.

Durante los primeros tiempos de su estancia, unos dos años, el Kaw–djer no se movió de la isla grande en la que había desembarcado.

La confianza que inspiraba a los indígenas, su influencia sobre las tribus, no dejaron de ir en aumento. Iban a consultarle desde las otras islas recorridas por los indios canoes, o indios de piraguas cuya raza es algo diferente a la de los yacanas que pueblan la Tierra del. Fuego. Esos miserables pecherés que, al igual que sus congéneres, viven del producto de su caza y de su pesca; acudían al «Benefactor» cuando éste se encontraba en el litoral de canal de Beagle. El Kaw–djer nunca negaba a nadie sus consejos ni sus cuidados. Incluso a menudo, en ciertas circunstancias graves, cuando alguna epidemia hacia estragos arriesgaba sin regatear su vida para combatir el azote. Su fama no tardó en extenderse por todas aquellas tierras. Incluso traspasó el estrecho de Magallanes. Se supo que un extranjero instalado en la Tierra del Fuego, había recibido de los indios agradecidos el título de Kaw–djer las veces que le fue solicitado ir a Punta Arenas. Pero ninguna instancia pudo vencer la negativa con la que invariablemente respondía. Era como si no quisiera volver a pisar un suelo que ya no sintiera libre.

A fínales del segundo año de su estancia, se produjo un incidente cuyas consecuencias iban a tener influencia sobre su vida ulterior.

Si el Kaw–djer se obstinaba por su parte en no ir al burgo chileno de Punta Arenas situado en el territorio de la Patagonia, los patagones a su vez no se privaban de invadir a veces el territorio magallánico. Transportados en pocas horas a la orilla sur del estrecho de Magallanes, ellos y sus caballos hacen largas excursiones, lo que en América se llaman grandes raids[4], de un extremo a otro de la Tierra del Fuego, atacando a los fueguinos, exigiéndoles rescate, saqueándoles, apoderándose de los niños a los que se llevan como esclavos a las tribus patagonas.

Entre los patagones o tchnelts y los fueguinos existen diferencias étnicas bastante sensibles respecto a la raza y las costumbres, siendo los primeros infinitamente más temibles que los segundos. Estos viven de su pesca y apenas si se reúnen por familias, mientras que aquéllos son cazadores y forman tribus compactas bajo la autoridad de un jefe. Por otra parte, la estatura de los fueguinos es algo inferior a la de sus vecinos del continente. Se les reconoce por su gran cabeza cuadrada, los pómulos salientes de su cara, sus cejas escasas, y la depresión de su cráneo. En suma, se les tiene por seres bastante miserables cuya raza, sin embargo, no esta próxima a extinguirse, ya que el número de niños es tan considerable que se podría comparar con el de los perros que pululan alrededor de los campamentos.

Por el contrario, los patagones son altos, vigorosos y bien proporcionados. Llevan la barba rasurada, pero dejan sueltos sus largos cabellos negros sujetos en la frente por una cinta. Su rostro aceitunado es más ancho en las mandíbulas que en las sienes, algo alargados los ojos, según el tipo mongol y éstos, profundamente hundidos en órbitas bastante estrechas, brillan, a ambos lados de una nariz ancha y remachada. Intrépidos e infatigable jinetes, necesitan amplios espacios para recorrer con sus no menos infatiga-

[4] Incursiones

bles cabalgaduras, inmensos pastos para el alimento de sus caballos, terrenos de caza donde perseguir guanacos, vicuñas y ñandús.

Durante sus incursiones por la Tierra del Fuego, el Kaw–djer se había encontrado con ellos más una vez, pero hasta entonces nunca había tenido que enfrentarse con aquellos crueles depredadores que Chile y Argentina se ven en la incapacidad de contener.

En noviembre de 1872, cuando sus peregrinaciones le habían conducido a la costa oeste de la tierra fueguina, cerca del estrecho de Magallanes, el Kaw–djer tuvo que intervenir por primera vez contra ellos, en favor de los pecherés de la Bahía Inútil.

Esta bahía, limitada al norte por terrenos pantanosos, forma un profundo entrante aproximadamente frente al emplazamiento donde Sarmiento, estableció su colonia de Puerto del Hambre, de tan siniestra memoria.

Una partida de tchnelts, tras desembarcar en la orilla sur de la Bahía Inútil, atacó un campamento de yacanas, compuesto tan sólo por una veintena de familias. La superioridad numérica estaba de parte de los asaltantes, más robustos y a la vez mejor armados que los indígenas.

Estos intentaron, sin embargo, luchar bajo el mando de un indio canoe que acababa de llegar al campamento con su piragua.

Aquel hombre se llamaba Karroly. Ejercía el oficio de práctico y guiaba los buques de cabotaje que se arriesgaban por el canal de Beagle y por entre las islas del archipiélago del Cabo de Hornos. Había hecho escala en la Bahía Inútil cuando regresaba de haber guiado un navío hasta Punta Arenas.

Karroly organizó la resistencia y, ayudado por los yacanas, intentó rechazar a los agresores. Pero la lucha se presentaba demasiado desigual. Los pecheres no podían oponer una defensa importante. El campamento fue invadido, destruyeron las tiendas y corrió la sangre. Las familias se vieron dispersadas.

Dos patagones se precipitaron hacia la piragua donde Halg, el hijo de Karroly, que por entonces tenia unos nueve años, se había quedado esperando a su padre durante la lucha.

El muchacho no quiso alejarse de la playa, cosa que le hubiera puesto fuera de alcance, pero que habría impedido también que su padre buscara refugio a bordo de la piragua.

Uno de los tchnelts saltó a la embarcación y asió al niño entre sus brazos.

En aquellos instantes Karroly huía del campamento ya en poder de los agresores. Corrió en auxilio de su hijo, al que el tchnelt se llevaba. Una flecha lanzada por el otro patagón pasó silbando junto a su oído, y sin dar en el blanco.

Antes de que fuera arrojada una segunda flecha, retumbó la detonación de un arma de fuego. El raptor, mortalmente herido, rodó por el suelo, mientras su compañero emprendía la huida.

El tiro había sido disparado por un hombre de raza blanca, a quien el azar había conducido al lugar del combate. Aquel hombre era el Kaw–djer.

Urgía que salieran sin demora. Halaron vigorosamente la piragua por la amarra. El Kaw–djer y Karroly con el niño saltaron a bordo y la impulsaron con fuerza haciéndose mar adentro. Se hallaban ya a un cable[5] de la orilla cuando les cubrió una nube de flechas disparadas por los patagones alcanzando una de ellas el hombro de Halg.

Como aquella herida revistiera alguna gravedad, el Kaw–djer no quiso dejar a sus compañeros mientras sus cuidados pudieran ser necesarios. Por ese motivó se quedó en la piragua, que contorneo la Tierra del Fuego, siguió el canal de Beagle, deteniéndose por fin en una pequeña y bien abrigada caleta de la Isla Nueva, donde Karroly había establecido su residencia.

[5] Medida marítima de longitud equivalente a 120 brazas, o sea 185,19 m.

Entonces ya nada había que temer por el muchacho, cuya herida estaba en vías de curación, Karroly no sabía cómo expresar su gratitud.

Cuando el indio desembarcó, después de amarrar la piragua al fondo de la caleta, rogó al Kaw–djer que le siguiera.

–Ahí tengo mi casa –le dijo–; aquí vivo con mi hijo. Si quieres quedarte sólo unos días, sé bienvenido y después mi piragua te llevará de nuevo al otro lado del canal. Si quieres quedarte para siempre, mi hogar será el tuyo y yo seré tu servidor,

A partir de ese día el Kaw–djer no abandonó la Isla Nueva, ni a Karroly, ni a su hijo. Gracias a él, la vivienda del indio canoe había cambiado, resultaba más confortable; además pudo ejercer pronto Karroly su oficio de práctico en mejores condiciones. Su frágil piragua fue sustituida por aquella sólida chalupa, la Wel–Kiej, comprada después del naufragio de un navío noruego, y en que fue depositado el hombre herido por el jaguar.

Pero aquella nueva forma de vida no apartó a Kaw–djer de su obra humanitaria. No dejó de realizar sus visitas a las familias indígenas y continuo acudiendo a todas partes donde pudiera prestar un servicio o sanar cualquier dolor. Transcurrieron así varios años, y cuando nada podía hacer pensar que el Kaw–djer no fuera a continuar para siempre su vida libre en aquella tierra libre, un acontecimiento imprevisto alteró profundamente el curso de la misma.

# Capítulo III
# El final de un país libre

La Isla Nueva controla al este la entrada del canal de Beagle. Con ocho kilómetros de longitud y cuatro de anchura, presenta la forma de un pentágono irregular. No faltan en ella los árboles, particularmente la haya, el fresno, el canelo y varios más de la familia de las mirtáceas y algunos cipreses de mediana altura. En la superficie de las praderas crecen acebos, berberis y helechos de poco medrar. El suelo fértil, la tierra vegetal, propia para el cultivo de legumbres, aparece en ciertos lugares abrigados. En otras partes, donde la capa de humus es insuficiente y más especialmente en las proximidades de las playas, la naturaleza ha bordado un tapiz de líquenes, de musgos y de licopodios.

Hacía diez años que el indio Karroly vivía en aquella isla, al amparo de un alto acantilado frente al mar. No hubiera podido escoger un lugar más favorable. Todos los navíos, al salir del estrecho de Le Maire, pasan a la vista de la Isla Nueva. Si pretenden ganar el océano Pacífico doblando el Cabo de Hornos, no necesitan de la ayuda de nadie. Pero en cambio les resulta indispensable un práctico cuando desean pasar a través del archipiélago, y seguir sus diversos canales.

Sin embargo, son relativamente escasos los navíos que frecuentan los parajes magallánicos, y su número no hubiera bastado para asegurar la existencia de Karroly y de su hijo. Se dedicaba, pues, a la pesca y a la caza, a fin de procurarse objetos de intercambio qué trocaba por todo lo que les era de primera necesidad.

Ciertamente, aquella isla de dimensiones reducidas sólo podía albergar en pequeña cantidades a los guanacos y vicuñas cuya piel es tan buscada, pero en las proximidades existen otras islas de extensión mucho más considerable: Navarino, Hoste, Wollaston, Dawson, sin hablar de la Tierra del Fuego, con sus inmensas llanuras y sus profundas selvas, en las que no faltan ni rumiantes ni fieras.

Durante mucho tiempo, Karroly no había tenia por alojamiento más que una gruta natural excavada en el granito, preferible en cualquier caso a la cabaña de los yacanas. Desde la llegada del Kaw–djer la gruta había sido sustituida por una cabaña cuyo maderamen fue proporcionado por los bosques de la isla, sus piedras por las rocas y su cal por las miríadas de moluscos esparcidos por las playas: terebrátulas, mactras, tritones y unicornios.

En el interior de la casa había tres habitaciones. En el centro, la sala común, con una gran chimenea. A la derecha, la habitación de Karroly y de su hijo. La de la izquierda pertenecía al Kaw–djer en la que se encontraban ordenados en unos estantes sus papeles y sus libros, en su mayor parte obras de medicina, de economía política y de sociología En un armario estaban guardados gran variedad de frascos y de instrumentos de cirugía.

Y fue a aquella casa a donde volvió con sus compañeros, después de la excursión por la Tierra del Fuego, cuyo episodio final ha servido de tema a las primeras líneas de este relato. Sin embargo la Wel–Kiej se había dirigido previamente al campamento del indio herido. Dicho campamento estaba situado en el extremo oriental del canal de Beagle. Alrededor de sus cabañas, agrupadas caprichosamente en la orilla de un arroyo, brincaban innumerables perros; cuyos ladridos anunciaron la llegada de la chalupa. En la pradera lindante pastoreaban dos caballos de aspecto endeble. Del techo de algunas chozas salían hilillos de humo.

En cuanto la Wel–Kiej fue divisada, unos sesenta hombres y mujeres aparecieron y descendieron precipitadamente hacia la orilla. Una multitud de niños desnudos corrían detrás de ellos.

Cuando el Kaw–djer puso pie en tierra, todos se apresuraron a ir a su encuentro. Todos querían cogerle las manos. La acogida de aquellos pobres indios atestiguaba su ardiente gratitud por todos los favores que de él habían recibido. Escuchó con paciencia a unos y otros. Algunas madres le condujeron junto a sus hijos enfermos. Les daban las gracias efusivamente, ya consoladas por su presencia.

Finalmente entró en una de las cabañas, de donde no tardó en salir seguido por dos mujeres, una de cierta edad, la otra muy joven con un niño cogido de la mano. Eran la madre, la mujer y el hijo del indio herido por el jaguar y que había muerto durante la travesía, a pesar de los cuidados de que había sido objeto.

Su cadáver fue depositado en la playa y todos los indígenas del campamento lo rodearon. El Kaw–djer relató entonces las circunstancias de la muerte del difunto, después volvió a hacerse a la vela, dejando generosamente a la viuda el despojo del jaguar; cuya piel constituía un valor inmenso para aquellas criaturas desheredadas.

Al aproximarse la estación invernal, la vida habitual recobró su curso en la casa de la Isla Nueva. se recibió la visita de algunos barcos de cabotaje falklandeses, que iban a comprar pieles antes de que las tormentas hicieran impracticables aquellos parajes. Las pieles fueron ventajosamente vendidas o trocadas por las provisiones y municiones necesarias durante el riguroso período que va de junio a septiembre.

Durante la última semana de mayo, uno de aquellos buques reclamó los servicios de Karroly. Halg y el Kaw–djer se quedaron solos en la Isla Nueva. El muchacho, que entonces tenía diecisiete años, sentía un afecto filial por el Kaw–djer, quien por su parte experimentaba por, él los sentimientos del mas cariñoso de los padres. Este se había esforzado por desarrollar la inteligencia de aquel niño. Lo había sacado del estado salvaje, haciendo de el un ser muy diferente a sus compatriotas de la Tierra de Magallanes, tan apartados de toda civilización.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

Es superfluo decir que el Kaw–djer nunca intentó inculcar al joven Halg más que ideas de independencia, aquellas por las que sentía especial predilección. Karroly y su hijo no debían ver en el a un patrón, sino a un igual. No existe, no puede existir patrón para un hombre que se precie de serlo. No se tiene más patrón que uno mismo, y además no se necesita a otro ni en el cielo ni sobre la tierra.

Esa semilla caía en un terreno admirablemente preparado para recibirla. Los fueguinos sienten, en efecto, la pasión por la libertad. Lo sacrifican todo a ella y renuncian por ella a las ventajas que una vida más sedentaria les aseguraría. Sea cual sea el bienestar relativo con que se les rodea, la seguridad que se les prometa, nada puede retenerles y no tardan en huir para recuperar su eterno vagabundeo, hambrientos, miserables, pero libres.

A principios de junio cayó el invierno sobre Tierra de Magallanes. Si bien el frío no fue excesivo, toda la región fue barrida por violentos vendavales. Terribles tormentas asolaron aquellos parajes y la Isla Nueva desapareció bajo espesas capas de nieve.

Así transcurrieron junio, julio, agosto. Hacia mediados de septiembre la temperatura se templó sensiblemente y los barcos de cabotaje de las Falkland volvieron a aparecer en los pasos.

El 19 de setiembre, Karroly, dejando a Halg y al Kaw–djer en la Isla Nueva, partió a bordo de un steamer americano que había embocado el canal de Beagle enarbolando un pabellón de práctico en el trinquete. Estuvo ausente unos ocho días.

Cuando regresó la chalupa con el indio, el Kaw–djer, según su costumbre, le interrogó acerca de los diversos incidentes del viaje.

–No ha pasado nada –respondió Karroly–. Había buena mar y brisa favorable.

–¿Donde has dejado el navío?

–En el Datwin Sound, en la punta de la isla Stewars, donde nos hemos cruzado con un aviso que llevaba rumbo contrario.

–¿A donde iba?

–A la Tierra del Fuego. Al volver lo he vuelto a encontrar, fondeado en una ensenada en la que había desembarcado a un destacamento de soldados.

–¡Soldados...! –exclamó el Kaw–djer–. ¿De qué nacionalidad.

–Chilenos o argentinos.

–¿Que hacían?

–Por lo que me han dicho, acompañaban a dos comisarios en reconocimiento por la Tierra del Fuego y las islas vecinas.

–¿De dónde venían esos comisarios?

–De Punta Arenas, donde el gobernador había puesto el aviso a su disposición.

El Kaw–djer no formuló más preguntas. Se quedó pensativo. ¿Qué significaba la presencia de aquellos comisarios? ¿A qué operación se entregaban en esta parte de la Tierra de Magallanes? ¿Se trata de una exploración geográfica o hidrográfica y sería su objeto proceder, en interés marítimo, a una verificación más rigurosa de los trazados?

El Kaw–djer se había sumido en sus reflexiones. No podía evitar una vaga inquietud. ¿No se extendería aquel reconocimiento a todo el archipiélago magallánico y vendría el aviso a fondear incluso a las propias aguas de la Isla Nueva?

Lo que daba una importancia real a la noticia era que la expedición había sido enviada por los gobiernos de Chile y de Argentina. ¿Había, pues, acuerdo entre las dos repúblicas que, hasta entonces, nunca habían podido entenderse a propósito de una región sobre la que ambas pretendían, por lo demás equivocadamente, tener derechos?

Después de intercambiar esas preguntas y respuestas, el Kaw–djer se dirigió al extremo del cerro al pie del cual estaba edificada la casa. Desde allí descubría una gran extensión de mar y sus miradas se dirigieron instintivamente hacia el sur, en dirección a las últimas cumbres de la tierra americana que constituyen el archipiélago del Cabo de Hornos. ¿Debería ir siempre más allá para encontrar una tierra libre...? ¿Quizá más lejos aún. Con él pensamiento franqueaba el círculo polar, se perdía por aquellas

inmensas regiones del Antártico cuyo impenetrable misterio desafía a los mas intrépidos descubridores...

¡Cuál no habría sido el dolor del Kaw–djer si hubiera sabido hasta qué punto sus temores eran justificados! El Gracias a Dios, aviso de la marina chilena, transportaba realmente a bordo a dos comisarios: el Sr. Idiaste, por Chile, y el Sr. Herrera por la República Argentina, que habían recibido de sus respectivos gobiernos la misión de preparar el reparto de la Tierra de Magallanes entre los dos Estados que reclamaban su posesión.

Esta cuestión, que duraba ya muchos años, había dado lugar a discusiones interminables sin que hubiera sido posible resolverla a entera satisfaccion de todos. Sin embargo, había el peligro de que tal situación engendrara, al prolongarse, algún conflicto grave. Era importante terminar con aquella situación no sólo desde el punto de vista comercial, sino también desde el punto de vista político, en la medida en que la absorbente Inglaterra no estaba lejos. Desde su archipiélago de las Falkland, podía fácilmente extender la mano hasta la Tierra de Magallanes. Sus barcos de cabotaje frecuentaban ya con asiduidad los pasos y sus misioneros no cesaban de incrementar su influencia sobre la población fueguina. Un buen día plantaría su pabellón en alguna parte y nada tan difícil de extirpar como el pabellón británico. Era hora de actuar.

Concluida su exploración, los Sres. Idiaste y Herrera regresaron, el uno a Santiago y el otro a Buenos Aires. Un mes más tarde, el 17 de enero de 1881, un tratado firmado en esta ciudad entre las dos repúblicas dio fin al irritante problema magallánico.

Según los términos de este tratado, se anexionaba la Patagonia a la República Argentina, a excepción de un territorio limitado por el paralelo 52º de latitud y por el meridiano 70º al oeste de Greenwich. Chile por su parte, en compensación por lo que se le atribuía, renunciaba a la Isla de los Estados y a la parte de la Tierra del Fuego situada al este del meridiano 68º de longitud. Todas las demás islas sin excepción pertenecían a Chile.

Con esta convención que fijaba los derechos de los dos Estados, la Tierra de Magallanes perdía su independencia. ¿Qué haría el Kaw–djer, cuyo pie pisaría en lo sucesivo tierra ya chilena?

El 25 de febrero fue conocido el tratado en la Isla Nueva. Karroly, al regreso de un pilotaje, trajo la noticia.

El Kaw–djer no pudo contener un gesto de colera. No pronunció ni una palabra, pero sus ojos se cargaron de odio y, con un terrible gesto de su mano, se tendió hacia el norte. Incapaz de dominar su agitación dio algunos pasos descontrolados. Era como si el suelo vacilara bajo sus pies y no le ofreciera ya un punto de apoyo suficiente.

Por fin consiguió recobrar el dominio de sí mismo. Su rostro, un instante convulso, recuperó su frialdad habitual. Fue a reunirse con Karroly y le interrogo con un tono sereno.

–¿Es cierta la noticia?

–Sí –contestó el indio–. Me enteré de ella en Punta Arenas. Parece ser que en la Tierra del Fuego a la entrada del estrecho, ondean dos pabellones, uno chileno en Cabo Manantiales, otro argentino en Cabo Espíritu Santo.

–¿Y dependen de Chile –preguntó el Kaw–djer –las islas al sur del canal de Beagle?

–Todas.

–¿Incluso la Isla Nueva?

–Sí.

–Esto tenía que suceder –murmuró el Kaw–djer, con la voz alterada por una violenta emocion.

Después regresó a la casa y se encerró en su habitación.

¿Quién era, pues, este hombre? ¿Qué razones habían obligado a dejar uno u otro de los continentes para enterrarse en la soledad de la Tierra de Magallanes? ¿Por qué la humanidad parecía reducida, para él, a las pocas tribus fueguinas a las que consagraba toda su existencia y su abnegación? Los acontecimientos de inmediata realización y que constituirán el tema de este relato se encargarán de informarnos sobre el primer punto. En cuanto a las

otras dos preguntas, la vida anterior del Kaw–djer permite responder a ellas sucintamente.

Hombre de gran mérito, que había ahondado profundamente tanto en las ciencias políticas como en las ciencias naturales, intrépido y de acción, no era el Kaw–djer el primer sabio que hubiera caído en el doble error de considerar como ciertos unos principios que no son, después de todo, más que hipótesis y de llevar adelante hasta sus últimas consecuencias dichos principios. En la memoria de todos está el nombre de algunos de aquellos temibles reformadores.

El socialismo, esa doctrina cuyo designio pretende nada menos que volver a construir la sociedad desde la base hasta la cumbre, no tiene el mérito de la novedad. Tras muchos otros que se pierden en la noche de los tiempos, Saint–Simon, Fourrier, Proudhon y todos cuantos son los precursores del colectivismo. Ideólogos más modernos, como los Lassalle, los Karl Marx, los Guesde, no han hecho sino recoger sus ideas, modificándolas mas o menos y reforzándolas con la socialización de los medios de producción, la anulación del capital, la abolición de la competencia, la sustitución de la propiedad individual por la propiedad social. Ninguno de ellos quiere tener en cuenta las contingencias de la vida. Su doctrina pide una aplicación inmediata y total. Exigen la expropiación en masa, imponen el comunismo universal.

Se apruebe o se censure tal teoría, lo que sí se debe reconocer es su audacia. Y sin embargo, existe una aun mas audaz: la teoría anarquista.

Los anarquistas rechazan la reglamentación tiránica que necesitaría el funcionamiento de la sociedad colectivista. Preconizan el individualismo absoluto, íntegro. Quieren la supresión de toda autoridad, la destrucción de todo vínculo social.

Entre estos últimos había que situar al Kaw–djer, alma adusta, indómita, intransigente, incapaz de obediencia, refractaria a todas las leyes, sin duda imperfectas, con las que los hombres tratan a tientas de reglamentar sus relaciones sociales. Cierto es que nunca se había comprometido con las violencias de los

propagandistas de la acción por la acción. Ni expulsado de Francia, ni de Alemania, ni de Inglaterra, ni de Estados Unidos, sino hastiado de su pretendida civilización, sintiendo apremio por librarse del peso de una autoridad, cualquiera que fuese, había buscado un rincón de la Tierra donde un hombre pudiera aún vivir en total independencia.

Creyó haberlo encontrado en medio de aquel archipiélago, allí en los confines del mundo habitado. Lo que no hubiera encontrado en parte alguna, la Tierra de Magallanes iba a ofrecérselo en el extremo de América del Sur.

Pues bien he aquí que el tratado firmado entre Chile y la República Argentina hacía perder a la región la independencia de la que hasta entonces había disfrutado. He aquí que, según ese tratado, toda la porción de los territorios magallánicos situados al sur del canal de Beagle caía bajo el poder chileno. En el archipiélago nada escaparía a la autoridad del gobernador de Punta Arenas, ni la propia Isla Nueva donde el Kaw–djer había encontrado asilo.

¡Haber huido tan lejos, haber hecho tantos esfuerzos, imponerse semejante existencia y llegar a tal resultado!

El Kaw–djer tardó mucho en reponerse del golpe que le hería como el rayo hiere un árbol en la plenitud de su vigor y lo conmueve hasta sus raíces. Su pensamiento le transportaba hacia el futuro, un futuro que ya no le ofrecía ninguna seguridad. A esa isla donde se sabía que había fijado su residencia vendrían delegados del Gobierno. No ignoraba que varias veces habían intentado indagar acerca de la presencia de un extranjero en la Tierra de Magallanes, de sus relaciones con los indígenas, de la influencia que ejercía. El gobernador chileno querría interrogarlo, saber quién era; hurgarían en su vida, le obligarían a renunciar a ese incógnito que se obstinaba en salvaguardar por encima de todo...

Transcurrieron algunos días. El Kaw–djer no había vuelto a hablar del cambio constituido por el tratado de división de tierras, pero se le veía mas sombrío que nunca. ¿Qué meditaba, pues? ¿Estaría pensando en dejar la Isla Nueva, o en separarse de aquel

indio tan fiel y de ese niño por el que sentía un afecto tan profundo...?

¿Adónde iría? ¿En qué otro rincón del mundo volvería a encontrar la independencia sin la cual parecía no poder vivir? Por más que se refugiara en las últimas rocas magallánicas, aunque fuera en el islote de Cabo de Hornos, ¿podría escapar a la autoridad chilena...?

Ocurría esto a principios de marzo. La estación del buen tiempo duraría aún cerca de un mes, estación que el Kaw–djer dedicaba a visitar los campamentos fueguinos, antes de que el invierno hiciera innavegable el mar. Sin embargo, no hacía preparativos para embarcarse en la chalupa. La Wel–Kiej, desaparejada, permanecía en el fondo la caleta.

Finalmente, el 7 de marzo por la tarde, el Kaw–djer dijo a Karroly:

–Aparejarás la chalupa para mañana a primera hora.

–¿Un viaje de varios días? –preguntó el indio.

–Sí.

–¿Había decidido el Kaw–djer recorrer de nuevo las tribus fueguinas? ¿Iba a pisar otra vez esa Tierra del Fuego, que había pasado a ser argentina y chilena...?

–¿Halg tiene que acompañarnos? –preguntó Karroly.

–Sí.

–¿Y el perro?

–También Zol.

La Wel–Kiej se hizo a la vela al despuntar el alba. Soplaba viento del este. Una resaca bastante fuerte batía las rocas al pie del cerro. En dirección norte, en alta mar, el oleaje se levantaba en largas y amplias ondulaciones.

Si la intención del Kaw–djer hubiera sido ganar la Tierra del Fuego, la chalupa habría tenido que luchar, porque la brisa iba en aumento al paso que el sol se elevaba. Pero no fue así. Bajo sus órdenes después de contornear la Isla Nueva, se dirigieron hacia la Isla Navarino, cuya doble cima se difuminaba vagamente en las brumas matinales del oeste.

En la punta sur de esa isla, una de las de menor extensión del archipiélago magallánico, hizo escala la Wel–Kiej antes de la puesta del sol, en el fondo de un ancón de orilla muy escarpada, donde tendría asegurada la tranquilidad durante la noche.

Al día siguiente, cortando oblicuamente la bahía de Nassau, la chalupa hizo rumbo a la isla Wollaston, cerca de la cual fondeó aquella misma noche.

El tiempo empeoraba. Refrescaba el viento saltando al Nordeste. Espesos nubarrones se acumulaban en el horizonte. Se acercaba la tempestad. Para atenerse a las instrucciones del Kaw–djer de que la chalupa continuase dirigiéndose hacia el sur, era necesario buscar los pasos donde el mar estuviera menos embravecido. Se llevó esto a cabo, al dejar la isla Wollaston. Karroly la dobló por la parte occidental, entrando así en el estrecho que separa la isla Hermite de la isla Herschel.

¿Qué fin perseguía el Kaw–djer? Cuando alcanzase los últimos límites de la Tierra; cuando llegase al Cabo de Hornos, cuando ya no viera ante sí más que el inmenso océano, ¿qué haría...?

En aquel extremo del archipiélago fue donde fondeó la chalupa, la tarde del 15 de marzo, no sin haber corrido los mayores peligros en medio de un mar enfurecido. El Kaw–djer desembarcó al instante. Sin dar ninguna explicación, haciendo retroceder al perro que pretendía seguirle, dejando a Karroly y a Halg en la playa, se encaminó hacia el cabo.

La isla de Hornos no es más que una caótica aglomeración de rocas enormes cuya base está cubierta por los maderos flotantes, las gigantescas luminarías acarreadas por las corrientes. Más alla de las puntas de los escollos salpican con centenares de manchas negras la blancura nívea de la resaca.

La cara septentrional, en pendientes de larga extensión en las que se encuentran algunas parcelas de tierra cultivable, permite un acceso bastante fácil a la cima poco elevada del cabo.

El Kaw–djer había emprendido esa ascensión.

¿A qué iba allá arriba? ¿Quería que su mirada alcanzase los límites del horizonte del sur...? Pero ¿qué esperaba ver allí, como no fuera la inmensa superficie del mar?

La tempestad había llegado entonces a su paroxismo. A medida que iba subiendo, el Kaw–djer era acogido con mayor furia por el viento desencadenado. A veces tenía que inclinarse hacia adelante para no ser arrastrado. Los rociones, arrojados con violencia, le cortaban la cara. Desde abajo, Halg y Karroly veían cómo decrecía gradualmente su silueta. Veían la lucha que sostenía contra el vendaval.

Tan penosa ascensión requirió cerca de una hora. Llegado al punto culminante, el Kaw–djer se adelantó hasta el borde del acantilado y allí, de pie en medio de la tormenta, permaneció inmóvil, dirigiendo la mirada hacia el sur.

Hacia el este empezaba a caer la noche, pero el horizonte opuesto todavía estaba iluminado por los últimos resplandores del sol. Grandes nubes enmarañadas por el viento, jirones de vapor que se traban en el oleaje, pasaban con una velocidad huracanada. Por todas partes, sólo el mar...

Pero ¿qué había ido a hacer allí aquel hombre de alma tan profundamente turbada? ¿Tenía alguna finalidad, una esperanza...? ¿Sería que, llegado al final de la Tierra, detenido por lo imposible, ansiaba únicamente el gran reposo de la muerte...?

Fueron pasando las horas, la oscuridad se hizo total. Todo desapareció tragado por las tinieblas.

Era la noche...

De pronto, un fulgor resplandeció débilmente en el espacio, un estampido fue a extinguirse en la playa.

Era el cañonazo de un navío en peligro.

# Capítulo IV
# En la costa

Eran las ocho de la noche. El viento, que desde hacia algún tiempo ya había empezado a soplar del sudeste, batía la costa con prodigiosa violencia. Un navío no habría podido doblar la punta extrema de América sin riesgo de naufragar.

El buque, cuya presencia había sido revelada por el estampido, corría aquel peligro. No cabía duda de que al no poder navegar con el suficiente trapo para mantenerse a la capa, era irremisiblemente arrastrado contra los arrecifes.

Media hora más tarde, en la cumbre del islote, el Kaw–djer ya no estaba solo. Al oír el estampido, el indio y su hijo habían subido a reunirse con él, agarrándose a las rocas del cabo y a las matas crecidas en las hendiduras.

Retumbó un segundo cañonazo. En aquellos parajes desiertos, con aquel temporal, ¿qué auxilio esperaría el desventurado navío?

–Viene por el oeste –dijo Karroly, al darse cuenta de que el estampido le llegaba de ese lado.

–Navega amurado a estribor –asintió el Kaw–djer–, pues desde el primer cañonazo se ha ido acercando al cabo.

–No podrá evitarlo –afirmó Karroly.

–No –respondió el Kaw–djer–, el mar está demasiado embravecido... ¿Por qué no da una bordada mar adentro?

–Quizás no puede.

ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–Es posible, pero también es posible que no haya visto la tierra... Hay que señalarla... ¡Un fuego, encendamos un fuego! –exclamó el Kaw–djer.

Se apresuraron febrilmente a reunir brazadas de ramas secas arrancadas de los arbustos que erizaban las laderas del cabo, así como las hierbas largas y los varecs amontonados por el viento en cavidades, acumulando el combustible en la cima de aquella enorme grupa.

El Kaw–djer sacó fuego del pedernal. El fuego se comunicó a la yesca, después a las ramitas, luego, activado por el viento, no tardó en propagarse a toda la hoguera. En menos de un minuto, sobre la meseta se alzó una columna de llamas, se retorció proyectando una luz muy intensa, a la vez el humo giraba violentamente en espesos torbellinos hacia el norte. Al rugido de la tempestad se juntaban las crepitaciones de la madera, cuyos nudos, estallaban como cartuchos.

El Cabo de Hornos está perfectamente adecuado para que en él levanten un faro, que iluminaría ese límite común a dos océanos. Lo exige la seguridad de la navegación y de seguro que disminuiría la cantidad de siniestros, tan frecuentes en aquellos parajes.

A falta de faro, no cabía duda de que la hoguera encendida por la mano del Kaw–djer había sido vista. Así el capitán del navío no podía ignorar, lo menos, que se encontraba muy cerca del cabo. Informado sobre su posición exacta por aquel fuego, le sería posible ponerse a salvo lanzándose por los pasos a sotavento de la isla Hornos.

¡Pero qué espantosos peligros implicaba esa maniobra en tan profunda oscuridad! Si no había a bordo ningún práctico de aquellos parajes, ¡qué pocas probabilidades tenía de navegar entre los arrecifes!

Sin embargo, el fuego seguía arrojando su luz en la noche. Halg y Karroly no dejaban de cebar la hoguera. No faltaba combustible y, si era preciso duraría hasta la mañana.

El Kaw–djer, de pie delante de la hoguera, intentaba en vano determinar la posición del navío. De pronto, en una breve desgarradura de las nubes, la luna iluminó el espacio. Por un instante, pudo divisar un gran velero de cuatro palos cuyo casco negro se recortaba sobre la espuma del mar. Efectivamente, el buque singlaba al este y luchaba con grandes dificultades contra el viento y contra el mar.

En aquel mismo instante, en medio de uno de esos silencios que separan las ráfagas, se oyeron unos siniestros crujidos. Los dos palos posteriores acababan de romperse a ras de sus fogonaduras.

–¡Está perdido! –gritó Karroly.

–¡A bordo! –ordenó el Kaw–djer.

Los tres, corriendo cuesta abajo por los taludes del cabo no sin peligro, llegaron en pocos minutos a la playa. Con el perro pisándoles los talones, embarcaron en la chalupa, que salió de la caleta. Manejando Halg el timón y el Kaw–djer y Karroly los remos, pues no hubiera sido posible izar el más mínimo pedazo de vela. Aunque los remos eran movidos por brazos vigorosos, la Wel–Kiej tuvo grandes dificultades para apartarse de los arrecifes contra los que el oleaje rompía con furor. El mar estaba embravecido. La chalupa, sacudida hasta casi descuadernarse, saltaba dando tumbos de un flanco al otro, se enarbolaba a veces, como dicen los marinos, toda la roda fuera del agua, y después volvía a caer pesadamente. Grandes golpes de mar se embarcaban, se estrellaban cayendo como duchas sobre la cubierta y rodaban hasta la popa. Sobrecargada por el peso del agua corría peligro de zozobrar. Entonces fue necesario que Halg abandonase el timón para manejar el achicador.

A pesar de todo, la Wel–Kiej iba acercándose al navío del que podían divisar ya las luces de su situación. Percibían su mole cabeceando cual una boya gigantesca más negra que el mar, más negra que el cielo. Los dos mástiles rotos flotaban detrás, sujetos únicamente por los obenques, mientras que, rasgando las brumas, el trinquete y el palo mayor, describían arcos semicirculares.

–¿Pero qué hace el capitán –gritó Kaw–djer – y por qué no se habrá librado aún de esa arboladura? No será posible arrastrar semejante cola a través de los canalizos.

Efectivamente, urgía cortar los aparejos que retenían los palos caídos en el mar. Pero no había duda de que en el navío reinaba un total desorden. Quizá ni siquiera tenía ya capitán. Pues cabía pensarlo al comprobar en circunstancias tan críticas la total ausencia de maniobras.

Sin embargo, la tripulación no podía ya ignorar que el navío se aconchaba debajo de la costa con la que no tardaría en estrellarse. La hoguera encendida en la cumbre del Cabo de Hornos lanzaba aun, cuando el soplo de la tormenta activaba el fuego, llamas que se enmarañaban como correas desmesuradas.

–¡Pero es que ya no hay nadie a bordo! –dijo el indio, respondiendo a la observación del Kaw–djer.

De hecho, era posible que la tripulación hubiera abandonado el buque y en aquel momento estuviera esforzándose en ganar la costa con los botes. A menos que sólo fuera ya un inmenso ataúd transportando agonizantes y muertos, cuyos cuerpos pronto serían destrozados por las aristas de los arrecifes pues durante los recalmones no se oía ni un grito, ni una llamada.

La Wel–Kiej llegó por fin a través del navío, en el preciso momento en que daba una guiñada a babor que estuvo a punto de echarla a pique. Un afortunado giro dado al timón le permitió rozar el casco a lo largo del cual pendían los aparejos. Con mucha destreza pudo el indio atrapar un trozo de guindaleza que, en un santiamén, fue amarrado a la proa de la chalupa.

Después su hijo y él, y el Kaw–djer detrás cogiendo en sus brazos al perro Zol, atravesaron la batayola y cayeron sobre el puente.

No, el navío no había sido abandonado. Muy al contrario, estaba completamente ocupado por una muchedumbre trastornada de hombres, mujeres y niños, la mayoría estaban tendidos contra las camaretas en las crujías y se hubiera podido contar algunos centenares de desgraciados en el paroxismo del pánico,

que ni siquiera hubiesen podido permanecer en pie de tan inaguantables que eran los bandazos.

En medio de la oscuridad, nadie había visto a los hombres y al muchacho que acababan de saltar a bordo.

El Kaw–djer se precipitó hacia popa, esperando encontrar al timonel en su puesto... El timón estab a abandonado. El navío, a capa cerrada, iba a donde le llevaban las olas y el viento.

¿Donde estaban el capitán, los oficiales? En desprecio del deber, ¿habían acaso abandonado cobardemente el barco?

El Kaw–djer asió a un marinero por el brazo.

–¿Y tu comandante? –preguntó en inglés.

Aquel hombre pareció ni darse cuenta de que era interpelado por un extraño y se limitó a encogerse de hombros.

–¿Y tu comandante? –insistió el Kaw–djer.

–Despedido por la borda con unos cuantos más –dijo el marinero con un tono de sorprendente indiferencia.

Así pues, el buque ya no tenía capitán y le faltaba parte de su tripulación.

–¿Y el segundo de a bordo? –preguntó el Kaw–djer.

Nuevo encogimiento de hombros del marinero, evidentemente sumido en profundo estupor.

–¿El segundo...? –respondió–. Las dos piernas rotas, la cabeza aplastada, desplomado en el entrepuente.

–Pero, ¿y el teniente?, ¿y el maestre...? ¿Dónde están?

Con un gesto, el marinero dio a entender que no sabía nada.

–Bueno, ¿quién manda a bordo? –exclamó el Kaw–djer.

–¡Usted! –dijo Karroly.

–A la caña, pues –ordenó el Kaw–djer–, ¡y deja arribar de lleno!

Karroly y él regresaron a toda prisa a popa e hicieron fuerza sobre la rueda, para abatir el rumbo del buque. Este, obedeciendo penosamente al timón, viró lentamente hacia babor.

–¡Braceo en cruz, toda! –ordenó el Kaw–djer.

Colocado ya en la dirección del viento, el navío había cogido alguna velocidad. Quizá se conseguiría pasar al oeste de la isla de Hornos.

¿Hacia dónde se dirigía aquel navío...? Ya se sabría más tarde. En cuanto a su nombre y el de su puerto de amarre –Jonathan, San Francisco– fue posible leerlos en la rueda, a la luz de una linterna.

Las violentas guiñadas dificultaban mucho la maniobra del timón, cuya acción era, por otra parte, poco eficaz, por la escasa velocidad propia del buque. Sin embargo, el Kaw–djer y Karroly intentaban mantenerlo con rumbo al paso, orientándose gracias a los últimos fulgores que el fuego encendido en la cima del Cabo de Hornos continuaría lanzando todavía durante algunos minutos.

Algunos minutos; no necesitaban más para alcanzar la entrada del canal que se abría a estribor entre las islas Hermite y Hornos. Si el buque conseguía salvar los escollos que emergían en la parte media del canal, ganaría quizá un fondeadero resguardado del viento y del mar. Allí se podría esperar a salvo hasta el amanecer.

En primer lugar Karroly, ayudado por algunos marineros cuya turbación era tan grande que no se dieron siquiera cuenta de que era un indio quien les daba las órdenes, se apresuró a cortar los obenques y burdas de babor que retenían los dos palos a la rastra. Sus violentos choques contra el casco hubieran acabado por desfondarlo. Cortados a hachazos los aparejos, la arboladura se fue a la deriva y no hubo que cuidarse más de ella.

En cuanto a la Wel–Kiej, su boza la volvió a atraer hacia popa, manteniéndola así a salvo de cualquier colisión.

El furor de la tempestad iba en aumento. Los enormes golpes de mar que embarcaban por encima de los empalletados incrementaban el desquiciamiento de los pasajeros. Mucho mejor hubiera sido que toda aquella gente estuviese refugiada en las camaretas o en el entrepuente; pero ¿cómo hacerse oír y entender por todos aquellos desgraciados? Ni pensarlo.

Por fin, no sin espantosas guiñadas que exponían una y otra vez sus flancos al asalto de las olas, el buque dobló el cabo, casi rozando los arrecifes que lo erizaban al oeste y, con el impulso de un pedazo de vela izado a proa a guisa de foque, pasó a sotavento de la isla de Hornos, cuyas alturas le protegieron en parte contra los embates de la borrasca.

Durante esa relativa calma momentánea, un hombre subió a la toldilla y se acercó a la caña maniobrada por el Kaw–djer y Karroly.

–¿Quiénes son ustedes? –preguntó.

–Pilotos –respondió el Kaw–djer–. ¿Y usted?

–Maestre de tripulación.

–¿Y sus oficiales?

–Muertos.

–¿Todos?

–Todos.

–¿Por qué no ocupaba usted su puesto?

–La caída de los palos me ha derribado, dejándome sin sentido. Acabo de recobrar el conocimiento.

–Está bien. Descanse. Mi compañero y yo somos suficientes para hacer frente a todo. Pero, en cuanto pueda, reúna a sus hombres. Aquí hay que poner orden.

Sin embargo, no había desaparecido el peligro, ni mucho menos. Cuando el navío llegase a la punta septentrional de la isla, sería cogido de través y nuevamente estaría expuesto a toda la furia de las olas y del viento que se metían por el brazo de mar entre la isla Hornos y la isla Herschel. Por otra parte, no había forma de evitar este paso. Aparte de que la costa del cabo no ofrece ningún refugio en el que el Jonathan pudiese fondear, el viento que helaba cada vez mas hacia el sur no tardaría en hacer insoportable aquélla parte del archipiélago.

Al Kaw–djer no le quedaba más que una esperanza: ganar el oeste y alcanzar la costa meridional de la isla Hermite. Esa costa, bastante limpia, de unas dos millas de longitud, no carece de refugios. No había que descartar la posibilidad de que el Jonathan

encontrase un abrigo doblando alguna de las puntas. Con el mar de nuevo en calma, Karroly intentaría, tomando un viento favorable, ganar el canal de Beagle y conseguir que el navío, aunque estuviese prácticamente desmantelado, arribase a Punta Arenas por el estrecho de Magallanes.

Pero ¡cuántos peligros ofrecía la navegación hasta la isla Hermite! ¿Cómo zafarse de los múltiples arrecifes de los que están plagadas aquellas aguas? Y con el velamen reducido a un trozo de foque, ¿cómo conservar la ruta en aquellas profundas tinieblas... ?

Después de una terrible hora, se consiguió rebasar las últimas rocas de la isla Hornos y el navío volvió a sufrir los violentos embates del mar.

El contramaestre, con la ayuda de una docena de marineros, fijó entonces un contrafoque en el trinquete. Necesitaron más de media hora para conseguirlo. A costa de mil dificultades la vela fue por fin atesada, amurada y cazada por medio de los aparejos, no sin que los hombres tuviesen que emplear todas sus energías.

Cierto es que, para un navío de ese tonelaje, la acción de aquel trozo de tela apenas sería perceptible. Sin embargo, la acusó y era tal la fuerza del viento que fueron salvadas en menos de una hora las siete u ocho millas que separan la isla Hornos de la isla Hermite.

Cuando, poco antes de las once, el Kaw–djer y Karroly empezaban a creer en el éxito de su tentativa un espantoso estrépito dominó por un instante los rugidos de la borrasca.

A unos diez pies por encima del puente, acababa de romperse el trinquete. Arrastrando en su caída una parte del palo mayor, cayó rompiendo las batayolas de babor y desapareció.

Aquel accidente produjo varias víctimas, porque se oyeron gritos desgarradores. Al mismo tiempo, el Jonathan embarcó una ola gigantesca y dio tal bandazo que amenazó con zozobrar.

Se enderezó, sin embargo, pero un torrente corrió de babor a estribor, de popa a proa, barriendo todo a su paso. Por fortuna,

los aparejos se habían roto y los trozos de la arboladura, arrastrados por el oleaje, ya no amenazaban el casco.

Convertido pues en un casco inerte a la deriva, el Jonathan ya no obedecía al timón.

–¡Estamos perdidos! –gritó una voz.

–¡Y sin lanchas! –gimió otra.

–¡Queda la chalupa del piloto! –aulló una tercera.

La muchedumbre se precipitó hacia popa, donde la Wel–Kiej seguía a la rastra.

–¡Alto! –ordenó el Kaw–djer, con una voz tan imperiosa que fue obedecido en el acto.

En pocos segundos, el contramaestre estableció un cordón de marineros que cortó el paso a los enloquecidos pasajeros. Sólo cabía esperar el desenlace.

Una hora después, hacia el norte, Karroly entrevió una enorme mole. ¿Por qué milagro el Jonathan había seguido el canal que separa la isla Herschel de la isla Hermite sin sufrir ningún desperfecto? Lo cierto es que lo había franqueado, puesto que ahora se presentaban frente a él las cumbres de la isla Wollaston. Pero se sentían entonces los efectos de la marea ascendente y casi inmediatamente la isla Wollaston quedó a estribor.

¿Cuál de los dos sería más fuerte, el viento o la corriente? Empujado por el primero, ¿pasaría el Jonathan al este de la isla Hoste, o bien la contornearía por el sur arrastrado por la segunda? Ni una cosa ni la otra. Poco antes de la una de la madrugada un formidable encontronazo hizo estremecer todo su armazón y se inmovilizó, dando un fuerte bandazo a babor.

El navío americano acababa de encallar en la costa oriental de ese extremo de la isla Hoste que lleva por nombre Falso Cabo de Hornos.

# Capítulo V
# Los náufragos

Quince días antes de esa noche del 15 al 16 de marzo, el clipper americano Jonathan había zarpado de San Francisco en California rumbo al África Austral. Bastan cinco semanas para que un navío ligerísimo realice, si el tiempo le es favorable, esa travesía.

Aquel velero de tres mil quinientas toneladas de arqueo estaba aparejado con cuatro palos, el trinquete y el palo mayor con velas cuadradas, los otros dos con velas áuricas y latinas: cangrejas y botalón. Su comandante, el capitán Leccar, excelente marino en la plenitud de la vida, tenía bajo sus órdenes al segundo Musgrave, al teniente Maddison, al contramaestre Hartlepool y a una tripulación de veintisiete hombres, todos americanos.

El Jonathan no había sido fletado para un transporte de mercancías. Lo que contenía en sus flancos era un cargamento humano. Más de mil emigrantes, reunidos por una Sociedad de colonización, se habían embarcado hacia la bahía de Lagoa, donde el Gobierno portugués les había otorgado una concesión.

La carga del clipper, aparte de los víveres necesarios para el viaje, comprendía todo cuanto iba a resultar indispensable para una colonia en sus inicios. La alimentación de aquellos centenares de emigrantes, en harina, conservas y bebidas alcohólicas, estaba garantizada por varios meses. El Jonathan transportaba también material para la primera instalación: tiendas, habitaciones desmontables, utensilios necesarios para las necesidades de las familias. Con el fin de favorecer la explotación inmediata de las tierras concedidas, la Sociedad se había preocupado de propor-

ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

cionar a los colonos herramientas agrícolas, plantones de diversas especies, grano de cereales y legumbres, cierta cantidad de cabezas de ganado de raza bovina porcina y ovina, y todos los huéspedes habituales del corral. No faltando tampoco las armas ni las municiones, la suerte de la colonia quedaba asegurada durante un período de tiempo suficiente. Por otra parte, no se trataba de abandonarla a sí misma. De regreso a San Francisco, el Jonathan recogería un segundo cargamento que completaría el primero y, si la empresa parecía tener éxito, transportaría más personal de colonos a la bahía de Lagoa. No faltan pobres gentes para quienes la existencia es demasiado penosa, incluso imposible, en la madre patria y todos sus esfuerzos tienden a crearse una mejor en tierra extranjera.

Parecía que desde el comienzo de este viaje los elementos se hubieran aliado en contra del éxito de su empresa. El Jonathan, tras una travesía muy dura, sólo había llegado a la altura del Cabo de Hornos cuando fue asaltado por una de las más furiosas tempestades que aquellos parajes hayan presenciado.

El capitán Leccar, que a falta de observación solar no podía conocer su posición exacta, creía hallarse a mayor distancia de la tierra. Esta fue la razón por la cual dio el derrotero de amuras a estribor, esperando pasar de una sola bordada al Atlántico, donde con toda seguridad encontraría un tiempo más favorable.

Apenas ejecutadas sus órdenes, un furioso golpe de mar, encapillándose por el cachete de estribor, se lo llevó junto con otros pasajeros y marinos. En vano intentaron socorrer a aquellos desgraciados que en un segundo ya habían desaparecido.

Después de esta catástrofe fue cuándo el Jonathan empezó a disparar el cañón de alarma, cuyo primer cañonazo fue oído por el Kaw–djer y sus compañeros. .

Por este motivo el capitán Leccar no había podido ver el fuego encendido en la cima del cabo, que le hubiera informado sobre su error, permitiéndole quizá corregirlo. En su lugar, el segundo Musgrave intentó virar de bordo, a fin de escapar. Era ésa una empresa prácticamente irrealizable debido al estado del

mar y al reducido velamen que se necesitaba por la violencia del viento.

Después de muchos esfuerzos infructuosos iba, sin embargo, a llevarla a cabo, cuando la caída de la arboladura de popa lo precipitó al mar junto con el teniente Maddison. En el mismo instante, una polea, violentamente balanceada por el oleaje, golpeó al contramaestre en la cabeza y lo arrojó sin sentido en la cubierta.

Ya conocemos lo demás.

Ahora se había terminado el viaje. El Jonathan, fuertemente encajado entre las puntas de los arrecifes, yacía, inmóvil para siempre, en la costa de la isla Hoste. ¿A qué distancia se encontraba de la tierra? De día se sabría. Lo cierto era que no se corría ningún peligro inmediato. El navío, llevado por su propio empuje, se había adentrado mucho entre los escollos y aquellos que su impulso le había permitido franquear le protegían del mar que no llegaba hasta él mas que en forma de inofensiva espuma. Por consiguiente, al menos esa noche, no corría peligro de ser destrozado. Por otra parte, no podía tampoco plantearse el problema de que se fuera a pique, pues su peso seguramente no podría hundir la cala que le servía de punto de apoyo.

Con ayuda del contramaestre Hartlepool, el Kaw–djer consiguió hacer comprender la nueva situación a aquel rebaño enloquecido que invadía el puente. En el momento de la varada, algunos emigrantes, unos voluntariamente y otros expulsados por el choque, habían pasado por la borda. Habían caído sobre los arrecifes donde la resaca los revolcaba, mutilados y sin vida. Pero la inmovilidad del navío empezaba a tranquilizar a los demás. Poco a poco, hombres, mujeres y niños fueron a protegerse de los torrentes de lluvia que las nubes dejaban caer en cataratas, debajo de las camaretas o en el entrepuente. El Kaw–djer por su parte siguió velando por la seguridad de todos, en compañía de Halg, de Karroly y del contramaestre.

Instalados ya en el interior del navío, donde reinaba un relativo silencio, la mayoría de los emigrantes no tardaron en dor-

mirse. Pasando de un extremo al otro, aquellas pobres gentes habían recobrado la confianza y dócilmente habían obedecido en cuanto sintieron que les dominaba otra energía y otra inteligencia. Y como si fuera la cosa más natural del mundo, se entregaban totalmente al Kaw–djer, dejándole la responsabilidad de tomar las decisiones por ellos y de asegurar su seguridad. No se les había preparado para correr tales peligros. Animosos ante las miserias habituales de la existencia por su paciente resignación, se sentían sin fuerzas en circunstancias tan excepcionales, e, inconscientemente, deseaban que alguien se encargase de distribuir a cada uno su tarea.

Entre aquellos emigrantes estaban representados, más o menos ampliamente, franceses, italianos, rusos, irlandeses, ingleses, alemanes e incluso japoneses, pero, sin embargo, la mayoría procedía de los Estados de Norteamérica. Esa misma diversidad de razas se encontraba dentro de las profesiones. Si bien la inmensa mayoría formaba parte de la clase agrícola, algunos pertenecían a la clase obrera propiamente dicha e incluso unos cuantos, antes de expatriarse, habían ejercido profesiones liberales. Solteros en su mayoría, sólo unos cien o ciento cincuenta estaban casados y arrastraban consigo un auténtico tropel de niños. Pero todos tenían en común un mismo rasgo: el ser unas ruinas de la sociedad. Víctimas unos de un azar desfavorable en su nacimiento, otros de una falta de equilibrio moral, éstos de una insuficiente inteligencia o fuerza, aquéllos de desgracias inmerecidas, todos habían tenido que reconocer que eran unos inadaptados a su medio social y decidirse por ir a probar fortuna bajo otros cielos.

Todas las situaciones sociales, a excepción de la riqueza, estaban representadas en aquella población híbrida, que era un microcosmos, una imagen a escala reducida de la especie humana. Y por otra parte, también la extrema miseria había sido desterrada, puesto que la Sociedad de colonización había exigido de sus adherentes la posesión de un capital mínimo de quinientos francos, capital que, según las posibilidades individuales, había sido elevado por unos cuantos a una cifra veinte o treinta veces superior.

En suma, se trataba de una muchedumbre ni mejor ni peor que cualquier otra; con sus desigualdades, sus virtudes y sus taras, era la muchedumbre, masa confusa de deseos y de sentimientos contradictorios, la muchedumbre anónima de donde arranca a veces una voluntad única y total, como en la masa amorfa del mar se forma y se aísla una corriente.

¿Qué iba a ser de aquella muchedumbre que el azar arrojaba a una costa inhóspita? ¿Cómo resolvería el eterno problema de la vida?

# Segunda Parte
# Capítulo I
# En tierra

Incluso en esta región tan atormentada, la isla Hoste destaca por la fantasía de su plano. Aun cuando la costa septentrional, que en la mitad de su extensión corre a lo largo del canal de Beagle, es sensiblemente rectilínea, el litoral del resto de su perímetro está erizado de cabos agudos o hendido por golfos estrechos, algunos de los cuales son tan profundos que casi atraviesan la isla de punta a punta.

La isla Hoste es uno de los territorios grandes del archipiélago magallánico. Puede calcularse que su anchura es de unos cincuenta kilómetros y su longitud de más de cien, y esto sin contar con la península Hardy, curvada como una cimitarra, que proyecta a ocho o diez leguas al suroeste la punta conocida con el nombre de Falso Cabo de Hornos.

El Jonathan había quedado varado al este de dicha península, al abrigo de una enorme masa granítica que separa la bahía Orange de la bahía Scotchwell.

Al amanecer, un acantilado salvaje apareció entre las brumas del alba, que no tardaron en ser disipadas por los últimos soplos de la tempestad que iba desvaneciéndose. El Jonathan yacía al extremo de un promontorio cuya arista, formada por un morro a pico sobre el mar, se unía al esqueleto de la península por una cumbre elevada. Al pie del morro se extendía un lecho de rocas negruzcas, viscosas por los varecs y los fucos. Aquí y allá entre los

arrecifes una arena lisa brillaba, aún húmeda, prodigiosamente constelada con infinidad de esos crustáceos tan abundantes en las playas magallánicas: terebrátulas, fisurelas, lepadas, tritones, peines, unicornios, quitones, mactras, venus. En resumen, la isla Hoste no parecía a primera vista una de las más acogedoras.

En cuanto la luz les permitió divisar la mayor parte de los náufragos, se dejaron deslizar por los arrecifes, entonces casi totalmente al descubierto, y se apresuraron a alcanzar tierra firme. Pretender retenerlos hubiera sido una locura. Puede uno imaginarse fácilmente, después de las angustias de semejante noche, qué prisa llevaban por pisar tierra firme. Un centenar de ellos se dedicaron a escalar el morro atacándolo por la cara opuesta, con la esperanza de descubrir desde la cima una extensión más amplia del país. En cuanto al resto de la multitud, parte de ella se alejó bordeando la orilla, dando la vuelta a la punta sur, otra siguió la orilla norte, mientras que la mayoría permaneció en la playa, contemplando absorta el Jonathan encallado.

Sin embargo, algunos emigrantes, más inteligentes o menos impulsivos que los demás, se habían quedado a bordo y, como si esperaran una orden de aquel desconocido cuya intervención ya les había resultado tan beneficiosa, miraban fijamente al Kaw–djer. Al no mostrar éste la más mínima intención de interrumpir la conversación que mantenía con el contramaestre, uno de los emigrantes se separó por fin de un grupo de cuatro personas, entre las cuales figuraban dos mujeres, y se dirigió hacia los interlocutores. Fácil era reconocer por la expresión de su cara, por su aspecto, por mil signos impalpables, que este hombre, de unos cincuenta años de edad, pertenecía a una clase superior al medio que circunstancialmente era el suyo.

–Permítame, señor –dijo, acercándose al Kaw–djer–, que le dé las gracias. Nos ha librado usted de una muerte segura. Sin usted y sus compañeros, estábamos inevitablemente perdidos.

Los rasgos, la voz, el ademán de aquel pasajero hablaban de su honradez y de su rectitud. El Kaw–djer estrechó con cordiali-

dad la mano que se le tendía. Después, utilizando la lengua inglesa en que le era dirigida la palabra:

–Nos alegramos profundamente, mi amigo Karroly y yo –respondió–, de que nuestra experiencia de estos parajes nos haya permitido evitar tan espantosa catástrofe.

–Permita que me presente. Soy emigrante y me llamo Harry Rhodes. Llevo conmigo a mi mujer, a mi hija y a mi hijo –prosiguió el pasajero, señalando a las tres personas de las que se había separado para acercarse al Kaw–djer.

–Mi compañero –dijo a su vez el Kaw–djer–, es el práctico Karroly, y éste es Halg, su hijo. Como puede ver, son fueguinos.

–¿Y usted? –preguntó Harry Rhodes.

–Soy un amigo de los indios. El nombre que ellos me han dado es el Kaw–djer y ya no recuerdo otro.

Harry Rhodes miró extrañado a su interlocutor, que con actitud tranquila y fría soportó aquel escudriñamiento. Sin insistir, preguntó:

–¿Cuál es su parecer sobre lo que debemos hacer?

–Precisamente el señor Hartlepool y yo hablábamos de ello –respondió el Kaw–djer–. Todo depende del estado del Jonathan. A decir verdad, no me hago grandes ilusiones al respecto. Sin embargo, es imprescindible examinarlo antes de decidir nada.

–¿En qué parte de la Tierra de Magallanes estamos encallados? –preguntó Harry Rhodes.

–En la costa sureste de la isla Hoste.

–¿Cerca del estrecho de Magallanes?

–No, todo lo contrario, muy lejos.

–¡Diablos...! –exclamó Harry Rhodes.

–Por eso, le repito que todo depende del estado del Jonathan. En primer lugar, hay que examinarlo, después podremos tomar una decisión.

Seguido por el contramaestre Hartlepool, por Harry Rhodes, Halg y Karroly, el Kaw–djer descendió a los arrecifes y juntos dieron una vuelta alrededor del clipper.

Muy pronto se percataron de que el Jonathan debía ser considerado como absolutamente perdido. El casco estaba reventado por veinte puntos, rajado en casi toda la longitud del costado de estribor. Tratándose de un buque de hierro, aquellas averías eran todas particularmente irreparables. Debían, pues renunciar a toda esperanza de ponerlo a flote y por consiguiente abandonarlo al mar que no tardaría mucho en terminar la demolición.

–A mi modo de ver –dijo entonces el Kaw–djer–, convendría desembarcar el cargamento y ponerlo en lugar seguro. Mientras tanto, repararíamos nuestra chalupa, que sufrió serias averías cuando la varadura. Concluidas las reparaciones, Karroly podría llevar a Punta Arenas a uno de los emigrantes, para dar a conocer el siniestro al gobernador. No cabe duda de que aquél hará todo cuanto esté en su mano para repatriarles.

–Me parece lo más sensato que se puede decir y pensar –asintió Harry Rhodes.

–Creo –prosiguió el Kaw–djer–, que sería oportuno comunicar este plan a todos sus compañeros. Y para eso, sería necesario reunirlos en la playa, si usted no tiene inconveniente.

Tuvieron que esperar largo tiempo el regreso de los diversos grupos que se habían alejado más o menos en direcciones opuestas. Antes de las nueve de la mañana, sin embargo, el hambre hizo que todos los emigrantes se reunieran frente al navío encallado. Subiendo a una peña, a modo de tribuna, Harry Rhodes transmitió a sus compañeros la propuesta del Kaw–djer.

El éxito que ésta obtuvo no fue en absoluto unánime. Algunos oyentes parecieron poco satisfechos. Se oyeron palabras descorteses.

–¡Descargar ahora un navío de tres mil toneladas...! ¡Sólo nos faltaba eso! –mascullaba uno.

–Pero ¿por quién nos toman? –refunfuñaba otro.

–¡Como si no hubiésemos trabajado ya bastante! –decía un tercero en sordina.

De la muchedumbre se elevó por fin con nitidez una voz:

–Pido la palabra –articulaba, en inglés incorrecto.

–Suya es –consintió Harry Rhodes sin conocer siquiera el nombre del que le interrumpía, y bajó en el acto de su pedestal.

Fue reemplazado enseguida por un hombre en la plenitud de sus facultades físicas. Su rostro, de rasgos bastante hermosos, que iluminaban unos ojos azules algo ensoñadores, aparecía realzado por una tupida barba castaña. El propietario de esta magnífica barba parecía vanagloriarse de ella, pues acariciaba amorosamente sus pelos largos y sedosos, con una mano cuya blancura no había sido alterada por ningún trabajo arrastrado.

–Compañeros –pronunció aquel personaje, yendo y viniendo por la peña igual que Cicerón debía ir y venir antaño por la rostra[6], la sorpresa que varios de vosotros habéis manifestado es de lo más natural. En efecto, ¿qué se nos propone? Permanecer un tiempo indeterminado en esta costa inhóspita y trabajar estúpidamente en el rescate de un material que no es nuestro. ¿Por qué íbamos a esperar aquí el regreso de la chalupa, cuando puede ser utilizada para transportarnos hasta Punta Arenas, unos después de otros?

Entre los oyentes corrieron voces: « Tiene razón » « ¡Es evidente! »

Mientras que, de entre la multitud, el Kaw–djer replicó:

–La Wel–Kiej está a vuestra disposición, por descontado. Pero harán falta diez años para transportar a todo el mundo a Punta Arenas.

–¡De acuerdo! –concedió el orador–. Quedémonos, pues, aquí esperando su regreso. Eso no es motivo suficiente para descargar el material a costa de la fatiga de nuestros brazos. Que retiremos del navío los objetos de nuestra propiedad personal, ¡me parece muy bien!, pero ¡en cuanto a lo demás...! ¿Acaso debemos algo a la Sociedad a la que pertenece todo eso? Todo lo contrario, ella es la responsable de nuestras desgracias. De no haber dado pruebas de su mucha avaricia, si su barco hubiera sido mejor capitaneado, no nos veríamos ahora como nos vemos. Y además, aunque no

[6] Tribuna de los oradores romanos



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

fuera así, ¿olvidaríamos por ello que formamos parte de la innumerable clase de los explotados para transformarnos benévolamente en bestias de carga de los explotadores?

Pareció que se apreciaba el argumento. Una voz dijo: « ¡Bravo...!» Hubo risotadas.

Sintiéndose así animado, el orador prosiguió con nuevo ardor:

–A nosotros los trabajadores claro que nos explotan –y el orador, diciendo esto, se golpeaba el pecho con energía–, a nosotros que no hemos podido, ni siquiera al precio de un trabajo esforzado, ganar en las tierras que nos han visto nacer el pan empapado por nuestro sudor. Idiotas seríamos ahora si cargásemos nuestras espaldas con toda esa chatarra fabricada por obreros como nosotros y que, sin embargo, no deja de ser propiedad del capitalismo opresor, cuyo inconmensurable egoísmo nos ha obligado a abandonar a nuestras familias y nuestras patrias.

Aunque la mayor parte de los emigrantes escuchaban con aire asombrado aquella perorata pronunciada en un inglés viciado por un fuerte acento extranjero, algunos parecían vacilar. Un corrillo reunido al pie de la improvisada tribuna daba claras muestras de aprobación.

Fue otra vez el Kaw–djer quien volvió a poner las cosas en su sitio.

–Ignoro a quién pertenece el cargamento del Jonathan –dijo con calma–, pero mi experiencia de país me autoriza a asegurarles que podrá, puntualmente, serles útil. Ante la ignorancia en que todos nos encontramos acerca del porvenir, sería razonable, en mi opinión, no abandonarlo.

Como el precedente orador no manifestó ninguna intención de replicar, Harry Rhodes trepó de nuevo a la peña y sometió a votación la propuesta del Kaw–djer. Se adoptó a mano alzada sin más oposición.

–El Kaw–djer pregunta –añadió Harry Rhodes, transmitiendo una pregunta que le acababan de formular a él mismo–, si no habría entre nosotros carpinteros dispuestos a ayudarle a reparar su chalupa.

–¡Presente! –dijo un hombre de aspecto fuerte que levantó el brazo por encima de las cabezas.

–¡Presente! –respondieron casi a la vez otros dos emigrantes.

–El primero que ha hablado es Smith –dijo Hartlepool al Kaw–djer–, un obrero contratado por la Compañía. Es un buen hombre. A los otros dos no los conozco. Sólo sé que uno se llama Hobard.

–¿Y al orador, le conoce?

–Es un emigrante, un francés, creo. Me dijeron que se llamaba Beauval, pero no estoy seguro.

El contramaestre no se equivocaba. Tales eran el nombre y la nacionalidad del orador, cuya historia bastante movida puede resumirse, sin embargo, en pocas líneas.

Ferdinand Beauval empezó siendo abogado y quizá hubiera tenido éxito en esta profesión, puesto que no carecía de inteligencia ni de talento, si no hubiera tenido la desgracia de que le picase, al principio de su carrera, la tarántula política. Con la prisa de realizar una ambición a la vez ardiente y confusa, se había comprometido con los partidos más avanzados y no tardó en abandonar la curia por las reuniones públicas. Habría conseguido sin duda salir elegido diputado como otro cualquiera de haber sabido esperar algún tiempo. Pero sus modestos recursos se agotaron antes de que el éxito coronara sus esfuerzos. Reducido a vivir de expedientes, se había comprometido entonces en asuntos dudosos y de ese día databa para él el hundimiento que, caída en caída, le hizo rodar hasta la escasez, después hasta la miseria, obligándole por fin a buscar mejor fortuna por tierras de la libre América.

Pero en América no le había sido más clemente la suerte. Después de ir de ciudad en ciudad, ejerciendo sucesivamente todos los oficios, había caído finalmente en San Francisco, donde, al no serle más favorable el destino, se había visto forzado a un segundo exilio.

Habiendo conseguido hacerse con el capital mínimo necesario, se inscribió en aquel importante grupo de emigrantes, previo

examen de un prospecto que prometía las mil y una maravillas a los primeros colonos de la concesión de la bahía de Lagoa. Después del naufragio del Jonathan, que le arrojaba con tantos otros miserables al litoral de la península Hardy, su esperanza corría peligro de verse traicionada de nuevo.

Sin embargo, los constantes fracasos de Ferdinand Beauval no habían mermado en absoluto su confianza en sí mismo y en su estrella. Esos fracasos, que atribuía a la maldad, a la ingratitud, a la envidia, dejaban intacta su fe en su propia valía, que un día u otro, a la primera ocasión favorable, triunfaría.

Por este motivo ni un instante había dejado que se deterioraran aquellas dotes de conductor de hombres que tan modestamente se atribuía. Tan pronto como subió a bordo del Jonathan procuró divulgar la buena simiente a su alrededor y en ocasiones con tal ligereza de lengua que el capitán Leccar había considerado su deber intervenir.

A pesar de aquellas trabas puestas a su propaganda, Ferdinand Beauval se había apuntado algunos pequeños éxitos durante la primera parte del viaje que acababa de finalizar de manera tan dramática. Un número insignificante de sus compañeros de infortunio había prestado oído complaciente a las sugestiones demagógicas que constituían el fondo de su elocuencia habitual. Ahora formaban a su alrededor un grupo compacto cuyo único defecto era el de contar con muy escasas unidades.

Indiscutiblemente Beauval hubiese encontrado mayor cantidad de adeptos sí, continuando con su mala estrella, no hubiera tropezado a bordo del Jonathan con un temible competidor. Y este competidor era nada menos que un norteamericano llamado Lewis Dorick, hombre de aspecto glacial y de palabra cortante como un cuchillo que iba completamente rasurado. El tal Lewis Dorick profesaba teorías análogas a las de Beauval, llevándolas un grado más adelante. En tanto que éste preconizaba un socialismo en el que el Estado, único propietario de los medios de producción, repartiría a cada cual su empleo, Dorick ponderaba un co-

munismo más puro en el que todo sería a la vez propiedad de todos y de cada uno.

Y aún podía notarse, entre aquellos dos líderes sociólogos, una diferencia más característica que el desacuerdo de sus principios. En tanto que Beauval, latino imaginativo, se embriagaba de palabras y de sueños, practicando, por lo que a él se refería, costumbres bastante suaves, en Dorick, sectario más feroz y doctrinario más absoluto, el corazón de mármol ignoraba la piedad. Mientras que el uno, muy capaz en suma de enloquecer a un auditorio hasta la violencia, era personalmente inofensivo, el otro constituía por sí mismo un peligro.

Dorick pregonaba la igualdad de tal forma que la hacía odiosa. No miraba hacia abajo sino hacia arribó. Pensar en la suerte miserable a que está condenada la mayoría de los humanos no hacía palpitar su corazón con ninguna emoción, pero el hecho de que unos pocos de entre ellos ocupasen un rango social superior al suyo, le producía convulsiones de rabia.

Querer calmarlo habría sido locura. Se convertía en el acto en un enemigo implacable del más tímido de sus detractores y, de haber podido, no habría empleado más argumento que la violencia y el crimen.

Dorick debía todas sus desdichas a esta alma resentida. Profesor de Literatura y de Historia; no había podido resistirse al deseo de difundir, desde su cátedra, una enseñanza muy distinta. Desde allí proclamaba con gusto sus máximas libertarias, no en forma de mera discusión teórica sino como afirmaciones perentorias ante las que uno tiene el estricto deber de inclinarse.

Esta conducta no tardó en dar sus frutos naturales. Su director, agradeciéndole los servicios prestados, le invitó a buscarse otro puesto. Dado que las mismas causas siempre producen los mismos efectos, perdió su nuevo puesto igual que el primero, el tercero como el segundo y así sucesivamente, hasta que la puerta de la última institución se cerró irrevocablemente detrás de él. Se quedó entonces en la calle desde donde, profesor transformado en emigrante, había rebotado al puente del Jonathan.

En el curso de la travesía, Dorick y Beauval habían reclutado sus respectivos partidarios, éste por el calor de una elocuencia no entorpecida por la crítica concienzuda de las ideas, aquél por la autoridad inherente a un hombre que se declara poseedor de la verdad absoluta. No llegaban a perdonarse recíprocamente esta modesta clientela sobre la que se habían erigido jefes. Si bien en apariencia aún se ponían buena cara, en sus almas sólo cabía la cólera y el odio.

Para asegurarse una ventaja sobre su rival, Beauval, a su desembarco en la playa de la isla Hoste, no había querido desaprovechar ni un instante. Viendo que la ocasión era favorable, había subido a la tribuna y tomado la palabra de la forma que ya sabemos. Poco importaba que al final no hubiese triunfado su tesis. Lo esencial era destacar. La muchedumbre se acostumbra a aquellos a quienes ve a menudo, y para convertirse con toda naturalidad en un jefe, basta con atribuirse dicho papel por un tiempo suficiente.

Durante el breve diálogo del Kaw–djer y Hartlepool, Harry Rhodes había continuado arengando a sus compañeros.

–Puesto que ha sido aprobada la propuesta –les dijo desde lo alto de la peña–, habría que confiar a uno de nosotros la dirección del trabajo. Descargar por completo un navío de tres mil quinientas toneladas no tiene nada de sencillo; una empresa así exige, método. ¿Os parecería bien requerir la colaboración del señor Hartlepool, el contramaestre? Él nos repartiría las tareas y nos indicaría los mejores medios de llevarlas a cabo. Que levanten la mano los que estén de acuerdo conmigo.

Todas las manos, con raras excepciones, se levantaron a la vez.

–Entonces, estamos de acuerdo –observó Harry Rhodes, que añadió, volviéndose al contramaestre–: ¿Cuáles son sus órdenes?

–Ir a comer –respondió Hartlepool con tono bonachón–. Para trabajar, se necesitan fuerzas.

Los emigrantes regresaron desordenadamente a bordo, donde la tripulación les repartió una comida preparada a base de conser-

vas. Durante ese tiempo Hartlepool se había llevado aparte al Kaw–djer.

–Con su permiso, señor –dijo en tono preocupado–, me atrevería a decir que soy un buen marino. Pero siempre he estado a las órdenes de un capitán, señor.

–¿Qué quiere decir con eso? –inquirió el Kaw–djer.

–Quiero decir –respondió Hartlepool, poniendo una cara cada vez más larga–, que puedo jactarme de saber ejecutar una orden; pero que la imaginación no es lo mío. Mantener firme la caña, tanto como se quiera. Pero marcar el rumbo, eso es otra cosa.

El Kaw–djer examinó de reojo al contramaestre. ¿Así que existían hombres buenos, fuertes y además juiciosos, para quienes un jefe era una necesidad?

¿Es decir –explicó–, que usted se encargaría con gusto del detalle del trabajo, pero que le gustaría tener previamente unas indicaciones generales?

–¡Justo! –dijo Hartlepool.

–Nada más sencillo –continuó el Kaw–djer–. ¿De cuántos brazos puede disponer?

–Al partir de San Francisco, el Jonathan tenía una tripulación de treinta y cuatro hombres, incluidos la oficialidad y jefes, el cocinero y los dos grumetes, y transportaban mil ciento noventa y cinco pasajeros. En total, mil doscientas veintinueve personas. Pero ahora muchos han muerto.

–Haremos el recuento más adelante. Por el momento, redondeemos la cifra a mil doscientos. A ojo, descontando a mujeres y niños, quedan unos setecientos hombres. Divida a su gente en dos grupos, doscientos hombres se quedarán a bordo y empezarán a subir el cargamento al puente. Yo conduciré a los demás a un bosque que hay cerca de aquí. Cortaremos un centenar de árboles. Una vez talados, esos árboles serán cruzados en doble grueso y atados sólidamente entre sí. De manera que se obtendrán una serie de entarimados que pondrá usted uno a continuación del otro, de modo que formen un largo camino que una

el barco a la playa. Con la pleamar, tendrá usted un puente flotante. Con la bajamar, esas almadías descansarán sobre las aristas de los escollos y los apuntalará para asegurar su estabilidad. Procediendo así y, con un personal tan numeroso, la descarga puede estar terminada en tres días.

Hartlepool supo atenerse con inteligencia a aquellas instrucciones y, como había previsto el Kaw–djer, todo el cargamento del Jonathan estuvo depositado en la playa, fuera del alcance del mar, la noche del día 19. Afortunadamente el torno a vapor había sido hallado, previa verificación, en perfectas condiciones, circunstancia que había facilitado en gran medida el levantamiento de los fardos más pesados.

Al mismo tiempo, con la ayuda de los tres carpinteros, Smith, Hobard y Charley, se había dado un impulso muy efectivo a las reparaciones de la chalupa. En esa fecha del 19 de marzo estaba en condiciones de hacerse a la mar.

Se trató entonces de que los emigrantes escogieran a un delegado. Ferdinand Beauval tuvo así una nueva ocasión de subir a la tribuna y solicitar electores. Pero decididamente no estaba de suerte. Aun la satisfacción dé reunir unos cincuenta votos, mientras que Lewis Dorick –quien por otra no se había presentado como candidato–, no cosechaba ninguno, la mayoría de los sufragios recayó, en un tal Germain Riviére, agricultor de raza franco–canadiense, padre de una hija y de cuatro magníficos muchachos. Los electores estaban seguros de que aquél, por lo menos, regresaría.

La Wel–Kiej dirigida por Karroly, que dejaba en la isla Hoste a Halg y al Kaw–djer, se hizo a la vela en la madrugada del 20 de marzo y se procedió seguidamente a una instalación elemental. No era cuestión de establecerse de forma duradera, sino únicamente de esperar el regreso de la chalupa, cuyo viaje requeriría aproximadamente tres semanas. No cabía, pues, utilizar las casas desmontables y se limitaron a levantar las tiendas encontradas en la cala del barco. Ampliadas con las velas de recambio, de las que estaba repleto un pañol especial, bastaron para cobijar a toda la

gente e incluso la parte frágil del material. Tampoco se descuidaron de improvisar corrales con algunas redes de alambre, ni de establecer, con cuerdas y estacas, cercados para los animales de dos y cuatro patas que transportaba el Jonathan.

En suma, aquella muchedumbre no se encontraba en la situación de unos náufragos arrojados sin esperanza, sin recursos, a una tierra desconocida. La catástrofe había tenido lugar en el archipiélago fueguino, en un punto que figuraba localizado exactamente en todos los mapas, a un centenar de leguas como mucho de Punta Arenas: Por otra parte, abundaban los víveres. En consecuencia, las circunstancias no justificaban ninguna seria preocupación y de no ser por el clima, un poco más duro, los emigrantes vivirían allí, hasta el día no lejano de la repatriación, como hubiesen vivido en los comienzos de su estancia en tierra africana.

Huelga decir que, durante la descarga, ni Halg ni el Kaw–djer permanecieron inactivos. Los dos se habían entregado entera y valerosamente al trabajo. La aportación del Kaw–djer, en especial, había sido particularmente útil. Por mucha que fuera su modestia, por mucho que cuidase de pasar desapercibido, su superioridad era tan evidente que se imponía por la fuerza de los hechos.

Por eso en ningún momento nadie se abstuvo de recurrir a sus consejos. Que se tratara del transporte de una carga especialmente pesada del estibaje de los fardos, del montaje de las tiendas, siempre le consultaban, y no solamente Hartlepool sino también la mayor parte de aquella pobre gente que formaba la gran masa de los emigrantes, poco acostumbrada a semejantes tareas.

Estaba muy adelantada la instalación, por no decir acabada, cuando, el 24 de marzo, se tuvo una nueva imagen de la dureza de aquellos parajes. Durante tres veces veinticuatro horas la lluvia corrió formando torrentes y sopló un viento huracanado. Cuando se apaciguó un poco la atmósfera, hubiera sido inútil buscar el Jonathan en su lecho de escollos. Chapas, barras de hierro torcidas, he aquí cuanto quedaba del bello clipper cuya roda hendía tan alegremente el mar pocos días antes.

Aunque ya hubiera sido retirado del barco todo lo que pudiese tener algún valor, a los emigrantes se les encogió el corazón al descubrir su definitiva desaparición. Quedaban así aislados y completamente separados de la humanidad, que, de perderse la chalupa en el curso de la navegación, ignoraría quizá para siempre su destino.

A la tempestad siguió un período de bonanza. Se aprovechó para hacer el recuento ele los supervivientes del naufragio. Utilizando las listas de a bordo, Hartlepool procedió a pasar lista, poniéndose así de manifiesto que la catástrofe había ocasionado treinta y una víctimas, quince de la tripulación y dieciséis de entre los pasajeros. Quedaban mil ciento setenta y nueve pasajeros y diecinueve de los treinta y cuatro inscritos en el rol de tripulación Añadiendo a estas cifras a los dos fueguinos y a su compañero, la población de la isla Hoste constaba de mil doscientas una personas de ambos sexos y de todas las edades.

El Kaw–djer resolvió aprovechar el buen tiempo para visitar las partes de la isla Hoste más cercanas al campamento. Se convino en que Hartlepool, Harry Rhodes, Halg y tres emigrantes, Gimelli, Gordon e Ivanoff, de origen italiano el primero, americano el segundo y ruso el tercero, le acompañarían en esta excursión. Pero en el último momento se presentaron dos candidatos imprevistos.

El Kaw–djer se encaminaba al lugar fijado para la cita cuando le llamaron la atención dos niños de unos diez años que, uno detrás de otro, se dirigían evidentemente hacia él. Uno de los dos niños, de cara despierta, incluso ligeramente impertinente, andaba con la cabeza muy erguida, afectando un aspecto de arrogancia que no dejaba de ser un tanto cómico. El otro, con un aspecto más modesto, que convenía a su tímida carita, le seguía a cinco pasos.

El primero se acercó al Kaw–djer.

–Excelencia... –dijo.

Muy divertido por este tratamiento insólito, el Kaw–djer observó detenidamente al chiquillo. Este sin turbarse ni bajar la vista, aguantó sin ningún temor el examen.

–¡Excelencia...! –repitió el Kaw–djer, riendo–. ¿Por qué me llamas Excelencia, hijo mío?

El niño pareció sorprenderse mucho.

–¿No es así como hay que hablar cuando se trata de reyes, ministros y obispos? –preguntó en un tono que expresaba su temor de no haber sabido respetar bastante las reglas de la cortesía.

–¡Vaya...! –exclamó asombrado el Kaw–djer–. ¿Y dónde has visto que hay que tratar de Excelencia a reyes, ministros y obispos?

–En los periódicos –respondió el niño con aplomo.

–¿Así que lees periódicos?

–¿Por qué no...? Cuando me los dan...

–¡Ah...! ¡Ah...! –dijo el Kaw–djer. Y agregó–: ¿Cómo te llamas?

–Dick.

–Dick ¿qué más?

El niño no pareció entender.

–Bueno, ¿cuál es el apellido de tu padre?

–No tengo.

–De tu madre, entonces.

–No tengo ni madre ni padre, Excelencia.

–¡Otra vez! –protestó el Kaw–djer, que se interesaba cada vez más por aquel niño tan singular–. Sin embargo, que yo sepa, no soy ni rey, ni ministro, ni obispo.

–¡Usted es el gobernador! –declaró el niño con énfasis.

–¡El gobernador...!

El Kaw–djer, atónito, cayó entonces en la cuenta.

–¿De dónde sacas eso? –preguntó.

–¡Toma...! –dijo Dick, confuso.

–¿Y pues...? –insistió el Kaw–djer.

Dick pareció algo turbado. Titubeó.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–No sé... –dijo al fin–. Pues porque usted es el que manda... Y además, porque todo el mundo le llama así.

–¡Sólo faltaba eso! –protestó el Kaw–djer.

Añadió con voz más grave:

–Te equivocas, amiguito. No soy ni más ni menos que los demás. Aquí no manda nadie. Aquí no hay jefe.

Dick, extrañadísimo, miró incrédulo al Kaw–djer. ¿Era posible que no hubiese jefe? ¿Podía creerlo aquel niño para quien, hasta entonces, el mundo había estado poblado sólo por tiranos? ¿Podía creer que en algún lugar existiera un país sin jefe?

–No hay jefe –volvió a afirmar el Kaw–djer.

Después de un breve silencio, preguntó:

–¿Dónde naciste?

–No sé.

–¿Qué edad tienes?

–Según dicen, pronto cumpliré once años.

–¿Tampoco estás muy seguro de ello?

–Pues no.

–Y tu compañero, que se queda ahí petrificado, a cinco pasos, sin moverse ni un palmo, ¿quién es?

–Es Sand.

–¿Es tu hermano?

–Cómo si lo fuera... Es mi amigo.

–¿Quizá os han educado juntos?

–¿Educado...? –protestó Dick–. ¡Nadie nos ha educado, señor!

El corazón del Kaw–djer se encogió. ¡Cuánta tristeza en aquellas pocas palabras que el niño pronunciaba con voz desafiante, engallándose! ¿Así que existían niños a los que nadie había «educado»?

–¿Dónde le conociste, entonces?

–En Frisco[7], en el muelle.

–¿Hace mucho tiempo?

[7] San Francisco

–Mucho, mucho tiempo... Aún éramos pequeños –respondió Dick tratando de recordar–. Por lo menos hace... ¡seis meses!

–En efecto, mucho tiempo –corroboró el Kaw–djer sin pestañear.

Se volvió hacia el compañero silencioso de aquel singular hombrecito.

–Adelante, a la orden –dijo–, y sobre todo, no me llames Excelencia. ¿Te has tragado la lengua?

–No, señor –balbuceó el niño, retorciendo entre las manos una gorra marinera.

–Entonces, ¿por qué no dices nada?

–Porque es tímido, señor –explicó Dick.

¡Con qué tono asqueado emitió Dick aquel fallo!

–¡Ah! –dijo el Kaw–djer riendo–, ¿porque es tímido...? Pero tú no lo eres...

–No, señor –respondió Dick con sencillez.

–Pues claro, y con razón... Pero, en fin, ¿qué hacéis vosotros dos aquí?

–Somos los grumetes, señor.

El Kaw–djer se acordó de que Hartlepool había mencionado a dos grumetes al pasar lista a la tripulación del Jonathan. Hasta entonces no los había visto entre los niños de los emigrantes. Si se habían dirigido hoy a él, era que algo deseaban.

–¿Qué puedo hacer por vosotros? –preguntó.

Como siempre, fue Dick el que tomó la palabra.

–Nos gustaría ir con usted, como el señor Hartlepool y el señor Rhodes.

–¿Para hacer qué?

Brillaron los ojos de Dick:

–Para ver cosas...

¡Cosas...! Todo un mundo en esta palabra. Todo el deseo de lo que aún no se ha visto nunca, todos los sueños maravillosos y confusos de los niños. La cara de Dick imploraba, toda su diminuta persona estaba tensa hacia su anhelo.

–¿Y tú? –insistió el Kaw–djer, dirigiéndose a Sand, ¿tú también quieres ver cosas?

–No, señor.

Y entonces, ¿qué quieres?

–Ir con Dick –contestó el niño suavemente.

–¿Así que quieres mucho a Dick?

–¡Oh!, ¡Sí, señor! –afirmó Sand, con una gravedad en la voz muy por encima de su edad.

Cada vez más interesado, el Kaw–djer miró un momento a los dos niños. ¡Qué extraña pareja formaban! Pero también cuán encantadora y conmovedora a la vez. Emitió finalmente su fallo:

–Vendréis con nosotros –dijo.

–¡Viva el gobernador...! –gritaron, lanzando los gorros al aire, y los dos se pusieron a dar brincos como cabritos.

El Kaw–djer se enteró por Hartlepool de la historia de sus dos nuevas relaciones, por lo menos de todo lo que el contramaestre sabía y que seguramente era más de lo que los propios niños conocían.

Abandonados una noche en una esquina, el hecho de que aquellos niños hubiesen sobrevivido era uno de esos fenómenos que la razón no alcanza a explicar. Habían vivido, sin embargo, ganándose el pan desde la más tierna edad, gracias a tareas menores: limpiabotas, hacer recados, abrir portezuelas, la venta de flores campestres, y tantas otras invenciones maravillosas para unas mentes tan jóvenes; pero la mayoría de las veces sacando su alimento, como los gorriones, de entre los adoquines de San Francisco.

Ignoraban recíprocamente su triste existencia cuando, seis meses antes, el destino los puso de pronto frente a frente en circunstancias que sólo las características y la escala reducida de sus actores no permiten calificar de trágicas: iba Dick por el muelle con las manos en los bolsillos, la boina ladeada, silbando entre dientes una de sus canciones favoritas, cuando vio a Sand acosado por un perro enorme que ladraba enseñando unos colmillos amenazadores. El niño, espantado, retrocedía llorando, la cara

torpemente escondida detrás del codo doblado. Dick se precipitó y, sin pensárselo dos veces, se colocó entre el asustadizo y su terrorífico adversario, luego, resueltamente plantado sobre sus piernecitas, miró al perro directamente a los ojos y esperó a pie firme.

¿Infundió respeto al animal aquella actitud de matamoros? Lo cierto es que a su vez retrocedió, para huir al fin con el rabo entre las patas. Sin pensar más en él, Dick se había vuelto hacia Sand.

–¿Cómo te llamas? –le había preguntado con actitud soberbia.

–Sand –había dicho el otro, entre lágrimas–. ¿Y tú?

–Dick... Si quieres, seremos amigos.

Por toda respuesta, Sand se había arrojado en los brazos del héroe, sellando así una indestructible amistad.

Hartlepool había presenciado de lejos la escena. Interrogó a los dos niños y así conoció su triste historia. Deseoso de ayudar a Dick, cuya valentía había admirado, le propuso tomarle como grumete en el Josuah Brener, nave de tres palos con velas cuadradas a bordo del cual estaba embarcado por entonces. Pero de entrada Dick puso la condición sine qua non de que Sand fuera enrolado con él. De grado o por la fuerza hubo que pasar por ello y, desde entonces, Hartlepool ya no había abandonado a los dos inseparables, que le siguieron del Josuah Brener al Jonathan. Se había convertido en su profesor y les había enseñado a leer y a escribir, es decir, aproximadamente todo lo que él mismo sabía. Sus buenas acciones, por otra parte, habían caído en terreno abonado. Aquellos dos niños que sentían hacia él una gratitud apasionada sólo le habían proporcionado motivos de satisfacción. Por descontado, cada uno de ellos tenia su carácter; el uno era colérico, susceptible, pendenciero, siempre dispuesto a medir lanzas contra todo y contra todos; el otro, silencioso, afable, modesto, tímido; el uno protector, el otro protegido; pero trabajando los dos con el mismo ardor, teniendo la misma conciencia del deber, el mismo afecto por su gran amigo común el contramaestre Hartlepool.

Tales eran los reclutas que vinieron a incrementar el personal de la expedición.

A primeras horas de la mañana del 28 de marzo se pusieron en camino. No pretendían explorar toda la isla Hoste, sino solamente la parte más cercana al campamento. Para alcanzar la costa occidental cruzaron por encima de las crestas centrales de la península Hardy, remontando luego esa costa hacia el norte, para regresar al campamento por el litoral opuesto, atravesando así la región sur de la isla propiamente dicha.

Desde el comienzo de la excursión se dieron cuenta de que no se podía juzgar aquellas tierras por el árido aspecto del lugar del naufragio, impresión que fue acentuándose conforme avanzaban hacia el norte. Si la península Hardy se presentaba pedregosa y yerma hasta las áridas puntas del Falso Cabo de Hornos, verde aparecía la región cuyas alturas se perfilaban al noroeste.

En aquella dirección, dilatadas praderas al pie de colinas cubiertas de bosques sucedían a las rocas tapizadas de fucos, a las cañadas erizadas de brezos. Allí se entremezclaban en plena floración los dorónicos de flores amarillas y los asters marítimos de flores azules y violeta, hierba caña de un metro e innumerables plantas enanas: calceolarias, citisos rastreros, estirpes, minúsculas pimpinelas. El suelo era un tapiz de hierba lujuriante, capaz de nutrir a miles y miles de rumiantes.

Según las afinidades individuales, la reducida cuadrilla de excursionistas se había dividido en grupos en derredor de los cuales corrían y saltaban Dick y Sand triplicando con sus idas y venidas el camino recorrido. Escasas palabras cruzaban entre sí los tres agricultores, mirando asombrados a su alrededor; mientras Harry Rhodes y Halg caminaban junto al Kaw–djer. Este, guardando su reserva habitual, no comunicaba sus impresiones. Reserva que sin embargo empezaba a ceder ante la simpatía que le inspiraba la familia Rhodes. Todos los miembros de dicha familia le agradaban: la madre, seria y buena; los hijos, Edward de dieciocho años y Clary, de quince, de semblantes inteligentes y abiertos; el padre, de una indudable rectitud de carácter y constante sensatez.

Los dos hombres charlaban amistosamente sobre lo que a ambos interesaba en aquellos momentos. Harry Rhodes

aprovechaba la oportunidad para informarse acerca de la Tierra de Magallanes. A cambio, documentaba a su compañero sobre los tipos más destacados de entre la masa de los emigrantes. El Kaw–djer se enteró así de muchas cosas.

Supo en primer lugar cómo Harry Rhodes, poseedor de una fortuna de cierta importancia, se vio a los cincuenta años arruinado por culpa ajena y cómo después de esta inmerecida desgracia, se había expatriado sin dudarlo ni un solo instante, con el fin de asegurar, si era posible, el porvenir de su mujer y de sus hijos. Más tarde se enteró –pues Harry Rhodes pudo sacar de los documentos de a bordo tales informaciones– de que, sin contar a los muertos, los emigrantes del Jonathan podían dividirse, desde el punto de vista de sus anteriores profesiones, de la siguiente manera: setecientos cincuenta agricultores –¡entre ellos cinco japoneses!– en los que se incluían ciento catorce hombres casados, con sus ciento catorce mujeres e hijos, en total doscientos sesenta y dos, algunos de ellos mayores de edad; tres representantes de profesiones liberales, cinco exrentistas y cuarenta y un obreros de oficio. Hay que añadir a estos últimos, cuatro obreros no emigrantes: un albañil, un carpintero, un carpintero de obra y un cerrajero, contratados por la Compañía de colonización para facilitar el comienzo de la instalación, elevándose así a mil ciento setenta y el número de pasajeros supervivientes, tal como había quedado indicado al pasar la lista nominal.

Enumeradas estas diversas categorías, Harry Rhodes proporcionó algunos detalles sobre cada una de ellas. Respecto a la gran masa de los campesinos, no había hecho muchas observaciones. Como mucho, le había parecido necesario hacer notar que los hermanos Moore, uno de los cuales se había destacado por su brutalidad durante la descarga, manifestaban un temperamento violento, y que las familias Riviére, Gimelli, Gordon e Ivanoff parecían formadas de buenas gentes, fuertes, que gozaban de buena salud y dispuestas a trabajar. En cuanto al resto, aparecía como masa. De seguro, debían encontrarse en ella las cualidades muy desigualmente repartidas, y también debían hallarse nece-

sariamente los vicios, en particular la pereza y la bebida; pero al no haberse producido hasta entonces ningún hecho significativo, se carecía de base para asentar juicios individuales.

Harry Rhodes fue más prolijo respecto a las otras categorías. Los cuatro obreros contratados por la Compañía eran hombres de elite, entre los mejores de sus respectivas profesiones. Como se suele decir, la flor y nata. Por lo que se refería a sus colegas emigrantes, todo hacía pensar que sus cualidades eran infinitamente menos brillantes. En su gran mayoría tenían bastante mala catadura y daban la impresión de ser asiduos de la taberna más que del taller. Dos o tres en particular, con aspecto de auténticos malhechores, no tenían seguramente de obreros más que el nombre.

Cuatro de los cinco rentistas estaban representados por la familia Rhodes. En cuanto al quinto, llamado John Rame, era un triste individuo. De unos veinticinco o veintiséis años de edad, consumido por una vida de fiestas en la que había perdido su fortuna hasta el último céntimo, era evidentemente un inútil y cabía sorprenderse de que, tan mal preparado para luchar, hubiese cometido aquella última locura de unirse a un grupo de emigrantes.

Quedaban los tres fracasados de profesiones liberales. Procedían de tres países diferentes: Alemania, América y Francia. El alemán se llamaba Fritz Gross. Era un borracho inveterado. Envilecido por el alcohol hasta el punto de ser repelente, paseaba jadeando sus carnes fofas y su vientre enorme, continuamente manchado por un hilillo de saliva. Tenia la cara de un color rojo encendido, el cráneo calvo, las mejillas fláccidas; los dientes picados. Un perpetuo temblor agitaba sus dedos, en forma de morcillas. Era tal la porquería que lo cubría, que se había hecho célebre por ella incluso entre aquella población poco refinada. Aquel degenerado era un músico, un violinista, llegando a ser en ocasiones un violinista dotado de genio. Lo único que tenía el poder de despertar su conciencia abolida era su violín. Tranquilo, lo acariciaba, lo mimaba amorosamente, incapaz, sin embargo, de

arrancar una nota, a causa del temblor convulsivo de sus manos. Pero bajo la influencia del alcohol, sus movimientos recuperaban su precisión, la inspiración hacía vibrar su cerebro y sabía entonces hacer brotar de su instrumento acentos de extraordinaria belleza. Por dos veces Harry Rhodes había tenido la oportunidad de asistir a tal prodigio.

En cuanto al francés y al americano, se trataba precisamente de Ferdinand Beauval y Lewis Dorick, que ya han sido presentados al lector. Harry Rhodes no se abstuvo de exponer al Kaw–djer sus teorías subversivas.

–¿No le parece a usted –preguntó a modo de conclusión–, que seria prudente tomar algunas precauciones contra esos dos agitadores? Durante el viaje ya han dado que hablar.

–¿Qué precauciones quiere usted que se tomen? –replicó el Kaw–djer.

–Pues advertirles enérgicamente y además vigilarles con mucho cuidado. Si esto no fuera suficiente, impedir que puedan perjudicar, encerrándoles si es preciso.

–¡Caramba! –exclamó irónicamente el Kaw–djer–; ¡no se anda usted con chiquitas! ¿Y quien se atrevería a arrogarse el derecho de atentar contra la libertad de sus semejantes?

–Aquellos para quienes son un peligro –contestó Harry Rhodes.

–¿Dónde ve usted, no diría yo un peligro, sino solamente la posibilidad de un peligro? –objetó el Kaw–djer.

–¿Que dónde lo veo...? En la excitación de esa pobre gente, de estos hombres ignorantes a quienes se puede engañar tan fácilmente como a niños y que están dispuestos a dejarse embriagar por cualquier palabra sonora que halague su pasión del momento.

–¿Y con qué finalidad iban a querer excitarles?

–Para apoderarse de lo que pertenece al prójimo.

–¿Así que el prójimo tiene algo...? –preguntó con sorna el Kaw–djer–. No lo sabía. En todo caso, aquí donde no hay nada, tanto el prójimo como el rey pierden sus derechos.

–Pero está el cargamento del Jonathan.

–El cargamento del Jonathan es una propiedad colectiva que, en caso de necesidad, representaría la salvación común. Todo el mundo se da cuenta de esto, bien se guardarán todos de tocarlo.

–¡Ojalá los hechos no le contradigan! –dijo Harry Rhodes, que se acaloraba a causa de aquel inesperado desacuerdo–. Pero las personas como Dorick y Beauval no necesitan intereses materiales. El placer de hacer daño se basta a sí mismo, y además está la embriaguez de dominar, de ser el jefe.

–¡Maldito sea quien piense así! –exclamó el Kaw–djer con súbita violencia– Debería ser suprimido de la tierra todo hombre que aspire a regentar a los demás.

Harry Rhodes, asombrado, miró a su interlocutor. ¡Qué arisca pasión dormía en aquel hombre cuya palabra era habitualmente tan mesurada y serena!

–Entonces, habría que suprimir a Beauval –dijo con cierta ironía–, porque bajo el color de una igualdad a ultranza, las teorías de ese charlatán sólo tienen un objetivo: asegurar el poder al reformador.

–El sistema de Beauval es pura chiquillada –replico el Kaw–djer con voz tajante–. Una forma de organización social y nada más. Pero una u otra organización resulta siempre la misma iniquidad y la misma estupidez.

–¿Entonces aprobaría usted las ideas de Lewis Dorick? –preguntó vivamente Harry Rhodes–. ¿Quisiera usted, como él, hacernos volver al estado salvaje y que las sociedades queden reducidas a una agregación fortuita de individuos sin obligaciones reciprocas? ¿No ve usted que esas teorías se basan en la envidia, que rezuman odio?

–Si Dorick conoce el odio, está loco –respondió gravemente el Kaw–djer–. ¡Vaya! ¡Un hombre, que ha venido a la tierra sin pedirlo, descubre en ella a una infinidad de seres semejantes a él, afligidos, miserables, mortales como él y, en vez de compadecerlos, se toma la molestia de odiarlos! Semejante hombre es un loco

y no se discute con los locos. Pero el hecho de que el teórico esté alienado, no implica necesariamente que la teoría sea mala.

–Sin embargo –insistió Harry Rhodes–, las leyes son indispensables cuando los hombres, por un interés común, deciden agruparse dejando de errar solitarios. Sin ir más lejos, mire lo que pasa aquí. La muchedumbre que nos rodea no ha sido escogida por las necesidades de la causa, y seguramente no es diferente de cualquier otra muchedumbre tomada al azar. ¡Pues bien! Ya ha visto que he podido indicarle varios de sus miembros que, por una u otra razón, son incapaces de gobernarse por sí mismos; y seguro que hay otros, que aún no conozco. ¡Cuánto daño podrían causar tales individuos si las leyes no refrenaran sus malos instintos!

–Son causados por esas leyes –repuso el Kaw–djer con profunda convicción–. La humanidad no conocería esas taras si no hubiera leyes, y el hombre se desarrollaría armoniosamente en la libertad.

Harry Rhodes emitió un « ¡Hum! » dubitativo.

–¿Existen leyes aquí? ¿Y no funciona todo como es de desear?

–¿Cómo puede escoger semejante ejemplo?– objetó Harry Rhodes–. Aquí, esto es un entreacto en el drama de la vida. Toda la gente sabe que la situación actual es transitoria y que no puede perpetuarse.

–Pasaría lo mismo si tuviera que durar –afirmó el Kaw–djer.

–Lo dudo –dijo Harry Rhodes, escéptico–; y prefiero, se lo confieso, que no se intente la experiencia.

Como el Kaw–djer no replicara nada, la marcha prosiguió silenciosamente.

Regresando por la costa este contornearon la bahía Scotchwell, cuyo paisaje, si bien era ya la hora del ocaso, sedujo plenamente a los exploradores. Su admiración fue igual a su sorpresa. Los ricos pastos, alimentados por una red de pequeños creeks[8]

[8] Riachuelos



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

que vertían a un río aguas límpidas procedentes de las colinas del centro, testimoniaban la fertilidad del suelo. La vegetación arborescente era comparable a aquel exuberante tapiz. Los bosques, que ocupaban dilatados espacios, se componían de árboles de porte soberbio, enraizados en un suelo turboso pero resistente, y ofrecían un monte bajo con abundantes claros, a veces aterciopelado por musgos ramosos. Bajo aquellas bóvedas frondosas revoloteaba todo un mundo de volátiles, perdices cordilleranas de seis especies, unas grandes como codornices, otras como faisanes, tordos, mirlos, de los que se puede llamar rurales, así como un gran número de representantes de las especies marinas, ánades, patos, cormoranes y gaviotas, mientras que por las praderas brincaban ñandús, guanacos y vicuñas.

El litoral sur de esa bahía, por consiguiente favorablemente orientado, ya que el norte de esa parte del ecuador corresponde al mediodía del otro hemisferio, se hallaba a una distancia inferior a dos millas del lugar donde había zozobrado el Jonathan. Allá llegaba el curso de agua de umbrías orillas, crecido de sus múltiples afluentes, que desembocaba al fondo de una pequeña cala. Hubiera sido fácil construir una aldea para instalación definitiva en sus orillas, distantes un centenar de pies. En caso de necesidad, la cala, resguardada de los vientos duros, hubiera podido servir de puerto.

La oscuridad era casi completa cuando llegaron al campamento. El Kaw–djer, Harry Rhodes, Halg y Hartlepool acababan de despedirse de sus compañeros cuando, en el silencio de la noche, llegaron hasta ellos los sones de un violín.

–¡Un violín...! –murmuró el Kaw–djer, dirigiéndose a Harry Rhodes–. ¿Cree usted que se trata de ese Fritz Gross del que me hablaba?

–Entonces es que está borracho –respondió sin titubear Harry Rhodes.

No se equivocaba. Efectivamente, Fritz Gross estaba borracho. Cuando, pocos minutos después, lo vieron, con la mirada extraviada, el rostro congestionado y con baba en la boca, se

dieron perfecta cuenta de su estado. Incapaz de mantenerse en pie se apoyaba contra una roca a fin de conservar el equilibrio. Pero el alcohol había reavivado la chispa. El arco volaba sobre el instrumento, que exhalaba una sublime melodía. A su alrededor se apretujaban un centenar de emigrantes. En ese momento aquellos miserables lo olvidaban todo, la injusticia de la suerte, su eterna miseria, su triste condición presente, el futuro semejante al pasado, y volaban arrebatados al mundo del ensueño en alas de la música.

–El arte es tan necesario como el pan –dijo Harry Rhodes al Kaw–djer, señalando a Fritz Gross y a sus absortos auditores–. En el sistema de Beauval, ¿qué lugar correspondería a un hombre como éste?

–Dejemos a Beauval donde está –respondió Kaw–djer con cierto disgusto.

–¡Es que hay tanta pobre gente que cree en esos visionarios! –replicó Harry Rhodes.

Continuaron su camino.

–Lo que me intriga –murmuró Harry Rhodes, al cabo de algunos pasos– es de qué modo habrá podido Fritz Gross procurarse su alcohol.

Fuera cual fuera el modo, otros además de Fritz Gross también se lo habían procurado. Los excursionistas no tardaron, efectivamente, en chocar con un cuerpo tendido en el suelo.

–Es Kennedy –dijo Hartlepool, inclinándose sobre el individuo dormido–. Un perro de cuidado. El único de la tripulación que no vale ni la soga para colgarlo.

Kennedy estaba también borracho. Y también, estaban borrachos los emigrantes que encontraron cien metros más lejos, echados por el suelo.

–¡A fe mía –dijo Harry Rhodes– que han aprovechado la ausencia del jefe para saquear el almacén!

–¿Qué jefe? –preguntó el Kaw–djer.

–Pues usted, claro.

–No soy más jefe que cualquier otro –objetó él Kaw–djer con impaciencia.

–Es posible –admitió Harry Rhodes–, lo cual no impide que todo el mundo le considere como tal.

Iba a contestar el Kaw–djer cuando, de una tienda próxima, se levantó en la noche el grito ronco de una mujer a la que se está estrangulando.

## Capítulo II
## Mi primera ley

Originaria del Piamonte, la familia Ceroni estaba formada por el padre, Lazzaro, la madre, Tullia, y su hija, Graziella. Hacía diecisiete años que Lazzaro, que contaba entonces veinticinco años, y Tullia, con seis menos, habían asociado sus dos miserias. Nada poseían excepto sus propias personas, pero se amaban, y un amor honesto es una fuerza que ayuda a soportar y, a veces, a vencer las dificultades de la vida.

No fue así desgraciadamente para el matrimonio Ceroni. El hombre, dejándose llevar por las malas compañías, no tardó en entrar en relación con el alcohol que infinidad de tabernas, en nombre de la libertad, tienen el derecho de ofrecer como cebo a la multitud de los desheredados. En poco tiempo se convirtió en un borracho y sus borracheras cada vez más frecuentes fueron pasando paulatinamente de sombrías a coléricas, de crueles a feroces. Entonces, casi a diario se multiplicaron riñas y escándalos atroces, cuyos ecos podían percibir los vecinos. Injuriada, vapuleada, maltratada, martirizada, Tullia sufrió su calvario ascendiendo las laderas por las que tantas desgraciadas se han arrastrado dolorosamente antes que ella y a su ejemplo continuarán arrastrándose.

Ciertamente hubiera podido, quizás hubiera debido, dejar a aquel hombre transformado en fiera. Sin embargo, no actuó así. Era de esas mujeres que cuando se han entregado, jamás se vuelven atrás, cualquiera que sea el martirio que se les imponga. Desde el punto de vista del interés material y tangible, tales car-

acteres merecen seguramente el epíteto de absurdos; pero también tienen algo de admirable, y gracias a ellos nos es posible concebir cuál puede ser la belleza del sacrificio y qué el elevación moral puede alcanzar el ser humano.

En ese infierno tuvo que crecer Graziella. Desde sus primeros años vio a su padre borracho y a su madre maltratada, asistió a las riñas cotidianas, oyó el torrente de injurias que se escapaban de la boca de Lazzaro como las inmundicias de una cloaca. A una edad en que las niñas no piensan más que, en jugar, entró de esta manera en contacto con las realidades de la vida y viose obligada a la dura lucha de cada instante.

A los dieciséis años Graziella era una joven formal, armada por su fuerte voluntad contra los dolores de la existencia, de los que había vivido una precoz experiencia. Además, por muy cruel que fuera, ¡el porvenir nunca excedería el horror del pasado! Físicamente era alta, delgada y morena. Sin belleza propiamente dicha, su mayor encanto residía en sus ojos y en la expresión inteligente de su rostro.

La conducta de Lazzaro Ceroni había producido sus frutos naturales y pronto entró en la casa la penuria. Y no es de extrañar. Beber cuesta dinero y mientras se bebe no se gana. Doble gasto. La penuria se convirtió gradualmente en pobreza y la pobreza en negra miseria. Entonces recorrieron el camino que recorren todos los degenerados. Cambiaron de país, con la esperanza de una suerte mejor bajo otro cielo. Así fue como, de éxodo en éxodo, habiendo atravesado Francia, el océano, América, la familia Ceroni dio con sus huesos en San Francisco. ¡Quince años había durado este viaje! En San Francisco, la indigencia llegó a tal extremo que a Lazzaro se le abrieron los ojos y adquirió conciencia de su obra de destrucción. Prestando por fin oído, por primera vez después de tantos años, a las suplicas de su mujer, prometió enmendarse.

Y había mantenido su palabra. En seis meses, gracias a su asiduidad al trabajo y a haber suprimido la taberna, volvió el desahogo y se pudo reunir la gran suma de quinientos francos

exigida por la Sociedad de colonización de la bahía de Lagoa. Tullia volvía a pensar que era posible la felicidad, cuando con el naufragio del Jonathan y el ocio, que fue una consecuencia inevitable, las cosas volvieron a su estado inicial.

Para matar aquellas largas horas de inactividad, Lazzaro se había relacionado con otros emigrantes. Y huelga decir que sus simpatías habían hecho que se arrimara a sus semejantes. Era muy natural que éstos, abrumados por el aburrimiento e inconsolables por verse privados de sus excesos habituales, se aprovecharan de la oportunidad que brindaba la ausencia de aquel a quien todos, incluso sin darse cuenta, consideraban como el jefe. Una vez se hubo alejado el Kaw–djer con sus compañeros, esta cuadrilla poco recomendable se apropió de uno de los toneles de ron salvados del Jonathan, resultando de ello una orgía en toda regla. Tanto por incitación como por cobardía frente a su vicio reavivado, Lazzaro imitó a los demás y sólo cuando le flaqueaban las piernas con el juicio ya perdido, se había decidido a volver a la tienda, donde llorando le esperaban su mujer y su hija.

En cuanto entró, empezó la inevitable riña. Con el pretexto, primero, de que la comida no estaba lista; cuando le fue servida, se irritó por la tristeza de las dos mujeres y, excitándose solo, rápidamente pasó a las más espantosas injurias.

Graziella, inmóvil y helada, miraba con espanto a aquel ser envilecido que era su padre. En su interior, la vergüenza rivalizaba con la pena. Pero el corazón llagado de Tullia, que sólo conocía el dolor, estalló. ¡Pues qué! ¡Una vez más, todas sus esperanzas se iban a pique, la recaída en el infierno...! Brotaron lágrimas de sus ojos, inundaron su rostro marchito. Esto fue suficiente para desencadenar la tempestad.

–¡Ya te daré yo lágrimas! –gritó Lazzaro enfurecido.

Agarró a su mujer por la garganta, mientras Graziella se esforzaba por arrancar a la desgraciada de aquella presión criminal.

Drama silencioso. Se desarrollaba sin ruido, a excepción de la voz apagada de Lazzaro, que seguía profiriendo injurias. Ni Graziella ni su madre pedían socorro. Que un padre maltrate a su

hija, que un marido asesine a su mujer, son taras vergonzosas que hay que ocultar a todos, aun con el precio de la vida. Sin embargo, al aflojar por un momento el verdugo su presión, el dolor arrancó a Tullia el grito rauco que había oído el Kaw–djer. Por aquella involuntaria queja el furor del demente llegó a su punto culminante. Sus dedos se cerraron con más violencia.

De pronto, una mano de hierro atenazó su hombro. Obligado a ceder, se fue rodando al otro extremo de la tienda.

–¡Oiga! ¡Oiga! –balbuceó.

–Silencio –ordenó una voz imperiosa.

No hizo falta repetírselo al borracho. Extinguiéndose súbitamente su excitación, cayó en seco, dormido como un tronco.

El Kaw–djer se había inclinado sobre la mujer desvanecida y se afanaba por socorrerla. Halg, Rhodes y Hartlepool, que habían entrado detrás de él, contemplaban la escena trastornados.

Por fin Tullia abrió los ojos. Viendo caras extrañas comprendió en el acto lo que había pasado. Su primer pensamiento fue disculpar a aquel cuya brutalidad acababa de manifestarse de forma tan abominable.

–Gracias, señor –dijo, incorporándose–. No era nada... Ya ha pasado todo ahora... ¡Si seré tonta de haberme espantado tanto!

–¡Cualquiera no lo estaría! –exclamó el Kaw-djer.

–¡Oh, no! –replicó vivamente Tullia–. Lazzaro no es malo... Quería bromear...

–¿Le da con frecuencia por bromear así? –preguntó el Kaw–djer.

–¡Nunca, señor, nunca! –afirmó Tullia–. Lazzaro es un buen marido... No hay un hombre más bueno...

–Mentira –interrumpió una voz decidida.

El Kaw–djer y sus compañeros se dieron la vuelta. Descubrieron a Graziella, a la que no habían podido ver hasta entonces en la penumbra de la tienda apenas iluminada por la claridad amarillenta de un fanal.

–¿Quién es usted? –preguntó el Kaw–djer.

–Su hija –respondió Graziella, señalando al borracho, cuyo ronquido sonoro no estaba turbado por el ruido–. Por mucha vergüenza que sienta, tengo que decirlo, para que me crean y ayuden a mi pobre madre.

–¡Graziella...! –imploró Tullia, juntando las manos.

–Lo diré todo –afirmó la joven con energía–. Es la primera vez que encontramos defensores. No les dejaré marchar sin apelar a su piedad.

–Hable, hija mía –dijo el Kaw–djer bondadosamente–, y cuente con nosotros para socorrerlas y defenderlas.

Así animada, Graziella, con voz temblorosa, relató la vida de su madre. No ocultó nada. Habló del sublime cariño de Tullia y del pago que había recibido. Habló del envilecimiento de su padre. Lo presentó arrastrando a su mujer por los cabellos, vapuleándola, pisoteándola con rabia. Evocó los días de miseria, sin ropa, sin fuego, sin pan, a veces sin domicilio, alabando a su madre maltratada que, en medio de tantas crueles pruebas, había conservado inalterable su heroica dulzura. Al escuchar el relato espantoso, ésta lloraba suavemente. En la voz de su hija, las torturas padecidas surgían de las sombras del pasado y parecían volver al presente, todas de una vez, para destrozarle el corazón. Y bajo el peso acumulado de todas ellas, Tullia iba cediendo. Se abandonaba. Por fin le faltaban fuerzas para defender y proteger al verdugo.

–Ha hecho bien en hablar, hija mía –dijo el Kaw–djer con voz conmovida, cuando Graziella concluyó su relato–. Tenga la seguridad de que no las abandonaremos y de que socorreremos a su madre. Por esta noche, sólo necesita descanso. Así pues, que procure dormir y que confíe en un futuro mejor.

Guando estuvieron fuera, el Kaw–djer, Harry Rhodes y Hartlepool se miraron un instante, silenciosos. ¡Cómo podía un hombre llegar a tal grado de ignominia! Después, inspirando profundamente para dilatar su pecho oprimido, iban a reemprender la marcha, cuando el primero se dio cuenta de que el pequeño

grupo contaba con un miembro de menos. Halg ya no estaba con ellos.

Suponiendo que el joven se había quedado en la tienda de la familia Ceroni, el Kaw–djer volvió a entrar. En efecto, Halg estaba allí, tan absorto que no había notado la salida de sus compañeros y tampoco notó el regreso de uno de ellos. De pie contra la lona, miraba a Graziella y era elocuente su semblante, que a la vez expresaba piedad y auténtico éxtasis. A pocos pasos, Graziella, los ojos bajos, se prestaba a esta contemplación con cierta complacencia. Ninguno de los dos jóvenes hablaba. Después de aquellas violentas conmociones dejaban que sus corazones se abrieran silenciosamente a emociones más dulces.

El Kaw–djer sonrió.

–¡Halg...! –llamó a media voz.

El joven se sobresaltó y, sin hacerse rogar, salió de la tienda. De inmediato reanudaron el camino.

Los cuatro excursionistas caminaban en silencio, siguiendo cada cual el hilo de sus pensamientos. El Kaw–djer, frunciendo el ceño, reflexionaba acerca de lo que acababa de ver y oír. El mayor servicio que se podía prestar a aquellas dos mujeres era, evidentemente, privar de alcohol a su verdugo. ¿Era factible? Seguramente e incluso sin gran dificultad ya que en la isla Hoste se desconocía el alcohol fuera del que provenía del Jonathan y había sido dejado en la playa con el resto del cargamento. Bastarían uno o dos centinelas...

¡Conforme!, pero ¿quién pondría a esos centinelas? ¿Quién se atrevería a dar órdenes y formular prohibiciones? ¿Quién se arrogaría el derecho de limitar de alguna manera la libertad de sus semejantes e imponer su iniciativa a la de los demás? Esto era la acción de un jefe y en la isla Hoste no había jefe...

¡Vamos...! Todo lo contrario. Siquiera potencialmente, existía un jefe. ¿Y quién era sino aquél, el único que había salvado a los demás de una muerte segura; el único que tenía experiencia de aquella tierra desierta; el único que poseía en grado superior al de todos los demás inteligencia, saber y carácter?

Mentirse a sí mismo hubiera sido cobardía. El Kaw–djer no podía ignorarlo, aquella población miserable volvía la mirada hacia él, a él entregaba el ejercicio de la autoridad colectiva, de él esperaba confiada ayuda, consejos y decisiones. Quisiera o no, no podía rehuir la responsabilidad que aquella confianza implicaba. Quisiera o no, el jefe, designado por las circunstancias y por el consentimiento tácito de la inmensa mayoría de los náufragos, era él.

¡Pero cómo! El, el libertario, el hombre incapaz de soportar ninguna coacción, se veía obligado a tener que imponer una a los demás, ¡y él que rechazaba todas las leyes tenía que promulgar leyes! Suprema ironía; al apóstol anarquista, al adepto de la famosa fórmula «Ni Dios ni patrón», lo convertían en patrón; le atribuían aquella autoridad cuyo principio odiaba su alma con tan rabioso furor.

¿Debería aceptar la odiosa prueba? ¿No sería preferible huir lejos de aquellos seres con almas de esclavos...?

Pero ¿qué sería entonces de ellos, abandonados a sí mismos? ¿De cuántos sufrimientos sería responsable el desertor? Si bien es cierto que se tiene el derecho de poner toda la ilusión en abstracciones, no es digno de ser llamado hombre quien al amor a ellas cierra los ojos a las realidades de la vida, niega la evidencia y no sabe resolverse a sacrificar su orgullo para atenuar la miseria humana. Por muy ciertas que parezcan unas teorías, también es grande saber hacer tabla rasa cuando queda demostrado que el bien de los otros lo exige

Ahora bien, ¿qué demostración podía resultar más clara y evidente? ¿Acaso no se había observado, aquella misma noche, muchos casos de borrachera, sin hablar de aquellos que permanecían todavía ignorados, quizá más numerosos? ¿Debía tolerarse en aquella pacífica multitud semejante abuso del alcohol, a riesgo de que estallaran altercados, riñas, incluso muertes? Por otra parte, ¿no se habían dejado sentir ya los efectos del veneno? ¿No se habían observado sus estragos en la familia Ceroni?



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

Estaban cerca de la tienda habitada por la familia Rhodes, estaban ya a punto de separarse y el Kaw–djer todavía vacilaba. Pero no era hombre que rehuyese las responsabilidades. En el último momento, por mucho que le doliera, su resolución estaba tomada. Se volvió hacia Hartlepool.

–¿Cree usted que puede contar con la lealtad de la tripulación del Jonathan? –preguntó.

–Exceptuando a Kennedy y a Sirdey, el cocinero, respondo de ellos –dijo Hartlepool.

–¿De cuántos hombres dispone usted?

–De quince hombres, incluyéndome a mí.

–Los otros catorce, ¿le obedecerán?

–Sin duda.

–¿Y usted?

–¿Hay aquí alguien cuya autoridad esté usted dispuesto a reconocer?

–Pues... usted, señor..., naturalmente –respondió Hartlepool, como si la cosa fuera evidente.

–¿Por qué?

–¡Vaya...! Señor... –dijo Hartlepool, turbado–. Pero es que aquí, como en todas partes, la gente necesita un jefe. ¡Eso es muy natural, qué diablos!

–¿Y por qué iba a ser yo el jefe?

–No hay otro –dijo Hartlepool, subrayando con los brazos abiertos su irrefutable argumento.

La respuesta era perentoria. Y nada había que replicar.

Tras un nuevo instante de silencio, el Kaw–djer declaró con voz firme:

–A partir de esta noche, hará custodiar el material desembarcado del Jonathan. Sus hombres se relevarán de dos en dos y no dejarán que nadie se acerque. Vigilarán el alcohol con preferente atención.

–Bien, señor –respondió sencillamente Hartlepool–. La orden estará cumplida dentro de cinco minutos.

–Buenas noches –dijo el Kaw–djer, alejándose a largos pasos, descontento de sí mismo y de los demás.

## Capítulo III
## En la bahía de Scotchwell

La Wel–Kiej regresó de Punta Arenas el 15 de abril. En cuanto la avistaron los emigrantes, impacientes por conocer la suerte que les esperaba, se juntaron en filas apretadas en el punto de la costa hacia el que se dirigía.

La concentración de aquella muchedumbre se efectuó por sí misma, según las leyes inmutables que rigen la formación de grupos en toda la superficie de nuestro imperfecto planeta; lo que equivale a decir que los más fuertes se apoderaron de los mejores sitios. Atrás quedaron relegadas las mujeres. Desde allí no podían ver nada ni oír nada, pero eso no les impedía charlar aun con más agitación, cambiando entre sí comentarios tan ensordecedores como prematuros sobre las noticias todavía desconocidas que traería la chalupa. Delante estaban los hombres, a una distancia de la orilla del agua inversamente proporcional a su vigor y a su brutalidad. En cuanto a los niños, para quienes todo es pretexto para jugar, estaban diseminados por todas partes. Los más pequeños piaban como gorriones, correteando y brincando por la periferia del grupo; otros estaban perdidos entre la masa, sin poder avanzar ni retroceder; otros, que habían conseguido atravesarlo de punta a punta, tendían sus caritas curioseando entre las piernas de la primera fila; algunos, finalmente, los más atrevidos, habían logrado pasar, después de la cabeza, el cuerpo entero.

El pequeño Dick, huelga decirlo, figuraba entre estos espabilados y no había vencido tan sólo en su propio beneficio todos los obstáculos, sino que, había logrado que le siguieran los pasos

su inseparable Sand y otro niño con el que ambos grumetes habían trabado, desde hacía ocho días, una amistad que ya se perdía en la noche de los tiempos. Este niño, Marcel Norely, de la misma edad que sus dos compañeros, poseía el mejor de los títulos para hacerse acreedor de su afecto, puesto que tenía necesidad de su protección. Era un ser débil, de rostro enfermizo y, por si fuera poco, un inválido cuya pierna derecha, atacada de parálisis, se había quedado unos centímetros más corta que la izquierda. Por lo demás, este inconveniente no alteraba en lo más mínimo el buen humor del pequeño Marcel, ni su ardor por los juegos, en los que destacaba como cualquier otro, gracias a una muleta que a utilizaba con notable habilidad.

Cuando los emigrantes corrían tumultuosamente a la playa, Dick, y tras él Sand y Marcel, se había deslizado por entre los que habían llegado los primeros, a cuyas cinturas apenas alcanzaba su frente, y habían conseguido colocarse delante de ellos. Aquella hazaña, desgraciadamente, no pudo ser ejecutada sin causar alguna molestia a los precedentes ocupantes, y quiso el azar que uno de ellos fuera Fred Moore, el mayor de aquellos dos hermanos cuya naturaleza violenta había sido indicada al Kaw–djer por Harry Rhodes.

Fred Moore, hombre bastante metido en carnes y de casi seis pies de estatura, lanzó un sonoro reniego al sentir que su base se tambaleaba. Aquello bastó para excitar la locuacidad guasona de Dick. Se volvió hacia Sand y Marcel que estaban abriéndose paso a imitación suya.

–¡Eh, vosotros...! –dijo–, no empujéis a este gentleman, ¡por todos los demonios...! ¿Qué falta nos hace? Con ponernos detrás de él y mirar por encima de su cabeza, ya basta.

La pretensión, dada la corta estatura del minúsculo orador, era tan presuntuosa que los que se hallaban alrededor no pudieron contener la risa, lo cual puso a Fred Moore de pésimo humor. La sangre afluyó a su rostro.

–¡Mocoso![9] –dijo con desprecio.

–Gracias por el cumplido, Vuestro Honor, aunque pronuncia usted mal el inglés. Habría que decir gentil –se burló Dick, abusando de las consonantes análogas de gnat (mosquito) y natty (gentil)

Fred Moore dio un paso hacia delante, pero los que estaban más cerca de él le retuvieron, aconsejándole que dejara en paz a aquellos niños. Dick aprovechó para alejarse con sus dos amigos, siguiendo por la orilla del mar y pasando por delante de otros emigrantes de humor más pacífico.

–Luego ya nos veremos y te daré un buen tirón de orejas, muchacho –amenazó Fred Moore, obligado entonces a la inmovilidad.

Dick, bien protegido ahora, miró de abajo arriba a su adversario.

–¡Para eso haría falta una escalera, compañero! –dijo con arrogancia, desencadenando nuevas risas.

Fred Moore se encogió de hombros y Dick, satisfecho de salirse con la suya, dejó de ocuparse de él, para concentrar toda su atención en la chalupa cuya rola hacia chirriar en aquel preciso momento la grava de la orilla.

Tan pronto como se detuvo, Karroly saltó al agua y se apresuró en ir a fijar sólidamente el ancla en tierra firme. Ayudó luego a su pasajero a desembarcar, alejándose después con Halg y el Kaw–djer, muy contento de volver a verles después de tan larga ausencia.

Si bien es cierto que entre los fueguinos los sentimientos afectivos se hallan por lo general poco desarrollados, también es verdad que el práctico constituía una excepción a la regla. De ser necesario, las miradas con las que envolvía a su hijo y al Kaw–djer habrían sido suficiente testimonio. Para este último era realmente

[9] En realidad Fred Moore dice moucheron, que en francés significa "mosquito".

el buen perro fiel y abnegado; su aspecto mismo evocaba esa imagen.

Su ciega devoción sólo podía ser igualada por la de Halg, no menos profunda pero más consciente. Si Karroly era el padre del joven en el sentido natural de la palabra, el Kaw–djer era su padre espiritual. Al uno le debía la vida, al otro la inteligencia, que las lecciones del misterioso solitario habían formado, dotándola de sentimientos e ideas desconocidos por los desheredados indígenas del archipiélago.

El afecto que profesaba al Kaw–djer era ampliamente correspondido por aquél. Halg era el único ser capaz de conmover aún a aquel hombre desencantado que aparte del amor que experimentaba por el muchacho, sólo sentía un altruismo colectivo e impersonal, sin duda de una grandeza admirable, pero cuya misma dimensión parece más adecuada al corazón infinito de un Dios que al alma mediocre de las criaturas. ¿Será acaso por esto, será porque tienen la oscura noción de esa desproporción, por lo que, a pesar de su resplandeciente belleza, un sentimiento semejante causa extrañeza antes que encanto a los demás hombres y llega a parecerles inhumano por hallarse tan por encima de ellos? Tal vez, juzgando por la pobreza de su propio corazón, consideran que es sumamente pequeña la parte que les toca a cada uno de un amor así dividido entre todos y que, aun cuando sea menos sublime, es mejor entregarse sin reserva a unos pocos.

Mientras que aquellos tres seres tan estrechamente unidos conversaban acerca de los incidentes del viaje y se entregaban al placer de volver a verse, los emigrantes, rodeando en apretadas filas a Germain Riviére, se informaban de los resultados de su misión. Las preguntas se entrecruzaban, formuladas de diversas maneras, para reducirse en suma a ésta: ¿por qué había vuelto la chalupa y en su lugar no veían un navío bastante grande para repatriarles a todos?

Germain Riviére, no sabiendo a quién atender, reclamó el silencio con la mano y luego, en respuesta a una pregunta precisa formulada por Harry Rhodes, hizo un breve relato de su viaje. En

Punta Arenas había visto al gobernador, Sr. Aguire, quien, en nombre del Gobierno chileno, había prometido socorrer a las víctimas de la catástrofe. Sin embargo, al no encontrarse por entonces en Punta Arenas ningún barco de tonelaje suficiente para transportar a los, náufragos, éstos debían armarse de paciencia. La situación, por lo demás, no parecía inquietante. Puesto que se disponía de un material en buen estado y víveres para unos dieciocho meses, se podría esperar sin peligro.

Ahora bien, no había que ocultarse que la espera sería forzosamente bastante larga. Apenas comenzaba el otoño y no hubiera sido prudente enviar, sin una urgencia absoluta, un buque a aquellos parajes en esa época del año. En interés de todos, el viaje debía ser aplazado hasta la primavera. A principios de octubre, es decir, pasados seis meses, un navío sería enviado a la isla Hoste.

La noticia, pasando de boca en boca, fue transmitida instantáneamente de la primera a la última fila. Produjo entre los náufragos un efecto de estupor. ¡Cómo! ¡Habían de verse en la necesidad de perder seis largos meses en aquel país donde no se podía emprender nada puesto que habría que abandonarlo todo en primavera, después de haber sufrido inútilmente los rigores del invierno! La multitud, un rato antes tan bulliciosa, había quedado en silencio. Cruzábanse miradas abatidas. Luego, el abatimiento dio paso a la cólera. Fueron proferidas invectivas violentas contra el gobernador de Punta Arenas. La cólera, sin embargo, falta de alimento, no tardó en apaciguarse y los emigrantes empezaron a dispersarse y a regresar a sus tiendas, taciturnos.

Pero atraídos en el camino por otro grupo en vías de formación, se detenían maquinalmente sin darse cuenta siquiera de que, agregándose al segundo grupo constituido por los elementos disociados del primero, se transformaban ipso facto en oyentes de Ferdinand Beauval. En efecto, éste juzgado la ocasión favorable para un nuevo discurso y, como la vez anterior, arengaba a sus compañeros desde lo alto de una peña elevada a la dignidad de tribuna. Como es de suponer, el orador socialista no tenía palabras halagadoras para el, régimen capitalista en general y en

particular el gobernador de Punta Arenas, quien, según él, era su producto natural. Estigmatizaba con elocuencia el egoísmo de aquel funcionario desprovisto de la más elemental humanidad y que tan a la ligera dejaba a tantos desgraciados expuestos a todos los peligros y a todas las miserias.

Los emigrantes sólo prestaban un oído distraído a la diatriba del tribuno. ¿A qué venía aquella palabrería? Ya podía Beauval clamar cosas aún peores eso no haría que sus asuntos adelantaran un paso. Para mejorar su suerte se necesitaban hechos, no palabras. ¿Pero qué hechos? Nadie, a decir verdad lo sabía. Y con la vista baja, fijando en el suelo sus ojos ingenuos, buscaban penosamente la solución del problema, sin gran esperanza de encontrarla.

Una idea, sin embargo, se iba abriendo paso poco a poco, en aquellos cerebros oscuros. Lo que debía hacerse, quizás alguien lo sabía. Tal vez aquel que ya les había sacado de más de un aprieto les daría el medio para resolver aquella situación, cuando estuviera informado. Por esta razón, lanzaba tímidas miradas en dirección al Kaw–djer, hacia quien se dirigían precisamente Harry Rhodes y Germain Riviére. No pudiendo ningún miembro de una población de mil doscientas almas adoptar por si solo una decisión para el conjunto, lo más sencillo; después de todo, era remitirse al Kaw–djer, a su abnegación, a su experiencia; además en cualquier caso, tal resolución tenía la inapreciable ventaja de hacer superflua para los demás toda reflexión,

Libres por fin de cualquier preocupación inmediata, los emigrantes fueron abandonando, uno tras otro a Ferdinand Beauval, cuyo auditorio pronto quedo reducido a su habitual núcleo de fieles.

Juntándose al grupo formado por los dos fueguinos y el Kaw–djer, Harry Rhodes, acompañado por Germain Riviére, puso a aquél al corriente de los acontecimientos, le dio a conocer la respuesta del gobernador de Punta Arenas y le expuso las angustias de los emigrantes, que temían el rigor de un invierno antártico.

En lo que a este último punto se refiere, el Kaw–djer tranquilizó a su interlocutor. El invierno, en tierra de Magallanes, es menos duro y menos largo a la vez, que en Islandia, Canadá o los Estados septentrionales de la Unión Americana, y el clima, del archipiélago es semejante, después de todo al de las tierras del sur de África hacia donde se dirigía el Jonathan.

–Acepto el augurio –dijo Harry Rhodes, conservando sin embargo cierto escepticismo–. No obstante, ¿no sería preferible, en todo caso, invernar en la Tierra del Fuego, que tal vez ofrezca algunos recursos, antes que en la isla Hoste, donde hasta la fecha no hemos encontrado alma viviente?

–No –respondió el Kaw–djer–. Trasladarse a Tierra del Fuego no tendría ninguna ventaja y, por el contrario, presentaría grandes inconvenientes desde el punto de vista del material que sería preciso abandonar. Tenemos que quedarnos en la isla Hoste, pero abandonar sin demora el lugar en que hasta ahora se ha acampado.

–¿Para ir dónde?

–A la bahía Scotchwell, cuyo contorno seguimos durante nuestra excursión. Allí encontraremos sin ningún esfuerzo un emplazamiento adecuado para las casas desmontables procedentes del cargamento del Jonathan, mientras que aquí no existe ni una pulgada de terreno llano.

–¿Cómo? –exclamó Harry Rhodes–. ¡Usted nos aconseja que transportemos a dos millas de aquí un material tan pesado y proceder a una verdadera instalación!

–Es absolutamente necesario –afirmó el Kaw–djer–. Aparte de que la orientación de la bahía Scotchwell es excelente y se encuentra al abrigo de los vientos del Oeste y del Sur, el río que desemboca en ella proporcionará en abundancia agua potable. En cuanto a instalarse formalmente, no sólo es necesario sino urgente. En esta región el gran enemigo es la humedad. Ante todo lo que importa es defenderse contra ella. Y añadiré que no hay tiempo que perder, el invierno puede empezar de la noche a la mañana.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–Debería decir todo esto a nuestros compañeros –propuso Harry Rhodes–. Se darían cuenta más exacta de su situación si se la explicara usted.

–Prefiero que usted mismo se encargue de hacerlo –replicó el Kaw–djer–. Pero, por supuesto, quedo a disposición de todos si me necesitan.

Harry Rhodes se apresuró a poner en conocimiento de los emigrantes esa conversación. Quedó bastante sorprendido al ver que no recibían la comunicación tan mal como era de temer. La decepción que acababan de experimentar había sembrado entre ellos el desaliento y se consideraban muy afortunados por encontrarse en presencia de una tarea concreta, sabiendo que alguien se responsabilizaba de garantizar buenos resultados. La invencible esperanza que dormita hasta la muerte en el corazón del hombre hacía el resto. Igualmente cualquier otro cambio les hubiera parecido, en aquellos momentos, la salvación. Acogieron con gran júbilo la instalación en la bahía Scotchwell y se imaginaron encontrar allí las mil maravillas.

Sólo que, ¿por dónde empezar? ¿Qué medios había que emplear para llevar a cabo el transporte del material en un recorrido de dos millas a lo largo de aquella playa rocosa donde no existía ni sombra de sendero? A petición general, Harry Rhodes tuvo que volver a dirigirse al Kaw–djer para rogarle que tuviera a bien organizar el trabajo cuya urgencia él mismo había señalado.

Este no puso la menor dificultad para satisfacer aquel deseo y, bajo su dirección, todos se pusieron de inmediato a trabajar.

Primero se creó una rudimentaria carretera en el punto de culminación de la marea, allanando el suelo alrededor de las peñas más grandes y apartando las que era posible cambiar de lugar sin excesivo esfuerzo. El 20 de abril ya estaba terminado aquel trabajo preliminar. E inmediatamente se inició el transporte propiamente dicho.

Se utilizaron, para este fin, las plataformas creadas para el transporte del cargamento del Jonathan. Divididas en tableros más pequeños y provistas de troncos de árboles cuidadosamente

redondeados y dispuestos a guisa de ruedas, proporcionaron gran número de vehículos rudimentarios que arrastraron los emigrantes, hombres, mujeres y niños. Pronto, la larga «teoría»[10] de estas burdas carretas arrastradas por sus tiros humanos fue extendiéndose por la orilla entre el acantilado y el mar. El espectáculo no dejaba de ser pintoresco. ¡Qué griterío escapaba de aquellos mil doscientos pechos jadeantes!

La chalupa era de gran utilidad. Se la cargaba con las piezas más pesadas o más frágiles y, conducida por Karroly y su hijo, iba y venía incesantemente desde el lugar del naufragio hasta la bahía Scotchwell; gracias a ella el trabajo sería notablemente acortado.

Y por ello tenían que felicitarse, pues varias veces se vieron retrasados por el mal tiempo. Las primeras perturbaciones atmosféricas anunciaban ya las cóleras del invierno. Entonces tenían que refugiarse en las tiendas dejadas en su sitio hasta el último momento y esperar la calma que les permitiera reanudar el trabajo.

No contento con prodigar palabras de ánimo y consejos, el Kaw–djer predicaba con el ejemplo. Nunca permanecía inactivo. Andando sin cesar por el camino que seguía el convoy, siempre se encontraba en el punto indicado para dar un consejo o echar una mano. Los emigrantes observaban con asombro a aquel hombre infatigable que se obligaba voluntariamente a compartir sus duros trabajos, cuando nada le hubiera impedido marcharse como había llegado.

A decir verdad, el Kaw–djer ni siquiera pensaba en ello. Dedicado por entero a la tarea que el azar le había hecho emprender, se entregaba a ella sin otro pensamiento, satisfecho de, poder ser útil a aquella multitud miserable y que, precisamente por eso, ocupaba un lugar preferente en su corazón.

Pero no todo el mundo alcanzaba su mismo nivel moral; aquellos proyectos de deserción, que ni por un momento habían rozado su espíritu, eran abrigados por otros. Nada más fácil, en

[10] Nombre dado a las procesiones religiosas griegas

definitiva, que apoderarse de la chalupa, izar la vela y singlar hacia una región más clemente. Puesto que los emigrantes no disponían de ninguna embarcación, no había que temer que los persiguieran. Era tan sencillo que resultaba sorprendente que nadie, hasta entonces, lo hubiera intentado.

La dificultad consistía, sin duda, en que la Wel–Kiej nunca se quedaba sin guardianes, pues Halg y Karroly, que la pilotaban durante el día, se acostaban en ella por la noche, junto con el Kaw–djer. En consecuencia, forzoso había sido para los que proyectaban apropiársela esperar una ocasión favorable.

La ocasión se presentó por fin el 10 de mayo. Aquel día, al regreso de su primer viaje a la bahía Scotchwell, el Kaw–djer vio a los dos fueguinos que gesticulaban en la orilla, mientras que la Wel–Kiej, distante ya más de trescientos metros, se alejaba mar afuera, a toda vela. A bordo se distinguía a cuatro hombres cuyos rasgos era imposible reconocer a causa de la distancia.

Algunas palabras rápidamente cruzadas le hicieron saber lo sucedido. Habían aprovechado una breve ausencia de Karroly y su hijo para saltar a bordo del barco, cuando éstos se percataron del robo, ya era tarde para evitarlo.

Los emigrantes, a medida que iban volviendo del nuevo campamento, se reunían en número creciente alrededor del Kaw–djer y sus dos compañeros. Impotentes y desesperados, miraban en silencio la chalupa, graciosamente inclinada por la brisa. Para todos los náufragos, aquello era un grave percance, puesto que perdían a la vez un precioso medio de acelerar su trabajo actual y la posibilidad de comunicarse con el resto del mundo, en caso de necesidad. Pero, para los propietarios de la Wel–Kiej, la desgracia se transformaba en desastre.

Sin embargo, el Kaw–djer no manifestaba ningún indicio de la cólera que debía llenar su corazón. El semblante hierático, frío e impasible, como siempre, seguía el barco con la mirada. Pronto desapareció éste tras una prominencia de la orilla. El Kaw–djer se volvió enseguida hacia el grupo que le rodeaba.

–¡A trabajar! –dijo con voz tranquila.

Volvieron a la tarea con nuevo ardor. La pérdida de la chalupa hacía necesaria una mayor diligencia si querían estar preparados antes de que el invierno se instalara definitivamente. Incluso cabía alegrarse de que el robo no hubiera sido cometido en los primeros días del transporte. En tal caso quizás habría sido imposible llevarlo a cabo. Felizmente, en aquel día 10 de mayo, todo estaba casi terminado y bastaría un poco de ánimo para llevarlo a buen término.

Los emigrantes admiraban la serenidad del Kaw–djer. Nada había cambiado en su actitud habitual y seguía dando pruebas de la misma bondad y de la misma abnegación que en el pasado, lo que incrementó notablemente su influencia.

Y se vio confirmada su popularidad por un incidente durante esa misma jornada del 10 de mayo.

Ayudaba en aquel momento a arrastrar una de las carretas sobre la que se habían apilado sacos de semillas, cuando atrajeron su atención unos gritos de dolor. Dirigiéndose rápidamente hacia el lugar del que procedían los gritos, descubrió a un niño de unos diez años que yacía en el suelo y lanzaba lamentables quejidos. Al preguntarle, el niño respondió que había caído desde lo alto de una roca, que sentía un vivo dolor en la pierna derecha y que le era imposible ponerse en pie.

Unos cuantos emigrantes, colocados formando corro detrás del Kaw–djer, cruzaban reflexiones incongruentes. Los padres del niño no tardaron en sumarse al grupo y sus dolorosos gritos y lamentos aumentaron la confusión.

El Kaw–djer, con voz firme, impuso silencio a toda aquella gente y procedió a examinar al herido. A su alrededor, los emigrantes estiraban el cuello, maravillándose de la seguridad y destreza de sus gestos. Diagnosticó sin problemas una fractura simple del fémur y la redujo hábilmente. Por medio de pedazos de madera transformados en tablillas, inmovilizó entonces el miembro roto y lo vendó con jirones de tela; después transportaron al niño a la bahía Scotchwell en unas angarillas improvisadas.

Mientras vigilaba el trabajo de sus manos, el Kaw–djer tranquilizaba a los desconsolados padres. No sería nada. El accidente no tendría trágicas consecuencias y en dos meses ya no quedaría la menor señal. Poco a poco el padre y la madre recobraban la confianza. Quedaron totalmente tranquilizados cuando, acabada la cura, su hijo declaró que ya no le dolía.

Estos hechos, que todos conocieron enseguida, inspiraron un gran respeto hacia el Kaw–djer. Decididamente era el genio bienhechor de los náufragos. No se podían ya enumerar sus servicios. En lo sucesivo, se esperaría aún más de él. Cada vez más se fue adquiriendo la costumbre de apoyarse en él, y cada vez más aquellos seres rudos y pueriles se sintieron tranquilizados y reconfortados por su presencia.

La noche de aquel mismo 10 de mayo se procedió a una rápida investigación con el fin de descubrir a los autores del robo de la Wel–Kiej. Entre aquella multitud variable en la que no reinaba la menor disciplina, los resultados de la investigación fueron necesariamente muy inciertos. Sin embargo, permitieron sospechar con bastante certeza de cuatro individuos a los que nadie había visto en todo el día. Dos de ellos pertenecían a la tripulación: el cocinero Sirdey y el marinero Kennedy. Los otros eran dos emigrantes muy mal considerados por la opinión pública, dos pretendidos obreros llamados Furster y Jackson.

Los acontecimientos no iban a permitir saber con seguridad si se trataba de los dos primeros, pero no se tardó en tener la prueba de que las sospechas habían sido justamente dirigidas hacia los otros dos. En efecto, al día siguiente por la mañana, Kennedy y Sirdey estaban presentes de nuevo y cumplían como de costumbre su parte del trabajo. A decir verdad, parecían estar agotados. Sirdey incluso parecía herido. Andaba con dificultad y profundos cortes le surcaban el rostro.

Hartlepool conocía como la palma de su mano a aquel triste personaje cuya vil naturaleza le inspiraba un total desprecio. Le interpeló con rudeza:

–¿Dónde estuviste ayer, cocinero?

–¿Dónde estuve...? –respondió hipócritamente Sirdey–. Pues donde estoy todos los días, por supuesto.

–Y sin embargo nadie te vio, maestro bribón. ¿No será más bien que te fuiste a perder cerca de la chalupa?

–¿Cerca de la chalupa...? –repitió Sirdey como aquel que no entiende nada de lo que le dicen.

–¡Hum...! –exclamó Hartlepool. Y continuó: ¿Podrías decirme cómo te has hecho esos cortes?

–Me caí –explicó Sirdey–. Y hasta creo que hoy me va a ser imposible echar una mano a los demás. A duras penas puedo andar.

–¡Hum...! –volvió a decir Hartlepool, alejándose, al comprender que no sacaría nada en limpio de aquel cauteloso personaje.

En cuanto a Kennedy, ni siquiera había pretexto para interrogarle. Aunque estuviese pálido como la cera y pareciera estar malo, había vuelto sin decir palabra, a sus ocupaciones habituales.

Así pues, el 11 de mayo, se reemprendió el trabajo a la hora de costumbre, sin haberse resuelto el problema. Pero a los primeros que llegaron a la bahía Scotchwell les esperaba una sorpresa. En la orilla, a poca distancia de la desembocadura del río, estaban tendidos dos cadáveres, los de Jackson y Furster. Cerca de ellos yacía la chalupa desfondada, casi totalmente llena de agua y de arena.

A partir de ahí, era fácil reconstruir la aventura. El barco, mal gobernado, había tocado fondo, más allá de la bahía. Se había abierto una vía de agua y la embarcación, con el peso, había zozobrado. De los cuatro hombres que iban en ella, dos, Kennedy y Sirdey con toda probabilidad, habían conseguido ganar la orilla a nado, pero los otros dos no pudieron escapar a la muerte y con la primera marea sus cuerpos habían llegado a la costa al igual que la Wel–Kiej, medio destrozada por el oleaje.

El Kaw–djer, después de examinar detenidamente la chalupa, reconoció que sus restos aún podían serles útiles. Si bien la mayor parte de los tablones estaban más o menos rotos, las cuadernas habían sufrido muy poco y la quilla estaba intacta. Así pues, lo

que quedaba de la Wel–Kiej fue izado a pulso lejos del alcance del mar, en espera del momento en que dispusieran de tiempo para repararla. El 13 de mayo quedó totalmente terminado el transporte del material. Sin pérdida de tiempo, se pusieron a instalar las casas desmontables. Gracias a un sistema muy ingenioso, pudo verse como aquéllas, en un abrir y cerrar de ojos, se levantaban con una rapidez prodigiosa. En cuanto se terminaban, eran ocupadas inmediatamente, no sin que cada vez se produjeran violentos altercados. Distaban mucho aún, en efecto, de tener el número suficiente para albergar a mil doscientas personas. A lo sumo, dos terceras partes de los náufragos podían esperar razonablemente encontrar un sitio allí. De ahí la necesidad de proceder a una selección.

La selección se efectuó a puñetazos. Los más fornidos, habiendo empezado por apoderarse de los diversos elementos de las casas desmontables, pretendieron prohibir el acceso a ellas cuando estuvieron terminadas. Por grande que fuera su vigor, se vieron obligados, sin embargo, a ceder al número y llegar a una componenda con una parte de aquellos a los que trataban de eliminar. Hubo así una segunda serie de elegidos y por consiguiente una segunda selección basada, como la primera, en la fuerza de los competidores. Después, cuando las casas abrigaron destacamentos bastante imponentes para hallarse en condiciones de desafiar al resto de emigrantes, estos últimos quedaron definitivamente eliminados.

Cerca de quinientas personas, en su mayoría mujeres y niños, se vieron así obligadas a conformarse, con el abrigo de las tiendas. Pocos eran en cambio los hombres, como no fueran padres y maridos, obligados a seguir la misma suerte de sus familias. Entre aquellos que se quedaron sin casa figuraban el Kaw–djer y sus dos compañeros fueguinos que no temían pasar las noches a cielo raso, así como los supervivientes de la tripulación del Jonathan, a quienes Hartlepool había conminado a abstenerse. Aquella buena gente se había resignado sin rezongar, incluso los mismos Kennedy y Sirdey quienes, desde la aventura de la chalupa, daban

muestras de una docilidad y un celo desacostumbrados. En el número de los menos favorecidos se contaban igualmente John Rame y Fritz Gross, cuya debilidad física les había apartado de la lucha, y también los Rhodes, cuyo cabeza de familia no era dado a la violencia.

Aquellas quinientas personas se alojaron, pues, en las tiendas. La disminución del número de habitantes permitió emplear dos capas de lona superpuestas, separadas por una de aire, cosa que las hizo, en definitiva, bastante confortables. Durante ese tiempo, unos acababan el acondicionamiento interior de las casas, tapaban las juntas, las menores fisuras, siendo lo más importante según las indicaciones del Kaw–djer, defenderse contra la penetrante humedad de la región; otros proveían de leña a costa del bosque vecino o repartían los víveres en cantidad suficiente para asegurar a todos cuatro meses de existencia, mientras los albañiles, unos 20 entre los obreros emigrantes construían a toda prisa fogones rudimentarios.

El 20 de mayo aún no estaban completamente terminados estos trabajos, cuando el invierno, afortunadamente muy retrasado aquel año, cayó sobre la isla Hoste manifestándose con una tempestad de nieve de espantosa violencia. En pocos momentos la tierra quedó cubierta de un blanco sudario del que únicamente se elevaban los árboles cubiertos de escarcha. Al día siguiente, las comunicaciones entre las distintas partes del campamento se habían hecho muy difíciles.

Pero por entonces ya estaban preparados contra la inclemencia de la temperatura. Herméticamente cerrados en sus casas o bajo la doble cubierta de las tiendas, caldeados por ardientes fuegos de leña, los náufragos del Jonathan estaban preparados para desafiar los rigores de un invierno antártico.

# Capítulo IV
# El invierno

La tempestad aulló sin interrupción durante quince días y la nieve cayó en espesos copos. Los emigrantes, obligados a esconderse en sus refugios apenas pudieron arriesgarse a salir al exterior durante aquellas dos semanas.

Si aquel encierro forzoso resultaba triste para todos, más penoso resultaba aún para aquellos que se habían asignado el disfrute de las casas desmontables. Aquellas casas, en definitiva, sólo estaban hechas a base de tablas sujetadas entre sí por pernos y carecían de la más elemental comodidad. Sin embargo, seducidos por su aspecto ¡a menos que hubiera sido sólo por ese nombre de casas! los emigrantes se las habían disputado, y ahora se amontonaban en ellas de manera insensata. Se habían transformado en verdaderos dormitorios, donde los jergones arrojados directamente sobre el suelo de madera tocaban unos con otros, dormitorios que eran salas comunes y cocinas durante las breves horas del día. De aquel amontonamiento, de aquella cohabitación de varias familias, resultaba necesariamente una promiscuidad en todos los instantes, tan perjudicial desde el punto de vista de la higiene, como desfavorable para el mantenimiento de una buena convivencia. La ociosidad y el aburrimiento son, en efecto, fértiles en discusiones y era cierto que en aquellas viviendas bloqueadas por la nieve se aburrían de firme.

A decir verdad, los hombres encontraban todavía algo en que ocupar sus horas de ocio. Se las ingeniaban para amueblar toscamente aquellas casas desprovistas del más mínimo asomo de mo-

ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

biliario. Tallaban a hachazos asientos y mesas que por la noche quitaban de en medio para poder extender los jergones. Pero las mujeres no disponían de aquel recurso. Cuando ya se habían cuidado de los niños, cuando ya se habían dedicado a cocinar, faena simplificada notablemente por el empleo de conservas, ya no les quedaba más que el parloteo para ir pasando las lentas horas. Y no se privaban de ello. A falta de las piernas, marchaban las lenguas y nadie ignora que la intemperancia de lengua es también muy a menudo generadora de discordias; era digno de admiración que no hubiesen surgido desde el primer día.

Si bien aquellos que ocupaban las tiendas estaban menos protegidos contra la intemperie, no dejaban de beneficiarse en otros aspectos de ciertas ventajas. Disponían de más espacio e, incluso, algunas familias, como los Rhodes y los Ceroni, disfrutaban de una tienda entera. Los cinco japoneses, muy estrechamente unidos, ocupaban también una de las tiendas, en la que vivían algo apartados de los demás.

Tiendas y casas estaban diseminadas según los caprichos individuales. Como nadie había dirigido el trabajo de instalación, el trazado del campamento no respondía a ningún plan preconcebido. No se semejaba en nada a un poblado, sino a la aglomeración fortuita de casas aisladas, y de pretender trazar calles, se hubiesen encontrado con serias dificultades.

Por otra parte, ello carecía de importancia, puesto que no se trataba de fundar un establecimiento duradero. En primavera, casas y tiendas serían demolidas y cada cual volvería a su patria y a su miseria.

El campamento se extendía a la orilla derecha del río que, viniendo del oeste, lo tocaba en un punto y después, formando una curva, corría hacia el noroeste para ir a desembocar al mar tres kilómetros más lejos. La construcción más occidental se elevaba en la misma orilla. Era una casa desmontable de proporciones tan exiguas que únicamente tres personas habían podido encontrar sitio en ella. Sin disputas, sin gritos; actuando en silencio, uno de los emigrantes llamado Patterson, se había adjudicado

desde el primer momento los elementos constructivos de aquella casa y, con el fin de que nadie se la disputase, llevó enseguida la cifra de sus habitantes al máximo de su cabida, ofreciendo su disfrute indiviso a otros dos náufragos. Dicho ofrecimiento no fue hecho al azar. Patterson, de complexión más bien débil, se unió muy inteligentemente a dos compañeros hercúleos que disponían de puños capaces de defender, en caso de necesidad, la propiedad colectiva.

Ambos eran de nacionalidad americana, uno se llamaba Blaker y el otro Long. El primero era un joven campesino de veintisiete años, de carácter bastante jovial, pero aquejado de una bulimia que complicaba deplorablemente su vida. La desgracia que presidía su vivir cotidiano no le permitía calmar su insaciable apetito, y había conocido el hambre desde su nacimiento, hasta el punto de que finalmente había decidido expatriarse, con la única esperanza de llegar a comer hasta saciarse. El segundo era un obrero, herrero de oficio, de poco cerebro y de enormes músculos, un bruto fuerte y maleable como el hierro al rojo que martilleaba.

En cuanto a Patterson, si bien formaba hoy parte de aquella multitud de náufragos, por lo menos él no había sido empujado por el exceso de su miseria, sino por un ambicioso afán de lucro. La suerte se le había mostrado hostil y favorable a la vez. Bien es verdad que le había hecho nacer, solo, pobre y desnudo, al borde de una carretera irlandesa, pero, a título de compensación, le había dotado de una avaricia prodigiosa, es decir, de lo necesario para adquirir todos los bienes que le faltaban a su llegada al mundo. Gracias a ella, en efecto, había conseguido ya a la edad de veinticinco años amasar un respetable peculio. Trabajo encarnizado, privaciones de cenobita e, incluso, llegado el caso, cínica explotación del prójimo, nada le podía descorazonar cuando se trataba de obtener aquel resultado.

Sin embargo, cualquiera que fuera su genio, un campesino desprovisto del mínimo capital inicial no puede progresar sino muy lentamente por el camino de la fortuna. El campo que se le ofrece

es demasiado pequeño para permitir un rápido ascenso. Patterson, pues, sólo conseguía elevarse penosamente a fuerza de valentía, de renuncia y de astucia, cuando llegaron a sus oídos miríficos relatos sobre las oportunidades que un hombre sin escrúpulos encuentra en América. Seducido por aquellos maravillosos cuentos, ya no soñaba más que en el Nuevo Mundo y proyectó irse después de tantos otros y buscar allí aventuras, no para seguir las huellas de aquellos multimillonarios salidos, sin embargo, como él mismo de las últimas capas sociales, sino con la esperanza menos inaccesible de hacer hinchar su talego más de prisa que en la madre patria.

Apenas llegó a América, se vio solicitado por la publicidad intensiva de la Sociedad de la bahía de Lagoa. Confiando en las seductoras promesas de aquella Sociedad, pensó que allí encontraría un campo virgen en el que su pequeño capital podría emplearse fructuosamente y, con otros mil, se embarcó en el Jonathan.

Cierto es que los acontecimientos habían truncado su esperanza. Pero Patterson no era de los que se desaniman. A pesar del naufragio, sin dar muestras de la decepción que debía sentir, se empeñaba en correr en pos de su fortuna con la misma tenaz obstinación. Suponiendo que, en su común desgracia, uno solo de los náufragos debiera llegar a ganar algo, éste sería de seguro Patterson.

Ayudado por Blaker y Long había situado su casita a cierta distancia del mar, en la misma orilla del río y sen el único punto en el que era accesible.

–Río arriba, la orilla se levantaba rápidamente y formaba una especie de acantilado de unos 15 metros de altura. Río abajo, después de una pequeña extensión de terreno llano delante de la casa, el suelo cedía de golpe y el río caía en cascada hacia el nivel inferior. Entre esa cascada y el mar se extendía una ciénaga impracticable. Los emigrantes se veían en la necesidad de pasar delante de Patterson para ir a llenar cántaros y barriles, a menos que se impusieran un rodeo de, más de un kilómetro río arriba.

Las otras casas así como las tiendas aparecían diseminadas en un pintoresco desorden paralelamente al mar del que estaban separadas por la marisma. En cuanto al Kaw–djer, se alojaba con Halg y Karroly en una choza fueguina edificada por los dos indios. Nada más rudimentario que este refugio formado por hierbas y ramas y, para conformarse con él, era preciso no temer los rigores de aquel clima. Pero la choza, situada en la orilla izquierda del río, tenía la ventaja de estar cerca del encalladero de la chalupa, lo que permitía aprovechar todas las mejorías del tiempo para activar las reparaciones. Estas no pudieron ser llevadas a cabo en el transcurso de las dos semanas que duró el primer asalto serio del invierno. No por ello debe deducirse que el Kaw–djer, como la muchedumbre menos aguerrida de los náufragos, viviese recluido. Cada día, en compañía de Halg, atravesaba el río por un pontón construido por Karroly en cuarenta y ocho horas, y se dirigía al campamento.

Había mucho que hacer. En cuanto empezó el frío, algunos emigrantes que sufrían agudas dolencias, en general bronquitis bastante benignas, habían pedido la ayuda del Kaw–djer, quien, desde el día de su intervención quirúrgica, gozaba de una fama sólidamente establecida. El niño herido se encontraba, en efecto, cada día mejor y todo indicaba que el favorable pronóstico del que le operó podría verse realizado en la fecha prevista.

Este, terminadas sus visitas médicas, entraba en la tienda de la familia Rhodes y charlaba una o dos horas de todo cuanto interesaba a los náufragos. El Kaw–djer estaba cada vez más unido a aquella familia. Gustaba de la bondad sencilla de la señora Rhodes y de su hija Clary que desempeñaban con abnegación el papel de enfermeras al cuidado de los enfermos que él les señalaba. Por lo que respecta a Harry Rhodes, apreciaba en él su rectitud y su espíritu benévolo, y, poco a poco, entre aquellos dos hombres iban creciendo sentimientos de verdadera amistad.

–Casi me alegro –dijo un día Harry Rhodes al Kaw–djer– de que esos granujas intentaran apoderarse de su chalupa. Si estuviera en buen estado, quizá hubiera sentido usted deseos de dejar-

nos, una vez instalado todo el mundo. Mientras que ahora es usted nuestro prisionero.

–Sin embargo, bien tendré que marcharme –objetó el Kaw–djer.

–No antes de la primavera –replicó Harry Rhodes–. Dese cuenta de cuán útil es usted para todos. Aquí hay buen número de mujeres y niños que sólo usted es capaz de cuidar. ¿Qué sería de ellos?

–¡Está bien! –concedió el Kaw–djer–. Pero como todo el mundo también se irá de aquí, nada podrá oponerse a que vuelva a hacerme a la mar.

–¿Para regresar a la Isla Nueva?

El Kaw–djer sólo respondió con un gesto evasivo. Sí, la Isla Nueva era su hogar. Allí había vivido largos años. ¿Regresaría? Las razones que le habían alejado continuaban existiendo. La Isla Nueva, antaño tierra libre, se hallaba de ahora en adelante sometida a la autoridad de Chile.

–Aunque yo hubiese querido partir –dijo, deseoso de cambiar de tema– creo que mis dos compañeros no lo habrían hecho con gusto. Al menos Halg sólo a disgusto hubiera dejado la isla Hoste, y posiblemente incluso se habría negado enérgicamente a hacerlo.

–¿Y eso por qué? –preguntó la señora Rhodes.

–Por la muy sencilla razón de que Halg tiene la desgracia, me temo, de estar enamorado.

–¡Bonita desgracia! –bromeó Harry Rhodes–. Estar enamorado es propio de su edad.

–No digo que no –reconoció el Kaw–djer–. ¡Es igual! Al pobre chico le esperan con eso grandes penas cuando llegue el día de la separación.

–Pero ¿por qué iba a separarse de la que ama en lugar de casarse con ella, sencillamente? preguntó Clary que, como todas las jóvenes, se interesaba en los asuntos amorosos.

–Porque se trata de la hija de un emigrante. Ella jamás consentiría en quedarse en la Tierra de Magallanes. Y, por otra parte, no puedo imaginarme a Halg transportado a uno de vuestros

países llamados civilizados. Además de que tampoco creo que nos abandonara con agrado a su padre y a mí.

–¿Una hija de emigrantes, dice usted...? preguntó Harry Rhodes–. ¿Acaso se trata de Graziella Ceroni?

–Me la he encontrado varias veces –dijo Edward, que se mezcló en la conversación–. No está mal.

–¡Para Halg es maravillosa! –exclamó el Kaw-djer, sonriendo–. Cosa muy natural, por otra parte. Hasta el presente, no había visto más que mujeres fueguinas y debo reconocer que no es fácil encontrar algo mejor.

–¿Así pues, se trata de ella? –preguntó Harry Rhodes.

–Sí. El día aquel que tuvimos que intervenir en los asuntos de su familia, como usted recordará, sin duda, ya me di cuenta de la viva impresión que ella causó en Halg. Lo que se dice una verdadera revelación. No ignora usted hasta qué punto son desgraciadas esta joven y su madre y, a menudo, de la compasión al amor no hay mucho trecho.

–Y, de todos los caminos que llevan a él, ése es el más hermoso –observó la señora Rhodes.

–Sea cual sea, les aseguro que, desde aquel día, Halg lo recorre alegremente. No tienen ustedes idea del cambio que se ha operado en él. ¿Quieren un ejemplo...? Los indígenas de la Tierra de Magallanes no destacan, que digamos, por su coquetería, como pueden ustedes suponer. Pese a los rigores del clima, llevan su indiferencia en ese aspecto hasta el extremo de vivir completamente desnudos. Halg, pervertido por la civilización, de la que cometí el error de conservar un viejo resto entre los pliegues de mi ropa, era ya un refinado entre sus congéneres, puesto que consentía, desde el naufragio del Jonathan, en cubrirse con pieles de foca o de guanaco. ¡Pero ahora es otra cosa! Logró descubrir a un barbero entre los emigrantes y se ha hecho cortar el pelo. ¡Debe de ser el primer fueguino que haya jamás hecho gala de tanta elegancia! Y la cosa no acaba aquí. No sé por qué medios se ha procurado un traje completo y, por primera vez en su vida, ya no sale más que vestido a la europea, y calzado con zapatos que, de se-

guro, deben molestarle mucho. Karroly no sale de su asombro. Yo, por mi parte, demasiado sé lo que esto significa.

–Y Graziella –preguntó la señora Rhodes–, ¿agradece estos esfuerzos hechos para agradarle?

–Ya comprenderán ustedes que no se lo he preguntado –replicó el Kaw–djer–. Pero, a juzgar por la cara de felicidad de Halg, presumo que sus asuntos no van por mal camino.

–No me extraña –dijo Harry Rhodes–. Su joven compañero es un guapo mozo.

–Físicamente no está mal, estoy de acuerdo –aprobó el Kaw–djer, con evidente satisfacción–, pero moralmente es todavía mucho mejor. Es todo corazón, fiel, bueno, abnegado y, por ende, inteligente.

–Es su discípulo, ¿verdad? –preguntó la señora Rhodes.

–Puede decir, mi hijo –rectificó el Kaw–djer–. Porque le quiero como un padre. Por esto me atormenta verle con tales pensamientos de los que, a fin de cuentas, no resultarán más que tristezas.

No eran erróneas las suposiciones del Kaw–djer. Entre el joven fueguino y Graziella había nacido, en efecto, una simpatía que les atraía el uno hacia el otro. Desde el primer minuto que la había visto, todos los pensamientos de Halg estaban puestos en ella y, desde entonces, no había dejado transcurrir un día sin verla. Testigo de la escena que había motivado la intervención del Kaw–djer, conocía la llaga de aquella familia y, con la acostumbrada habilidad de los enamorados, sacaba provecho sin escrúpulos de la situación Bajo pretexto de informarse acerca de las necesidades de ambas mujeres y de velar por su seguridad, permanecía junto a ellas largas horas, permitiéndoles el inglés, que todos hablaban con facilidad, intercambiar sus pensamientos.

En este aspecto como en otros, Halg no se parecía en nada a sus compatriotas tan sorprendentemente refractarios al estudio de las lenguas. Él, por el contrario, había aprendido sin dificultad el inglés y el francés y ahora, excelente pretexto para frecuentar

asiduamente a la familia Ceroni, estaba haciendo maravillosos progresos en el estudio del italiano bajo la dirección de Graziella.

A ésta no le había sido difícil discernir las causas de aquel ardor en el trabajo, pero los sentimientos que inspiraba al joven indio la habían, en un principio, divertido más que agradado. Halg, con sus largos cabellos lacios, sus sienes estrechas, su nariz algo aplastada, de tez muy morena, le producía el efecto de pertenecer a otra especie. Según su clasificación totalmente caprichosa, los habitantes de nuestro planeta se dividían en dos razas distintas: los hombres y los salvajes. Halg, al ser un salvaje, no podía por consiguiente ser un hombre. El razonamiento era riguroso. Ni siquiera pasó por su imaginación la idea de que pudiera existir un vínculo cualquiera entre aquel exótico, apenas cubierto de pieles de animales, y una italiana que se juzgaba de esencia superior.

Poco a poco, sin embargo, se acostumbró a los rasgos y al somero vestido de su tímido adorador, llegando gradualmente a considerarle un adolescente como los demás. Cierto es que Halg se esforzó para provocar aquella evolución de pensamientos. Un buen día, Graziella le vio aparecer, con el cabello cortado con arte y separado en dos bandas por una raya trazada con mano hábil. Poco después, transformación aún más sorprendente, Halg se presentaba vestido a la europea. Pantalón, chaquetón, fuertes zapatos, nada le faltaba a su compostura. Sin duda, todo aquello era basto y tosco, pero ésa no era la opinión de Halg que se consideraba de una suprema elegancia y se admiraba satisfecho en un trozo de espejo procedente del Jonathan.

¡Cuánto ingenio había necesitado para descubrir al emigrante de buena voluntad que en su beneficio desempeñó el papel de peluquero y para procurarse el soberbio traje que, a su juicio, le hacía irresistible! La búsqueda de ropa, en particular, fue de lo más arduo y quizás incluso habría resultado vana si no hubiera tenido la suerte de haber trabado relaciones con Patterson.

Patterson vendía de todo y el avaro nunca hubiera consentido que se perdiera la ocasión de un trueque. Si no tenía el objeto

pedido, siempre lo encontraba, dando con una mano, recibiendo con la otra, y quedándose de pasada con un sustancioso corretaje. Así pues, Patterson le había proporcionado las ropas solicitadas. Pero en cambio el joven se había gastado todos sus ahorros.

Este no los echaba de menos, puesto que había recibido la recompensa a su sacrificio. La actitud de Graziella había cambiado en el acto. Según su clasificación personal, Halg dejaba de ser un salvaje y se convertía en un hombre.

Desde entonces las cosas marcharon a pasos agigantados y el cariño se desarrolló rápidamente en el corazón de ambos jóvenes. Harry Rhodes tenía razón. Si se hacía abstracción del tipo especial de su raza, Halg era realmente un guapo mozo. Alto, fuerte, acostumbrado a la vida al aire libre, poseía aquella gracia de gestos que la agilidad de los miembros y la armonía de los movimientos le ofrecían. Por otra parte, además de que su inteligencia, despierta por las lecciones del Kaw–djer, no era mediocre, se leían en sus ojos la bondad, la rectitud. Con eso había más que suficiente para llegar al corazón de una joven desdichada.

Desde el día en que, sin haberse dicho ni una palabra, Halg y Graziella se sintieron estrechamente unidos, las horas corrieron de prisa para ellos. ¿Qué les importaba la tempestad?, ¿qué les importaba el frío?, las intemperies hacían más dulce la intimidad y, lejos de desearlo, temían la vuelta del buen tiempo.

Reapareció, sin embargo, y los emigrantes, que no tenían los mismos motivos para verlo con indiferencia, apreciaron vivamente el cambio. Como tocado por una varita mágica, el campamento se animó. Vaciáronse casas y tiendas. En tanto que los hombres estiraban sus miembros entumecidos por aquella larga clausura, las comadres, felices por poder renovar a interlocutoras y oyentes, iban de puerta en puerta intercambiando visitas, se trabaron nuevas amistades, y, hecho digno de anotarse, jamás con una de aquellas personas con las que acababan de convivir íntimamente cerca de quince días.

Karroly aprovechó el tiempo favorable para comenzar las reparaciones de la Wel–Kiej con los carpinteros que ya le habían

ayudado una primera vez. Obligados los constructores a llevar a cabo por sí mismos todos los trabajos preparatorios: tala, trozado y cerchado de la madera, estas reparaciones exigirían un mes de trabajo, es decir que no estarían terminadas antes de tres meses, teniendo en cuenta las interrupciones impuestas por el mal tiempo.

Mientras Karroly y sus compañeros manejaban la garlopa y la sierra, el Kaw–djer, deseoso de procurarse provisiones frescas para sí mismo y para los enfermos, se fue de caza con su perro Zol. El hecho de que el archipiélago sufriese los rigores del invierno y de que la nieve empezase a cubrir los llanos y el hielo a peinar las cumbres, no quería decir que la vida animal hubiese desaparecido. Los bosques seguían abrigando gran cantidad de rumiantes, ñandús, guanacos, vicuñas, zorros. Por encima de las praderas seguían revoloteando gansos de monte, pequeñas perdices, becadas y agachadizas. En el litoral pululaban las gaviotas comestibles. A la vista de la isla venían a respirar las ballenas y en sus playas abundaban los lobos de mar.

En cambio, no se podía pensar en la pesca. Los peces, merluzas y lampreas en su mayoría, frecuentaban sólo en verano las aguas de la isla Hoste. En invierno se remontan más hacia el norte, hacia el canal de Beagle y hacia el estrecho de Magallanes.

Además de una cantidad bastante grande de caza, el Kaw–djer trajo de su excursión noticias de cuatro familias que habían creído mejor alejarse del campamento y establecerse algunas leguas más allá hacia el interior del país. Y estos disidentes eran las familias Riviére, Gimelli, Gordon e Ivanoff, cuyos cabezas habían acompañado, en lo que a los tres últimos se refiere, al Kaw–djer y a Harry Rhodes en la primera exploración de la isla, habiendo navegado el primero hasta Punta Arenas en calidad de delegado de los emigrantes. Al regreso de Riviére habían tomado, de común acuerdo, la resolución de hacer rancho aparte. Estos cuatro, agricultores de profesión, pertenecían a la misma clase moral, la clase de la buena gente, sana, bien equilibrada, y gozando de buena salud. Tan alejada de la rapacidad de un Patter-


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

son como de la abulia de un John Rame, eran sencillamente muy trabajadores. El trabajo era para ellos una necesidad, y a él se entregaban sin esfuerzo, al igual que sus mujeres y sus hijos, tan incapaces como ellos mismos de no encontrar cómo ocupar útilmente su tiempo.

Razones análogas les habían incitado a marcharse de allí. Durante la tala de árboles necesaria para la descarga del Jonathan, Riviére se había quedado impresionado por la riqueza de aquellos bosques que no habían sido atacados por hacha alguna. Aquel recuerdo le vino a la memoria en Punta Arenas, en cuanto se enteró de que tendría que pasar seis meses en la isla Hoste, y se le ocurrió sacar provecho de las circunstancias para hacer una tentativa de explotación. Con este objeto se hizo con un material elemental de aserradero con el que cargó la chalupa. Desde el punto de vista de la tala su empresa sólo podía ser fructífera. Como aquellos bosques no eran propiedad de nadie, la madera no costaba nada. Quedaba el problema del transporte. Pero Riviére consideraba que aquella dificultad se resolvería por sí sola más adelante, y que trozada ya la madera, siempre podría sacar provecho de ella.

A punto ya de realizar su proyecto, había hecho partícipes de su secreto a Gimelli, Gordon e Ivanoff, con los que había entablado relaciones en el Jonathan. Estos habían aprobado con entusiasmo la idea del franco–canadiense, lamentando por su parte no poder imitarle. Sin embargo, una idea trajo otra y pronto se les ocurrió un proyecto similar. Durante la excursión que habían hecho en compañía del Kaw–djer, les había sido posible apreciar la fertilidad del suelo. ¿Por qué no iba intentar dedicarse uno de ellos a la cría de ganado, y los otros a la agricultura? Si al cabo de seis meses pareciera que el resultado iba a ser favorable, nada les obligaría a marcharse. Tierra de Magallanes o África, poco importa el país en que se vive, desde el momento en que éste no es el propio. Si por el contrario el resultado se preveía negativo, lo único que habrían perdido sería el trabajo. Pero cuando uno posee buenos brazos y mucho ánimo, el trabajo es

fuente de inagotables recursos y, por lo demás, era preferible estar trabajando seis meses en balde que permanecer tanto tiempo inactivo. En el campo más estéril se recogería, cuando menos, salud.

Aquellas cuatro familias compuestas por hombres prudentes, mujeres formales, muchachas y muchachos sanos y robustos tenían en sus manos todos los triunfos que les darían el éxito deseado allí donde tantos otros fracasarían. Tomaron, pues, su decisión y la llevaron a cabo con la aprobación y la ayuda de Hartlepool y del Kaw–djer.

Mientras los emigrantes se ocupaban de transportar el material a la bahía Scotchwell, los disidentes preparaban con gran actividad su partida. Improvisaron a hachazos un rodal[11], muy primitivo indudablemente pero vasto y fuerte. Sobre aquel carro amontonaron víveres, simientes, semillas, herramientas de arar, enseres domésticos, armas, municiones, en una palabra todo lo que podía ser necesario para que pudieran empezar a funcionar las explotaciones. Tampoco dejaron de llevarse cuatro o cinco parejas de aves de corral, y los Gordon, pensando dedicarse especialmente a la cría, añadieron conejos y representantes de ambos sexos de las razas bovina, ovina y de cerda. Provistos, pues, de los elementos indispensables para su fortuna venidera se alejaron camino del norte en busca de un lugar adecuado. Lo encontraron a doce kilómetros de la bahía Scotchwell. En aquel sitio se extendía una ancha meseta, limitada al oeste por espesos bosques y al este por un ancho valle en cuyo fondo serpenteaba un río. Este valle, tapizado de tupida hierba, proporcionaba espléndidos pastos donde innumerables rebaños podrían fácilmente encontrar su alimento. En cuanto a la meseta, parecía cubierta por una capa de humus que podría ser excelente cuando el azadón la hubiera roturado y dejado limpia de la inextricable red de raíces que por todas partes la surcaban.

[11] Carro con ejes de madera y ruedas sin radios

Los colonos se pusieron manos a la obra. Su primer cuidado fue el de levantar cuatro pequeñas granjas, cuyos muros estaban hechos de troncos de madera. Aun a costa de un trabajo suplementario, era mucho mejor poder vivir cada uno en su casa; esto sería una garantía de la buena armonía futura.

El mal tiempo, la nieve y el frío no retrasaron ni siquiera una hora la construcción de aquellas viviendas. Cuando el Kaw–djer fue a visitarlas, ya estaban terminadas. Este volvió maravillado de lo que es capaz de realizar una voluntad firme y con el espíritu puesto en un objetivo bien determinado.

Los Riviére estaban ya montando una rueda hidráulica para utilizar un salto de agua. Esta rueda administraría fuerza a la aserradera donde la gravedad haría bajar automáticamente los maderos desde lo alto de la meseta. Los Gimelli y los Ivanoff, a su vez, la habían emprendido con el suelo a golpes de pico primero, dejándolo preparado para el arado que en su momento arrastrarían aquellos mismos animales para los que los Gordon estaban vallando amplios cercados.

Aunque tantos esfuerzos resultasen estériles, el Kaw–djer pensaba que esa necesidad de acción era preferible a la apatía de los demás emigrantes.

Estos, como niños grandes que eran, gozaron del sol mientras éste brilló, después, volviendo el cielo a mostrarse inclemente, se escondieron en sus refugios viviendo, confinados allí, como la primera vez, para salir en cuanto volvió a aclarar. Transcurrió así un mes, con alternativas de días buenos, poquísimos, y de malos que fueron muy numerosos, y se llegó al 21 de junio, fecha del solsticio de invierno en el hemisferio austral.

Durante este mes pasado en la bahía Scotchwell, habían ocurrido algunos cambios en la distribución de los emigrantes. Riñas y nuevas amistades habían motivado mutaciones entre los habitantes de las diversas casas desmontables. Por otra parte, entre la muchedumbre empezaban a dibujarse diferentes grupos, del mismo modo que por encima de la superficie en calma de un río afloran algunos islotes.

Uno de aquellos grupos lo formaban el Kaw–djer, los dos fueguinos, Hartlepool y la familia Rhodes. En torno a éste gravitaba como un satélite en torno a un centro de atracción, la tripulación del Jonathan, incluidos Dick y Sand.

Un segundo grupo, formado también por gente pacífica y formal, comprendía a los cuatro trabajadores contratados por la Compañía de colonización, Smith, Wright, Lawson y Foch, y a una quincena de obreros embarcados en el Jonathan por su cuenta y riesgo.

El tercero no contaba más que con cinco miembros: los cinco japoneses que vivían rodeados de silencio y de misterio y cuyos rostros amarillos y ojos oblicuos apenas se dejaban ver.

Un cuarto grupo reconocía por jefe a Ferdinand Beauval. En el campo magnético del tribuno se movía una cincuentena de emigrantes. De entre los cuales, unos quince o veinte podían llamarse obreros. El resto provenía de la gran masa agrícola.

El quinto, de número bastante reducido, se inspiraba en Lewis Dorick. Este último contaba en particular con la adhesión del marinero Kennedy, el cocinero Sirdey y cinco o seis individuos que declaraban unánimemente pertenecer a la clase obrera, pero de los que, por lo menos una mitad formaba parte sin lugar a dudas de la corporación de los malhechores profesionales. De modo más pasivo que activo, Lazzaro Ceroni, John Rame y una docena de alcohólicos, transformados en muñecos por su degradación, estaban ligados a aquel núcleo de militantes.

Un sexto y último grupo absorbía el resto de aquella multitud. Claro es que aquella muchedumbre se dividía a su vez en numerosas y variadas fracciones, al capricho de simpatías y antipatías individuales, pero en su conjunto presentaban la característica común de no tener ningún carácter, de ser fluctuante e inerte y de estar en un estado de equilibrio indiferente, dispuesta por consiguiente a obedecer a cualquier impulso.

Quedaban los aislados, los independientes tales como Fritz Gross, llegado al último grado del embrutecimiento, los hermanos Moore a quienes la violencia de su naturaleza no les per-

mitía frecuentar más de tres días seguidos a las mismas personas, y, sobre todo, Patterson, que ocultaba su existencia, que sólo se comunicaba con sus semejantes cuando esto presentaba algún interés, y que vivía apartado, escoltado siempre por sus acólitos Blaker y Long.

De todos estos partidos, si es que la palabra no es demasiado ambiciosa, el que mayor provecho sacaba de las circunstancias presentes era, sin lugar a dudas, el que reconocía por jefe a Lewis Dorick, y de todos los miembros de este grupo el más afortunado era, también sin lugar a dudas, el propio Lewis Dorick.

Este aplicaba sus principios. Cuando el tiempo se lo permitía, iba gustoso de tienda en tienda, de casa en casa, pasando en cada una de ellas temporadas más o menos largas. Bajo el falaz pretexto de que la propiedad individual era una noción inmoral que todo pertenece a todos y que nada pertenece a nadie, se apoderaba de los mejores sitios y se atribuía, imperturbable, todo aquello que era de su conveniencia. Un buen olfato le hacía discernir a aquellos de quienes podía temer una firme resistencia. No quería saber nada de ellos. Por el contrario, pelaba a los débiles, a los indecisos, a los tímidos y a los tontos. Aquellos desgraciados, literalmente aterrorizados por la increíble audacia y la imperiosa palabra de este comunista saqueador, se dejaban desplumar sin proferir ni una queja. Para sofocar sus protestas, le bastaba a Dorick con clavar en ellos miradas de acero. Aquel ex profesor nunca se lo había pasado tan bien. Para él, aquella isla Hoste era el país de Canaán.

Para ser justos hay que reconocer que tampoco se negaba a aplicar sus teorías en sentido contrario. Si bien cogía sin ninguna clase de escrúpulos lo que los otros poseían, declaraba encontrar muy natural que los demás cogieran lo que él mismo poseía. Generosidad tanto más admirable desde el momento en que él nada poseía. Sin embargo, a juzgar por el cariz que tomaban las cosas se podía preveer que no siempre sería así.

Sus discípulos seguían el camino del maestro, y sin pretender igualarle en maestría, lo hacían lo mejor que sabían. Por lo demás

no faltaba mucho para que, a finales del invierno, las riquezas colectivas pasasen a ser propiedad particular de aquellos fervientes negadores del derecho a la propiedad.

El Kaw–djer no desconocía aquellos abusos de la fuerza, y se admiraba de aquella singular aplicación de las doctrinas libertarias tan semejantes a las que él mismo defendía tan apasionadamente. ¿Remediar aquella tiranía? ¿Con qué titulo lo habría hecho? ¿Con qué derecho habría provocado un conflicto al proteger de motu proprio a aquellas gentes que ni siquiera pedían socorro contra otros hombres, sus semejantes, después de todo?

Además, bastantes preocupaciones personales tenía para olvidar las de los demás. Cuanto más avanzaba el invierno, más numerosos se hacían los enfermos. Él solo no podía llevar a cabo aquella tarea. El 18 de junio hubo una baja, la de un niño de cinco años, arrebatado por una bronconeumonía sin que ninguna medicación pudiera detenerla. Era el tercer cadáver que, desde la recalada, recibía el suelo de la isla Hoste.

El estado de ánimo de Halg tenía también muy preocupado al Kaw–djer. Este leía como en un libro abierto en el alma ingenua del joven fueguino, y adivinaba la turbación creciente de su corazón. ¿Cómo acabaría todo aquello, cuando aquella muchedumbre se alejara para siempre de la Tierra de Magallanes? ¿No querría seguir a Graziella, para acabar muriendo así en algún lugar lejano, de pena y de miseria?

Aquel 18 de junio precisamente, Halg volvió más preocupado que de costumbre de su visita cotidiana a la familia Ceroni. El Kaw–djer no necesitó preguntarle para saber los motivos. Halg le confió con toda espontaneidad que, la vigilia, cuando ya se había marchado, Lazzaro Ceroni se había embriagado de nuevo. Como de costumbre, el resultado había sido una escena terrible, menos violenta, afortunadamente, que la precedente.

Aquello dio qué pensar al Kaw–djer. Si Ceroni se había embriagado era porque había tenido alcohol a su disposición. ¿Ya no estaba el material procedente del Jonathan custodiado por los hombres de la tripulación?

Al interrogar a Hartlepool, éste declaró que no comprendía nada, y aseguró que la vigilancia no había disminuido. Sin embargo, el hecho era innegable, y prometió doblar la atención para evitar que se repitiera.

El 24 de junio, tres días después del solsticio, fue cuando sobrevino un primer incidente de alguna importancia, no por sí mismo sino por las consecuencias indirectas que iba a tener en el futuro. Hacía buen día. Una ligera brisa del sur había despejado el cielo, y el suelo estaba endurecido por un frío seco de cuatro a cinco grados centígrados. Atraídos por los pálidos rayos del sol que trazaban en el horizonte un arco rebajado, los emigrantes se habían diseminado por el exterior.

Dick y Sand, a quienes intemperie alguna era capaz de retener en casa, figuraban entre aquellos aficionados al aire libre. Acompañados de Marcel Norely y de otros dos niños de su edad, habían organizado una rayuela, que los apasionaba en extremo. Entregados totalmente a su juego, ni siquiera se dieron cuenta de que otra banda de jugadores, adultos éstos, se entretenían cerca de ellos. En efecto, jugar no es sólo cosa de niños, y la edad madura también se complace de buen grado en ello. Aquellos adultos habían comenzado un partido de bolas. Eran seis, entre los cuales se encontraba Fred Moore, aquel que había tenido ya un comienzo de altercado con Dick.

Ocurrió entonces que el boliche de los jugadores de bolas llegó rodando hasta la rayuela de los niños. Sand estaba entonces completamente abstraído en llevar a buen fin unos cuádruplos de la mayor dificultad. Ensimismado en su juego, tuvo la desgracia de no ver el boliche y de desplazarlo sin querer con el pie. Inmediatamente, fue cogido por la oreja.

–¡Eh, chaval! –dijo al mismo tiempo una fuerte voz–. ¿No podrías tener un poco de cuidado?

Como sus dedos agarraban la oreja con cierta rudeza, el sensible Sand se puso a llorar.

Las cosas, seguramente, no hubiesen pasado de ahí si Dick, llevado por su belicoso temperamento, no hubiera juzgado oportuno intervenir.

De repente, Fred Moore –pues éste era el temible enemigo al que Sand había ofendido– se vio obligado a soltar a su prisionero para defenderse a su vez. Un aliado desconocido de aquel prisionero –¡uno emplea las armas que puede!– le pellizcaba cruelmente por detrás. Se giró vivamente y se encontró cara a cara con aquel impertinente que ya una vez le había desafiado.

–¡Otra vez tú, mocoso! –gritó, alargando el brazo para atrapar a aquel ínfimo adversario.

Pero Sand y Dick eran dos cosas distintas. Si la captura de uno era fácil, no así la del otro. Dick dio un salto de lado y emprendió la huida, perseguido por Fred Moore, maldiciendo y jurando como un templario[12].

La persecución se prolongó. Cada vez que su enemigo estaba a punto de alcanzarlo, Dick se escurría y Moore, cada vez más irritado, sólo encontraba el vacío ante él. Sin embargo, la partida era demasiado desigual para que pudiera eternizarse. No había punto de comparación entre las piernas de Dick y las de Fred Moore. A pesar de su magnífica defensa de fugitivo, llegó un instante en que se vio obligado a renunciar a toda esperanza.

En aquel preciso momento, cuando Fred Moore, lanzado a plena carrera, no tenía más que extender la mano para cogerlo, su pie tropezó con un obstáculo inoportuno y, perdiendo el equilibrio, cayó con fuerza al suelo, con gran perjuicio para sus rodillas y sus manos. Dick y Sand, aprovechando la ocasión, se apresuraron a ponerse fuera de su alcance.

El obstáculo que había causado la caída de Fred Moore era un bastón, y aquel bastón no era otro que la muleta de Marcel Norely. Para socorrer a su amigo en peligro, el niño había empleado el único medio a su alcance, lanzando su muleta entre las

[12] Expresión antigua que proviene de Boire comment un templier y que se encuentra ya en Rabelais.

piernas del emigrante. Ahora, contento por el éxito obtenido, reía de buena gana, sin darse cuenta de que había realizado un acto de verdadero heroísmo.

A pesar de todo su intervención era realmente heroica, puesto que el pequeño inválido, privándose de un accesorio indispensable y condenándose por esta misma razón a la inmovilidad, atraía necesariamente sobre él el castigo que Fred Moore destinaba a otro.

Este se levantó furioso. De un salto, se lanzó sobre Marcel Norely, a quien levantó como una pluma. Devuelto así a la pura realidad de las cosas, el niño dejó de reír y comenzó en el acto a dar penetrantes chillidos. Pero el otro no hacía caso. Su manaza se levantó, cargada con una tormenta de bofetadas.

Pero no llegó a caer. Alguien la había cogido por detrás y la retenía con imperioso apretón, mientras que en un tono de censura, una voz pronunciaba:

–¿Pero cómo, señor Moore...? ¡Un niño...!

Fred Moore se volvió. ¿Quién se permitía darle lecciones? Reconoció al Kaw–djer, que, aumentando su censura, continuaba con voz tranquila:

–¡Y además inválido!

–¿Y a usted qué le importa? –gritó Fred Moore–. ¡Suélteme o si no...!

Como el Kaw–djer no parecía dispuesto en absoluto a obedecer aquella orden, Fred Moore intentó soltarse con un violento esfuerzo. Pero la presa estaba bien sujeta y no cedió. Fuera de sí, apartó a Marcel Norely y levantó la otra mano, dispuesto a golpear. Sin hacer un gesto, sin que un solo músculo de su cara se moviera, el Kaw–djer se contentó con apretar más el atenazamiento de sus dedos. El dolor debió ser vivo, pues Fred Moore no acabó el gesto que había comenzado. Sus rodillas se doblaron.

En seguida, el Kaw–djer aflojó el apretón y soltó la mano que retenía prisionera. Fred Moore, ciego de rabia, llevó aquella mano

a su cintura y la blandió armada de una faca. Estaba rojo de ira. En sus ojos brillaba la locura del homicidio.

Afortunadamente, los demás jugadores de bolas, asustados ante el giro que daban las cosas, se interpusieron y lograron sujetar al energúmeno, que el Kaw–djer contemplaba con sorpresa mezclada de tristeza.

¿Era, pues, posible que un hombre, bajo la influencia de su cólera, llegara a ser hasta ese punto esclavo de sus nervios? Y sin embargo, aquel ser que se debatía como un insensato, echando espumarajos y lanzando gritos que se estrangulaban en su garganta, ¡era un hombre! Ante tal espectáculo ¿no modificaría el Kaw–djer sus teorías libertarias? ¿Podría llegar a admitir que, en su lucha eterna contra las bestiales pasiones que la arrastran, la humanidad necesita ser ayudada por una saludable violencia?

–¡Nos volveremos a ver, camarada! –consiguió por fin articular Fred Moore, sólidamente sujeto por cuatro robustos mozos.

El Kaw–djer se encogió de hombros y se alejó sin volver la cabeza. En cuanto dio algunos pasos, ya había olvidado por completo el recuerdo de aquella absurda pelea. ¿Daba pruebas de prudencia al conceder tan poca importancia al incidente? Un futuro aún lejano debía demostrarle que Fred Moore conservaba de él un duradero recuerdo.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

## Capítulo V
## Barco a la vista

A principios de julio, Halg fue presa de una gran emoción. Descubrió que tenía un rival. El emigrante llamado Patterson, que le había procurado a precio de oro la indumentaria que tanto le enorgullecía, había entrado en relaciones con la familia Ceroni y rondaba visiblemente en torno a Graziella.

Halg se desesperó ante aquella complicación. Un adolescente de dieciocho años, medio salvaje, ¿podía luchar contra un hombre hecho y derecho, provisto de riquezas que al pobre indio le parecían fabulosas? A pesar de la afección que ella le testimoniaba, ¿era posible que Graziella dudase?

Esta no dudaba, en efecto, pero sus preferencias no iban por el camino que él temía. La inocente ternura y la juventud de Halg triunfaban sin esfuerzo sobre las ventajas de su competidor. La obstinación del irlandés se explicaba por su insensibilidad ante el alejamiento que le testimoniaban Graziella y su madre. Estas apenas le respondían cuando él les dirigía la palabra, y fingían no darse cuenta de su presencia.

Patterson no se inmutaba. Esto no le impedía continuar sus manejos con la fría perseverancia que hasta el momento había asegurado el éxito de sus negocios. No dejaba, además, de tener un aliado sobre el terreno, y ese aliado no era otro que Lazzaro Ceroni. Siendo mal recibido por las dos mujeres, el padre, al menos, le hacía buena cara y parecía aprobar la búsqueda de que su hija era objeto. Él y Patterson mantenían las mejores relaciones. A veces, incluso, se aislaban en misteriosos conciliábulos, como si

estuvieran tratando de asuntos que no incumbieran a nadie más. ¿Qué asuntos podían realmente tener en común aquel borracho empedernido y aquel astuto campesino, aquel derrochador incorregible v aquel avaro?

Aquellos conciliábulos eran para Halg causa de serias preocupaciones, que la conducta de Lazzaro Ceroni venía a empeorar. El miserable continuaba emborrachándose, y las escenas se repetían de vez en cuando, pero se hacían más y más frecuentes. Halg no dejaba de informar cada vez al Kaw–djer, y éste ponía el hecho en conocimiento de Hartlepool. Pero ni el Kaw–djer ni Hartlepool podían llegar a descubrir cómo Lazzaro Ceroni se procuraba aquella cantidad de alcohol dado que a excepción de las provisiones salvadas del Jonathan no existía ni una gota en la isla Hoste.

En efecto, la tienda que guardaba aquellas provisiones era vigilada día y noche por los dieciséis supervivientes de la tripulación, divididos en ocho secciones de dos hombres, que se relevaban cada tres horas. Estos, incluidos Kennedy y Sirdey, soportaban dócilmente por lo demás, el tedio de aquellas tres horas de guardia cotidiana. Ninguno de ellos se permitía la más mínima murmuración y mostraban la misma obediencia hacia Hartlepool que cuando navegaban bajo sus órdenes. Su espíritu de disciplina se mantenía intacto. Formaban un grupo numéricamente débil, pero que la unión hacía fuerte, sin contar con la preciosa ayuda que Dick y Sand, en caso necesario, le hubiesen aportado.

De momento, al menos, nadie pensaba en utilizar la buena voluntad de los dos niños. Dispensados de la guardia a causa de su edad, disfrutaban de una libertad completa que empleaban para jugar a sus anchas. Indudablemente, el tiempo pasado en la isla Hoste marcaría su existencia y quedaría grabado en sus espíritus como un período de placeres sin modificabar sus juegos según las circunstancias. ¿Que caían espesos copos de nieve? Pues cavaban escondrijos donde tenían lugar partidas prodigiosas. ¿Que la temperatura descendía por debajo del punto de congela-

ción? Llegaba entonces el momento de dejarse resbalar, o bien, a caballo sobre una plancha a modo de trineo, de lanzarse a lo largo de las pendientes y disfrutar con la embriaguez de las vertiginosas caídas. ¿Que por el contrario brillaba el sol? Acompañados de innumerables críos de su misma índole, se esparcían entonces por las afueras del campamento e inventaban mil juegos cuyo atractivo se medía según la violencia.

Durante una de sus caminatas a orillas del mar descubrieron, un día que por casualidad sólo iban acompañados por tres o cuatro niños, una gruta natural excavada en las laderas del acantilado, en la otra cara del cabo que limitaba al este la bahía de Scotchwell. Aquella gruta, cuya apertura, orientada hacia el sur, miraba por lo tanto hacia la costa en que se había perdido el Jonathan, no hubiera retenido mucho tiempo su atención a no ser por una particularidad que la hacía infinitamente más interesante. Al fondo se abría una fisura que, pasados dos o tres metros, daba a una segunda caverna completamente subterránea, donde nacía una galería sinuosa que se elevaba a través del macizo hasta una gruta superior, abierta ésta en la vertiente norte del acantilado. Desde allí se divisaba el campamento, a donde se podía llegar dejándose resbalar por la pendiente rocosa.

Aquel descubrimiento llenó de gozo a los pequeños exploradores que se guardaron bien de hacerlo público. Aquella sarta de grutas era un dominio que les pertenecía y que ansiaban conservar como exclusiva propiedad. Y por lo tanto, allí fueron con gran misterio, para organizar los juegos más exquisitos. Fueron sucesivamente y con la misma pasión, salvajes, Robinsones, ladrones.

¡Cuántos gritos retumbaban bajo aquellas bóvedas subterráneas! ¡Qué desenfrenadas galopadas hicieron resonar la galería que unía los dos puntos del sistema!

Sin embargo, atravesar aquella galería tenía peligro. En un punto de su recorrido parecía a punto de hundirse. Allí, su techumbre, de un metro de altura como máximo, estaba solamente sostenida por un único bloque, cuya base mordía apenas otra roca

inclinada y que el más pequeño esfuerzo hubiera hecho resbalar. De ahí, la necesidad de avanzar de rodillas y de infiltrarse con la mayor prudencia en el estrecho espacio que quedaba libre entre el bloque inestable y la pared de la galería. Pero aquel peligro, por terrorífico que fuera en realidad, no asustaba a los niños, y tan sólo servía para dar más aliciente a sus juegos.

Dick y Sand ocupaban así alegremente su tiempo. No se preocupaban por nada, ni siquiera por su enemigo, Fred Moore, al que veían venir a veces de lejos y ante el cual emprendían entonces una descarada huida. El emigrante no intentaba, por otro lado, perseguirlos. Su cólera había cesado y ya no era contra los dos niños que subsistía su rencor.

Además, ni se planteaban el que Fred Moore estuviera o no irritado. Para ellos, nada existía aparte de sus juegos, gracias a los cuales los días pasaban con una rapidez que consideraban deplorable.

Si por un referéndum se hubiera consultado a los emigrantes, Dick y Sand hubieran sido probablemente los únicos de esta opinión. El tiempo les parecía tan corto como largo a los otros, confinados a menudo en sus incómodas viviendas.

Conviene, sin embargo, hacer una excepción con Lewis Dorick y su cortejo de ladronzuelos. Para éstos, el tiempo de invernar transcurría agradablemente. Aquellos tunantes tenían la cuestión social resuelta. Vivían como en país conquistado, no se privaban de nada, incluso atesoraban en previsión de posibles días malos

Resultaba increíble que sus víctimas hicieran prueba de semejante longanimidad. Pero así era. Los explotados se imponían ciertamente en número, pero lo ignoraban y no se les ocurría aunar sus fuerzas. La banda de Dorick formaba, por el contrario un haz compacto y se imponía por el miedo a cada emigrante individualmente. De hecho, nadie osaba resistirse a las exacciones de aquellos tiranos.

Por medios menos reprensibles, una cincuentena de los otros náufragos habían logrado igualmente luchar contra la depresión

que venía de aquella vida estancada. Bajo la dirección de Karroly, ocupaban su tiempo libre en perseguir lobos marinos.

El oficio de lobero es difícil. Tras haber esperado pacientemente a que los anfibios, cuya desconfianza es muy grande, se aventuren por la costa, hay que actuar de modo que se les pueda cercar sin darles tiempo de emprender la huida. La operación no se efectúa sin riesgos, pues estos animales escogen siempre los puntos más escarpados para entregarse a sus juegos.

Bien guiados por Karroly, los cazadores obtuvieron un brillante éxito. Hicieron un botín considerable de lobos marinos, cuya grasa podía utilizarse para el alumbrado y la calefacción y cuyas pieles aseguraban un beneficio importante para el día en que pudieran salir de la isla.

Dejando aparte a estos hombres enérgicos, los emigrantes, muy deprimidos, preferían cobijarse frioleramente en sus viviendas. Sin embargo, la temperatura no era excesiva. Durante el período más frío, que comprendía del quince de julio al quince de agosto, la mínima termométrica fue de doce grados, y la media, de cinco grados bajo cero. Las afirmaciones del Kaw–djer estaban, pues, justificadas, y la vida en aquella región no hubiera sido particularmente cruel a no ser por la frecuencia del mal tiempo y la penetrante humedad que era su consecuencia.

Aquella perpetua humedad traía consigo deplorables resultados desde el punto de vista higiénico. Se multiplicaban las enfermedades. Por lo general el Kaw–djer conseguía atajarlas, pero no ocurría así cuando se desarrollaban en organismos debilitados, y por lo tanto, incapaces de reaccionar. Esta fue la causa de los ocho fallecimientos que se produjeron durante el invierno y que dejaron desolado a Lewis Dorick, pues afectaban en su mayoría a la parte de la población que, sin oponer resistencia alguna, le pagaban el tributo.

Uno de estos fallecimientos desesperó a Dick y a Sand: el de Marcel Norely. El pequeño inválido no pudo resistir aquel rudo clima. Sin sufrimientos, sin agonía, se apagó una tarde sin dejar de sonreír.

Los supervivientes no parecían muy conmovidos ante estas desapariciones. Aparte de que en cierto modo estuvieran perdidas entre la multitud, todo el mundo se vanagloriaba fácilmente de escapar personalmente a las desgracias del vecino. El anuncio de una nueva muerte sólo interrumpía por un instante su letargo. A decir verdad, parecían no tener ya más vitalidad, como no fuera para desgañitarse en disputas, tan violentas en su expresión como futiles en su motivo.

La frecuente repetición de aquellas riñas inspiraba en el Kaw–djer amargas reflexiones. Era demasiado inteligente para no ver las cosas bajo su verdadero aspecto, demasiado sincero para escapar a las consecuencias lógicas de sus observaciones.

En aquella reunión fortuita de hombres venidos desde todos los puntos del mundo, la pasión básica era decididamente el odio. No el odio aún reprensible, pero al menos lógico, que hincha el corazón de aquel que sufrió un grave e injusto mal, sino el odio recíproco y latente, esencial, podríamos decir, que, en una catástrofe tan excepcional, y por mucho que estuvieran reducidos a los últimos límites de la desgracia, y por muy semejantes que fuesen sus tristes destinos, los lanzaba unos contra otros, por tonterías, como si la naturaleza vertiera en los gérmenes de la vida un oscuro, un imperioso instinto de destruir aquello que ha creado.

La inercia de sus compañeros sorprendía también al Kaw–djer. Apenas unos cuantos, como las cuatro familias disidentes y los cazadores de lobos marinos, habían tenido el valor de reaccionar. Los otros aceptaban los días tal como se presentaban. Tenían casa. No pedían más. Ninguna necesidad de luchar contra la materia para someterla a su voluntad, ningún deseo de mejorar su suerte a precio de un esfuerzo, ninguna previsión para el futuro. Esclavos dóciles, dispuestos a ejecutar lo que se les ordenase, no hacían nada por iniciativa propia, y dejaban en manos ajenas la tarea de decidir por ellos. El Kaw–djer no podía desconocer, en fin, aquella cobardía general que permitía a un pequeño grupo dominar a una inmensa mayoría, que creaba unos

dominar a una inmensa mayoría, que creaba unos pesos explotadores a expensas de una multitud de explotados.

El hombre, ¿es, pues, así? Esas leyes imperfectas que le obligan y le fuerzan a sacar partido de su inteligencia contra la fuerza bruta de las cosas, que tienden a limitar el despotismo de unos y la esclavitud de otros, que sujetan por la brida el instinto del odio, estas leyes, ¿son, pues, necesarias, y es necesaria la autoridad que las aplica?

El Kaw–djer no podía responder afirmativamente todavía a semejante pregunta, pero el simple hecho de que pudiera planteársela bastaba para indicar la transformación que se estaba operando en su pensamiento. Se veía obligado a confesarse que el hombre se mostraba en la realidad muy diferente del ser ideal que se había complacido en forjar en su imaginación. Así pues, no había nada de absurdo, a priori, en admitir que fuera bueno protegerlo contra sí mismo, contra su debilidad, su avidez y sus vicios; ni en profesar, dado que cada uno reclamaba esa protección en interés propio, que las leyes sólo fuesen, en suma, la expresión transaccional de aspiraciones individuales, como sería en mecánica la resultante de fuerzas divergentes.

Apresado en la inextricable red de prescripciones que atan a los ciudadanos del Nuevo Mundo, el Kaw–djer sólo había sentido la molestia impuesta por el enorme cúmulo de leyes, de órdenes, de decretos, mientras vivió entre ellos antes de exiliarse a la Tierra de Magallanes; su incoherencia y su carácter tan a menudo vejatorio le habían cegado, sin dejarle ver la necesidad superior de sus principios. Ahora, unido a aquel pueblo colocado por la suerte en condiciones próximas al estado primitivo, asistía, como un químico inclinado sobre su hornillo, a unas cuantas de las incesantes operaciones que se operan en el crisol de la vida. A la luz de semejante experiencia, empezaba a mostrársele esa necesidad, y los cimientos de su vida moral se tambaleaban. Sin embargo, el hombre que había sido se debatía en su interior. Sin poder impedir a su razón evolucionar, su temperamento libertario protestaba. En todo momento el problema se planteaba en su interior, y

comenzaba entonces la batalla de los argumentos, unos afianzando su doctrina, otros socavándola sin descanso. Lucha incesante, lucha cruel, que le desgarraba y le lastimaba.

Pero quizás, el motivo de asombro mayor para el Kaw–djer no era tanto la imperfección de los hombres como su impotencia para romper con su rutina habitual. En aquella costa desierta, en los confines del mundo, los náufragos no habían renunciado a ninguna de sus ideas anteriores. Los principios, es decir, las convenciones y los prejuicios que regían su vida anterior, poseían el mismo ascendiente sobre ellos. La noción de propiedad, en especial, seguía siendo un artículo de fe. No había ni uno que no dijera como la cosa más natural del mundo: «Esto es mío», y nadie era consciente de lo cómico de aquella pretensión tan deslumbrante a los ojos de un filósofo libertario de un ser tan frágil y perecedero que pretendía monopolizar para él, y sólo para él, una fracción cualquiera del universo. Por muy absurdo que lo encontrara el Kaw–djer, esta pretensión estaba, sin embargo, anclada en sus cerebros, y no desistirían. Nadie aceptaba separarse, a favor del prójimo, del más miserable de los objetos de su posesión, como no fuera a cambio de un contravalor, de un objeto de otra naturaleza o de un servicio prestado. En cualquier caso, se trataba de una venta. La palabra «dar» parecía borrada de su vocabulario y el acto de su espíritu.

El Kaw–djer pensaba que sus amigos fueguinos, hordas errantes que iban de un lado para otro de la Tierra de Magallanes, se hubieran sorprendido mucho ante tales teorías; ellos que nunca habían poseído más que su propia persona.

Aparte de aquellos intercambios, o para emplear el término exacto, de aquellas ventas que se renovaban constantemente, ocurría a veces que el que cedía no necesitaba ningún servicio ni ninguno de los objetos poseídos por la otra parte. En aquel caso, el oro servía para cerrar la transacción. El Kaw–djer se admiraba enormemente ante aquella perennidad del valor del oro. Este metal es, sin embargo, un bien imaginario: no se come, no sirve para proteger contra el frío ni contra la lluvia, y sin embargo, es

codiciado del mismo modo que los bienes reales que poseen tales ventajas. ¡Qué extraño y maravilloso fenómeno que toda la humanidad se incline, con unánime consentimiento, ante una materia esencialmente inútil, y cuyo valor se debe sólo a una convención general! Los hombres, en esto, ¿no se parecen acaso a los niños, que, a modo de juego, venden muy en serio piedrecitas que su imaginación transforma en objetos preciosos? Para que el juego terminase, bastaría con que uno de ellos descubriera y proclamase que aquellos objetos preciosos no eran en realidad más que piedras.

Ciertamente, el Kaw–djer no negaba, una vez admitido el principio de propiedad, la comodidad que derivaba del empleo de un valor arbitrario, representativo de todos los demás. Pero aquella comodidad presentaba, a sus ojos, un inconveniente mucho más grave por encima de sus preciosas ventajas. El oro es, bajo el régimen de propiedad individual, lo que permite la creación y el crecimiento perpetuo de fortunas. Sin él los hombres, aunque indudablemente sumidos todos en un estado mediocre, serían al menos aproximadamente iguales. Es gracias a él que una misma y única mano puede contener en potencia tanto poder y tantos placeres, mientras que innumerables seres, para recibir algunas partículas, consienten en sufrir ese poder y procurar esos placeres en los que nunca tendrán parte.

Sin duda, el Kaw–djer se equivocaba: El oro es un medio de satisfacer la necesidad de adquirir; inherente a la naturaleza del hombre. A falta de este medio, se hubiera imaginado otro, que hubiese presentado a su vez una misma proporción de ventajas e inconvenientes y, en cualquier caso, hubiera sido lo que es, un ser ilógico y diverso, donde se encuentran por igual lo mejor y lo peor.

Tales eran, entre cientos de otros, los argumentos a favor y en contra que se debatían en el cerebro del Kaw–djer, como soldados en el campo de batalla Ya había pasado la época en que el derecho a una libertad integral tenía ante sus ojos la fuerza de un dogma. Ahora, sus máximas libertarias habían perdido su apa-


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

riencia de certeza irrefutable. Acababa por discutir consigo mismo la necesidad de la autoridad y de una Jerarquía social.

Los hechos debían encargarse de ofrecerle nuevas razones a favor de la afirmativa, probándole que existen, entre los hombres como entre los animales, verdaderas fieras cuyos peligrosos instintos hay que yugular. Capaces de todo por satisfacer la pasión que los domina, semejantes seres sembrarían, en efecto, la desolación y la muerte a su alrededor sin la ley que les grita: ¡Alto!

Y precisamente, un drama de este tipo, drama ciertamente punzante porque su motivo era el hambre, esa necesidad primordial de todo organismo viviente, se desarrollaba entonces en la casa ocupada por Patterson en compañía de Long y Blaker, este pobre diablo dotado por la irónica naturaleza de ese insaciable apetito que en patología se cataloga bajo el nombre de bulimia.

Como todo el mundo, Blaker, en el momento de la distribución había recibido su ración de víveres, pero a causa de su enfermiza voracidad, aquella parte prevista para cuatro meses, había sido consumida en menos de dos. Desde entonces, como en el pasado, y más aún que en el pasado, conocía las torturas del hambre.

Sin duda, si hubiese sido de naturaleza menos tímida, hubiera encontrado sin esfuerzo un remedio a los sufrimientos. Hubiera bastado una palabra de Hartlepool o al Kaw–djer para que se le distribuyera un suplemento de alimentos. Pero Blaker, poco desarrollado intelectualmente, estaba muy lejos de pensar en una gestión tan audaz. Situado desde su nacimiento en lo más bajo de la escala social, su desgracia había dejado de asombrarle hacía ya mucho tiempo, y sólo conocía esa resignada pasividad que es el último recurso de los miserables. Poco a poco, había tomado el hábito de obedecer, como una brizna impalpable, a unas fuerzas irresistibles cuya naturaleza no intentaba siquiera imaginar, y por esa razón no había concebido jamás la loca esperanza de modificar de alguna manera la distribución de víveres, que suponía ordenada por una de esas fuerzas superiores.

Antes que quejarse, hubiera muerto de inanición si Patterson no hubiese venido en su auxilio.

El irlandés se había dado cuenta de la rapidez con que su compañero consumía los alimentos puestos a su disposición, y esa observación le había hecho incluso entrever la posibilidad de una ventajosa operación. Mientras Blaker devoraba, Patterson, por el contrario, se racionaba. Llevando a los últimos limites sus instintos de sórdida avaricia, apenas se alimentó, privándose de lo necesario y llegando a recoger sin vergüenza los restos despreciados por los demás.

Llegó el día en que Blaker ya no tuvo qué comer. Era el momento que esperaba Patterson. Bajo el pretexto de prestarle servicio, propuso a su compañero cederle, discutiendo antes el precio, una parte de sus provisiones. Trato aceptado con entusiasmo, y tan pronto llevado a cabo como concluido, se repitió hasta el infinito mientras el comprador tuvo dinero, pues el vendedor iba arguyendo la escasez creciente de víveres para aumentar gradualmente sus precios. Pero, vaciados los bolsillos de Blaker, Patterson cambió de tono. Cerró el negocio sin ningún pudor, sin prestar la más mínima atención a las miradas desesperadas del desgraciado, al que condenaba así a morir de hambre.

Considerando su desgracia como una nueva secuencia de la fuerza de las cosas, continuó, como antes, sin quejarse. Desplomado en un rincón, comprimiendo con las dos manos su torturado estómago, dejó correr las horas inmóvil, traicionando sus crueles sensaciones sólo por los estremecimientos de su rostro. Patterson lo miraba fríamente. ¿Qué importaba que sufriera, qué importaba que muriese un hombre que ya no poseía nada?

El dolor venció por fin la resignación del paciente. Tras cuarenta y ocho horas de suplicio, salió tambaleándose, erró por el campamento, desapareció...

Una noche, volviendo el Kaw–djer hacia su choza, tropezó con un cuerpo tendido. Se inclinó y sacudió al durmiente, que sólo respondió con un gemido. El durmiente era un enfermo.

Tras haberlo reanimado con algunas gotas de cordial, el Kaw–djer le interrogó:

–¿Qué le pasa? –le preguntó.

–Tengo hambre –respondió Blaker, con un hilo de voz.

El Kaw–djer se asombró.

–¡Hambre! –repitió. ¿No ha recibido su parte de víveres como todo el mundo?

Blaker, entonces, con frases entrecortadas le explicó brevemente su triste historia. Le contó su enfermedad y la morbosa necesidad de comer que era su consecuencia; cómo, agotadas sus provisiones, había vivido comprando las de Patterson; y finalmente, cómo éste le había dejado agonizar desde hacía tres días.

El Kaw–djer escuchaba estupefacto aquel increíble relato. Había, pues, un hombre que tenía el valor de dedicarse a aquel espantoso negocio, un hombre que, a pesar de todos los dramas y de todos los cataclismos, había conservado intacta tan espantosa avidez. Mercader ladrón que había mentido con tal de poder ceder a cambio de especies lo que otros le hubieran dado, mercader desvergonzado que había vendido sin piedad la vida a su semejante.

El Kaw–djer guardó para sí sus reflexiones. Fuera cual fuese la infamia del culpable, más valía dejarla impune antes que crear, revelándola, otra causa suplementaria de discordia. Se contentó con hacer entregar nuevas provisiones a Blaker, asegurándole que se le entregarían tantas como necesitase en el futuro.

Pero el nombre de Patterson quedó grabado en su memoria, y el individuo que lo llevaba se erigió ante él en prototipo de todo aquello que el alma humana puede contener de más abyecto. Así, no se sorprendió cuando, tres días más tarde, Halg pronunció aquel mismo nombre a propósito de otra historia, casi tan repugnante como la primera.

El joven volvía de su visita cotidiana a Graziella. En cuanto vio al Kaw–djer, corrió a su encuentro.

–Ya sé –dijo sin tomar respiro– quién procura el alcohol a Ceroni.

–¡Por fin! –dijo el Kaw–djer con satisfacción. ¿Quién es?

–Patterson.

–¡Patterson!

–El mismo – afirmó Halg –. Hace un momento he visto cómo le entregaba ron. Ahora me explico por qué son los dos tan buenos amigos.

–¿Estás seguro de no equivocarte? –insistió el Kaw–djer.

Completamente. Lo más curioso es que Patterson no da su mercancía. La vende, y además bastante cara. He oído su discusión. Ceroni se quejaba. Decía que todos sus ahorros habían pasado al bolsillo de Patterson y que ya no le quedaba nada. El otro no respondía, pero desde el momento en que vio que iba a ser gratis, pareció poco dispuesto a continuar.

Halg se interrumpió un momento; luego exclamó con cólera:

–Si Ceroni no tiene más dinero, será capaz de todo. ¿Qué será de su mujer y de su hija?

–Ya lo pensaremos respondió el Kaw–djer. Y, tras una pausa: Ya que hemos empezado a tocar este tema –dijo con tono de afectuoso reproche- lleguemos hasta el final. Aunque nunca he querido hablarte de ello, no ignoro cuáles son tus sueños ¿Adónde te llevarán, hijo mío?

Halg, con los ojos bajos, guardó silencio. El Kaw–djer continuó:

–Dentro de poco, tal vez dentro de un mes, toda esta gente desaparecerá de nuestra vida. Y Graziella como los demás.

–¿Por qué no podría quedarse con nosotros? –objetó el joven fueguino levantando la cabeza.

–¿Y su madre?

–Su madre también, naturalmente.

–¿Crees que consentirá en abandonar a su marido? –objetó el Kaw–djer.

Halg hizo un gesto violento.

–¡Tendrá que consentir! –afirmó sordamente.

El Kaw–djer movió la cabeza con aire de duda.

–Graziella me ayudará a persuadirla. Ella ya ha tomado partido. Está decidida a quedarse aquí si usted se lo permite. No sólo está cansada de la mala vida que le da su padre, sino que también teme a otros emigrantes.

–¿Miedo? –repitió sorprendido el Kaw–djer.

–Sí. En primer lugar, de Patterson. Hace un mes que ronda a su alrededor, y si ha vendido ron a Ceroni, ha sido para que éste entre en su juego. Desde hace algunos días, hay otro, un tal Sirk, uno de la cuadrilla de Dorick. Es el más peligroso de todos.

–¿Qué ha hecho?

–Graziella no puede salir sin encontrárselo. Él la ha abordado y le ha hablado groseramente. Ella lo ha rechazado, y Sirk la ha amenazado. Es un hombre peligroso. Graziella tiene miedo. Por suerte, ¡estoy yo!

El Kaw–djer sonrió ante esta explosión de juvenil vanidad. Con un gesto, calmó a su pupilo.

–Cálmate, Halg, cálmate. Esperemos el día de la partida y ya veremos entonces qué pasa. Hasta entonces te recomiendo sangre fría. La cólera no sólo es inútil, sino también perjudicial. Recuerda que la violencia jamás ha producido nada bueno, y que en ningún caso es excusable recurrir a ella, como no sea para defenderse.

Las preocupaciones del Kaw–djer crecieron con aquella conversación. Además del disgusto de ver a Halg metido en aquella penosa aventura, comprendía que la intervención de rivales iba a complicar aún más las cosas, excitando los celos del que había sido el primero y provocando tal vez lamentables escenas.

Respecto al asunto del alcohol, el descubrimiento de Halg sólo había desplazado la dificultad sin resolverla. Se había descubierto al proveedor de Ceroni. Pero ¿dónde se procuraba aquel proveedor el, alcohol que vendía? Patterson, cuya abominable naturaleza ya conocía, ¿poseía en algún sitio un stock en reserva? Era poco probable. Admitiendo que hubiera logrado embarcar una mercancía prohibida a la salida, a pesar de la severidad de los reglamentos y de la vigilancia del capitán Leccar, ¿adónde la podía haber escondido tras el naufragio? No, tenia que haberla tomado

del cargamento del Jonathan. Pero ¿cómo, si estaba vigilada día y noche? La dificultad seguía siendo la misma, ya fuera Ceroni o Patterson el ladrón.

Los días siguientes no aportaron la solución al problema. Lo único que fue posible comprobar fue que Ceroni seguía emborrachándose como antes.

Pasó el tiempo. Llegó el quince de setiembre. Las reparaciones de la Wel–Kiej terminaron en esa fecha La chalupa estaba ya en buenas condiciones en el momento en que el mar iba a ser de nuevo practicable.

La creciente duración de los días anunciaba el equinoccio de primavera. Dentro de una semana el invierno habría terminado ya.

Sin embargo, antes de ceder su puesto, la inclemente estación dio un giro ofensivo. Durante ocho días, un huracán más violento que los precedentes aulló sobre la isla Hoste, obligando a los emigrantes a cobijarse una vez más. Luego volvió el buen tiempo, y pronto la naturaleza adormilada comenzó a despertar.

A principios de octubre, el campamento recibió la visita de algunos fueguinos. Estos indígenas se sorprendieron mucho de encontrar la isla Hoste habitada por tan numerosa población. El naufragio del Jonathan, ocurrido a principios del período invernal, no había llegado a conocimiento de los indios del archipiélago. No había duda de que la noticia, de ahora en adelante, se extendería rápidamente.

Los emigrantes sólo tuvieron motivos para congratularse por sus relaciones con aquellas familias de pecherés. Por el contrario, no parece tan claro que éstos pudieran decir lo mismo. Hubo, en muy pequeño número, ciertamente, unos «civilizados», como los hermanos Moore, por ejemplo, que creyeron su deber afirmarla superioridad que se atribuían a sí mismos mostrándose brutales y groseros hacia aquellos «salvajes» inofensivos. Uno de ellos fue aún más lejos y llevó su codicia al extremo de que las miserables riquezas de aquella horda vagabunda le tentaran. El Kaw–djer, atraído por los gritos de socorro, tuvo un día que acudir en aux-

ilio de una joven fueguina que estaba siendo maltratada por aquel mismo Sirk cuyo nombre había pronunciado Halg. El cobarde individuo trataba de apoderarse de los aros de cobre que adornaban las muñecas de la muchacha y que él creía que eran de oro. Rudamente castigado, se retiró con el insulto en la boca. Era, a fin de cuentas, el segundo emigrante que se declaraba abiertamente enemigo del Kaw–djer.

Este había visto llegar a sus amigos los fueguinos con gran placer. Encontraba en ellos su clientela, y en su solicitud y en sus testimonios de gratitud se veía qué afección, incluso qué adoración les rendía a sus pies. Un día –era entonces el quince de octubre – Harry Rhodes no pudo ocultarle cuánto le conmovía la conducta de aquella pobre gente.

–Comprendo –le dijo– que esté tan apegado a este país donde lleva a cabo una obra tan humana, y que tenga prisa por volver entre estas tribus. Es usted un dios para ellos.

–¿Un dios? –interrumpió el Kaw–djer. ¿Por Dios? Basta con ser un hombre para hacer bien.

Harry Rhodes, sin insistir, se limitó a responder:

–Sea, ya que esa palabra le irrita. Diré, pues, para expresar de otro modo mi pensamiento, que sólo de usted dependía ser rey de la Tierra de Magallanes en los tiempos en que ésta era independiente.

–Los hombres, incluso, si se trata de salvajes, no necesitan de un jefe replicó el Kaw–djer. Además, los fueguinos ya tienen uno ahora...

El Kaw–djer había pronunciado estas últimas palabras casi en voz baja. Parecía más preocupado que de costumbre. Las pocas palabras intercambiadas le recordaban cuál sería la incertidumbre de su destino el día cercano en que tuviera que separarse de aquella honrada familia que había despertado en él el instinto de sociabilidad tan natural en el hombre. Sentiría una profunda pena de abandonar a aquella mujer tan entregada, cuya caritativa bondad había podido apreciar; a su marido, de carácter tan sincero y tan recto, que había llegado a ser un amigo para él; a los dos hijos,

Edward y Clary, con los que se sentía tan unido. La familia Rhodes sentiría aquella pena con igual intensidad. El deseo de todos hubiera sido que el Kaw–djer consintiera en seguirlos hasta la colonia africana, donde sería apreciado, amado y honrado como en la isla Hoste. Pero Harry Rhodes no esperaba convencerlo. Comprendía qué existían graves motivos para que un hombre así hubiera roto con la .humanidad, y aún se le escapaba el sentido de aquella extraña y misteriosa existencia.

–¡Ya ha acabado el invierno! –dijo la señora Rhodes abordando otro tema– Y realmente, no ha sido demasiado riguroso.

–Y comprobamos –añadió Harry Rhodes dirigiéndose al Kaw–djer– que el clima de esta región es realmente tal como había afirmado nuestro amigo. También varios de nosotros sentirán algún pesar en abandonar la isla Hoste.

–Entonces no la abandonemos –exclamó el joven Edward– y fundemos una colonia en tierra magallánica.

–¡Bueno! –respondió sonriendo Harry Rhodes. ¿Y nuestra concesión en río Orange? ¿Y nuestros compromisos con la Sociedad de colonización...? ¿Y el contrato con el Gobierno portugués...?

–En efecto –aprobó el Kaw–djer, con un tono algo irónico–, está el Gobierno portugués... Aquí, además, sería el Gobierno chileno. Da igual uno que otro.

–Nueve meses antes... comenzó Harry Rhodes.

–Nueve meses antes –interrumpió el Kaw–djer- hubiesen abordado una tierra libre, a la que un maldito tratado ha robado su independencia.

El Kaw–djer, con los brazos cruzados y la cabeza erguida, dirigía sus miradas en dirección este, como si hubiera esperado ver aparecer, viniendo del océano Pacífico y bordeando la punta de la península Hardy, el navío prometido por el gobernador de Punta Arenas.

Había llegado el momento acordado. Iba a comentar la segunda quincena de octubre. El mar, sin embargo, continuaba desierto.

Los náufragos comenzaban a concebir, a causa de aquel retraso, inquietudes bastante justificadas. Ciertamente, no les faltaba nada. Faltaba aún mucho para que las reservas del cargamento se agotaran; durarían todavía largos meses. Pero no habían llegado a su destino y no pensaban resignarse a una segunda invernada, y algunos ya hablaban de volver a enviar la chalupa a Punta Arenas.

Mientras el Kaw–djer se perdía en sus tristes pensamientos, Lewis Dorick y una decena de sus compañeros habituales pasaron por allí haciendo ruido y provocando, a la vuelta de una excursión por el interior de la isla. Jamás habían ocultado los malos pensamientos que les inspiraban aquella familia Rhodes tan justamente respetada en aquel pequeño mundo y aquel Kaw–djer cuya influencia no podía negarse. Harry Rhodes, además, lo sabía, y el Kaw-djer no lo ignoraba.

–He aquí gente – dijo el primero– que dejaría sin pesar. No se puede esperar nada bueno por su parte. Serán causa de problemas en nuestra nueva colonia. No quieren admitir ninguna autoridad y solo sueñan con el desorden... Como si no se impusiera en todos los grupos humanos orden y autoridad.

El Kaw–djer no respondió, bien porque no hubiese oído –tanto le absorbían sus pensamientos–, bien porque no quisiera responder.

Así, la conversación giraba sin querer en torno al mismo círculo, y derivaba siempre hacia cuestiones sociales sobre las que era imposible llegar a un acuerdo.

Harry Rhodes, advirtiendo el silencio del Kaw-djer, sentía haber abordado tan torpemente el tema, cuando Hartlepool entró en la tienda e hizo desviar la conversación.

–Quisiera hablarle, señor –dijo dirigiéndose al Kaw–djer.

–Le dejamos... –comenzó Harry Rhodes.

–Es igual... –interrumpió el Kaw–djer, quien girándose hacia el contramaestre, añadió: ¿Qué tiene que decirme Hartlepool?

–Tengo que decirle –respondió éste– que ya sé a qué atenerme en lo que al tema del alcohol se refiere.

–Entonces, el que se vende a Ceroni, ¿es el del Jonathan?

–Sí

–Por consiguiente, ¿hay culpables?

–Dos: Kennedy y Sirdey.

–¿Tiene la prueba?

–Irrefutable.

–¿Qué prueba?

–Ésta. Desde el día en que me habló de Patterson, he desconfiado. Ceroni es incapaz de concebir una idea por sí solo, pero Patterson es astuto. Así pues, he hecho vigilar a ese prójimo...

–¿Por quién? –interrumpió frunciendo el ceño el Kaw–djer, que sentía repugnancia por el espionaje.

–Por los grumetes –respondió Hartlepool – No son nada tontos, y han descubierto el pastel. Ayer pescaron a Kennedy en flagrante delito, y esta mañana a Sirdey, en el momento en que, aprovechando la distracción de su compañero de guardia, vaciaban una roldana de ron en la bota de Patterson.

El recuerdo del martirio de Tullia y Graziella, la constante presencia de Halg en su pensamiento hicieron por un momento que el Kaw–djer olvidase sus doctrinas libertarias.

–Son unos traidores –dijo –. Hay que castigarlos.

–Esa es también mi opinión –aprobó Hartlepool, y es por esto que he venido a buscarle.

–¿A mí? ¿Por qué no hacer lo que sea necesario usted mismo?

Hartlepool sacudió la cabeza, como un hombre que tiene las cosas muy claras.

–Desde la pérdida del Jonathan, no tengo más autoridad que la que me quieran reconocer –explicó–. Estos no me escucharían.

–¿Y por qué me iban a escuchar a mí?

–Porque le temen.

Esta respuesta impresionó al Kaw–djer. ¿Alguien, pues, le temía? Sólo podía ser a causa de su fuerza superior. Siempre el mismo motivo: la fuerza como base de las primeras relaciones sociales.

–Ya voy –dijo sombríamente.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

Se dirigió en línea recta hacia la tienda en la que se guardaba el cargamento del Jonathan. Kennedy comenzaba precisamente su turno de guardia.

–Ha traicionado la confianza que se tenía en usted... –dijo severamente el Kaw–djer.

–Pero, señor... –balbuceó Kennedy.

–La ha traicionado –afirmó el Kaw–djer fríamente–. A partir de este instante, Sirdey y usted ya no forman parte de la tripulación del Jonathan.

–Pero... –quiso todavía protestar Kennedy.

–Espero que no se lo hará repetir.

–Está bien, señor, está bien... –farfulló Kennedy, quitándose humildemente su boina.

En aquel momento, una voz preguntó por detrás de Kaw–djer.

–¿Con qué derecho da usted órdenes a este hombre?

El Kaw–djer se giró y vio a Lewis Dorick, quien, en compañía de Fred Moore había asistido a la orden dictada contra Kennedy.

–¿Y con qué derecho me interroga usted? –respondió altaneramente.

Viéndose apoyado, Kennedy se había vuelto a poner su boina. Reía con insolencia.

–Pues si no lo tengo, me lo tomo –replicó Lewis Dorick. No valdría la pena vivir en una isla Hoste para obedecer a un jefe.

¡Un jefe! ¡Existía alguien para acusar al Kaw–djer de actuar como un jefe!

–¡Eh! Es la costumbre del señor –intervino Fred Moore, pronunciando esta última palabra con énfasis. El señor no es como los demás, sin duda. Él manda, él decide. ¿El señor es el emperador, tal vez?

El círculo se cerraba en torno al Kaw–djer.

–Este hombre no está obligado a obedecer a nadie –dijo Dorick con un tono áspero–. Si quiere ocupará de nuevo su sitio entre la tripulación.

El Kaw–djer guardó silencio, pero, al dar sus adversarios un paso adelante, cerró los puños.

¿Iba, pues, a verse obligado a defenderse por la fuerza? Indudablemente, no temía a semejantes enemigos. Eran tres. Podían haber sido diez. Pero ¡qué vergüenza que un ser pensante se viera obligado a emplear los mismos argumentos que un bruto!

El Kaw–djer no tuvo que caer en aquel extremo. Harry Rhodes y Hartlepool le habían seguido, dispuestos a correr en su ayuda. Aparecieron a lo lejos. Dorick, Moore y Kennedy emprendieron la retirada.

El Kaw–djer los seguía con una mirada triste, cuando unas vociferaciones estallaron a orillas del río. Se dirigió en aquella dirección con sus dos compañeros. No tardaron en distinguir a un grupo numeroso, de donde provenían los gritos que habían llamado su atención. Casi todos los emigrantes parecían haberse reunido en el mismo punto formando una apretada multitud que ondulaba en apretados remolinos. Por encima de la multitud, se veían los puños levantados en gesto de amenaza. ¿Cual podía ser la causa de aquella agitación que se parecía tanto a un motín?

No existía, o por lo menos, la causa inicial de tal insignificancia y se remontaba tan lejos, que ninguno de los beligerantes hubiera sido capaz de explicarla.

Aquello había comenzado seis semanas antes a propósito de un objeto doméstico que una mujer pretendía haber prestado a otra, quien, a su vez, sostenía haberlo devuelto. ¿Quién tenía razón? Nadie lo sabía. Por a o por be, las dos mujeres habían acabado insultándose a cual más, hasta quedar sin aliento. Tres días más tarde, la disputa se había reanudado, agravándose, pues esta vez, los maridos habían tomado parte en ella. Además, la causa original del litigio ya no importaba. Se había olvidado completamente el origen de la animosidad, pero la animosidad subsistía. Para serle fiel, por simple necesidad de hacer daño, los cuatro adversarios se habían reprochado todas las abominaciones de la tierra, acusándose recíprocamente de gran número de malas acciones, a veces imaginarias, que hacían resurgir de las sombras

del pasado. Cuanto más cruel era una invención, más orgulloso se mostraba su autor, y cada uno se enorgullecía del mal que hacía a los otros. La fórmula « ¡Bueno!, ¿y yo qué? ¿Han visto cuanto le he dicho...?», debía reaparecer a menudo en sus conversaciones ulteriores.

Otras veces, la escaramuza no habría llegado más lejos, pero luego las lenguas no se quedaron quietas. Junto a sus respectivos amigos, los dos partidos se habían dedicado a denigrarse en toda regla, pasando, según una escala progresiva, de los juicios despreciativos y las insinuaciones, a la maledicencia y las calumnias. Aquellas habladurías, repetidas complacientemente a oídos de los interesados, habían desencadenado la tempestad. Los hombres habían llegado a las manos y uno de ellos había perdido. Al día siguiente, el hijo del vencido había pretendido vengar a su padre, y el resultado había sido una batalla mas seria que la precedente, al no poder resistir la tentación de intervenir en la riña los de las dos casas en que vivían los combatientes.

Declarada así la guerra, los dos grupos hacían una activa propaganda reclutando cada uno partidarios. Ahora, la mayoría de los emigrantes se encontraba dividida en dos bandos. Pero, a medida que los ejércitos se hacían más numerosos, el debate había aumentado en amplitud. Nadie recordaba ya el origen del litigio. En aquel momento, se discutía el destino que convendría adoptar cuando embarcaran en el buque de la repatriación. ¿Continuarían viajando hacia África? ¿No sería mejor, por el contrario, volver a América? Tal era, a partir de ahora, el tema de la disputa. ¿Por qué camino sinuoso se había llegado, partiendo de un vulgar objeto doméstico, a debatir aquella grave cuestión? Era un misterio impenetrable. Además, existía la convicción de no haber jamás discutido otra cosa, y las dos tesis presentes eran defendidas con igual pasión. Sé encontraban, se despedían, después de tirarse por la cabeza, a modo de proyectiles, argumentos a favor y en contra, mientras que los cinco japoneses, unidos en un pacífico grupo a algunos metros del zumbido de la multitud, miraban con asombro a sus enfebrecidos compañeros.

Ferdinand Beauval, plenamente satisfecho de sentirse en su elemento, intentaba en vano hacerse oír. Iba del uno al otro, se multiplicaba inútilmente. No le escuchaban. Además, nadie escuchaba a nadie. Todo quedaba en altercados particulares, cada murmullo parcial fundiéndose en una armonía general cuya tonalidad subía por momentos. La tempestad no estaba lejos. Los rayos iban a caer. El primero en golpear desencadenaría ipso facto todos los puños, y la escena amenazaba con acabar en un pugilato general.

Como una pequeña lluvia apacigua algunas veces un vendaval –así lo dice el proverbio–, basta un solo hombre para calmar esa exasperación un poco superficial. Aquel hombre, uno de los emigrantes que habían emprendido la caza de lobos marinos, corría con toda la velocidad de sus piernas hacia la multitud en ebullición. Y sin dejar de correr y haciendo grandes gestos para llamar la atención.

–¡Un barco! –gritaba con todas sus fuerzas –¡Barco a la vista!

# Capítulo VI
# Libres

¡Barco a la vista! Ninguna otra noticia habría conmovido hasta aquel punto a aquellos desterrados. El motín fue dominado de golpe y la multitud se precipitó, como un torrente, hacia la orilla. Ya no pensaba en pelearse. Se apresuraban, se empujaban en silencio. En un momento, todos los emigrantes estuvieron reunidos en el extremo de la punta del Este, desde donde se descubría una gran extensión de mar.

Harry Rhodes y Hartlepool habían seguido el movimiento general y, con emoción, dirigían ávidamente sus miradas hacia el sur, donde una franja de humo cortaba, en efecto, el cielo, y anunciaba un barco a vapor.

No se divisaba todavía su casco, pero éste iba surgiendo por momentos sobre la línea del horizonte. Pronto fue posible reconocer un buque de unas cuatrocientas toneladas; en el cangrejo flotaba un pabellón cuyo alejamiento impedía distinguir los colores.

Los emigrantes intercambiaron miradas de decepción. Un barco de tan débil tonelaje jamás podría embarcar a tanta gente. Aquel steamer, ¿era, pues, un simple carguero de cualquier nacionalidad, y no el barco de socorro prometido por el gobierno de Punta Arenas?

No tardó mucho en dilucidarse la cuestión. El barco avanzaba rápidamente. Antes de que la oscuridad fuese completa, estaba ya a menos de tres millas al sur.

–El pabellón chileno –dijo el Kaw–djer en el momento en que una ráfaga de viento, extendiendo la estameña, permitió distinguir los colores.

Tres cuartos de hora más tarde, en medio de la oscuridad ya profunda, un ruido de cadenas rechinando contra el hierro de los escobenes indicó que el barco acababa de echar el ancla. Entonces, la multitud se dispersó, volviendo cada uno a su casa comentando el suceso.

La noche transcurrió sin incidentes. Al alba se apercibió el barco a tres cables de la orilla. Cuando se consultó a Hartlepool, éste declaró que era un aviso de la marina militar chilena.

Hartlepool no se equivocaba. Se trataba, en efecto, de un aviso chileno cuyo comandante se hizo conducir a tierra a las ocho de la mañana.

Se vio rápidamente rodeado de rostros ansiosos. Las preguntas se entrecruzaban a su alrededor. ¿Por qué se había enviado un barco tan pequeño? ¿Cuándo vendrían a buscarlos? ¿O es que tenían la intención de dejarlos morir en la isla Hoste? El comandante no sabía a quién escuchar.

Sin responder a aquel huracán de preguntas, esperó a que se calmaran, y, cuando con gran trabajo consiguió que guardaran silencio, tomó la palabra con una voz que llegó a oídos de todos.

Sus primeras palabras fueron para tranquilizar a sus auditores. Aquéllos podían confiar en la benevolencia de Chile. Además, la presencia del aviso probaba que no se les había olvidado.

A continuación, explicó que si su gobierno había creído su deber enviar un buque de guerra en vez del barco de repatriación prometido, se debía a que deseaba hacerles antes una proposición que probablemente les seduciría. Proposición en verdad muy singular y de las más inesperadas, que el comandante expuso sin más preámbulos.

Pero para que el lector pueda apreciar debidamente el pensamiento del Gobierno chileno, tal vez no sea superfluo un preámbulo.

Para que la parte oeste y sur de la Tierra de Magallanes que le otorgaba el tratado del diecisiete de enero de mil ochocientos ochenta y uno, diera todos sus frutos, Chile había querido dar los primeros pasos con un golpe maestro, aprovechando el naufragio del Jonathan y la presencia en la isla Hoste de varios centenares de emigrantes.

Aquel tratado sólo había conferido, en realidad, derechos puramente teóricos. Sin duda, la República Argentina no podía reclamar más, a excepción de la Tierra de los Estados y de la parte de la Patagonia y de la Tierra del Fuego situada bajo su soberanía. En su propio territorio, Chile tenía entera libertad de actuación para favorecer sus intereses. Pero no basta entrar en posesión de una región e impedir que otras naciones puedan crear allí unos derechos propios de un primer ocupante. Es necesario sacar partido de ello, explotando las riquezas de su suelo desde el punto de vista mineral y vegetal. Es necesario enriquecerla con la industria y el comercio, atraer allí a una población si está inhabitada; en una palabra, hay que colonizarla. El ejemplo de lo que se había hecho ya en el litoral del estrecho de Magallanes, donde Punta Arenas veía cada año crecer su importancia comercial, debía animar a la República de Chile a probar una nueva experiencia y a provocar el éxodo de emigrantes hacia las islas del archipiélago magallánico añadidas a su dominio, para vivificar aquella región fértil abandonada hasta entonces en manos de miserables tribus indias.

Y precisamente, he aquí que en la isla Hoste, situada en medio de aquel laberinto de canales del sur, un gran barco había venido a naufragar; he aquí que más de mil emigrantes de diversas nacionalidades, pero pertenecientes todos a aquel excedente de las grandes ciudades que no duda en buscar fortuna en las lejanas tierras de ultramar, se habían visto obligados a refugiarse allí.

El Gobierno chileno pensó con razón que había allí, una ocasión inesperada de transformar a los náufragos del Jonathan en colonos de la isla Hoste. Por consiguiente, no les envió un barco de repatriación, sino un aviso cuyo comandante tuvo a su cargo transmitir sus proposiciones a los interesados.

Aquellas proposiciones de carácter tan inesperado eran al mismo tiempo muy tentadoras: la República de Chile ofrecía desprenderse pura y simplemente de la isla Hoste en provecho de los náufragos del Jonathan, quienes dispondrían de ella a su gusto, no en virtud de una concesión temporal sino en toda propiedad, sin ninguna condición ni restricción.

Nada más claro, nada más limpio que aquella proposición. Hay que añadir: nada más hábil. Renunciando a la isla Hoste a fin de obtener de ella la inmediata explotación de sus riquezas, Chile podría así atraer colonos a las otras islas: Clarence, Dawson, Navarino, Hermitte, que habían quedado bajo su dominio. Si la nueva colonia prosperaba, cosa probable, se sabría que no habría razón para temer el clima de la Tierra de Magallanes, se conocerían sus recursos agrícolas y minerales; ya no se podría ignorar que, gracias a sus pastos y a sus instalaciones de pesca, este archipiélago es propicio a la creación de empresas florecientes, y el cabotaje tomaría una extensión cada vez más considerable.

Punta Arenas, puerto franco y sin ningún tipo de molestia aduanera, abierto libremente a los navíos de los dos continentes, gozaba ya de un magnífico porvenir. Fundando aquella estación, se había asegurado, en suma, su preponderancia sobre el estrecho de Magallanes. No dejaba de tener cierto interés el obtener un resultado análogo en la parte meridional del archipiélago. Para lograr de modo más seguro aquel fin, el Gobierno de Santiago, guiado por un fino sentido político, se había decidido a sacrificar la isla Hoste, sacrificio por otra parte más aparente que real, por estar la isla absolutamente desierta. No contento de dispensarla de toda contribución, abandonada la propiedad, le dejaba una completa autonomía, la separaba de su dominio. Sería la única región de la Tierra de Magallanes que disfrutaría de una completa independencia.

Ahora se trataba de saber si los náufragos del Jonathan aceptarían la oferta que se les hacía, si consentirían en intercambiar su concesión africana por la isla Hoste.

El Gobierno esperaba resolver aquella cuestión sin demora. El aviso había venido con la proposición y se volvería con la respuesta. El comandante tenía plenos poderes para tratar con los representantes de los emigrantes. Pero sus órdenes eran no fondear en la isla Hoste más de quince días como máximo. Pasados aquellos quince días, volvería a irse, estuviera o no firmado el tratado.

Si la respuesta resultaba afirmativa, la nueva República pasaría inmediatamente a tomar posesión e izaría el pabellón que le conviniese adoptar.

Si la respuesta era negativa, el Gobierno tomaría ulteriormente medidas respecto al modo de repatriar a los náufragos. No sería aquel aviso de cuatrocientas toneladas el que podría transportarlos, aunque sólo fuera a Punta Arenas. Se pediría a la Sociedad americana de colonización que enviase un barco de socorro, cuya travesía exigiría cierto tiempo. En este caso, transcurrirían aún varias semanas antes de que la isla pudiese ser evacuada.

Como es de imaginar, la proposición del Gobierno de Santiago produjo un efecto extraordinario.

No se esperaba nada semejante. Los emigrantes, incapaces de tomar una decisión por sí mismos ante un caso tan grave, empezaron a mirarse unos a otros con perplejidad; luego, todos sus pensamientos volaron a la vez hacia aquel a quien consideraban más capacitado para discernir sobre el interés común. Con un mismo movimiento, cuya perfecta armonía probaba al mismo tiempo su reconocimiento, su clarividencia y su debilidad, se volvieron hacia el oeste, es decir, hacia el riachuelo en cuya desembocadura debía balancearse la Wel–Kiej.

Pero la Wel–Kiej había desaparecido. Por muy lejos que pudiesen alcanzar sus miradas, nadie la divisaba sobre la superficie del mar.

Hubo un momento de estupor. Luego, un movimiento ondulatorio recorrió la multitud. Cada una se agitaba, se inclinaba, intentando descubrir a aquel en el que todos tenían puestas sus


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

esperanzas. Por fin, tuvieron que rendirse a la evidencia. Llevándose consigo a Halg y a Karroly, el Kaw–djer, sin lugar a dudas, había partido.

Quedaron aterrados. Aquellas pobres gentes se habían acostumbrado a dejar la tarea de ser guiados en manos del Kaw–djer, cuya inteligencia y abnegación les eran ya tan conocidas. Y he aquí que les abandonaba en el momento en que estaba en juego su destino. Su desaparición produjo tanta sorpresa como la aparición del barco en las aguas de la isla Hoste.

Harry Rhodes, por razones diferentes, se sintió también profundamente afligido. Hubiera comprendido que el Kaw–djer abandonara la isla Hoste el día en que los emigrantes se alejasen, pero ¿por qué no haber esperado hasta entonces? No se rompen tan bruscamente los lazos de sincera amistad, y a los amigos no se les deja sin haberles dicho adiós.

Por otra parte, ¿por qué esta partida tan precipitada, que recordaba tanto a una huida? ¿Sería acaso la llegada del buque chileno la que la había provocado?

Dado el misterio que envolvía la vida de aquel hombre, de quien no se conocía ni la nacionalidad, todas las hipótesis eran admisibles.

La ausencia de su consejero habitual, en el momento en que sus consejos hubieran sido muy apreciados, dejó desamparados a los emigrantes. La muchedumbre se disgregó poco a poco y el comandante, del aviso quedó prácticamente solo. Uno tras otro, para no verse obligados a tomar una decisión, se alejaban discretamente en pequeños grupos, donde se intercambiaban escasas palabras sobre la sorprendente oferta que acababan de proponerles.

Durante ocho días, aquella oferta fue el tema de todas las conversaciones. El sentimiento general era de sorpresa. La proposición les parecía tan extraña que numerosos emigrantes se resistían incluso a tomarla en serio. Harry Rhodes, solicitado por sus compañeros, tuvo que ir a buscar al comandante para pedirle explicaciones, comprobar cuáles eran sus poderes y asegurarse

personalmente de que la independencia de la isla Hoste estaría garantizada por la República chilena.

El comandante no desperdició ningún argumento para convencer a los interesados. Les hizo comprender cuáles eran los móviles del Gobierno y cuán ventajoso era para unos emigrantes establecerse en una región cuya posesión se les aseguraba. No dejó de recordarles la prosperidad de Punta Arenas y de añadir que Chile consideraría su deber acudir en ayuda de la nueva colonia.

–El acto de donación ya está dispuesto –añadió el comandante–. Sólo faltan las firmas.

–¿Cuáles? –preguntó Harry Rhodes.

–Las de los delegados elegidos por los emigrantes en asamblea general.

Aquélla era, en efecto, la única manera de proceder. Más tarde, cuando la nueva colonia se ocupase de su organización, decidiría si le convenía o no nombrar un jefe. Elegiría con toda libertad el régimen que le pareciese mejor, y Chile no intervendría de ningún modo en aquella elección.

Para que no causen extrañeza las consecuencias que aquella proposición iba a tener, conviene comprender perfectamente la situación.

¿Quiénes eran aquellos pasajeros que habían salido de San Francisco a bordo del Jonathan y que se dirigían a la bahía de Lagoa? Pobres gentes obligadas por las necesidades de la existencia a expatriarse. ¿Que les importaba, en realidad, establecerse aquí o allá, desde el momento en que su porvenir estuviese asegurado, y siempre que las condiciones del hábitat fuesen igualmente favorables?

Pues bien, desde que ocupaban la isla Hoste, había transcurrido todo un invierno. Habían podido comprobar por sí mismos que el frío no era excesivo, y ahora comprobaban que la primavera se manifestaba con una precocidad y una generosidad que no siempre se encuentran en las tierras más al ecuador.

Desde el punto de vista de la seguridad, la comparación no parecía favorecer ala bahía de Lagoa próxima a los ingleses, al Orange, y a los pueblos bárbaros de la Cafrería. Indudablemente, los emigrantes habían considerado aquellos riesgos antes, de embarcarse, pero aquellos riesgos crecían en importancia ante sus ojos ahora que se les presenta una ocasión para establecerse en una región desierta, lejos de aquellas proximidades peligrosas, cada una en grado diferente.

Por otra parte, la Sociedad de colonización sólo había obtenido su concesión sudafricana por un tiempo determinado y el Gobierno portugués no cedía sus derechos en provecho de los futuros colonos. Por el contrario, en la Tierra de Magallanes, aquellos gozarían de una libertad sin límites y la isla Hoste, convertida en su propiedad, sería elevada al rango de Estado soberano.

Por fin, existía aquella doble reflexión de que, quedándose en la isla Hoste, se evitaría un nuevo viaje y que el Gobierno chileno se interesaría por la suerte de la colonia. Se podría contar con su ayuda. Se establecerían relaciones regulares con Punta Arenas. Se fundarían factorías en el litoral del estrecho de Magallanes y en otros puntos del archipiélago. El comercio con las Falkland se desarrollaría cuando los establecimientos de pesca estuvieran convenientemente organizados. E incluso en un tiempo próximo, la República Argentina no dejaría sin duda abandonadas sus posesiones de la Tierra del Fuego. Crearía aldeas rivales a Punta Are-nas y la Tierra del Fuego tendría su capital argentina, como la península de Brunswick tiene su capital chilena[13].

Forzoso es reconocer que todos aquellos argumentos tenían su peso y acabaron por imponerse.

Tras largos conciliábulos, se puso de manifiesto que la mayoría de los emigrantes tendería a aceptar las ofertas del gobierno Chileno.

[13] Y así ha ocurrido. Aun existe hoy una población argentina, Ushaia, en el canal de Beagle.

¡Cuánto era de lamentar que el Kaw–djer hubiera dejado la isla Hoste precisamente en el momento en que hubieran recurrido sin vacilar a sus consejos! Nadie más calificado que él para indicar la mejor solución. Probablemente hubiera sido parecer de aceptar aquella proposición que devolvía la independencia a una de las once grandes estas del archipiélago magallánico. Harry Rhodes no dudaba que el Kaw–djer hubiera hablado en este sentido con aquella autoridad que le daban tantos servicios prestados.

En lo que a él respectaba personalmente, le atraía aquella solución y, fenómeno que tenía pocas posibilidades de volver a repetirse jamás, su opinión concordaba con la de Ferdinand Beauval. En efecto, el líder socialista hacía una activa propaganda en favor de la aceptación. ¿Qué esperaba pues? ¿Proyectaba poner en práctica su propia doctrina? ¡Qué maravillosa aventura, qué magnífico campo para la gran experiencia de un colectivismo o incluso de un comunismo integral aquella multitud inculta, propietaria pro indiviso como en los primeros tiempos del mundo de un territorio del que nadie tenía derecho a reclamar para sí mismo la más mínima parcela!

Así pues, ¡cómo se multiplicaba Ferdinand Beauval! ¡Cómo iba de unos a otros defendiendo su causa hasta la saciedad! ¡Cuánta elocuencia malgastaba sin darse cuenta!

Por fin, hubo que proceder a la votación. El plazo fijado por el Gobierno chileno tocaba a su fin, y el comandante del aviso presionaba para solucionar aquel asunto. En la fecha indicada, el treinta de octubre, daría orden de levar anclas, y Chile conservaría todos sus derechos sobre la isla Hoste.

Fue convocada una asamblea general para el veintiséis de octubre. Tomaron parte en el escrutinio definitivo todos los emigrantes mayores de edad, en número de ochocientos veinticuatro, siendo el resto mujeres, niños y jóvenes que no habían alcanzado los veintiún años, o ausentes, como los jefes de las familias Gordon, Riviére, Ivanoff y Gimelli.

El escrutinio dio setecientos noventa y dos votos a favor de la aceptación, mayoría, como se ve, considerable. Sólo hubo treinta y dos oponentes, que querían atenerse al proyecto primitivo y dirigirse a la bahía de Lagoa, y que acabaron aceptando someterse a la decisión de la mayoría.

A continuación, se procedió a la elección de tres delegados. Ferdinand Beauval obtuvo en aquella ocasión un éxito halagador. Por fin dejaba de fracasar en una de sus campañas y lograba el primer puesto. Fue designado por los emigrantes que, obedeciendo a un instintivo sentimiento de prudencia, le dieron sin embargo por compañeros a Harry Rhodes y Hartlepool.

El tratado se firmó el mismo día entre aquellos delegados y el comandante que representaba al Gobierno chileno, tratado cuyo texto, sumamente simple, sólo contenía algunas líneas y no se prestaba a ningún equívoco.

En el acto, la bandera hosteliana –mitad blanca y mitad roja– fue izada en la playa y el aviso la saludó con veintiún cañonazos. Arbolada por primera vez, ondeando alegremente en la brisa, anunció al mundo el nacimiento de un país libre.

# Capítulo VII
# La primera infancia de un pueblo

Al día siguiente el aviso levó anclas a primera hora, y desapareció al doblar la punta. Se llevaba a diez de los quince marineros supervivientes del Jonathan. Los otros cinco, Kennedy entre ellos, habían preferido, al igual que el contramaestre, Hartlepool y el cocinero Sirdey, quedarse en la isla en calidad de colonos.

Motivos análogos habían decidido a Kennedy y Sirdey a adoptar aquella decisión. Mal vistos ambos por los capitanes y, por consiguiente, encontrando muchas dificultades para enrolarse, esperaban tener una vida más fácil y menos precaria en una sociedad naciente, donde las leyes, al menos durante largo tiempo, carecerían necesariamente de rigor. En cuanto a sus compañeros, buena gente, enérgica y formal, pero pobre y sin familia, descontaban, como el mismo Hartlepool, la posibilidad de ser amos de sí mismos en un nuevo país, dejando de ser marinos de altura para convertirse en simples pescadores.

La realización o el fracaso de su sueño iba a depender en gran parte de la orientación que se diera al gobierno de la isla. Cuando el Estado está bien administrado, los ciudadanos tienen la oportunidad de enriquecerse con su trabajo. Por el contrario, toda labor será estéril si el poder central no sabe descubrir ni aplicar las medidas propias para agrupar en apretado haz los esfuerzos individuales. La organización de la colonia era, pues, de capital interés.

Al menos por el momento, los hostelianos –tal era el nombre adoptado por consentimiento unánime– no se inquietaban por

resolver aquel problema vital. Sólo pensaban en divertirse. Libertad; aquella palabra mágica los había embriagado como a niños grandes, sin intentar penetrar en su sentido profundo, sin pensar que la libertad es una ciencia que hay que aprender, y que para ser libres, lo primero que se necesita es vivir.

El aviso se hallaba todavía a la vista, cuando ya en la multitud, antes tan agitada, todo el mundo se felicitaba y se congratulaba recíprocamente. Parecía como si se hubiera llevado a término una obra importante y difícil. Sin embargo, la obra apenas había comenzado.

No hay ninguna fiesta popular que se precie que no vaya acompañada de alguna comilona. Unánimemente, decidieron, pues, darse un buen banquete aquel día. Por eso, mientras las mujeres volvían a sus hornillos y cacerolas, los hombres se dirigieron hacia el cargamento del Jonathan.

No hay ni que decir que aquel cargamento había quedado sin vigilancia desde la proclamación de independencia. Elevados los náufragos a la dignidad de nación por las circunstancias, nadie, excepto ella misma, estaba calificada para reglamentar el ejercicio de su soberanía. Además, ¿quién hubiera montado guardia, si la mayoría de los responsables de ésta se habían ido?

Con gran regocijo y sin pensarlo más, abrieron un tonel, e iban a proceder a su distribución cuando a ciertas mentes sagaces se les ocurrió una idea mejor. Aquel alcohol pertenecía, en realidad, a todo el mundo; entonces, ¿por qué no repartirlo hasta la última gota? La moción fue aceptada con entusiasmo a pesar de las tímidas protestas de un pequeño grupo de prudentes. Evaluada aproximadamente la cantidad de alcohol, se convino que cada hombre mayor de edad tendría derecho a una parte y cada mujer o niño a una media parte. Aquella decisión fue pronto ejecutada, y los jefes de familia recibieron la ración que les correspondía, entre burlas y alegres bromas.

A finales de la tarde, la fiesta llegó a su apogeo. Todos los rencores se habían olvidado. Las diversas nacionalidades parecían fundidas en una, se fraternizaba. Sé organizó un baile al son de un

acordeón de buena voluntad, y las parejas giraban en medio de un círculo de bebedores.

Entre éstos figuraba, naturalmente, Lazzaro Ceroni. Incapaz de aguantarse de pie desde las seis de la tarde, a las diez bebía sin cesar. Aquello hacía presagiar un triste final de fiesta para Tullia y para Graziella.

Al mismo tiempo, había otro que se embriagaba a vasos llenos, aparte en un rincón oscuro. Pero, por un momento, aquél encontraba en el abominable veneno su alma, que el mismo veneno había degradado. Dé repente, una música admirable se elevó, interrumpiendo los bailes. Fritz Gross, saturado de alcohol, había recobrado su genio. Tocó durante dos horas, improvisando según su inspiración, rodeado de mil rostros de ojos desorbitados y bocas abiertas, como para beber el torrente musical cuya fuente era el prestigioso violín.

De todos los auditores de Fritz Gross, el más atento y el más apasionado era un niño. Aquellos sonidos, de una belleza hasta entonces desconocida, eran para Sand una verdadera revelación. Descubría la música y penetraba temblando en aquel reino ignorado. En el centro del círculo, de pie frente al músico, miraba, escuchaba, viviendo sólo por los oídos y por los ojos, el alma embriagada, vibrando lleno de una punzante y radiante emoción.

¿Qué palabras describirían lo pintoresco de aquel espectáculo? En el suelo, un hombre, casi informe en sus colosales proporciones, desmoronado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos cerrados, ensimismado, que tocaba, tocaba sin desmayo, desenfrenadamente, bajo la luz incierta de una antorcha fuliginosa que lo hacía destacar con fuerza sobre un fondo de noche impenetrable. Delante de aquel hombre, un niño en éxtasis, y en torno a aquel grupo singular, una muchedumbre silenciosa, invisible, pero cuya presencia se descubría el brillo de la antorcha según el capricho de la brisa. Los rayos parecían colgarse entonces de algún rasgo saliente. Aquel instante de fulgor hacía aparecer una nariz, una frente, una oreja, como engendrada por la sombra que al momento la borraba, mientras el canto

agudo y potente de un violín se propagaba en largas ondas, planeando por encima de aquella multitud para ir a morir en el oscuro espacio.

Hacia medianoche, Fritz Gross, extenuado, soltó el arco y se durmió pesadamente. Con recogimiento, a paso lento, los emigrantes volvieron a sus casas.

Al día siguiente, no quedaba señal de aquella fugitiva emoción, y placeres más groseros atrajeron de nuevo a los colonos. La fiesta recomenzó. Todo hacía creer que se prolongaría hasta que se agotaran por completo los licores fuertes.

La Wel–Kiej volvió a la isla Hoste en medio de aquella kermesse, cuarenta y ocho horas después de la salida del aviso. Nadie parecía acordarse de que la chalupa había estado fuera dos semanas, Y los que iban en ella recibieron una acogida como si no se hubiesen ausentado jamás. El Kaw–djer no entendía nada de lo que veía. ¿Qué significaban aquel pabellón desconocido plantado sobre la playa y la alegría general que parecía transportar a los emigrantes?

Harry Rhodes y Hartlepool le pusieron al corriente de los últimos acontecimientos en pocas palabras. El Kaw–djer escuchó aquel relato con emoción. Su pecho se dilataba como si un aire más puro llegara a sus pulmones, su rostro estaba transfigurado. ¡Aún existía, pues, una isla libre en el archipiélago magallánico!

Sin embargo, no devolvió confidencia por confidencia y calló respecto a los motivos que le habían determinado a alejarse durante quince días.

¿Para qué? ¿Habría conseguido hacer comprender Harry Rhodes por qué, resuelto a romper toda relación con el universo civilizado, había marchado al descubrir el aviso, al que suponía encargado de afirmar la autoridad del Gobierno chileno, y por qué, resguardado al fondo de una bahía de la península Hardy, había esperado la partida de aquel aviso antes de volver al campamento?

Muy contentos de volverlo a ver, sus amigos ni pensaron en hacerle preguntas. Para Harry Rhodes y Hartlepool, su presencia

era un consuelo. Tener con ellos a aquel hombre de fría energía, vasta inteligencia y perfecta bondad les devolvía una confianza que el infantilismo mostrado por sus compañeros comenzaba a quebrantar.

Los muy desgraciados sólo han visto en su independencia el derecho a emborracharse –dijo Harry Rhodes, dando fin a su relato–. No parecen pensar en la necesidad de organizarse e instalar un Gobierno cualquiera.

–¡Bah! –replicó el Kaw–djer con indulgencia–, se les puede disculpar querer pasárselo bien. ¡Lo han pasado tan mal hasta ahora! Esta locura acabará algún día y llegarán por sí mismos a cosas más serias... En cuanto a constituir un Gobierno, reconozco que no veo su utilidad.

–Sin embargo, es necesario que alguien se encargue de imponer el orden entre toda esa gente –objetó Harry Rhodes.

–No se preocupe –respondió el Kaw–djer–. El orden se impondrá solo.

–A juzgar por el pasado, sin embargo...

–El pasado no es el presente –interrumpió el Kaw–djer–. Ayer, nuestros compañeros se sentían aún ciudadanos de América o de Europa. Ahora, son hostelíanos. Es muy diferente.

–¿Su opinión sería, pues...?

–Que vivan tranquilamente en la isla Hoste, ya que les pertenece. Tienen la gran suerte de no tener leyes. Que se guarden de hacerlas. ¿Para qué servirían esas leyes? Estoy convencido de que ignorar cualquier indicio de conflictos entre las personas es inherente a la esencia de la naturaleza. Todo se arreglaría perfectamente sin los prejuicios, sin las ideas establecidas que resultan de siglos de esclavitud. La tierra se ofrece a los hombres. Que cojan sus frutos a manos llenas y que disfruten con igualdad y fraternidad de sus riquezas. ¿Para qué reglamentar todo esto?

Harry Rhodes no parecía muy convencido de la verdad defendida en aquellas opiniones optimistas. Sin embargo, nada respondió. Hartlepool tomo la palabra.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–En espera de que todos estos barbianes –dijo– demuestren otra fraternidad que no sea la fraternidad de la juerga, nosotros hemos confiscado las armas y las municiones.

Bajo la responsabilidad de la Sociedad de colonización, el cargamento del Jonathan contenía, en efecto, sesenta rifles, unos cuantos barriles de pólvora, balas, plomo y cartuchos, para que los emigrantes pudieran cazar fieras y defenderse en caso de necesidad de los ataques de sus vecinos en la bahía de Lagoa. Nadie había pensado en aquel material de guerra, nadie, aparte de Hartlepool. Aprovechando el desorden general, lo había puesto prudentemente fuera de alcance. Tal vez le hubiese costado encontrar un escondrijo conveniente si Dick no le hubiese indicado el conjunto de grutas que atravesaban de punta a punta el macizo de la gruta del este. Ayudado por Harry Rhodes y por los dos grumetes, había transportado en varios viajes durante la primera noche de fiesta las armas y municiones a la gruta superior, donde las había enterrado profundamente. Desde entonces, Hartlepool se sentía más tranquilo. El Kaw–djer aprobó su prudencia.

–Ha hecho usted muy bien, Hartlepool –decla-ró–. Más vale, en suma, dar a las cosas tiempo de apaciguarse por sí solas. En este país, además, nuestros compañeros no tendrían ninguna necesidad de armas de fuego.

–No tienen –afirmó el contramaestre–. A bordo del Jonathan, los reglamentos eran formales. Los emigrantes fueron registrados, ellos y sus bultos al embarcar, y todas las armas de fuego fueron incautadas, exceptuando las que hemos escondido nadie tiene, y no las encontrarán. Por consiguiente...

Hartlepool se interrumpió bruscamente. Parecía preocupado.

–¡Mil diablos! –exclamó–. Pues sí, las hay. Hemos encontrado sólo cuarenta y ocho fusiles en vez de sesenta. Creía que era una equivocación. Pero ahora que lo pienso, los doce que faltan se los llevaron los Riviére, los Ivanoff, los Gimelli y los Gordon. Por suerte, son gente seria, y de ellos no hay nada que temer.

–Existen otros peligros además de las armas –hizo observar Harry Rhodes–. El alcohol, por ejemplo. En estos momentos, se abrazan, pero no continuarán siempre igual. Lazzaro Ceroni ya ha empezado a hacer de las suyas. En su ausencia, me he visto obligado a intervenir: Sin Hartlepool y sin mí, creo que decididamente, esta vez, mataba a golpes a su víctima.

–Este hombre es un monstruo –dijo el Kaw-djer.

–Como todos los borrachos, ni más ni menos. No importa. Es una suerte para las dos mujeres que Halg haya vuelto. Y a propósito, ¿qué tal está nuestro joven salvaje?

–Tan bien como le pueda ir a un muchacho en su estado de ánimo. Inútil decir que no fue precisamente con agrado que nos acompañó a su padre y a mí. Tuve que hacer un acto de autoridad y dar mi palabra de que volveríamos aquí. Dado que esta familia se queda con las otras en la isla Hoste, las cosas se simplifican evidentemente. Pero lo que las viene a complicar son los deplorables hábitos de Lazzaro Ceroni. Esperemos que se corrija cuando se agote la provisión de alcohol.

Mientras se ocupaban así de él, Halg, dejando la Wel–Kiej bajo la custodia de su padre, se había apresurado en ir a ver a Graziella. ¡Qué alegría tuvieron de verse de nuevo! Luego, la mayoría dio paso a la tristeza. Graziella explicó al joven indio a qué sufrimientos sometía Ceroni de nuevo a su mujer y a su hija. Respecto a esta última, a aquellas miserias se añadían la cautelosa búsqueda de Patterson y, sobre todo, la brutal persecución de Sirk. No podía dar un paso al exterior sin exponerse a sufrir la insolencia de este despreciable individuo. Halg la escuchaba temblando de indignación.

En un rincón de la tienda, Lazzaro Ceroni, durmiendo la última borrachera, roncaba a pierna suelta. No había que hacerse ilusiones. Apenas despierto, caería de nuevo en su vicio y volvería a unirse a la fiesta general, cuyo fin no parecía próximo.

Sin embargo, ésta comenzaba ya a cambiar de carácter. La excitación se hacía menos inocente y menos pueril. Por ciertos rostros pasaban visos siniestros. El alcohol hacía su obra. La de-

presión que dejaba tras sí, sólo podía combatirse con dosis más fuertes y, poco a poco, la ligera embriaguez del principio dejaba paso a una pesada borrachera, que se convertiría en una borrachera furiosa cuando la ración aumentase todavía más.

Algunos, sintiendo el peligro, comenzaban a retirarse de aquella ronda infernal. Pronto su sentido común adquiría de nuevo sus derechos y el problema de la existencia en la isla Hoste se imponía de nuevo a su espíritu.

Arduo problema, pero no insoluble. Por su superficie cercana a los doscientos kilómetros cuadrados, por sus tierras en su mayor parte cultivables, por sus bosques y sus pastos, la isla hubiera podido alimentar a una población mucho más importante. Pero sólo a condición de no eternizarse en la bahía Scotchwell y de extenderse por el país. No faltaban los instrumentos de cultivo y tampoco las semillas, las plantas ni, en general, el material indispensable a toda instalación agrícola. Por otra parte, los emigrantes estaban, en su inmensa mayoría, avezados por las faenas del campo. Nada más natural para ellos que dedicarse a estas faenas en su país de adopción como se habían dedicado a ellas en su país de origen. Al principio, los animales domésticos no serían evidentemente muy numerosos, pero poco a poco, y gracias a la mediación del Gobierno chileno, llegarían de la Patagonia, de las pampas argentinas, de los grandes llanos de la Tierra del Fuego, y finalmente de las Falkland, donde se desarrolla a gran escala la cría de ovejas. Así pues, nada se oponía en principio al éxito de aquella tentativa de colonización, siempre que los colonos se ocupasen activamente de sacarla adelante.

De entre ellos, un pequeño número había visto claramente desde la proclamación de independencia aquella necesidad de trabajar y de actuar. Ellos, y Patterson el primero, habían vuelto al cargamento del Jonathan una vez acabada la distribución del alcohol y habían hecho una cuidadosa selección de los objetos que la componían, cada uno en vistas al proyecto que tenía y conforme a sus gustos, el uno el cultivo, el otro la ganadería, el tercero la explotación forestal. Luego, tirando ellos mismos de unos

carros improvisados, habían partido a la búsqueda de un terreno propicio.

Patterson, por el contrario, se quedó a orillas del río. Ayudado por Long y Blaker, quien insistía en seguir con él a pesar de lo ocurrido, se ocupó primero de vallar su terreno, cuya propiedad se había asegurado desde el principio a título de primer ocupante. Poco a poco, una empalizada formada de sólidas estacas, rodeó el cercado por tres lados, quedando el cuarto limitado por el río. Al mismo tiempo, cavaron el suelo del interior y allí dispusieron sembrados de legumbres. Patterson se dedicaba a la horticultura.

Tras dos días de fiesta, algunos emigrantes que creían haber celebrado ya suficientemente la independencia empezaron a recobrar el dominio de sí mismos. Se dieron cuenta entonces de que el placer no había apartado a varios de sus compañeros de sus verdaderos intereses, y a su vez hicieron una visita a las reservas del Jonathan. Las riquezas eran todavía abundantes, y, tanto en material como en personas, les fue fácil procurarse lo necesario, es decir, lo superfluo. Hecha su elección y creados sus medios de transporte, se alejaron siguiendo las huellas de sus predecesores.

En los días que siguieron, aquel ejemplo tuvo imitadores cada vez más numerosos, de tal modo que al ir transcurriendo el tiempo, la alegre tropa fue disminuyendo progresivamente, mientras nuevas caravanas se ponían en marcha hacia el interior de la isla. Unos tras otros, casi todos los colonos abandonaron así, poco a poco, las orillas de la bahía Scotchwell, unos empujando una carreta informe, otros cargados como mulas, otros sin nada y otros arrastrando mujer y chiquillería tras de sí.

Disminuyendo el stock del Jonathan a medida que lo iban tomando a manos llenas, la selección para los últimos en llegar se hizo singularmente restringida. Si los rezagados encontraron provisiones en abundancia, pues la capacidad de transporte había limitado la cantidad que cada uno hubiera podido llevarse, no ocurrió lo mismo con el material agrícola. Más de trescientos colonos tuvieron que prescindir de todo animal de granja o de corral y muchos sólo tuvieron las sobras de aquellos que les

habían precedido en lo que a instrumentos de arar se refiere. Sin embargo, tuvieron que contentarse, pues ya no les quedaba otra cosa, y sin dejar de envidiar la rica cosecha recogida por los más diligentes, los menos favorecidos por el reparto se resignaron, y mal que bien, se pusieron a su vez en camino hacia lo desconocido.

Estos últimos emigrantes, peor provistos en cuanto a aperos se refiere, fueron también aquellos a quienes se impuso el más duro éxodo. En vano se alejaban hacia el norte y hacia el oeste: siempre encontraban el lugar ocupado por quienes habían salido antes. Unos cuantos, particularmente desafortunados, se vieron obligados para descubrir un emplazamiento favorable a continuar hasta la península Duma, contorneando la profunda escotadura conocida por el nombre de Ponsonby Sound, a más de cien kilómetros de la bahía Scotchwell, que a pesar de todo debía considerarse como el principal establecimiento de la colonia, en cierto modo como su capital.

Seis semanas después de la partida del aviso, aquella capital había perdido la mayor parte de su población. Habiéndola abandonado casi todos los colonos capaces de manejar la azada y el azadón, contaba exactamente con ochenta y un habitantes, cuyas anteriores ocupaciones les situaban en un estado de inferioridad manifiesta en las actuales condiciones de vida.

Aparte de una decena de campesinos, retenidos temporalmente en la costa por motivos de salud, y entre los que uno solo, casado, iba acompañado por su mujer y sus tres hijos, aquel residuo de la desperdigada multitud estaba formado exclusivamente por colonos de origen urbano. Comprendía a John Rame y a la familia Rhodes, a Beauval, Dorick y Fritz Gross; a los cinco marineros, es decir, Kennedy, el cocinero, los dos grumetes, y el contramaestre del Jonathan; a Patterson, Long y Blaker; a la totalidad de los cuarenta y tres obreros o que se decían tales, que se mostraban los más refractarios a los trabajos del campo, y entre los que se encontraban Lazzaro Ceroni y su familia; y por fin, al Kaw–djer con sus dos compañeros, Halg y Karroly.

Aquellos últimos no habían dejado la orilla izquierda del río, en cuya desembocadura estaba anclada la Wel–Kiej, al fondo de una ensenada al abrigo de los temporales que venían del mar. Nada había modificado su vida anterior. El único cambio que introdujeron fue reemplazar por un sólido alojamiento la primitiva tienda que hasta el momento les había asegurado un abrigo insuficiente. Ahora que ya no se planteaban abandonar la isla Hoste, convenía instalarse de un modo menos rudimentario que en el pasado.

En efecto, el Kaw–djer había ya comunicado a Karroly su intención de no volver jamás a la Isla Nueva. Ya, que aún existía una tierra libre, viviría allí hasta el final de sus días. Halg se alegró ante aquella decisión que cuadraba tan bien con sus deseos. En cuanto a Karroly, se conformó como de costumbre con la decisión de aquel a quien consideraba su amo, sin hacer ninguna objeción, a pesar de que su nueva residencia fuera a disminuir considerablemente las ocasiones de pilotaje.

Aquel inconveniente no había pasado desapercibido para el Kaw–djer, pero aceptaba sus consecuencias. En la isla Hoste se viviría únicamente de la caza y la pesca, eso es todo, y si sobre la marcha se demostraba que aquella fuente resultaba insuficiente, habría entonces que pensar en otras soluciones. Decidido de todos modos a debérselo todo a sí mismo, se negó a tomar su parte de provisiones.

Su renuncia no le llevó, sin embargo, a rechazar las casas desmontables, gran parte de las cuales había quedado libre a la marcha de sus habitantes. Una de aquellas casas, transportada por partes a la orilla derecha, fue reedificada allí y luego reforzada por contramuros que se edificaron en pocos días. Algunos obreros habían ofrecido espontáneamente su ayuda al Kaw–djer, que la aceptó con sencillez. Acabado el trabajo, aquella buena gente no pensó en reclamar salario, abstención tan conforme con los principios del Kaw–djer que éste no pensó en ofrecérselo.

Acabada la casa, Halg y Karroly embarcaron en la Wel–Kiej y fueron a la Isla Nueva, de donde trajeron tres semanas después

los objetos mobiliares contenidos en su antigua vivienda. Un pilotaje que Karroly había encontrado por el camino, había prolongado su ausencia y permitido al mismo tiempo que el indio se procurara víveres y municiones en cantidad suficiente para la próxima estación del invierno.

A su vuelta, la vida siguió su curso normal. Karroly y su hijo se dedicaron a la pesca, y se encargaron de fabricar la sal necesaria para conservar el excedente del botín cotidiano. Durante aquel tiempo, el Kaw–djer recorría la isla al azar de sus cazas.

Gracias a sus correrías incesantes, guardaba contacto con los colonos. Casi todos recibieron sucesivamente su visita. Pudo comprobar que desde el principio se afirmaban entre ellos sensibles diferencias. Que aquellas diferencias proviniesen de una desigualdad natural en el valor, la suerte o las facultades de los trabajadores, lo cierto es que ya se perfilaba claramente, el éxito de unos y el fracaso de otros.

A la cabeza de las más brillantes figuraban las explotaciones de las cuatro familias que habían comenzado a trabajar las primeras. Nada de extraño en ello, puesto que eran las más antiguas. El aserradero de los Riviére estaba en pleno funcionamiento, y las tablas ya aserradas hubieran asegurado el cargamento de dos o tres barcos de respetable tonelaje.

Germain Riviére recibió al Kaw–djer con grandes manifestaciones de amistad y aprovechó su visita para informarse acerca de los sucesos del poblado, quejándose al mismo tiempo de no haber sido llamado para participar en la elección del Gobierno de la colonia. ¿Qué organización había adoptado la mayoría? ¿A quién se había nombrado jefe?

Grande fue su decepción al saber que nada en absoluto había ocurrido, que los emigrantes habían marchado unos tras otros sin siquiera discutir la oportunidad de establecer un Gobierno cualquiera, y fue aún mayor al comprobar que su interlocutor, por quien sentía tanto respeto como reconocimiento parecía aprobar tan irrazonable conducta. Mostró al Kaw–djer un montón de tablas levantadas ordenadamente a lo largo del río.

–¿Y mi madera? –interrogó a modo de objeción–. ¿Cómo me las arreglaré para venderla?

–¿Por qué aquellos que no sacarán ningún provecho iban a encargarse de venderla en su lugar? –replicó el Kaw–djer–. Por otra parte, no siento la menor inquietud, porque estoy seguro de que sabrá salirse del paso por sí solo.

–Es posible –reconoció Germain Riviére–. Eso no impide que mi trabajo se aliviaría si mediante una pequeña contribución algunos se encargasen de satisfacer las necesidades generales de la colonia. La vida no será fácil si no se establece un poco la división del trabajo, si cada uno no piensa más que en sí mismo y se encuentra, por el contrario, en la obligación de procurarse a sí mismo todo lo que necesita. En mi opinión, un intercambio de servicios recíprocos haría más apacible la existencia.

–¿Tantas necesidades tiene, pues? –preguntó sonriendo el Kaw–djer.

Pero Germain Riviére parecía inquieto y preocupado.

–Es natural –dijo– que cada uno quiera obtener la recompensa de su trabajo. Si la isla Hoste no me la puede ofrecer, si continúa así, desprovista de recursos, la abandonaré –¡y no seré el único!– cuando haya ahorrado lo necesario para vivir en un país más agradable. Para lograrlo, sabré salirme del paso, como usted dice, y otros sabrán evidentemente arreglárselas tan bien como yo. Pero aquellos que no sean capaces, se quedarán en la estacada.

–Es usted ambicioso, señor Riviére –exclamó el Kaw–djer.

–Si no lo fuera, no me afanaría tanto –respondió Germain Riviére.

–¿Y es útil afanarse tanto?

–Muy útil. Sin el esfuerzo de todos nosotros el mundo estaría aún en los primeros tiempos, el progreso no sería más que una palabra.

–Un progreso que se obtiene sólo a beneficio de unos pocos –dijo amargamente el Kaw–djer.

–Los más valientes y los más prudentes.

–Y en detrimento de la mayoría.

–.Los más perezosos y los más cobardes. Estos son siempre los que fracasan. Bien gobernados, serán tal vez miserables. Confiados a sí mismos, morirán por su miseria.

–Y sin embargo, ¡no son necesarias tantas cosas para vivir!

–Demasiadas incluso, si se es débil o enfermizo, o estúpido. Los que están en este caso, siempre tendrán amos. A falta de leyes, benignas después de todo, tendrán que sufrir la tiranía de los más fuertes.

El Kaw–djer movió la cabeza poco convencido. Ya conocía aquella cantinela. La imperfección humana, la desigualdad natural son las excusas eternamente invocadas para justificar la coacción y la opresión, mientras así se crean por otro lado y con la pretensión de atenuarlos, unos males que en estado natural no son de ningún modo ineludibles.

Sin embargo, se sentía turbado. El recuerdo de la conducta de Lewis Dorick y su banda a lo largo de la invernada, su desvergonzada explotación de los emigrantes más débiles, daban una fuerza singular a lo que decía aquel hombre cuyo carácter reconocía ser digno de aprecio.

Idéntica fue la impresión que recibió en casa de los vecinos de Germain Riviére. Los Gimelli y los Ivanoff habían sembrado varias hectáreas de trigo candeal y de centeno. Los brotes jóvenes reverdecían ya la tierra y anunciaban una magnífica cosecha para el mes de febrero. Los Gordon, por el contrario, se hallaban menos adelantados. Sus vastas praderas, cuidadosamente cercadas con barreras, aún estaban más o menos desiertas. Pero tenían la certeza de un próximo incremento en el número de sus animales. Llegado ese día, tendrían leche y mantequilla en abundancia, como tenían ya los huevos.

El Kaw–djer en el intervalo de sus cazas, Halg y Karroly en el intervalo de su pesca, dedicaron algunos días a cultivar un pequeño jardín en torno a su vivienda, con el fin de asegurar por completo sus medios de existencia sin depender de nadie.

La suya era una vida animada. Cierto es que no disfrutaban de las comodidades que puede uno encontrar tan fácilmente en las

comarcas de civilización más avanzada. Pero pensando en el precio que se paga por ellas, el Kaw–djer no echaba de menos aquellas comodidades. No deseaba más de lo que tenía en aquellos momentos, y así se consideraba feliz.

Ocurría lo mismo con sus dos compañeros que, a excepción de la Tierra de Magallanes, jamás habían conocido otros horizontes. Karroly no había soñado jamás con una existencia tan apacible, y para Halg, la perfecta felicidad consistía en pasar cerca de Graziella todos los instantes que no dedicaba al trabajo.

La familia Ceroni, instalada igualmente en una casa abandonada por los primeros ocupantes, comenzaba a reponerse de los dramas que la habían trastornado durante tanto tiempo y cuya era parecía definitivamente cerrada. Lazzaro Ceroni había dejado, en efecto, de emborracharse, por la simple y perentoria razón de que ya no quedaba una sola gota de alcohol en toda la isla Hoste. Se veía, pues, obligado a permanecer tranquilo, pero su salud parecía gravemente comprometida por los últimos excesos a los que se había entregado. Casi siempre sentado delante de su casa, se calentaba al sol, mirándose los pies tristemente, agitadas sus manos por un continuo temblor.

Tullia, con su presencia inalterable y su dulzura, había tratado en vano de combatir aquel sopor que la llenaba de inquietud. Todos sus esfuerzos habían fracasado y tenía puestas todas sus esperanzas en una continuación de costumbres que por la fuerza de las cosas se habían vuelto más conformes a la higiene.

Por el contrario, Halg, que razonaba distintamente de la desgraciada mujer, encontraba la existencia infinitamente más agradable desde el comienzo de aquel período de paz. Por otra parte, como todo lo refería a Graziella, los sucesos parecían tomar para él un cariz favorable. No sólo Lazzaro Ceroni, cuya hostilidad había temido durante largo tiempo, ya no intervenía para nada, sino que además el más temible de sus rivales, el irlandés Patterson, se había retirado definitivamente de la lid. Ya no se le veía. Ya no importunaba más con su presencia a Graziella y a su ma-


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

dre. Sin duda, había comprendido que el estado de su aliado le quitaba toda esperanza.

Había uno, por el contrario, que no se rendía. Sirk se hacía cada día más audaz. Con Graziella, llegaba a la amenaza directa y empezaba a atacar, aunque con mucha más prudencia, al propio Halg. Hacia finales del mes de diciembre, el joven, al cruzarse con el triste personaje, le oyó proferir unas palabras insultantes que se dirigían a él sin lunar a dudas. Algunos días después, se dirigía a la orilla derecha del río cuando, partiendo del abrigo de una casa, una piedra lanzada con violencia pasó a algunos centímetros de su rostro.

Imbuido de las ideas del Kaw–djer, Halg, que había reconocido al autor de aquella agresión, no trató de vengarse. No contestó tampoco, durante los días siguientes, a las incesantes provocaciones de su adversario. Pero Sirk, envalentonado por la impunidad, no debía tardar en agotar su paciencia, obligándole a defenderse.

Si la inacción no afectaba a Lazzaro Ceroni, salvado de la modorra por su embrutecimiento, no ocurría lo mismo con los demás obreros, sus compañeros. Aquéllos no sabían en qué emplear su tiempo, y por otra parte, los más prudentes no dejaban de sentir algunas inquietudes de cara al futuro. Haberse quedado en la isla Hoste estaba muy bien. Pero aún había que arreglárselas para vivir en aquel lugar. Después de destruir, había que construir[14]. En verdad, en aquellos momentos no carecían de nada, pero ¿qué ocurriría cuando se agotaran las provisiones?

Casi todos se las ingeniaban, tanto para evitar futuros peligros como para defenderse del aburrimiento inmediato. Realizando un sueño largo tiempo acariciado, algunos se habían convertido de

[14] En el original, aprés avoir taillé, il faut coudre, frase extraída de unas palabras dirigidas por una reina de Francia a su hijo después de la batalla: Bien taillé, mon fils, maintenant il faut recoudre. Tailler equivale a destrozar al enemigo o a un país, y coudre significa coser, en este caso, construir después de destrozar

modo improvisado en empresarios, cada uno según su profesión. Por encima de las puertas se veían letreros anunciando que la casa albergaba un cerrajero, un albañil, un carpintero, incluso un zapatero o un sastre. Desgraciadamente, a estos industriales les faltaba clientela. Además, aun cuando sus tiendas estuvieran muy concurridas, ¿qué habrían hecho con el dinero ganado? Les hubiera sido imposible emplearlo en algo, y en particular, cambiarlo por productos alimenticios, cuya utilidad en las circunstancias presentes, prevalecía sobre la de cualquier otro objeto.

Por esto, los más astutos eran aquellos que, renunciando a ejercer su profesión, limitaban su talento a buscar simplemente su comida. Como la caza les estuviera vedada por falta de armas de fuego y el cultivo por el absoluto desconocimiento de la tierra, su única esperanza era la pesca. Así pues, pescaban, siguiendo en esto el ejemplo dado por algunos colonos.

Además del Kaw–djer y sus dos compañeros, Hartlepool y los cuatro marineros del Jonathan se habían dedicado, en efecto, a la pesca desde los primeros días. Los cinco habían emprendido la construcción de una chalupa del mismo tamaño que la Wel–Kiej y esperando a que se terminara, surcaban el mar en ligeras piraguas rápidamente construidas a la moda fueguina.

Hartlepool y sus compañeros, al igual que el Kaw–djer, conservaban en sal los pescados no utilizados en el consumo del día. De esta forma se aseguraban, al menos, contra el riesgo de morir de hambre.

Seducidos por su éxito, algunos emigrantes obreros consiguieron, con la ayuda de los carpinteros, fabricar dos pequeñas embarcaciones, y lanzaron a su vez cañas de pescar y redes.

Pero pescar es un oficio como cualquier otro. Quien quiera ejercerlo con fruto, debe haberlo aprendido con la práctica. Los aficionados pasaron por esa dura experiencia. Mientras las redes de Karroly y su hijo, de Hartlepool y sus cuatro marineros reventaban bajo el peso de los peces, la mayoría de las veces ellos recogían las suyas vacías. Para constituirse una reserva, no podían confiar demasiado en aquel medio. Lo máximo que conseguían

era variar alguna vez su comida cotidiana. Se daba incluso el caso de que ni siquiera alcanzaran aquel modesto resultado y que, volviesen con las manos vacías, por emplear esta expresión ya consagrada.

Un día en que sus esfuerzos habían corrido esa suerte, el bote de aquellos aprendices de pescadores se cruzó con la Wel–Kiej, que regresaba al fondeadero guiada por Halg y Karroly. Sobre el puente de la chalupa se veían, bien distribuidos y ordenados, unos cerca de otros, una veintena de pescados, algunos de buen tamaño. Aquella visión excitó la codicia de los desgraciados pescadores.

–¡Eh, indio...! –llamó uno de los obreros que formaban la tripulación del bote.

Karroly dejó avanzar...

–¿Qué quieres? –preguntó cuando la Wel–Kiej se hubo acercado.

–¿No os da vergüenza volver con semejante cargamento para vosotros solos, mientras unos pobres diablos se ven obligados a apretarse el cinturón? –preguntó bromeando este mismo obrero.

Karroly se puso a reír. Estaba demasiado imbuido por los principios altruistas del Kaw–djer para dudar de la respuesta. Lo que era suyo, era de los demás. Nada más natural que compartir, cuando se tiene más de lo necesario, con el que nada posee.

–¡Coge...! –dijo.

–¡Tira...!

La mitad del pescado, lanzada al vuelo, pasó de la Wel–Kiej al bote.

–¡Gracias, compañero...! –gritaron a la vez los obreros volviendo a los remos.

Aunque había reconocido a Sirk entre los que pedían, Halg no se había opuesto a aquel acto de generosidad. Sirk no estaba solo, y además, no se debe negar nada a nadie, aunque sea un enemigo, mientras se pueda obrar de otro modo. El discípulo del Kaw–djer hacía honor, como se ve, a su maestro.

Mientras una parte de los colonos se esforzaba en emplear así su tiempo, otros vivían en la más completa ociosidad. Para unos, tal abandono de sí mismos no tenía nada de anormal. ¿Qué hubieran podido hacer Fritz Gross y John Rame, reducido el primero a una verdadera chochez por el abuso de bebidas alcohólicas, y el segundo tan ignorante como un niño de las realidades de la vida?

Kennedy y Sirdey no tenían estas excusas, y sin embargo, dlos tampoco trabajaban. Fiándose de su experiencia del invierno anterior, se habían quedado en la isla Hoste con la perspectiva de vivir en la ociosidad a expensas de otros, y con el firme propósito de que los acontecimientos no les desmintieran. Por el momento, todo transcurría conforme a sus deseos. No pedían más, y dejaban correr el tiempo sin inquietarse por el futuro.

Desocupados estaban igualmente Dorick y Beauval. Mal preparados por sus anteriores ocupaciones para las condiciones tan especiales de su vida presente, ambos se encontraban muy desorientados. En una isla virgen, en medio de una naturaleza ruda y salvaje, los conocimientos de un antiguo abogado y de un ex profesor de literatura y de historia constituyen una ayuda bien pobre.

Ni el uno ni el otro habían previsto lo que había ocurrido. El éxodo, lógico sin embargo, de la gran mayoría de sus compañeros, les había cogido por sorpresa como una catástrofe y desbarataba sus proyectos, bastante confusos por lo demás. Aquel éxodo costaba a Dorick su clientela de miedosos, a Beauval un público, es decir, aquel conjunto de seres que los políticos de profesión designan a veces con el gracioso nombre de «materia electoral», sin tener conciencia del cinismo involuntario de la expresión.

Tras dos meses de desaliento, Beauval empezó sin embargo a recobrarse. Si le había faltado espíritu de decisión, si las cosas, escapando a su dirección, se habían arreglado por sí solas sin que él tuviese que intervenir, aquello no significaba que todo estuviera perdido. Lo que no se había hecho, podía hacerse aún. Despreo-

cupados los hostelianos de la necesidad de un jefe, la plaza seguía libre. Sólo quedaba cogerla.

La penuria de electores no era un obstáculo para el éxito. Al contrario, la campaña sería más fácil de llevar a cabo entre aquella población dispersa. En cuanto a los otros colonos, no había por qué preocuparse de su opinión. Diseminados por toda la isla, sin ningún lazo de unión entre ellos, no podían ponerse de acuerdo en vistas a una acción común. Si más adelante volvían al campamento, sólo sería en pequeños grupos y éstos, aislados, encontrando allí un Gobierno en funciones, se verían obligados a inclinarse ante los hechos consumados.

Apenas formado aquel proyecto, Beauval trató de apresurar su realización. Le bastaron algunos días para comprobar que allí existían en estado latente tres partidos, además de los neutros y de los indiferentes: uno del que se podía considerar jefe por derecho propio, un segundo inclinado a seguir las sugerencias de Lewis Dorick, y el tercero que recibía la influencia del Kaw–djer. Tras un maduro examen, aquellos tres partidos le parecieron disponer de fuerzas sensiblemente iguales.

Establecido esto, Beauval empezó la campaña, y su arrastradora elocuencia tuvo pronto el efecto de ganar media docena de voces a su favor. Procedió inmediatamente a un simulacro de elección. Fueron necesarios dos turnos de escrutinio a causa de las abstenciones, cuyo alto número se explicaba por el estado general de ignorancia respecto al acontecimiento que se estaba llevando a cabo. Finalmente, unas treinta personas dieron el voto a su favor.

Elegido con aquel escamoteo y tomándose en serio su elección, Beauval ya no tenía que inquietarse por el futuro. No valdría la pena ser el jefe si aquel título no le daba el derecho de vivir a expensas de los electores.

Pero otros problemas le abrumaron. El más corriente sentido común le decía que el primer deber de un gobernador es gobernar. Ahora bien, aquello no le parecía, en la práctica, tan fácil como se había imaginado hasta el momento.

Indudablemente, Lewis Dorick, en su lugar, se hubiera sentido menos preocupado. La escuela comunista, de la que se declaraba partidario, es simplista. Es evidente que su fórmula «Todo en común», cualquiera que sea la opinión que se tenga respecto a sus consecuencias morales y materiales, tendría al menos una fácil aplicación, sea imponiéndola por leyes rigurosas que se pueden imaginar sin demasiada dificultad, sea que los interesados se presten fácilmente a ellas. Y realmente, los hostelianos no hubieran hecho tan mal, quizás, en probar la experiencia. En número restringido, aislados del resto del mundo, se hallaban en las mejores condiciones para llevarla a buen fin; en aquella situación especial, y en virtud de la fórmula comunista, tal vez hubieran conseguido asegurarse lo estrictamente necesario y realizar la igualdad perfecta, teniendo que proceder desde luego a la nivelación, no por la elevación de los humildes, sino rebajando a los más grandes.

Desgraciadamente, Ferdinand Beauval no propagaba el comunismo sino el colectivismo, cuya organización, si bien no estaba, probablemente, por encima de las fuerzas humanas, necesitaría por lo menos un mecanismo infinitamente más complicado y más delicado.

Esta doctrina, por otra parte, ¿sería realizable? Nadie lo sabe. Si el movimiento socialista, afirmado durante la segunda mitad del siglo XIX; no ha sido inútil, si ha dado ese resultado benefactor de excitar la piedad general llamando la atención sobre la miseria humana, de orientar los espíritus hacia la búsqueda de medios propios para atenuarla, de suscitar iniciativas generosas y de crear leyes, algunas de ellas no malas, este resultado sólo se ha podido obtener conservando intacto el orden social que pretendía destruir. Si ha encontrado un terreno sólido en la crítica, desgraciadamente demasiado fácil, de lo que existe, el socialismo ha mostrado siempre una extraña impotencia en la elaboración de un plan de reconstitución. Todos aquellos que se han enfrentado con esta segunda parte del problema sólo han concebido proyectos de una espantosa puerilidad.

El aspecto negativo de la situación de Ferdinand Beauval era precisamente que no tenía nada que criticar ni que destruir, puesto que nada existía en la isla Hoste, y que se veía, pues, en la necesidad de construir. En este aspecto, faltaban los precedentes.

El socialismo no es, en efecto, una ciencia escrita. No forma un cuerpo de doctrina completa. Es un destructor, no crea. Beauval, obligado por consiguiente a inventar, comprobaba lo muy difícil que es improvisar por completo cualquier orden social y comprendía que, si los hombres han ido a tientas hacia un perpetuo devenir, contentándose con hacer su vida soportable por medio de transacciones recíprocas, ha sido porque no han podido hacerlo de otro modo.

Sin embargo, tenía un hilo conductor. No existe escuela socialista que no reclame la supresión de la competencia por la socialización de los medios de producción. Este mínimo de reivindicaciones es común a todas las sectas y es, en particular, el credo de los colectivistas. Beauval sólo tenía que atenerse a él.

Por desgracia, si semejante principio parece tener al menos una razón de ser en una sociedad antigua, en la que el esfuerzo secular ha acumulado unos organismos de producción complicados y potentes, nada semejante existía en la isla Hoste. Los verdaderos instrumentos de producción eran los brazos y el valor de los colonos, ¡a menos que, transformando entonces el colectivismo en puro y simple comunismo, se quisieran considerar como tales los instrumentos para arar, los bosques, los campos y las praderas! Beauval estaba por esta razón sumido en una cruel perplejidad.

Mientras daba vueltas una y otra vez a aquellos graves problemas, su elección tenía curiosas consecuencias. El campamento, tan desierto ya, se vaciaba aún más. La gente emigraba.

Harry Rhodes fue el primero de todos en dar ejemplo. Intranquilo por el cariz que tomaban los acontecimientos, atravesó el río el mismo día en que se vio realizada la ambición de Beauval. Transportada su casa por partes, la hizo reedificar en la orilla izquierda por algunos albañiles, que la hicieron más confortable y

más sólida, como antes lo habían hecho con la del Kaw–djer. Harry Rhodes, difiriendo en esto de su amigo, pagó equitativamente a los obreros y éstos quedaron muy satisfechos de recibir aquel salario y al mismo tiempo muy desconcertados por no saber qué hacer con él.

Otros siguieron el ejemplo de la familia Rhodes. Sucesivamente, Smith, Wright, Lawson, Fock, además de los dos carpinteros Hobart y Charley y otros dos obreros cruzaron el río y vinieron a establecer su vivienda en la orilla izquierda. Un poblado, rival al primero se creaba así alrededor del Kaw–djer en aquella orilla donde se habían establecido Hartlepool y cuatro de los marineros; poblado que, tres meses después de la proclamación de independencia, contaba ya con veintiún habitantes, entre los que había dos niños, Dick y Sand, y dos mujeres, Clary Rhodes y su madre.

La vida transcurría pacíficamente en aquel conato de pueblo, donde nada alteraba el buen entendimiento general. Fue necesario que Beauval atravesara el río para que naciera el primer incidente.

Aquel día, Halg sostenía una seria conversación con el Kaw–djer. En presencia de Harry Rhodes, solicitaba consejo respecto a la conducta a seguir con unos cuantos colonos de la otra orilla. Se trataba de aquellos torpes pescadores que, una primera vez, habían apelado a la generosidad de los dos fueguinos. Alentados por el éxito de su demanda, la habían renovado a intervalos cada vez más cortos y ahora, apenas pasaba un día en que Halg no viera caer en sus manos una parte de su pesca. Y eso, sin ningún pudor. Desde el momento en que se tenía la bondad de trabajar para ellos, juzgaban inútil hacer el menor esfuerzo. Se quedaban, pues, en tierra y esperaban tranquilamente la vuelta de la chalupa para reclamar, como algo debido, su parte del botín.

Halg comenzaba a irritarse ante tal desparpajo, y aún más puesto que su enemigo Sirk formaba parte de aquella banda de holgazanes. Antes de darles una negativa había querido, sin embargo, solicitar la opinión del Kaw–djer. Discípulo dócil, quería conformarse con el pensamiento del maestro.

Sentados él y sus amigos en la playa, ante el infinito del mar, les explicó los hechos con todo detalle. La respuesta del Kaw–djer fue clara.

–Mira este espacio inmenso, Halg –le dijo con serena suavidad–, y que él te enseñe una filosofía más amplia. ¡Qué locura! ¡Ser polvo impalpable perdido en un monstruoso universo, y agitarse por unos cuantos peces...! Los hombres sólo tienen un deber, hijo mío, que es al mismo tiempo, si quieren vencer y durar, una necesidad: amarse y ayudarse los unos a los otros. Aquellos de quien hablas, han faltado seguramente a este deber, pero ¿es ésta una razón suficiente para imitarlos? La regla es simple: asegurar primero tu propia subsistencia y luego, una vez cumplida esta condición, asegurar la del mayor número posible de tus semejantes. ¿Qué te importa que abusen? Tanto peor para ellos, no para ti.

Halg había escuchado con respeto aquella exposición de principios. Iba tal vez a responder cuando Zol, el perro, tumbado a los pies de los tres interlocutores, gruñó sordamente. Casi al mismo tiempo, una voz se elevó a algunos pasos detrás de ellos.

–¡Kaw–djer! –llamaban.

El Kaw–djer volvió la cabeza.

–¡Señor Beauval...! –dijo.

–El mismo... Tengo que hablarle, Kaw–djer.

–Le escucho.

Beauval, sin embargo, no habló en seguida. La verdad es que se sentía muy embarazado. Había, sin embargo, preparado su discurso, pero al encontrarse cara a cara con el Kaw–djer, cuya fría gravedad le intimidaba de un modo extraño, no pudo recordar sus pomposas frases y tomó conciencia de la enormidad, de la inconmensurable necedad de su gestión.

A fuerza de soñar con el principio fundamental de la doctrina socialista, Beauval había terminado por descubrir que existían en la isla Hoste «instrumentos de producción», a los que se podría acaso aplicar aquella doctrina. Las embarcaciones, y más que ninguna otra la Wel–Kiej, ¿no eran acaso instrumentos de produc-

ción? ¿No lo era acaso aquel fusil del Kaw–djer, que yacía precisamente ante él sobre la arena? Aquel único fusil excitaba notablemente la codicia de Beauval. ¡Qué superioridad aseguraba a su propietario! Entonces, ¿no era lo más natural, lo más legítimo, que aquella superioridad fuera asegurada al gobernador, es decir, a aquel que personificaba el interés colectivo?

–Kaw–djer –dijo por fin Beauval–, usted sabrá, o quizá no lo sepa, que yo fui elegido, hace algún tiempo, gobernador de la isla Hoste.

El Kaw–djer, sonriendo irónicamente, sólo respondió con un gesto de indiferencia.

–Me ha parecido evidente –continuó Beauval- que el primero de mis deberes en las presentes circunstancias era poner al servicio de la colectividad las ventajas particulares que pueden encontrarse en posesión de algunos de sus miembros.

Beauval hizo una pausa, esperando una aprobación. Como el Kaw–djer persistía en su silencio, Beauval prosiguió:

–En lo que a usted concierne, Kaw–djer, usted posee, y es el único, un fusil y una chalupa. Este fusil es la única arma de fuego de la colonia, esta chalupa es la única embarcación seria que permite emprender un viaje de cierta duración...

–Y usted desearía apropiarse de ellos –concluyó el Kaw–djer.

–Protesto contra esta palabra –exclamó Beauval con un gesto de reunión pública–. Elegido con un programa colectivista, me limito a aplicarlo. Mi gestión no se dirige a nada que se asemeje a una expoliación. No se trata de confiscar, sino de socializar los instrumentos de producción, lo que es muy diferente.

–Venga a cogerlos –dijo tranquilamente el Kaw-djer.

Beauval retrocedió un paso. Zol emitió un gruñido de mal augurio.

–¿Debo entender –preguntó– que rehúsa conformarse con las decisiones de la autoridad regular de la colonia?

Una llama de cólera alumbró los ojos del Kaw–djer. Recogiendo su fusil, se levantó. Luego, golpeando con la culata contra el suelo, dijo:



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–Esta comedia ya ha durado demasiado –recalcó duramente–. He dicho: venga a cogerlos.

Excitado por la actitud de su amo, Zol enseñó los dientes. Beauval, intimidado tanto por aquella manifestación hostil como por el tono resuelto y la hercúlea corpulencia de su interlocutor, creyó preferible no insistir. Prudentemente, se batió en retirada, mascullando confusas palabras cuyo significado general era que el caso se sometería al Consejo, el cual tomaría las medidas correspondientes.

Sin escucharlo, el Kaw–djer le había dado la espalda y dejaba vagar de nuevo su mirada sobre el mar. Sin embargo, el incidente implicaba una lección, y Harry Rhodes quiso ponerla en evidencia.

–¿Qué piensa usted de la gestión de Beauval? –preguntó.

–¿Qué quiere que piense? –respondió el Kaw-djer–. ¿Qué pueden importarme las andanzas de ese fantoche?

–Fantoche, de acuerdo –respondió Harry Rhodes–. Pero gobernador al mismo tiempo.

–Nombrado por sí mismo, entonces, ya que no hay ni sesenta colonos en el campamento.

–Basta un voto cuando nadie saca más.

El Kaw–djer se encogió de hombros.

–Le pido disculpas anticipadamente por lo que le voy a decir –continuó Harry Rhodes–, pero en realidad, ¿no siente usted algún arrepentimiento; aún diría más, algunos remordimientos? Usted. De entre todos los colonos, sólo usted tiene experiencia de este país, en el que vive desde hace largos años y cuyos recursos y peligros conoce; sólo usted tiene la inteligencia, la energía y la autoridad necesarias para imponerse a esta población ignorante y débil. Y usted se ha comportado como un espectador indiferente e inerte. En vez de aunar las buenas voluntades diseminadas aquí y allá, ha dejado que todos esos desgraciados se dispersen sin método y sin ningún lazo de unión. Le guste o no, usted es el responsable de todas las desgracias que les esperan.

–¡Responsable...! –protestó el Kaw–djer–. Pero ¿qué deber me incumbía, que yo no haya cumplido?

–La asistencia que el fuerte debe al débil.

–¿No la he prestado, acaso? ¿No he salvado el Jonathan? ¿Puede alguien negar que yo le haya negado ayuda o consejo?

–Había que hacer aún más –afirmó Harry Rhodes con energía–. Todo hombre superior tiene, lo quiera o no, almas a su cargo. Había que dirigir los acontecimientos en vez de someterse a ellos; defender contra sí mismo a este pueblo desarmado y guiarlo.

–¡Robándole su libertad! –interrumpió amargamente el Kaw–djer.

–¿Por qué no? –replicó Harry Rhodes–. Si la persuasión es suficiente para los buenos, existen hombres que sólo ceden ante la coacción: ante la ley que ordena, ante la fuerza que obliga.

–¡Jamás! –exclamó el Kaw–djer con violencia.

Tras una pausa, continuó con una voz más calmada:

–Terminemos ya con este asunto. De una vez por todas, amigo mío sepa que soy enemigo irreconciliable de todo Gobierno, sea cual sea. Mi vida entera la he dedicado a reflexionar sobre este problema y creo que no existe circunstancia en la que se tenga derecho a atentar contra la libertad del prójimo. Toda ley, prescripción o prohibición, dictada en vistas a un llamado interés de la masa, en detrimento de los individuos, es un engaño. Que por el contrario, el individuo se desarrolle en la plenitud de su libertad, y la masa gozará entonces de una felicidad total conseguida gracias a la unión de todas las felicidades particulares. He sacrificado –¡y no digo hasta qué punto!– mucho más de lo que hubiera podido sacrificar la mayoría de los hombres a esta convicción, base de mi vida, y, ya que no estaba en mi poder, por grande que fuera, hacerla triunfar en las sociedades podridas del Viejo Mundo, vine aquí, a la Tierra de Magallanes, para vivir y morir libre en una tierra libre. Mis convicciones no han cambiado desde entonces. Sé que la libertad tiene sus inconvenientes, pero estos mismos se atenuarán con la práctica y, en todo caso, siem-

pre serán mínimos respecto a los de las leyes que tienen la loca pretensión de suprimirlos. Los acontecimientos de los últimos meses me han entristecido. Pero mis ideas no han cambiado. Era, soy y seré de aquellos que son catalogados bajo el nombre infamante de «anarquistas». Como ellos, mi lema es: «Ni Dios ni patrón.» Que esto quede claro entre nosotros de una vez por todas y que no se vuelva a hablar jamás de este tema.

Así pues, si la experiencia había quebrantado sus creencias, el Kaw–djer no quería reconocerlo. Lejos de abandonar nada, se asía a ellas como aquel que se ahoga, se agarra a un manojo de hierba, aunque conozca su fragilidad, al fallarle cualquier otro apoyo.

Harry Rhodes había escuchado con atención aquella profesión de fe, pronunciada en un tono de firmeza que no admitía réplica. Por toda respuesta, suspiró tristemente.

# Capítulo VIII
# Halg y Sirk

El Kaw–djer situaba la libertad por encima de todos los bienes de este mundo; ponía tanta atención en respetar la ajena como celo en salvaguardar la suya propia, y, sin embargo, era tanta la autoridad que emanaba de su persona, que se le obedecía como al más déspota de los jefes. En vano evitaba pronunciar una palabra que se asemejara a una orden; el menor de sus consejos era tenido como tal y casi todos se conformaban a ellos con docilidad.

El hecho de que se hubiesen construido casas en la orilla izquierda del río, era debido a que él ya se encontraba allí. Inquietos por la anarquía inicial de la colonia y más inquietos aún por la apariencia de Gobierno que se había hecho con el poder, se habían refugiado instintivamente en torno a un hombre cuya fuerza física, amplitud intelectual y elevación moral se imponían.

Cuanto más de cerca se trataba al Kaw–djer, más se sentía su influencia. Hartlepool y sus cuatro marineros lo tenían deliberadamente como su jefe, y en Harry Rhodes, más capacitado para penetrar en los secretos motivos de sus actos, la abnegación tomaba tales proporciones que llegaba a merecer el nombre de amistad.

Para Halg y Karroly, aquella devoción se convertía en verdadero fetichismo. El Kaw–djer recibía de ellos un mentís a su fórmula exclusiva acerca de toda divinidad, pues era un dios para sus dos compañeros; el padre, cuya vida material había transformado; el hijo, cuya vida psíquica había creado y a quien había sacado del

estado de semianimalidad en que vegetan los poblados fueguinos. La menor de sus palabras era una ley para ellos y poseía ante sus ojos el carácter de una verdad revelada.

No es de extrañar, pues, que Halg, a pesar de su viva repugnancia a dejarse explotar por un enemigo, doblegase su conducta a las máximas de aquel a quien consideraba como su amo. Sirk y sus acólitos pudieron dar impunemente muestras de un creciente cinismo que Halg, en tanto que se realizaron las condiciones precisadas por el Kaw–djer, no se creyó en derecho a rehusarles el producto de su pesca, a pesar de su rabia interior.

Pero sucedió por fin que las reglas dictadas por aquél condujeron, lógicamente, a condiciones diferentes. Ser un hábil pescador, haber crecido sobre el agua desde los primeros años, no es una garantía contra un fracaso eventual. Halg vivió un día esa experiencia. Aquel día; por más que lanzaran cañas y redes, y registraran el mar en todos los sentidos, tuvo que contentarse, cansado ya, con una única pieza de mediocre tamaño.

En compañía de otros cuatro colonos, Sirk, reposando blandamente en la playa, esperaba su regreso como de costumbre. Cuando la Wel–Kiej hubo echado el ancla, los cinco hombres se levantaron y avanzaron al encuentro de Halg.

–Hoy hemos tenido la negra otra vez, camarada –dijo uno de los emigrantes–. Felizmente, ¡aquí estás tú! Si no, tendríamos que apretarnos el cinturón.

Los pedigüeños no forzaban su imaginación. Cada día, su demanda se formulaba en términos casi idénticos, y cada día, Halg respondía brevemente: «A vuestro servicio.» Pero aquella vez, la respuesta fue diferente.

–Imposible, hoy –replicó Halg.

Los solicitantes se sorprendieron enormemente.

–¿Imposible? –repitió uno de ellos.

–Vedlo vosotros mismos –dijo Halg–. Un solo pez y no muy grande, esto es todo lo que traigo.

–Nos contentaremos –afirmó un emigrante que se dignó en poner al mal tiempo buena cara.

–¿Y yo? objetó Halg.

–¡Tú! –exclamaron cinco voces, que expresaron al unísono la más profunda sorpresa.

¡En verdad, no le faltaba aplomo a aquel joven salvaje! ¿Creía ser alguien frente a aquellos cinco «civilizados» que le hacían el honor de requerir su tributo?

–¡Eh!, ¡di, tú, cara sucia –exclamó uno de los colonos– tienes un modo de entender la fraternidad...! ¿Así que tendrías el descaro de negarnos tu mezquino pescado?

Halg guardó silencio. Respaldándose en los principios enunciados por el Kaw–djer, estaba seguro de su legítimo derecho. «Asegurar primero la propia subsistencia, luego... «Primero», había dicho el Kaw–djer. Siendo aquel único pescado evidentemente insuficiente para la cena de la noche, encontraba así un fundamento para negarse al reparto.

–¡Anda, ésta sí que se las trae! –exclamó el obrero, indignado ante lo que consideraba como la prueba del más chocante egoísmo.

–Menos frases –intervino Sirk con un tono provocador–. Si ese morenote nos niega su pescado, ¡cojámoslo!

Y luego, volviéndose hacia Halg, dijo:

–¿A la una?, ¿a las dos...?, ¿a las tres...?

Halg, sin responder, se puso a la defensiva.

–¡Adelante, muchachos! –ordenó Sirk.

Asaltado por cinco hombres a la vez, Halg fue derribado. El pescado le fue arrebatado.

–¡Kaw–djer...! –llamó al caer.

A esta llamada, el Kaw–djer y Karroly salieron de la casa. Vieron a Halg sosteniendo aquella desigual batalla y corrieron en su ayuda.

Los agresores no esperaron su intervención. Pusieron los pies en polvorosa y atravesaron de nuevo el río, llevándose el pescado conquistado por la fuerza. Halg se puso en pie, un poco maltrecho, pero por suerte, sin heridas.

–¿Qué te ha ocurrido? –preguntó el Kaw–djer. Halg le explicó el incidente, mientras el Kaw–djer le escuchaba con el ceño fruncido. Se trataba de una nueva prueba de la maldad humana, que venía a minar sus teorías optimistas. ¿Cuántas se necesitarían antes de que se rindiera, antes de que consintiese en ver al hombre tal como es?

Por muy lejos que llevase su altruismo, no pudo dejar de dar razón a su discípulo, cuyo legítimo derecho se imponía de modo tan evidente. Como máximo, se arriesgó a dar a entender que la importancia del litigio no justificaba semejante defensa. Pero Halg, esta vez, no se dejó convencer.

–No es por el pescado –exclamó, todavía acalorado por la lucha–. ¡No puedo, sin embargo, ser el esclavo de esa gente!

–Evidentemente, evidentemente –reconoció el Kaw–djer en tono conciliador.

Sí, también existía eso, el amor propio, para sembrar la discordia entre los hombres. No es sólo la satisfacción de sus necesidades materiales la que causa las batallas. Tienen necesidades morales igualmente imperiosas, más imperiosas quizás, y a la cabeza de todas, está el orgullo, que tanto ha contribuido a ensangrentar la faz de la tierra. ¿Tenía derecho el Kaw–djer a negar la furiosa violencia del orgullo, él, cuya indómita alma jamás había podido sufrir la coacción?

Sin embargo, Halg continuó dando libre curso a su cólera.

–¡Yo! –decía–, ¡ceder a Sirk...!

¡Y encima de eso, nuestras pasiones para amar, unos contra otros, a aquellos que el Kaw–djer se obstinaba en considerar como hermanos!

Este no recogió el grito de protesta del .joven indio. Calmando a Halg con un gesto, se alejó silenciosamente.

Pero no renunciaba a defender su sueño contra la evidencia de los hechos. Mientras caminaba, iba pensando, y aún encontraba excusas para los agresores. Que aquéllos fuesen culpables, no había duda alguna, pero aquella pobre gente, triste producto de la atroz civilización de aquel Viejo Mundo, no podía conocer

otros argumentos que la fuerza cuando lo que se ponía en juego era su misma vida.

Ahora bien, ¿no se, encontraban en una situación de este tipo? Fuesen cuales fuesen su ligereza y su imprevisión, debían sentirse terriblemente desconcertados por la creciente penuria de víveres, puesto que su mayor parte había sido llevada hacia el interior. Como ninguna aportación venía a renovar el stock, se podía fijar el día en que serían totalmente agotados. Y si esto era así, ¿qué más natural que aquellos desgraciados quisieran retrasar por todos los medios posibles el inevitable vencimiento del plazo, y que obedeciesen al instinto primordial de todo organismo viviente, que tiende a retrasar «por fas y nefas» el término de la destrucción necesaria?

¿Se habían dado cuenta Sirk y sus acólitos del estado de los recursos de la colonia, o bien habían cedido simplemente a la brutalidad de su naturaleza? Fuera lo que fuese, los temores del Kaw–djer no eran en vano. Había que estar ciego para no ver que el más temible de los peligros, el hambre, amenazaba a la naciente colonia. ¿Qué ocurría en el interior de la isla? Se ignoraba. Pero aun en el mejor de los casos, no sería antes del próximo verano que la abundancia de la cosecha permitiría transportar una parte de ésta a la costa. Quedaba, pues, todo un año de espera, mientras apenas quedaban víveres para dos meses.

En la orilla izquierda, la situación era menos desfavorable. Allí, bajo la influencia del Kaw–djer, se había procedido desde el principio al racionamiento y se las ingeniaban para economizar la reserva, es decir, aumentarla gracias a la jardinería y a la pesca. Por el contrario, era notable la indiferencia de los sesenta emigrantes de la orilla derecha. ¿Qué ocurriría con esos desgraciados? ¿Iban a repetir acaso, a trescientos años de distancia, la espantosa tragedia de un nuevo Puerto del Hambre?

Razones había para temerlo y la aventura amenazaba realmente con terminar así, cuando una oportunidad de salvación se ofreció a los imprevisores colonos.

Chile no había olvidado su promesa de acudir en ayuda de la nación naciente. Hacia mediados de febrero, un barco en el que ondeaba el pabellón chileno fondeó en medio del campamento. Aquel barco, el Ribarto, transporte de velas de siete a ochocientas toneladas, a las órdenes del comandante José Fuentes, traía a la isla Hoste víveres, semillas, animales de granja e instrumentos para arar, cargamento del mayor valor y cuya naturaleza aseguraba el éxito de los colonos si se empleaba juiciosamente Una vez echada el ancla, el comandante Fuentes se hizo conducir a tierra para ponerse en contacto con el gobernador de la isla. Habiéndose presentado audazmente Ferdinand Beauval como tal en su justo derecho, por otro lado, puesto que nadie, aparte de él, reivindicaba aquel título se procedió en el acto a la descarga del Ribarto.

Mientras se realizaba aquel trabajo, el comandante Fuentes se ocupó de otra misión que le había sido encargada.

–Señor gobernador –dijo a Beauval–, mi Gobierno cree saber que un personaje conocido con el nombre de Kaw–djer se ha instalado en la isla Hoste. ¿Es exacto este hecho?

Habiendo respondido Beauval afirmativamente, el comandante continuó:

–Entonces, nuestros informes no nos han engañado. ¿Podría preguntarle qué clase de hombre es ese Kaw–djer?

–Un revolucionario –respondió Beauval, con un candor del que ni siquiera él mismo era consciente.

–¡Un revolucionario...! ¿Qué entiende usted por esa palabra, señor gobernador?

–Para mí, como para todo el mundo –explicó Beauval–; un revolucionario es un hombre que se rebela contra las leyes y rechaza someterse a las autoridades regularmente instituidas.

–¿El Kaw–djer le ha creado, pues, dificultades?

–Me causa problemas –dijo Beauval, dándose importancia–. Es lo que se llama una cabeza dura. Pero yo lo meteré en cintura –afirmó enérgicamente.

El comandante del barco chileno parecía muy interesado. Tras un instante de reflexión, preguntó:

–¿Sería posible ver a ese Kaw–djer, en el que mi gobierno ha fijado su atención en varias ocasiones?

–Nada más fácil –respondió Beauval–. ¡Y mire! Precisamente, viene hacia aquí.

Diciendo esto, Beauval mostraba con la mano al Kaw–djer atravesando el río por el puentecillo. El comandante fue a su encuentro.

–Una palabra, señor, por favor –dijo levantando ligeramente su gorra con galones.

El Kaw–djer se detuvo.

–Le escucho –respondió en el más puro español.

Pero el comandante no habló inmediatamente. Los ojos fijos, la boca entreabierta, miraba de hito en hito al Kaw–djer, con una estupefacción que no intentaba disimular.

–¿Y bien? –dijo éste con impaciencia.

–Discúlpeme –dijo por fin el comandante–. Viéndole, me ha parecido reconocerle, como si ya nos hubiéramos encontrado antes.

–Es poco probable –replicó el Kaw–djer, cuyos labios esbozaron una sonrisa irónica.

–Sin embargo...

El comandante se interrumpió y, golpeándose la frente, dijo:

–¡Ya está...! –exclamó–. Tiene usted razón. No le he visto jamás, en efecto. Pero se parece usted a un retrato que se difundió en millones de ejemplares, hasta tal punto que me parece imposible que ese retrato no sea el suyo.

A medida que iba hablando, una especie de respetuosa confusión ensordecía progresivamente la voz y modificaba la actitud del comandante. Cuando se calló, tenía su gorra en la mano.

–Se equivoca, señor –dijo fríamente el Kaw-djer.

–Juraría, sin embargo...

–¿A qué época se remontaría el retrato en cuestión? –interrumpió el Kaw–djer.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–A una decena de años, aproximadamente.

El Kaw–djer no dudó en desfigurar un poco la verdad.

–Hace más de veinte años –replicó– que abandoné lo que usted llama el mundo. Ese retrato no era mío. Por otra parte, ¿podría usted reconocerme? Hace veinte años, yo era joven. ¡Y ahora...!

–¿Qué edad tiene usted, pues? –preguntó atolondradamente el comandante.

No dejándole tiempo su curiosidad para reflexionar, sobreexcitada por el extraño misterio que presentía y que creía a punto de dilucidar, se le había escapado la pregunta. Apenas la hubo formulado, comprendió su incorrección.

–¿Le he preguntado yo la suya? –le respondió fríamente el Kaw–djer.

El comandante se mordió los labios.

–Presumo –continuó el Kaw–djer– que no ha venido usted a mi encuentro para hablar de fotografías. Vayamos a los hechos, se lo ruego.

–¡Sea! –consintió el comandante.

Con un gesto seco, se puso de nuevo su gorro con galones.

–Mi Gobierno –dijo adoptando de nuevo el tono oficial– me ha encargado averiguar cuáles son sus intenciones.

–¿Mis intenciones...? –repitió sorprendido el Kaw–djer–. ¿Respecto a qué?

–Respecto a su residencia.

–¿Qué le importa?

–Le importa mucho.

–¡Bah...!

–Así es. Mi Gobierno no ignora su influencia sobre los indígenas del archipiélago, y no ha dejado de considerar muy seriamente esa influencia.

–¡Demasiado amable...! –dijo irónicamente el Kaw–djer.

–Mientras la Tierra de Magallanes permaneció res nullius –continuó el comandante–, sólo había que estar a la expectativa. Pero la situación ha cambiado de aspecto desde el reparto. Tras la

la situación ha cambiado de aspecto desde el reparto. Tras la anexión...

–La expoliación –rectificó el Kaw–djer entre dientes.

–¿Cómo dice...?

–Nada. Continúe, se lo ruego.

–Tras la anexión –continuó el comandante–, mi Gobierno, deseoso de asentar sólidamente su autoridad en el archipiélago, ha tenido que preguntarse qué actitud convenía adoptar respecto a su persona. Esta actitud dependerá forzosamente de la de usted. Mi misión consiste, pues, en informarme de sus proyectos. Le traigo un tratado de alianza...

–¿O una declaración de guerra?

–Precisamente. Su influencia, que no ponemos en duda, ¿va a sernos hostil o la pondrá usted al servicio de nuestra obra de civilización? ¿Será usted nuestro aliado o nuestro adversario? Le toca a usted decidir.

–Ni lo uno ni lo otro –dijo el Kaw–djer–. Un indiferente.

El comandante movió la cabeza con aire de duda.

–Dada su particular situación en el archipiélago –dijo–, la neutralidad me parece de difícil aplicación.

–Muy fácil, por el contrario –replicó el Kaw–djer–, por la excelente razón de que he abandonado la Tierra de Magallanes con la intención de no volver jamás.

–¿Ha abandonado...? Aquí, sin embargo...

–Aquí, estoy en la isla Hoste, tierra libre, estoy resuelto a no volver más a aquella parte del archipiélago que ya no lo es.

–¿Piensa, por consiguiente, quedarse en la isla Hoste?

El Kaw–djer afirmó con un gesto.

–Esto simplifica las cosas, en efecto –dijo el comandante con satisfacción–. ¿Puedo volver con la seguridad de que no estará usted en contra de mi Gobierno?

–Dígale a su Gobierno que yo lo ignoro –respondió el Kaw–djer. Levantó su gorro y continuó su camino.

Por un momento, el comandante le siguió con la mirada. A pesar de la afirmación de su interlocutor, no estaba convencido

de que el parecido que había creído descubrir fuera imaginario, y en aquel parecido debía de haber, de una manera o de otra, algo extraordinario para afectarlo tan profundamente.

–Es extraño –murmuró a media voz mientras, sin volver la cabeza, el Kaw–djer se alejaba a paso tranquilo.

El comandante ya no volvió a tener la oportunidad de verificar el justo fundamento de sus sospechas, ya que el Kaw–djer no se prestó a una segunda entrevista.

Como si hubiese temido dar pie a cualquier investigación sobre su vida pasada, desapareció toda la noche de aquel mismo día y partió para una de sus acostumbradas correrías a través de la isla.

El comandante tuvo, pues, que limitarse a desembarcar el cargamento de su barco, trabajo que se llevó a cabo en una semana.

Aparte del cargamento enviado generosamente por Chile en común provecho de la nueva colonia, el Ribarto traía igualmente toda una pacotilla por cuenta particular de uno de los colonos, y éste no era sino Harry Rhodes.

Incapaz de dedicarse a los trabajos agrícolas, para los que su educación no le había preparado en absoluto, Harry Rhodes había tenido la idea de transformarse en un comerciante de importación. Por esta razón, en el momento de la proclamación de independencia, cuando ya podía permitirse prever un feliz destino para la naciente nación, había encargado al comandante del aviso que le mandase aquella pacotilla cuando se le ofreciese la ocasión. Habiendo cumplido fielmente esta misión, el Ribarto transportaba por cuenta y orden de Harry Rhodes una infinidad de objetos diversos, de mediocre importancia si se tomaban aisladamente, pero teniendo todos la característica de ser objetos de primera necesidad. Hilo, agujas, alfileres, cerillas, zapatos, ropa, plumas, lápices, papel de cartas, tabaco otros mil objetos constituían aquella pacotilla, verdadero surtido de bazar.

El proyecto de Harry Rhodes era sin duda de los más razonables; su elección, de las más juiciosas. Sin embargo, al paso que

iban las cosas, era de temer que su surtido no tuviese salida. Nada indicaba que una corriente de transacción tuviera que establecerse alguna vez entre los hostelianos, quienes, en ausencia de toda regla común que encauzara, limitara y solidarizara los egoísmos individuales, no eran más que un agregado fortuito de solitarios.

Harry Rhodes, a juzgar por el cariz de los acontecimientos, consideró tan probable el fracaso de su empresa a partir de aquel momento, que estuvo tentado de dejar su pacotilla en el Ribarto, de embarcarse él mismo a bordo de éste y de abandonar un país del que no parecía posible esperar nada.

Pero ¿dónde hubiera ido cargado con aquellas heteróclitas mercancías, tan raras en una región casi salvaje, y que perderían su valor en aquellas regiones en las que abundan? Hechas todas estas reflexiones, se resolvió a armarse de paciencia. No había por qué suponer que aquel barco fuese el último en llegar a aquellos parajes. Ya encontraría la ocasión de abandonar la isla Hoste si la situación no mejoraba.

Terminada la descarga del cargamento, el Ribarto levó anclas y se hizo a la mar. Varias horas más tarde, como si sólo hubiese estado esperando la partida del barco, el Kaw–djer volvió a la costa.

La existencia anterior volvió a empezar, unos trabajando su jardín o pescando, el Kaw–djer continuando con sus cazas, la mayoría no haciendo nada y dejándose vivir con una serenidad que el aumento del stock de provisiones justificaba en cierto modo. Reducida la población a menos de cien almas, comprendido el Bourg Neuf, nombre dado por consentimiento general a la aglomeración agrupada en torno al Kaw–djer, había víveres para dieciocho meses como mínimo. ¿Para qué inquietarse entonces?

En cuanto a Beauval, reinaba. A decir verdad, lo hacía a la manera de un rey holgazán, y si bien reinaba, no gobernaba. Por otra parte, las cosas estaban, a su juicio, muy bien así. Desde los primeros días de su nombramiento, había bautizado por decreto al campamento, el cual, elevado al rango de capital oficial de la

isla Hoste, llevaba desde entonces el nombre de Liberia; tras este esfuerzo, se había puesto a descansar.

El generoso don del Gobierno chileno le proporcionaba la ocasión de hacer un segundo acto de autoridad, cuyo importante objeto fue la organización de las diversiones de su pueblo. Bajo su orden, mientras la mitad de las bebidas alcohólicas traídas por el Ribarto se ponía en reserva, la otra mitad se distribuyó entre los colonos. El resultado de aquella esplendidez no se hizo esperar. Muchos perdieron inmediatamente la razón, y Lazzaro Ceroni más que ninguno. Tullia y su hija tuvieron así que sufrir de nuevo abominables escenas, cuyos estallidos se perdieron en el estruendo de la kermesse que, por segunda vez, sacudía todo el campamento.

Se bebía. Se jugaba. También se bailaba al son del violín de Fritz Gross, resucitado por el alcohol. Los más sobrios formaban un corro en torno al genial músico. El mismo Kaw–djer no desdeñó cruzar el río, atraído por aquellos maravillosos cantos, más maravillosos aún por ser únicos en aquellas lejanas regiones. Algunos habitantes del Bourg Neuf le acompañaban entonces: Harry Rhodes y su mujer, quienes disfrutaban enormemente con el encanto de aquella música; Halg y Karroly, para los que ésta era una verdadera revelación y que lo miraban literalmente boquiabiertos de admiración. En cuanto a Dick y Sand, no faltaban a ninguna audición y se precipitaban hacia la orilla derecha en cuanto el violín se hacía oír.

A decir verdad, Dick sólo iba a buscar una nueva ocasión de juego. Saltaba y bailaba hasta perder el aliento, respetando más o menos el compás. Pero no ocurría lo mismo con su compañero. Como en las precedentes audiciones, Sand se situaba en primera fila y allí, agrandados los ojos, la boca entreabierta, estremecido por una profunda emoción, escuchaba con todas sus fuerzas sin perder una nota, hasta el momento en que la última se desvanecía en el espacio.

Su actitud de recogimiento acabó por llamar la atención del Kaw–djer.

–¿Así que te gusta la música, hijo mío? –le preguntó un día.

–¡Oh, señor...! –suspiró Sand. Y añadió extasiado–: ¡Tocar..., tocar el violín como el señor Gross...!

–¡Vaya...! –exclamó el Kaw–djer, divertido por el ardor del muchacho–, ¿tanto te gustaría...? ¡Bueno! Tal vez podamos satisfacerte.

Sand le miró, incrédulo.

–¿Por qué no? –continuó el Kaw–djer–. En cuanta surja la ocasión, me ocuparé de que se te traiga un violín.

–¿De verdad, señor...? –preguntó Sand, con los ojos brillantes de felicidad.

–Te lo prometo, hijo mío –afirmó el Kaw-djer–. Ahora bien, ¡tendrás que tener paciencia!

Sin llevar la pasión musical hasta el extremo del joven grumete, los otros emigrantes parecían encontrar gusto en aquellos conciertos. Era una distracción que interrumpía la monotonía de su existencia.

Aquel innegable éxito de Fritz Gross dio una idea a Ferdinand Beauval. Dos veces por semana regularmente, se descontó para el músico una ración de la reserva de licores, y dos veces por semana Liberia tuvo, por consiguiente, su concierto, siguiendo el ejemplo de tantas otras ciudades civilizadas.

El bautismo de la capital y la organización de sus diversiones bastaron para agotar las facultades de organización de Ferdinand Beauval. Por lo demás, tenía tendencia, al comprobar la satisfacción general, a admirarse complacientemente en su obra. Recuerdos clásicos venían a su memoria. Panem et circenses, pedían los romanos. ¿Y acaso él, Beauval, no había satisfecho aquella antigua reivindicación? El pan lo había asegurado el Ribarto, y las futuras cosechas harían el resto. Las diversiones las representaba el violín de Fritz Gross, en caso de admitir que no todo fuesen diversiones en aquel perpetuo farniente, en medio del cual transcurría la existencia de aquella fracción de la colonia que tenía la suerte de vivir bajo la autoridad del gobernador.

Pasó el mes de febrero, y luego el mes de marzo, sin que el optimismo de éste disminuyera. Es verdad que algunas discusiones e incluso algunas riñas turbaban alguna que otra vez la paz de Liberia. Pero éstos eran incidentes sin importancia, respecto a los cuales Beauval creía muy político cerrar los ojos.

Los últimos días del mes de marzo trajeron, por desgracia, el fin de su tranquilidad. El primer incidente que vino a perturbarla, y que fue como el preludio de las dramáticas peripecias que no iban a tardar en desarrollarse, no tenía en sí mismo ninguna importancia. Sólo se trataba de un altercado, pero a Beauval no le pareció que aquel altercado, por su carácter y sus consecuencias, tuviera que comportar una solución pacífica y juzgó necesario salir de su hábil retraimiento. Funesta idea, y su intervención tuvo un resultado que no se esperaba en absoluto.

Halg fue, a pesar suyo, el héroe de aquel incidente.

Tras la desigual batalla que se había visto obligado a sostener contra Sirk y los cuatro emigrantes que acompañaban a éste, habían transcurrido varias semanas sin que hubiera vuelto a ver a su rival. Probablemente por miedo a una intervención más eficaz del Kaw–djer, sus agresores habían dejado de pretender desde entonces el producto de su pesca. Por otra parte, la llegada del Ribarto puso pronto de acuerdo a todo el mundo. ¿Qué importaban unos cuantos pescados más o, menos, ahora que las provisiones se habían vuelto tan abundantes que se podían considerar, con razón, inagotables?

Desgraciadamente, el cargamento del Ribarto no estaba formado sólo por productos alimenticios. El barco contenía también una cierta cantidad de alcohol y, habiendo cometido Beauval la imprudencia de distribuirlo, el pernicioso brebaje había traído inmediatamente problemas al campamento.

En casa de los Ceroni, las cosas tomaron un cariz particularmente desagradable. Los incesantes dramas que producía la embriaguez de Lazzaro Ceroni tuvieron por consecuencia acentuar la aversión que Sirk y Halg sentían el uno por el otro. Mientras el segundo se erigía en defensor de Tullia y de su hija, el primero

parecía estimular el vicio de aquel miserable esposo y padre indigno. Aquella actitud de Sirk llenaba de cólera el corazón del joven indio, que no podía perdonar a su rival las lágrimas de Graziella.

La consumición total del alcohol distribuido no devolvió la calma. Gracias a su intimidad con Ferdinand Beauval, Sirk, tomando por su cuenta el método de Patterson, consiguió renovar la provisión de Lazzaro Ceroni, esperando lograr así su benevolencia.

El procedimiento, que había triunfado ya una primera vez, triunfaba de nuevo. El borracho ayudaba abiertamente a aquel que favorecía su deplorable pasión, y se declaraba su aliado. Pronto sólo se dirigió a Sirk tratándole de yerno, jurando que sabría quebrar la resistencia de Graziella.

La joven evitaba poner a Halg al corriente de aquella violencia que se le hacía y contra la que tenía que luchar, pero éste la adivinaba en parte y, consciente del juego de Sirk, su odio crecía de día en día

Así estaban las cosas, cuando en la mañana del veintinueve de marzo, Halg, en el momento en que acababa de cruzar el puente para alcanzar la orilla derecha, vio, a cien metros más allá, a Graziella, que con el cabello en desorden corría sin aliento, como si huyese de algún temible peligro.

Huía, en efecto, y de un temible peligro, pues a cincuenta pasos detrás de ella, Sirk la perseguía con toda la velocidad de sus piernas.

–¡Halg...! ¡Halg...! ¡A mí! –llamó Graziella en cuanto vio al joven indio.

Este, lanzándose en su ayuda, cortó el paso a su perseguidor.

Pero Sirk desdeñaba a tan insignificante adversario. Después de detenerse un momento, tomó de nuevo impulso, y emitiendo a medias una risa sarcástica, se precipitó para embestir.

Los hechos le demostraron pronto su presunción. Aunque Halg era joven, debía a su vida salvaje una habilidad de mono y unos músculos de acero. Cuando el enemigo estuvo a su alcance,

sus dos brazos salieron disparados como muelles y sus dos puños le alcanzaron a la vez en la cara y en el pecho. Sirk cayó, maltrecho.

Los jóvenes se apresuraron a batirse en retirada y a buscar refugio en la orilla derecha, perseguidos por las vociferaciones del vencido, quien, habiendo recobrado penosamente el aliento, los cubría con las más espantosas amenazas.

Sin responderle, Halg y Graziella fueron directamente al encuentro del Kaw–djer, a quien la joven se acercó suplicante.

La existencia se había hecho intolerable para ella en la otra orilla. Mientras había podido, había escondido sus desgracias, pero éstas llegaban ahora a un punto en que era mejor contarlo todo. Aquella misma mañana, Sirk se había envalentonado hasta llegar a la violencia. La había maltratado y golpeado, a pesar de la intervención de la impotente Tullia, mientras Lazzaro Ceroni –¡cosa espantosa de decir!– parecía, por el contrario, darle ánimos. Graziella había conseguido por fin emprender la huida, pero quién sabe cuál hubiera sido el fin de la aventura si Halg no hubiera precipitado el desenlace.

El Kaw–djer había escuchado aquel relato con su calma habitual.

–Y ahora –preguntó–, ¿qué piensa usted hacer, hija mía?

–¡Quedarme cerca de usted...! –exclamó Graziella–. ¡Protéjame, se lo suplico!

–Cuente con ello –afirmó el Kaw–djer–. En cuanto a quedarse aquí, eso es asunto suyo; cada uno es dueño de sí mismo. Lo máximo que puedo permitirme es aconsejarle respecto a la elección de su vivienda. Si quiere usted hacerme caso, pida hospitalidad a la familia Rhodes, que se la dará, ciertamente, si yo se lo pido.

Aquella prudente solución no tropezó, en efecto, con ninguna dificultad. La fugitiva fue recibida con los brazos abiertos por la familia Rhodes, y especialmente por Clary, feliz de tener una compañera de su edad.

Una pena torturaba, sin embargo, el corazón de Graziella. ¿Qué iba a ocurrir con su madre en aquel infierno en que la había abandonado? El Kaw–djer la tranquilizó. En su momento, iría a invitar a Tullia a que se reuniera con su hija.

Digamos ante todo que iba a fracasar en su caritativa misión. Sin dejar de aprobar la partida de Graziella, felicitándose de saberla a salvo en la otra orilla bajo la protección de una honorable familia, Tullia se negó obstinadamente a abandonar a su marido. Cumpliría hasta el final la tarea que se había comprometido a cumplir. Aquella tarea era acompañar por el camino de la vida –aunque tuviera que sufrir e incluso morir– a aquel hombre que, masa inerte, dormía en aquel mismo momento, la mona de la primera borrachera del día.

Al volver con aquella respuesta, que por otra parte ya se esperaba, el Kaw–djer encontró junto a Graziella a Ferdinand Beauval, sosteniendo una discusión con Harry Rhodes que comenzaba a agriarse.

–¿Qué pasa? –preguntó el Kaw–djer.

–Pasa –contestó Harry Rhodes irritado–, que el señor se permite venir a mi propia casa a reclamar a Graziella, a quien pretende devolver a su delicioso padre.

–¿Y qué le importa al señor Beauval los asuntos de la familia Ceroni? –preguntó el Kaw–djer, en un tono en el que se presagiaba la tormenta.

–Todo lo que ocurre en la colonia importa al gobernador –explicó Beauval intentando elevarse, por su actitud y su tono, a la dignidad que convenía a aquella función.

–¿Y el gobernador...?

–Soy yo.

–¡Ah! ¡Ah...! –dijo el Kaw–djer.

–Me ha llegado una queja... –comenzó Beauval sin recoger la amenazadora ironía de la interrupción.

–¡De Sirk! –dijo Halg, que no ignoraba qué tratos existían entre los dos personajes.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–En absoluto –rectificó Beauval–. Del padre, del mismo Lazzaro Ceroni.

–¡Bah...! –objetó el Kaw–djer–. ¿Acaso Lazzaro Ceroni habla durmiendo...? Pues está durmiendo. En este momento, incluso está roncando.

–Sus ironías no impedirán que se haya cometido un crimen en el territorio de la colonia –replicó Beauval en un tono arrogante.

–¿Un crimen...? ¡Mire usted por donde...!

–Sí, un crimen. Una joven todavía menor de edad ha sido arrebatada a su familia. Tal acto se califica como crimen en la legislación de todos los países.

–¿Existen, pues, leyes en la isla Hoste? –preguntó el Kaw–djer, cuyos ojos, ante aquella palabra «ley», despedían inquietantes chispas–. ¿Y de quién, pues, emanan esas leyes?

–De mí –contestó Beauval con soberbia–, de mí, que represento a los colonos, y que, por este título, tengo derecho a la obediencia de todos.

–¿Cómo ha dicho usted...? –exclamó el Kaw–djer–. ¿Obediencia, creo...? Pardiez, he aquí mi respuesta. .En la isla Hoste, tierra libre, nadie debe obediencia a nadie. Libre, Graziella ha venido hasta aquí, y libre se quedará aquí si ésta es su voluntad...

–Pero... –intentó decir Beauval.

–No hay peros que valgan. Quien se atreva a hablar de obediencia, me encontrará contra él.

–Ya lo veremos –contestó Beauval–. La ley debe ser respetada, y aunque tuviera que recurrir a la fuerza...

–¡La fuerza...! –gritóél Kaw–djer–. ¡Intente, pues, emplearla! Mientras tanto, le aconsejo no agotar mi paciencia y volver a su capital, si no quiere que se le reconduzca allí demasiado de prisa.

El aspecto del Kaw–djer era tan poco tranquilizador que Beauval juzgó prudente no insistir más; se batió en retirada, seguido a veinte pasos por el Kaw–djer, Harry Rhodes, Hartlepool y Karroly.

Cuando se encontró a salvo en la otra orilla del río, se volvió hacia ellos amenazadoramente:

–¡Nos volveremos a ver! –gritó.

Por poco temible que fuera la cólera de Beauval, debía ser tenida en cuenta en cierto modo. El orgullo herido puede dar valor al más cobarde, y no era imposible que con la complicidad de sus clientes ordinarios, se arriesgara a dar un golpe de mano aprovechando la oscuridad de la noche.

Afortunadamente, era fácil evitar aquel peligro. Beauval, girándose de nuevo cien metros después, pudo ver a Hartlepool y Karroly levantando el tablero del puentecillo que unía las dos orillas. Y como toda la flotilla estaba anclada en la ensenada del Bourg Neuf, quedaban cortadas todas las comunicaciones con Liberia, con lo cual una sorpresa resultaba irrealizable.

Al comprender a qué trabajo se dedicaban sus adversarios, Beauval, furioso, les amenazó con el puño.

El Kaw–djer se contentó con encogerse de hombros, y una tras otra, las tablas del piso continuaron cayendo. Pronto, sólo quedaron los maderos que formaban los pilares, contra los cuales murmuraba el agua del río, separando desde aquel momento los dos campos enemigos.

Así, se mostraba una vez más la naturaleza combativa de los humanos. Al aceptar en su corazón la posibilidad de recurrir a la guerra, preludiándola al modo consagrado por la costumbre, esto es, por la ruptura de las relaciones diplomáticas, aquellos habitantes de dos grupos de casas perdidos en los confines del mundo habitable, demostraban que los ciudadanos de los grandes imperios no son los únicos en merecer el nombre de hombres.

# Capítulo IX
# El segundo invierno

Cuando el mes de abril trajo consigo el invierno, ningún nuevo suceso de importancia había venido a jalonar la vida angustiosa y monótona de los habitantes de Liberia. Mientras la temperatura fue clemente, se permitieron vivir sin preocuparse por el futuro, y las perturbaciones atmosféricas que acompañaban al equinoccio les sorprendieron en medio de sus sueños. Así fue como, a los primeros soplos de las borrascas invernales, Liberia pareció despoblarse. A1 igual que el año anterior, la gente se resguardó al abrigo de sus casas bien cerradas.

En Bourg Neuf, la existencia no era mucho más activa; los trabajos al aire libre, y sobretodo la pesca, se habían vuelto impracticables. Desde el comienzo del mal tiempo, los peces habían huido en el norte hacia las aguas menos frías del estrecho de Magallanes. Los pescadores dejaban, pues, ancladas sus inútiles embarcaciones. ¿Qué hubieran hecho, por otra parte, en medio de las aguas levantadas por el viento?

Tras la tempestad, vino la nieve. Luego, un rayo de sol que trajo el deshielo transformó el suelo en un pantano. Y de nuevo, la nieve.

En todo caso, aun cuando el tablero del puentecillo hubiera quedado en su sitio, las comunicaciones entre la capital y el arrabal se hubiesen hecho penosas y a Beauval le hubiera sido difícil llevar a o sus amenazas. Pero ¿acaso no las habría olvidado? Desde que lo habían expulsado tan severamente de la orilla izquierda, éstas habían quedado en letra muerta, y es que desde

entonces, más graves y más apremiantes problemas lo abrumaban; frente a los males, el recuerdo de la injuria recibida debía perder importancia.

Reducida a casi nada después de la proclamación de independencia, la población de Liberia tenía tendencia a aumentar. Aquella parte de los emigrantes que había partido hacia el interior de la isla y que, por un motivo o por otro no había tenido éxito en sus intentos de colonización, volvía hacia la costa ante la proximidad de la inclemente estación, trayendo consigo gérmenes de miseria y de disturbios que Beauval no había previsto.

Y no era que se viese amenazado personalmente. Tal como había supuesto, y con razón, aceptaban sin dificultad el hecho consumado. Al encontrarle elevado a la dignidad de gobernador, nadie manifestaba la menor sorpresa. Aquellas pobres gentes tenían desde su nacimiento la costumbre de ser los inferiores de todo el mundo, y nada les parecía más normal que ver a uno de sus semejantes atribuirse el derecho de regentarlos. Existen unas necesidades ineluctables contra las cuales sería una locura rebelarse. Que ellos fueran pequeños y que existieran los poderosos, que se les mandara y que ellos obedeciesen, esto entraba en el orden natural de las cosas.

Ahora bien, el poder del amo no dejaba de implicar unas obligaciones simétricas. Incumbía a aquel que se elevaba por encima de todos, asegurar la vida de todos. Para éstos, la humilde docilidad, pero a condición de que su pitanza les fuera asegurada. Para aquél, el brillo del poder, pero con la condición de que tomara todas las iniciativas, de que asumiese todas las responsabilidades, pues la muchedumbre, maleable mientras está satisfecha, sabrá hacerlas efectivas el día en que los vientres griten de hambre.

Pues bien, aquel aumento inesperado de bocas que alimentar tendía a hacer más próximo aquel plazo.

Fue el quince de abril que vieron volver al primero de aquellos emigrantes que se declaraban vencidos en su lucha contra la naturaleza. Apareció al caer de la tarde, arrastrando con él a su mujer y a sus cuatro hijos. ¡Triste caravana! La mujer, macilenta,

enflaquecida, vestida con una falda hecha jirones; los hijos, dos niñas y dos niños, de cinco años apenas el menor, se agarraban, casi desnudos, al vestido de su madre. Delante, el padre, de aspecto cansado y descorazonado, caminando solo.

La gente se acercó, solícita, a su alrededor. Les abrumaron con preguntas.

El hombre, con nuevos ánimos por encontrarse ánte otros hombres, contó brevemente su historia. Habiendo sido uno de los últimos en salir, había tenido que caminar largo tiempo antes de encontrar una tierra sin dueño. Tan sólo había llegado allí la segunda quincena de diciembre, y se había puesto inmediatamente manos a la obra. En primer lugar, había construido una vivienda. Muy mal provisto de herramientas, contando sólo con sus propias fuerzas, había tenido que esforzarse mucho para llevar a cabo su empresa, tanto más cuanto por su ignorancia de la construcción cometió varios errores que dieron lugar a un aumento en la duración del trabajo.

Habiéndose por fin terminado una burda cabaña tras seis semanas de esfuerzos ininterrumpidos, había emprendido la roturación de la tierra. Desgraciadamente, su mala estrella le había conducido a un terreno áspero y surcado por una inextricable red de raíces entre las que la azada y el azadón apenas podían abrirse paso. A pesar de su encarnizada labor, cuando el invierno hizo su aparición, la superficie preparada para sembrar era insignificante.

Viéndose así detenido todo intento de cultivo en un momento en que no se podía esperar aún la menor cosecha, y empezándole a faltar por otra parte los víveres, tuvo que resignarse a abandonar allí mismo los aperos de labranza y sus inútiles semillas, y volver a hacer en sentido inverso el largo camino emprendido meses antes con alegría. A lo largo de diez días, su familia y él se habían arrastrado a través de la isla, enterrándose debajo de la nieve durante las tormentas, andando con el barro hasta las rodillas cuando la temperatura se hacía más clemente, para llegar por fin a la costa, agotados, extenuados y hambrientos.

Beauval se preocupó de aliviar a aquella pobre gente. Gracias a su intervención, se les entregó una de aquellas casas desmontables, y se les distribuyó víveres, sobre los que se abalanzaron ávidamente. Hecho esto, consideró que el incidente se había resuelto de modo satisfactorio.

Los días siguientes vinieron a desengañarle. No pasaba ni un solo día sin que uno u otro de aquellos emigrantes que habían partido en primavera no regresaran a la costa, éstos solos, aquéllos trayendo consigo mujer e hijos, pero todos igualmente harapientos e igualmente hambrientos.

Algunas familias volvían menos numerosas que cuando partieron. ¿Dónde estaban los que faltaban? Muertos, sin duda. Y sin duda también la lamentable teoría de los supervivientes continuaba formando filas interminables a través de la isla, que acababan convergiendo en un mismo punto, Liberia, donde su flujo ininterrumpido no tardaría en plantear el más espantoso de los problemas.

Hacia el quince de junio, más de trescientos colonos habían venido a aumentar la población de la capital. Hasta entonces, Beauval se había bastado a sí mismo para esta tarea. Gracias a él, cada uno había encontrado refugio en casas desmontables donde se amontonaban como antes. Pero empezó a faltar sitio, y hubo que recurrir a las tiendas, puesto que algunas de aquellas casas habían sido transportadas a la orilla izquierda, donde formaban ya el Bourg Neuf; otras, con bastante imprevisión, habían sido destruidas; y el resto, reunidas en una más grande, formando lo que Beauval llamaba pomposamente su «palacio».

Pero la cuestión de los víveres prevalecía sobre todas las demás. Aquella multitud de bocas ávidas disminuía con rapidez las provisiones traídas por el Ribarto. Cuando ya todo el mundo pensaba tener la vida asegurada para un año o más, se dieron cuenta, por el giro que iban tomando las cosas, de que ni siquiera podrían llegar hasta la primavera. Beauval tuvo la sensatez de comprenderlo, y haciendo por fin acto de su autoridad; dictó un decreto por el que racionaba duramente a la creciente población.

Se vio desbordado. Nadie hizo ningún caso de un decreto que no iba acompañado de sanción. Para hacerlo respetar, le fue forzoso reclutar a una veintena de voluntarios de entre sus más fervientes partidarios, que montaron guardia en torno a las provisiones, como ya en el pasado la había montado la tripulación del Jonathan. Aquella medida produjo algunos comentarios en voz baja, pero Beauval fue obedecido.

Este creía haber acabado ya con las dificultades de la situación, o al menos, haber retrasado los malos días todo lo humanamente posible, cuando nuevas catástrofes se desencadenaron sobre Liberia.

Todos aquellos vencidos que refluían hacia el mar, volvían moralmente deprimidos, debilitados físicamente, tanto por el clima como por las privaciones y la fatiga del camino. Lo que debía ocurrir, ocurrió. Se declaró una violenta epidemia. La enfermedad y la muerte causaron estragos entre aquella población debilitada.

La magnitud de su infortunio volvió el pensamiento de aquellos desgraciados hacia el Kaw–djer. Hasta mediados del mes de junio, no se sintieron inquietos por su ausencia. Los favores pasados se olvidan tan fácilmente que uno no piensa que pueda volver a necesitarlos en el futuro. Pero la miseria a que se hallaban reducidos les hizo pensar en aquel que tantas veces les había socorrido. ¿Por qué les abandonaba en aquella hora en que tantos males les abrumaban? Fuesen cuales fuesen los motivos de la escisión ocurrida entre el campamento principal y su anexo, ¡qué leves les parecían aquellos motivos en comparación con sus sufrimientos! Y poco a poco, más numerosas de día en día, las miradas se volvieron hacia el Bourg Neuf, cuyos tejados afloraban sobre la nieve en la otra orilla.

Retenido en casa por una espesa bruma, el Kaw–djer se encontraba un día –era entonces el diez de junio– empleando su tiempo en reparar una de sus camisas de piel de guanaco, cuando creyó oír una voz que le llamaba a lo lejos. Aguzó el oído. Un momento más tarde, una nueva llamada llegaba hasta él.

El Kaw–djer apareció en el umbral de su casa.

Aquel día hacía un tiempo de deshielo. Bajo la influencia de una húmeda brisa del oeste, la nieve se había fundido. Ante él se extendía un lago de barro, sobre el cual erraban vapores, en forma de brumas abajo y de nubes más arriba, que unas tras otras, vertían verdaderas cataratas sobre el suelo empapado. Impotente para atravesar la niebla, la vista no distinguía riada a cien pasos. Más allá, todo desaparecía en un misterio. No se veía ni el mar, que, resguardado por la costa, golpeaba la orilla con olas perezosas y como lánguidas por la tristeza general de las cosas.

–¡Kaw–djer...! –llamó una voz entre la bruma.

Casi ahogada por la lejanía, aquella voz, procedente de la orilla del río, llegaba hasta el Kaw–djer como una queja.

Este apresuró el paso, y pronto alcanzó la orilla. ¡Lamentable espectáculo! En la otra ribera, separado de él por un rápido que la destrucción del puente hacía infranqueable, un centenar de hombres se arrastraban. ¿Hombres? Más bien espectros, aquellos seres descarnados y harapientos. En cuanto vieron a aquel que encarnaba su esperanza, se enderezaron a la vez, y con un mismo movimiento, tendieron hacia él sus brazos suplicantes.

–¡Kaw–djer...! –llamaban al unísono–. ¡Kaw-djer...!

Aquel a quien pedían socorro de este modo se estremeció con todo su ser. ¿Qué catástrofe se había, pues, abatido sobre Liberia para que sus habitantes se vieran reducidos a tan espantosa indigencia?

El Kaw–djer, animando con un gesto a aquellos desgraciados, fue a buscar ayuda. En menos de una hora, Halg, Hartlepool y Karroly restablecieron el tablero del puentecillo y pasó a la orilla derecha. Al instante, un corro de rostros ansiosos le rodeó. Su aspecto hubiera conmovido el corazón más duro. ¡Cómo ardía la fiebre en aquellos ojos hundidos! Pero ahora, una especie de alegría los iluminaba. El bienhechor, el salvador estaba allí. Y aquellos pobres miserables rodeaban al Kaw–djer, se apretaban contra él, tocaban sus vestidos, mientras sus contraídas gargantas emitían como risas de confianza y de alegría.

Emocionado, el Kaw–djer miraba, escuchaba en silencio. Le referían su miseria. Estos, llegados allí por su propio pie, le explicaban el mal que les atenazaba; aquellos imploraban la salvación de sus seres queridos, mujer o hijos, que agonizaban en aquel mismo instante en Liberia.

El Kaw–djer prestó oído con paciencia a aquellas quejas, pues sabía que una bondad compasiva es el más poderoso de los remedios, y luego les respondió colectivamente. Cada uno debía volver a su casa. El iría a ver a todo el mundo. Nadie sería olvidado.

Le obedecieron con diligencia. Dóciles como niños pequeños, todos tomaron el camino del campamento.

Confortándolos, sosteniéndolos con la palabra y con el gesto, encontrando para cada uno la palabra necesaria, el Kaw–djer los acompañó y se introdujo con ellos en las viviendas dispersas. ¡Qué cambio desde que las habían edificado! Todo denunciaba el desorden y el abandono. Había bastado un año para transformar en casas vetustas aquellas frágiles construcciones que ya se desmoronaban. Algunas parecían deshabitadas. La mayoría, en todo caso, estaban cerradas, y nada, a excepción de los montones de inmundicia que las rodeaban, revelaba que estuviesen habitadas. Sin. embargo, en el umbral de las puertas aparecían unos pocos colonos, en cuyos rostros una sombría expresión mostraba el agobia, fastidio y el desaliento.

El Kaw–djer pasó ante el «palacio» del gobernador, en el que Beauval entreabrió una ventana para seguirlo con la mirada. Por otra parte, éste no dio ningún otro signo de vida. Fuese cual fuese su rencor, comprendía que no era aquél el momento de satisfacerlo. Nadie hubiese tolerado un acto de hostilidad contra aquél de quien se esperaba la salvación.

Y además, Beauval, en su fuero interno, no estaba lejos de alegrarse por aquella intervención del Kaw–djer. Gobernar es agradable y fácil cuando a días felices suceden días felices. Pero la cosa era muy diferente ahora, y al jefe de un pueblo de moribundos no le podía parecer mal que otro le ayudase benévolamente


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

en el peso de la autoridad que se había hecho sumamente pesada, pero que él, in petto, se reservaba volver a conquistar íntegramente cuando los hados fuesen favorables.

Nadie se opuso, pues, a que el Kaw–djer cumpliese con su caritativa misión, y su abnegada obra no encontró ningún obstáculo. ¡Qué vida la suya a partir de aquel día! Desde las primeras horas de la mañana, cayesen o no muelas de molino, cruzaba el río y pasaba del Bourg Neuf a Liberia. Allí, hasta que se hacía de noche, iba de casa en casa, se inclinaba sobre los sórdidos camastros, respiraba los alientos cargados de fiebre y distribuía sin cansarse cuidados médicos y palabras de esperanza y de consolación. Por más que la muerte golpeara encarnizadamente, no por eso disminuía su clientela de desgraciados. Nuevos emigrantes llegados continuamente del interior venían a ocupar los vacíos. Iban llegando sin cesar, en un estado de agotamiento tanto más acentuado cuanto que habían resistido más tiempo.

Fuesen cuales fuesen su ciencia y su abnegación, el Kaw–djer no llegaba a dominar la fatalidad de las cosas. En vano luchaba a brazo partido contra la ávida tumba: las defunciones se multiplicaban en la diezmada Liberia.

Vivía en medio del dolor. Mujeres y maridos separados para siempre, madres llorando por sus hijos muertos; en torno a él, un mundo de gemidos y lágrimas. Nada podía agotar su valor. Cuando el médico tenía que declararse vencido, el papel del consolador comenzaba.

También a veces, y eso, era más triste quizás, nadie tenía necesidad de su consuelo, y el difunto, solitario hasta en la muerte, no dejaba tras sí a nadie que le llorara. Entre aquellos emigrantes, residuos dispersados por las olas de la vida, aquello no resultaba nada extraño.

Una de aquellas mañanas, cuando llegó al campamento, fue llamado junto a una masa informe, de donde se elevaba un estertor. En efecto, aquella masa informe a fuerza de ser enorme, era un hombre al que el destino había catalogado bajo el nombre de Fritz Gross en la lista infinita de los que pasan por la tierra.

Un cuarto de hora antes, en el momento en que al salir del sueño se exponía al frío del exterior, el músico había caído fulminado. Habían tenido que cogerlo entre diez para arrastrarlo al rincón en que agonizaba. Ante aquel rostro violáceo y aquella respiración corta y ronca del enfermo, el Kaw–djer diagnosticó una congestión pulmonar, y un breve examen le convenció de que ninguna medicación podría detenerla en aquel mecanismo destrozado por el alcohol.

Los hechos vinieron a confirmar su pronóstico. Cuando volvió, Fritz Gross no pertenecía a este mundo. Su corpachón ya frío yacía en el suelo, agarrotado por la inmovilidad eterna, y cerrados ya sus ojos a las cosas de aquí abajo.

Pero una particularidad llamó la atención del Kaw–djer. Un instante de lucidez había pasado, sin duda, por la mente del difunto durante la agonía, dándole, en el tiempo que brilla una chispa, la conciencia del genio que iba a perecer con él y tal vez, también, del mal uso que había hecho de éste.

Antes de expirar, había pensado en decir adiós a la única cosa que había amado en la tierra. Tanteando, había buscado su violín, a fin de poder estrecharlo en el momento de la gran partida, el maravilloso instrumento que reposaba ahora sobre su corazón, abandonado por la mano desfalleciente que allí lo había depositado.

El Kaw–djer cogió aquel violín de donde se habían escapado tantos cantos divinos y que desde aquel instante ya no pertenecía a nadie; luego, a su vuelta al Bourg Neuf, se dirigió hacia la casa ocupada por Hartlepool y los dos grumetes.

–¡Sand...! –llamó, abriendo la puerta.

El niño acudió.

–Te había prometido un violín, hijo mío –dijo el Kaw–djer–. Helo aquí.

Sand, pálido de sorpresa y alegría, cogió el instrumento con manos temblorosas.

–¡Y es un violín que sabe de música! –añadió el Kaw–djer–, porque es el de Fritz Gross.

–Entonces... –balbució Sand–, el señor Gross... quiere...

–Ha muerto –explicó el Kaw–djer.

–Total, un borracho menos –declaró fríamente Hartlepool.

Tal fue la oración fúnebre de Fritz Gross.

Varios días después, otra baja, la de Lazzaro Ceroni, afectó más directamente al Kaw–djer. La desaparición del padre de Graziella sólo podía contribuir a la realización de los sueños de Halg. Tullia pidió su ayuda cuando ya era demasiado tarde para intervenir con alguna posibilidad de éxito. En su ignorancia, había dejado que la enfermedad se desarrollara libremente, sin concebir inquietudes más vivas de lo acostumbrado. Para ella fue un verdadero golpe saber que aquel a quien había sacrificado todo estaba perdido irremisiblemente.

Por otra parte, aun cuando la intervención del Kaw–djer hubiera sido menos tardía, hubiera sido igualmente ineficaz. El mal de Lazzaro Ceroni era de aquellos que no perdonan. Justa consecuencia de su larga intemperancia, la tisis galopante iba a acabar con él en ocho días.

Cuando todo hubo terminado, cuando el muerto fue devuelto a la tierra, el Kaw–djer no abandonó a la desgraciada Tullia. Postrada, abatida, parecía a su vez al borde de la tumba. Años y años en medio de los más crueles dolores, ella había vivido sólo para amar; amar, a pesar de todo, a aquel que la abandonaba en mitad del calvario de la vida. Roto ahora el resorte que la había sostenido hasta el momento; se sentía hundida, cansada por su inútil esfuerzo. El Kaw–djer condujo a la pobre mujer al Bourg Neuf, al lado de Graziella. Si existía un remedio capaz de curar aquel corazón desgarrado, el amor maternal realizaría ese milagro.

Inerte, medio inconsciente, Tullia se dejó conducir, y cargada con sus humildes riquezas, abandonó dócilmente su casa.

En aquel estado de profundo aniquilamiento, ¿cómo hubiera podido ver a Sirk, en el momento en que alcanzaba el puentecillo que unía las dos orillas?

El Kaw–djer tampoco lo vio. Ignorantes de aquella casualidad, los dos pasaron en silencio.

Pero él, Sirk, los había visto, y se había detenido allí mismo, pálido el rostro por un súbito furor. Muerto Lazzaro Ceroni, refugiada Graziella en el Bourg Neuf, y yendo Tullia a instalarse allí a su vez, comprendía la ruina definitiva de sus proyectos tan tenazmente perseguidos. Durante largo tiempo, siguió con la mirada a aquel hombre y aquella mujer que se alejaban el uno junto al otro. Si el Kaw-djer se hubiera girado, hubiera sorprendido aquella mirada, y quizás, a pesar de su valor, hubiera conocido entonces el miedo.

# Capítulo X
# Sangre

El desfile de los que acudían a refugiarse a Liberia, fue interminable. Fueron llegando cada día durante todo el invierno. La isla Hoste parecía un almacén inagotable y con razón se habría dicho que producía más miserables de los que había recibido. Fue a principios de julio cuando la afluencia alcanzó su punto culminante, luego fue disminuyendo día tras día para cesar definitivamente el 29 de setiembre.

Aun aquel mismo día vieron descender desde las alturas a un emigrante y cómo se arrastraba con mucho esfuerzo hasta el campamento. Se encontraba en un estado lamentable: semidesnudo y con una delgadez esquelética. Se desplomó al llegar a las primeras casas.

Semejante aventura era demasiado corriente para que la gente se conmoviera excesivamente. Se levantó al desgraciado, se le reconfortó y no se ocuparon más de él.

A partir de ese momento, la fuente se secó. ¿Qué se podía deducir de aquello? ¿Que aquellos de quienes no se habían tenido noticias habían corrido mejor suerte o bien que habían muerto?

Más de setecientos cincuenta colonos habían regresado entonces a la costa y la mayor parte, en el sumo grado de degradación física y abatimiento moral. Aquellos organismos debilitados ofrecían a las enfermedades el mejor de los terrenos y el Kaw–djer se agotaba luchando contra ellas. A medida que avanzaba el invierno, las defunciones se multiplicaban. Era una

auténtica hecatombe. Hombres, mujeres y niños, jóvenes y viejos, la muerte los atacaba indistintamente a todos.

Pero por más que suprimiera tantas bocas voraces, faltaba mucho para que las provisiones del Ribarto resultaran suficientes. Cuando Beauval se decidió, aunque ya demasiado tarde, a racionar a su gente, no podía prever que su número aumentaría en semejantes proporciones; en el momento en que se dio cuenta de su error y quiso repararlo, ya no había tiempo para ello. El mal estaba hecho. El 25 de setiembre, el almacén de provisiones distribuyó las últimas galletas y la multitud aterrorizada vio alzarse el horrible espectro del hambre.

La muerte por hambre, el hambre que desgarra las entrañas, el hambre que corroe, tuerce y retuerce, esa era la muerte de la que cruelmente, lentamente ¡tan lentamente! iban a morir los náufragos del Jonathan.

Su primera víctima fue Blaker. Murió al tercer día con atroces sufrimientos a pesar de los cuidados del Kaw–djer a quien avisaron demasiado tarde. Aquella vez éste no tenía derecho alguno para recriminar a Patterson, víctima también del hambre y que sufría la suerte de todos.

¿De qué vivirían los colonos en los próximos días? ¿Quién podría decirlo? Quienes habían tenido la prudencia de guardar reservas de víveres, las empezaron. Pero ¿y los demás...?

El Kaw–djer no sabía por dónde empezar en aquel siniestro período. No sólo tenía que acudir a la cabecera de todos los enfermos, sino que también debía ayudar a los hambrientos. Le suplicaban, se colgaban de su ropa, las madres le tendían a sus hijos. Vivía en medio de un terrible concierto de imprecaciones, ruegos y quejas. Nadie le imploraba en vano. Distribuía generosamente las provisiones acumuladas en la orilla izquierda, olvidándose de sí mismo, no queriendo reconocer que el peligro cuyo plazo retrasaba para los demás, le amenazaría fatalmente a su vez.

Sin embargo, aquello no debía tardar. El pescado salado, la caza ahumada, las legumbres secas, todo iba disminuyendo rápi-

damente. Si aquella situación se prolongaba un mes, los habitantes del Bourg Neuf pasarían hambre como los de Liberia.

El peligro era tan evidente que en el entorno del Kaw–djer comenzaban a oponerle algunas resistencias. La gente rehusaba a desprenderse de los víveres. Había que discutir durante mucho tiempo para obtenerlos y sólo los cedían hartos por las discusiones y cada vez con más dificultad.

Harry Rhodes intentó hacer ver a su amigo la inutilidad de su sacrificio. ¿Qué esperaba? Evidentemente era imposible que la escasa cantidad de víveres que existían en la orilla izquierda bastara para salvar toda la población de la isla. ¿Qué harían cuando se hubieran agotado? ¿Y qué interés tenía en retrasar una catástrofe en cualquier caso inevitable y próxima, en detrimento de los que habían hecho prueba de valor y previsión?

Harry Rhodes no consiguió nada. El Kaw–djer no intentó ni siquiera responderle. Ante tal desastre, no servían de nada los argumentos y él se prohibía a sí mismo pensar. Lo que no se podía, era dejar morir con sangre fría a toda una multitud. Era imperiosamente necesario repartirse hasta la última migaja, fueran cuales fuesen las consecuencias. ¿Y después...?. Después, ya se vería. Cuando ya no tuvieran nada más, se marcharían, se irían más lejos, buscarían otro lugar para establecerse, donde, como en el Bourg Neuf, vivirían de la caza y de la pesca y se alejarían del campamento que entonces en pocos días se transformaría en un montón de cadáveres. Pero al menos se habría hecho todo lo que estaba en poder de los hombres y no habrían tenido el terrible valor de condenar deliberadamente a la muerte a un número tan grande de hombres.

En base a la proposición de Harry Rhodes se examinó la oportunidad de distribuir a los emigrantes los cuarenta y ocho fusiles escondidos por Hartlepool. Quizás lograran con aquellas armas de fuego vivir de la caza. Aquella proposición fue rechazada. La caza era muy rara en aquella estación y los fusiles, en manos de campesinos inexperimentados, servirían de escasa ayuda para asegurar la alimentación de una población tan nu-

merosa. En cambio podrían crear graves peligros. Era fácil reconocer que la violencia fermentaba en las capas profundas de la multitud, por ciertos signos precursores, gestos brutales, feroces miradas y altercados frecuentes. Los colonos no se esforzaban por disimular el odio que experimentaban unos contra otros. Se acusaban, recíprocamente de su fracaso y todos atribuían a su vecino la responsabilidad de aquel estado de cosas.

De todos modos, había uno a quien todos estaban de acuerdo en maldecir unánimemente y ése era Ferdinand Beauval quien imprudentemente había asumido la temible misión de gobernar a sus semejantes.

Aunque su manifiesta incapacidad justificara ampliamente el rencor de los emigrantes, aún se le seguía soportando. La multitud, abandonada a sí misma, se convierte en un torbellino confuso de voluntades que se neutralizan, y es incapaz de actuar. Su inercia hace que su paciencia sea infinita y sean cuales sean sus quejas, se detiene cohibida en el momento de tocar al jefe, como si estuviera apresada por un terror religioso ante su prestigio que sólo ella ha creado. Una vez más volvía a ocurrir así y quizás los colonos de la isla Hoste no habrían manifestado su cólera más que en conciliábulos privados y con platónicas amenazas por lo bajo, si uno de ellos no les hubiera arrastrado a expresarla con actos.

Era algo realmente maravilloso que en aquella terrible situación, el fantasma del poder detentado por Beauval hubiera podido excitar codicias. ¡Pobre poder aquel que consistía en ser el jefe nominal de una multitud de hambrientos!

No obstante, fue así.

Ante tan dolorosa realidad, Lewis Dorick no estimó despreciable aquella apariencia de autoridad y quizás después de todo no se equivocaba. ¿No emplea el buen sentido común popular la expresión vulgar pero expresiva y pintoresca de «sacar tajada» para designar el poder político? En efecto, en la más desheredada de las sociedades, la primera plaza asegura a su posesor ventajas relativas. Beauval lo sabía; él, que aún tendría que conocer los

sufrimientos de sus compañeros de infortunio. Dorick quería asegurarse a sí mismo y a sus amigos aquellas ventajas.

Hasta entonces había soportado con impaciencia la suerte de su rival. Juzgando favorable la ocasión, emprendió una campaña, a la que la desgracia pública proporcionaba una sólida base. Los temas para una justa crítica eran demasiado numerosos. Sólo existía el obstáculo de la selección. Quizás le hubiera resultado muy difícil explicar, si le hubieran preguntado, qué habría hecho él en el lugar de su adversario. Pero como nadie le planteaba aquella indiscreta pregunta, no tenía que preocuparse por responderla.

Beauval no dejaba de estar al corriente de los esfuerzos de su competidor. A menudo miraba pensativo desde la ventana de la vivienda decorada por él con el pomposo nombre de Palacio de la Gobernación, cómo pasaba la gente, cada vez más numerosa, a medida que la proximidad de la primavera dulcificaba la temperatura. Por las miradas que le lanzaban, por los puños que a veces alzaban en su dirección, comprendía que la campaña de Dorick daba sus frutos y, poco inclinado a bajar de sus alturas, elaboraba sus planes de defensa.

Ciertamente no podía negar el estado ruinoso de la colonia, pero lo acusaba a las circunstancias y, en particular, al clima. Su imperturbable confianza en sí mismo no había disminuido lo más mínimo. Si no había hecho nada, es que no había nada que hacer, claro, y otro no habría sabido hacer más.

No era sólo por orgullo, por lo que Beauval se aferraba a su función. A pesar de todo y en las circunstancias presentes, había perdido muchas de sus ilusiones por recibir honores. Pensaba también, con inquietud y complacencia a un mismo tiempo; en la abundante reserva de víveres que había logrado poner a resguardo. ¿Habría sido así, sino hubiera sido el jefe? ¿Seguiría siendo así, si lo dejaba de ser?

Así pues, fue para defender su vida al mismo tiempo que su plaza, que se lanzó ardientemente a la lucha. Con mucha habilidad no contestó a ninguna de las quejas enumeradas por Dorick. En ese terreno habría sido vencido de antemano. Por el contrario,



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

las acentuó. De entre todos los descontentos, él fue el más ardiente.

No obstante, los dos adversarios diferían de opinión acerca del remedio que convenía aplicar. Mientras que Dorick predicaba un cambio de Gobierno, Beauval aconsejaba la unión y pasaba a otros la responsabilidad de las desgracias que habían caído sobre la colonia.

¿Quiénes eran los autores responsables de aquellas desgracias? Según él, no eran otros que aquel reducido número de emigrantes que no habían necesitado refugiarse en la costa durante el invierno. El razonamiento de Beauval era simple. El hecho de que no se les hubiera vuelto a ver, significaba que habían salido bien del paso. Por consiguiente, poseían víveres y ellos tenían el derecho de confiscar aquellos víveres en provecho de todos.

Aquellas agitaciones encontraron eco en una población reducida a la desesperación y le obedecieron sin demora. Primero, recorrieron el campo de los alrededores de Liberia, luego, en previsión de expediciones más lejanas, formaron bandas que fueron aumentando rápidamente, y finalmente, el 15 de octubre un verdadero ejército con más de doscientos hombres bajo el mando de los hermanos Moore, se lanzó a la conquista del pan.

Durante cinco días, aquella tropa estuvo recorriendo la isla en todas direcciones. ¿Qué es lo que hacía? Se podía adivinar al ver la afluencia de sus víctimas, enloquecidas ante la imprevista catástrofe que había aniquilado sus esfuerzos. Uno tras otro corrían al gobernador y le pedían justicia. Pero éste les rechazaba con rudeza reprochándoles su vergonzoso egoísmo. ¡Vaya!, ¿así que se habrían permitido saciarse mientras sus hermanos se morían de hambre? Atolondrados, los desgraciados se batían en retirada y Beauval triunfaba. Sus quejas le probaban que la pista que había indicado era la buena. No se había equivocado. Tal y como había afirmado a la buena de Dios, los que no habían regresado durante el invierno, habían vivido en la abundancia.

En cualquier caso, ahora su suerte era semejante a la de los demás. Su paciente trabajo había resultado inútil y se encontraban

en la misma pobreza y tan desprovistos de todo, como los que habían consumado su ruina. No sólo habían pasado sobre ellos como una tromba y habían echado mano de todo lo que podían llevarse a la boca, sino que incluso se habían entregado a los excesos a los que tan acostumbradas están las multitudes, aunque sean ellas las primeras en sufrirlos. Los campos sembrados habían sido pisoteados, los corrales saqueados y vaciados hasta su último habitante.

Bien pobre era, sin embargo, el botín de los saqueadores. La prosperidad de aquellos a quienes habían robado, era en suma muy relativa. Haber prosperado, quería decir simplemente que aquellos colonos más valientes, más hábiles o menos desventurados que sus compañeros, habían logrado asegurar mal que bien su subsistencia, pero no que por un milagro se hubiesen hecho ricos. Así, no descubrían nada en aquellas pobres granjas.

De ahí la gran desilusión entre los que recorrían el campo, que con frecuencia se traducía en actos de auténtico salvajismo.

Más de un colono fue sometido a tortura, con el fin de que revelara el escondite en el que se le acusaba de disimular víveres imaginarios. Las mismas causas producían los mismos efectos; como antaño en Francia, la isla Hoste también tenía su Jacquerie[15].

Al quinto día después de su partida, la banda de saqueadores se tropezó con las empalizadas que limitaban el cercado de la familia Riviére y de otras tres familias vecinas suyas. Desde que se habían puesto en marcha, no habían dejado de pensar en aquellas explotaciones, las más antiguas y las más prósperas de la colonia y se prometían maravillas de aquel saqueo.

Tuvieron que desengañarse.

Las cuatro granjas, lindantes las unas con las otras y construidas sobre los lados de un vasto cuadrilátero, constituían en su conjunto una especie de ciudadela, una ciudadela inexpugnable, pues de entre todos los colonos, sus defensores eran los únicos

[15] Revuelta social francesa del siglo XV.

que estaban armados. Recibieron a tiros a los asaltantes, que en la primera descarga tuvieron siete muertos o heridos. Los otros no necesitaron más y huyeron en tropel.

Esta escaramuza calmó de inmediato el ardor de los saqueadores. En seguida volvieron a tomar el camino hacia Liberia que alcanzaron al caer la noche. Les precedió el ruido de sus furiosas imprecaciones, anunciando su llegada. La gente acudió a su encuentro, prestando oídos a aquel clamor procedente del campo ensombrecido.

Al principio, como el alejamiento no permitía comprender lo que gritaban de aquel modo, creyeron que se trataba de cantos de alegría y de victoria. Pero pronto se precisaron las palabras y se miraron pasmados.

¡Traición...! ¡Traición...! gritaban.

¡Traición...! El miedo se apoderó de aquellos que no habían abandonado Liberia, y Beauval tembló mucho más que cualquier otro. Presintió una desgracia de la que fuese cual fuese, se le hacía responsable y sin saber exactamente qué peligro le amenazaba, corrió a encerrarse en el «palacio».

Apenas acababa de pasar el cerrojo, cuando el ruidoso cortejo se detuvo ante su puerta.

¿Qué querían de él? ¿Qué significaban aquellos heridos y muertos que depositaban sobre el suelo de la explanada dispuesta ante su vivienda? ¿De qué drama eran víctimas? ¿A qué se debía la agitación de aquella multitud?

Mientras Beauval se esforzaba en vano por adivinar aquel misterio, tenía lugar otro drama que iba a desolar a los habitantes del Bourg Neuf y afligir al Kaw–djer en lo más hondo de su corazón.

Este no dejaba de conocer los disturbios que agitaban a la población de Liberia. Circulando por el campamento, tenía que enterarse forzosamente de todo lo que estaba sucediendo. Sin embargo, ignoraba la existencia de la banda de saqueadores que se había marchado antes de su llegada y que había regresado después de que partiera hacia la orilla izquierda. Si durante aquellos

días la disminución del número de emigrantes había atraído en efecto su atención, sólo había podido sorprenderse sin llegar a discernir la causa.

No obstante, turbado por una sorda inquietud, aquella tarde había salido después de la puesta del sol y se había dirigido hasta la orilla del río junto con sus compañeros habituales, Harry Rhodes, Hartlepool, Halg y Karroly. Durante el día habría podido ver Liberia desde aquel lugar, pues la orilla izquierda dominaba algunos metros la orilla derecha. Pero a aquellas horas, el campamento desaparecía en la oscuridad. Sólo un lejano rumor y un vago resplandor le indicaban su emplazamiento.

Los cinco paseantes, sentados en la orilla y con el perro Zol a sus pies, contemplaban en silencio la noche, cuando una voz surgió del otro lado del río.

–¡Kaw–djer...! –llamaba un hombre jadeante, como si estuviera sofocado por una veloz carrera.

–¡Aquí estoy...! –respondió el Kaw–djer.

Una sombra atravesó el puentecillo y se acercó al grupo. Reconocieron a Sirdey, el antiguo cocinero del Jonathan.

–Allá abajo le necesitan –dijo, dirigiéndose al Kaw–djer.

–¿Qué ocurre? –preguntó éste levantándose.

–Hay muertos y heridos.

–¡Heridos...! ¡Muertos...! ¿qué es lo que ha pasado?

–Una banda ha ido a casa de los Riviére... Al parecer, tienen fusiles... ¡Eso es todo!

–¡Desgraciados...!

–El balance es de tres muertos y cuatro heridos. Los muertos no necesitan nada, pero los heridos...

–Ya voy –interrumpió el Kaw–djer, que se puso en marcha, mientras Halg corría a buscar el maletín con los instrumentos quirúrgicos.

Mientras andaban, el Kaw–djer préguntaba, pero Sirdey no podía informarle. No sabía nada. El no había acompañado a la banda y no conocía las aventuras más que de oídas. Además nadie

le había enviado. Al ver que traían siete cuerpos inertes, le había parecido conveniente acudir al Kaw–djer para prevenirle.

–Ha hecho usted bien –aprobó éste.

Había franqueado el puente en compañía de Karroly, Hartlepool y Harry Rhodes y se había adelantado un centenar de metros por la orilla derecha, cuando al girarse vio a Halg que volvía con el maletín. El joven indio que atravesaba a su vez la orilla, alcanzaría a sus amigos sin esfuerzo. El Kaw-djer volvió a ponerse en marcha acelerando el paso.

Tres minutos más tarde le detuvo en seco un grito de agonía. ¡Se habría dicho que era la voz de Halg...! Con el corazón encogido por una terrible angustia, se apresuró en volver sobre sus pasos. Era tan grande su turbación que Sirdey pudo marcharse por las buenas sin ser visto y alejarse hacia Liberia con toda la velocidad que le permitían sus piernas; tampoco distinguió una sombra que huía en la misma dirección dando un rodeo río arriba.

Pero por más rápido que corriera el Kaw–djer, Zol corría aún más de prisa. En dos brincos, el perro desapareció en la oscuridad. Algunos instantes más tarde, se oyó su voz. A sus quejumbrosos ladridos sucedieron furiosos gruñidos que pronto fueron debilitándose, como si el animal hubiera levantado la caza y se hubiera lanzado sobre una pista.

Luego, un nuevo grito de angustia surgió de pronto en la noche.

El Kaw–djer no oyó este segundo grito. Acababa de llegar al lugar de donde había salido el primero y allí estaba viendo a Halg, a sus pies, con el rostro contra el suelo, tendido en medio de un charco de sangre, con un largo cuchillo metido hasta el mango entre sus dos hombros.

Karroly se había echado sobre su hijo. El Kaw-djer le apartó rudamente. No era el momento para lamentarse, sino de actuar. Recogiendo su maletín, que había caído junto al joven, le desgarró de un tirón la ropa. Luego el arma homicida fue retirada con infinitas precauciones de su vaina de carne y la herida apareció al

desnudo. Era terrible. La hoja, que había penetrado entre los omóplatos, le había atravesado el pecho, casi de parte a parte. Admitiendo que por un milagro no hubiera afectado a la médula espinal, el pulmón tenía que estar forzosamente perforado. Halg, lívido y con los ojos cerrados, apenas respiraba y una espuma sangrienta resbalaba por sus labios.

En pocos minutos, el Kaw–djer le había hecho un apósito provisional, después de haber cortado a tiras su camisa de piel de guanaco. Luego, a una señal suya, Karroly, Hartlepool y Harry Rhodes se dispusieron a transportar al herido.

En ese instante, los gruñidos de Zol atrajeron finalmente la atención del Kaw–djer. Era evidente que el perro estaba luchando con algún enemigo. Mientras el triste cortejo se ponía en marcha, avanzó en la dirección del ruido cuya procedencia no parecía estar muy alejada.

Cien pasos más lejos, un horrible espectáculo espantó su vista. En el suelo había un cuerpo tendido, el de Sirk, tal y como lo reconoció a la luz de la luna, con el cuello abierto por una terrible herida. La sangre chorreaba a caudales por las carótidas cortadas en seco. Aquella herida no había sido producida por un arma. Era obra de Zol que, lleno de rabia, aún se ensañaba en agrandarla.

El Kaw–djer hizo que el perro soltara su presa y luego se arrodilló en el lodo sangriento cerca del hombre.

Era inútil cualquier cuidado. Sirk estaba muerto.

El Kaw–djer pensativo, contemplaba al cadáver que en la noche abría unos ojos ya vidriosos. El drama se reconstruía con facilidad. Mientras él seguía a Sirdey, cómplice posiblemente del crimen proyectado, Sirk, que estaba al acecho, había saltado sobre Halg que regresaba corriendo, y le había asesinado por la espalda. Luego, mientras se afanaban alrededor del enfermo, Zol se había lanzado tras los rastros del culpable, cuyo castigo había sucedido de muy cerca al crimen.

Habían bastado pocos minutos para que el drama desarrollara sus fulminantes peripecias. Los dos actores habían caído, uno muerto y el otro muriéndose.

El pensamiento del Kaw–djer se transportó a Halg. El grupo de tres hombres que sostenían el cuerpo inerte del joven indio empezaba a desaparecer en la noche. Suspiró profundamente. Aquel chico representaba todo lo que él amaba sobre la tierra. Con él desaparecía su más poderosa y casi única razón de vivir.

En el momento de alejarse, dejó caer una última mirada hacia el muerto. El charco no se había agrandado. A medida que brotaba lentamente el chorro de sangre, ésta iba desapareciendo en la tierra que la absorbía con avidez. Desde el origen de los tiempos acostumbra abrevarse en ella, y en esa inagotable lluvia roja, unas gotas más o menos carecen de importancia.

Sin embargo, hasta ahora, la isla Hoste había escapado a la ley común. Deshabitada, había permanecido pura. Pero los hombres habían venido a poblar sus desiertos y en seguida había corrido sangre humana.

Quizás fuera la primera vez que había sido mancillada...

Pero no iba a ser la última.

## Capítulo XI
## Un jefe

Cuando Halg, todavía sin conocimiento fue depositado en la cama, el Kaw–djer le cambió el apósito provisional por otro menos superficial. Los parpados del herido palpitaron, sus labios se agitaron y un poco de rosa coloreó sus lívidas mejillas; luego, después de unos débiles gemidos, pasó del anonadamiento del síncope al del sueño.

¿Sobreviviría a aquella terrible herida? La ciencia humana no lo podía afirmar. En suma, la situación era grave, pero no desesperada y no era absolutamente imposible que la herida del pulmón se cicatrizara.

Después de haberle dado todos los cuidados que su afecto y experiencia le dictaron, el Kaw–djer recomendó para Halg la más completa calma y la más rigurosa inmovilidad, y corrió hacia Liberia, donde quizás otros tuvieran necesidad de él.

La desgracia personal que acababa de abrumarle dejaba intacto su admirable instinto de abnegación y de altruismo. El rápido drama que desgarraba su corazón, no le hacía olvidar a aquellos muertos y heridos que, según el antiguo cocinero del Jonathan, esperaban socorro en Liberia. ¿Había allí realmente heridos y muertos, y Sirdey no le había mentido? En la duda, es necesario darse cuenta por sí mismo de la verdad de las cosas.

En aquel momento eran cerca de las diez de la noche. La luna, en su cuarto creciente, comenzaba a declinar hacia el poniente y del oscurecido firmamento del oriente caía inagotablemente la ceniza impalpable de la oscuridad. En la profundidad de

la noche, un vago resplandor continuaba enrojeciendo a lo lejos. Liberia todavía no dormía.

El Kaw–djer se puso rápidamente en marcha. A través del silencioso campo llegaba hasta él un rumor, al principio ligero, y luego cada vez más violento a medida que se acercaba.

En veinte minutos alcanzó el campamento. Pasando rápidamente por entre las casas negras, iba a desembocar en el espacio que se había dejado libre delante de la casa de la Gobernación, cuando un extraño y sobre todo pintoresco espectáculo le detuvo un instante.

Iluminada por un círculo de antorchas fuliginosas, toda la población de Liberia parecía haberse citado en la explanada. Todo el mundo estaba allí, hombres, mujeres, niños, divididos en tres grupos distintos. El más importante desde el punto de vista numérico, se había concentrado justo enfrente del Kaw–djer. Aquel grupo que comprendía la totalidad de niños y mujeres, permanecía silencioso y en suma parecían espectadores de los otros dos. Uno de éstos estaba formado en línea de combate delante del palacio de la Gobernación, como si hubiera querido defender la entrada, mientras que el otro había tomado posición en el otro lado de la plaza.

No, Sirdey no había mentido. En efecto, en medio de la explanada había siete cuerpos extendidos. ¡Heridos o muertos? El Kaw–djer no lo podía saber a aquella distancia, pues la movediza llama de las antorchas les prestaba a todos la misma apariencia de vida.

A juzgar por su actitud, parecía imposible dudar de la hostilidad recíproca de los dos grupos menos numerosos. Sin embargo, parecía existir una zona neutra, que ninguno de los partidos se atrevía a franquear, por uno y otro lado de los cuerpos depositados en el suelo. A los que con derecho, según todas las apariencias, se les podía considerar como asaltantes, no esbozaban ningún gesto de ataque y los defensores de Beauval no tenían la ocasión de mostrar su valor. La batalla no había sido iniciada. Sólo habían llegado a las palabras que, realmente, no se escati-

maban. Por encima de los heridos o muertos, se había entablado una febril discusión; a modo de balas, intercambiaban palabras que tan pronto se rebajaban a los argumentos como se exageraban hasta la invectiva.

Se hizo silencio cuando el Kaw–djer penetró en el círculo de luz. Sin ocuparse de los que le rodeaban, se fue directo a los cuerpos extendidos y se inclinó sobre uno de ellos. Aquél no era más que un cadáver, pasó al siguiente y luego a todos los demás, entreabriendo las ropas cuando había lugar y procediendo rápidamente a curas superficiales. Lo que Sirdey había anunciado era exacto. En efecto, había tres muertos y cuatro heridos.

Cuando todo terminó, el Kaw–djer miró alrededor suyo y, a pesar de su tristeza, no pudo dejar de sonreír al verse rodeado de un millar de caras que expresaban la más respetuosa y la más pueril curiosidad. Los que llevaban las antorchas se habían acercado para iluminarle mejor. Siguiendo su movimiento, los tres grupos se habían fundido poco a poco en uno solo cuyo centro era el Kaw–djer y donde el silencio era profundo.

El Kaw–djer pidió que fueran a ayudarle. Como nadie hizo ademán de moverse, designó por su nombre a aquellos cuya ayuda reclamaba. Entonces fue muy distinto. Sin la menor vacilación, el emigrante designado salía de la multitud a la llamada de su nombre y se conformaba con celo a las instrucciones que le habían sido dadas.

En pocos minutos, muertos y heridos fueron retirados y transportados a sus viviendas respectivas bajo las órdenes del Kaw–djer cuyo papel no había terminado. Antes de regresar al Bourg Neuf, tenía que visitar sucesivamente a los cuatro heridos y proceder a la extracción de proyectiles y a los apósitos definitivos.

Mientras concluía de este modo su obra de abnegación, se informó de las causas de la masacre. Se enteró así de la entrada en escena de Lewis Dorick, de la animosidad de la gente con respecto a Ferdinand Beauval y de lo que a éste se le había ocurrido en consecuencia, de las razias hechas en los alrededores del cam-


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

pamento y finalmente la tentativa de saqueo cuyo lamentable resultado podía comprobar él mismo de vista.

En efecto, los resultados no podían ser más lamentables. Rechazados a tiros, como se había dicho, por las cuatro familias sólidamente parapetadas en su cercado, los saqueadores se habían batido en retirada, no llevándose como botín más que a sus camaradas muertos o heridos. ¡Qué distinto había sido el regreso de la ida! Se habían marchado con mucho alboroto, excitándose los unos a los otros, achispados por una especie de alegría feroz, en medio de un concierto de exclamaciones, de brutales burlas, de vociferaciones, de amenazas en contra de aquellos a los que se disponían a exigir por la fuerza la contribución. Regresaban en silencio, con la mirada baja, sin haber ganado en la aventura más que golpes. Las bocas estaban mudas, los corazones amargos, los ojos sombríos. La salvaje excitación de la marcha había sido sustituida por un sordo furor que sólo pedía un pretexto para estallar.

Se sentían engañados. ¿Por quién? No lo sabían. En cualquier caso, ni por su estupidez ni por sus ilusiones. Según la costumbre universal, habrían acusado a la tierra entera antes de acusarse a sí mismos.

Conocían muy bien ese sentimiento de amargura y de vergüenza que sucede al fracaso de las empresas de violencia; lo habían experimentado demasiadas veces. Antes de haber sido arrojados a la isla Hoste, habían formado parte de los proletarios de los dos mundos y más de una vez se habían dejado llevar por los discursos vibrantes de los retóricos. Habían ido a la huelga, digna y tranquila durante los primeros días, cuando los bolsillos todavía están llenos, pero que la miseria amenazadora hace impaciente y febril, y finalmente la convierte en furiosa cuando los críos gritan delante del arcón de pan vacío. Entonces es cuando la gente se encoleriza, cuando se lanza como una tromba y cuando se mata y se muere para regresar... a veces victorioso, es cierto, pero más a menudo vencido, es decir, en una condición peor,

demostrándose entonces el fracaso de aquellos que querían triunfar por la fuerza.

¡Pues bien!, ese regreso a través de los campos saqueados era realmente el último acto de una huelga que acaba mal. El estado de ánimo era semejante. Los pobres diablos se sentían engañados y rabiosos por su estupidez. ¿Dónde estaban los jefes, Beauval, Dorick...? ¡Pardiez!, lejos de los tiros. Siempre era lo mismo por doquier. Zorros y cuervos. Explotadores y explotados.

Pero cuando la huelga es sangrienta, el motín y las revoluciones tienen su ritual que los actores de ese drama se saben de memoria por haberse sometido a él escrupulosamente más de una vez. En esas convulsiones donde el hombre, olvidando que es un ser pensante, emplea como argumentos la violencia y el asesinato, es costumbre que las víctimas se conviertan en banderas.

En banderas se habían convertido aquellas que llevaban la banda de saqueadores y por ello las habían extendido ante los ojos de Ferdinand Beauval que, como detentador del poder, era por esencia responsable de todos los males. Pero allí se habían tropezado con sus partidarios y habían empezado por lanzarse copiosos insultos antes de llegar a los puños.

Por lo demás, aún no había sonado la hora de los puños. Un protocolo inflexible indicaba con claridad el curso que debían seguir las cosas. Cuando ya hubieran hablado bastante, cuando los gaznates estuvieran cansados de gritar, volverían a sus casas; luego, al día siguiente, para que todo fuera cumplido según los ritos, se harían solemnes funerales por los muertos. Sólo entonces habría que temer los desórdenes.

La intervención del Kaw–djer había precipitado bruscamente las cosas. Gracias a él, las cóleras habían hecho tregua y la gente recordó que allí no sólo había muertos, sino también heridos a quienes unos cuidados rápidos quizás fueran susceptibles de conservar la vida.

La explanada estaba desierta cuando la atravesó para regresar al Bourg Neuf. Con su movilidad acostumbrada, la multitud, siempre dispuesta a inflamarse repentinamente, se había apaci-

guado repentinamente. Las casas estaban cerradas. La gente dormía.

Mientras caminaba en la noche, el Kaw–djer pensaba en lo que se había enterado. Los nombres de Dorick y de Beauval le habían hecho simplemente encogerse de hombros, pero la caminata de los saqueadores a través del campo le parecía que merecía una consideración más seria. Aquellas depredaciones, aquellos robos, aquellos actos de barbarie auguraban lo peor. La colonia, tan debilitada ya, se perdería sin remedio si los colonos entraban en lucha abierta unos contra otros.

¿En qué se convertían en el contacto con los hechos las teorías sobre las que el generoso iluminado había edificado su vida? Allí estaba el resultado, cierto, tangible, incontestable. Aquellos hombres se habían mostrado incapaces de vivir entregados a sí mismos y se habrían muerto de hambre como un estúpido rebaño que no sabría encontrar su pasto sin un pastor que se lo diera. En cuanto a la calidad de su ser moral, ésta no excedía a la de su sentido práctico. La abundancia, la mediocridad y la miseria, las quemaduras del sol y el aterimiento del frío, todo había constituido un pretexto para que se revelaran las taras indelebles de sus almas. Ingratitud y egoísmo, abuso de la fuerza y cobardía, intemperancia, imprevisión y pereza, de eso era de lo que estaban modelados un número demasiado grande de hombres, cuyo interés, a falta de un móvil más noble, habría debido hacer una sola voluntad de mil cerebros. Y ahora se llegaba a las últimas líneas de aquella lamentable aventura. Habían bastado dieciocho meses para que comenzara y concluyera. Como si la naturaleza hubiera lamentado su obra y reconocido su error, rechazaba a aquellos hombres que se abandonaban a sí mismos. La muerte los azotaba sin descanso. Desaparecían uno tras otro; uno tras otro volvían a la tierra, crisol donde todo se elabora y se transforma y que, continuando el ciclo eterno, remitía su sustancia a otros seres, sin duda semejantes a aquellos, por desgracia.

Incluso estimaban que la gran hoz no se daba demasiada prisa en su tarea, puesto que la ayudaban con sus propias manos. Heri-

dos y muertos, allí de donde venía el Kaw–djer. El cadáver de Sirk, allá por donde pasaba. En el Bourg Neuf, el pecho agujereado de un chico por quien su corazón desencantado había adquirido de nuevo la dulzura de amar. Sangre por todas partes.

Antes de retirarse a dormir, el Kaw–djer se acercó a la cabecera de Halg. La situación era la misma, ni mejor, ni peor. Todavía era de temer una hemorragia repentina y, durante muchos días, ese peligro continuaría siendo temible.

Destrozado por el cansancio, se despertó tarde al día siguiente. El sol todavía estaba alto en el horizonte cuando salió de su casa, después de una visita a Halg, cuyo estado seguía siendo estacionario. Se había levantado la bruma. Hacía buen día. Apresurando el paso con el fin de recuperar el tiempo perdido, el Kaw–djer se puso en marcha hacia Liberia como cada día, donde le esperaban sus enfermos cotidianos cuyo número había decrecido desde el comienzo de la primavera, y los cuatro heridos del día anterior.

Pero se tropezó con una barrera humana que cortaba el paso del puente. Comprendía toda la población masculina del Bourg Neuf a excepción de Halg y Karroly. Había allí quince hombres pero se daba la singular circunstancia de que eran quince hombres armados con fusil que parecían acecharle. No eran soldados y, no obstante, su actitud tenía algo de militar. Tranquilos, incluso severos, permanecían con las armas preparadas, como a la espera de las órdenes de un jefe. Harry Rhodes, a algunos pasos delante de aquéllos, detuvo con un gesto al Kaw djer. Este se paró y fue contando con una mirada estupefacta a la pequeña tropa.

–Kaw–djer –dijo Harry Rhodes, no sin una especie de solemnidad–, hace tiempo que le conjuro a que ayude a la desgraciada población de la isla Hoste, y que acepte colocarse a su cabeza. Por última vez, renuevo mi ruego.

El Kaw–djer cerró los ojos sin responder como para ver mejor en sí mismo. Harry Rhodes continuó:

–Los últimos sucesos han debido hacerle reflexionar. En todo caso, nosotros ya sabemos a qué atenernos. Por ello, esta noche,

Hartlepool, yo y algunos más, hemos ido a recoger estos quince fusiles que han sido distribuidos entre los hombres del Bourg Neuf. Ahora que estamos armados, somos dueños por consiguiente de imponer nuestras voluntades. Las cosas han llegado a un punto que una mayor paciencia sería un crimen auténtico. Hay que actuar. Yo ya he tomado partido. Si usted persiste en su rechazo, yo mismo me pondré a la cabeza de estas valientes gentes. Desgraciadamente no tengo ni su influencia ni su autoridad. No me escucharán y correrá la sangre. Por el contrario, a usted le obedecerán sin murmurar. Decida.

–¿Qué hay de nuevo? –preguntó el Kaw–djer con su calma habitual.

–Eso –respondió Harry Rhodes, extendiendo la mano hacia la casa donde Halg agonizaba.

El Kaw–djer se estremeció.

–Y también eso –añadió Harry Rhodes arrastrándole algunos pasos río arriba.

Ambos escalaron la orilla que en aquel lugar dominaba el lado derecho del río. Aparecieron a sus miradas Liberia y la llanura cenagosa que les separaba de ella.

Desde las primeras horas de la mañana, la gente se había despertado en el campamento con gran agitación. Se trataba de completar la obra de la vigilia, procediendo a los funerales solemnes de los tres muertos. La perspectiva de aquella ceremonia ponía en ebullición a todo el mundo. Para los camaradas de las víctimas, se trataba de una manifestación; para los partidarios de Beauval, de un peligro; para el resto, de un espectáculo.

Así pues, toda la población, a excepción de Beauval que había juzgado más prudente permanecer encerrado, seguía los tres ataúdes. Tuvieron cuidado de hacer pasar el cortejo delante de la casa del gobernador y de detenerse en la explanada, y fue allí donde Lewis Dorick aprovechó para declamar una violenta diatriba. Luego se pusieron en marcha otra vez.

En las tumbas, Dorick, tomando de nuevo la palabra, pronunció por centésima vez un requisitorio demasiado fácil contra

la administración de la colonia, su entender, la imprevisión, la incapacidad, los principios retrógrados de su titular habían causado todas las desgracias. Había llegado el momento de derrocar a aquel incapaz y de nombrar en su lugar a otro jefe.

El éxito de Dorick fue apabullante. Le respondieron con un trueno de gritos. Al principio, fueron «¡Viva Dorick! », luego vociferaron «¡Al palacio...! ¡Al palacio...!» y un centenar de hombres se pusieron en movimiento, martilleando el suelo con sus pesados pies. El ambiente estaba muy caldeado. Sus ojos relucían, sus puños se extendían amenazadores hacia el cielo, y las grandes bocas abiertas por los clamores de odio producían negros agujeros en sus caras.

Muy pronto se aceleró el movimiento. Apresuraron el paso, luego corrieron y finalmente, empujándose, atropellándose, se precipitaron cuesta abajo como un torrente.

Un obstáculo quebró su impulso. Aquellos que, teniendo parte en las ventajas del poder, temían que el detentador fuera cambiado, se habían constituido en sus defensores. Puños contra puños, pechos contra pechos, las dos bandas chocaron y comenzaron a llover los golpes.

Sin embargo, el partido de Beauval, a todas luces el más débil, tuvo que retroceder. Fue rechazado paso a paso y metro a metro hasta el palacio. La batalla se reanudó en la explanada más ardientemente. Durante mucho tiempo permaneció indecisa. De vez en cuando, un combatiente, viéndose forzado a retirarse de la lucha, iba a caer en cualquier rincón. Se quebraron mandíbulas, se fracturaron costillas, se rompieron miembros.

Cuanto más se pegaban, más se exasperaban. Llegó el momento en que los cuchillos salieron solos de sus vainas. Una vez más, corrió la sangre.

Después de una resistencia heroica, los defensores de Beauval fueron finalmente desbordados y los asaltantes, habiendo barrido todo lo que encontraron delante de ellas, se precipitaron en desorden en el interior del «palacio». Lo recorrieron de arriba abajo con salvajes voceríos. Si hubieran encontrado a Beauval,

éste habría sido inevitablemente despedazado. Por suerte, no pudieron descubrirle. Beauval había desaparecido. Al ver el cariz que estaban tomando las cosas, se había largado a tiempo y, en aquel momento, huía con la rapidez que le permitían sus piernas en dirección al Bourg Neuf.

La inutilidad de sus búsquedas condujo al paroxismo la rabia de los vencedores. En la esencia misma de la masa está la pérdida de toda medida tanto en el bien como en el mal. A falta de otra víctima, la tomaron con los objetos. La vivienda de Beauval fue saqueada completamente. Su miserable mobiliario, sus papeles, sus objetos personales, todo fue tirado por la ventana en un revoltijo y amontonado en un rincón al que prendieron fuego. Algunos instantes más tarde ¿fue por descuido?, ¿fue por la propia voluntad de los amotinados? todo el «palacio» ardía a su vez.

Expulsados por la humareda, los invasores se precipitaron al exterior. Entonces habían dejado de ser hombres. Borrachos de gritos, de saqueo y de asesinato, carecían ya de razón y de objetivo. Sólo una irresistible necesidad de golpear, de destruir y de matar.

En la explanada se encontraban estacionados, como en un espectáculo, la muchedumbre de niños; de mujeres y de indiferentes, los eternos mirones a los que no se cesa de devolver los golpes que no han dado. Formaban en suma el grueso de la población, pero a pesar de su número, eran demasiado pacíficos para ser temibles. La banda de Lewis Dorick, engrosada ahora por sus antiguos adversarios que consideraban más oportuno ponerse al lado del más fuerte, se precipitó sobre la muchedumbre inofensiva, repartiendo patadas y puñetazos.

Tuvo lugar una huida enloquecida. Hombres, mujeres y niños se esparcieron por la llanura, perseguidos por aquellos energúmenos que se habrían quedado muy cohibidos si se les hubiera preguntado la razón de su salvaje furor.

Desde lo alto de la orilla que acababa de escalar con Harry Rhodes, el Kaw–djer, mirando hacia el lado del campamento, no vio más que una nube de humo, cuyas pesadas espirales iban a

rodar hasta el mar. Las casas desaparecían en aquella nube, de donde surgían confusos gritos: llamadas, juramentos, exclamaciones de dolor y de angustia. Más allá del río, sólo un ser vivo, un hombre, aparecía en la llanura. Corría con todas sus fuerzas, aunque nadie le persiguiera. Sin aminorar su paso, aquel hombre alcanzó el puente, lo franqueó y fue a caer sin aliento, detrás de la pequeña tropa armada. Entonces reconocieron a Ferdinand Beauval.

Eso es lo primero que vio el Kaw–djer. En su simplicidad el cuadro era elocuente y en el acto comprendió su significado: Beauval vergonzosamente expulsado obligado a la huida, y el motín sembrando por Liberia el incendio y la muerte.

¿Qué sentido tenía todo aquello? Nada mejor que el hecho de haberse desembarazado de Beauval. ¿Pero por qué aquella devastación, cuyos autores serían las primeras víctimas? ¿Por qué aquella matanza cuyos gritos lejanos indicaban el salvaje furor?

Así pues, ¡los hombres podían llegar hasta ese punto! ¡No sólo el más mediocre interés les hacía capaces del mal, sino que, llegado el caso, podían incluso destruir por destruir, golpear por golpear, matar por el placer de matar! No sólo las necedades, las pasiones y el orgullo lanzaban a los hoy tires unos contra otros; también estaba la locura, aquella, locura que existe en potencia en todas las multitudes y que, habiendo gustado una vez la violencia, hace qué no se detengan, borrachas de destrucción y de carnicería.

Es por esa locura heroísmo o bandidaje según el caso por lo que el bandido mata sin razón al transeúnte inofensivo, por lo que las revoluciones convierten en una hecatombe indistinta a inocentes y a culpables, como también es ella la que enardece a los ejércitos y gana las batallas.

¿En qué se convertían los sueños del Kaw–djer, ante semejantes hechos? Si la libertad total era el bien natural de los hombres, ¿no era a condición de que continuaran siendo hombres y de que no fueran susceptibles de transformarse en aquellas fieras como aquellos cuyas hazañas estaba contemplando?

El Kaw–djer no había respondido a Harry Rhodes. Recto y firme en el punto culminante de la orilla, miró en silencio durante algunos minutos. Su impasible rostro no traicionaba sus dolorosas reflexiones.

Y no obstante, ¡en qué cruel debate se despedazaba su alma! Cerrar los ojos a la evidencia y obstinarse egoístamente en una religión engañosa, mientras que aquellos desgraciados insensatos se asesinaban unos a otros, o bien reconocer la evidencia, obedecer a la razón, intervenir en aquel desorden y salvarlos a pesar suyo, ¡doloroso dilema! Lo que le recomendaba el sentido común, era la negación de su vida. ¡Qué fracaso ver destrozado a sus pies el ídolo erigido en su corazón, reconocer que había sido engañado por un espejismo, decirse a sí mismo que había construido sobre una mentira, que nada de lo que había pensado era verdad y que se había sacrificado estúpidamente a una quimera!

De pronto, fuera de la humareda que cubría Liberia, surgió un fugitivo, luego otro, después diez más y más tarde otros cien, entre los que había mujeres y niños. Algunos intentaban refugiarse en alturas del este, pero la mayoría, seguidos de cerca por sus adversarios, corrían enloquecidos en dirección al Bourg Neuf. La última de éstos era una mujer. No podía ir muy de prisa porque era un poco gorda. Un hombre la alcanzó en algunas zancadas, la cogió por los cabellos, la tiró al suelo, alzó el puño...

El Kaw–djer se volvió hacia Harry Rhodes y dijo con voz grave:

–Acepto.

# Tercera Parte
# Capítulo I
# Primeras medidas

A la cabeza de quince voluntarios, el Kaw–djer atravesó rápidamente la llanura. Le bastaron pocos minutos para llegar a Liberia.

Estaban luchando todavía en la explanada, pero con menos ardor y, únicamente por inercia, sin saber ya muy bien por qué.

La llegada de la pequeña tropa armada llenó de estupor a los combatientes. Era una eventualidad que no habían previsto. En ningún momento los amotinados habían admitido que tuvieran que luchar contra una fuerza superior que capaz de poner coto a sus fantasías homicidas. Los combates singulares se detuvieron súbitamente. Los que recibían los golpes se fueron retirando, los que los daban permanecieron inmóviles en el sitio en que se encontraban, unos atontados por su inexplicable aventura, los otros atónitos, con la respiración jadeante como hombres que, en un momento de aberración, hubieran llevado a cabo cualquier trabajo penoso, aún sin comprender la razón. Sin transición, la exaltación dio paso a la calma.

En primer lugar, el Kaw–djer se ocupó de combatir el incendio que amenazaba con extenderse por todo el campamento, pues una ligera brisa del sur había dirigido hacia allí las llamas. Más de tres cuartos del antiguo «palacio» de Beauval se habían ya consumido. Bastaron algunos culatazos para tirar abajo aquella

ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

frágil construcción, de la que no quedó más que un montón de ruinas calcinadas y una acre humareda.

Hecho esto y dejando a cinco de sus seis hombres de guardia cerca de la muchedumbre tranquilizada, partió con otros diez a través de la llanura con el fin de reunir al resto de los emigrantes. Lo logró sin esfuerzo. De todas partes volvían a Liberia los agresores, cuya fatiga había apaciguado el furor insensato, formando la vanguardia, y detrás suyo, los mirones apaleados, que, no repuestos aún de su terror, se acercaban temerosamente, conservando una prudente distancia. Cuando vieron al Kaw–djer, adquirieron confianza y apresuraron el paso; así es como unos y otros llegaron juntos a Liberia.

En menos de una hora, toda la población se reunió en la explanada. Viendo aquellas apretadas filas, aquella masa homogénea, habría sido imposible sospechar que alguna vez les hubieran dividido partidos contrarios. A no ser por las numerosas víctimas que cubrían el suelo, no habría quedado rastro de los disturbios que acababan de finalizar.

La muchedumbre no mostraba impaciencia. Simplemente curiosidad. Todavía estupefacta por la incomprensible ráfaga que la había sacudido y dañado, contemplaba plácidamente al grupo compacto de quince hombres armados que les hacía cara, a la expectativa de lo que iba a suceder.

El Kaw–djer avanzó hasta el centro de la explanada y dirigiéndose a los colonos cuyas miradas convergían en él, dijo con voz fuerte:

–En lo sucesivo, yo seré vuestro jefe.

¡Qué camino había tenido que recorrer, para llegar a pronunciar aquellas palabras! Así pues, a pesar de su repugnancia, no sólo aceptaba al fin el principio de autoridad, y consentía en ser su depositario, sino que, pasando de un extremo a otro, superaba a los más absolutos autócratas. No se contentaba con renunciar a su ideal de libertad, lo pisoteaba. Ni siquiera pedía el asentimiento de aquellos de quienes él decretaba ser su jefe. Aquello no era una revolución. Era un golpe de Estado.

Un golpe de Estado de sorprendente facilidad. Algunos segundos de silencio habían seguido a la breve declaración del Kaw–djer, luego un gran grito se alzó entre la muchedumbre. Aplausos, vivas, hurras, salieron como en huracán a un mismo tiempo. Se estrechaban las, manos, se felicitaban, las madres abrazaban a sus hijos. Fue un entusiasmo frenético.

Aquella pobre gente pasaba de un desánimo general a la esperanza. Estaban salvados desde el momento en que el Kaw–djer se ocupaba de sus asuntos. Él sabría sacarles de su miseria. ¿Cómo...? ¿Por qué medios...? Nadie tenía ni idea, pero aquélla no era la cuestión. Puesto que él se iba a encargar de todo, no hacía falta ir más lejos.

Sin embargo, algunos estaban sombríos. De todos modos, si los partidarios de Beauval y de Lewis Dorick dispersos y anegados en la muchedumbre no lanzaban vivas, no se atrevían a manifestarse más que con el silencio. ¿Qué más podrían haber hecho? Su ínfima minoría debía tener en cuenta a la mayoría desde que aquélla tenía un jefe. En lo sucesivo, aquel gran cuerpo tendría una cabeza v el cerebro hacía temibles a aquellos innumerables brazos despreciados hasta el momento.

El Kaw–djer extendió la mano. Como por encantamiento, se hizo el silencio.

–Hostelianos –dijo–, se hará lo necesario para mejorar la situación, pero exijo la obediencia de todos y cuento con que nadie me hará emplear la fuerza. Que cada uno de vosotros regrese a su casa y espere las instrucciones que no tardarán en ser dadas.

El enérgico laconismo de aquel discurso tuvo el más feliz de los efectos. Comprendieron que iban a ser dirigidos y que, en adelante, sólo bastaría con dejarse guiar. Nada podía reconfortar más a aquellos desgraciados, que acababan de hacer de la libertad una experiencia tan deplorable y que gustosamente la habrían cedido por la seguridad de un trozo de pan. La libertad es un bien inmenso, pero que sólo se puede disfrutar a condición de vivir.

Vivir, a eso se reducían por el momento las aspiraciones de aquel pueblo desamparado.

Obedecieron con rapidez, sin que se dejara oír el más ligero murmullo. El lugar quedó vacío y todos, hasta Lewis Dorick, conformándose con las órdenes recibidas, se encerraron en sus casas o bajo las tiendas.

El Kaw–djer seguía con la mirada a la muchedumbre que se retiraba y en sus labios apareció un rictus de amargura. Si aún hubiera conservado alguna ilusión, ahora se habría esfumado. Decididamente, el hombre no odiaba tanto las obligaciones como él se había imaginado. Tanta apatía, ¡tanta cobardía incluso! no se adecuaba al ejercicio de una libertad sin límites.

Un centenar de colonos no habían seguido a los demás. Frunciendo las cejas, el Kaw–djer se giró hacia el indócil grupo. En seguida, uno de los que lo componían avanzó delante de sus compañeros y tomó la palabra en su nombre. Si ellos no iban a encerrarse en sus viviendas, era porque no las tenían. Expulsados de sus granjas invadidas por una cuadrilla de ladrones, acababan de llegar a la costa, algunos desde hacía ya varios días, otros desde el día anterior, y no poseían más abrigo que el cielo.

El Kaw–djer, asegurándoles que pronto se decidiría su suerte, les invitó a levantar las tiendas que aún había en la reserva, luego, mientras se ponían a cumplir sus órdenes, se ocupó sin más tardanza de las víctimas del motín.

Estaban en la explanada misma y en los campos de alrededor. Partieron a la búsqueda de estos últimos y pronto fueron conducidos al campamento. Hecha la verificación, los disturbios habían costado la vida a doce colonos, incluidos los tres ladrones que habían encontrado la muerte en el asalto a la granja de los Riviére. En general, no había motivo para lamentar mucho aquellas muertes. Entre los difuntos, sólo uno, uno de los emigrantes que había regresado del interior durante el invierno, pertenecía a la porción sana del pueblo hosteliano. En cuanto a los demás, todos pertenecían a los clanes de Beauval y de Dorick y el partido del

trabajo y del orden sólo podía salir fortificado con su desaparición.

En efecto, eran los propios amotinados, ensañados tanto en el ataque como en la defensa, los que habían sufrido los daños más serios. Entre los curiosos inofensivos que habían sido agredidos con tanto salvajismo después del incendio del «palacio», todo se reducía, a excepción del colono asesinado, a heridas, contusiones, fracturas, y a algunas cuchilladas que felizmente no hacían peligrar la vida de nadie.

Todo aquello era trabajo para el Kaw–djer. No se asustó. No había sido ciegamente que había asumido la carga de la existencia de un millar de seres humanos y fuera cual fuera la enormidad de su tarea, no estaba por encima de su coraje.

Examinadas las heridas, vendadas en los casos necesarios y finalmente de regreso a sus viviendas habituales, la explanada quedó completamente vacía. Y dejando a cinco hombres de vigilancia, el Kaw–djer volvió a tomar, con los otros diez, el camino de Bourg Neuf. Otro deber le llamaba allá abajo; allá abajo tenía a Halg muriéndose, muerto quizás...

Halg se encontraba en el mismo estado y no le faltaban sabios cuidados. Graziella y su madre habían acudido a reunirse con Karroly a la cabecera del herido y se podía contar con la abnegación de tales enfermeras. Educada en una escuela muy rígida, la joven había aprendido a dominar su dolor. Mostró al Kaw–djer un rostro tranquilo y respondió con calma a sus preguntas. Tal y como ella le había dicho, Halg tenía poca fiebre, pero no salía de una continua somnolencia, más que para lanzar de vez en cuando débiles gemidos. Entre sus pálidos labios todavía se deslizaba una espuma sanguinolenta. de todas formas, era menos abundante y su coloración menos pronunciada. Aquello era un síntoma favorable.

Durante este tiempo, los diez hombres que habían acompañado al Kaw–djer se habían encargado de sacar víveres de la reserva del Bourg Neuf. Sin permitirse un instante de reposo, volvieron a partir hacia Liberia, yendo de puerta en puerta y

dando a cada uno su ración. Una vez terminada la repartición, el Kaw–djer distribuyó la guardia para la noche y envolviéndose en una manta, se echó en el suelo para intentar dormir.

Pero no pudo. A pesar de su cansancio físico, el cerebro se obstinaba en pensar.

Unos pasos más allá, los dos vigías permanecían inmóviles como estatuas. Nada perturbaba el silencio. El Kaw–djer soñaba con los ojos abiertos en la oscuridad.

¿Qué hacía él allí...? ¿Por qué había permitido que los hechos violentaran su conciencia y que se le hubiera impuesto tal sufrimiento...? Si antes vivía en el error, al menos vivía feliz con él... ¡Feliz! ¿Qué le impedía serlo todavía? Bastaría con quererlo. ¿Qué tenía que hacer para lograrlo? Menos que nada. Levantarse, huir, pedir a la embriaguez del vagabundeo que durante tanto tiempo le había proporcionado la felicidad, el olvido de aquella cruel aventura...

Pero desgraciadamente, no podrían devolverle sus ilusiones destruidas. ¿Y cuál sería su vida con el remordimiento de haber inmolado tantas vidas a la gloria de un dios falso...? No; era responsable, de cara a sí mismo, de toda aquella gente que había tomado a su cargo. No la abandonaría hasta que paso a paso la hubiera conducido a buen puerto.

¡Bien! ¿Pero qué camino escoger...? ¿No era demasiado tarde? ¿Tendría el poder, cualquier hombre tendría poder para hacer remontar la cuesta a aquel pueblo, cuyas taras, vicios, inferioridad intelectual y moral parecían prometer de antemano un inevitable aniquilamiento?

Fríamente, el Kaw–djer sopesó la carga que se proponía llevar. Dio un repaso a sus deberes y buscó los mejores medios para llevarlos a cabo. ¿Impedir que aquella pobre gente muriera de hambre...? Sí, eso lo primero. Pero aquello era muy poco con respecto al conjunto de la obra. Vivir no es sólo satisfacer las necesidades materiales de los órganos; también es, y quizás mucho más, ser consciente de la dignidad humana; significa no pensar sólo en uno mismo y darse a los demás; significa ser

fuerte; significa ser bueno. Después de salvar de la muerte a aquellos seres vivientes, habría que hacer hombres de aquellos seres vivientes.

¿Serían capaces aquellos degenerados de elevarse a tal ideal? Todos, seguramente no, pero alguno quizás, si se les mostraba aquella estrella que no habían sabido ver en el cielo, si se les conducía de la mano hasta el final.

Así pensaba el Kaw–djer en la noche. Así, una detrás de otra, se trastocaron sus resistencias, sus últimas revueltas vencidas, y poco a poco se elaboró en su mente aquel plan directriz sobre el que en lo sucesivo iba a conformar todos sus actos.

El alba lo encontró en pie y de regreso a Bourg Neuf, donde tuvo la alegría de comprobar que el estado de Halg presentaba una ligera tendencia a mejorar. Ya en Liberia, desempeñó enseguida su papel de jefe.

Su primer acto sorprendió incluso a aquellos que más cerca estaban de él. Empezó por reunir a veinte o veinticinco albañiles y carpinteros que formaban parte del personal de la colonia, luego, agregándoles una veintena de colonos elegidos entre los que les era familiar el uso de la pica y de la pala, distribuyó a cada uno su tarea. Tenían que abrirse zanjas en el lugar por él indicado, con el fin de levantar las murallas de una de las casas desmontables que debía ser construida allí. Una vez estuviera la casa en el lugar, los albañiles aguantarían las paredes por medio de contrafuertes y la dividirían por tabiques según un plano que fue en el acto trazado en el suelo. Dadas las instrucciones y mientras se ponían manos a la obra bajo la dirección del carpintero Hobart elevado a las funciones de contramaestre, el Kaw–djer se alejó con diez hombres de escolta.

Algunos pasos más allá, se erigía la mayor de las casas desmontables. Allí habitaban cinco personas.

Lewis Dorick había elegido allí su domicilio en compañía de los hermanos Moore, de Sirdey y de Kennedy. Era allí hacia donde el Kaw–djer se dirigía en línea recta.

En el momento en que entró, los cinco hombres estaban enzarzados en una vehemente discusión. Al verle, se levantaron bruscamente.

–¿Qué viene a hacer aquí? –preguntó Lewis Dorick en tono rudo.

Desde la puerta, el Kaw–djer respondió con frialdad:

–La colonia hosteliana necesita esta casa.

–¡Que necesitan esta casa...! –repitió Lewis Dorick sin poder dar crédito a sus oídos, como se suele decir–. ¿Para hacer qué?

–Para su administración. Le invito a abandonarla al instante.

–¡Muy bien...! –aprobó irónicamente Dorick–. ¿Y a dónde iremos nosotros?

–Donde quieran. Nada les impide construirse otra.

–¡Ya...! ¿Y mientras qué?

–Se pondrán a su disposición unas tiendas.

–Y yo le ofrezco a usted la puerta –gritó Dorick rojo de cólera.

El Kaw–djer se apartó, dejando ver a su escolta armada que se había quedado fuera.

–En ese caso –dijo pausadamente– me veré en la obligación de emplear la fuerza.

Lewis Dorick comprendió rápidamente que cualquier resistencia habría sido inútil. Se batió en retirada.

–Está bien –gruñó–. Nos vamos... Sólo el tiempo de reunir lo que nos pertenece, porque, supongo, nos permitirá llevarnos...

–Nada –interrumpió el Kaw–djer–. Me ocuparé de que lo estrictamente personal les sea devuelto. Lo demás es propiedad de la colonia.

Aquello era demasiado. La rabia le hizo olvidar a Dorick la prudencia.

–¡Eso ya lo veremos! –gritó, llevando la mano a su cinturón.

Cuando se le arrancó, el cuchillo todavía no estaba fuera de su vaina. Los hermanos Moore se lanzaron en su auxilio. Al más grande, el Kaw–djer lo cogió por la garganta y lo tiró al suelo. En ese mismo instante, la guardia del nuevo jefe irrumpió en la ha-

bitación. No tuvieron que intervenir. Mantuvieron a raya a los cinco emigrantes que renunciaron a la lucha. Salieron sin oponer mayor resistencia.

El ruido del altercado había atraído a un cierto número de curiosos. Se apretujaban ante la puerta. Los vencidos tuvieron que abrirse paso entre la gente que antaño tanto les había temido. Soplaban otros vientos. Ahora tenían que soportar el abucheo general.

El Kaw–djer, ayudado por sus compañeros, procedió a una minuciosa visita de la casa de la que acababa de tomar posesión. Tal y como había prometido, todo lo que pudiera ser considerado como propiedad personal de los ocupantes anteriores, se puso a un lado para ser devuelto ulteriormente a los que tenían derecho sobre ello. Pero además de este tipo de objetos, hizo interesantes descubrimientos. Una de las habitaciones, la más apartada, había sido transformada en una auténtica despensa. Allí se amontonaba una importante reserva de víveres. Conservas, legumbres secas, corned beef, té y café, las provisiones eran tan abundantes como inteligentemente escogidas. ¿Con qué medios se las habían procurado Lewis Dorick y sus acólitos? Fuera cual fuese el medio, jamás habían sufrido de la carestía general, lo que no les había impedido, por lo demás, a gritar más fuerte que los otros y a ser los promotores de los disturbios en los que había caído el poder de Beauval.

El Kaw–djer hizo transportar los víveres a la explanada, donde fueron depositados bajo la protección de los fusiles; luego los obreros requisados para tal efecto y a los que se unió el cerrajero Lawson a título de contramaestre comenzaron a desmontar la casa.

Mientras proseguía este trabajo, el Kaw–djer, acompañado de algunos hombres de escolta, emprendió una serie de visitas domiciliarias por todo el campamento, que se realizó sin interrupción hasta haberlas acabado. Se registraron de arriba abajo casas y tiendas. Los resultados de estas investigaciones, que ocuparon la mayor parte de la jornada, fueron de una riqueza inesperada. Se

descubrieron escondites análogos al que ya habían encontrado en las casas de todos los emigrantes relacionados más o menos estrechamente con Lewis Dorick o Ferdinand Beauval, y también en las de aquellos que habían logrado reunir reservas en los días de abundancia relativa.

Cuando llegó el hambre, los posesores no habían sido los últimos en quejarse posiblemente para escapar de sospechas. El Kaw–djer reconoció entre ellos a más de uno que había implorado su ayuda y que había aceptado sin escrúpulos su parte de víveres retirados de las reservas del Bourg Neuf. Ahora, viéndose descubiertos, se sintieron muy molestos, aun cuando el Kaw–djer no manifestara con signo alguno los sentimientos que su astucia podía hacerle experimentar.

Y sin embargo, esta astucia le abría profundas perspectivas acerca de las leyes inflexibles que gobiernan el mundo. Al taparse los oídos a los gritos de desespero que el hambre arrancaba a sus compañeros de miseria, mezclando hipócritamente los suyos con el fin de evitar la repartición de lo que reservaban para sí mismos, aquellos hombres habían demostrado una vez más el instinto de feroz egoísmo que tiende únicamente a la conservación del individuo. En realidad, su conducta había sido la misma que si hubieran sido, en lugar de criaturas razonables y sensibles, simples agregados de sustancia material, obligados a obedecer ciegamente a la fatalidad fisiológica de la célula inicial de la que habían salido.

Pero para convencerse, el Kaw–djer no tenía ya necesidad de aquella demostración suplementaria que desgraciadamente no iba a ser la última. Si su sueño, al derrumbarse, no había dejado más que un terrible vacío en su corazón, no tenía intención alguna en reconstruirlo. La elocuente brutalidad de las cosas le había demostrado su error. Comprendía que imaginando sistemas, había realizado una labor de filósofo, no de sabio, y que, de este modo, había pecado contra el espíritu científico que, prohibiéndose especulaciones aventuradas, se atiene a la experiencia y al examen puramente objetivo de los hechos. Ahora bien, las virtudes y los vicios de la humanidad, su grandeza y sus debilidades, su

prodigiosa diversidad, son hechos que hay que saber reconocer y con los que hay que contar.

Y además, ¡qué falta de razonamiento había cometido al condenar en bloque a todos los jefes, bajo el pretexto de su falta de impecabilidad y de que la perfección original de los hombres los convierte en inútiles! ¿No eran como los demás, aquellos hombres poderosos hacia los que se había mostrado tan severo? ¿Por qué tendrían ellos que tener el privilegio de ser imperfectos? Por el contrario, ¿no habría debido concluir lógicamente de su imperfección la de los demás y, por consiguiente, no habría debido de reconocer la necesidad de las leyes y de aquellos que tienen la misión de aplicarlas?

Su famosa fórmula se desmoronaba, se hacía polvo. «Ni Dios, ni patrón», había proclamado, y ahora tuvo que confesar la necesidad de un patrón. De la segunda parte de su proposición no quedaba nada, y su destrucción quebrantaba la solidez de la primera. Ciertamente, no iba a sustituir su negación por una afirmación. Pero, al menos, conocía la noble duda del sabio que ante los problemas cuya solución es actualmente imposible, se detiene en el umbral de lo desconocido y considera contrario a la esencia misma de la ciencia decretar sin pruebas que en el universo no hay nada más que la materia y que todo está sometido a sus leyes. Comprendía que en tales cuestiones sólo podía situarse en una prudente expectativa y que si cada uno es libre de lanzar su explicación personal del misterio universal en la batalla de hipótesis, toda afirmación categórica no podía ser más que una presunción o un absurdo.

De todos los descubrimientos, el más importante fue el que se hizo en la bicoca que el irlandés Patterson ocupaba con Long, único superviviente de los dos compañeros. Entraron por rutina. Era tan pequeña que parecía difícil que se hubiera dispuesto un escondite de cierta importancia. Pero Patterson había remediado con sus malas artes la exigüedad del local, cavando una especie de sótano disimulado por un tosco suelo de madera.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

Fue prodigiosa la cantidad de víveres que se encontraron allí. Había tantos como para alimentar a la colonia entera durante ocho días. Aquella increíble pila de provisiones de todo tipo adquiría una significación trágica cuando se evocaba el recuerdo del desgraciado Blaker, muerto de hambre en medio de riquezas, y el Kaw–djer sintió como un escalofrío, pensando lo que debía ser el alma tenebrosa de Patterson, para haber permitido que el drama llegara a su fin.

Por lo demás, el irlandés no ofrecía ningún aspecto de culpable. Por el contrario, se mostró arrogante y protestó enérgicamente contra la expoliación de la que era víctima. Desplegando en vano toda su indulgencia, el Kaw–djer tuvo a bien explicarle la necesidad de que todos contribuyeran a la salvación común. Patterson no quiso saber nada de todo aquello. La amenaza de emplear la fuerza no tuvo mayor éxito. No se le logró intimidar como a Lewis Dorick. ¿Qué le importaba a él la escolta del nuevo jefe? El avaro habría defendido sus bienes contra un ejército. Ahora bien, aquello le pertenecía, eran sus bienes, eran provisiones acumuladas a costa de innumerables privaciones. Se las había impuesto no por el interés general, sino por el suyo propio. Si era imprescindible que le desproveyeran de ellas, entonces tenían que cambiarle en dinero el equivalente de lo que tomaban.

En otra ocasión, semejante argumentación habría hecho reír al Kaw–djer. Ahora le hacía reflexionar. Después de todo, Patterson tenía razón. Si se quería devolver la confianza a los hostelianos desamparados, convenía volver a dignificar las reglas, a las que estaban acostumbrados a ver universalmente respetadas. Y la primera de todas las reglas consagradas por el consentimiento unánime de los pueblos de la tierra, es el derecho de propiedad.

Fue por esto por lo que el Kaw–djer escuchó con paciencia la defensa de Patterson y fue por eso por lo que le aseguró que no se trataba en modo alguno de expoliación, sino que todo lo que se requisaba por el bien general debería ser pagado a justo precio por la comunidad. El avaro dejó inmediatamente de protestar, pero fue para ponerse a gemir. ¡Todas las mercancías eran raras

en la isla Hoste y por tanto, caras...! ¡La menor de las cosas adquiría allí un valor increíble...! Antes de llegar a un acuerdo, el Kaw–djer tuvo que discutir largamente la importancia de la suma a pagar. Al final, el mismo Patterson ayudó al traslado.

Hacia las seis de la tarde, todas las provisiones encontradas fueron depositadas por fin en la explanada. Formaban un respetable montón. Después de valorarlas con un vistazo y teniendo en cuenta las reservas del Bourg Neuf, el Kaw–djer estimó que un racionamiento severo las haría durar cerca de dos meses.

Se procedió inmediatamente a la primera distribución. Los emigrantes iban desfilando, y cada uno de ellos recibió para él y para su familia la parte atribuida. Abrían grandes ojos al descubrir tal acumulación de riquezas, cuando el día anterior habían creído morir de hambre. Parecía un milagro, un milagro cuyo autor había sido el Kaw–djer.

Una vez terminada la distribución, éste regresó al Bourg Neuf en compañía de Harry Rhodes y ambos se dirigieron a ver a Halg. La mejoría persistía en el estado del herido, a quien Tullia y Graziella continuaban cuidando, tal y como tuvieron la alegría de comprobar.

Tranquilo ya por este lado, el Kaw–djer reemprendió con fría obstinación la ejecución del plan que la noche precedente se había trazado durante su largo insomnio. Se giró hacia Harry Rhodes y le dijo con voz grave:

–Ha llegado la hora de hablar, señor Rhodes. Sígame, se lo ruego.

La severa y al mismo tiempo dolorosa expresión de su rostro sorprendió a Harry Rhodes, que obedeció en silencio. Ambos desaparecieron en la habitación del Kaw–djer, echando cuidadosamente el cerrojo.

La puerta se volvió a abrir una hora más tarde, sin que se transpirara nada de lo que se había dicho en el curso de aquella entrevista. El Kaw–djer tenía su aspecto habitual, quizás aún más glacial, pero Harry Rhodes parecía transfigurado por la alegría. Se inclinó con una especie de deferencia ante su huésped, que le

había acompañado hasta la puerta de la casa, antes de estrechar calurosamente la mano a quien se la tendía; luego, en el momento de dejarle:

–Cuente conmigo –dijo.

–Cuento con usted –respondió el Kaw–djer, siguiendo con la mirada a su amigo que se alejaba en la oscuridad.

Cuando Harry Rhodes hubo desaparecido, le tocó el turno a Karroly.

Le llamó aparte y le dio instrucciones que el indio escuchó con su respeto habitual; luego, infatigable, atravesó por última vez la llanura y fue, como el día anterior, a conciliar el sueño en la explanada de Liberia.

Fue él quien, al alba, dio la señal para despertar a los colonos. Convocados por él, pronto estuvieron reunidos en el lugar.

–Hostelianos –dijo en medio de un profundo si-lencio–, se os van a distribuir víveres por última vez. De ahora en adelante, los víveres se venderán según los precios que estableceré en provecho del Estado. Como a nadie le falta dinero, nadie peligra de morir de hambre. Además, la colonia necesita brazos. Todos los que de entre vosotros se presenten, serán empleados y pagados. A partir de este momento, el trabajo es la ley.

Es imposible contentar a todo el mundo y no hay duda de que este breve discurso disgustó cruelmente á muchos; pero, por otro lado, galvanizó literalmente a la mayoría de los auditores. Alzaron sus frentes, enderezaron sus torsos, como si se les hubiera infundido una nueva fuerza. ¡Por fin salían de su inactividad! Se les necesitaba. Iban a servir para algo. Ya no eran inútiles. Adquirían a la vez la certidumbre del trabajo y de la vida.

Un inmenso « ¡hurra! » salió de sus pechos, y los brazos se tendieron hacia el Kaw–djer, con los músculos endurecidos, dispuestos a la acción.

En el mismo momento, como una respuesta a la multitud, un débil grito de llamada retumbó en la lejanía.

El Kaw–djer se giró y vio en el mar a la Wel–Kiej y a Karroly sosteniendo el timón; Harry Rhodes, de pie en la proa, agitaba la

mano con gesto de adiós, mientras que la chalupa se alejaba hacia el sol con las velas henchidas.

## Capítulo II
## La ciudad naciente

Inmediatamente, el Kaw–djer organizó el trabajo. Fueron aceptados los brazos de todos aquellos que se ofrecieron que, hay que decir, fue la inmensa mayoría de colonos. Divididos por equipos bajo la autoridad de contramaestres, unos comenzaron una carretera que debía unir Liberia con el Bourg Neuf, otros se dedicaron al traslado de casas desmontables que hasta entonces se habían edificado de modo arbitrario y, por tanto, se trataba de disponerlas de una manera más lógica. El Kaw–djer indicó los nuevos emplazamientos, unos paralelamente y otros en parte opuesta a la antigua vivienda de Dorick que ya empezaba a levantarse más o menos en el lugar ocupado anteriormente por el «palacio» de Beauval.

Desde el principio, se presentó una dificultad. Para todos aquellos trabajos, se necesitaban herramientas. Los emigrantes que, por una u otra causa, habían tenido que abandonar sus explotaciones del interior, no se habían tomado el trabajo de llevarse sus herramientas. Tuvieron que ir a buscarlas; así pues el primer trabajo de la mayor parte de trabajadores fue procurarse los instrumentos de trabajo.

Tuvieron que rehacer una vez más el camino tan penosamente recorrido, cuando habían venido a refugiarse a Liberia.

Pero las circunstancias no eran las mismas y les pareció infinitamente menos penoso. La primavera había reemplazado al invierno, no les faltaban víveres y la certidumbre de ganarse la vida al regreso les producía un gran gozo. En diez días, los últi-

mos ya estaban de vuelta. Entonces las obras estaban ya en pleno apogeo. La carretera se alargaba a ojos vistas. Las casas se agrupaban poco a poco de modo armónico, rodeadas por amplios espacios que en el futuro serían jardines, y separadas por anchas calles que concedían a Liberia un aspecto de ciudad en lugar del de campamento provisorio. Al mismo tiempo, se procedía a la recogida de detritus e inmundicias que la dejadez de los habitantes había permitido amontonar.

Habiéndose comenzada por la antigua casa de Dorick, también fue la primera en ser más o menos habitable. No se había necesitado mucho tiempo para desmontar aquella frágil construcción y para reedificarla en su nuevo emplazamiento, aunque ahora mucho más agrandada. No estaba aún terminada, pero sus paredes, afincadas sólidamente en el suelo, estaban en pie y él techo en su sitio, al igual que los tabiques divisorios del interior. Para instalarse en la casa no era necesario esperar a que se terminaran los contramuros exteriores.

Fue el 7 de setiembre cuando el Kaw–djer tomó posesión de ella. La planificación era de lo más simple. En el centro, un almacén en el cual se depositó un stock de provisiones y alrededor de este almacén, uña serie de habitaciones que se comunicaban entre sí. Estas habitaciones daban a las fachadas norte, este y oeste; sólo una, al sur y sin salida al exterior, dependía de las demás.

Unas inscripciones, trazadas con letras pintadas sobre paneles de madera, indicaban la destinación de aquellas diversas salas. «Gobierno», «Tribunal», «Policía», decían respectivamente las inscripciones del norte, del oeste y del este. En cuanto al último de estos locales, nada indicaba su función, pero pronto corrió el rumor de que allí se encontraría la Prisión.

Así pues, el Kaw–djer no se fiaba únicamente de la sabiduría de sus semejantes y para que la autoridad estuviera sólidamente asentada, la sustentó en trípode: la justicia, en el sentido social del término, la fuerza y el castigo. Su prolongada y estéril revuelta desembocaba en la aplicación de altas reglas, en lo que éstas

tienen de más absoluto, al margen de las cuales la imperfección humana ha hecho todo progreso y toda civilización imposibles, desde el origen de los tiempos.

Pero los locales, las inscripciones, precisando el uso que se iba a hacer de ellos no eran, en suma, más que un esqueleto de administración. Hacían falta funcionarios para ejercer las funciones. El Kaw–djer los designó sin tardanza. Hartlepool fue situado a la cabeza de la policía con cuarenta hombres escogidos después de una rigurosa selección y exclusivamente de entre la gente casada. En cuanto al Tribunal, el Kaw–djer, reservándose personalmente la presidencia, confió sus servicios a Ferdinand Beauval.

No hay duda de que la segunda de estas designaciones podía resultar sorprendente. No obstante, no fue la primera de este tipo. Algunos días antes, el Kaw–djer había hecho otra, por lo menos tan sorprendente.

El pago de salarios y la venta de raciones representaban ahora una tarea absorbente: El intercambio de trabajo y víveres, aún cuando la operación fuera simplificada por el intermediario del dinero, exigía una auténtica contabilidad, y aquella contabilidad, un contable. En tal calidad, nombró el Kaw–djer a John Rame cuya existencia de placeres le había costado a la vez la salud y su fortuna.

¿Qué fin había perseguido aquel degenerado participando en una empresa de colonización? Sin duda, ni él mismo lo sabía, y había obedecido a sueños imprecisos de vida fácil en un país vago y quimérico. La realidad, infinitamente más ruda, le había ofrecido los inviernos de la isla Hoste y era un milagro que aquel débil ser lo hubiera resistido. Empujado por la necesidad, había intentado en vano, desde el establecimiento del nuevo régimen, unirse a los jornaleros ocupados en la construcción de la carretera. Desde la tarde del primer día tuvo que renunciar, agotado, destrozado por el cansancio vio, con sus blancas manos desgarradas por los bloques de roca. Le produjo gran alegría aceptar el empleo que el Kaw–djer le atribuía y por el cual su insignificante personalidad fue rápidamente absorbida. Se encogió aún más, se

identificó con sus columnas de cifras y desapareció en su función como en una tumba. No se oiría hablar más de él.

Saber utilizar para la grandeza del Estado hasta la más ínfima de las fuerzas sociales de las que dispone, es quizá la cualidad fundamental de un conductor de hombres. Ante la imposibilidad de hacerlo todo por sí solo, necesita rodearse de colaboradores y es en su elección donde se manifiesta con la mayor evidencia el genio de un jefe.

Por singulares que fueran, los elegidos por el Kaw–djer eran los mejores de los que podía disponer en la situación donde la suerte le había colocado. No tenía más que un fin: obtener de cada uno el máximo de rendimiento en provecho de la colectividad. Así, Beauval, a pesar de su incapacidad en otros aspectos, no dejaba de ser un abogado de valía. Estaba pues cualificado, más que ningún otro, para asegurar el curso de la justicia, siempre que un jefe le vigilara sabiendo contener sus fantasías.

En cuanto a John Rame, era el más inútil de los colonos. Era digno de admiración que se hubiera podido sacar algo de aquel pingo sin energía ni voluntad que no servía para nada.

Mientras la administración del Estado hosteliano se organizaba de aquella forma, el Kaw–djer desplegaba una actividad prodigiosa.

Había abandonado definitivamente el Bourg Neuf. Trasladados sus instrumentos, libros, medicamentos a la «Gobernación» –así se llamaba ahora la antigua casa de Lewis Dorick– se tomaba tan sólo algunas horas de reposo al día. El resto del tiempo, lo pasaba en todos sitios a la vez. Animaba a los trabajadores, resolvía las dificultades a medida que se presentaban, mantenía con calma y firmeza el orden y la concordia. A nadie se le hubiera ocurrido protestar o entablar una discusión en su presencia. No tenía más que aparecer para que el trabajo se activara, para que los músculos rindieran al máximo de sus fuerzas.

Ciertamente, la mayor parte de aquel pueblo miserable que había decidido conducir hacia mejores destinos, ignoraba de qué drama había sido teatro su conciencia, y si lo hubiera sabido, no

habría sido lo suficiente psicólogo y le faltaba demasiado idealismo para sospechar tan sólo qué estragos había producido un conflicto de puras abstracciones, tan distintas a sus preocupaciones materiales. Pero sólo con mirar a su jefe, les habría bastado para comprender que un dolor secreto le devoraba. Si el Kaw–djer no había sido nunca un hombre expansivo, ahora parecía de mármol. Su rostro impasible ya no sonreía sus labios no se entreabrían más que para decir lo indispensable con el mínimo de palabras. Además aparecía de forma temible, tanto a causa de su aspecto de vigor hercúleo como por la fuerza armada de la que disponía. Pero si se le temía, también se admiraba a un mismo tiempo su inteligencia y su energía, y se le quería por la bondad que siempre latía bajo su actitud glacial y por todos los servicios que de él habían recibido y que aún recibirían.

La multiplicidad de ocupaciones no agotaba, en efecto, la actividad del Kaw–djer, y el jefe no perjudicaba al médico. Ni un solo día dejaba de ir a ver a los enfermos y a los heridos del motín. Pero cada vez había menos que hacer. La salud pública mejoraba rápidamente bajo la triple influencia de la estación, más claramente, de la paz moral y del trabajo.

Naturalmente, de todos los enfermos y heridos, Halg era el más querido. Hiciera el tiempo que hiciera y fuese cual fuese su cansancio, no dejaba de acudir mañana y tarde a la cabecera del joven indio del que ni Graziella ni su madre se alejaban. Tenía la alegría de comprobar una mejoría progresiva. Pronto se supo con seguridad que la herida del pulmón empezaba a cerrarse. El 15 de noviembre, Halg pudo abandonar definitivamente el lecho sobre el que yacía desde hacía un mes.

Aquel día el Kaw–djer se dirigió a la casa habitada por la familia Rhodes.

–¡Buenos días, señora Rhodes...! ¡Buenos días, hijos! –dijo al entrar.

–¡Buenos días, Kaw–djer! –le respondieron al unísono.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

En aquella atmósfera tan cordial, siempre perdía algo de su frialdad. Edward y Clary corrieron hacia él. Abrazó a la joven paternalmente y acarició la mejilla del muchacho.

–¡Por fin le vemos, Kaw–djer...! –exclamó la señora Rhodes–. Pensé que había muerto.

–Tengo mucho que hacer, señora Rhodes.

–Lo sé, Kaw–djer, lo sé –contestó la señora Rhodes–. Pero a mí me hace mucha ilusión verle... Espero que me dé noticias de mi marido.

–Su marido se ha ido, señora Rhodes. Es eso todo lo que le puedo decir.

–¡Muchas gracias por la información...! Falta saber cuándo volverá.

–No pronto, señora Rhodes. Su viudedad está lejos de haber terminado.

La señora Rhodes suspiró con tristeza.

–No tiene por qué estar triste, señora Rhodes –respondió el Kaw–djer–. Todo se arreglará con un poco de paciencia... Además, le voy a procurar ocupaciones, es decir, distracción. Se tendrá que mudar, señora Rhodes.

–¡Mudar... !

–Sí... Para instalarse en Liberia.

–¡En Liberia...! ¿Pero, señor, qué voy a hacer allí?

–Vender, señora Rhodes. Usted será sencillamente la comerciante más importante del país, en primer lugar, ¡y es una razón! porque no hay otras, y también, espero, porque sus negocios prosperarán sorprendentemente.

–¡Comerciante...! ¿Mis negocios:..? –repitió la señora Rhodes, estupefacta–. ¿Qué negocios, Kaw–djer?

–Los del bazar Harry Rhodes. Supongo que no habrá olvidado usted que posee una magnífica mercancía. Ha llegado el momento de hacer uso de ella.

–¡Cómo...! –objetó la señora Rhodes–. Pretende usted que yo sola... sin mi marido...

–Sus hijos la ayudarán –interrumpió el Kaw–djer–. Ya tienen edad para trabajar y aquí todo el mundo trabaja. No quiero gente ociosa en la isla Hoste.

La voz del Kaw–djer adquirió un tono de seriedad. Bajo el amigo que aconsejaba, salía el jefe que iba a ordenar.

–Cuando Halg esté completamente curado, Tullia Ceroni y su hija le echarán una mano –le respondió–. Por otra parte, no tiene usted derecho a dejar inservibles unos objetos que son susceptibles de aumentar el bienestar de todos.

–Pero estos objetos representan casi toda nuestra fortuna –objetó la señora Rhodes que parecía alterada–. Qué dirá mi marido cuando se entere que los he arriesgado en un país tan revuelto, donde la seguridad...

–Es perfecta, señora Rhodes –terminó el Kaw–djer, perfecta, puede usted creerme. No hay país más seguro que éste.

–Pero vamos a ver, ¿qué quiere usted que haga con todas estas mercancías? –preguntó la señora Rhodes.

–Venderlas.

–¿A quién?

–A los compradores.

–¿Pero existen y tienen dinero?

–¿Lo duda usted? Sabe usted muy bien que todo el mundo lo tenía al partir. Ahora lo ganan.

–¡Que ganan dinero en la isla Hoste!

–Perfectamente. Trabajando para la colonia que proporciona empleos y paga.

–¿Así que la colonia también tiene dinero... ¡Eso sí que es una novedad!

–La colonia no tiene dinero –explicó el Kaw–djer–, pero se lo procura vendiendo los víveres que sólo ella posee. Eso ya lo debe saber, pues que usted paga los suyos.

–Es cierto –reconoció la señora Rhodes–. Pero si no se trata más que de un intercambio, si los colonos se ven obligados a pagar para alimentarse lo que han ganado con su trabajo, no veo cómo van a poder ser clientes míos.

–Tranquilícese, señora Rhodes. Yo establezco los precios de tal modo que los, colonos puedan ahorrar algo.

–¿Entonces quién da la diferencia?

–Yo, señora Rhodes.

–Así, debe ser usted muy rico, Kaw–djer.

–Eso parece.

La señora Rhodes miró a su interlocutor boquiabierta. Aquél no se dio por enterado.

–Considero que es muy importante, señora Rhodes –prosiguió con firmeza–, que su tienda si abra en breve plazo.

–Como usted diga, Kaw–djer –acordó la señora Rhodes sin entusiasmo.

Cinco días más tarde, el Kaw–djer había sido obedecido. Cuando el 20 de noviembre Karroly estuvo de vuelta con la Wel–Kiej, encontró el bazar Rhodes en pleno funcionamiento.

Karroly regresaba solo, después de haber desembarcado al señor Rhodes en Punta Arenas; nada más pudo responder a las ansiosas preguntas de la señora Rhodes que también pidió en vano explicaciones al Kaw–djer. Este se contentó con asegurarle que no debía inquietarse, sino simplemente, armarse de paciencia; la ausencia del señor Rhodes debía prolongarse bastante tiempo más.

En cuanto a Karroly, se quedaba maravillado ante todo lo que veía. ¡Qué cambios en menos de un mes! Liberia estaba irreconocible. Apenas algunas casas permanecían aún en sus antiguos emplazamientos. La mayor parte estaban ahora agrupadas en torno a la que se designaba con el nombre de Gobernación. Las más próximas abrigaban a cuarenta familias, cuyos jefes, armados con los fusiles de la reserva, constituían la policía de la colonia. Los ocho fusiles que no se usaban se habían dispuesto en el puesto de guardia situado entre la casa del Kaw–djer y la de Hartlepool, que muchos hombres vigilaban día y noche. En cuanto a la provisión de pólvora, se había guardado en el almacén dispuesto en el centro del inmueble y sin salida al exterior.

Un poco más lejos, se encontraba el bazar Rhodes. Aquel bazar maravillaba, en especial, a Karroly. Ninguna de las tiendas de Punta Arenas, única ciudad que el indio hubiera visto en su vida, la igualaba a sus ojos en esplendor.

Más allá, hacia el este y hacia el oeste, proseguía el trabajo. Se aplanaba el suelo destinado a afincar las últimas casas desmontables y más allá, por todas partes, se trabajaba de la misma forma. Por encima de la tierra, comenzaban a elevarse ya otras casas, unas de madera, otras de albañilería.

Entre las casas dispuestas según la rigurosa planificación que no dejaba lugar para las fantasías individuales, se entrecruzaban en ángulo recto auténticas calles, con la suficiente anchura para permitir el paso simultáneo de cuatro vehículos. A decir verdad, aquellas calles estaban todavía algo cenagosas y con zanjas, pero el pisoteo de los colonos endurecía el suelo día a día.

La carretera comenzada en dirección al Bourg Neuf había atravesado la llanura pantanosa y ya se unía oblicuamente con el río. En las orillas se amontonaban multitud de piedras, con vistas a la construcción de un puente más sólido que el provisional existente.

El Bourg Neuf casi estaba desierto. A excepción de cuatro marineros del Jonathan y de tres colonos más resueltos a ganarse la vida pescando, sus antiguos habitantes lo habían abandonado para ir a Liberia, donde les requerían sus ocupaciones. Las embarcaciones partían cada mañana del Bourg Neuf, convertido así exclusivamente en un puerto de pesca, para volver hacia el atardecer, cargadas de peces que fácilmente encontraban compradores.

De todos modos y a pesar de la disminución la población, no se había tirado ninguna de las casas del suburbio. Así lo había decidido el Kaw–djer. La de Karroly estaba pues todavía en pie y el indio tuvo la alegría de encontrar allí a Halg casi completamente curado.

Pero tuvo una gran pena de regresar a casa sin el Kaw–djer, cuya nueva existencia les separaba para siempre. ¡Se había termi-

nado aquella vida en común de tantos años...! Cómo había cambiado... Al volver a ver a su fiel indio, apenas había bosquejado una sonrisa, apenas había consentido en interrumpir por unos minutos su devoradora actividad

Aquel día, al igual que todos los otros, y después de una mañana consagrada a diversos trabajos cotidianos, el Kaw–djer examinó la situación de la colonia, tanto desde un punto de vista financiero como desde un punto de vista del estado del stock de víveres; luego regresó a las obras de la carretera.

Era la hora del descanso. Habiendo abandonado las picas y las palas, la mayor parte de jornaleros dormitaban en el suelo y ofrecían al sol sus velludos pechos; otros mascaban lentamente su ración intercambiando vacías y raras palabras. A medida que el Kaw–djer pasaba, la gente tendida en el suelo se enderezaba, las conversaciones se interrumpían y todos se quitaban sus gorras, acompañando el gesto con una palabra de saludo.

«¡Hola, gobernador!», iban diciendo aquellos hombres rudos.

El Kaw–djer respondía con la mano sin pararse.

Había recorrido ya la mitad del camino cuando vio, no lejos del río, un grupo de una centena de emigrantes, entre los que se distinguían algunas mujeres. Apresuró el paso. Pronto llegaron a sus oídos los sonidos de un violín, procedentes de aquel grupo.

¿Un violín...? Era la primera vez, desde la muerte de Fritz Gross que un violín sonaba en la isla Hoste.

Se mezcló entre la aglomeración que se abrió en filas ante él. En el centro había dos niños. Uno de ellos tocaba bastante torpemente. Mientras tanto, el otro colocaba en el suelo cestos de juncos trenzados y ramos de flores del campo: hierba, caña, brezos y ramas de acebo.

Dick y Sand... El Kaw–djer se había olvidado de ellos en medio de aquella tormenta que había trastornado su vida. Por lo demás, ¿por qué hubiera pensado más en aquellos niños que en los otros de la colonia? También ellos tenían una familia en la valiente y honesta persona de Hartlepool. En verdad, el pequeño Sand no había perdido el tiempo. Habían transcurrido menos de

tres meses desde que había heredado el violín de Fritz Gross, y tenía que poseer muy raras dotes musicales, para que, sin maestro y sin consejos, hubiera llegado tan de prisa a semejantes resultados. Ciertamente no era un virtuoso y no había razón alguna para creer que lo llegara a ser jamás, puesto que siempre le faltaría la técnica elemental, pero lo tocaba sin desafinar y encontraba, sin parecer buscarlas, ingenuas melodías, ingeniosas y encantadoras, que iba uniendo unas con otras por medio de modulaciones de una feliz audacia.

El violín dejó de sonar. Habiendo terminado su inventario, Dick tomó la palabra.

–¡Honorables hostelianos! –dijo con un cómico énfasis y enderezando lo mejor que pudo su pequeña estatura, mi socio, especialmente encargado de la sección artística y musical de la Casa Dick & Co., el ilustre maestro Sand, violinista ordinario de Su Majestad el Rey del cabo de Hornos y otros lugares, agradece a Sus Honores la atención que han tenido a bien prestarle...

Dick soltó un «¡uf!» sonoro, volvió a tomar aliento y prosiguió con mayor brío.

–El concierto, honorables hostelianos, es gratuito, pero no así nuestras otras mercancías que me atrevo a decir, son aún más maravillosas y sobre todo más sólidas. La Casa Dick & Co. pone hoy a la venta ramos de flores y cestas. Estas resultarán muy cómodas para ir al mercado... ¡cuando haya uno en la isla Hoste! ¡A un centavo el ramo...! ¡A un centavo la cesta...! ¡Vamos, honorables hostelianos! ¡Por favor, mano al bolsillo, decídanse!

Mientras decía eso, Dick iba dando la vuelta círculo, presentando las muestras de su mercancía y al unísono, para poner mayor entusiasmo, el violín entonaba canciones con mayor brío.

Los espectadores se reían mientras tanto, y por sus palabras, el Kaw–djer comprendió que no asistía por vez primera a una escena semejante. No había duda de que Dick y Sand tenían la costumbre de recorrer las obras a las horas de descanso y de hacer aquel singular comercio. Era un milagro que no los hubiera visto antes.

En un abrir y cerrar de ojos, Dick había vendido ramos de flores y cestas.

–¡No queda más que una cesta, señoras y señores! –anunció–. ¡La más bonita! ¡A dos centavos la última y la mejor cesta!

Un ama de casa dio los dos centavos.

–¡Muchas gracias, señoras y señores! ¡Ocho centavos...! ¡Es una fortuna! –gritó Dick, esbozando un paso de giga.

La giga fue parada en seco. El Kaw–djer había cogido al bailarín por la oreja.

–¿Qué quiere decir esto? –interrogó severamente.

Con un vistazo disimulado, el niño se esforzó por adivinar el humor real del Kaw–djer, luego tranquilizado, respondió con la mayor seriedad:

–Trabajamos, gobernador.

–¡A eso le llamas trabajar! –exclamó el Kaw–djer soltando a su prisionero.

Este aprovechó para volverse completamente y mirando cara a cara al Kaw–djer:

–Nos hemos establecido –dijo sacando pecho–. Sand toca el violín y yo vendo flores y cestería... Algunas veces hacemos recados... o vendemos conchas... ¡Yo sé bailar... y hacer malabarismos. No me dirá que eso no son profesiones, gobernador!

El Kaw–djer sonrió a pesar suyo.

–¡En efecto...! –reconoció–. ¿Pero es que tenéis necesidad de dinero?

–¡Es para su sobrecargo[16], para el señor John Rame, gobernador!

–¡Cómo...! –exclamó el Kaw–djer–. ¡John Lame coge vuestro dinero...!

–Él no nos lo coge, gobernador –replicó Dick–, porque somos nosotros que se lo damos para las raciones.

Aquella vez, el Kaw–djer parecía completamente aturullado. Repitió:

[16] Contable que existe a veces a bordo de los navíos.

–¿Para las raciones...? ¿Vosotros os pagáis la comida...? ¿No vivís ya con el señor Hartlepool?

–Sí, gobernador, pero es igual...

Dick hinchó sus mejillas, luego, imitando al Kaw–djer hasta el punto de confundirse a pesar de la reducción de la escala, dijo con graciosísima gravedad:

–¡El trabajo es la ley!

¿Sonreír o enfadarse...? El Kaw–djer se decidió por sonreír. En efecto, no cabía duda alguna. Evidentemente, Dick no tenía intención alguna de mofarse. Así pues, ¿por qué amonestar a aquellos dos niños tan deseosos de «arreglárselas», mientras que tantas personas mayores tenían tal propensión a arrimarse a otros?

Les preguntó:

–¿Al menos vuestro «trabajo» os proporciona de qué vivir?

–¡Ya lo creo! –afirmó Dick dándose importancia——. Doce centavos al día, a veces, quince, ¡eso es lo que nos proporciona nuestro trabajo, gobernador...! Con eso, un hombre puede vivir –añadió con la mayor seriedad del mundo.

¡Un hombre...! Los auditores estallaron de risa. Dick, ofendido, miró a los que se reían.

–¿Qué les pasa a estos idiotas... ? –murmuro entre dientes con aire picado.

El Kaw–djer insistió en el asunto:

–Quince centavos, no está mal, en efecto –reconoció–. Pero ganaríais más si ayudarais a los albañiles o a los jornaleros.

–Imposible, gobernador –replicó Dick con vivacidad.

–¿Por qué imposible? –insistió el Kaw–djer.

–Sand es demasiado pequeño. No tendría fuerza suficiente –explicó Dick, cuya voz expresaba una auténtica ternura que no dejaba de ocultar una chispa de desdén.

–¿Y tú?

¡Había que oír el tono...! Él, sin duda, tenía fuerza. Dudarlo habría sido una injuria para él.

–¿Entonces?

–No sé... –balbuceó Dick todo pensativo–. No me dice nada...

Luego, en una explosión:

–Yo, gobernador, ¡amo la libertad!

El Kaw–djer observaba con interés a aquel hombrecito que con la cabeza desnuda y los cabellos revueltos por la brisa, se erguía recto ante él, sin bajar sus brillantes ojos. Se reconoció en aquella naturaleza generosa pero excesiva. El también había amado la libertad por encima de todo, él también se había mostrado impaciente ante cualquier cortapisa, y la coacción le había parecido tan odiosa que había hecho partícipe de su repugnancia a toda la humanidad. La experiencia le había demostrado su error, dándole pruebas de que los hombres, lejos de tener la insaciable necesidad de libertad que él les suponía, podían amar, por el contrario, un yugo que les hiciera vivir y que, en ocasiones, era bueno que los niños pequeños y grandes tuvieran un patrón.

Replicó:

–La libertad, hijo mío, hay que ganarla primero, siendo útil a los demás y a uno mismo Y por eso, hay que empezar por obedecer. Iréis a ver Hartlepool de mi parte y le diréis que os emplee según vuestras fuerzas. Ya me ocuparé de que Sand pueda continuar con su música. ¡Vamos, niños!

Aquel encuentro atrajo la atención del Kaw–djer que tenía un problema que le interesaba resolver. Los niños pululaban por la colonia. Vagabundeaban todo el día ociosos y lejos de la vigilancia de sus padres. Para fundar un pueblo, había que preparar a las generaciones futuras que recogieran la sucesión de antecesores. Se imponía en breve plazo la creación de una escuela.

Pero era imposible hacerlo todo a la vez. Fuera tal cual fuese la importancia de aquella cuestión, la dejó a un lado hasta el regreso de una visita de inspección que deseaba hacer en el interior de la isla. Desde que había asumido la carga del poder, proyectaba este viaje, que había ido dejando día tras día por otras preocupaciones más imperiosas. Ahora no cometería ninguna imprudencia

alejándose. La máquina había recibido suficiente impulso como para funcionar sola durante algún tiempo.

Iba a partir finalmente dos días después de la llegada de Karroly, cuando un incidente le obligó a un nuevo retraso. Una mañana, los ruidos de un violento altercado atrajeron su atención. Cuando se dirigía hacia el lugar de donde procedía el jaleo, vio a un centenar de mujeres que discutían alteradas delante de una cerca de gruesos maderos que les interceptaba el paso. Al principio, el Kaw-djer no comprendió la causa. Aquella cerca era la que delimitaba el recinto de Patterson, pero, días antes, no le había parecido que llegara hasta tan lejos.

Enseguida le informaron.

Patterson, que, desde la primavera anterior, se había dedicado al cultivo de hortalizas, había visto su esfuerzo coronado de éxito aquel año. Trabajador infatigable, había obtenido una abundante recolección y, desde la caída de Beauval, los demás habitantes de Liberia se solían aprovisionar allí de legumbres frescas.

Su éxito era debido, en gran parte, al emplazamiento que había escogido. Junto al mismo los ríos tenía agua en abundancia. Y era precisamente aquella situación privilegiada, la causa del conflicto actual.

Los cultivos de Patterson, extendidos en un espacio de doscientos o trescientos metros, dominaban el único punto por el que era accesible el río, en las proximidades de Liberia. Río abajo, estaba bordeado, por la derecha, por una llanura cenagosa que impedía el acceso hasta el puentecillo establecido en la desembocadura, es decir, a más de mil quinientos metros al oeste. Río arriba, la orilla se elevaba bruscamente para caer en picado, a lo largo de más de una milla.

Las amas de casa de Liberia se encontraban en la obligación de atravesar el cercado de Patterson. para ir a buscar el agua necesaria para la casa, y por ello el propietario de aquel cercado había dispuesto hasta entonces un hueco en la barrera que lo delimitaba. Pero luego se dio cuenta de que el pasó constante a través de su propiedad atentaba contra sus derechos y causaba múltiples


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

daños. Así pues, la noche precedente había cerrado sólidamente la abertura con la ayuda de Long y de ahí, la grave decepción y la gran cólera de las amas de casa que de buena mañana habían ido a buscar el agua.

Se restableció la calma cuando vieron al Kaw-djer y se dirigieron a él para que se hiciera justicia. Escuchó pacientemente los argumentos en pro y en contra y luego dictó su sentencia. Para sorpresa general, ésta fue favorable a Patterson. A decir verdad, el Kaw–dier decidió que la cerca debía ser tirada abajo en el acto y que se tenía que abrir un camino de veinte metros de ancho para pública circulación, pero reconoció los derechos del ocupante a una indemnización por la parcela de terreno cultivado del que se le privaba por el interés público. En cuanto a la importancia de aquella indemnización, sería fijada según las formas legales. En la isla Hoste había jueces. Se invitaba a Patterson a dirigirse a ellos.

Y el mismo día fue defendida la causa. Fue la primera que tuvo que juzgar Beauval.. Después de un debate controvertido, condenó al Estado hosteliano pagar una indemnización de cincuenta dólares. De inmediato se pagó aquella suma al irlandés que no intentó disimular su satisfacción.

El incidente fue comentado de formas diversas, pero, en general, gustó mucho el modo en que se había arreglado. Se tuvo la sensación de que en lo sucesivo nadie podría ser despojado de lo que poseyera, y la confianza pública se acrecentó enormemente. Era el resultado que había buscado el Kaw–djer.

Una vez terminó con este asunto, se puso en marcha. Durante tres semanas estuvo atravesando la isla en todos los sentidos, hasta su extremo noreste, hasta los extremos orientales de las penínsulas Dumas y Pasteur. Visitó todas las explotaciones, una detrás de otra, sin omitir ni una sola, tanto aquellas que habían sido voluntariamente abandonadas durante el invierno precedente, como aquellas de las que los colonos habían sido expulsados durante los disturbios.

Finalmente resultó de su investigación que ciento sesenta y un colonos, que formaban cuarenta y dos familias, residían todavía en el interior. Se podía considerar que todas aquellas cuarenta y dos familias habrían logrado salir adelante con su explotación, aunque muy desigualmente. Unas debían limitar sus esperanzas a asegurar su propia subsistencia, mientras que otras, las mejor provistas de robustos muchachos, habían podido aumentar considerablemente sus cultivos.

Las explotaciones de las veintiocho familias –contando a otros ciento diecisiete colonos que durante los disturbios se vieron obligados a refugiarse en Liberia– parecían, de igual modo, haber prosperado en el momento en que se tuvo que abandonarlas.

En resumen, ciento noventa y siete tentativas de explotación habían desembocado en el fracaso. Una cuarentena de sus propietarios había muerto y el resto, más de setecientos ochenta, había buscado sucesivamente refugio en la costa.

No le faltó todo tipo de informaciones al Kaw–djer. Los colonos se ponían solícitos a su disposición. Cuando se enteraban de la nueva organización de la colonia, el entusiasmo era unánime, y aquel entusiasmo crecía aún más, a medida que les hace partícipes de sus proyectos. Y a su partida, reemprendía el trabajo con unos ánimos centuplicados por la esperanza.

El Kaw–djer tomaba cuidadosamente nota de todo lo que observaba, de todo lo que le contaban. Al mismo tiempo, bosquejaba rápidos planos de las diversas explotaciones y de sus respectivas situaciones.

A su regreso, todos aquellos documentos le fueron útiles.

En pocos días, hizo un mapa de la isla, un mapa aproximativo desde un punto de vista geográfico pero con suficiente exactitud desde el punto de vista de las situaciones limítrofes de las explotaciones agrícolas; luego repartió la mitad de la isla entre ciento sesenta y cinco familias que escogió a su arbitrio y a las que otorgó concesiones legales.

Conceder aquella sólida base a la propiedad, significaba llevar a cabo una auténtica revolución. Sustituía un régimen de capricho por la legalidad, la posesión de hecho por un título inatacable para quien le era concedido. Así, aquellas simples hojas de papel fueron recogidas por sus beneficiarios quizá con tanta alegría como los campos que éstas representaban. Hasta el momento habían vivido de modo inestable, con la incertidumbre del mañana. Aquellas hojas de papel lo cambiaban todo. La tierra les pertenecía. Podrían legarla a sus hijos. Se afincaban, echaban raíces y se convertían en auténticos colonos, en hostelianos.

El Kaw–djer comenzó por consolidar los derechos de las cuarenta y dos familias que habían permanecido adscritas a la gleba, y por restablecer en las suyas a los veinticinco explotadores que sólo las habían abandonado bajo la amenaza de los amotinados. Hecho esto, seleccionó de entre todas a noventa y cinco familias más, que le parecieron dignas de remontar su suerte. No se preocupó lo más mínimo por los demás.

Aquello era arbitrario. Pero no fue la única vez. Si la igualdad no se tuvo en cuenta en la repartición de concesiones, tampoco fue más respetada desde el punto de vista de la importancia de éstas. A unos, el Kaw–djer ley dejaba el mismo terreno en el que antes se encontraban establecidos, mientras que disminuía la superficie atribuida a otros. Al mismo tiempo aumentaba considerablemente ciertas explotaciones. En todas sus decisiones, no obedecía más que a una sola ley, el interés superior de la colonia. Las concesiones más vastas a quienes habían demostrado mayor inteligencia, fuerza y valor. Por el contrario, nada para aquellos cuya incapacidad había podido comprobar y a los que condenaba inapelablemente a ser proletarios y asalariados hasta la muerte.

En efecto, el asalariado tenía necesariamente que hacer su aparición en la isla Hoste. Algunas explotaciones, por ejemplo aquellas de cuatro familias en la que los Riviére constituían el núcleo, eran tan extensas y prósperas que habrían sido suficientes para ocupar a varios centenares de obreros. Así no faltaría trabajo para quienes preferían el del campo al de la ciudad.

Liberia se despobló por segunda vez. Apenas con el titulo de concesión en el bolsillo, cada titular partía con los suyos, bien provisto de víveres, cuya provisión –tal y como afirmaba el Kaw–djer–, podría ser ulteriormente renovada. Quienes no habían sido favorecidos, les imitaron y fueron a ofrecer sus brazos al campo.

El 1º de enero, la población se redujo a alrededor de cuatrocientos habitantes, de los cuales doscientos cincuenta estaban en edad de trabajar. Los demás, algo menos de seiscientos incluidos mujeres y niños, se encontraban ahora diseminados por el interior. Tal y como el Kaw–djer había podido confirmar en el curso de su viaje, la población tal no llegaba efectivamente al millar. Los demás, cerca de doscientos, habían muerto en el invierno que acababa de finalizar. Algunas hecatombes más de ese tipo y la isla Hoste se convertiría otra vez en un desierto.

La disminución del número de trabajadores se dejaba sentir en los avances del trabajo. El Kaw-djer no parecía preocuparse. Pronto se comprendió su tranquilidad. Algunos días más tarde, el 17 de enero, apareció un vapor frente al Bourg Neuf. Se trataba de un gran navío de dos mil toneladas. Al día siguiente comenzó la descarga y los liberianos se quedaron maravillados al ver desfilar incalculables riquezas. Primero, el ganado, las ovejas, los caballos y hasta dos perros de rebaño. Luego, el material agrícola: arados, rastras, trilladoras, segadoras; semillas de todas clases; víveres en cantidad considerable, coches de caballos y carros; metales: plomo, hierro, acero, cinc, estaño, etc., útiles menores: martillos, sierras, buriles, limas y cientos más; máquinas herramientas: forjas, perforadoras, fresadoras, tornos de madera y de metal y muchas otras cosas más.

Además, el vapor no sólo contenía objetos materiales. Traía consigo a doscientos hombres, compuestos, mitad por jornaleros y mitad por obreros de construcción. Cuando se hubo terminado con el descargue del navío, éstos se unieron a los colonos, y los trabajos, realizados por cuatrocientos cincuenta brazos robustos, comenzaron de nuevo a avanzar con rapidez.

En pocos días se terminó la carretera del Bourg Neuf. Mientras los albañiles se ocupaban, unos en la construcción del puente, y otros en la de las casas, se inició una segunda carretera hacia el interior que, dividida en numerosas ramas, debería serpentear más tarde entre las explotaciones, y llevaría la vida a través de la isla, arterias y venas de aquel gran cuerpo, inerte hasta el momento.

Las sorpresas no habían terminado para los liberianos. El 30 de enero llegó un segundo navío de Buenos Aires y en sus flancos llevaba, además de objetos análogos a los precedentes, un importante cargamento destinado al bazar Rhodes. Había de todo en aquel cargamento, hasta futilidades: plumas, encajes, cintas, que en lo sucesivo podrían adornar la coquetería de los hostelianos.

De este segundo vapor desembarcaron otros doscientos trabajadores, y doscientos más de un tercero que arribó el 15 de febrero. Desde aquel día, se dispusieron de más de ochocientos brazos. El Kaw-djer consideró que aquel número era suficiente para comenzar la realización de un gran proyecto. Al oeste de la desembocadura del río se construyeron los primeros cimientos de un dique que, en un futuro próximo, transformaría la ensenada del Bourg Neuf en un puerto vasto y seguro.

Así, poco a poco, con el esfuerzo de cientos de brazos que dirigía una voluntad, la villa se construía, se levantaba, se saneaba, se vivificaba. Así, poco a poco, de la nada surgía una ciudad.

## Capítulo III
## El atentado

–¡Esto no puede durar más! –exclamó Lewis Dorick, y sus compañeros lo aprobaron con un gesto enérgico.

Después de terminar la jornada de trabajo, los cuatro, Dorick, los hermanos Moore y Sirdey, se paseaban por el sur de Liberia, por las primeras cuestas de las montañas, apartadas de la cadena central de la península Hardy, que más lejos se perdían en el mar, formando el esqueleto de la punta del Este.

–¡No! ¡esto no puede seguir así! –repitió Lewis Dorick, cuya cólera iba en aumento–. ¡No somos hombres si nos sometemos a ese salvaje que pretende dictarnos la ley!

–Nos trata como a perros –insistió Sirdey–. Nos reduce a la nada... «Haced esto»... «Haced aquello...», nos habla sin siquiera mirarnos... ¡Qué, le damos asco a ese piel roja!

–¿Con qué título nos manda? –preguntó rabioso Dorick–. ¿Quién le ha nombrado gobernador?

–Yo no –dijo Sirdey.

–Ni yo –dijo Fred Moore.

–Ni yo –dijo su hermano William.

–Ni vosotros ni nadie –concluyó Dorick–. ¡No es tonto, el tipo...! No ha esperado a que le dieran la plaza. Se la ha tomado.

–No es legal –protestó en tono doctoral Fred Moore.

–¡Legal...! ¡Pardiez!, ¡y a él qué le importa! –respondió Dorick–. ¿Por qué se iba a inmutar por unas ovejas que le ofrecen la espalda para que las esquile...? ¿Ha preguntado nuestra opinión

para restablecer la propiedad? Antes éramos todos iguales. Ahora hay ricos y pobres.

–Nosotros somos los pobres... –comprobó melancólicamente Sirdey–. Hace tres días –añadió con indignación– me anunció que reduciría mi jornal diez centavos...

–¿Cómo es eso...? ¿Sin razón alguna...?

–Sí. Pretende que no trabajo lo suficiente...

No hago menos que él, que está todo el día paseando con las manos en los bolsillos... ¡Diez cenas de descuento por un jornal de medio dólar...! ¡Puede esperarse sentado si cuenta conmigo para los trabajos del puerto...!

–Reventarás de hambre –replicó Dorick en tono glacial.

–¡Maldita sea...! –juró Sirdey, apretando los puños.

–Hace quince días –dijo William Moore– que empezó a meterse conmigo. Le pareció que rechistaba demasiado duramente contra John Rame, su guardalmacén. Al parecer, molestaba al señor... ¡Si hubierais visto aquello...! ¡Un emperador...! ¡Encima de pagar sus baratijas, hay, que darle las gracias!

–Conmigo –dijo a su vez Fred Moore– empezó la semana pasada... con el pretexto de que me pegaba con un compañero... ¿Es que ya ni siquiera se puede pegar uno amistosamente...? Pues no, me echaron el guante sus polis... Por poco me, hacen pasar la noche en el puesto de guardia...

–¡Vaya, que somos sus criados! –concluyó Sirdey.

–Esclavos –gruñó William Moore.

Aquel atardecer trataban este tema por centésima vez. Era el objeto casi exclusivo de sus conversaciones cotidianas.

Al decretar y luego imponer la ley del trabajo, el Kaw–djer había tenido que perjudicar un cierto número de intereses particulares, especialmente los de aquellos perezosos que habrían preferido vivir costa de los demás. De ahí, las grandes cóleras.

En torno a Dorick gravitaban todos los descontentos. Él y su banda habían intentado en vano continuar con los hábitos del pasado. Las antiguas víctimas, tan dóciles antaño, habían adquirido conciencia de sus derechos, al igual que de sus deberes, y

la certidumbre de ser apoyados en caso de necesidad, había hecho crecer las uñas a aquellos corderos. Así, los explotadores tuvieron que abandonar sus tentativas de intimidación y se habían visto obligados a ganarse la vida con el trabajo, igual que los demás.

Por eso estaban furiosos y se expandían con recriminaciones con las que se calmaban a la vez que cultivaban su progresiva exasperación.

A decir verdad, hasta entonces todo había quedado en palabras. Pero aquella noche, las cosas iban a. tomar otro rumbo. Las quejas, cien veces repetidas, iban a transformarse en actos y las cóleras amasadas iban a conducir a más graves resoluciones.

Dorick había escuchado a sus compañeros sin interrumpirles. Estos se habían vuelto hacia él, como apelando a su testimonio y en espera de su aprobación.

–Todo esto no son más que palabras –dijo con voz mordaz– Sois esclavos y merecéis la esclavitud. Si tuvierais sangre en las venas, desde hace tiempo que seríais ya libres. ¡Sois miles y soportáis la tiranía de uno solo!

–¿Qué quieres que hagamos? –objetó Sirdey con un quejido–. Él es más fuerte.

–¡Claro! –replicó Dorick–. Su fuerza es la debilidad de las gallinas que lo rodean.

Fred Moore sacudió la cabeza con aire escéptico.

–¡Puede ser...! –dijo–. Eso no impide que haya muchos que estén a su lado. Nosotros cuatro no podemos...

–¡Imbécil...! –interrumpió duramente Dorick. No es al Kaw–djer al que apoyan sino al gobernador. Si cayera, le abuchearían. Si yo estuviera su lugar, se arrodillarían delante de mí como hacían con él.

–No digo que no –confirmó William Moore–. Pero el quid es que es él que está y no tú.

–No hace falta que me lo digas para saber –replicó Dorick, pálido de cólera–. Esa es precisamente la cuestión. Yo no digo más que una cosa y es que no nos deben preocupar el montón de perritos que siguen al Kaw–djer porque también irían detrás de su

sucesor. Es el jefe quien los hace temerosos, es el jefe quien nos estorba... ¡Pues bien!, ¡suprimámosle!

Hubo un instante de silencio. Los tres compañeros de Dorick intercambiaron miedosas miradas.

–¡Suprimirle! –dijo finalmente Sirdey–. ¡Nada más y nada menos...! ¡No cuentes conmigo para eso!

Lewis Dorick se encogió de hombros.

–Prescindiremos de ti y ya está –dijo con des precio.

–Y de mí –añadió William Moore.

–Yo no –afirmó enérgicamente su hermano, que no había olvidado la humillación que el Kaw–djer le había infligido anteriormente–. Sólo... que, bueno, me parece nada fácil...

–Todo lo contrario, es muy fácil –replicó Dorick.

–¿Cómo?

–Es bien simple...

Sirdey intervino.

–¡Ya!, ¡ya!, ¡ya...! ¡Vais a hacer! ¡Vais a hacer...! ¿Qué es lo que vais a hacer cuando el Kaw–djer sea... suprimido, como dice Dorick?

–¿Que qué es lo que haremos?

–Sí... Un hombre menos no es nada más que un hombre menos. Quedarán los demás... Yo no estoy muy seguro, como Dorick cree, que venga con nosotros.

–Vendrán –afirmó Dorick.

–¡Hmmm! –murmuró Sirdey escéptico–. En todo caso, no todos.

–¿Por qué no...? El día anterior no se tiene a nadie y a la mañana siguiente a todo el mundo... Además, no hay que tenerlos a todos. Basta con algunos para ponerlo en marcha. Lo demás viene solo.

–¿Y esos algunos?

–Los tenemos.

–¡Hmmm...! –murmuró de nuevo Sirdey.

–Nosotros cuatro los primeros –dijo Dorick a quien la discusión iba poniendo nervioso.

–Y eso no suma más que cuatro –observó tranquilamente Sirdey.

–¿Y Kennedy...? ¿Podemos contar con él...?

–Sí –confirmó Sirdey–. Cinco.

–Y Jackson –enumeró Dorick–, Smirnoff, Reede, Blumenfeldt, y Loreley.

–Diez.

–Hay más. Hay que contarlos.

–Pues contemos –propuso Sirdey.

–¡Vamos! –decidió Dorick, sacando de su bolsillo un lápiz y un cuadernillo.

Los cuatro se sentaron en el suelo y con toda tranquilidad fueron nombrando las fuerzas de las que creían poder disponer, después de la desaparición del hombre que, según Dorick, era lo único que hacía temible el poder disperso de la multitud. Cada uno iba dando nombres que se escribían en el cuaderno después de una profunda discusión.

Un vasto panorama se desarrollaba ante sus ojos desde el elevado lugar en el que se encontraban. El río, procedente del oeste, corría a sus pies, para después de una curva continuar hacia el noroeste, es decir, casi paralelamente a sí mismo hacia el Bourg Neuf, donde desembocaba en el mar. Liberia se extendía, desplegada como un mapa; luego, más allá, la llanura cenagosa que separaba la ciudad de la orilla.

Era el 25 de febrero de 1884. Habían transcurrido más de dieciocho meses desde el día en que el Kaw–djer había tomado el poder. La obra realizada durante aquel corto espacio, tenía realmente al de prodigio.

Nuevos contingentes de obreros llenaban constantemente los vacíos dejados por quienes no podían habituarse a vivir en la isla Hoste; así, el número de habitantes de Liberia incluso había aumentado y sobrepasaba el millar. Pero las casas de madera la mayor parte, también se habían multiplicado y bastaban para, dar cobijo a todo el mundo. Limitada hacia el oeste por el río, la ciu-



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

dad se había extendido ampliamente en dirección. opuesta y hacia el sur.

En efecto, ya era una ciudad y no un campamento. Ahora no faltaba nada de lo que era necesario o simplemente agradable para vivir. Panaderías, colmados, carnicerías, aseguraban la alimentación pública. Los campos hostelianos surtían ya parte de los productos en venta y aquella parte representaba con creces el consumo de los productores. Todo parecía indicar que al año siguiente la isla se abastecería por sí sola de trigo, legumbres y carne, esperando que en días venideros se a podría pasar de la importación a la exportación.

Los niños ya no vagabundeaban. Se había abierto una escuela cuya dirección era asumida alternativamente por el señor y la señora Rhodes.

Después de todo un año de ausencia, Harry Rhodes había regresado el pasado mes de octubre, trayendo consigo una considerable cantidad de mercancías. Tan pronto como hubo llegado, mantuvo una larga conversación con el Kaw–djer; luego se dedicó a sus negocios, sin dar explicación alguna acerca de la insólita duración de su viaje.

El tiempo que el señor y la señora Rhodes dedicaban a la escuela no perjudicaba al bazar del que se ocupaban activamente Edward y Clary ayudados por Tullia y Graziella Ceroni, y cuyo éxito iba en aumento.

Un médico, el Dr. Samuel Arvidson y un farmacéutico, habían venido de Valparaíso para instalarse en Liberia haciendo allí un magnífico negocio. Una tienda de confecciones y una tienda de calzado habían sido abiertas y prosperaban. Eran los emigrantes que, al principio, habían intentado establecerse por su cuenta, y ahora habían vuelto a empezar su tentativa con un mejor resultado. Liberia contaba con muchos maestros de obras que empleaban a un gran número de obreros: un albañil, un carpintero armador y dos carpinteros, un tornador que trabajaba la madera, dos cerrajeros, de los cuales uno, perfectamente provisto de herramientas, mereció el calificativo de constructor.

En las proximidades de la ciudad, hacia el sur, no lejos del lugar donde en aquel momento se encontraban Lewis Dorick y sus compañeros, se había abierto una fábrica de ladrillos que producía ladrillos de excelente calidad. Hacia el este, en los contrafuertes de las montañas de la punta extrema, se habían descubierto considerables yacimientos de aquellos cuerpos tan abundantes en la naturaleza: sulfato y carbonato de cal. Por consiguiente, no faltaban ni el yeso ni la cal, ni tampoco, pues se había encontrado a quien se había atrevido a fabricarlo con rudimentarios medios, el cemento que el puerto en construcción absorbía en grandes cantidades.

Los cuatro descontentos habían venido por aquella amplia carretera que pasaba por el principio de la pendiente y que habían abandonado para escalar la montaña por una senda del repecho. Aquella carretera, que se amoldaba a todas las sinuosidades del río, desaparecía en el oeste, un kilómetro más lejos, entre dos colinas. Pero ni ellos ni nadie ignoraba que se prolongaba más allá y que se trabajaba en ella sin descanso. Dos meses antes no pasaba de la explotación de los Riviére, y desde entonces continuaba ramificándose sin cesar, para proseguir hasta el norte.

Otra carretera, completamente terminada, atravesaba el río sobre un sólido puente de piedra uniendo la capital y su suburbio.

Este último había experimentado pocos cambios, pero el dique soldado a la orilla iba ganando mar progresivamente. Abrigaba ya contra los vientos del este la ensenada del Bourg Neuf que gradualmente se transformaba en un puerto vasto y tranquilo. Aquel día precisamente, habían comenzado a construir los postes, primera armadura de estacada destinada a la edificación de un muelle a lo largo del cual los navíos podrían un día amarrarse en aguas profundas.

No habían esperado a terminar aquel muelle ni el dique, para comerciar en la isla Hoste. año anterior habían llegado tres barcos por cuenta exclusiva del Kaw–djer. Aquel año habían llegado siete, de los cuales, dos habían sido fletados a la administración de

la Colonia y los cinco restantes habían hecho el viaje por operaciones privadas y empresas individuales.

En aquel momento se encontraba estacionado un gran velero frente al Bourg Neuf, medio cargado de tablas aserradas por la serrería de los Riviére mientras que otro velero, cargado ya con la mis mercancía, había levado anclas horas antes, desapareciendo detrás de la punta del Este.

En aquel espectáculo que se ofrecía a la vista de Lewis Dorick y de sus compañeros, todo expresaba elocuentemente la creciente prosperidad de la colonia. Pero ninguno de ellos quería ver u oir aquel elocuente espectáculo. Además, les era familiar, y la costumbre disminuye mucho el valor de las cosas. Los cambios progresivos pasan fácilmente desapercibidos y aquello que estaban descubriendo lo habían visto nacer día a día. Pero incluso si el pensamiento les hubiera transportado al día siguiente del naufragio, del que ahora les separaba tres años, ¿se habrían dado cuenta del progreso realizado? Probablemente, no. Sin duda, habituado a aquel espectáculo, lo habrían encontrado normal y les habría parecido que las cosas siempre habían sido iguales.

Además, por el momento tenían otras cosas en la cabeza. Cuidadosamente, a medida que iban enumerando a los habitantes de Liberia, iban apuntando algunos nombres.

–No se me ocurre nadie más –dijo Sirdey – ¿Cuántos hay?

Dorick contó los nombres inscritos en el cuadernillo.

–Ciento diecisiete –dijo.

–¡Sobre mil...! –terminó Sirdey.

–¿Y qué...? –replicó Dorick–. Ciento diecisiete es algo. ¿Creéis que el Kaw–djer tiene a más?, me refiero a gente decidida, dispuesta a todo. El resto no son más que corderos que seguirían a cualquiera.

Sirdey no respondió, pero no parecía muy convencido.

–Bueno. ya está bien de hablar –cortó violentamente Dorick–. Nosotros somos cuatro. Pongámoslo a votación.

–Yo –exclamó Fred Moore, blandiendo su grueso puño–, ya estoy harto. Que pase lo que pase. Voto por la acción.

–Yo también –dijo su hermano.

–Conmigo, ya somos tres... ¿Y tú, Sirdey...?

Yo haré lo que los demás –dijo sin entusiasmo el antiguo cocinero–. Pero...

Dorick le quitó la palabra:

–Nada de peros. Lo que se vota, votado está.

–De todos modos, hay que convenir en los medios –insistió Sirdey sin dejarse intimidar–. Deshacerse del Kaw–djer se dice muy pronto. Falta saber cómo.

–¡Ay...! Si tuviéramos armas...: un fusil..., un revólver..., ¡aunque sólo fuera una pistola...! –exclamó Fred Moore.

–Sí, pero la cuestión es que no tenemos –dijo Sirdey con flema.

–¿Y un cuchillo...? –sugirió William Moore.

Un cuchillo es lo mejor para que te cojan, amigo –replicó Sirdey. Sabes perfectamente que él Kaw–djer está vigilado como un rey... Eso sin contar que es un tipo muy duro de pelar, aunque seamos cuatro contra uno.

Fred Moore frunció las cejas y apretó los dientes, acompañando aquella mímica con un gesto violento. Sirdey tenía razón. Conocía la fuerza de Kaw–djer y recordó lo poco que había pesado su cuerpo entre sus manos.

–Se me ocurre algo mucho mejor –dijo de pronto Dorick en medio del silencio que había sucedido a la réplica de Sirdey.

Sus compañeros se volvieron hacia él, interrogándole con la mirada.

–Pólvora.

–¿Pólvora...? –repitieron sin comprender.

Uno de ellos preguntó:

–¿Y qué haremos con ella?

–Una bomba... ¡Ah!, se dice que el Kaw–djer es un anarquista arrepentido. ¡Pues bien!, emplearemos contra él el arma de los anarquistas.

Los auditores de Dorick no parecían muy entusiasmados.

–¿Y quién hará esa bomba? –refunfuñó Fred Moore–. Yo, seguro que no.

–Yo –dijo Dorick–. Aunque quizá no hiciera ni siquiera falta. Tengo una idea que, si funciona, el Kaw–djer no saltará solo. Hartlepool y los hombres que estén en el puesto de guardia también saltarán... Menos enemigos para el día de mañana...

Los tres hombres miraron a su camarada con admiración. Incluso se conquistó a Sirdey.

–¡Si es así...! –murmuró, agotados ya los argumentos en contra.

Se echó para atrás.

–¡Demonios! –exclamó–. Hablamos de pólvora como si la tuviéramos.

–Hay en el almacén –replicó Dorick–. No tenemos más que cogerla..

–¡Hablas con mucha facilidad...! –respondió Sirdey, que decididamente había asumido el papel de la oposición–. ¡Como si todo resultara tan cómodo! ¿Y quién se encargará de hacerlo?

–Yo no –dijo Dorick.

–Naturalmente –aprobó Sirdey con un tono, burlón.

–No –explicó Dorick–, no tengo fuerza suficiente. Ni tú tampoco: tú eres demasiado cobarde.

Fred Moore ni William: son demasiado brutos y torpes.

–¿Quién entonces?

–Kennedy.

–Nadie puso objeción alguna. Sí, Kennedy, el viejo cocinero, decidido, desenvuelto, de hábiles dedos, apara cualquier trabajo, podría salir con éxito donde otros fracasarían. La elección de Dorick era buena.

Este interrumpió sus pensamientos.

–Bueno, se hace tarde; si os parece, nos encontramos aquí mañana a la misma hora. Kennedy estará aquí. Se lo explicaremos y nos pondremos de acuerdo en todo.

Al acercarse a las primeras casas, les pareció prudente separarse unos de otros, y, al día siguiente, tomaron la misma

precaución para encontrarse en el lugar convenido. Cada uno salió por separado de la ciudad y sólo cuando estuvieron lejos, disminuyeron poco a poco las distancias que los separaban.

Aquella noche eran cinco; Kennedy, avisado por Dorick, se había unido a los cuatro.

–Es de los nuestros –anunció Dorick, dando unas palmadas en los hombros del marinero.

Se estrecharon las manos y luego, sin perder tiempo, examinaron el medio de ejecutar el proyecto del día anterior. La conversación fue larga. Ya era noche cerrada, cuando los cinco hombres comenzaron a descender hacia la ciudad. Ya estaba todo acordado. Iban a actuar aquella misma noche.

Aunque la oscuridad era absoluta, se dividieron tal y como habían hecho el día anterior. Dejando entre ellos un intervalo de algunos minutos, abandonaron la carretera, se introdujeron a campo traviesa y rodearon las casas por el sur hasta el río, luego, volviendo sobre sus pasos, penetraron en la ciudad, costeando el cercado de Patterson. Todo estaba silencioso. Sin ser vistos, llegaron hasta la Gobernación, donde en aquel momento dormían el Kaw–djer, Hartlepool y los grumetes. A la sombra de una casa, su grupo se reunió. Invisibles, permanecieron inmóviles, agudizando los oídos escudriñando con los ojos en la oscuridad...

Delante de ellos estaba la puerta del Tribunal.

Débiles ruidos les llegaban del puesto de policía, situado en la fachada opuesta. Había hombres vigilando allí abajo. Pero en aquel lado no había nadie. La calle estaba silenciosa y desierta.

¿Por qué estarían vigilando la sala del Tribunal? Allí no había más que una mesa, una tosca silla y algunos bancos fijos en el suelo de madera.

Cuando estuvieron completamente seguros de que no habla nadie allí, Dorick y Kennedy abandonaron su refugio y atravesaron rápidamente el espacio descubierto. En un momento llegaron a la puerta del Tribunal que Kennedy intentó forzar, mientras que Dorick permanecía al acecho. Durante este tiempo, los hermanos Moore, dejando a Sirdey en el lugar donde se habían reunido to-

dos, se alejaron a su vez, uno a la izquierda y el cetro a la derecha, para detenerse después de algunos pasos. Desde donde se encontraban ahora, uno podía vigilar la fachada principal y el puesto situado delante de la Gobernación, y el otro, el muro sin salida que cerraba la prisión por el sur y la calle que separaba aquel muro de otras casas. Kennedy estaba bien vigilado. Al menor peligro sería prevenido con tiempo suficiente para huir.

No sucedió ningún incidente. El antiguo marinero pudo trabajar a sus anchas. Además no fue un trabajo difícil, puesto que la cerradura de la puerta del Tribunal no era muy sólida. Cedió a las primeras palancas para abrirse de par en par a las tinieblas interiores.

Kennedy entró dejando a Dorick de vigilancia.

No se veía ni gota en la sala. Kennedy encendió una cerilla y con ésta una vela. Sabía hacia dónde se dirigía; Dorick le había repetido cuidadosamente la lección. De los tres tabiques que limitaban la habitación en la que penetraba, el de la derecha separaba el Tribunal de la prisión; el de la izquierda estaba junto al de la Gobernación propia dicha que, al mismo tiempo, servía de domicilio al Kaw–djer. Detrás del que tenía enfrente, estaba el almacén.

Kennedy atravesó oblicuamente la sala hasta el ancón formado por la unión de este último tabique con el de la prisión. En aquellos momentos, la prisión estaba vacía y por consiguiente, nadie podría oírle. Allí se detuvo y dirigiendo su vela hacia el tabique, examinó la forma según la cual convenía proceder.

Sonrió con alegría. No sería más que un juego atravesar aquel tabique. Construido durante los primeros días que habían seguido al golpe de Estado del Kaw–djer, en un momento en que lo esencial consistía en ir rápido, aquel tabique no constituía en realidad un serio obstáculo. Estaba hecho con maderos verticales cuyas extremidades se afincaban en el plafón y en el suelo de madera, dejando entre ellos unas distancias que habían sido llenadas con gravas mezcladas en una argamasa de calidad mediocre y de poca dureza. El cuchillo de Kennedy entró sin dificultad en la arga-

masa y, poco a poco, las piedras arrancadas, salieron de las cavidades. El único temor consistía en el ruido que hacían al caer. Por ello, una vez que las había socavado Kennedy las arrancaba una a una y las disponía cuidadosamente en el suelo.

En una hora había practicado un agujero lo suficientemente grande en altura para permitirle el paso. También en anchura habría resultado suficiente, si no lo hubiera atravesado un madero que, por consiguiente, había que cortar. Esa fue la parte más pesada del trabajo. Tuvo que emplear otra hora más para terminarlo.

De vez en cuando, Kennedy se detenía para prestar oídos a los ruidos exteriores. Todo estaba tranquilo. Ningún aviso de los vigías anunciaba la proximidad de peligro.

Cuando el agujero fue lo suficientemente grande, pasó al otro lado del tabique. Allí se complicaron las cosas. Resultaba muy difícil moverse sin hacer ruido en medio de aquellas cajas y mercancías de todo tipo que llenaban el almacén. Era necesario actuar con extrema prudencia.

¿Dónde habrían puesto los barriles de pólvora? No se los veía por ningún sitio En cualquier caso, los barriles tenían que estar allí

Se puso a buscarlos. Lentamente y vigilando el menor de sus gestos, se introdujo entre las cajas, viéndose obligado a veces a sacar algunas para abrirse paso.

Transcurrieron cerca de dos horas. Nadie de los que estaban fuera deberían comprender aquel retraso y él mismo empezaba a desesperarse. Se iba poniendo nervioso. La noche avanzaba; no tardaría mucho en amanecer. ¿Tendría entonces que marcharse sin haber logrado salir con éxito de una empresa que la puerta forzada traicionaría y que, y por consiguiente, no se podría volver a llevar a cabo?

Se iba a resignar a batirse en retirada por cansancio, cuando finalmente descubrió lo que buscaba.

Los toneles de pólvora estaban allí, bajo sus ojos.

Había cinco y estaban ordenados en fila cerca de una puerta, que por el otro lado daba al puesto de policía. Reteniendo el aliento, Kennedy oía a los hombres de guardia conversar entre ellos. Distinguía con nitidez sus palabras. Era necesario, más que nunca, actuar en silencio. Kennedy levantó un barril, pero fue para dejarlo inmediatamente en el suelo. Aquel barril era demasiado pesado para que un solo hombre pudiera llevarlo sin ruido por el complicado camino que había que seguir. Deslizándose entre las cajas, alcanzó la sala del Tribunal y sacando la cabeza por el agujero del tabique, llamó a Dorick cuya negra silueta destacaba en la oscuridad menos profunda del exterior.

Aquel contestó a la llamada del marinero.

–Como has tardado –dijo en voz baja, inclinándose hacia la abertura–. ¿Qué te ha pasado?

–Nada –respondió Kennedy en el mismo tono–. Pero no es nada fácil navegar por aquí dentro.

–¿Tienes los barriles?

–Pesan demasiado... Tenemos que ser dos... ¡Ven!

Dorick se introdujo por la abertura y, guiado por Kennedy, atravesó el almacén. Los dos hombres cogieron uno de los barriles y haciéndolo pasar encima de las cajas, lo llevaron hasta la sala del Tribunal. Enseguida, Dorick franqueó de nuevo el tabique.

–¿Dónde vas? –le preguntó Kennedy con voz asustada.

–A buscar otro barril –respondió Dorick–. Démonos prisa. Va a amanecer.

–¿Otro barril? –repitió Kennedy estupefacto–¡Solo con éste haríamos saltar toda Liberia!

–Nos llevaremos otro

–¿Para hacer qué?

–Eso es cosa mía... Cuando nos hayamos desembarazado del Kaw–djer, tendremos que ser los amos... La pólvora podrá sernos útil.

–¿Dónde la guardarás mientras tanto?

–Tengo un escondite seguro... No te inquietes.

Kennedy obedeció de mala gana. Un cuarto de hora más tarde, el segundo barril había sido depositado junto al primero.

Rápidamente colocaron uno de ellos contra el tabique de la izquierda; luego, Kennedy le abrió un agujero en la parte baja, del que salió una pequeña cantidad de pólvora.

Durante este tiempo, Dorick había sacado de su bolsillo una especie de trenza hecha de hebras de algodón flojamente entrelazadas. Sumergió en la pólvora aquella trenza, que antes había tenido la precaución de humedecer, y luego, cortando un extremo con el cuchillo, lo encendió para probar. El fuego chisporroteó, corrió y se apagó.

–¡Perfecto! –declaró Dorick–. Un minuto para cinco centímetros. Así, serán veinte para la mecha entera. Más de lo que necesitamos.

Se acercó al barril...

En aquel momento se oyó un violento ruido. Dorick sé quedó paralizado. Kennedy y él se miraron. Estaban lívidos...

Su angustia duró poco. Recuperando su sangre fría, Dorick se puso a reír.

–La lluvia –dijo, encogiendo los hombros.

Se dirigió hasta la puerta y miró al exterior. Llovía a cántaros y, efectivamente, eran las gotas crepitando furiosamente sobre el tejado lo que le había espantado. Era una circunstancia favorable. La lluvia borraría todas las huellas y nada podía denunciarles si por azar las sospechas se dirigieran contra ellos. Por otra parte, aquel jaleo disimularía el inevitable chisporroteo de la mecha.

No había tiempo que perder. El cielo ya se empurpuraba hacia el este. En pocos instantes amanecería y Dorick conocía lo suficiente las costumbres del Kaw–djer para saber que aquél no tardaría mucho en aparecer fuera.

–¡Rápido! –dijo.

Una vez desenrollada la mecha, introdujeron uno de sus extremos en el tonel y luego Dorick encendió una cerilla que aproximó al otro extremo. Entonces, los dos hombres salieron



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

apresuradamente, Kennedy el primero, llevando el segundo barril y Dorick después, cerrando como pudo la puerta tras él.

Los hermanos Moore y Sirdey permanecían fielmente en sus puestos.

Dorick, atrayendo su atención con un débil silbido, les hizo saber con un gesto el éxito de la tentativa.

Enseguida todos se alejaron rápidamente, mientras la tormenta continuaba derramando su diluvio sobre la plaza desierta.

## Capítulo IV
## En las cuevas

Cuando el Kaw–djer salió de la Gobernación, la tormenta se había apaciguado ya. Ya no llovía. Las nubes se disipaban ante el sol que surgía del mar, dorando Liberia con sus rayos oblicuos.

El Kaw–djer miró alrededor suyo. No vio a nadie. Como cada día, él era el primero en abandonar el sueño.

Aspirando profundamente el aire matinal, avanzó algunos pasos por la plaza, transformada por la tormenta en un lago de lodo. La puerta entreabierta del Tribunal atrajo enseguida su atención. Sin conceder demasiada importancia a aquella negligencia, se acercó a la puerta con la intención de cerrarla. Entonces vio que había sido forzada y aquello le sorprendió en gran manera. ¿Cuál era el sentido de aquel forzamiento? ¿Había gente tan desprovista de todo que el miserable contenido de aquella sala hubiera sido capaz de tentarle?

El Kaw–djer empujó la puerta y ya desde la entrada, vio el tonel. Al principio no lo comprendió muy bien, pero pronto un rápido examen le informó. Aquella pólvora esparcida..., aquella mecha –tres cuartos de ella consumidos– que corría por el suelo de madera... Nada podía llevarle a error: habían querido hacerle saltar, y con él, la Gobernación.

Aquel descubrimiento le sumió en la estupefacción. ¡Vaya! ¡Existían colonos que le odiaban hasta aquel punto...! Luego reflexionó, pensó quiénes podían ser los autores de semejante atentado. Ciertamente, no se encontraba en situación de acusar a nadie. Pero sin embargo, conocía demasiado bien a la población

de la ciudad, para que las sospechas se pudieran extraviar fuera de círculo bastante restringido. ¿Ferdinand Beauval a pesar de sus nuevas funciones...? Acaso fuera posible. ¿Lewis Dorick...? Más probablemente, en todo caso, alguien que siguiera sus mismos pasos.

El Kaw–djer dio la vuelta a la sala con la mirada y apreció el agujero practicado en el tabique. La aventura se presentaba con nitidez. Habían robado aquel tonel del almacén, lo habían llevada hasta donde se encontraba ahora y luego el culpable había huido después de haber encendido la mecha que debía provocar la deflagración de la pólvora... Pero, contrariamente a los deseos del criminal, la explosión no se había producido. La mecha, después de haber ardido dos tercios de su longitud, se había apagado por el contacto con un charco de agua que recubría su último tercio.

¿De dónde procedía aquella agua? El Kaw–djer no tuvo más que levantar la cabeza para saberlo. Procedía del cielo, por una fisura del tejado, a través del techo hecho de planchas apenas unidas. Se podían apreciar rastros de humedad entre dos láminas de metal separadas. El agua había caída desde allí gota a gota, hasta formar aquel charco que había opuesto al fuego una barrera infranqueable.

El Kaw–djer no pudo reprimir un escalofrió no tanto por él, como por quienes también habitaban en la Gobernación, es decir, por Hartlepool que había elegido allí su domicilio con los dos niños adoptivos, y por los hombres de guardia de la noche precedente. Sus vidas no habían dependido más que de una circunstancia fortuita: la tormenta que había estallado en los primeros resplandores del alba. Todos estarían ya muertos en aquel momento.

Después de aquellas reflexiones, el Kaw–djer juzgo oportuno mantener en secreto aquella tentativa abortada. No tenía ninguna necesidad de aumentar su popularidad y, examinándolo bien, más valía no turbar la paz de la población.

Cerrando la puerta tras él, fue a despertar a Hartlepool, a quien condujo al Tribunal y puso al corriente de los aconteci-

mientos. Hartlepool se quedó aterrado. Al igual que su jefe, tampoco él podía designar a los culpables, pero, al igual que él, tampoco dudaba de los nombres de quienes era lógico sospechar.

Habiendo resuelto no divulgar aquel asunto, el Kaw–djer tenía que tapar la abertura del tabique sin ayuda de nadie. Hartlepool fue a buscar los materiales necesarios, mientras que el Kaw–djer transportaba el barril de pólvora al lugar que ocupara anteriormente en el almacén.

Pudo así comprobar que había desaparecido otro de los toneles. Contando el que había encontrado en la sala del Tribunal, no quedaban más que cuatro, en lugar de cinco. ¿Qué querrían hacer con aquella pólvora? Nada bueno, sin duda. No obstante, ésta no podía ser utilizada por la carencia de todo tipo de arma de fuego y los ladrones debían pensar que sería imposible llevar a cabo otra tentativa semejante a la que un azar favorable acababa de hacer fracasar.

Cuando Hartlepool estuvo de regreso, los dos albañiles improvisados volvieron a colocar en su sitio el trozo de madero cortado por Kennedy, luego llenaron el vacío tal y como estaba anteriormente, con gravas mezcladas en argamasa. Pronto no quedó rastro alguno del atentado. Sólo entonces el Kaw–djer se retiró a su casa, haciéndose seguir de Hartlepool a quien informó de la desaparición de un segundo barril de pólvora.

El asunto merecía ser tenido en consideración. Si los culpables se habían apoderado de aquella pólvora, es que pensaban repetir su tentativa y, por tanto, convenía reflexionar acerca de los medios para protegerse contra ellos.

Después de que la cuestión hubiera sido examinada bajo todos sus aspectos, se convino definitivamente que el atentado no sería divulgado y que se actuaría con prudencia para no llamar la atención. En primer lugar, resolvieron aumentar las fuerzas de policía, de cuarenta hombres a sesenta, en espera de hacer algo mejor si había necesidad de ello ulteriormente. Por el momento, habría qué contentarse con ocho guardias suplementarios, ya que sólo se poseían en reserva ese número de armas de fuego; pero se

llegó al acuerdo de que el Kaw–djer mandaría traer doscientos fusiles nuevos, para prevenirse en el futuro contra toda eventualidad. En Liberia se habían creado ya intereses considerables que aumentaban día tras día. Se imponía estar en situación de defenderlos en caso de necesidad.

Se convino además que los hombres montarían en lo sucesivo sus guardias al aire libre y no en el puesto de policía. Se relevarían de dos en dos y durante su guardia harían la ronda alrededor de la Gobernación, que así se encontraría a cubierto de cualquier sorpresa.

El Kaw–djer no creyó oportuno adoptar por el momento otras medidas, pero Hartlepool se prometió in petto completarlas, rodeando a su jefe de una protección tan vigilante como discreta.

No había que contar con descubrir a los culpables, sin poner a la ciudad en ebullición. No habían dejado rastro alguno y sólo les hubiera desenmascarado el descubrimiento del barril de pólvora robado. Pero para encontrar aquel barril se habrían impuesto innumerables indagaciones y éstas habrían, causado una conmoción que el Kaw–djer quería evitar a toda costa.

Arregladas así las cosas, la vida volvió a tomar su rumbo normal. Transcurrieron los días uno tras otro, borrando el recuerdo de un incidente al que el tiempo restaba la importancia del principio y que la nueva organización hacía imposible repetir.

Al menos, el Kaw–djer dejó muy pronto de pensar en ello. Tenía otras preocupaciones en la cabeza. Arrastrado por su obra como por una tormenta, gozaba de la sublime embriaguez de los creadores. Su cerebro sobrecargado elaboraba sin cesar nuevas empresas y aún no había terminado con la ejecución de un proyecto que ya pasaba al siguiente.

Ni siquiera había esperado que la estacada del futuro muelle estuviera terminada, para concebir otros sueños. Uno de ellos, con posibilidades seguras de realización, consistía en utilizar una caída del río situada a algunos kilómetros en su parte superior, para establecer allí una estación eléctrica que distribuyera por

todos sitios luz y fuerza. ¡Liberia iluminada por la electricidad...! ¿Quién hubiera podido prever aquello dos años antes?

Sin embargo, aquél no era el proyecto que más apasionaba al Kaw–djer. Soñaba con otro aún más grandioso. Ciertamente, resultaba de gran utilidad iluminar Liberia, pero era tan sólo útil a una fracción muy restringida de la humanidad y, por otro lato, la empresa presentaba tan pocas dificultades qué se la podía considerar como una simple distracción. La obra que realmente le apasionaba era más general y de grandes magnitudes. Era de inte-rés para toda la humanidad.

Fue en lo primero en que pensó cuando naufragó el Jonathan. El Kaw–djer recordaba que cuando se oyeron en la noche los primeros cañonazos, había encendido un fuego en la cima del cabo de Hornos. Pero aquello no fue más que un recurso provisional, y después al igual que antes, nada advertía del peligro a los navíos. En efecto, la agonía del Jonathan no había sido más que una de las innumerables escenas del drama que constantemente tiene lunar en aquellos parajes. Centenares de buques, doblan, en medio de tormentas, la punta extrema de América. Menos afortunados que el Jonathan carecen del fuego que les guíe y, muy a menudo, cubren con sus restos los arrecifes del archipiélago. Muy distintas serían las cosas si cada tarde al ponerse el sol se encendiera un faro. Los buques, prevenidos a tiempo, se harían mar adentro y así se evitarían multitud de naufragios.

Desde que el Kaw–dler había pisado el cabo Hornos, no había transcurrido un solo día en que no le tentara aquella gran obra En todo caso, desconocía las dificultades, y durante mucho tiempo había pensado en ello como en una quimera. irrealizable. Pero en el presente las cosas eran distintas. Gobernador de un Estado en vías de rápida ascensión, podía emplear a un número casi ilimitado de trabajadores. La quimera dejaba de ser irrealizable.

Por otro lado, la cuestión del dinero, planteada antaño como un grave problema, estaba ya resuelta. En efecto, no había ninguna duda de que el Kaw–djer tenía a su disposición consider-

ables recursos puesto que él había podido dar al Estado hosteliano los adelantos que habían permitido su desarrollo. Durante mucho tiempo había rehusado sacar algo de todas aquellas riquezas cuya existencia había voluntariamente olvidado, pero ahora que, por primera vez, las había utilizado, sus repugnancias, no tenían ya razón de ser. El sacrificio estaba hecho; no había motivo alguno para no seguir haciendo lo que ya había hecho.

Por lo demás, la creciente prosperidad permitiría muy pronto al Estado hosteliano comenzar con la devolución de los adelantos que el creador le había concedido. Pero no iba a utilizar aquel capital a la manera de un burgués. No iba a atesorarlo, él, que profesaba por el dinero tal desdeñoso desprecio. ¿Qué mejor uso podía hacer de él que utilizarlo para la construcción de un faro en la cima del trágico promontorio sobre la ruda corteza contra la que tantos navíos se aplastaban?

No obstante, quedaba una grave dificultad. Si la isla Hoste era libre, la isla Hornos continuaba siendo chilena. Pero quizás aquella dificultad no fuera insuperable. Posiblemente Chile consintiere en abandonar sus derechos sobre aquel peñasco incultivable, teniendo en cuenta el uso que el nuevo posesor se comprometía a hacer de él. Como mínimo, convenía intentar aquella negociación. Y fue ello; por lo que el primer navío que partió, se llevó consigo una nota oficial sobre este asunto dirigida por el gobernador del Estado hosteliano a la República de Chile.

Mientras el Kaw–djer se absorbía así en su obra, él peligro que él ya olvidara, continuaba suspendido sobre su cabeza. Los autores del atentado habían permanecido en la sombra. Impunes y teniendo todavía en su posesión el barril de pólvora que entre sus manos constituía la más terrible de las amenazas, vivían libremente confundidos entre la multitud de colonos.

Si el Kaw–djer no se hubiera prohibido, desde el principio, proceder a una investigación, quizás habría cogido a los culpables; pero justificó con el miedo a provocar disturbios en la población de Liberia, su repugnancia ante toda medida policial que subsistía en el fondo de su corazón como un viejo resto de sus antiguas

ideas libertarias. El barril de pólvora no estaba lejos, en efecto; la mañana misma del atentado, Dorick y Kennedy lo habían transportado a una de las grutas de la punta del Este que el Kaw–djer tenía que conocer, puesto que fue en una de ellas donde Hartlepool había depositado antaño la reserva de fusiles.

Quizá no se haya olvidado que había tres grutas: dos en la parte inferior de las cuales una, abriéndose hacia la vertiente sur, comunicaba con la segunda que penetraba en pleno corazón de la montaña, y otra, en la parte superior, situada unos cincuenta metros más arriba, que se abría por el contrario hacia la vertiente norte y, por consiguiente, dominaba toda Liberia. Una estrecha fisura unía los dos sistemas. Aquella fisura, practicable a pesar de su fuerte inclinación, presentaba hacia el centro de su recorrido un estrechamiento que obligaba a trepar durante algunos metros, si cuidadosamente se evitaba tocar e incluso rozar un inestable bloque que en aquel punto era el único soporte de la bóveda, y cuya caída habría podido provocar una catástrofe.

Antaño, Hartlepool había colocado los fusiles en la gruta superior. Dorick y Kennedy habian transportado la pólvora a una de las dos grutas inferiores.

Ni siquiera habían estimado conveniente disimularla en la primera, horadada en pleno macizo un capricho de la naturaleza. Después de haber examinado rápidamente aquélla sin apreciar la suya que se proyectaba hasta la otra vertiente una altura superior, se contentaron con esconder el barril bajo un montón de ramas, dejándolo en la primera gruta, donde, por una alta y ancha arcada, el aire y la luz penetraban a raudales.

Grande había sido su sorpresa, cuando, al volver de su expedición la mañana del 27 de febrero habían comprobado que la Gobernación seguía todavía en pie. Mientras se alejaban de la ciudad para desembarazarse del barril, y luego cuando volvían, habían esperado la explosión segundo tras segundo. Como sabemos, aquella explosión no iba a producirse, y los dos malhechores llegaron. a sus domicilios respectivos sin que nada insólito hubiera sucedido.

Resultaba incomprensible.

Fuera cual fuese su curiosidad, los culpables no se apresuraron a satisfacerla. El fracaso de su tentativa justificaba todos los temores y su único objetivo, al principio, consistió en pasar inadvertidos. Se mezclaron con los demás trabajadores, se esforzaron por evitar todo lo que hubiera sido susceptible de atraer la atención sobre ellos.

Sólo por la tarde se atrevió Lewis Dorick a pasar por delante de la Gobernación. Lanzó de lejos una rápida ojeada hacia el Tribunal y vio al cerrajero Lawson reparando la puerta forzada. Lawson no parecía conceder a su trabajo una importancia particular. Le habían dicho que pusiera una cerradura nueva y él la ponía; eso era todo.

La tranquilidad de Lawson no calmó en absoluto a Dorick. Si reparaban la puerta, es que se habían dado cuenta de que había sido forzada. Por, consiguiente, necesariamente tenían que haber descubierto el barril de pólvora y la mecha consumida. ¿Quién había hecho el descubrimiento? Dorick no lo sabía. Pero no cabía ninguna duda de que un acontecimiento tan grave habría sido dado a conocer de inmediato al gobernador, de lo que con razón concluía que se tomarían medidas, que se ejercería una rigurosa vigilancia y, sabiéndose culpable, se estimo en gran peligro.

Una noción más justa de las cosas le devolvió sangre fría. Después de todo, nada podía probar su culpabilidad. Como mucho, se sospecharía de él, pero las sospechas no permiten detener a la gente, ni meterla en la cárcel y menos aún condenarla. Para todo eso se necesitan pruebas. Y no existiría ninguna prueba contra él mientras sus cómplices guardaran silencio.

Aquellas tranquilizantes reflexiones no le impidieron experimentar una violenta emoción cuando, al acabar el día, se encontró de imprevisto cara a con el Kaw–djer que, como de costumbre, iba a vigilar los trabajos del puerto. Este ofrecía su aspecto habitual y, al verle, ¡nadie habría adivinado que algo insólito hubiera sucedido! Aquella calmó resultó para Dorick más espantosa que la cólera. Se dijo que, para estar tan pacífico, el gobernador debía

tener la certeza de echar mano a los culpables. Temblando, fingió absorberse en su trabajo, evitó alzar los ojos hacia el Kaw–djer, cuya mirada no habría podido soportar. Si éste le hubiera hablado, el miserable se habría traicionado.

Pero volvió a adquirir confianza al comprobar que el Kaw–dier no le dirigía la palabra. Aquella confianza no hizo más que crecer a medida que transcurrieron los días. Sin llegar a comprenderlo, comprobaba que nada había cambiado en la ciudad aun cuando era seguro que se habían enterado del atentado tal y como demostraban las modificaciones realizadas en la guardia de noche.

De todos modos, predominó el miedo durante mucho tiempo. Durante quince días, los cinco cómplices se evitaron y llevaron una vida ejemplar que habría sido suficiente para hacerles sospechosos a observadores más atentos. Transcurridas aquellas dos semanas, empezaron a envalentonarse. Al principio intercambiaron algunas palabras de paso, finalmente, persistiendo la seguridad que les daba coraje, reemprendieron sus paseos del atardecer y sus antiguos conciliábulos.

Como su tranquilidad aumentara día a día, no tardaron en aventurarse a ir a la gruta donde el barril de pólvora se hallaba escondido. Lo encontraron tal y como lo habían dejado y eso acabó por tranquilizarles.

Poco a poco, la caverna se convirtió en el objetivo cotidiano de sus paseos. Un mes después de su tentativa abortada, se reunían allí todas las tardes.

Siempre trataban el mismo tema. Las causas de su descontento no habían cambiado lo más mínimo. Sus vidas permanecían igual que antes del atentado. Como todo el mundo, continuaban sometidos a la ley del trabajo y, en el fondo, era eso lo que les exasperaba a pesar de sus grandilocuentes diatribas.

Se excitaban recíprocamente con incesantes recriminaciones, y así fueron olvidando gradualmente su fracaso, para comenzar la búsqueda de los medios que lo reparasen. Finalmente, aumentando sin cesar su rabia impotente, llegó el día en que estuvieron maduros para un nuevo acto de revuelta.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

Aquel día, el 30 de marzo, los cinco compañeros habían abandonado Liberia por separado, y, como de costumbre, se habían reunido a cierta distancia de la ciudad. Estaba ya todo el grupo reunido, cuando llegaron al lugar habitual de sus sesiones.

Habían recorrido el camino en silencio. Dorick, sin haber abierto la boca, parecía perdido entre sus meditaciones; los otros imitaban su mutismo. Y al igual que los labios, sus caras también estaban contraídas. La tormenta estaba en el ambiente. Pensamientos de odio hinchaban sus almas resentidas.

Dorick hizo un gesto de escalofrío al penetrar el primero en la gruta. Un fuego ardía cerca de la entrada. Alguien había estado allí y la llama, aún clara demostraba que había transcurrido muy poco tiempo desde la salida del intruso.

¡Un fuego...! Dorick pensó de inmediato en la pólvora. Si se hubiera hecho el fuego algunos metros más lejos, el imprudente que la había encendido, habría saltado irremediablemente. ¡Qué peligro le había rozado, sin saberlo!

Dorick corrió hacia el barril... No, no lo habían descubierto... Seguía debajo del montón de ramaje del que sólo habían cogido unas cuantas ramas para hacer el fuego que chisporroteaba alegremente.

Mientras tanto, Kennedy fue a ver la segunda gruta iluminándose con una de las ramas que ardían. Pronto volvió a salir tranquilizado. No había nadie. Decididamente, el visitante desconocido se había marchado.

Transmitida la noticia a sus compañeros, esparció con el pie el fuego que, a pesar de encontrarse lejos de la pólvora, no dejaba de constituir un peligro. Pero Dorick le detuvo y reuniendo los tizones dispersados, reconstituyó el fuego avivándolo con nuevas ramas, mientras sus compañeros lo miraban con sorpresa.

–Camaradas –dijo levantándose–, ya no puedo más... Ahora mismo me acabo de decidir por la acción... Lo que hemos visto, me confirma en mi proyecto... Ha venido alguien aquí... Es una razón para darse prisa, porque pueden volver y lo que ayer no encontraron, lo pueden encontrar mañana.

La voz de Dorick era febril, sus palabras, jadeantes, sus gestos, violentos. Era evidente que ya no podía más, tal y como estaba diciendo.

A excepción de Sirdey que permaneció impasible, los demás dieron muestras ruidosas de aprobación.

–¿Y cuándo haremos la operación? –preguntó Fred Moore.

–Esta misma noche... respondió Dorick.

Haciendo resaltar cada palabra, como un hombre dominado por sus nervios, añadió:

–Lo he pensado mucho... Ya que no tenemos armas, me fabricaré una... Una bomba... Esta misma tarde... Comprimiendo en capas sucesivas pólvora y entre telas mojadas en alquitrán... Por eso necesito fuego..., para fundir el alquitrán... cierto que mi bomba no será como los ingenios perfeccionados de relojería o de inversión... Pero se hará lo que se pueda... Yo no soy un químico... Pero salga como salga, producirá un efecto... Una mecha la atravesará de parte a parte... La mecha durará treinta segundos... Ya he hecho la prueba; Justo el tiempo para encenderla y lanzarla.

A pesar suyo, el extraño aspecto de Dorick les impresionó. Su mirada era ardiente y, en cierta medida, extraviada. ¿Se había vuelto loco Lewis Dorick?

No, no estaba loco, o al menos no lo estaba en el sentido patológico de la palabra. Si en aquel momento ascendía a sus labios toda su vida amargura y de envidia, que proporcionaba a su actitud aquella febrilidad, tenía sin embargo la lucidez que un hombre, convertido en presa del furor, puede conservar.

–¿Quién lanzará la bomba? –preguntó Sirdey con frialdad.

–Yo –respondió Dorick.

–¿Cuándo?

–Esta noche... Hacia las dos, iré a llamar á la Gobernación... El Kaw–djer vendrá a abrir... En cuanto lo oiga, encenderé la mecha... Ya estaré preparado... Cuando la puerta esté abierta, lanzaré la bomba en el interior...

–¿Y tú?

–Tendré tiempo para salvarme... De todas formas, si hay que saltar, saltaré, y todo habrá terminado.

Todo el grupo guardó silencio. Se miraban con estupor, espantados con el proyecto de Dorick.

–En ese caso –dijo Sirdey con calma–, no nos necesitas.

–No necesito a nadie –replicó violentamente Dorick–. Los cobardes pueden marcharse si quieren.

Aquella palabra fustigó el amor propio.

–Yo me quedo –dijo Kennedy.

–Yo también –dijo William Moore.

–Yo también –dijo Fred Moore.

Sólo Sirdey no dijo nada.

Las voces habían subido de tono poco a poco. Sin darse apenas cuenta, se había llegado a un tono de disputa. A pesar de la advertencia del fuego que habían encontrado encendido, nadie había sospechado que pudiera haber en las proximidades personas a la escucha que recogieran aquellas palabras imprudentes.

Y realmente había allí gente, aunque sólo una y de tamaño demasiado reducido para inspirar temor, incluso conociendo su presencia. Quien estaba a la escucha, de modo por lo demás completamente involuntario, no era otro que Dick y, en efecto, cinco robustos hombres no tenían nada que temer de un niño.

El 30 de marzo, día de permiso, Dick y Sand habían abandonado la ciudad de buena mañana, teniendo por objetivo las grutas que tan frecuentemente habían hecho resonar con sus juegos tiempo atrás. La infancia es caprichosa. Las diversiones que ama con la mayor pasión, las abandona súbitamente un buen día para, pasado el cansancio, volverlas a practicar de repente, cuando otras distracciones han dejado ya a su vez de complacerle. Las grutas habían sido abandonadas después de tener su éxito. Ahora volvían a estar de moda.

Andando con paso ligero, Dick y Sand trataban la importante cuestión del juego al que se iban a dedicar aquel día. Más exactamente y como era ya costumbre, era Dick quien lo formulaba con

la autoridad de los ucases, mientras que Sand lo iba grabando en su mente con aire sumiso.

–Amigo mío –pronunció Dick, cuando hubieron pasado de largo las últimas casas–, te voy a proponer algo bueno.

Sand, seducido, afinó los oídos.

–Vamos a jugar al restaurante.

Sand aprobó con la cabeza. Pero, en realidad, hay que confesar que no comprendía.

–¡Anda, mira esto! –anunció triunfalmente Dick

–¡Cerillas...! –exclamó Sand maravillado por tan prodigioso juguete.

–¡Y esto...! –prosiguió Dick sacando con fuerzo de su bolsillo la media docena de patata que había metido a la fuerza antes de partir.

Sand aplaudió.

–Así pues –decretó Dick, dominante–, tú serás el patrón del restaurante. Yo seré el cliente.

–¿Por qué...? –preguntó Sand con inocencia

–¡Porque sí...! –respondió Dick.

Ante tal perentorio argumento, a Sand no le quedaba más que aceptar. Por ello, cuando estuvieron los dos en la gruta, las cosas sucedieron tal y como las había dispuesto su tiránico compañero. En un rincón había un montón de ramas cuya procedencia se ignoraba. Algunas de aquellas ramas se transformaron pronto en un magnífico fuego y las patatas comenzaron a cocerse.

Cuando estuvieron cocidas, empezó realmente el juego. Sand desempeñaba magníficamente el papel de patrón de restaurante y Dick no lo hizo peor en el de cliente de paso. Se tendría que haber visto con qué desenvoltura entró en la gruta, –pues, claro está, había vuelto a salir para aumentar la verosimilitud–, con qué distinción se sentó en el suelo ante la ilusión de una mesa, con qué autoridad pidió todos los manjares que le venían a la cabeza. Pidió huevos, jamón, pollo, corned beef, arroz, pudding y muchas otras cosas más. Gracias a Dios, el cliente podía mostrarse exigente impunemente. Jamás se había visto restaurante tan bien

guarnecido. El dueño del restaurante tenía de todo. Fuera cual fuera el pedido, respondía sin vacilar con «¡Aquí está, señor!», presentando al punto los manjares indicados que eran, en efecto, no cabía duda alguna, huevos, jamón o pollo, aun cuando un observador superficial las hubiera podido confundir con simples patatas.

Desgraciadamente, no existe cocina alguna tan maravillosamente guarnecida que no se agote, como no existe apetito tan grande que no acabe por ser saciado. Por una sorprendente coincidencia, aquellos se produjeron a un mismo tiempo y un fenómeno no menos maravilloso fue el que se produjo en el preciso momento en que ya no quedaba ni una sola patata más.

Sand experimentó una gran pena al hacer aquella desoladora comprobación.

–¡Te las has comido todas...! –suspiró con aire decepcionado.

Dick se dignó a explicarle.

–Pues claro, el cliente soy yo... –respondió como si la cosa estuviera clara por sí sola–. ¡No se va a comer el patrón su mercancía!

Pero esta vez, Sand no pareció convencido.

–Mientras tanto, no ha habido nada para mí –hizo notar todo confuso.

Dick se lo tomó muy mal.

–¡Bueno, ahora sólo tienes que decir que soy un glotón! Y luego ¡porras!, no juego más ¡y ya está!

–¡Dick...! –imploró Sand, aterrado por aquella amenaza.

No hizo falta nada más. Dick renunció de inmediato a sus proyectos de venganza.

–Bueno –dijo con aire magnánimo–, yo seré el patrón... Ahora te toca a ti hacer de cliente.

El juego se organizó según aquel nuevo programa. Fue Sand quien salió de la gruta y volvió a entrar, sentándose en el suelo delante de la mesa imaginaria. Terminada la presentación Dick se acercó a su cliente extasiado, presentándole una piedra.

Pero Sand, cuya inteligencia era menos viva, no comprendió de momento y miró la piedra con aire atontado.

–¡Animal...! –explicó Dick–. Es la nota.

–Yo no he comido nada –objetó Sand, indignado

–Puesto que no hay nada más..., no queda más que pagar la cena... ¡En un restaurante hay que pagar...! Tú me dirás: «Camarero, tráigame la nota por favor». Yo te diré: « ¡Aquí está, señor!» Tú dirás: «Muy bien, camarero, un centavo por la cena y un centavo para usted. Yo diré: «Gracias, señor». Y tú me darás dos centavos.

Todo sucedió conforme a aquel lógico plan. Sand puso el tono necesario para decir: «Camarero, déme la nota, por favor» y Dick exclamó con tanta perfección«¡Aquí está, señor!», que se le habría tomado por un auténtico camarero. Era como para confundirse. Sand, encantado, le dio los dos centavos.

De todos modos, una reflexión vino a estropear sus deleites.

–¡Eres tú el que se ha comido las patatas, y yo quien las paga! –dijo un poco melancólicamente

Dick no hizo ademán de haberle oído. No obstante, le había oído perfectamente. Prueba de ello es que enrojeció hasta las orejas.

–Compraremos un regaliz en el bazar Rhodes –prometió para tranquilizar su conciencia.

Luego, con mucha política y con el fin de cortar rápidamente con el incidente:

–Vamos a jugar a otra cosa –declaró.

–¿A qué? –preguntó Sand.

–Al león –decidió Dick, quien, sin vacilar, concedió el mejor papel. Tú serás un viajero. Yo soy un león. Ahora sales fuera y luego entras en la gruta para descansar y yo saltaré sobre ti para comerte. Entonces gritas: «¡Socorro...!» Entonces, yo me iré y volveré corriendo. Seré un cazador y matare al león.

–¡Pero si tú eres el león! –objetó Sand no sin una cierta lógica.

–No, seré un cazador.

–Entonces, ¿quién me comerá?

–¡Bestia...! Yo, cuando sea león.

Sand se sumergió en profundas reflexiones, mirando a su compañero con aire ensoñador. Este interrumpió sus pensamientos.

–No hace falta que lo entiendas –dijo–. Vete, luego vuelves. El león te espiará en las rocas... Tienes tiempo... Por lo menos media hora... El león soy yo, ya sabes... Así que estaré al acecho... Un león no está dos minutos al acecho... Sube por la galería hasta la gruta de arriba y vuelves por fuera..

Pero no desconfíes, entiendes, no temas nada... Sólo cuando oigas el rugido del león...

Dick lanzó un rugido aterrador.

Sand ya se había marchado. Subió por la galería y enseguida descendería dócilmente para hacerse devorar por el león.

–Mientras se alejaba su compañero, Dick se agazapo entre las rocas. Tenía que esperar media hora, o no le pareció mucho tiempo. Era el león. Así pues, tal y como había observado con detalle, un león debe saber estar al acecho con paciencia. Por nada del mundo habría dejado ver la punta de su carita y, concienzudamente, lanzaba de vez en cuando, aunque estuviera solo, pequeños rugidos, preludio del grande, del terrible, que estallaría cuando el león devorara al desgraciado viajero.

Fue interrumpido en sus ejercicios preparatorios. Varias personas escalaban la pendiente de la montaña. Dick, absolutamente convencido de que era un auténtico león, permaneció oculto, pero su transformación en el rey del desierto no le impidió reconocer al pasar a Lewis Dorick, a los hermanos Moore, a Kennedy y a Sirdey. Dick hizo una mueca. No le gustaba nada toda aquella gente y, particularmente Fred Moore que él consideraba como su enemigo personal.

Los cinco hombres desaparecieron en la gruta, gran cólera de Dick que oyó sus exclamaciones de sorpresa cuando descubrieron el fuego.

«La gruta no es suya», murmuró entre dientes. Pero otras palabras llegaron hasta él y le hicieron agudizar los oídos. Habla-

ban de la pólvora, de la bomba y esta última palabra que no entendía bien, la mezclaban con los nombres del gobernador y de Hartlepool.

Quizás estaba demasiado lejos y oía mal... Se aproximó con precaución a la entrada de la gruta, hasta un lugar donde podía oír con nitidez todo lo que se estaba diciendo allí.

Alguien estaba hablando en aquel preciso momento. Dick reconoció la voz de Sirdey.

–¿Y luego...? –preguntó el antiguo cocinero, que seguía desempeñando el papel de crítico de Dorick

–¿Luego...? –repitió Dorick en tono interrogativo.

–Sí... –prosiguió Sirdey–. Tu bomba no será como el barril. No tendrás la pretensión de matarlos a todos... Cuando hayas hecho saltar al Kaw–djer, quedarán Hartlepool y los hombres de guardia.

–¡Qué importa...! –respondió Dorick con violencia. No les tengo ningún miedo... Con la cabeza cortada, el cuerpo no sirve para nada.

¡Matar...! ¡Cortar la cabeza del gobernador...! Dick, que de pronto se había puesto serio, escuchaba temblando aquellas terribles palabras.

## Capítulo V
## Un héroe

¡Cortar la cabeza del gobernador...! Dick, olvidándose de su papel de león, no pensó más que en huir. Había que correr hasta Liberia..., contar lo que acababa de oír...

Desgraciadamente para él, el exceso de su precipitación le impidió calcular sus movimientos con la suficiente prudencia. Se desprendió una piedra y cayó rodando ruidosamente. Enseguida alguien apareció a la salida de la caverna, lanzando sospechosas miradas hacia todos los lugares. Dick, espantado, reconoció a Fred Moore.

Aquél vio al niño.

–¡Ay! ¡Eres tú, piojo...! –dijo–. ¿Qué haces aquí?

Dick, paralizado por el terror, no respondió.

–¿Has perdido la lengua hoy...? –continuó la grosera voz de Fred Moore. Y sin embargo no tiene pelos... Espera un poco. Yo te ayudaré a encontrarla...

El miedo devolvió a Dick la utilidad de sus piernas. Emprendió la carrera y se lanzó por la pendiente. Pero en pocas zancadas, su enemigo le alcanzó. Cogiéndole con su robusta mano por la cintura, lo levantó como una pluma.

–¡Hay que ver...! –rugió Fred Moore, levantando hasta la altura de su cara al niño aterrorizado–. ¡Ya te enseñaré yo a espiar, pequeña víbora!

En un instante, Dick fue transportado a la gruta y tirado como un fardo a los pies de Lewis Dorick.

ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–¡Mirad esto –dijo Fred Moore–, lo he encontrado fuera escuchándonos!

Dorick hizo levantar al niño de una bofetada.

–¿Qué hacías aquí? –preguntó severamente.

Dick tenía mucho miedo. Para ser franco, temblaba como una hoja. No obstante, su orgullo eras más fuerte. Se enderezó sobre sus pequeñas piernas, como un gallo de combate sobre sus espolones.

–Eso no le importa –replicó con arrogancia–... Tengo derecho de jugar al león en la gruta... La gruta no es suya.

–Trata de responder con educación, mocoso –dijo Fred Moore, dando otra bofetada a su cautivo.

Pero los golpes no eran argumentos para emplear con Dick. Ya le habrían podido despedazar como carne de picadillo, que no le habrían hecho ceder. En lugar de doblar la columna, aumentó, por el contrario, todo lo que pudo su pequeña estatura, apretó los puños y luego, mirando a su adversario a la cara:

–¡Cobarde...! –dijo.

No pareció que a Fred Moore le afectara mucho aquella injuria.

–¿Qué es lo que has oído? –preguntó–. ¡Nos lo vas a decir, porque si no...!

Fred Moore alzó la mano para dejarla caer varias veces con una fuerza cada vez mayor. Dick se obstinó en un feroz silencio.

Dorick intervino.

–Dejad al niño –dijo–. No sacaréis nada... Además, es igual. Haya oído algo o no, no creo que seamos tan bestias como para dejar que se largue...

–¿No le irás a matar? –interrumpió Sirdey, que decididamente parecía poco inclinado a las soluciones violentas.

–No hace falta –respondió Dorick encogiéndose de hombros–. Simplemente lo vamos a encerrar...

–¿Alguien tiene aquí un trozo de cuerda?

–Toma –dijo Fred Moore, sacando de su bolsillo el objeto requerido.

–Y toma –añadió su hermano William, ofreciéndole su cinturón de cuero.

En un abrir y cerrar de ojos, Dick estuvo fuertemente amarrado. No podía hacer movimiento alguno con los tobillos apretados uno contra otro y las manos atadas detrás de la espalda. Luego Fred Moore lo llevó a la segunda gruta donde lo tiró al suelo como un fardo.

–Trata de estar quieto –recomendó a su prisionero, antes de alejarse–. ¡Si no, te las tendrás que ver conmigo, muchacho!

Después de aquella recomendación, volvió junto a sus compañeros y se inició de nuevo la eterna conversación. En cualquier caso, aquélla llegaba a su fin y la hora de acción iba de nuevo a sonar. Mientras se hablaba en derredor de Dorick, éste había colocado el alquitrán en el fuego y pronto, con meticulosos cuidados, comenzó la fabricación de su ingenio asesino.

Mientras los cinco miserables se preparaban así para su crimen, sus destinos se forjaban a sus espaldas. La captura de Dick había tenido un testigo. Al ir Sand a encontrarle donde, según lo convenido, debía ser víctima de la ferocidad del león, asistió a toda la escena. Había visto cómo capturaban a su compañero, cómo se lo llevaban, ataban y finalmente tiraban en la segunda gruta.

Sand se hundió en una terrible desesperación. ¿Por qué se habían apoderado de Dick...? ¿Por qué le habían pegado...? ¿Por qué Fred Moore se lo había llevado...? ¿Qué habían hecho de él...? ¿Y si lo habían matado...? Quizás sólo estaba herido y esperaba que alguien acudiera en su ayuda.

En ese caso, Sand acudiría. Se lanzó al asalto de la montaña, trepó como una gamuza hasta la grupa superior, y descendió por la estrecha galería que unía ambos sistemas. En menos de un cuarto de hora, llegaba a la parte inferior de la pendiente, al lugar donde la galería se ensanchaba para formar el tenebroso vacío horadado en pleno macizo, en cual Dick había sido encarcelado.

Algo de luz se filtraba por el pasaje que comunicaba aquel vacío con la caverna exterior. Hasta allí llegaban igualmente las

voces sordas y apagadas de Lewis Dorick y de sus cuatro cómplices. Sand, comprendiendo la necesidad de prudencia, aminoró la marcha y se acercó a su amigo con paso de lobo.

Los grumetes, en su calidad de aprendices marinos, llevan siempre un cuchillo en el bolsillo. Sand se apresuró a sacar el suyo y a cortar las ataduras del prisionero. Apenas pudo moverse, éste, sin decir palabra, corrió hacia la galería por donde había llegado el salvador. Aquello no era una broma. Sólo él sabía, gracias a haber cogido algunas palabras, hasta qué punto resultaba grave la situación y lo importante que era actuar rápido. Por ello y sin perder tiempo en vanos agradecimientos, se lanzó hacia la galería escalando la pendiente a toda prisa, mientras que dejaba al pobre Sand pisándole los talones sin aliento.

La doble evasión habría resultado fácilmente un éxito, si la mala suerte no hubiera querido que a Fred Moore, en aquel preciso instante, se le hubiera ocurrido ir a echar una ojeada a su prisionero. En la débil luz que llegaba de la primera galería, creyó ver una forma vaga que se movía. Por si acaso, se lanzó en su búsqueda y así descubrió la galería ascendente de la que hasta el momento no había sospechado su existencia. Comprendiendo pronto que se la habían jugado y que su prisionero escapaba, lanzó un furioso juramento y se puso, el tercero, a escalar la pendiente.

Si los niños llevaban una ventaja de unos quince metros, Fred Moore poseía, por su parte, largas piernas, y nada se oponía a que aprovechara tal ventaja, ya que el pasaje, al menos en su parte inferior, era relativamente amplio. Es cierto que la profunda oscuridad que le rodeaba constituía un serio obstáculo para su marcha en aquella galería desconocida que, por el contrario, Dick y Sand conocían perfectamente. Pero Fred Moore estaba encolerizado y cuando uno está encolerizado, no escucha consejos de la prudencia. Así, corría a cuerpo descubierto entre las tinieblas, con las manos extendidas hacia delante, y arriesgando romperse la cabeza con un saliente de la bóveda.

Fred Moore no sabía que tenía a dos fugitivos delante suyo. No veía absolutamente nada y los niños se guardaban de hablar. Tan sólo el ruido de las piedras que rodaban por la pendiente le indicaba que se encontraba en buen camino y como aquel ruido cada vez se acercara más, deducía que iba ganando terreno.

Los niños hacían lo que podían. Se sabían perseguidos y comprendían que se les iba alcanzando progresivamente. No obstante, no desesperaban. Todos sus esfuerzos se dirigían a alcanzar aquel estrechamiento de la galería donde el techo sólo lo sostenía una roca que el menor choque hubiera hecho tambalear. Más allá, la galería se hacía más baja y estrecha, lo cual iría muy bien para su estatura. Podrían continuar corriendo, mientras que su enemigo se vería en la obligación de agacharse.

Finalmente alcanzaron aquel estrechamiento, objeto de sus esperanzas. Doblado en dos, Dick lo franqueó felizmente el primero. Sand se deslizaba detrás suyo, de rodillas y apoyándose con las manos, cuando de pronto se sintió inmovilizado por una mano brutal que agarraba su tobillo.

–¡Ya te tengo, bandido...! –decía al mismo tiempo una voz furiosa detrás suyo. Fred Moore estaba realmente enfurecido. Poco le había faltado para romperse la cabeza, ya que nada le había advertido que la galería bajaba bruscamente de nivel y se estrechaba en un punto de su recorrido. Su frente había chocado tan fuertemente contra la bóveda, que el golpe le había hecho caer medio atontado. El éxito de su persecución se debió precisamente a aquella caída; la mano que instintivamente extendió, fue a dar por suerte en la pierna del fugitivo.

Sand se vio perdido... Se desembarazarían de él y reemprenderían la persecución de Dick que sería a su vez alcanzado... ¿Qué harían de Dick entonces...? Lo encerrarían... ¡Quizás incluso lo matarían...! ¡Había que impedirlo, impedirlo a toda costa...!

¿Hizo realmente Sand todos aquellos razonamientos? Aún más, ¿fue deliberadamente que adoptó el desesperado medio al que recurrió? No es muy probable, pues le faltó tiempo para re-

flexionar, todo el drama, desde su comienzo hasta su fin no duró más de un segundo.

Parece como si en nosotros existiera otro ser que, en ciertas ocasiones, actuara en nuestro lugar. Debe ser el subconsciente de los filósofos que, de pronto nos permite encontrar, cuando ya no pensamos más en ello, la solución a un problema que durante mucho tiempo hemos buscado en vano. Debe ser él quien gobierna nuestros reflejos y la causa de los gestos instintivos que pueden provocar las excitaciones exteriores. Finalmente, debe ser él también quien a veces nos decide de improviso a realizar unos actos cuyo origen profundo se encuentra en nosotros mismos, pero que nuestra voluntad no ha decidido aún formalmente.

Sand sólo tenía una idea clara: la necesidad de salvar a Dick y de detener la persecución. El subconsciente hizo lo demás. Sus brazos se extendieron y se colgaron del inestable bloque que sostenía el techo de la galería, mientras que Fred Moore, ignorando el peligro, le estiraba violentamente para atrás.

El bloque se deslizó. La bóveda se derrumbó, produciendo un sordo ruido.

Al oír aquel ruido, Dick, apresado por una inquieta sensación, se detuvo en seco aguzando el oído. No oyó nada más. Todo estaba silencioso de nuevo, profundo como las tinieblas en las que se había sumergido. Llamó a Sand, primero en voz baja, luego más alto, y después más alto aún... Finalmente, como no obtenía respuesta alguna, volvió sobre sus pasos y chocó contra un montón de rocas que no dejaban entre ellas salida alguna. Pronto lo comprendió. La galería se había derrumbado, Sand estaba allí debajo...

Durante un instante, Dick permaneció inmóvil; atontado, luego reemprendió su marcha bruscamente y a toda prisa, y cuando estuvo a la luz del día, se lanzó por la bajada como un loco.

El Kaw–djer estaba leyendo tranquilamente antes de meterse en la cama, cuando la puerta de la Gobernación se abrió con violencia. Una especie de bola de la que salían gritos y palabras sin

articular fue a rodar a sus pies. Pasada la primera sorpresa reconoció a Dick.

–¡Sand..., gobernador..., Sand...! –gemía aquél.

El Kaw–djer adoptó una voz severa.

–¿Qué significa esto...? ¿Qué pasa?

Pero Dick no pareció comprender. Tenía la mirada extraviada, las lágrimas chorreaban por su rostro y de su pecho jadeante se escapaban palabras incoherentes.

–¡Sand..., gobernador!... Sand... –decía, estirando al Kaw–djer de la mano como si lo quisiera arrastrar–. La gruta... Dorick... Moore... Sirdey..., la bomba, cortar la cabeza... ¡Y Sand... aplastado...! Sand... ¡Gobernador...! ¡Sand...!

A pesar de su incoherencia, las palabras eran claras. Algo insólito había debido suceder en las grutas, algo en lo que, de un modo u otro, estaban mezclados Dorick, Moore y Sirdey y cuya víctima había sido Sand. No había que pensar en sacar de Dick una información más precisa. El niño, en el paroxismo del espanto, continuaba pronunciando las mismas palabras qué repetía interminablemente y parecía haber perdido la razón.

El Kaw–djer se levantó y, llamando a Hartlepool, le dijo rápidamente:

–Algo ocurre en las grutas... Coja cinco hombres, provéanse de antorchas y vengan a reunirse conmigo. Dense prisa.

Luego, sin esperar respuesta, obedeció a la llamada de la pequeña mano cuya solicitación se hacía cada vez más acuciante y partió corriendo en la dirección del cabo. Dos minutos más tarde, Hartlepool, a la cabeza de cinco hombres armados, se ponía a su vez en marcha.

Desgraciadamente, en aquella casi completa oscuridad, el Kaw–djer estaba ya fuera del alcance de su vista. «A las grutas», había dicho. Y Hartlepool se dirigió hacia las grutas, es decir, hacia la que él mejor conocía y en la que había escondido los fusiles hacía tiempo, mientras que el Kaw–djer, guiado por Dick, se dirigía más hacia el norte, para rodear la extremidad de la punta y

alcanzar, por la otra vertiente, la de las dos grutas inferiores en donde Dorick había instalado su cuartel general.

Este había interrumpido su trabajo cuando oyó la exclamación lanzada por Fred Moore al descubrir la huida del prisionero y, seguido de sus tres compañeros, se encaminó hasta la segunda gruta, dispuesto a ayudar a su camarada que acababa de entrar allí. De todos modos, como Fred Moore sólo se tenía que ocupar de un niño, no se retrasó mucho allí y, después de una rápida ojeada que resultó inútil por la oscuridad, volvió a reanudar su trabajo.

Pero cuando el trabajo estuvo terminado y como Fred Moore no había regresado todavía, todos comenzaron a extrañarse de su prolongada ausencia, iluminándose con una antorcha, penetraron de nuevo en la gruta, interior, William Moore a la cabeza, Dorick y detrás de él, Kennedy. Sirdey siguió a sus camaradas, pero fue para cambiar dé opinión y dar media vuelta casi al instante: Luego, mientras sus amigos se aventuraban en la segunda gruta, él salió de la primera y aprovechando que estaba cayendo la noche, se escondió en las rocas del exterior. Nada bueno le anunciaba aquella desaparición de Fred Moore. Preveía desagradables complicaciones. Además Sirdey estaba muy lejos de ser un genio de la guerra. La astucia, el engaño, los medios cautelosos y solapados, ¡perfecto!, pero los golpes no eran asunto suyo. Preservaba así su preciosa persona muy decidido a no comprometerse más que a tiro hecho y según el giro que fueran tomando los acontecimientos.

Mientras tanto, Dorick y sus dos compañeros descendían por la galería en la que Fred Moore se había introducido en persecución de Dick y Sand. No había error posible, ya que la gruta no tenía otra salida. El que buscaban, tenía que haber salido necesariamente por allí. Se introdujeron en ella a su vez, pero después de un centenar de metros, tuvieron que detenerse. Una masa de rocas, amontonadas unas sobre otras, les impedía el paso. La galería era un callejón sin salida y ya habían alcanzado el fondo.

Se miraron ante aquel inesperado obstáculo, literalmente estupefactos. ¿Dónde diablos debía estar Fred Moore? Incapaces de

responder a aquella pregunta, volvieron a bajar la pendiente, sin sospechar que su camarada había sido sepultado bajo aquel montón de escombros.

Llegaron en silencio a la primera gruta, profundamente turbados por aquel indescifrable misterio. Una desagradable sorpresa les esperaba allí. En el mismo momento en que ponían allí el pie, dos formas humanas, las de un hombre y un niño, aparecieron de pronto en la entrada.

El fuego ardía alegremente y su clara llama disipaba las tinieblas. Los miserables reconocieron al hombre y reconocieron al niño.

–¡Dick...! –dijeron los tres a un mismo tiempo, estupefactos de ver llegar por aquel lado al grumete que, menos de una media hora antes, había sido encerrado y fuertemente agarrotado.

–¡El Kaw–djer...! –rugieron después, con una mezcla de cólera y escalofrío.

Vacilaron durante un instante, luego se impuso la rabia y William Moore y Kennedy se abalanzaron sobre él con un mismo movimiento.

El Kaw–djer esperó a sus adversarios a pie firme, inmóvil a la entrada con su alta silueta vivamente iluminada por la llama. Aquéllos habían sacado sus cuchillos. No les dejó tiempo para utilizarlos. Agarrados por la garganta por unas manos de hierro, el cráneo de uno chocó fuertemente contra la cabeza del otro. Cayeron juntos sin sentido.

Kennedy había recibido su merecido. Permaneció extendido, inerte, mientras que William Moore se levantaba tambaleándose.

Sin fijarse en él, el Kaw–djer dio un primer pasó hacia Dorick...

Este, enloquecido por la trepidante rapidez de los acontecimientos, había asistido a la batalla sin tomar parte. Se había quedado detrás, sosteniendo en la mano su bomba de la que colgaban algunos centímetros de mecha. Paralizado por la sorpresa, no había tenido tiempo de intervenir y el resultado de la lucha le demostraba ahora lo inútil que resultaría una mayor resistencia.

Por el movimiento que hizo el Kaw–djer comprendió que todo estaba perdido...

Entonces, enloqueció... Una oleada de sangre subió hasta su cerebro: según la enérgica expresión popular, se lo llevaron los demonios... Vencería, al menos una vez en su vida... ¡Si tenía que morir, el otro también moriría...!

Saltó hasta el fuego y cogió un tizón que acercó a la mecha, luego, llevando su brazo hacia atrás, se distendió para lanzar el terrible proyectil...

Le faltó tiempo para su gesto asesino. ¿Se debió a una torpeza, a un defecto de la mecha o a alguna otra causa? La bomba estalló en sus manos. De pronto, resonó una violenta detonación... El suelo tembló. Las fauces de la gruta vomitaron un haz de fuego...

Después de la explosión, un grito de angustia respondió fuera. Hartlepool y sus hombres, habiéndose dado cuenta de su error, llegaban corriendo, justo a tiempo para asistir al drama. Vieron surgir la llama, dividida en dos lenguas ardientes por una y otra parte del Kaw–djer a quien el pequeño Dick aterrorizado tenía agarrado por las rodillas. Aquél permanecía de pie, inmóvil como el mármol, en medio de aquel círculo de fuego. Se lanzaron en ayuda de su jefe.

Pero éste no necesitaba ayuda alguna. La explosión le había evitado milagrosamente. El aire desplazado se había separado en dos corrientes que le habían rozado sin alcanzarle. Pasado el peligro, lo encontraron inmóvil y en pie como cuando lo habían visto en el momento de peligro. Detuvo con la mano a los que acudieron en su ayuda.

–Vigile la entrada, Hartlepool –ordenó con su voz habitual.

Estupefactos por aquella increíble sangre fría, Hartlepool y sus hombres obedecieron y una barrera humana se dispuso a través de la abertura de la gruta. La humareda se disipaba poco a poco, pero la oscuridad era absoluta, pues el fuego se había apagado con la explosión.

–Luz, Hartlepool –dijo el Kaw–djer.

Se encendió una antorcha. Penetraron en la caverna.

En seguida, aprovechando la soledad y la oscuridad, una sombra se separó de las rocas de la entrada. Ahora Sirdey ya lo sabia todo. Muerto o apresado Dorick, creía oportuno, en cualquier caso, ponerse a resguardo. Se alejó lentamente al principio. Luego, cuando consideró suficiente la distancia, aceleró su huida. Desapareció en la oscuridad.

Mientras tanto, el Kaw–djer y sus hombres exploraban el teatro del drama. Allí, el espectáculo era terrible. Sobre el suelo, manchado de sangre, había por doquier espantosos restos. Trabajo costó identificar a Dorick cuyos brazos y cabeza se los había llevado la explosión. Algunos pasos más allá yacía William Moore con el vientre abierto. Más lejos, Kennedy, aparentemente sin heridas, parecía dormir. El Kaw–djer se acercó a este último.

–Vive –dijo.

Era obvio que el antiguo marinero, medio estrangulado por el Kaw–djer e incapaz por ello de levantarse, debía su salvación a aquella circunstancia.

–No veo a Sirdey –observó el Kaw–djer mirando en derredor suyo–. No obstante, al parecer estaba aquí.

Examinaron meticulosamente en vano la gruta. No encontraron ningún rastro del cocinero del Jonathan. Pero bajo el montón de ramas que lo disimulaban, Hartlepool descubrió el barril de pólvora del que Dorick sólo había sacado una pequeña parte.

–¡Aquí está el otro barril...! –exclamó triunfalmente–. Esta es nuestra gente de la vez anterior.

En aquel momento, una mano cogió la del Kaw-djer, mientras que una débil voz gemía dulcemente.

–¡Sand...! ¡Gobernador...! ¡Sand...!

Dick tenía razón. No había acabado todo. Faltaba aún encontrar a Sand, ya que, según su amigo, estaba mezclado en aquel asunto.

–Guíanos, hijo mío –dijo el Kaw–djer.

Dick se introdujo en el pasaje interior y, a excepción de un hombre que se quedó para vigilar a Kennedy, todo el mundo se



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

introdujo detrás de él. Atravesaron siguiéndole la segunda gruta, luego subieron la galería hasta el lugar donde se había producido el derrumbamiento.

–¡Aquí...! –dijo Dick, señalando con la mano el amontonamiento de rocas.

Parecía presa de un terrible dolor y su aspecto extraviado produjo compasión a aquellos hombres fuertes a los que él imploraba ayuda. Ya no lloraba, pero sus ojos secos ardían de fiebre y sus labios apenas podían pronunciar las palabras.

–¿Aquí...? –respondió el Kaw–djer con dulzura–. Pero hijo mío, ya ves que no podemos avanzar más.

–¡Sand! –repitió Dick con obstinación, extendiendo su temblorosa mano en la misma dirección,

–¿Qué quieres decir, hijo mío? –insistió el Kaw-djer–. Supongo que no pretenderás decirnos que tu amigo Sand está aquí debajo.

–¡Sí...! –articuló con esfuerzo Dick–. Antes, se pasaba... Esta tarde... Dorick me cogió... Me salvé... Dick iba detrás mío... Fred Moore nos iba a coger... Entonces Sand... hizo que cayera todo... y todo se vino abajo... encima de él..., ¡para salvarme...!

Dick se detuvo y se echó a los pies del Kaw-djer.

–¡Oh...! Gobernador... –imploró–. ¡Sand...!

El Kaw–djer, vivamente emocionado, se esforzó en apaciguar al niño.

–Cálmate, hijo mío –dijo bondadosamente–. ¡Cálmate...! Sacaremos a tu amigo de aquí, estate tranquilo ¡Vamos!, ¡nosotros manos a la obra...! –ordeno girándose hacia Hartlepool y sus hombres.

Se pusieron a trabajar febrilmente. Las rocas fueron arrancadas una a una y echadas a un lado. Felizmente, los bloques no eran demasiado grandes y sus robustos brazos pudieron moverlos.

Dick, obedeciendo las instrucciones del Kaw–djer, se había retirado dócilmente a la primera gruta, donde Kennedy, vigilado por su guardián, iba recobrando la conciencia. Allí, se sentó sobre

una piedra, cerca de la entrada y con la mirada fija, sin hacer ningún movimiento, esperaba que la promesa del Kaw–djer fuera cumplida.

Mientras tanto, a la luz de las antorchas, los hombres trabajaban encarnizadamente en la galería. Dick no había mentido. Allí debajo había unos cuerpos. Apenas hubieron levantado las primeras rocas, vieron un pie. No era el pie de un niño y no podía pertenecer a Sand. Era el pie de un hombre y de un hombre de alta estatura.

Se apresuraron. Después del pie apareció una pierna, luego un torso y finalmente el cuerpo de un hombre estirado boca abajo. Pero cuando quisieron sacar al hombre a la luz, encontraron una resistencia. Sin duda, su brazo, extendido hacia delante y hundido entre las piedras, estaba agarrado a algo. Así fue en efecto, y cuando lograron dejar libre el brazo, vieron que la mano estrechaba el tobillo de un niño.

Desprendida la mano del tobillo, pusieron al hombre boca arriba. Reconocieron a Fred Moore. Tenía la cara hecha papilla y el pecho aplastado; estaba muerto.

Entonces, se pusieron a trabajar aún con mayor febrilidad. Aquel pie que Fred Moore tenía entre sus crispados dedos, sólo podía ser de Sand.

Los descubrimientos se sucedieron más rápidamente, pues la segunda víctima no era tan grande como la primera.

¿Mantendría el Kaw–djer la promesa que le había hecho a Dick de devolverle su amigo? Parecía poco probable, a juzgar por lo que ya habían visto del desgraciado niño. Sus piernas, contusionadas, aplastadas, con los huesos rotos, no eran más que deformados colgajos y ello permitía prever en qué estado iban a encontrar el resto del cuerpo.

A pesar de sus grandes prisas, los trabajadores tuvieron que detenerse y tomarse tiempo para reflexionar en el momento de ocuparse de un bloque mayor que los precedentes que con su enorme masa aplastaba las rodillas del pobre Sand. Aquel bloque

sostenía a los demás que lo rodeaban, y había que actuar con prudencia a fin de evitar un nuevo derrumbamiento.

Aumentó la duración del trabajo por aquella complicación pero, finalmente, centímetro a centímetro, el bloque fue a su vez retirado...

Los salvadores lanzaron una exclamación de sorpresa. Había un vacío detrás y Sand yacía en aquel vacío como en una tumba. Al igual que Fred Moore descansaba boca abajo, pero las rocas, haciendo un arbotante las unas contra las otras, habían protegido su pecho. La parte superior del pecho parecía intacta y si no hubiera sido por el lamentable estado de sus piernas, habría salido ileso de aquella terrible aventura.

Lo sacaron con mil precauciones y lo colocaron a la luz de la antorcha. Sus ojos estaban cerrados, sus labios blancos y fuertemente apretados, su rostro con una lívida palidez. El Kaw–djer se inclinó sobre el niño...

Estuvo escuchando durante un largo rato. Si quedaba un soplo de vida en aquel pecho, éste apenas era perceptible...

–¡Respira...! –dijo finalmente.

Dos hombres levantaron el ligero fardo y descendieron por la galería en silencio. ¡Siniestro descenso por aquel camino subterráneo en el que la antorcha fuliginosa parecía hacer tangibles las tinieblas profundas! La cabeza inerte se tambaleaba lamentablemente y más lamentablemente aún las piernas trituradas de las que brotaban gruesas gotas de sangre.

Cuando el triste cortejo apareció en la gruta exterior, Dick se levantó sobresaltado y miró ávidamente. Vio las piernas muertas, el rostro exangüe...

Entonces, por sus ojos desorbitados pasó una mirada de agonía y, lanzando un ronco grito, se desplomó en el suelo.

## Capítulo VI
## Durante dieciocho meses

El 31 de marzo despuntó el alba sin que el Kaw-djer, agitado por las fuertes emociones de la vigilia, hubiera conciliado el sueño. ¡Qué pruebas acababa de pasar! ¡Qué experiencias acababa de realizar! Había llegado hasta el fondo del alma humana, capaz, a un mismo tiempo, de lo mejor y de lo peor, de los instintos más feroces y de la más pura abnegación.

Antes de ocuparse de los culpables, se apresuró en socorrer a las inocentes víctimas de aquel drama espantoso. Dos camillas improvisadas los habían transportado rápidamente a la Gobernación.

Cuando Sand estuvo desvestido y reposó sobre la litera, su estado aún pareció más horroroso. Sus piernas, literalmente hechas papilla, ya no existían. El espectáculo de aquel joven cuerpo martirizado era tan lamentable, que a Hartlepool le dio un vuelco el corazón, y grandes lágrimas rodaron sobre sus mejillas curtidas por todas las brisas del mar.

Con una paciencia maternal, el Kaw–djer curó aquella pobre carne despedazada. Era evidente que, con aquellas piernas terriblemente laminadas, Sand estaba condenado a no poder utilizarlas jamás y a llevar, hasta su último día, una vida de inválido. No había nada que hacer a aquel respecto, pero ya se lograría un apreciable resultado si se podía evitar una amputación que podría ser fatal para aquel débil organismo.

Terminada la curación, el Kaw–djer hizo pasar algunas gotas de un cordial entre los labios descoloridos del herido, que

comenzó a lanzar débiles quejidos y a murmurar palabras confusas.

El Kaw–djer se ocupó en segundo lugar de Dick, que también parecía encontrarse en gran peligro. Ardía con una intensa fiebre, tenía los ojos cercados, nerviosos temblores recorrían su cara de color teja y una respiración entrecortada silbaba entre sus. dientes apretados. Ante aquellos síntomas diversos, el Kaw–djer sacudió la cabeza con aire inquieto. A pesar de la integridad de sus miembros y de su aspecto menos impresionante, el estado de Dick era en realidad mucho más grave que el de su salvador.

Cuando estuvieron acostados los dos niños, el Kaw–djer, a pesar de lo avanzado de la hora, se dirigió a casa de Harry Rhodes y le puso al corriente de los acontecimientos. El relato trastornó a Harry Rhodes que no regateó la ayuda de los suyos. Convinieron que la señora Rhodes y Clary, Tullia Ceroni y Graziella velarían por turnos en la cabecera de los dos niños, las jóvenes durante el día y sus madres durante la noche. La primera en hacer guardia fue la señora Rhodes. Se vistió en un instante y partió con el Kaw–djer.

Fue solamente entonces cuando éste, habiendo puesto remedio de aquel modo a lo más urgente, fue a buscar reposo; pero no lograría encontrarlo. Demasiadas emociones agitaban su corazón, un problema demasiado grave se planteaba en su conciencia.

De los cinco asesinos, tres estaban muertos, pero quedaban dos más. Había que tomar partido con respecto a ellos. Si uno, Sirdey, había desaparecido y erraba por la isla donde no tardarían sin duda en encontrarlo, el otro, Kennedy, esperaba, encerrado en la prisión, a que se decidiera sobre su suerte.

Aquella vez no era cuestión de echar tierra sobre un asunto cuyo balance se saldaba con tres hombres muertos, uno en fuga y dos niños en peligro de muerte. Además, demasiadas personas estaban al corriente para que se pudiera esperar mantenerlo en secreto. Había que actuar. ¿En qué dirección?

Ciertamente, los medios de acción adoptados por la gente con la que el Kaw–djer acababa de combatir, no tenían nada en

común con los que él estaba inclinado a emplear, pero, en el fondo, el principio era el mismo. En suma, se reducía a que a aquella gente como a él mismo, le repugnaba la coacción, y no habían podido resignarse a ella. La diferencia de temperamentos había hecho el resto. Habían querido derrocar la tiranía, mientras que él se había contentado con huir de ella. Pero, a fin de cuentas, su necesidad de libertad, aunque fuera opuesta a sus manifestaciones, era semejante en su esencia a la suya, y aquellos hombres no eran, después de todo, más que rebeldes como también lo había sido él mismo. Y reconociéndose en ellos, ¿iba a arrogarse el derecho de castigo bajo el pretexto de ser el más fuerte?

En cuanto se hubo levantado, el Kaw–djer se dirigió a la prisión, donde Kennedy había pasado la noche postrado en un banco. Al verlo acercársele, se levanto apresuradamente y, no contento con aquel gesto de respeto, se quitó humildemente la boina. Para hacerlo, el antiguo marinero tuvo que alzar juntas sus manos que estaban unidas por una corta y sólida cadena de hierro. Después de esto, esperó con la mirada baja.

Kennedy se semejaba a un animal cogido en la trampa. Alrededor suyo se encontraba el aire, el espacio, la libertad. Ya no tenía derecho a aquellos bienes naturales de los que había querido privar a otros hombres y de los que otros hombres le privaban a su vez.

El Kaw–djer no soportó su vista.

–¡Hartlepool...! –llamó, acercando la cabeza al puesto de policía.

Hartlepool acudió.

–Saquéle la cadena –dijo el Kaw–djer, mostrándole las manos trabadas del prisionero.

–Pero, señor... –empezó Hartlepool.

–Se lo ruego... –interrumpió el Kaw–djer con un tono que no admitía réplica.

Luego, cuando Kennedy estuvo libre, se dirigió a él.

–Has querido matarme. ¿Por qué? –le preguntó.

Kennedy, sin alzar la mirada, se encogió de hombros, balanceándose torpemente y dando vueltas entre sus dedos a su gorro de marino, a modo de respuesta de que no lo sabía.

El Kaw–djer, después de haberle observado un instante en silencio, abrió de par en par la puerta que daba al puesto de policía y apartándose:

–¡Vete! –dijo.

Luego, Kennedy mirándole con aire indeciso.

–¡Vete! –dijo por segunda vez con voz tranquila.

Sin hacerse rogar, el antiguo marinero salió con la espalda encorvada. El Kaw–djer cerró la puerta tras él y se dirigió a ver a los dos enfermos, abandonando a Hartlepool a sus reflexiones, completamente perplejo.

El estado de Sand era estacionario, pero el de Dick parecía muy agravado. Presa de un furioso delirio, este último se agitaba sobre su litera pronunciando palabras incoherentes.

Ya no cabía duda alguna, el niño tenía una congestión cerebral de tal magnitud que había que temer un final fatal. En las presentes circunstancias no se le podía aplicar la medicación habitual. ¿Dónde se podía procurar el hielo para refrescar su ardiente frente? Los progresos realizados en la isla Hoste aún no eran tales, que permitieran encontrar aquella sustancia fuera del período invernal.

La naturaleza no iba a tardar en proporcionar en cantidades ilimitadas aquella sustancia cuya ausencia deploraba el Kaw–djer. El invierno del año 1884 fue muy crudo y también excepcionalmente precoz. Desde los primeros días de abril, comenzó con violentas tempestades que se sucedieron durante un mes, casi sin interrupción. A aquellas tempestades siguió un descenso excesivo de temperatura, que finalmente provocó unas nevadas como nunca las hubo visto el Kaw–djer desde que se había instalado en la Tierra de Magallanes. En tanto que estuvo en manos de los hombres, se luchó enérgicamente contra la nieve, pero en el transcurso del mes de junio, cayeron implacables copos en torbellinos tan espesos que tuvieron que reconocerse vencidos. A

pesar de todos los esfuerzos, la capa de nieve alcanzó a mediados de julio un espesor de más de tres metros y Liberia quedó sepultada bajo una sábana helada. Las ventanas de los primeros pisos sustituyeron a las puertas habituales. En cuanto a las casas que no tenían más que planta baja, su única salida consistió en un agujero abierto en el tejado. Como es lógico, la vida pública se detuvo por completo y las relaciones sociales se redujeron al mínimo indispensable para asegurar la subsistencia de todos.

La salud pública acusó necesariamente aquella rigurosa exclaustración. Algunas enfermedades epidémicas hicieron de nuevo su aparición y el Kaw–djer tuvo que ayudar al único médico de Liberia, que se veía desbordado.

Felizmente y para tranquilidad suya, ya no había que inquietarse, por el momento, ni por Dick ni por Sand. Sand había sido el primero en encontrarse en vías de curación. Diez días después del drama del que había sido la víctima voluntaria, se le pudo considerar fuera de peligro y ya no hubo motivo para dudar que la amputación sería evitada. En efecto, en los días sucesivos, la cicatrización avanzó cada vez más con aquella rapidez, casi podría decirse con aquella fogosidad, propia de los tejidos jóvenes. No habían transcurrido dos meses cuando se autorizó a Sand a abandonar el lecho.

¿Abandonar el lecho...? A decir verdad, la expresión resulta inapropiada. Sand no podía, no podría ya jamás abandonar el lecho, ni moverse lo más mínimo sin que le ayudaran. Sus piernas muertas no volverían a soportar jamás su cuerpo de impedido, condenado en lo sucesivo a la inmovilidad.

Pero aquello no parecía afectar demasiado al joven. Cuando volvió a adquirir conciencia de las cosas, la primera palabra no fue para lamentar su estado, sino para informarse de la suerte de Dick, por cuya salvación se había sacrificado tan heroicamente. Una pálida sonrisa entreabrió sus labios cuando le aseguraron que Dick estaba sano y salvo, pero aquello pronto le resultó insuficiente y, a medida que recuperaba fuerzas, comenzó a reclamar a su amigo con una insistencia cada vez mayor.

Durante mucho tiempo no fue posible satisfacerle. Dick no salió de su delirio durante más de un mes. Su frente echaba humo, literalmente, a pesar del hielo que el Kaw–djer podía emplear ahora sin reservas. Luego, cuando al final se resolvió aquel crítico período, el enfermo estaba tan débil que su vida parecía pendiente de un hilo.

De todos modos, desde aquel día se notaron rápidos progresos en su convalecencia. El mejor de los remedios fue para él enterarse de que también Sand se había salvado. El rostro de Dick se iluminó con aquella noticia de una felicidad celestial y, por primera vez desde hacía muchos días, se quedó dormido en un apacible sueño.

Al día siguiente, él mismo pudo asegurar a Sand que no le habían engañado, y a partir de aquel momento éste se libró de toda preocupación. No hacía caso alguno de su desgracia personal. Tranquilizado por la suerte de Dick, reclamó en seguida su violín y cuando tuvo entre sus brazos su querido instrumento, pareció en la cima de la felicidad.

Algunos días más tardé, hubo que ceder a las instancias de los dos niños y reunirlos en la misma habitación. Desde entonces, las horas transcurrieron para ellos con la rapidez de un sueño. En sus literas, colocadas una junto a otra, Dick leía mientras Sand tocaba y, de vez en cuando se miraban sonriendo para descansar. Se consideraban completamente felices.

Un día triste fue cuando Sand abandonó el lecho. La vista del amigo martirizado de aquel modo lanzó a Dick, ya levantado desde hacía una semana, en un abismo de desesperación. La impresión que le produjo aquel espectáculo fue tan duradera como profunda. Se transformó de pronto, como si una varita mágica le hubiera tocado. Nació otro Dick, más respetuoso, más reflexivo, con una conducta menos descarada y menos combativa.

Era entonces principios del mes de junio, es decir , el momento en que la nieve comenzaba a bloquear a los liberianos en sus viviendas. Un mes más tarde entraban en el período más frío

de aquel rudo invierno. No había que contar con el deshielo antes de la primavera.

El Kaw–djer se esforzó por reaccionar contra los deprimentes efectos de aquel largo cautiverio. Se organizaron bajo su dirección juegos al aire libre. Por un canal abierto con gran cantidad de brazos en la orilla del río, el agua, sacada de debajo del hielo, se expandió por la llanura cenagosa que fue transformada así en un admirable campo de patinaje. Los adeptos a aquel deporte, muy practicado en América, se lo pasaron en grande. Para quienes les era familiar, se dispusieron carreras de esquís o vertiginosos deslizamientos en trineos a lo largo dé las pendientes de las colinas del sur.

Poco a poco, los invernantes se acostumbraron a aquellos deportes en el hielo y tomaron gusto por ellos. Además éstos influyeron notablemente en la alegría y en la salud públicas. Así se fueron sucediendo los días, mejor o peor, hasta el 5 de octubre. En esa fecha tuvo lugar el deshielo. La nieve que cubría la llanura situada junto al mar fue la primera en fundirse. Al día siguiente se fundió a su vez la que ocupaba Liberia, transformando las calles en torrentes, mientras que el río rompía su prisión de hielo. Luego, el fenómeno se generalizó y el deshielo de las primeras pendientes del sur alimentó durante muchos días los torrentes enlodados que se deslizaban a través de la ciudad; finalmente el deshielo continuó propagándose por el interior y el río creció rápidamente. En veinticuatro horas alcanzó el nivel de las orillas. Muy pronto se desbordaría por la ciudad. Había que intervenir, so pena de ver destruida la obra de tanto tiempo.

El Kaw–djer echó mano de todos los brazos. Un ejército de jornaleros levantó una presa siguiendo un ángulo que abarcaba la ciudad y cuyo vértice se situó al sudoeste. Uno de los lados de aquel ángulo se dirigía oblicuamente hacia los montes del sur, mientras que el otro, trazado a una cierta distancia del río, se amoldaba sensiblemente a su curso. Un pequeño número de casas, y especialmente la de Patterson, construidas demasiado cerca



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

de la orilla, quedaban fuera del perímetro de protección. Tuvieron que resignarse a aquel sacrificio necesario.

En cuarenta y ocho horas estuvo terminado, aquel trabajo proseguido día y noche. Justo a tiempo. Un diluvio acudía hacia el mar desde el interior. La presa partió en dos, como una cuña, aquella inmensa capa de agua. Una parte se lanzó hacia el oeste, hacia el río, mientras que por el este corría la otra retumbando hacia el mar.

A pesar de la inclinación del suelo, Liberia fue en pocas horas una isla en una isla. No se veía más que agua por todas partes, hacia el este y el sur; desde donde emergían las montañas y hacia el noroeste, desde donde sobresalían las casas del Bourg Neuf, protegido por su relativa altura. Todas las comunicaciones quedaron cortadas. Entre la ciudad y su suburbio del río se precitaban bramando oleadas cada vez mayores.

Ocho días más tarde, la inundación no mostraba aún ninguna tendencia a disminuir y fue entonces cuando se produjo un grave accidente. A la altura del cercado de Patterson, la orilla, socavada por las aguas furiosas se vino abajo de pronto arrastrando consigo la casa del irlandés. Este y Long desaparecieron con ella, llevados por un incontenible torbellino.

Desde el comienzo del deshielo, Patterson, sordo a todas las reprobaciones, se había negado enérgicamente a abandonar su vivienda. No cedió cuando se vio excluido de la protección de la presa, ni tampoco cuando la parte inferior de su cercado estuvo invadida. Ni tampoco cedió cuando el agua azotó la entrada de su casa.

En un instante, y bajo los ojos de algunos espectadores que desde lo alto de la presa asistían a la escena, casa y habitantes fueron engullidos

Como si el doble asesinato hubiera satisfecho su cólera, la inundación mostró poco después una tendencia a decrecer. El nivel del agua bajó poco a poco y, finalmente, el 5 de noviembre, justo un mes después del comienzo del deshielo, el río volvió a su cauce habitual.

Pero ¡qué estragos dejaba el fenómeno tras él! Las calles de Liberia estaban surcadas como si un arado hubiera pasado por encima. No quedaban más que vestigios de las carreteras, que en algunos lugares habían desaparecido y en otros se mostraban cubiertas por una espesa capa de lodo.

En primer lugar, se ocuparon de restablecer las comunicaciones suprimidas. Construida en plena ciénaga, la carretera que conducía al Bourg Neuf era la que había sufrido los más serios daños. También fue la última en recobrar su aspecto normal. Se necesitaron más de tres semanas para hacer de nuevo practicable el paso.

Paya sorpresa general, la primera persona que la utilizó fue precisamente Patterson. Fue visto por los pescadores del Bourg Neuf en el momento en que llegaba al mar, desesperadamente aferrado a un trozo de madera; el irlandés había tenido la suerte de salir sano y salvo de aquel mal paso. Por el contrario, Long no había tenido la misma suerte. Los resultados de las búsquedas que se hicieron para encontrar su cuerpo fueron infructuosos.

Obtuvieron ulteriormente aquellas informaciones de los salvadores, y no de Patterson quien, sin dar la menor explicación, se dirigió en línea recta hacia él antiguo emplazamiento de su casa. Cuando vio que no quedaba ni rastro, se apoderó de él la desesperación. Con aquélla, desaparecía todo lo que había poseído sobre la tierra. Todo estaba perdido sin remedio, lo que había traído a la isla Hoste, lo que había acumulado después, a costa de trabajo, de privaciones, de implacable dureza para con los demás y para consigo mismo. Ya no le quedaba nada a él, para quien el oro era la única pasión, para quien su único objetivo había consistido siempre en amasar más y más, y ahora era el más pobre entre los pobres que le rodeaban. Tenía que volver a comenzar su vida, desnudo y desprovisto de todo como cuando se llega a la tierra.

Fuera cual fuese su abatimiento, Patterson no se permitió ni lamentaciones ni quejas. Primero, meditó en silencio con los ojos fijos en el río que se había llevado sus bienes, luego fue delib-

eradamente al encuentro del Kaw–djer. Habiéndole abordado con humilde educación y después excusándose por la libertad que se tomaba le expuso que la inundación, además de que le podía haber costado la vida, le había reducido a la más terrible miseria.

El Kaw–djer, que sentía por el demandante una profunda antipatía, le respondió en tono frío:

–Lo lamento mucho, pero ¿qué puedo hacer? ¿Es una ayuda lo que usted pide?

En contrapartida a su implacable avaricia, Patterson poseía una cualidad: el orgullo. Jamás le habría implorado nada a nadie. Si se había mostrado poco escrupuloso en la elección de los medios, siempre se había enfrentado él solo a todo el mundo y su lenta ascensión hacia la fortuna no se la debía a, nadie más que a sí mismo.

–No estoy pidiendo caridad –replicó enderezando su espalda encorvada–. Reclamo justicia.

–¡Justicia...! –repitió el Kaw–djer sorprendido–. ¿Contra quién?

–Contra la ciudad de Liberia –respondió Patterson–, contra todo el Estado hosteliano.

–¿Con qué motivo? –preguntó el Kaw–djer cada vez más estupefacto.

Volviendo a adoptar una actitud de deferencia. Patterson expuso su pensamiento en términos dulzones. A su entender, estaba comprometida la responsabilidad de la colonia, primero, porque se trataba de una desgracia general y pública cuyos daños debían ser soportados proporcionalmente y además, porque había faltado gravemente a su deber, al no levantar la presa que había salvado a la ciudad justo en la orilla del ríos de modo que hubiera podido proteger todas las casas sin excepción.

Por más que el Kaw–djer le replicaba que la culpa de la que él se quejaba era imaginaria, que si se hubiera levantado el dique más cerca del río, se habría derrumbado con la orilla y que, por consiguiente habría invadido el resto de la ciudad, Patterson no quiso saber nada y se obstinó en repetir sus argumentos prece-

dentes. El Kaw–djer, al borde de su paciencia, cortó de golpe aquella estéril discusión.

Patterson no intentó prolongarla. En seguida volvió a ocupar su puesto entre los trabajadores del puerto. Destruida su vida, la empleaba sin perder una hora en reconstruirla.

El Kaw–djer, considerando cerrado el incidente, dejó de pensar inmediatamente en él. Al día siguiente tuvo que desengañarse. No, el incidente no estaba cerrado, tal y como probaba una queja recibida por Ferdinand Beauval en su calidad de presidente del Tribunal. Como ya le habían demostrado una vez al irlandés que había justicia en la isla Hoste, recurrió a ella por segunda vez.

De buen o mal grado se vieron obligados a pleitear aquel singular proceso en él que, claro está, perdió Patterson. Al terminar la sentencia se retiró sin mostrar la cólera que debía haberle experimentado su fracaso, sordo a las pullas que no se escatimaron para una victima universalmente detestada, y regreso apaciblemente a su puesto de trabajador.

Pero un nuevo germen fermentaba en su alma. Hasta entonces había visto la tierra dividida en dos campos: él en uno y el resto de la humanidad en otro. El problema a resolver consistía únicamente en hacer pasar el mayor oro posible del segundo grupo al primero. Aquello implicaba una lucha perpetua, pero no implicaba odio. El odio es una pasión estéril; sus intereses no se pagaban con monedas en curso. El auténtico avaro no sabe lo que es. Pero Patterson iba a odiar en lo sucesivo. Odiaba al Kaw–djer que le denegaba la justicia; odiaba a todo el pueblo hosteliano que alegremente había dejado morir el producto tan duramente adquirido a costa de tantas penalidades y esfuerzos:

Patterson encerró en sí mismo su odio, que debía prosperar y crecer en aquella alma, cálido invernadero favorable a la vegetación de los peores sentimientos. Por el momento, era impotente ante sus enemigos. Pero los tiempos podían cambiar... Esperaría.

La mayor parte de la buena temporada fue empleada en reparar los daños causados por la inundación. Se procedió a la reparación de las carreteras y a la reedificación de las granjas en

los casos necesarios. Desde el mes de febrero de 1885 no quedó ya el menor rastro de la prueba que la colonia acababa de sufrir.

Mientras se iban realizando aquellos trabajos, el Kaw–djer recorrió la isla en todas direcciones según su costumbre. Ahora podía multiplicar aquellas excursiones que hacía a caballo, pues se habían importado un centenar de aquellos animales. Al azar de sus recorridos, tuvo la ocasión repetidas veces de informarse de Sirdey. Todas las informaciones que obtuvo fueron muy vagas. Raros eran los emigrantes que podían proporcionar la menor noticia del cocinero del Jonathan. Algunos solamente recordaron haberle visto el pasado otoño dirigirse a pie hacia el norte. Nadie fue capaz de decir qué había sido realmente de él.

En el último mes de 1884 un navío trajo los doscientos fusiles encargados después del primer atentado de Dorick. De ahora en adelante, el Estado hosteliano poseería cerca de doscientas cincuenta armas de fuego, sin incluir aquellas que un reducido número de colonos se habían podido procurar.

Un mes más tarde, a principios del año 1885, la isla Hoste recibió la visita de varias familias fueguinas. Como cada año, aquellos pobres indios iban a pedir ayuda y consejos al Bienhechor, ése era el significado del nombre indígena que su reconocímiento había otorgado al Kaw–djer. Si él les había abandonado, ellos no habían olvidado ni olvidarían jamás a quien les había dado tantas pruebas de su abnegación y de su bondad.

De todos modos, fuera cual fuese el amor que le manifestaban los fueguinos, el Kaw–djer no había logrado nunca hasta entonces hacer que ni uno solo de entre ellos se instalara en la isla Hoste. Estas tribus son demasiado independientes para someterse a cualquier regla. Para ellos no existe ventaja material que valga la libertad. Pues poseer una vivienda es ya ser un esclavo. Sólo es verdaderamente libre el hombre que no posee nada. Es por ello que prefieren a la certeza del mañana, sus vagabundos recorridos en persecución de un alimento escaso e incierto.

Por vez primera, el Kaw–djer convenció, aquel año, a tres familias de pescadores de plantar su tienda e intentar una vida

sedentaria. Aquellas tres familias, las más inteligentes de las que erraban a través del archipiélago, se instalaron en la orilla izquierda del río, entre Liberia y el Bourg Neuf, y fundaron un caserío que serviría de incentivo a las aldeas indígenas que debieran establecerse allí a su vez.

Aquel verano vio además la realización de dos notables sucesos, de carácter distinto.

Uno de aquellos sucesos se refiere a Dick.

Desde el 15 de junio pasado, podía considerarse que los dos niños se habían restablecido. Dick, en particular, estaba completamente curado, y si aún estaba algo delgado, aquel resto de delgadez no podía resistir mucho tiempo al formidable apetito del que hacia prueba. En cuanto a Sand, no se podía pedir más a su estado general y en cuanto a lo demás, no había motivo de preocupación, pues la ciencia humana no podía impedir que estuviera condenado a la inmovilidad hasta el final de sus días. Por otro lado, el pequeño inválido aceptaba muy apaciblemente aquella inevitable desgracia. La naturaleza le había concedido un alma dulce y poco inclinada a la rebeldía que arrastraba a su amigo Dick. Su dulzura le sirvió en aquella circunstancia. En verdad no echaba en falta los juegos violentos a los que antes se dedicara mucho más para complacer a los otros que para satisfacer sus gustos personales. Le gustaba aquella vida de recluso y siempre le gustaría, a condición de tener su violín y de que su amigo Dick estuviera a su lado cuando el instrumento dejaba excepcionalmente de sonar.

A este respecto, no podía tener queja alguna. Dick se había convertido en su enfermero de cada instante. No habría cedido a nadie su puesto para ayudar a Sand a salir de la cama y a alcanzar el sillón en el que aquél pasaba sus largas jornadas.

Luego, permanecía cerca del herido, atento a sus menores deseos, demostrando una paciencia inalterable, de la que no se habría creído capaz a aquel ardiente niño de antes.

El Kaw–djer asistía a aquel comportamiento conmovedor. Durante la enfermedad de los dos niños, había tenido todo el

tiempo a su disposición para observarlos y también se había encariñado con ellos. Pero a Dick le interesaba además del afecto paternal que sentía por él. Día a día, había podido reconocer qué rectitud de alma, qué exquisita sensibilidad y qué viva inteligencia poseía aquel joven y poco a poco, llegó a encontrar lamentable que aquellas dotes tan raras permanecieran improductivas.

Imbuido de aquella idea, resolvió ocuparse personalmente de aquel niño que se convertiría así en el heredero de sus conocimientos en las distintas ramas de la actividad humana. Aquello era lo que había hecho por Halg. Pero con Dick los resultados serían muy diferentes. En aquel terreno preparado por una larga línea de ascendientes civilizados, la simiente fermentaría con mayor energía, con la única condición de que Dick quisiera poner en práctica los dones excepcionales de los que la naturaleza le había provisto.

El Kaw–djer comenzó con su función de educador hacia el final del invierno. Un día, llevándose a Dick consigo, le habló buscando sus sentimientos más profundos.

–Sand ya está curado –le dijo, cuando estuvieron solos en el campo–. Pero siempre será un inválido. Jamás deberás olvidar, hijo mío, que fue para salvar tu vida que perdió sus piernas.

Dick alzó una mirada ya humedecida hacia el Kaw–djer. ¿Por qué le hablaría así el gobernador? No había ningún peligro de que alguna vez olvidara lo que debía a Sand.

–Sólo tienes una buena forma de agradecérselo –continuó el Kaw–djer–, para que su sacrificio sirva de algo, tienes que hacer tu vida útil a ti mismo y a los demás. Hasta ahora has vivido en la infancia. Hay que prepararte para ser un hombre.

Los ojos de Dick brillaron. Comprendía aquel lenguaje.

–¿Qué hay que hacer para eso, gobernador? –le preguntó.

–Trabajar –respondió el Kaw–djer con voz grave–. Si me prometes trabajar de verdad, yo seré tu profesor. Recorreremos juntos el mundo de la ciencia.

–¡Gobernador...! –dijo Dick, incapaz de añadir nada más.

Las lecciones comenzaron inmediatamente. El Kaw–djer consagraba una hora diaria a su alumno. Después, Dick estudiaba

junto a Sand. En seguida hizo maravillosos progresos que asombraron grandemente a su profesor. Las lecciones acababan la transformación que el sacrificio de Sand había comenzado. Ya no se trataba ahora de jugar al restaurante, ni al león, ni a ningún otro juego de la infancia. Había muerto el niño, engendrando a un hombre prematuramente maduro por el dolor.

El segundo suceso notable fue el matrimonio de Halg y Graziella Ceroni. Halg tenía entonces veintidós años y Graziella ya estaba cerca de los veinte.

Aquel matrimonio no era ni mucho menos el primero celebrado en la isla Hoste. Desde el principio de su gobierno, el Kaw–djer había instituido el estado civil y el establecimiento de la propiedad había tenido como consecuencia inmediata el despertar en los jóvenes en edad de hacerlo, el deseo de fundar familias. Pero el de Halg tenía una importancia particular a los ojos del Kaw–djer. Era la conclusión de una de sus obras, la que, durante mucho tiempo había sido la más querida a su corazón. El salvaje; transformado por él en criatura pensante, iba a perpetuarse en sus hijos.

El futuro del nuevo hogar estaba asegurado con creces. La empresa de pesca dirigida por Halg y su padre Karroly, proporcionaba los mejores resultados. Incluso pensaban instalar en las proximidades del Bourg Neuf una fábrica de conservas, desde donde los productos marítimos de la isla Hoste se expandirían por el mundo entero. Pero aunque aquel proyecto todavía vago no fuera jamás a realizarse, Halg y Karroly encontraban sobre el propio terreno salidas lo suficientemente productivas como para no temer la escasez.

Hacia el final del verano, el Kaw–djer recibió del Gobierno chileno una respuesta a sus proposiciones relativas al cabo de Hornos. Nada decisivo en aquella respuesta. Se iba a reflexionar al respecto. Se daban largas. El Kaw–djer conocía demasiado bien las costumbres oficiales para sorprenderse de aquellas dilaciones. Se armó de paciencia y se resignó a proseguir una conversación

diplomática que, debido a las distancias, no estaba cerca de llegar a su fin.

Luego llegó el invierno, trayendo consigo las escarchas. Los cinco meses que duró, no habrían presentado nada extraordinario, si no hubiera sido por una agitación de orden político que se reveló entre la población y que, por lo demás, resultó bastante anodina.

Una curiosa circunstancia fue que el autor ocasional de aquella agitación no era otro que Kennedy. Nadie ignoraba el papel que había desempeñado el antiguo marinero. La muerte de Lewis Dorick y de los hermanos Moore, la heroica abnegación de Sand, la larga enfermedad de Dick y la desaparición de Sirdey no habían podido pasar inadvertidas. Era conocida toda la historia, inclusive el modo casi milagroso en que el Kaw–djer había escapado a la muerte.

Así, cuando Kennedy volvió a mezclarse entre los colonos, no tuvo un acogimiento excesivamente caluroso. Pero poco a poco se fue borrando la primera impresión, mientras que, por un extraño fenómeno de cristalización, todos los descontentos dispersos se amalgamaron en torno suyo. En suma, su aventura no era corriente. Era un personaje famoso. Aunque fuera un criminal para la inmensa mayoría de los hosteIianos, nadie podía negar que era un hombre de acción, dispuesto a enérgicas resoluciones. Aquella cualidad le convirtió en el jefe natural de los descontentos.

Descontentos los hay siempre y en todos los lugares. Satisfacer a todo el mundo es, al menos por el momento, un sueño irrealizable. Así pues, también los había en Liberia.

Además de los perezosos que formaban, como es de suponer, el grueso de aquel ejército, también estaban aquellos que no habían logrado salir del atolladero o los que, después de haber salido, habían vuelto a caer en él por cualquier motivo. Como es habitual, unos y otros hacían responsable de su decepción a la administración de la colonia. A este primer núcleo se agregaban aquellos cuyo temperamento arrastraba a alimentarse en el ver-

borreo; eran políticos puros, unos profesando las mismas doctrinas que antes fueran las preferidas del Kaw–djer, aunque desgraciadamente desde un punto de vista menos elevado, y otros, comunistas como Lewis Dorick o colectivistas según el evangelio de Karl Marx y de Ferdinand Beauval.

Por muy heterogéneos que fueran aquellos elementos, concordaban muy bien entre sí, puesto que no se trataba más que de formar la oposición. Todas las ambiciones se alían fácilmente cuando sólo es cuestión de destruir. Es el día del reparto del botín cuando se da rienda suelta a los apetitos, transformando en implacables adversarios a los aliados de la vigilia.

Por el momento había completo acuerdo y, aunque superficial, resultó una agitación que en el transcurso del invierno se tradujo en reuniones y mítines de protesta. Los ciudadanos qué acudían a aquellas sesiones no fueron nunca muy numerosos, un centenar como máximo, pero armaban alboroto como si hubieran sido un millar, y el Kaw–djer tuvo necesariamente que oírles.

Lejos de indignarse por aquella nueva prueba de la ingratitud humana, examinó fríamente las reinvindicaciones formuladas y, al menos en un punto las encontró fundadas. En efecto, los descontentos tenían razón al sostener que al Gobernador nadie le había concedido el poder y que, atribuyéndoselo por su propia voluntad, había cometido un acto tirano.

Ciertamentte, el Kaw–djer no lamentaba haber violentado la libertad. Las circunstancias no permitieron entonces duda alguna. Pero en la actualidad, la situación era muy distinta. Los hostelianos se habían sabido encauzar ellos mismos, cada uno en la dirección preferida, y la vida social estaba en pleno apogeo. Posiblemente, la pobiación estuviera ya madura para que se pudiera intentar una organización más democrática, sin cometer ninguna imprudencia.

Así pues, resolvió satisfacer las protestas, metiéndose a sí mismo a la prueba de elección, haciendo nombrar, al mismo tiempo, por los electores un Consejo de tres miembros que asistiría al gobernador en el ejercicio de sus funciones.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

El colegio electoral fue convocado para el 10 de octubre de 1885, es decir, los primeros días de la primavera. La población total de la isla Hoste ascendía entonces a más de dos mil almas, de los que doscientas setenta y cinco eran de hombres mayores de edad; pero ciertos electores demasiados alejados de Liberia no acudieron a la convocación; expresándose sólo mil veintisiete sufragios de los cuales novecientos sesenta y ocho fueron unánimes en el nombre del Kaw–djer. Para formar el Concejo, los electores tuvieron el buen acierto de escoger a Harry Rhodes por ochocientos treinta votos, a Hartlepool que le seguía de cerca, con ochocientas cuatro papeletas y finalmente a Germain Riviére que fue designado por setecientos dieciocho votantes. Era una mayoría aplastante y el partido de la oposición tuvo que reconocer su impotencia, muy a pesar suyo.

El Kaw–djer aprovechó la relativa libertad que le proporcionaba la colaboración del Consejo, para realizar un viaje que deseaba hacer desde hacía mucho tiempo. En vista de la discusión entablada con Chile a propósito del cabo de Hornos, estimó oportuno recorrer el archipiélago y examinar muy particularmente la isla, objeto de las negociaciones en curso.

El 25 de noviembre partió en la Wel–Kiej en compañía de Karroly, para no regresar hasta el primero de diciembre con las ideas definitivamente claras, después de quince días de navegación que no siempre habían resultado demasiado fáciles.

En el momento en que desembarcaba, un jinete entró en Liberia por la carretera del norte. Por el polvo que cubría al jinete, se podía adivinar que venía de lejos y a todo galope.

El hombre a caballo se dirigió directamente hacia la Gobernación, que alcanzó al mismo tiempo que el Kaw–djer. Anunciándose portador de graves noticias, pidió una audiencia particular que le fue concedida en el acto.

Un cuarto de hora más tarde se reunía el Consejo y de todos lados partían emisarios a la búsqueda de los policías. No había transcurrido una hora desde la llegada del Kaw–djer y éste, a la

cabeza de veinticinco hombres a caballo, se lanzaba hacia el interior de la isla a toda prisa.

El motivo de aquella precipitada partida no permaneció mucho tiempo en secreto. Pronto empezaron a correr los más siniestros rumores. Se decía que la isla Hoste había sido invadida y que un ejército de patagones, después de atravesar el canal de Beagle, había desembarcado en la costa norte de la península Dumas y se dirigía a Liberia.

# Capítulo VII
# La invasión

Aquellos rumores estaban justificados, aunque la gente los había exagerado. Como de costumbre, la verdad se aumenta al pasar de boca en boca. La horda de patagones, formada por unos setecientos hombres aproximadamente, que veinticuatro horas antes había desembarcado en la orilla norte de la isla, no merecía en modo alguno la designación de ejército.

Bajo el nombre de patagones se entiende en el lenguaje corriente, el conjunto de tribus en realidad muy diferentes unas de otras desde un punto de vista etnológico, que viven en las pampas de América del sur. Las más septentrionales de estas tribus, es decir, las más próximas a la República Argentina, son relativamente pacíficas. Dedicadas a la agricultura, han formado numerosas aldeas y su país no se encuentra desprovisto de ciudades de una importancia más o menos grande. Pero tienden a cambiar de carácter, a medida que se desciende hacia el sur. Las más australes son a la vez menos sedentarias e infinitamente más temibles. Los indígenas que las componen, los patagones propiamente dichos, viven sobre todo del producto de la caza y son en general hábiles tiradores e incomparables jinetes. Practican todavía la esclavitud que alimentan con constantes pillajes. Las guerras tribales no cesan entre ellos y no perdonan a los raros extranjeros que se aventuran en aquellas regiones casi inexploradas. Son salvajes.

La ausencia de todo gobierno regular, y una completa anarquía mantenida hasta los últimos años por la rivalidad de los esta-

dos civilizados limítrofes, han permitido la perpetuación de aquel salvajismo y bandidaje demasiado tiempo. No hay duda de que la República Argentina y Chile, finalmente de acuerdo, sepan poner fin a ello, pero no hay que disimular que la obra será larga y laboriosa, en una región inmensa, con una población diseminada, sin medios de comunicación y que, desde el origen del mundo, ha gozado de una independencia ilimitada.

Los invasores de la isla Hoste pertenecían a aquella categoría de indios. Como ya se ha visto al principio de este relato, los patagones están acostumbrados a las incursiones en territorios vecinos y con mucha frecuencia, franquean el estrecho de Magallanes para hacer razzias con una crueldad despiadada en esa gran isla de Magallanes a la que se suele designar con el nombre de Tierra del Fuego. Pero hasta el momento jamás se habían aventurado a llegar tan lejos.

Para llegar a la isla Hoste habían tenido que atravesar la Tierra del Fuego de parte a parte y después el canal de Beagle, o bien seguir desde el litoral americano los sinuosos canales del archipiélago. En cualquier caso, sólo habían podido realizar semejante éxodo a costa de las mayores dificultades, tanto por tenerse que abastecer durante su camino por tierra, como por tener que navegar por los canales del mar arriesgándose a ver volcar sus ligeras piraguas bajo el peso de los caballos.

Cabalgando a la cabeza de sus veinticinco compañeros, el Kaw–djer se preguntaba el motivo que habría impulsado a los patagones a una empresa tan ajena a sus costumbres seculares. Sin duda, la fundación de Liberia podía explicar en cierta medida aquel hecho anormal. Podía pensarse que la reputación de la ciudad nueva se había expandido por las regiones de los alrededores y que la fama le había atribuido maravillosas riquezas. La imaginación salvaje las habría exagerado aún más, y era natural que hubiera excitado la codicia.

Sí, realmente las cosas se podían explicar así: Pero a pesar de todo, la audacia de los invasores seguía siendo sorprendente y fuera cual fuese su tan conocida rapacidad, resultaba difícil con-

cebir que se hubieran arriesgado a afrontar una aglomeración tan numerosa de hombres blancos. Para lanzarse a semejante aventura, debían tener indudablemente sus razones, que el Kaw–djer buscaba sin encontrar.

Ignoraba en qué punto de la isla se encontraría con los enemigos. Posiblemente ya estuvieran en marcha. O quizá no hubieran abandonado el lugar de su desembarco. En ese caso y según las informaciones proporcionadas por el portador de la noticia, se trataba de un recorrido de ciento veinte a ciento veinticinco kilómetros. Las grandes velocidades no resultaban posibles en las carreteras hostelianas que dejaban aún mucho que desear desde el punto de vista de sus posibilidades de tránsito; así, el viaje exigiría al menos dos días. Habiendo partido de buena mañana el 10 de diciembre, el Kaw–djer no llegaría a su destino hasta el 11 al atardecer.

A cierta distancia de Liberia, la carretera, después de haber atravesado a lo ancho la península Hardy, se orientaba hacia el noroeste para seguir primero durante unos treinta kilómetros la orilla oeste azotada por las olas del Pacífico, y remontar luego hacia el norte; después, atravesando por segunda vez la isla en sentido contrario según el capricho de los valles, iba a rozar, treinta y cinco kilómetros más lejos, el fondo del Tekinika Sound, profunda escotadura del Atlántico que delimita al sur con la península Parteur separada del norte de la península Dumas por otro golfo aún más profundo, el Ponsounby Sound. Más allá, la carretera, haciendo numerosas curvas, se convertía en el paso elegido de la importante cadena de montañas que desde el oeste se prolonga hasta el extremo oriental de la península Dumas; luego se desviaba de nuevo hacia el oeste a la altura del istmo que une dicha península con el conjunto de la isla Hoste. Finalmente, después de haber dejado atrás el fondo del Ponsounby Sound, doblaba hacia el este y franqueando a noventa y cinco kilómetros de Liberia el estrecho istmo de la península Dumas, costeaba seguidamente la orilla norte bañada por las aguas del canal de Beagle.

Así era la carretera que debía seguir el Kaw–djer. En su marcha, la tropa que mandaba se aumentaba con algunas unidades. Los colonos que poseían un caballo se unían a ella. En cuanto a los demás, el Kaw–djer les iba dando instrucciones a su paso. Tenían que tocar llamada y reunir el mayor número posible de combatientes. Los que tenían un fusil se situarían a una y otra parte de la calzada, escogiendo los lugares más inaccesibles, de modo que los jinetes no les pudieran perseguir. Desde allí llenarían de plomo a los invasores cuando éstos aparecieran y enseguida se batirían en retirada hacia un punto más elevado de la montaña. La consigna era apuntar preferentemente a los caballos, pues un patagón desmontado dejaba de ser temible. En cuanto a los colonos que no contaban más que con sus brazos, interceptarían la carretera por medio de zanjas, situadas lo más cerca posible unas de otras, y se retirarían dejando tras ellos un desierto. En una extensión de un kilómetro por una y otra parte del camino, los campos deberían ser saqueados en veinticuatro horas y las granjas vaciadas de sus utensilios y provisiones. Así resultaría mucho más difícil el abastecimiento de los invasores. Todo el mundo iría después a encerrarse en el cercado de los Riviére, tanto quienes podían hacer hablar a la pólvora como quienes no tenían otras armas más que el hacha y la guadaña. Aquel cercado, rodeado por una sólida empalizada y defendido por aquella numerosa guarnición, se convertiría en una auténtica plaza fuerte que no correría ningún peligro de ser asaltada.

Conforme a sus previsiones, el Kaw–djer llegó al istmo de la península Dumas el 11 de diciembre hacia las seis de la tarde. Todavía no habían visto ni rastro de los patagones. Pero a partir de ese punto se aproximarían al lugar de su desembarco, y se imponía una extrema prudencia. Se había entrado en el período de los días largos y hasta muy tarde no se tendría la protección de la oscuridad. Tardaron casi cinco horas en llegar a ver el campamento enemigo. Era entonces cerca de medianoche y una relativa oscuridad cubría la tierra. Se podía ver con nitidez el resplandor de los fuegos. Los patagones no se habían movido del

sitio. Se habían quedado en el mismo lugar donde habían atracado, sin duda por la necesidad de dejar descansar a los caballos.

El pequeño ejército del Kaw–djer contaba ahora con treinta y dos fusiles, incluido el suyo. Pero detrás, centenares de brazos se ocupaban en llenar de baches la carretera, acumulando troncos de árboles y elevando barricadas, para complicar al máximo posible la marcha de los invasores.

Después de reconocer el campamento, retrocedieron y se detuvieron a cinco o seis kilómetros más allá del istmo de la península Dumas. Algunos colonos hicieron retroceder a los caballos al otro lado del istmo para guardarlos en reserva en las montañas; luego, los jinetes convertidos en hombres a pie, esperaron al enemigo, disimulados en las pendientes abruptas que bordeaban el sur de la carretera.

E1 Kaw–djer no tenía intención de entablar una batalla abierta, lo que habría resultado insensato por la desproporción de fuerzas. Lo más indicado era una táctica de guerrillas. Desde sus elevados puestos, los defensores de la isla dispararían sin dificultad sobre sus adversarios, luego, mientras aquéllos perdían el tiempo librándose de los obstáculos acumulados delante suyo, se replegarían de cresta en cresta por escalones que asegurarían sucesivamente una mutua protección. No se corría ningún serio peligro mientras los patagones no se resolvieran a abandonar sus monturas para lanzarse a la persecución de los tiradores. Pero no había había que temer aquella eventualidad. Evidentemente los patagones no renunciarían a su veterana costumbre de no combatir más que a caballo, para aventurarse en un terreno caótico, donde cada roca podía disimular una emboscada.

Eran las nueve de la mañana cuando al día siguiente, el 12 de diciembre, aparecieron los primeros de ellos. Habiendo partido a las seis de la mañana, habían empleado tres horas para recorrer veinticinco kilómetros. Inquietos por verse tan lejos de su país y en una región totalmente desconocida, seguían con circunspección aquella carretera bordeada de un lado por el mar, y del otro

por las abruptas montañas. Marchaban muy cerca unos de otros, en una apretada formación que facilitaría la tarea de los tiradores.

A su izquierda estallaron tres detonaciones que sembraron la confusión. La cabeza de la columna retrocedió llevando al desorden a las filas siguientes. Pero como no siguieran otras detonaciones a las tres primeras, volvieron a adquirir confianza y comenzaron de nuevo a moverse. Todos los disparos habían dado. Un hombre se retorcía en el borde del camino con convulsiones de agonía. Dos caballos yacían en el suelo, uno con el pecho agujereado y el otro con una pierna rota.

Ciento cincuenta metros más lejos, los patagones tropezaban con una barricada de troncos de árboles amontonados. Mientras se ocupaban en destruirla, volvieron a sonar disparos de fusil. Una de las balas surtió efecto y dejó a un tercer caballo fuera de servicio.

Ya habían realizado diez veces la maniobra con éxito, cuando la cabeza de columna llegó al istmo de la península Dumas. En aquel lugar, donde la carretera encajonada no tenía otra salida que una garganta estrecha, la defensa se había hecho más fuerte. Ante una barricada más amplia y más alta que las precedentes, una ancha y honda excavación interceptaba la carretera. En el momento en que los pátagones intentaban abordar aquella obra, un tiroteo crepitó en su flanco izquierdo. Después de un movimiento de retroceso, volvieron a la carga y se detuvieron para atacar al azar, mientras que un centenar de los suyos hacían lo que podían para restablecer el paso.

Al punto, el tiroteo dobló su intensidad. Una verdadera lluvia de balas silbó a través del camino, haciendo imposible la permanencia en él. Los primeros que se aventuraron en la zona peligrosa habían sido alcanzados sin piedad, lo que dio que pensar a sus compañeros, y toda la horda pareció vacilar en proseguir más adelante.

Los tiradores hostelianos la descubrieron de punta a punta. Ocupaba más de seiscientos metros de carretera. Recorrida por violentas agitaciones, se tambaleaba en masa, mientras que unos

jinetes galopaban de un extremo a otro, como si fueran portadores de las órdenes de un jefe.

Cada vez que uno de los jinetes llegaba a la cabeza de la columna, había tenido lugar una nueva tentativa contra la barricada, a la que en seguida sucedía un nuevo retroceso cuando un hombre o un caballo, herido o muerto, demostraba al caer lo peligroso que resultaba el lugar.

Así transcurrieron las horas. Finalmente la barricada fue derribada cerca del atardecer. Ahora, sólo la lluvia de balas interceptaba la carretera. Los patagones tomaron entonces una resolución desesperada. De pronto, reunieron todos sus caballos y saliendo a galope de carga se abalanzaron en tromba en la abertura. Tres hombres y doce caballos se quedaron allí, pero la horda pasó.

Cinco kilómetros más lejos, aprovechando un lugar descubierto, donde no podía temer sorpresa alguna, se detuvo y tomó sus disposiciones para la noche. Los hostelianos, sin concederse un instante de reposo, continuaron por el contrario su prudente retirada y fueron a tomar posición para el día siguiente. La jornada había salido bien. A los invasores les había costado treinta caballos y cinco hombres fuera de combate contra uno solo de ellos ligeramente herido. No había que preocuparse por los hombres desmontados. Eran malos caminantes, se quedarían atrás y fácilmente se podría reducir a aquellos rezagados.

Al día siguiente se adoptó la misma maniobra. Hacia las dos de la tarde, los patagones, que habían recorrido un total de unos sesenta kilómetros desde que se habían puesto en marcha, alcanzaron la cima del paso de la carretera para franquear la cadena central de la isla. Montaban sin descanso desde hacía casi tres horas. Hombres y bestias parecían igualmente extenuados. Se detuvieron antes de introducirse en el desfiladero que comenzaba en aquel lugar. El Kaw–djer aprovechó para apostarse a cierta distancia más allá.

Su tropa, engrosada con tiradores incorporados durante la retirada y con los que se encontraban ya en la cima, contaba enton-


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

ces con cerca de sesenta fusiles. Dispuso a aquellos hombres en una extensión de un centenar de metros, en el lugar más profundo de la zanja y todos en el mismo lado de la carretera. Bien protegidos detrás de las enormes rocas que la dominaban, los hostelianos se podrían reír de los proyectiles enemigos. Dispararían casi a quemarropa, como al acecho.

En cuanto los patagones se pusieron en marcha, el plomo saltó de la cresta y arrasó a sus primeras filas. Retrocedieron en desorden para volver a la carga sin mayor éxito. Durante dos horas estuvieron renovando aquella alternativa. Si los patagones eran valientes, no brillaban precisamente por su inteligencia. Fue sólo cuando vieron caer a un gran número de los suyos que recordaron la maniobra que tan bien les había salido el día anterior. Tocaron a llamada. Los caballos se acercaron los unos a los otros. La horda se convirtió en un bloque con los hocicos contra las grupas. Luego, dispuesta finalmente para la carga, se puso toda ella en marcha y se lanzó a galope furioso. Los cascos golpeaban el suelo haciendo un ruido atronador; la tierra temblaba. En seguida los fuegos hostelianos escupieron más apresuradamente la muerte.

Era un espectáculo admirable. Nada detenía a aquellos jinetes transformados en meteoros. ¿Caía uno de ellos del caballo? Los que venían detrás le pisoteaban sin piedad. ¿Caía un caballo herido o muerto? Los otros saltaban por encima el obstáculo y continuaban sin detener su furiosa carrera.

Los hostelianos no se detenian en admirar aquellas proezas. Para ellos era cuestión de vida o muerte. No pensaban más que en cargar, apuntar, disparar, luego, cargar, apuntar y disparar y así todo el rato, sin un instante de interrupción. Los cañones quemaban sus manos; continuaban disparando. En la locura de la batalla, olvidaban toda prudencia. Se separaban de sus refugios y se ofrecían a los disparos de los enemigos. Estos habrían llevado las de ganar si les hubiera sido posible detenerse para atacar.

Pero a la velocidad que iban los patagones no podían hacer uso de las armas. Y además, ¿para qué? La mediocre extensión del

frente de batalla revelaba el reducido número de adversarios y su único objetivo consistía en franquear la zona peligrosa, dispuestos a hacer los sacrificios que fueran necesarios para ello.

Y efectivamente, la franquearon. Muy pronto las balas dejaron de silbar. Aminoraron la marcha y siguieron a trote largo la carretera que, después de dejar atrás el punto culminante del paso, descendía haciendo curvas. Todo estaba tranquilo en derredor suyo. De vez en cuando un disparo resonaba a su izquierda o a su derecha, en el momento en que las rocas dominaban la calzada. Pero por lo general aquel disparo efectuado por uno de los colonos de las guerrillas no daba en el blanco. De todas formas, los patagones se detenían para resguardarse de las balas disparadas al azar y aquella vez no cometieron la equivocación de detenerse a una distancia demasiado reducida del lugar del último combate. Hasta una hora avanzada de la noche estuvieron bajando rápidamente la pendiente y no se detuvieron para acampar más que cuando llegaron a un terreno plano.

Había sido para ellos una ruda jornada. Habían recorrido sesenta y cinco kilómetros, treinta y cinco de ellos desde la cima del paso. A su derecha, veían las olas del Pacífico azotando una orilla arenosa. A su izquierda, se extendía la llanura, donde ya no había que temer sorpresas. Al día siguiente habrían llegado de buena mañana a su destino, a Liberia, que se encontraba a una distancia de menos de treinta kilómetros.

Desde aquel momento, el Kaw–djer ya no podría adelantarse a los invasores. Además de que la naturaleza de la región ya no se prestaba a la maniobra que tan bien le había salido hasta el momento, la distancia que le separaba de ellos era demasiado grande. Así, a sus órdenes, no se obstinaron en una persecución inútil y, echados sobre la tierra desnuda a la luz de las estrellas, se tomaron algunas horas de reposo que la fatiga soportada durante tres noches consecutivas hacía necesario.

El Kaw–djer no tenía motivos para estar descontento del resultado de su táctica. En el curso de aquella última jornada, los enemigos habían perdido al menos cincuenta caballos y una quin-

cena de hombres. Así pues, su tropa llegaría a Liberia con un centenar de jinetes menos y moralmente quebrantada. Contrariamente a sus esperanzas, no lograría entrar allí sin esfuerzo.

Al día siguiente por la mañana hicieron venir a los caballos, pero no los pudieron tener reunidos hasta avanzado el día. Era cerca de mediodía cuando los tiradores convertidos en jinetes, y reducidos por consiguiente a treinta y dos, pudieron a su vez comenzar la bajada.

Nada se oponía a que avanzaran rápidamente. Ya no era necesaria la prudencia. A su paso les informaban los colonos que, emboscados en las cunetas de la carretera, los habían saludado al pasar. Sabían que los patagones habían continuado su marcha hacia adelante y que no corrían el riesgo de tropezar de pronto con la cola de su columna.

Hacia las tres alcanzaron el lugar donde la horda había acampado. Numerosos eran sus vestigios y no había lugar a confusión. Pero desde las primeras horas de la mañana se había vuelto a poner en marcha y con toda probabilidad ahora debía estar ya ante Liberia.

Dos horas más tarde comenzaron a costear la empalizada que delimitaba el cercado de los Riviére, cuando vieron en la carretera una gran partida de hombres a pie. Ciertamente su número excedía el centenar. Cuando estuvieron más cerca, vieron que se trataba de patagones desmontados en el curso de los anteriores encuentros.

De pronto, hubo disparos desde el cercado. Cayeron una decena de patagones. De entre los supervivientes, unos se detuvieron y enviaron contra la empalizada balas inofensivas y los otros intentaron un movimiento de huida. Entonces descubrieron a treinta y dos jinetes que les interceptaban la retirada y cuyos rifles les replicaban a su vez.

Con el ruido de las detonaciones, más de doscientos hombres armados de horcas, hachas y guadañas irrumpieron fuera del cercado, interceptando la carretera hacia Liberia. Cercados por todas partes, por infranqueables rocas a su derecha, por los campesinos

que su número hacía temibles al frente, por los fusiles cuyos cañones relucían por encima de la empalizada a la izquierda y finalmente por el Kaw–djer y sus jinetes por detrás, los patagones perdieron el coraje y tiraron sus armas al suelo. Se les capturó sin mayor pérdida de sangre. Atados de pies y manos fueron encerrados en una granja delante de la cual se dispusieron centinelas.

Había sido una magnífica operación. Los invasores habían perdido no sólo un centenar de jinetes, sino también un centenar de fusiles, y aquellos fusiles, aunque de mediocre valor, aumentarían por el contrario la fuerza de las hostelianos. Estos podrían disponer de trescientas cincuenta armas de fuego contra unas seiscientas que se les oponía. La partida casi se igualaba ahora.

La guarnición reunida en el cercado de los Riviére pudo informar al Kaw–djer acerca de la marcha de los patagones. Al pasar aquella mañana ante la empalizada, no habían hecho más que tímidas tentativas para franquearla. Habían renunciado a ello desde los primeros disparos y se habían contentado con disparar algunas balas sin entregarse a un ataque más serio. Decididamente, quizás aquéllos fueran salvajes guerreros, pero con toda seguridad no eran hombres de guerra. Como su otro objetivo fuera Liberia, ellos se dirigían hacia allí en línea recta, sin inquietarse por los enemigos que iban dejando detrás suyo.

Puesto que habían tenido la oportunidad de coger a tantos prisioneros, el Kaw–djer no quiso alejarse sin intentar interrogarles. Así pues se encaminó hacia ellos.

Reinaba un profundo silencio en la granja donde se les había encerrado. Aquel centenar de hombres, en cuclillas a lo largo de las murallas, esperaban con feroz inmovilidad a que se decidiera sobre su suerte. Vencedores habrían hecho esclavos a los vencidos. Vencidos, consideraban natural que les fuera infligido tal tratamiento. Ni uno solo entre ellos se dignó a notar la presencia del Kaw–djer.

–¿Alguno de vosotros entiende el español? –preguntó éste en voz alta.

–Yo –dijo uno de los prisioneros alzando la cabeza–. Athlinata.

–¿Qué has venido a hacer a este país?

El indio respondió sin hacer gesto alguno:

–La guerra.

–¿Por qué queréis hacernos la guerra? –objetó el Kaw–djer–. Nosotros no somos tus enemigos.

El patagón guardó silencio.

El Kaw–djer continuó:

–Tus hermanos jamás han llegado hasta aquí. ¿Por qué se han ido esta vez tan lejos de su país?

–El jefe lo ha ordenado –dijo el indio con ardor–. Los guerreros han obedecido.

–Pero bueno –insistió el Kaw–djer–, ¿cuál es vuestro objetivo?

–La gran ciudad del sur –respondió el prisionero–. Allí hay riquezas y los indios son pobres.

–Pero esas riquezas hay que cogerlas –replicó el Kaw–djer–, y los habitantes de esa ciudad se defenderán.

El patagón sonrió irónicamente.

–La prueba es que ahora tú y tus hermanos sois prisioneros –añadió el Kaw–djer a modo de argumento ad hominem.

–Los guerreros patagones son numerosos –respondió el indio sin dejarse impresionar–. Los otros entrarán a su patria arrastrando a tus hermanos en la cola de sus caballos.

El Kaw–djer se encogió de hombros.

–Sueñas, hijo mío –le dijo–. Ni uno de vosotros entrará en Liberia.

El patagón sonrió de nuevo con aire incrédulo.

–¿No me crees? –le interrogó el Kaw–djer.

–El hombre blanco ha prometido –replicó el indio con seguridad–. Dará la gran ciudad a los patagones.

–¿El hombre blanco...? –repitió el Kaw–djer estupefacto–. ¿Así que hay un hombre blanco entre vosotros?

Pero todas sus preguntas fueron vanas. Evidentemente, el indio había dicho todo lo que sabía y fue imposible obtener más detalles.

El Kaw–djer se retiró preocupado. ¿Quién era aquel hombre blanco, traidor a su raza que se aliaba con una banda de salvajes contra otros blancos?

En todo caso, era una nueva razón para apresurarse. Aun cuando Hartlepool hubiera adoptado las medidas más urgentes con toda seguridad y conforme a las órdenes recibidas, era necesario aportar refuerzos a la guarnición de Liberia.

Partieron hacia las ocho de la tarde. La tropa mandada por el Kaw–djer contaba ahora con ciento cincuenta y seis hombres, de los cuales ciento veinte estaban armados a expensas de los patagones. Se componían exclusivamente de hombres a pie, pues se habían dejado los caballos en el cercado de los Riviére. Para introducirse en Liberia y franquear la línea de los enemigos, el Kaw–djer no tenía intención de aplicar el método, muy valiente pero insensato, que aquéllos habían puesto en práctica cuando se trató de forzar los pasos difíciles. Como su plan consistía en emplear la astucia mucho mas que la fuerza, los caballos habrían resultado más molestos que útiles.

Después de tres horas de marcha, vislumbraron la ciudad. En la noche, que ya había caído completamente, una línea de fuegos señalaba el campamento de los patagones, establecido en un vasto semicírculo que a la derecha terminaba en el principio de la ciénaga y a la izquierda limitaba con el río. Formaban un cerco completo. Resultaba posible deslizarse de modo inadvertido entre los postes espaciados de cien en cien metros.

El Kaw–djer hizo detener a su gente. Antes de avanzar más lejos, había que decidir la táctica que convenía adoptar.

Pero no todos los invasores estaban en la orilla derecha del río. Al menos algunos debían de haber atravesado el agua del río arriba de la ciudad. Mientras el Kaw–djer reflexionaba, una brillante luz estalló de pronto en el noroeste. Las casas del Bourg Neuf estaban ardiendo.

## Capítulo VIII
## Un traidor

Harry Rhodes y Hartlepool, a quienes les correspondia la autoridad en ausencia del Kaw–djer, no habían perdido el tiempo mientras éste retrasaba como podía la marcha de los patagones. Los cuatro días de tregua que debían a la inteligente táctica de su jefe, les habían bastado para organizar la ciudad en estado de defensa.

Dos amplios y profundos fosos, detrás de los cuáles la tierra amontonada formaba un espaldón a prueba de balas, hacían imposible un asalto. Uno de los fosos, el del sur, de unos dos mil pasos de largo, salía del río, luego, doblándose en semicírculo, rodeaba la ciudad y se dirigía hasta la ciénaga que por sí sola constituía un obstáculo infranqueable. El otro, el del norte, casi de quinientos metros de largo, nacía igualmente en el río para ir a morir a la ciénaga y atravesando la carretera, unía Liberia con el Bourg Neuf.

Así, la ciudad estaba defendida por todos los lados. En el norte y el nordeste por el pantano, donde un caballo se quedaría hundido hasta el vientre; en el noroeste y del suroeste al este por las murallas improvisadas; en el oeste, por el curso del agua que oponía su barrera líquida a los asediantes.

El Bourg Neuf había sido evacuado. Los habitantes se habían refugiado en Liberia con todo lo que poseían, dejando condenadas sus casas a una destrucción segura.

Desde la primera tarde, antes incluso de que fueran terminadas las obras y cuando el peligro no era todavía inminente,

comenzaron a montar guardia alrededor de la ciudad. Unos cincuenta hombres estaban constantemente encargados de este servicio. Espaciados de treinta en treinta metros en la cima de los espaldones y en la orilla del río, vigilaban los alrededores y debían llamar en su ayuda al primer signo de peligro. Quedaban en reserva ciento setenta y cinco hombres, armados con los fusiles restantes y agrupados en el corazón de la ciudad, dispuestos a dirigirse al lugar en que se diera la alarma. Mientras tanto, el resto de la población dormía. Todos los ciudadanos figuraban por turno en esos tres grupos.

La defensa no habría podido estar mejor organizada. Delante, la línea de cobertura formada por los cincuenta centinelas que a intervalos se relevaban a los ciento sesenta y cinco hombres de la reserva central. En tercer plano, el resto de los liberianos que saldrían en su ayuda a la menor alerta. Es cierto que estos últimos no poseían, en lo que se refiere a armas ofensivas, más que hachas, barras de espeque o cuchillos, pero esas armas no serían nada despreciables en el caso de un asalto que condujera al combate cuerpo a cuerpo.

Montar guardia era una obligación general. Nadie podía sustraerse de ello. Al igual que los demás, Patterson también estaba obligado a hacerla. Fueran cuales fuesen sus sentimientos, pareció resignarse de buen grado a aquella prestación y, en realidad, sus pensamientos íntimos eran tan contradictorios que habría sido incapaz de decir si estaba disgustado o satisfecho.

Durante sus dos horas de guardia, pensaba en este problema y por vez primera en su vida, intentaba hacer un análisis.

La animosidad que había concebido contra sus conciudadanos, contra la ciudad de Liberia, contra toda la isla Hoste, continuaba viva en el fondo de su corazón y, por consiguiente, le parecía duro contribuir, en la medida que fuese, a la salvación de una gente que odiaba. Desde ese punto de vista, su guardia le exasperaba. Pero en Patterson, el odio sólo aparecía en tercera línea. Para el auténtico odio, como para el amor verdadero se necesitan corazones ardientes y amplios, y la mezquina alma de

un avaro no sabría hospedar tan grandes pasiones. En él, el sentimiento dominante después de la codicia era el miedo.

Así, estando su suerte ligada a la de sus conciudadanos y siendo solidarios todos los liberianos, el miedo le aconsejaba ahogar su odio. Si le huhiera resultado agradable ver arder una ciudad que aborrecía, era sólo a condición de haber salido antes de ella y no había ninguna posibilidad de abandonarla. Erraban por la isla bandas de patagones cuya ferocidad era legendaria y que pronto estarían a la vista de Liberia. Después de todo, al defenderla, Patterson se defendía a sí mismo.

Pensándolo bien, prefería en resumidas cuentas montar guardia, aun cuando fuera para él la fuente de las más dolorosas sensaciones. En efecto, no experimentaba placer alguno quedándose solo, a veces durante la noche y en primera fila, con el riesgo de ser sorprendido por un enemigo. Así, el miedo hacía de él un centinela excelente. ¡Con qué energías abría los ojos en la oscuridad! ¡Con qué conciencia escudriñaba en las tinieblas, con el fusil al hombro y el dedo en el gatillo al menor ruido sospechoso!

Los cuatro primeros días transcurrieron sin ningún incidente, pero no ocurrió lo mismo con el quinto. Aquel día, hacia el mediodía, habían visto aparecer a patagones e instalar su campamento en el sur de la ciudad. La guardia se convertía en algo realmente serio. De ahora en adelante, el enemigo estaba allí, constantemente amenazador.

Por la tarde de aquel día, Patterson acababa de empezar la guardia en el espaldón del norte, entre el río y la carretera del Bourg Neuf, cuando un intenso resplandor brilló en la dirección del puerto. No había que hacerse ilusiones, los patagones empezaban la danza. Quizá fueran a asaltar la ciudad sin esperar más y, al parecer, enfrente suyo, pues su mala estrella lo había situado muy cerca de la carretera del Bourg Neuf.

Cual no fue su terror, cuando de pronto se formó un estrépito precisamente en aquella carretera. Una tropa que parecía numerosa corría por la calzada y se acercaba velozmente. Es cierto, y Patterson lo sabía, que la carretera estaba cortada por un



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

foso que una desviación del río había llenado de agua. ¡Pero qué débil le pareció en el momento de peligro aquella defensa que tanta confianza le inspiraba durante el día! Vio el foso atravesado; el espaldón escalado, la ciudad invadida...

Sin embargo, los presuntos invasores se habían detenido junto al borde del foso. Patterson, situado demasiado lejos para oír las palabras, comprendió que parlamentaban. Luego hubo todo un trajín. Llevaban tablas, maderos, estacas para improvisar un paso. Algunos instantes más tarde, Patterson vio, tranquilizado, desfilar de lejos a los recién llegados. En efecto, eran numerosos y sus fusiles lanzaban débiles rayos a la luz de la luna que iba a entrar en el cuarto menguante. A la cabeza marchaba un hombre de alta estatura en torno al que se apretaban los demás. Su nombre corría de boca en boca. Era el Kaw–djer.

A un mismo tiempo, Patterson concibió alegría y cólera. Cólera porque se trataba del Kaw–djer a quién él detestaba por encima de todos. Alegría también, porque la ayuda de tan importante refuerzo le tranquilizaba.

Si el Kaw–djer venía por aquel lado, es que efectivamente venía del Bourg Neuf. Al ver en la noche la luz de un incendio que devoraba el suburbio, había improvisado un plan de acción. Pasando el río a tres kilómetros hacia arriba con su pequeño ejército, al igual que los patagones se dirigió a través del campo hacia la llama que le guiaba como un faro.

Por el número de fuegos del vivaque que brincaban al sur de la ciudad, supuso justamente que el grueso de los invasores estaba allí acampado. En ese caso, no se encontraría en la dirección del Bourg Neuf más que a una débil partida que sería fácil dispersar. Hecho esto, entrarían en Liberia por la carretera con toda tranquilidad.

Los sucesos se desarrollaron conforme a sus previsiones. Sorprendieron a los incendiarios del puerto cuando, en su rabia por no haber descubierto nada que valiera la pena de ser robado, continuaban ocupándose en activar la destrucción. Como habían llegado sin encontrar la menor resistencia hasta aquella aglomera-

ción de casas y la habían encontrado completamente desierta, estaban tan tranquilos que no habían considerado ni siquiera necesario montar una guardia.

El Kaw–djer cayó sobre ellos como un relámpago. Alrededor suyo, el tiroteo crepitó de pronto por todos lados. Los patagones, enloquecidos, se dieron a la fuga, dejando en manos del vencedor quince fusiles nuevos y cinco prisioneros. No intentaron perseguirles. Los disparos podían haber sido oídos al otro lado del río y era de temer un regreso ofensivo. Sin tardanza los hostelianos se replegaron hacia Liberia. La batalla no había durado ni diez minutos.

El imprevisto regreso del Kaw–djer no fue la única emoción que la suerte había preparado a Patterson. Tres días más tarde experimentó una segunda, mucho más intensa y cuyas consecuencias iban a ser mucho más graves.

Aquella vez su turno de guardia, desde las seis de la tarde hasta las dos de la mañana, estaba situado a la orilla del río, a un centenar de metros del punto donde se levantaba el espaldón del norte. Entre aquel espaldón y él, se sucedían espaciados otros tres centinelas. Aquel lugar no era nada malo. Uno mismo se encontraba vigilado por todas partes.

Era todavía de día cuando Patterson llegó a su puesto, y la situación le pareció de las más tranquilizantes. Pero poco a poco cayó la noche y volvieron a apoderarse de él sus terrores habituales. De nuevo aguzó el oído al menor ruido y lanzó rápidas ojeadas en todas direcciones, esforzándose en ver si por algún lado no se esbozaría algún movimiento sospechoso.

Miraba a lo lejos, cuando el peligro estaba muy cerca. ¡Cuál no fue su espanto cuando de pronto oyó su nombre a media voz!

–¡Patterson...! –murmuraron a dos pasos de él.

Ahogó un grito dispuesto a saltar de sus labios, pues ya se le ordenaba sordamente y en tono amenazador:

–¡Silencio!

La voz preguntó:

–¿Me reconoces?

Pero el irlandés, incapaz de articular una palabra, no respondió.

–Sirdey –dijeron en la noche.

Patterson recobró la respiración. Quien hablaba era un camarada. En realidad, el último que habría esperado encontrarse allí.

–¿Sirdey...? –repitió en tono interrogador y adoptando ya su tono.

–Sí... Sé prudente... Habla en voz baja... ¿Estás solo...? ¿No hay nadie contigo?

Patterson escudriñó la noche con sus ojos.

–Nadie.

–No te muevas... –recomendó Sirdey .... Quédate de pie... Que te vean... Voy a acercarme pero no te vuelvas hacia mí.

Se oyó un deslizamiento en la hierba de la orilla.

–Ya estoy aquí –dijo Sirdey, que permaneció echado en el suelo.

A pesar de la prohibición, Patterson arriesgó una ojeada hacia su visitante inesperado y comprobó que aquél estaba mojado de pies a cabeza.

–¿De dónde vienes? –le preguntó volviendo a adoptar su actitud precedente.

–Del río... Estoy con los patagones.

–¡Con los patagones...! –exclamó Patterson con sorda voz.

–¡Sí...! Hace dieciocho meses, cuando dejé la isla Hoste, los indios me hicieron atravesar el canal de Beagle. Quería ir a Punta Arenas y de allí a la Argentina o a otro lugar. Pero los patagones me cogieron por el camino.

–¿Que hicieron contigo?

–Un esclavo.

–¡Un esclavo...! –repitió Patterson–. Pero ahora me pareces libre.

–Mira –respondió simplemente Sirdey.

Patterson, obedeciendo a la invitación, distinguió una cuerda que su interlocutor le mostraba y que parecía atada a su cinturón.

Pero cuando aquel agitó la supuesta cuerda, se dio cuenta que se trataba de una fina cadena de hierro.

–Esa es la libertad que tengo –respondió Sirdey–. Sin contar que a seis pasos de aquí, tengo a dos patagones que me vigilan escondidos con el agua hasta el cuello. Aunque llegara a romper esta cadena que ellos sujetan por el otro extremo, sabrían cogerme antes de que pudiera alejarme.

Patterson tembló de una forma tan evidente que Sirdey se dio cuenta.

–¿Qué tienes? –le preguntó.

–¡Los patagones...! –tartamudeó Patterson espantado.

–No tengas miedo –dijo Sirdey–. No te harán nada. Nos necesitan. Les he dicho que podían contar contigo, y es por eso por lo que me han enviado aquí como embajador.

–¿Qué es lo que quieren? –balbuceó Patterson.

Hubo un instante de silencio, antes de que Sirdey se decidiera a responder:

–Que les hagas entrar en la ciudad.

–¡Yo...! –protestó Patterson.

–Sí, tú. Lo necesitan... ¡Escucha ...! Para mí es cuestión de vida o muerte. Cuando caí en sus manos me convertí en su esclavo, ya te lo he dicho.

–Me han torturado de mil formas. Un día se enteraron, por algunas palabras que se me escaparon, que venía de Liberia. Tuvieron la idea de utilizarme para saquear la ciudad que ya conocían por su fama, y me ofrecieron la libertad a cambio de mi ayuda. Yo, comprende...

–¡Shhh! –interrumpió Patterson.

Uno de los centinelas vecinos, cansado de su inmovilidad, avanzaba hacia ellos. Pero se detuvo a unos quince metros de los conversadores, en el límite del sector cuya vigilancia le había sido atribuida.

–Hace fresquito esta noche –dijo el hosteliano antes de volver sobre sus pasos.

–Sí –respondió Patterson con voz ahogada.

–¡Buenas noches, compañero!

–¡Buenas noches!

El centinela dio media vuelta, se alejó y desapareció en la oscuridad.

Sirdey continuó:

–Yo, compréndelo, lo he prometido... Entonces organizaron esta expedición y me han arrastrado con ellos vigilándome día y noche. Ahora, me intiman para que mantenga mi promesa. En lugar de encontrar un paso fácil, han perdido a mucha gente, y les han cogido más de cien prisioneros. Están furiosos... Esta tarde les he dicho que tenía contactos aquí, un compañero que no se negaría a echarme una mano... Te reconocí de lejos... Si descubren que les he engañado, ¡asunto concluido!

Mientras Sirdey le ponía al corriente de su historia, Patterson reflexionaba. Ciertamente, le habría gustado mucho ver destruida aquella ciudad y asesinados o dispersados a todos sus habitantes, incluido de modo muy especial a su jefe. Pero ¡cuántos riesgos habría que correr en semejante aventura! Hecho el balance, Patterson optó por la seguridad.

–¿Y yo qué puedo hacer? –preguntó fríamente

–Ayudarnos a pasar –respondió Sirdey.

–No me necesitáis –objetó Patterson–. La prueba es que tú estás aquí.

–Un hombre solo pasa sin ser visto –replicó Sirdey–. Pero quinientos hombres es otra cosa.

–¡Quinientos...!

–¡Demonios ...! ¿Te crees que me dirijo a ti para hacer un pastel por la ciudad? Para mí, Liberia es tan poco segura como la compañía de los patagones... A propósito...

–¡Silencio! –ordenó bruscamente Patterson.

Oyeron un ruido de pasos que se acercaba. Pronto salieron de la oscuridad tres hombres. Uno de ellos abordó a Patterson y, descubriendo una linterna que tenía escondida bajo su abrigo, proyectó su luz un instante sobre el rostro del centinela.

–¿Nada nuevo? –preguntó el recién llegado que no era otro que Hartlepool.

–Nada.

–¿Todo está tranquilo?

–Sí.

Y la ronda continuó su camino.

–¿Decías ? –preguntó Patterson, cuando estuvo lo suficientemente lejos.

–Decía: a propósito, ¿qué ha ocurrido con los otros?

–¿Qué otros?

–¿Dorick?

–Muerto.

–¿Fred Moore?

–Muerto.

–¿William Moore?

–Muerto.

–¡Demonios...! ¿Y Kennedy?

–Tan bien como tú y yo.

–¡No es posible...! ¿Así que ha logrado salir adelante?

–Eso parece.

–¿Sin siquiera ser sospechoso?

–Es de suponer, porque no ha dejado nunca de circular con toda libertad.

–¿Dónde está ahora?

–Montando guardia en algún lugar, en este lado o en el otro. No sé dónde.

–¿No podrías informarte?

–Imposible. Tengo prohibido abandonar mi puesto. Además, ¿qué quieres de Kennedy?

–Dirigirme a él, porque mi proposición no parece gustarte.

–¿Y tú crees que yo te ayudaría? –protesta Patterson–. ¿Tú crees que ayudaría a los patagones para que vinieran a asesinarnos a todos?

–No hay ningún peligro –afirmó Sirdey–. Los camaradas no tendrán nada que temer. Por el contrario, tendrán parte del pillaje. Es lo convenido.

–¡Hum...! –murmuró Patterson, que no pareció nada convencido.

Sin embargo, vacilaba. Vengarse de los hostelianos y enriquecerse a un mismo tiempo de sus despojos, resultaba tentador... ¡Pero fiarse de la palabra de aquellos salvajes...! Una vez más, se guió por la prudencia.

–Todo esto no son más que palabras en el aire –dijo en tono decidido–. Aunque quisiéramos, ni Kennedy ni yo podríamos hacer entrar a quinientos hombres de incógnito.

–No hay necesidad que entren todos a la vez –objetó Sirdey–. Unos cincuenta, incluso unos treinta, sería suficiente. Mientras aguantaran los primeros, los otros pasarían.

–Cincuenta, treinta, veinte, diez sigue siendo demasiado.

–¿Es tu última palabra?

–La primera y la última.

–¿Es no?

–Es no.

–No hablemos más –concluyó Sirdey, que empezó a trepar en dirección al río.

Pero se detuvo casi al punto y alzando los ojos hacia Patterson:

–Los patagones pagarían, sabes.

–¿Cuánto?

La palabra salió sola de los labios de Patterson. Sirdey se acercó.

–Mil piastras –dijo.

–¡Mil piastras...! ¡Cinco mil francos...!

En otra ocasión, Patterson no se habría dejado impresionar a pesar de la importancia de la suma. El río le había quitado mucho más. Pero ahora ya no poseía nada. Desde hacía un año, apenas si había logrado reunir veinticinco piastras a costa de un ajo encarnizado. En aquel momento, aquellas veinticinco piastras

miserables constituían toda su fortuna. Sin duda de ahora en adelante crecería más de prisa. No faltarían las ocasiones para aumentarla. Lo más duro, lo sabía por experiencia, es el primer fondo. ¡Pero mil piastras...! ¡Ganar en un instante cuarenta veces el producto de dieciocho meses de esfuerzo...! Sin contar que aún era posible quizás obtener más aún, pues, en todo negocio, lo propio es regatear.

–No es mucho –dijo con aire asqueado–. Por un negocio donde se arriesga el pellejo, habría que llegar hasta dos mil...

–En ese caso, buenas tardes –replicó Sirdey, iniciando de nuevo un movimiento de retirada.

–O al menos hasta mil quinientos –prosiguió Patterson sin dejarse intimidar por aquella amenaza de ruptura.

Ahora se encontraba en su campo: el campo del negocio. Tenía experiencia en estas transacciones. Que el objeto en juego fuera una mercancía o una conciencia, ello no impedía que se tratara de una compra y de una venta. Y las compras y las ventas están sometidas a reglas inmutables que él conocía con todo detalle. Es habitual y todo el mundo lo sabe, que el vendedor pide demasiado y que el comprador no ofrece lo suficiente. La discusión establece el equilibrio. Regateando, siempre hay algo que ganar, pero nada que perder. Como el tiempo apremiara, Patterson se había resignado excepcionalmente a quemar etapas y por ello había descendido de golpe de dos mil piastras a mil quinientas.

–No –dijo Sirdey en tono firme.

–Si al menos fueran mil cuatrocientas –suspiró Patterson–, ¡se podría mirar...! ¡Pero mil piastras...!

–Mil y ni una más –afirmó Sirdey, continuando su movimiento de retroceso.

Como se suele decir, Patterson tuvo estómago.

–Entonces, nada –declaró tranquilamente.

Entonces le tocó a Sirdey inquietarse. ¡Un negocio tan bien iniciado...! ¿Lo iba a hacer fracasar por unos cuantos centenares de piastras...? Se acercó.

–Partamos la diferencia –propuso–. Dejémoslo en mil doscientas.

Patterson se apresuró a aceptar.

–Lo hago únicamente para complacerte –consintió al fin–. ¡Dejémoslo por mil doscientas piastras!

–¿De acuerdo...? –preguntó Sirdey.

–De acuerdo –afirmó Patterson.

No obstante, faltaba arreglar los detalles.

–¿Quién me pagará? –continuó Patterson–. ¿Son tan ricos los patagones como para sembrar así como así las mil doscientas piastras?

–Todo lo contrario, son muy pobres –replicó Sirdey–, pero son muy numerosos. Sacrificarán todo lo que tengan para reunir la suma. Si lo hacen es porque no ignoran que el saqueo de Liberia les dará cien veces más.

–No digo que no –admitió Patterson–. Eso no me incumbe. Lo que me importa es que me paguen. ¿Cómo me pagarán? ¿Antes o después?

–La mitad antes y la otra mitad después.

–No –declaró Patterson–. Estas son mis condiciones, mañana por la tarde, ochocientas piastras...

–¿Dónde? –interrumpió Sirdey.

–Donde tenga la guardia. Búscame... Para el resto, en el día convenido, diez hombres pasarán primero y uno de ellos me pagará la suma. Si no me pagan, llamo. Si me pagan, mantengo mi boca cosida, y me largo por otro lado.

–De acuerdo –respondió Sirdey–. ¿Cuándo podrán pasar?

–La quinta noche después de ésta. Será luna nueva.

–¿Dónde?

–En mis tierras... En mi cercado.

–¡A propósito –dijo Sirdey–, no he visto tu casa!

–El río se la llevó hace un año –explicó Patterson–. Pero no necesitamos casa. La empalizada será suficiente.

–Pero tres cuartos de ella están demolidos.

–Ya... la repararé.

–¡Perfecto! –aprobó Sirdey–. ¡Hasta mañana!

–Hasta mañana –respondió Patterson.

Oyó un deslizamiento en la hierba, luego un débil glu–glú le hizo comprender que Sirdey entraba prudentemente en el río y nada más turbó ya el silencio de la noche.

Al día siguiente, causó una gran sorpresa ver a Patterson empezar a reparar la empalizada medio derribada que delimitaba su antiguo cercado.

En general, la circunstancia pareció singularmente elegida para entregarse a semejante trabajo. Pero después de todo el terreno le pertenecía. Tenía en el bolsillo los títulos de propiedad y a petición suya se le había concedido un duplicado después de la inundación. Por consiguiente, estaba en su derecho de utilizarlo según le conviniera.

Se dedicó toda la jornada a aquel trabajo. Mañana y tarde estuvo levantando las estacas, que unió con la ayuda de sólidos travesaños, obturando las fisuras con cubrejuntas, indiferente a las reflexiones que su conducta podía suscitar.

Por la tarde, el azar del relevo quiso situarlo de centinela en el espaldón del sur, frente a las montañas que se elevaban por aquel lado.

Montó guardia sin decir palabra y esperó pacientemente los acontecimientos.

Como le había tocado el turno mucho antes que el día anterior, estuvo allí muy pronto y aún era de día al principio de su guardia. Pero no terminaría antes de cerrada la noche y, por consiguiente, Sirdey tendría todas las facilidades para acercarse al espaldón. A menos...

A menos que la proposición del antiguo cocinero del Jonathan no fuera seria. En efecto, ¿no era terrible que le hubieran tendido una trampa a Patterson y que éste se dejara coger estúpidamente? El irlandés se tranquilizó muy pronto a ese respecto. Sirdey estaba allí, frente a él, agazapado entre las hierbas, invisible para todos, pero visible para una mirada prevenida.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

Poco a poco cayó la noche. La luna, en su cuarto menguante, no elevaría hasta el alba su fino creciente por encima del horizonte. Cuando la oscuridad fue profunda, Sirdey trepó hasta su cómplice, luego se marchó sin despertar la atención.

Todo transcurría conforme a lo convenido. Las dos partes estaban de acuerdo.

–La cuarta noche después de ésta –había murmurado Patterson de un soplo.

–Entendido –había respondido Sirdey.

–¡Que no se olviden de las piastras...! ¡Sin eso, nada de lo dicho!

–Estate tranquilo.

Intercambiado aquel corto diálogo, Sirdey se alejó. Pero antes, había depositado a los pies del traidor un saco que al tocar el suelo hizo un sonido cristalino. Eran las ochocientas piastras prometidas. Era el salario de Judas.

# Capítulo IX
# La Patria Hosteliana

Al día siguiente, Patterson continuó reparando su empalizada. De todos modos, adivinaba los comentarios que su insólita ocupación debía provocar. Ahora que ya había sido pagado en parte, tenía gran interés en evitar aquellos comentarios. Por ello, aprovechó la ocasión para dar una excusa.

Él mismo hizo surgir aquella ocasión al ir a ver a Hartlepool de buena mañana pidiéndole con atrevimiento que en lo sucesivo se le hiciera montar guardia exclusivamente en su cercado. Propietario ribereño, era más lógico que estuviera de guardia en su casa y que nadie fuera allí a sustituirle, mientras a él lo enviaban a otro lugar.

Hartlepool, que no experimentaba una viva simpatía por aquel personaje, no tenía sin embargo ningún reproche preciso que formular contra él. Incluso Patterson merecía la estima a ciertas miradas. Era un hombre apacible y un trabajador infatigable. Por lo demás, no tenía ningún inconveniente para no acoger favorablemente aquella petición.

–Ha escogido usted un mal momento para hacer sus reparaciones –observó, no obstante, Hartlepool.

El irlandés le respondió tranquilamente que no habría podido encontrar uno más propicio. Como la primera ocasión que se le ofrecía a su conducta era una explicación de que muy pronto las obras públicas se habían detenido, entonces para ocuparse de sus intereses personales no perdería el tiempo. La explicación resul-

tava lo más natural y cuadraba con las laboriosas costumbres de Patterson. Hartlepool quedó satisfecho.

–En cuanto a lo demás, de acuerdo –respondió sin insistir.

Concedió tan poca importancia a aquella decisión que incluso no juzgó ni siquiera informar al Kaw–djer.

Afortunadamente para el fututo de la colonia hosteliana, en aquellos mismos momentos otro se encargaba de hacer nacer las sospechas de su Gobernador.

El día anterior, en el momento en que Patterson llegó a su puesto de guardia, no se encontraba tal y como él creía equivocadamente solo. A menos de unos metros, Dick estaba estirado en la hierba. Se encontraba allí ni mucho menos para espiar al irlandés. Todo habla sido cuestión de azar. Patterson no preocupaba lo más mínimo a Dick. Cuando éste fue a situarse a unos pasos de aquél, no le dirigió más que una mirada distraída y en seguida se absorbió en su ocupación que consistió en vigilar naturalmente, no a titulo oficial, pues a su edad le dispensaba de la guardia los hechos y gestos de los patagones, aquellos feroces enemigos que hacían trabaiar enormemente su joven imaginación. Si el irlandés se hubiera aplicado menos en distinguir a Sirdey en la lejanía, habría podido ver al niño, pues éste no estaba escondido y la maleza sólo lo disimulaba a medias.

Por el contrario, Dick, tal como dijo, vio perfectamente a Patterson, pero sin fijarse más en él de lo que se habría fijado en otro centinela hosteliano. Por lo demás, pronto olvidó su presencia, pues acababa de hacer un descubrimiento extraordinario que absorbía toda su atención.

¿Qué había visto allá abajo, muy lejos, en el lado de los patagones, escondido detrás de uno de los innumerables bosquecillos que salpicaban las pendientes de las montañas? ¿Un hombre? No, un hombre no, un rostro. Ni siquiera esto, sino solamente una frente y dos ojos puestos en dirección a Liberia. ¿Pertenecían aquella frente y aquellos ojos a uno de los indios que allá se veían ir y venir en numerosos grupos? respondió negativamente sin vacilar. Y no obstante tenía la certeza de que aquella frente y

aquellos ojos no eran los de un indio, sino que incluso podía poner un nombre a aquella fracción de rostro, un nombre que era el auténtico, el nombre de Sirdey.

–¡Demonios!, lo conocía bien y lo habría reconocido entre un millar a aquel Sirdey que estuvo con los demás en la gruta el día en que el pobre Sand estuvo a punto de morir. ¿Qué venía a hacer aquel ser abominable? Instintivamente, Dick se escondió detrás de las matas de hierbas. Sin saber bien por qué, ahora no quería ser visto.

Las horas pasaron; el largo crepúsculo de las nubes se convertía poco a poco en una noche profunda. Dick permaneció obstinadamente agazapado en su escondite, con ojos y oídos al acecho. Pero el tiempo transcurrió sin que percibiera luz alguna, ni oyera ruido alguno. Sin embargo, en un determinado momento creyó distinguir en la oscuridad una sombra que se movía, arrastrándose por el suelo, y que se acercó a Patterson; creyó oír voces, unas voces susurrantes, un tintineo metálico como el que producirían monedas de oro al chocar entre sí... Pero todo aquello no era más que una impresión, una sensación vaga e imprecisa.

Con el relevo, el irlandés se alejó. Dick no dejó su puesto y hasta el alba mantuvo oídos y ojos abiertos a las sorpresas de las tinieblas. Inútil perseverancia. La noche transcurrió tranquilamente. Cuando salió el sol, nada insólito había sucedido.

La primera ocupación de Dick consistió entonces en ir a ver al Kaw–djer. En todo caso, como no sabía con exactitud si pasar la noche a cielo raso era algo lícito o no, tanteó el terreno con prudencia, antes de ponerle al corriente. Lo primero que anunció fue:

–Gobernador, tengo algo que decirle...

Luego, después de un prudente intervalo, añadió precipitadamente:

–Pero no me irá a regañar...

–Eso depende –respondió el Kaw–djer sonriendo–. ¿Por qué no te voy a regañar si has hecho algo malo?

A una pregunta, Dick respondió con otra pregunta. Era un político fino aquel maestro Dick.

–¿Es algo malo pasar toda la noche en el espaldón del sur, gobernador?

–También eso depende –dijo el Kaw–djer–. Según lo que estuvieras haciendo en el espaldón del sur.

–Observaba a los patagones, gobernador.

–¿Toda la noche?

–Toda la noche, gobernador.

–¿Para hacer qué?

–Para vigilarles, gobernador.

–¿Y para qué vigilas tú a los patagones? Ya hay hombres que montan guardia para eso.

–Porque entre ellos vi a alguien que conocía, gobernador.

–¡Que tú conocías a alguien entre los patagones...! –exclamó el Kaw–djer con gran estupor.

–Sí, gobernador.

–¿Quién?

–Sirdey, gobernador.

¡Sirdey...! En el acto el Kaw–djer pensó en lo que le había dicho Athlinata. ¿Sería Sirdey el hombre blanco en cuyas promesas tanto confiaba el indio?

–¿Estás seguro? –le preguntó con vivacidad.

–Completamente, gobernador –afirmó Dick–. Pero de lo demás no estoy seguro..., simplemente, lo creo, gobernador.

–¿Lo demás? ¿Que hay más?

–Cuando anocheció, gobernador, creí ver a alguien que se acercaba al espaldón...

–¿Sirdey? .

–No lo sé, gobernador... Alguien... Luego, me pareció que hablaban y que movían algo... como si se tratara de dólares... Pero no estoy seguro...

–¿Quién estaba de guardia en aquel sitio?

–Patterson, gobernador.

Aquel nombre era de los que peor sonaban a los oídos del Kaw–djer, a quien aquellas extrañas noticias sumergían en profundas reflexiones. ¿Lo que había visto y oído Dick, o mejor, lo que había creído ver y oír, tendría alguna relación con el trabajo emprendido por Patterson? Por otro lado, ¿podría aquello explicar la inactividad de los asediantes, inactividad de la que los asediados empezaban a estar muy sorprendidos? ¿Contarían los patagones con otros medios que la fuerza para hacerse dueños de Liberia, persiguiendo en la sombra la ejecución de algún tenebroso plan?

Tantas preguntas y ninguna respuesta. En todo caso, las informaciones eran demasiado vagas y demasiado inciertas para que resultara posible tomar una resolución en cualquier sentido. Había que esperar y, sobre todo, vigilar a Patterson, ya que su actitud, quizás injustamente, parecía equívoca y se prestaba a sospechas.

–No tengo por qué regañarte –dijo el Kaw–djer a Dick que esperaba el fallo–. Has hecho muy bien. Pero necesito tu palabra de que no repetirás a nadie lo que me has contado.

Dick extendió solemnemente la mano.

–Lo juro, gobernador.

El Kaw–djer sonrió.

–Está bien –dijo–. Ahora vete a acostar para recuperar el tiempo perdido. Pero no lo olvides. A nadie, me oyes. Ni a Hartlepool, ni al señor Rhodes... He dicho: a nadie.

–Pero si lo he jurado, gobernador –hizo notar Dick con importancia.

Deseoso de obtener algunas informaciones complementarias sin revelar nada de lo que se había enterado, el Kaw–djer se fue en busca de Hartlepool.

–¿Nada nuevo? –le preguntó al abordarle.

–Nada, señor –respondió Hartlepool.

–¿Se ha montado la guardia con regularidad...? Ya sabe que es lo más importante. Usted mismo tiene que hacer rondas y asegurarse personalmente de que todos cumplan con su deber.

–Ya lo hago, señor –afirmó Hartlepool–. Todo va bien.

–¿Nadie se queja de este fatigoso servicio?

–No, señor. Todo el mundo pone mucho interés.

–¿Incluso Kennedy?

–El... es uno de los mejores. Una vista excelente. ¡Y una atención...! Por muy don nadie que sea, el marinero se encuentra siempre donde se le necesita, señor.

–¿Patterson tampoco?

–Tampoco. No hay nada que decir... ¡Ah! A propósito de Patterson, no se extrañe si no le vuelve a ver. De ahora en adelante montará guardia en sus tierras, puesto que están a orillas del río.

–¿Y eso por qué?

–Acaba de pedírmelo. No he creído deber negárselo.

–Ha hecho bien, Hartlepool –aprobó el Kaw–djer alejándose–. Continúe vigilando. Pero si de aquí a algunos días los patagones siguen haciéndose los muertos, seremos nosotros quienes les iremos a buscar.

Decididamente, las cosas se complicaban. Patterson tenía un fin al presentarle a Hartlepool una petición en la cual éste, sin estar prevenido, no podía encontrar ningún carácter sospechoso. Para el Kaw–djer, las cosas eran distintas. La reaparición de Sirdey, los probables conciliábulos entre los dos hombres, la reedificación de la empalizada y finalmente aquella petición de Patterson, que mostraba su deseo de no abandonar su cercado y de alejar a los demás de él, todos aquellos hechos convertían y tendían a probar... Pero en suma, no demostraban nada. Todo aquello no era suficiente para incriminar al irlandés. Sólo se podía aumentar la prudencia y estar sobre aviso con mayor atención que nunca.

Ignorando las sospechas que pesaban sobre él, Patterson continuaba tranquilamente la obra que había comenzado. Las estacas se enderezaban, uniéndose las unas con las otras. Finalmente, las últimas fueron colocadas en la misma agua del río, haciendo el cercado impenetrable a las miradas.

Aquel trabajo fue terminado en el día por él fijado, el cuarto, después de su segunda entrevista con Sirdey. Como leal comerciante, tenia los encargos en su fecha. Los compradores no tenían más que pasar a recoger.

El sol se puso. Llegó la noche. Era una noche sin luna, en la que la oscuridad sería total. Patterson, fiel a la cita, esperaba detrás de las empalizada de su cercado.

Pero no se puede pensar en todo. Aquella cerca tan cerrada que le resguardaba de la mirada de los otros, también resguardaba a los otros de la suya. Si nadie podía ver lo que ocurría en su cercado, tampoco él podía ver lo que ocurría en el exterior. Muy atento en vigilar la orilla opuesta del río, no vio que una numerosa tropa le estaba cercando silenciosamente ni que unos hombres tomaban posición en los dos extremos de la empalizada.

El final de los trabajos de Patterson había sido para el Kaw–djer la señal de peligro. Admitiendo que el irlandés proyectara una traición, no tardaría en sonar la hora de acción.

Era cerca de medianoche cuando los diez primeros patagones llegaron al cercado, después de haber atravesado el río a nado. Nadie podía verles, o al menos eso era lo que creían. Detrás de ellas seguían cuarenta guerreros y detrás de aquellos cuarenta guerreros, la horda entera. Poco importaba que fuera descubierta antes de que todos hubieran llegado a la orilla, con tal de que en aquel momento hubieran podido pasar a nado hombres suficientes para proporcionar a sus hermanos el tiempo de pasar a su vez. Si los primeros tenían que morir, la cosecha sería para los demás.

Uno de los indios tendió a Patterson un puñado de oro que a éste le pareció muy ligero.

–No está todo –dijo al azar.

El patagón no hizo ademán de comprenderle.

Patterson se esforzó en explicarle con gestos que no estaba de acuerdo y, a título de argumento demostrativo, se puso a contar la suma, haciendo deslizar una a una de la mano derecha a la izquierda las monedas, que seguía con la mirada y con la cabeza baja.

De pronto, un violento golpe en la nuca lo dejó acogotado. Cayó al suelo. Fue echado en un rincón amordazado y atado sin mayores miramientos. ¿Estaba muerto? Poco les importaba a los indios. Si aún vivía, ya se ocuparían más adelante de él y eso era todo. Por el momento no tenían tiempo para asegurarse. Si era necesario, más tarde acabarían con el traidor para después despojar su cadáver del precio de la traición.

Los patagones se acercaron a la orilla arrastrándose. Alzando sus armas por encima del agua, iban llegando otros fantasmas unos detrás de otros y llenaban el cercado. Su número pronto excedió los doscientos.

De repente estalló un violento tiroteo procedente de los dos extremos de la empalizada. Los hostelianos se habían metido en el agua hasta medio cuerpo y cogían al enemigo por la espalda. Al principio, los indios, completamente sorprendidos, permanecieron inmóviles. Luego, abriendo las balas en su masa surcos sangrientos, corrieron hacia la empalizada. Pero en seguida su cresta fue coronada del mismo modo por fusiles que a su vez vomitaron la muerte. Entonces, espantados, enloquecidos, perdidos, se pusieron a dar vueltas estúpidamentte en el cercado, caza que se ofrecía al plomo del cazador. En algunos minutos perdieron la mitad de su efectivo. Finalmente, recuperando un poco la sangre fría, los supervivientes se precipitaron al río, a pesar de los disparos convergentes que defendían el acceso, y nadaron hacia la otra orilla con todo el vigor de sus brazos.

Otras detonaciones habían respondido a lo lejos a aquellos disparos de fusil, eco de un segundo combate cuyo teatro era la carretera.

Suponiendo que los patagones concentrarían todo su esfuerzo en el punto donde ellos creían poder penetrar sin tener que disparar ni un tiro y que, por consiguiente, no dejarían más que fuerzas insignificantes a la guardia de su campamento, el Kaw–djer fijó su plan en consecuencia. Mientras el mayor número de hombres de que podía disponer estaba reunido bajo sus órdenes directas alrededor del cercado de Patterson, donde él preveía que se

desarrollaría la acción principal, y acechaban a los indios que iban a caer en una trampa, otra expedición se disponía a franquear el espaldón del sur bajo las órdenes de Hartlepool para operar una diversión en el campamento de los patagones.

Era esta segunda tropa la que ahora indicaba su presencia. Sin duda, se estaba enfrentando con los pocos guerreros dejados al cuidado de los caballos. Aquel tiroteo no duró por lo demás más que pocos instantes. Los dos combates habían sido tan breves el uno como el otro.

Desaparecidos los patagones, el Kaw–djer se dirigió hacia el sur. Se encontró con la tropa mandada por Hartlepool cuando estaba franqueando el espaldón para regresar a la ciudad.

La expedición había resultado maravillosamente bien. Hartlepool no había perdido ni un solo hombre. Las pérdidas del enemigo habían sido igualmente nulas. Pero habían logrado resultados mucho más útiles, pues habían capturado cerca de trescientos caballos que se llevaban consigo.

Los patagones habían recibido una lección demasiado severa para que en el orden de los acontecimientos probables se pudiera temer un retorno ofensivo por su parte. De todos modos, la guardia fue organizada como las tardes anteriores. Fue solamente después de haber garantizado la seguridad general, que el Kaw–djer regresó al cercado de Patterson.

A la pálida luz de las estrellas, vio el suelo alfombrado de cadáveres. También de heridos, pues los quejidos se levantaban en la noche. Se ocuparon de socorrerlos.

¿Pero dónde estaba Patterson? Finalmente lo descubrieron amordazado y atado, desvanecido bajo un montón de cuerpos. ¿No sería acaso más que una víctima? El Kaw–djer ya se reprochaba haberlo juzgado injustamente, cuando, en el momento en que ponían en pie al irlandés, unas monedas de oro se deslizaron de su cinturón y cayeron al suelo.

El Kaw–djer, asqueado, volvió la mirada.

Para sorpresa general, Patterson fue transportado a la prisión, donde acudió el médico de Liberia para cuidarle. Este no tardó en



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

ir a dar cuentas de su misión al gobernador. El irlandés no estaba en peligro y se encontraría completamente repuesto en breve plazo.

La noticia satisfizo poco al Kaw–djer. Habría preferido con mucho, que aquel lamentable suceso se hubiera resuelto con la muerte del culpable. Por el contrario, estando vivo éste, el suceso tendría necesariamente continuación. En efecto, no era cuestión de resolverlo con una medida de clemencia, como la que había beneficiado a Kennedy. Aquella vez, interesaba a toda la población y nadie habría comprendido la indulgencia para con aquel miserable que había sacrificado fríamente a un número tan grande de hombres por su insaciable codicia. Habría, pues, que proceder a un juicio y castigar, hacer un acto de juez y de jefe. A pesar de la evolución de sus ideas, ésas eran tareas que repugnaban terriblemente al Kaw–djer.

La noche transcurrió sin más incidentes. Sin embargo, resulta superfluo decir que nadie durmió mucho aquella noche en Liberia. La gente hablaba febrilmente en las casas y en las calles de los graves acontecimientos que acababan de suceder, congratulándose por la forma en que se habían desarrollado. Todos los honores eran para el Kaw–djer, que tan exactamente había adivinado el plan de los enemigos.

Se estaba llegando al solsticio de verano. La noche cerrada apenas si duraba cuatro horas. Desde las dos de la mañana, el cielo se iluminó con los primeros resplandores del alba. De un mismo impulso, los hostelianos se dirigieron entonces al espaldón del sur, desde donde vislumbraron la larga línea del campamento enemigo.

Una hora más tarde salían hurras de todos los pechos. No cabía duda alguna, los patagones hacían. sus preparativos para la marcha. No se sorprendieron, pues la matanza de la noche precedente les debía haber probado que no tenían nada que hacer en la isla Hoste. Con orgullosa alegría, los hostelianos contaban hasta la saciedad el balance de las pérdidas del enemigo. Más de cuatrocientos veinte caballos de los cuales habían cogido a trescientos y

matado al resto durante la invasión o en la escaramuza del Bourg Neuf. Apenas si aquellos intrépidos jinetes contaban ahora con trescientos. Más de doscientos hombres, es decir, un centenar de prisioneros en la granja Riviére y un mayor número de muertos y heridos en los encuentros sucesivos y sobre todo en la hecatombe cuyo teatro había sido el cercado de Patterson. Reducidos a casi un tercio de su efectivo, y cerca de la mitad de los supervivientes transformados en hombres a pie, era natural que los indios no tuvieran deseos de eternizarse en una región lejana donde habían recibido tan dura acogida.

Hacia las ocho, un gran movimiento recorrió la horda y la brisa llevó hasta Liberia un espantoso vocerío. Todos los guerreros se apretujaban en un mismo punto, como si quisieran asistir a un espectáculo que los hostelianos no podían ver. En efecto, la distancia no permitía distinguir los detalles. Sólo percibían la agitación general de la horda y todos sus gritos individuales se fundían en un inmenso clamor.

¿Qué hacían? ¿En qué violenta discusión se habían enzarzado?

Aquello duró mucho tiempo. Al menos una hora. Luego la columna pareció organizarse. Se dividió en tres grupos, los guerreros desmontados en el centro, precedidos y seguidos por un escuadrón de jinetes. Uno de los jinetes de la primera línea llevaba por encima de las cabezas algo cuya naturaleza no se podía reconocer. Era una cosa redonda... Se diría que era una bola clavada en un palo...

La horda se puso en marcha hacia las diez. Adaptándose al paso de los peatones, desfiló lentamente bajo los ojos de los liberianos. Ahora el silencio era profundo de un extremo al otro. Ni vociferaciones por parte de los vencidos, ni hurras entre los vencedores.

En el momento en que la retaguardia de los patagones se ponía en marcha corrió una orden entre los hostelianos. El Kaw–djer pedía a todos los colonos que supieran montar a caballo que se dieran a conocer inmediatamente. ¿Quién hubiera podido creer

jamás que Liberia poseyera un número tan grande de hábiles jinetes? Casi todo el mundo se presentaba, ardiendo en deseos de desempeñar un papel en él último acto del drama. Se tuvo que proceder a una selección. En menos de una hora se reunió un reducido ejército de trescientos hombres. Comprendía cien hombres a pie y doscientos hombres a caballo. Con el Kaw–djer a la cabeza, los trescientos hombres se pusieron en marcha, ganaron terreno y desaparecieron en dirección al norte detrás de la horda en retirada. Transportaban en camillas a algunos heridos recogidos en el cercado de Patterson, la mayor parte de los cuales no llegarían vivos al litoral americano.

Hicieron la primera parada en la granja de los Riviére. Tres cuartos de hora antes, los patagones habían pasado a lo largo de la empalizada

Sin intentar, aquella vez, franquearla, la guarnición, resguardada detrás de las estacas de la cerca, los había visto desfilar y aunque no estuvieran al corriente de los acontecimientos de la noche anterior, a ninguno de los que la componían se le había ocurrido disparar contra los indios. Avanzaban con un aire tan deprimido y cansado que nadie dudó de su derrota. Nada en ellos les hacía temibles. Ya no eran enemigos, sino solamente hombres desgraciados que no inspiraban más que piedad.

Uno de los jinetes de la cabeza llevaba todavía en el extremo de un palo aquella cosa redonda que habían visto desde el espaldón. Pero, al igual que los liberianos en el momento de la partida, tampoco la guarnición de la granja Riviére había podido reconocer la naturaleza de aquel singular objeto.

A las órdenes del Kaw–djer, libraron a los prisioneros patagones de sus ataduras y abrieron las puertas delante de ellos de par en par. Las indios no se movieron. Evidentemente, no creían que aquello fuera la libertad y juzgando a los demás por sí mismos, temían caer en una trampa.

El Kaw–djer se aproximó a aquel Athlinata, con el que ya había intercambiado algunas palabras.

–¿A qué esperáis? –preguntó.

–A conocer la suerte que se nos reserva –respondió Athlinata.

–No tenéis nada que temer –afirmó el Kaw–djer–. Sois libres.

–¡Libres...! –repitió el indio sorprendido.

–Sí, los guerreros patagones han perdido la batalla y regresan a su país. Id con ellos. Sois libres. Diréis a vuestros hermanos que los hombres blancos no tienen esclavos y que saben perdonar. ¡Quizás este ejemplo los haga más humanos!

El patagón miró al Kaw–djer con aire indeciso, luego, seguido por sus compañeros se puso en marcha lentamente. La tropa desarmada pasó entre la doble hilera de la silenciosa guarnición, salió del recinto y tomó la derecha hacia el norte. Cien metros más atrás, el Kaw–djer y sus trescientos hombres los escoltaban, interceptando la carretera del sur.

Cerca del atardecer, vieron acampar para la noche al grueso de los invasores. Durante su retirada nadie les había molestado, no se había disparado un solo tiro. Pero aquella prueba de misericordia por parte de sus adversarios no les había tranquilizado y manifestaron una viva inquietud al ver acercarse una masa tan importante de jinetes y hombres a pie. Con el fin de inspirarles confianza, los hostelianos se detuvieron a dos kilómetros, mientras que los prisioneros liberados, llevándose consigo a los heridos, continuaron su marcha y fueron a reunirse con sus compatriotas.

¿Cuáles debieron ser los pensamientos de aquellos indios salvajes, cuando regresaron libremente los que ellos pensaban reducidos a la esclavitud? ¿Fue Athlinata un fiel mandatario y conocieron las palabras que él tenía la misión de repetirles? ¿Compararían sus hermanos, tal y como esperaba el liberador, su conducta habitual con la de los blancos a quienes habían querido destruir y que les trataban con tanta clemencia?

El Kaw–djer lo ignoraría siempre, pero aunque su generosidad fuera inútil, no era hombre que lo fuera a lamentar. Es a fuerza de repartir buen grano que la simiente acaba por caer en tierra fértil.

La marcha continuó hacia el norte sin incidentes durante tres días más. A veces aparecían colonos en las pendientes que seguían con la mirada, mientras se mantenían a la vista, a la horda y a la tropa pegada a sus pasos. En la tarde del cuarto día llegaron por fin al punto mismo donde los patagones habían desembarcado. Al día siguiente, al amanecer, empujaron al agua las piraguas que habían escondido en las rocas del litoral. Unas, cargadas solamente de hombres, hicieron rumbo al oeste con el fin de contornear la Tierra del Fuego, otras, franqueando el canal de Beagle, fueron directamente a abordar en la gran isla que los jinetes atravesarían. Pero dejaban algo detrás de ellos. En el extremo de un largo palo clavado en la arena de la orilla, abandonaron aquella cosa redonda que habían llevado desde Liberia con tan extraña obstinación.

Cuando la última piragua estuvo fuera de alcance, los hostelianos se acercaron a la orilla del mar y entonces vieron con horror que la cosa redonda era una cabeza humana. Cuando se acercaron unos pasos, reconocieron la cabeza de Sirdey.

Aquel descubrimiento les llenó de estupefacción. No se explicaban cómo Sirdey, que había desaparecido desde hacía muchos meses, podía encontrarse con los patagones. Sólo el Kaw–djer no se sorprendió. Conocía, al menos en parte, el papel desempeñado por el antiguo cocinero del Jonathan y el drama se le presentaba con claridad. Sirdey era el hombre blanco en quien los indios habían depositado tanta confianza. Se habían vengado así de su decepción.

Al día siguiente por la mañana, el Kaw–djer se puso en camino hacia Liberia. La tarde del 30 de diciembre entraba en la ciudad con su tropa extenuada.

La isla Hoste había conocido la guerra. Gracias a él, salía indemne de la prueba, con los invasores expulsados hasta el límite de su territorio. Pero todavía no se había fijado el punto final de aquella terrible aventura. Quedaba por cumplir un cruel deber.

En la prisión donde estaba detenido, Patterson había experimentado una sucesión de diversos sentimientos. El primero de

todos fue la sorpresa de verse bajo cerrojo. ¿Qué le había sucedido? Luego, recobrando la memoria poco a poco, se acordó de Sirdey, de los patagones y de su abominable traición.

¿Qué había ocurrido después? Si los patagones hubieran resultado vencedores, sin duda habrían acabado lo que habían comenzado y en aquel momento él estaría muerto. Puesto que se despertaba en la prisión, debía concluir que éstos habían sido rechazados.

Si era efectivamente así, puesto que le habían encarcelado, ¿era conocida entonces su traición? En ese caso, ¿qué es lo que no había de temer? Patterson se puso a temblar...

De todos modos, al reflexionar se tranquilizó. Que se sospechara de él, ¡de acuerdo!, pero no podían saber nada con seguridad. Nadie le había visto, nadie le había cogido con las manos en la masa; eso seguro. Saldría indemne de una aventura que no dejaría de saldarse con un serio provecho para él.

Patterson buscó su oro pero no lo encontró. ¡No obstante no lo había soñado! Aquel dinero se lo habían dado. ¿Cuánto? No lo sabía exactamente. Ciertamente no las mil doscientas piastras estipuladas, porque aquellos bribones le habían robado, pero al menos sí, novecientas o incluso mil. ¿Quién le había quitado su oro? ¿Los patagones? Quizá. Pero más probablemente los que le habían aprisionado.

El corazón de Patterson se hinchó entonces de cólera y de odio. Detestó con igual furor a indios y colonos, rojos y blancos, todos igual de ladrones y cobardes.

Desde entonces, no tuvo un momento de reposo. Angustiado, no viviendo más que para odiar, dudando entre cien hipótesis, esperó con una impaciencia febril a que le fuera revelada la verdad. Pero los que le tenían encerrado no se preocupaban en absoluto de su rabia impotente. Se sucedieron los días sin que cambiara su situación. Parecían haberle olvidado.

Finalmente el 31 de diciembre, más de una semana después de su encarcelamiento, salió de la prisión, bajo la vigilancia de

cuatro hombres armados. ¡Por fin iba a saber algo...! Al llegar a la plaza de la Gobernación, Patterson se detuvo sobrecogido.

En efecto, el espectáculo imponía; el Kaw–djer había querido rodear de solemnidad el juicio que iba a tener lugar contra el traidor. Las circunstancias acababan de demostrarle la fuerza que da a una colectividad la comunidad de sentimientos y de intereses. ¿Habrían rechazado a los patagones con tanta facilidad, si cada uno, en lugar de doblegarse a las leyes generales, hubiera tirado por su lado y no hubiera hecho más que lo que se le antojara? Intentaba conceder un nuevo impulso a aquel sentimiento naciente de solidaridad, condenando con aparato un crimen cometido contra todos. Se había adosado a la Gobernación una elevada estrada sobre la que se situaron, además del Kaw–djer, los tres miembros del Consejo y el juez titular Ferdinand Beauval. Al pie del tribunal, se había reservado un sitio para el acusado. Detrás se apretujaba toda la población de Liberia contenida por unas barreras.

Cuando apareció Patterson, un inmenso grito de reprobación surgió de centenares de pechos. Un gesto del Kaw–djer impuso silencio. Comenzó el interrogatorio al acusado.

El irlandés se obstinó en negar sistemáticamente. Era demasiado fácil acusarle de mentira. El Kaw–djer fue enumerando los cargos que pesaban sobre él, uno detrás de otro. Primero, la presencia de Sirdey entre los patagones. En efecto, Sirdey había sido visto y su presencia no era equívoca, puesto que los indios, furiosos por su fracaso, habían enarbolado su cabeza como un trofeo de venganza.

Patterson se estremeció al oír la noticia de la muerte de su cómplice. Aquella muerte era para él un fúnebre presagio.

El Kaw–djer prosiguió con la acusación.

Y no sólo se trataba de que Sirdey estuviera entre los patagones, sino de que se había puesto en contacto con Patterson y que después de un acuerdo concluido entre ellos, éste había vuelto a tomar posesión de su terreno, levantando el cercado y pidiendo finalmente que se le hiciera montar guardia sólo allí. La

prueba de aquella criminal entente, la habían proporcionado los mismos patagones al tomar tierra en el cercado y otra prueba aún más contundente era el oro que le habían encontrado a Patterson. ¿Podía explicar la procedencia de aquel oro encontrado en su posesión, él, que según su propia confesión, había perdido hacia un año todo lo que poseía?

Patterson bajó la cabeza. Se sentía perdido.

Terminado el interrogatorio, el Tribunal deliberó y luego el Kaw–djer pronunció la sentencia. Se confiscarían los bienes del culpable. El estado se quedaba con su terreno, al igual que con la suma con la que se había pagado su crimen. Además, Patterson era condenado al exilio perpetuo quedándole para siempre prohibido el territorio de la isla Hoste.

La sentencia se ejecutó inmediatamente. El irlandés fue conducido a la ensenada a bordo de un navío que iba a partir. Permanecería prisionero hasta el momento de la partida, con los pies atados , con hierros que no se le quitarían hasta que estuviera fuera de las aguas hostelianas.

Mientras la muchedumbre se dispersaba, el Kaw-djer se retiró a la Gobernación. Necesitaba estar solo para apaciguar su alma turbada. ¿Quién le habría dicho antaño que él, el feroz igualitario, llegaría a erigirse en juez de otros hombres, él, amante apasionado de la libertad, a parcelar la tierra, aquella propiedad común de la humanidad, con una división más, a decretarse jefe de una fracción del vasto mundo, y a arrogarse el derecho de impedir el acceso a ella a uno de sus semejantes? Sin embargo, él había hecho todo aquello y, aunque trastornado, no lo lamentaba. Había sido positivo, estaba seguro. La condena al traidor acababa el milagro comenzado con la lucha contra los patagones. La aventura había costado reducir el Bourg Neuf a cenizas, pero era un buen precio por la transformación realizada. El peligro que todos habían corrido, los esfuerzos realizados en común, habían creado un lazo entre los emigrantes, cuya fuerza ni ellos mismos sospechaban. Antes de aquella sucesión de acontecimientos, la isla Hoste no era más que una colonia donde se encontraban fortuitamente reuni-

dos hombres de veinte nacionalidades diferentes. Ahora, los colonos dejaban su sitio a los hostelianos. En lo sucesivo, la isla Hoste era la patria.

# Capítulo X
# Cinco años después

Cinco años después de los acontecimientos que acaban de ser relatados, la navegación en los parajes de la isla Hoste ya no presentaba ni las dificultades ni los peligros de antaño. En la extremidad de la península Hardy, una luz lanzaba constantemente múltiples destellos, pero no una luz de pescadores como las de los campamentos de la tierra fueguina, sino un auténtico faro que iluminaba los pasos y permitía evitar los arrecifes durante las oscuras noches de invierno.

Por el contrario, aún no se había iniciado ninguna obra para aquel que el Kaw–djer proyectaba edificar en el cabo de Hornos. Desde hacía seis años perseguía en vano la solución de aquel asunto con incansable perseverancia, sin conseguir llevarlo a buen término. Según las cartas intercambiadas entre los dos Gobiernos, parecía que Chile no había podido resignarse al abandono del islote del cabo de Hornos y que aquella condición esencial impuesta por el Kaw–djer, había sido un obstáculo insuperable.

A éste le sorprendía mucho que la República chilena concediera tanta importancia a una roca estéril desprovista del menor valor. Y aún se habría sorprendido más si hubiera conocido la verdad, si hubiera sabido que la desmesurada prolongación de las negociaciones era debida, no a consideraciones patrióticas que aunque fueran erroneas podían ser defendibles, sino simplemente a la legendaria indolencia de las oficinas.

En aquella circunstancia, las oficinas chilenas se comportaban como todas las oficinas del mundo. La diplomacia tiene por cos-

ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

tumbre secular ir arrastrando las cosas, primero, porque por lo general al hombre le preocupan muy poco los asuntos que no son los suyos propios y, además, porque tiene una tendencia natural a dar importancia como pueda a la función de la que está investido. Pues ¿de qué dependería la importancia de una decisión, si no fuera por la duración de las negociaciones que la han precedido, por el montón de papeluchos ennegrecidos por su causa, y por el sudor de tinta que ha hecho verter? El Kaw–djer, que él sólo constituía el Gobierno hosteliano y que, por consiguiente carecía de oficinas, no podía evidentemente atribuir a semejante motivo, no obstante el verdadero, aquella discusión interminable.

De todos modos, el faro de la península Hardy no era la única luz que iluminaba los mares. En el Bourg Neuf, levantado de las ruinas y con una importancia triplicada, se encendía cada tarde una luz de puerto que guiaba los navíos hasta el morro del rompeolas.

Aquel espigón, completamente terminado, había transformado la cala en un puerto vasto y seguro. A su abrigo, los buques podían cargar o descargar en agua tranquila su cargamento en el muelle que también había sido terminado. Por ello el Bourg Neuf era uno de los puertos más frecuentados. Poco a poco se habían ido estableciendo relaciones comerciales con Chile, Argentina y hasta con el Viejo Continente. Incluso se había creado un servicio mensual regular que unía la isla Hoste con Valparaíso y Buenos Aires.

Liberia se había desarrollado enormemente a la orilla derecha del río. En un futuro no muy lejano se convertiría en una ciudad de auténtica importancia. A ambos lados de sus calles simétricas que se cruzaban en ángulo recto según la moda americana, se alineaban numerosas casas de piedra con patios delanteros y jardines en la parte de atrás. Bellos árboles, en su mayoría hayas antárticas de hoja perenne, daban sombra a algunas plazas. Liberia tenía dos imprentas y contaba también con un número reducido de verdaderos monumentos. Poseía entre otros, un edificio de correos, una iglesia, dos escuelas y un tribunal menos modesto

que la sala designada con aquel nombre y que años antes Lewis Dorick intentara destruir. Pero de todos estos monumentos el más bello era la Gobernación. La casa improvisada que antes se designara con este nombre se había echado abajo y sustituido por un edificio considerable, donde continuaba residiendo el Kaw–djer y en el cual estaban centralizados todos los servicios públicos. No lejos de la Gobernación se levantaba un cuartel, donde estaban almacenados más de mil fusiles y tres piezas de cañón. Allí, acudían por turnos todos los ciudadanos en mayoría de edad a pasar un mes de vez en cuando. La lección de los patagones no había sido en vano. Un ejército, que habría contado con todos los hostelianos en distintos rangos, estaba preparado para defender la patria.

Liberia tenía también un teatro que, aunque muy rudimentario a decir verdad, era de proporciones suficientemente amplias y, además, alumbrado con electricidad.

El sueño del Kaw–djer se había realizado. De una fábrica hidroeléctrica instalada a tres kilómetros río arriba, llegaban a la ciudad la fuerza y la luz en profusión.

La sala del teatro resultaba de gran utilidad, sobre todo durante los largos días de invierno. Se utilizaba para reuniones y el Kaw–djer o Ferdinand Beauval, que ya había sentado cabeza y se había convertido en un personaje, pronunciaban allí conferencias. También se tocaban conciertos bajo la batuta de un director como los que no se suelen encontrar con frecuencia.

Aquel director, un viejo conocido del lector, no era otro que Sand. A fuerza de perseverancia y tenacidad, había logrado reclutar entre los hostelianos los elementos de una orquesta sinfónica que dirigía con magistral batuta. En los días de concierto, lo transportaban a su atril y cuando dominaba al batallón de músicos, su rostro se transfiguraba y la embriaguez sagrada del arte hacía de él el más feliz de los hombres. Obras clásicas y modernas alimentaban sus conciertos, donde figuraban de vez en cuando obras del mismo Sand, que no eran ni las menos notables, ni las menos aplaudidas.

Entonces Sand tenía dieciocho años. Desde el terrible drama que le había costado la inutilidad de sus piernas, haciendo imposible para él otra felicidad que no fuera la del arte, se había dedicado por entero a la música. El atento estudio de los maestros le había permitido aprender la técnica de aquel difícil arte y sus dones naturales, apoyados en aquella sólida base, empezaban a merecer el nombre de geniales. No se estancaría allí. Llegaría un día cercano en que los cantos de aquel inspirado inválido, perdido en los confines del mundo, esos cantos tan famosos hoy día aunque nadie pueda nombrar a su autor, estarían en todas las bocas y conquistarían la tierra.

Hacía algo más de nueve años que el Jonathan se había perdido en los arrecifes de la península Hardy. Ese era el resultado obtenido en pocos años, gracias a la energía, a la inteligencia y al espíritu práctico del hombre que había cargado con el destino de los hostelianos, cuando la anarquía llevaba la isla a la ruina. Se seguía sin saber nada de aquel hombre, pero nadie pensaba ya en pedirle cuentas de su pasado. La curiosidad pública, en caso de que hubiera existido alguna vez, se había mitigado por la costumbre, y la gente se decía con razón que para no ignorar lo que resulta esencial conocer, bastaba con recordar los innumerables servicios cumplidos.

Las agobiantes preocupaciones de aquellos nueve años de poder pesaban gravemente sobre el Kaw–djer. Si bien conservaba intacto su vigor hercúleo, si la fatiga de la edad no había encorvado su estatura casi gigantesca, su barba y sus cabellos tenían ahora la blancura de la nieve y profundas arrugas surcaban su rostro siempre majestuoso y ya venerable.

Tenía una autoridad ilimitada. Los miembros que componían el Consejo, cuya formación él mismo había provocado, Harry Rhodes, Hartlepool y Germain Riviéré, reelegidos regularmente en cada elección, no se reunían más que por cuestión de formas. Daban a su jefe y amigo carta blanca y se limitaban a dar respetuosamente su opinión cuando se les pedía.

Además, al Kaw–djer no le faltaban ejemplos que le guiaran en la obra emprendida. En la vecindad inmediata de la isla Hoste se habían aplicado concurrentemente dos métodos de colonización opuestos. Podía compararlos y apreciar sus resultados.

Desde que la Tierra de Magallanes y la Patagonia habían sido repartidos entre Chile y Argentina, aquellos dos Estados habían procedido de muy distinta forma en la valorización de sus nuevas posesiones. Por no conocer bien aquellas regiones, Argentina hacía concesiones que comprendían hasta diez o doce leguas cuadradas, lo que significaba decretar que se podía dejarlas yermas. Cuando se trataba de aquellos bosques que contaban con hasta cuatro mil árboles por hectárea, se habrían necesitado tres mil años para explotarlos. Lo mismo ocurría con los cultivos y pastos, concedidos en extensiones demasiado amplias y que habrían necesitado un personal, un material agrícola y, por consiguiente, un capital demasiado considerable.

Y eso no es todo. Los colonos argentinos se veían obligados a relaciones lentas, difíciles y costosas con Buenos Aires. Cuando llegaba un navío a la Tierra de Magallanes se debía mandar el conocimiento a la aduana de aquella ciudad, es decir, a mil quinientas millas de distancia, y al menos pasaban seis meses antes de que pudiera ser devuelto, una vez pagados los derechos de aduana; ¡derechos que se debían pagar según el cambio del día a la Bolsa de la capital! Pero ¿qué medio había para conocer la cotización del cambio en la Tierra del Fuego, un país donde hablar de Buenos Aires era como hablar de la China o del Japón?

Por el contrario, fuera de aquella intrépida tentativa de la isla Hoste, ¿qué ha hecho Chile para favorecer el comercio, para atraer a los emigrantes? Ha declarado puerto franco a Punta Arenas, de tal forma que los navíos llevan allí lo necesario y lo superfluo, encontrándose de todo en abundancia en excelentes condiciones de precio y calidad. Por ello, los productos de la Tierra de Magallanes argentina afluyen también a las casas inglesas o chilenas cuya sede está en Punta Arenas y que en los canales han establecido sucursales en vía de prosperidad.

El Kaw–djer conocía desde hacía tiempo el proceder del Gobierno chileno y en sus excursiones a través de los territorios de la Tierra de Magallanes había podido comprobar que todos sus productos tomaban el camino hacia Punta Arenas. Siguiendo el ejemplo de la colonia chilena, el Bourg Neuf fue declarado puerto franco y aquella medida fue la primera causa del rápido enriquecimiento de la isla Hoste.

¿Podría creerse que la República Argentina, que fundó Ushuaia en la Tierra del Fuego, en el otro lado del canal de Beagle, no aprovechó aquel doble ejemplo? Aquella colonia, comparada con Liberia o con Punta Arenas, se ha quedado atrás hasta nuestros días, a causa de las trabas que el Gobierno le pone al comercio, por la carestía de los derechos de aduana, por las excesivas formalidades a las que se subordina la explotación de las riquezas naturales y por la impunidad de la que a la fuerza, gozan los contrabandistas, pues la administración local se encuentra materialmente imposibilitada para vigilar setecientos kilómetros de costa sometidos a su jurisdicción.

Los acontecimientos cuyo teatro había sido la isla Hoste, la independencia que le había concedido Chile, su prosperidad que cada día iba en aumento bajo la firme administración del Kaw–djer, atrajeron la atención del mundo industrial y comercial. Acudieron nuevos colonos a los que se les concedieron liberalmente tierras con condiciones ventajosas. No se tardó en saber que sus bosques, ricos en madera de calidad superior a la de los bosques de Europa, rendían hasta un quince y un veinte por ciento, lo que condujo al establecimiento de muchas serrerías. Al mismo tiempo, se encontraban compradores de terreno a mil piastras la legua en superficie para rendimientos agrícolas y el número de cabezas de finado alcanzó pronto varios millares en los pastos de la isla.

La población había aumentado rápidamente. A los mil doscientos náufragos del Jonathan se habían agregado el triple o cuádruple de emigrantes del oeste de Estados Unidos, de Chile y de Argentina. Nueve años después de la proclamación de la inde-

pendencia, ocho años después del golpe de Estado del Kaw–djer, cinco años después de la invasión de la horda patagona, Liberia contaba con más de dos mil quinientas almas y la isla Hoste con más de cinco mil.

No hay que decir que habían tenido lugar muchos matrimonios desde que Halg se había casado con Graziella. Entre otros conviene citar el de Edward y Clary Rhodes. El joven se había casado con la hija de Germain Riviére y la joven con el Dr. Samuel Arvidson. Otras uniones habían creado lazos entre las familias.

Ahora, con el buen tiempo, el puerto acogía a numerosos navíos. El cabotaje hacía excelentes negocios entre Liberia y las diferentes sucursales fundadas en otros puntos de la isla, ya en los alrededores de la Punta Roons, ya en las orillas septentrionales que baña el canal de Beagle. En su mayoría eran buques del archipiélago de las Falkland cuyo tráfico adoptaba cada año una nueva dimensión.

Y no sólo aquellos buques de las islas inglesas del Atlántico efectuaban la importación y la exportación, sino que llegaban veleros y steamers desde Valparaíso, Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, y se podían ver pabellones daneses, noruegos y americanos en todos los pasos vecinos, en la bahía de Nassau, en Darwin Sound y en las aguas del canal de Beagle.

Una gran parte del comercio se alimentaba de la explotación de la pesca que siempre ha dado excelentes resultados en los parajes magallánicos. No hay que decir que aquella industria había tenido que ser severamente reglamentada con decretos del Kaw-djer. En efecto, no se podía provocar en corto plazo con una destrucción abusiva la desaparición y el aniquilamiento de aquellos animales marinos que suelen frecuentar aquellos mares. En diversos puntos del litoral se habían fundado colonias de loberos[17], gentes de todos los orígenes y de toda especie, parias, a los que Hartlepool mantuvo a raya al principio con mucha difi-

[17] Se refiere a cazadores de lobos marinos

cultad. Pero, poco a poco, los aventureros se humanizaron, se civilizaron bajo la influencia de aquella nueva vida. Una existencia sedentaria suavizó progresivamente las costumbres de aquellos vagabundos sin hogar ni patria. Además, eran más felices, pues ejerciendo su rudo oficio tenían que sufrir menos miserias. En efecto, hacían su trabajo en mejores condiciones que antaño. Ya no se trataba de expediciones emprendidas a escote que les conducían a cualquier isla desierta donde, muy frecuentemente, morían de hambre o de frío. Ahora tenían la seguridad de vender los productos de su pesca, sin tener que esperar durante largos meses el regreso de un navío que no siempre vuelve. No se había modificado la forma de matar a los inofensivos anfibios. Nada más simple: salir a dar una paliza[18], como decían los mismos loberos, salir a dar bastonazos, ese era el método utilizado, pues no resulta posible emplear otra arma contra aquellos pobres animales.

A la explotación de pesca alimentada por la manada de lobos marinos, hay que añadir las campa ñas de los balleneros que son las más lucrativas en estos parajes. Los pasos del archipiélago pueden proporcionar anualmente un millar de ballenas. Por ello, los buques armados para aquella pesca, seguros ahora de encontrar en Liberia las ventajas que les ofrecía Punta Arenas, frecuentaban asiduamente, durante el buen tiempo, los pasos vecinos de la isla Hoste. Finalmente, la explotación de arenales, que cubren millares de conchas de toda especie, había hecho nacer otra rama de comercio. Entre esas conchas habría que mencionar las weyras, moluscos de excelente calidad, que se encontraban en tal abundancia como no se podría uno imaginar. Los navíos los exportaban en cargamentos llenos que vendían hasta a cinco piastras el kilo en las ciudades de Sudamérica. Además de moluscos, también había crustáceos. Las calas de la isla Hoste son particularmente buscadas a causa de un cangrejo gigantesco habituado a

[18] En español en el original.

las algas submarinas, el centollo, siendo suficientes dos para el alimento cotidiano de un hombre de gran apetito.

Pero esos cangrejos no son los únicos representantes del género. En la costa se encuentran en igual abundancia bogavantes, langostas y mejillones. Todas aquellas riquezas eran explotadas al máximo. Se había realizado uno de los proyectos concebidos por el Kaw–djer: Halg dirigía en el Bourg Neuf una próspera fábrica, desde donde se expedían crustáceos a todo el mundo en forma de conservas. Halg, que por entonces tenía casi veintiocho años, reunía todas las condiciones de felicidad. No le faltaba nada: una amante esposa, tres hermosos hijos, dos niñas y un niño, perfecta salud y una fortuna en rápido ascenso. Era feliz y el Kaw–djer podía congratularse al ver los resultados de su obra.

En cuanto a Karroly, no sólo no se había asociado a su hijo en la dirección de la fábrica del Bourg Neuf, sino que incluso había renunciado a la pesca. Dada la importancia marítima del puerto de la isla Hoste, situada entre el Darwin Sound y la bahía de Nassau, llegaban allí numerosos navíos, que incluso lo preferían a Punta Arenas. Encontraban allí un excelente puerto de arribada, más seguro que el de colonia chilena, frecuentada fundamentalmente por steamers que pasan de un océano a otro siguiendo el estrecho de Magallanes. Por esta razón, Karroly había decidido dedicarse de nuevo a su antiguo oficio. Convertido en capitán de puerto y jefe de los prácticos de la isla Hoste, estaba muy requerido por los buques con destino a Punta Arenas o a las sucursales establecidas en los canales del archipiélago, y por tanto no le faltaban ocupaciones.

Ahora tenía a su servicio un balandro de cincuenta toneladas, construido a prueba de las más violentas marejadas. Iba al encuentro de los navíos con aquel sólido barco maniobrado por un equipo de cinco hombres y no con la chalupa. La Wel–Kiej seguía existiendo, pero apenas se utilizaba ya. Por lo general, permanecía en el puerto, aquella vieja y fiel sirviente que había ganado bien su reposo.

Como los buenos obreros que se apresuran en emprender un nuevo trabajo tan pronto como han terminado el anterior, el Kaw–djer, cuando llegó el momento de dejar a Halg, convertido en hombre a su vez y pudiendo desenvolverse solo en la vida, se impuso los deberes de una segunda adopción. Dick no había sustituido a Halg, sino que se le había añadido en un corazón engrandecido. Dick tenía entonces casi diecinueve años y desde hacía más de seis era el alumno del Kaw–djer. El joven había mantenido las promesas del niño. Había asimilado sin esfuerzo la ciencia del maestro y comenzaba a merecer por sí mismo el nombre de sabio. Pronto el profesor, que admiraba la vivacidad y profundidad de aquella inteligencia, no tendría más que enseñar al alumno.

El nombre de alumno ya no se adecuaba a Dick. Precozmente maduro por la ruda escuela de sus primeros años y por los terribles dramas en los que se había visto mezclado, era a pesar de su joven edad, más que un alumno, el discípulo y amigo del Kaw–djer que tenía en él una confianza absoluta y que se complacía en considerarle como su sucesor absoluto. No hay duda de que Germain Riviére y Hartlepool era buena gente, pero el primero jamás habría consentido en abandonar su explotación forestal que proporcionaba maravillosos resultados para consagrarse exclusivamente a los asuntos públicos y Hartlepool, admirable y fiel ejecutor de órdenes, se mantenía siempre en un segundo plano. Además ambos carecían bastante de ideas generales y cultura intelectual para gobernar a un pueblo que tenía otros intereses que los únicamente materiales. Quizás Harry Rhodes habría estado mejor cualificado. Pero Harry Rhodes se habría negado, pues envejecía y carecía por consiguiente de la energía necesaria.

Por el contrario, Dick reunía todas las cualidades de un jefe. Tenía una naturaleza de primer orden. Por su saber, inteligencia y carácter tenía madera de hombre de Estado y sólo había que lamentar que tan brillantes facultades fueran destinadas a ser utilizadas en un marco tan restringido. Pero jamás una obra es insignificante cuando es perfecta y el Kaw–djer consideraba con razón

que si Dick podía asegurar la felicidad de aquellos millares de seres de los que estaba rodeado, habría realizado una tarea que no sería menos bella que cualquier otra.

Desde un punto de vista político, la situación era también de las más favorables. Las relaciones entre la isla Hoste y el Gobierno chileno eran excelentes por una y otra parte. Chile no podía más que congratularse cada año que pasaba por su determinación. Obtenía provechos morales y materiales de los que carecía la República Argentina en tanto que ésta no modificara sus métodos administrativos y sus principios económicos.

Al principio, al ver a la cabeza de la isla Hoste a aquel misterioso personaje cuya presencia en el archipiélago magallánico le había parecido con razón sospechosa, el Gobierno chileno no había podido disimular su descontento y sus inquietudes. Descontento forzosamente platónico. En aquella isla independiente donde se había refugiado, ya no resultaba posible ir en búsqueda del Kaw–djer, ni verificar su origen ni pedirle cuentas acerca de pasado. ¿Qué hubiera sido un hombre incapaz de soportar el yugo de cualquier autoridad, que no se hubiera rebelado contra todas las leyes sociales, que quizás hubiera sido expulsado de los países sometidos bajo cualquier régimen a leyes necesarias? Ciertamente su actitud autoriza todas aquellas hipótesis, y si se hubiera quedado en la Isla Nueva, no habría escapado a las indagaciones de la policía chilena. Pero cuando después de los disturbios provocados por la inicial anarquía surgió una perfecta tranquilidad debida a la fiel administración del Kaw–djer, y vieron nacer y engrandecerse el comercio y aumentar con creces la prosperidad, no tuvieron más que dejarle hacer a fin de cuentas. Jamás se levantó ninguna nube entre el gobernador de la isla Hoste y el gobernador de Punta Arenas.

Cinco años transcurrieron así, durante los cuáles los progresos de la isla Hoste no dejaron de avanzar. Se habían fundado tres aldeas que rivalizaban con Liberia, aunque era una rivalidad generosa pero fecunda; una en la península Dumas, otra en la península Pasteur y la tercera en la punta del extremo occidental de la



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

isla, en el Darwin Sound, frente a la isla Gordon. Dependían de la capital y el Kaw–djer las visitaba, ya fuera por mar, ya por las carreteras trazadas a través de los bosques y las llanuras del interior.

Muchas familias de pecherés se habían establecido también en las costas y habían fundado algunas aldeas fueguinas, al ejemplo de los primeros que habían consentido en romper con sus costumbres seculares de vagabundeo para instalarse en las proximidades del Bourg Neuf.

Fue en esa época, en el mes de diciembre del año 1890 cuando Liberia recibió por vez primera la visita del gobernador de Punta Arenas, el señor Aguire. Este no pudo por menos que admirar aquella nación tan próspera, las sabias medidas adoptadas para aumentar los recursos, la perfecta homogeneidad de una población de orígenes distintos, el orden, el bienestar, la felicidad que reinaba en todas las familias. Como se puede comprender, observó de cerca al hombre que había realizado cosas tan bellas y a quien bastaba con conocer bajo el título de Kaw–djer.

No le escamoteó los cumplidos.

–Esta colonia hosteliana es obra suya, señor gobernador –dijo–, y Chile no puede por menos que felicitarse de haberle proporcionado la ocasión para realizarla.

–Un tratado –se contentó con responder el Kaw–djer– sometió al dominio chileno esta isla que no pertenecía más que a sí misma. Justo era que Chile le restituyera su independencia.

El señor Aguire percibió lo reticente de aquella respuesta. El Kaw–djer no consideraba que aquel acto de restitución debiera valer un testimonio de agradecimiento para con el Gobierno chileno.

–En todo caso –continuó el Sr. Aguire ya sobre aviso–, no creo que los náufragos del Jonathan puedan lamentar su concesión africana de la bahía de Lagoa...

–En efecto, señor gobernador, porque allí habrían estado bajo el dominio portugués, mientras que aquí no dependen de nadie...

–Así, todo va perfecto.

–Perfecto –afirmó el Kaw–djer.

–Esperamos –añadió complacientemente el señor Aguire– qué prosigan las buenas relaciones entre Chile y la isla Hoste.

–También nosotros lo esperamos –respondió el Kaw–djer–, y quizás la República chilena al comprobar los resultados del sistema aplicado en la isla Hoste, se decida a extenderlo a otras islas del archipiélago magallánico.

El señor Aguire respondió simplemente con una sonrisa que podía significar lo que uno quisiera entender.

Deseoso de llevar la conversación fuera de aquel peligroso terreno, Harry Rhodes, que estaba presente en la entrevista con sus dos colegas del Consejo abordó otro tema

–Nuestra isla Hoste –dijo–, comparada con las posesiones argentinas de la Tierra del Fuego, puede proporcionar materia para interesantes reflexiones. Como puede usted ver, señor, por un lado la. prosperidad, y por otro, la decadencia. Los colonos argentinos retroceden ante las exigencias del Gobierno de Buenos Aires y los navíos hacen lo mismo, ante los requisitos que impone. A pesar de las reclamaciones de su gobernador, la Tierra del Fuego no hace progreso alguno.

–Estoy de acuerdo –respondió el señor Aguire–. Por ello el Gobierno chileno ha actuado de muy distinta forma con Punta Arenas. Sin llegar a conceder total independencia a la colonia, le ha resultado posible concederle un buen número de privilegios que aseguran su futuro.

–Señor gobernador –intervino el Kaw–djer–, no obstante, yo he pedido a Chile que consienta en abandonar una de las islas pequeñas del archipiélago, una simple roca estéril, un islote sin valor.

–¿Cuál? –preguntó el señor Aguire.

–El islote del cabo de Hornos.

–¿Y qué diablos quiere usted hacer allí? –exclamó el señor Aguire, estupefacto.

–Levantar allí un faro, absolutamente necesario para esta última punta del continente americano. Si esos parajes estuvieran

iluminados, sería una gran ventaja para los navíos, no solamente para los que vienen a la isla Hoste, sino para los que intentan atravesar el cabo entre el Atlántico y el Pacífico.

Harry Rhodes, Hartlepool, y Germain Riviére, que estaban al corriente de los proyectos del Kaw-djer, apoyaron su observación, haciendo notar la auténtica importancia de aquello, a lo que el señor Aguire no tenía, por lo demás, ningún deseo de responder.

–Así –preguntó–, ¿el Gobierno de la isla Hoste estaría dispuesto a construir ese faro?

–Sí –dijo el Kaw–djer.

–¿Corriendo con sus gastos?

–Sí, pero con la condición formal de que Chile le concediera en entera propiedad la isla de Hornos. Hace más de seis años que hice esta proposición a su Gobierno, sin llegar a ningún resultado.

–¿Qué le han contestado? –preguntó el señor Aguire.

–Palabras, sólo palabras. No dicen que no, pero tampoco dicen que sí. Dan largas. La discusión así entablada puede durar siglos. Y mientras tanto, los navíos continúan perdiéndose en ese siniestro islote sin que nada se lo señale en la oscuridad.

El señor Aguire expresó una gran sorpresa. Pero quizás no la experimentaba en el fondo de su corazón, pues estaba mejor instruido que el Kaw–djer en los métodos gratos a las Administraciones del mundo entero. Todo lo que pudo hacer fue prometer que utilizaría el crédito del que gozaba, para apoyar aquella proposición ante el Gobierno de Santiago, a donde se dirigía después de abandonar la isla Hoste.

Hay que creer que mantuvo su palabra y que su apoyo resultó eficaz, pues en menos de un mes estuvo resuelta aquella cuestión que se iba arrastrando desde hacía tantos años, y se informó oficialmente al Kaw–djer de que sus proposiciones habían sido aceptadas. El 25 de diciembre se firmó un acta de cesión entre Chile y la isla Hoste, según la cual el Estado hosteliano se convertía en propietario de la isla de Hornos, a condición de que levantara y mantuviera un faro en el punto culminante del cabo.

El Kaw–djer comenzó inmediatamente las obras, cuyos preparativos ya estaban hechos desde hacía tiempo. Según las más pesimistas previsiones, bastarían dos años para llevarlas a cabo y para garantizar la seguridad de la navegación en las inmediaciones de aquel temible cabo.

Para el Kaw–djer, aquella empresa sería la coronación de su obra. La isla Hoste organizada y en paz, el bienestar de todos en lugar, de la miseria de antaño, la enseñanza profusamente extendida y finalmente millares de vidas salvadas en el terrible punto de encuentro de los dos océanos más vastos del globo; ésa habría sido su tarea en esta tierra.

Era hermosa. Ya acabada, le confería el derecho de pensar en sí mismo y de renunciar a las funciones que repugnaban a todo su ser hasta sus últimas fibras.

Si el Kaw–djer gobernaba, si prácticamente era el más absoluto de los déspotas, no era en efecto un déspota feliz. La larga utilización del poder no le había despertado la pasión por él y sólo lo ejercía a pesar suyo. Personalmente refractario a toda autoridad, siempre le había resultado cruel imponer a otro la suya. Seguía siendo el mismo hombre enérgico, frío y triste que se había visto aparecer como salvador aquel lejano día en que el pueblo hosteliano estuvo a punto de morir. Aquel día salvó a los demás, pero se perdió a sí mismo. Obligado a renegar de su quimera, teniendo que inclinarse ante los hechos, había realizado con coraje el sacrificio, pero en su corazón el sueño abjurado protestaba. Cuando nuestros pensamientos, bajo la engañosa apariencia de la lógica, no son otra cosa que la expansión de nuestros instintos naturales, entonces poseen vida propia, independiente de nuestra razón y nuestra voluntad. Luchan oscuramente, a veces contra la evidencia, como los seres que no quisieran morir. Necesitamos entonces que nos den hasta la saciedad la prueba de nuestro error para convencernos, y todo se utiliza como pretexto para volver a lo que fue nuestra fe.

El Kaw–djer había inmolado la suya por aquella; necesidad de abnegación, por aquella sed de sacrificio, por aquella piedad por

sus hermanos desgraciados que, por encima mismo de su pasión de libertad, formaba el fondo de su magnífica naturaleza. Pero ahora que ya no estaba en juego la abnegación, ahora que ya no era cuestión de sacrificio v que los hostelianos no inspiraban nada que se pareciera a la piedad, la antigua creencia volvía a adquirir poco a poco su apariencia de verdad y el déspota volvía a convertirse gradualmente en el apasionado libertario de antaño.

Harry Rhodes había comprobado aquella transformación con creciente nitidez, a medida que se consolidaba la prosperidad de la isla Hoste. Aún resultó más evidente, cuando, comenzado el faro del cabo de Hornos, el Kaw–djer pudo considerar como casi terminado el deber que se había impuesto. Finalmente expresó con claridad su pensamiento a este respecto. Habiendo ensalzado Harry Rhodes, al azar de una conversación en la que evocaban los días pasados, los favores que le debían, el Kaw–djer respondió con una declaración que no se prestaba a ningún equívoco.

–Acepté la tarea de organizar la colonia –dijo–. Me aplico en cumplirla. Terminada la obra, cesará mi gobierno. Así espero demostrarles que al menos existe un lugar en la tierra, donde el hombre no tiene necesidad de un patrón.

–Un jefe no es un patrón, amigo mío –replicó con emoción Harry Rhodes–, y usted mismo lo demuestra. Pero no existe sociedad posible sin una autoridad superior, sea cual sea el nombre que se le ponga.

–No es ésa mi opinión –respondió el Kaw-djer–. Yo creo que la autoridad debe finalizar desde el momento en que no sea imperiosamente necesaria.

Así pues, el Kaw–djer acariciaba aún sus antiguas utopías y a pesar de la experiencia realizada, aún se ilusionaba con la naturaleza de los hombres, hasta el punto de creerles capaces de arreglar sin ayuda de ley alguna las innumerables dificultades que nacen del conflicto de los intereses individuales. Harry Rhodes comprobaba con melancolía el sordo trabajo que tenía lugar en la conciencia de su amigo y auguraba las peores consecuencias. Llegaba a desear que un incidente, que sembrara pasajeramente el

disturbio en la apacible existencia de los hostelianos, proporcionara a su jefe una nueva demostración de su error.

Desgraciadamente su deseo se iba a ver realizado. Aquel incidente iba a nacer antes de lo que él pensaba.

En los primeros días del mes de marzo de 1891 corrió el rumor por todas partes de que se había descubierto un yacimiento aurífero de una gran riqueza. En sí, aquello no tenía nada de trágico. Por el contrario, todo el mundo se alegró y los más prudentes, incluido Harry Rhodes, participaron en la embriaguez general. Fue un día de fiesta para la población de Liberia.

Sólo el Kaw–djer fue más clarividente. Solamente él previó en un instante las consecuencias de aquel descubrimiento y comprendió la fuerza latente de destrucción que en él había. Sólo él, mientras todos a su alrededor se felicitaban, permaneció sombrío, agobiado ya por las tristezas que reservaba el futuro.

# Capítulo XI
# La fiebre del oro

El descubrimiento tuvo lugar la mañana del 6 de marzo.

Algunas personas, entre las que se encontraba Edward Rhodes, habían proyectado una partida de caza y, habiendo abandonado Liberia de buena mañana en coches de caballos, se habían dirigido a unos veinte kilómetros hacia el sudoeste, hacia la faz occidental de la península Hardy, al pie de los montes Sentry Boxes, que la limitan. Allí se extendía un profundo bosque, todavía sin explotar, donde por lo general se refugiaba la caza mayor de la isla Hoste, los pumas y los jaguares que tenían que ser destruidos sin que quedara ninguno, pues muchas ovejas habían sido sus víctimas.

Los cazadores ojearon el bosque; después de haber matado a dos pumas por el camino, alcanzaron un torrencial arroyo que delimitaba el lindero opuesto, cuando apareció un jaguar de gran tamaño.

Edward Rhodes, creyéndole a tiro, le disparó y alcanzó en el flanco izquierdo. Pero el animal no había sido herido mortalmente. Después de un rugido de cólera más que de dolor, dio un salto en la dirección del torrente, entró en el bosque y desapareció.

Pero no tan rápido como para que Edward Rhodes no tuviera tiempo de dispararle un segundo tiro.

La bala, fallando el objetivo, fue a dar en un ángulo de una roca. La piedra estalló en trozos.

Posiblemente los cazadores hubieran abandonado entonces el lugar, si uno de los trozos que habían saltado no hubiera ido a caer a los pies de Edward Rhodes que, intrigado por el particular aspecto de aquel fragmento de roca, lo recogió y lo examinó.

Era un pequeño trozo de cuarzo, estriado con las venas características en las que resultó fácil discernir unas partículas de oro.

El descubrimiento emocionó grandemente a Edward Rhodes. ¡Oro...!

¡Había oro en la isla Hoste! Aquel trozo de roca lo probaba.

Pero ¿había motivo en realidad para sorprenderse? ¿No se habían encontrado filones de aquel metal precioso en los alrededores de Punta Arenas o en la Tierra del Fuego, en la Patagonia o en la Tierra de Magallanes? ¿No era una cadena de oro, aquella gigantesca espina dorsal de las dos Américas que bajo el nombre de Montañas Rocosas y Cordillera de los Andes va de Alaska al cabo de Hornos y de las que, desde hace cuatro siglos, se le ha extraído el metal por valor de cuarenta y cinco millones de francos?

Edward Rhodes había comprendido la importancia de su descubrimiento. Habría querido mantenerlo en secreto y no habérselo dicho más que a su padre, quien habría puesto al Kaw–djer al corriente. Pero no era el único en saberlo. Sus compañeros de caza habían examinado el trozo de roca y habían recogido otros trozos que también contenían oro.

No había pues que esperar mantenerlo en secreto y el mismo día, en efecto, toda la isla sabía que no tenía nada que envidiar a los Klondike, Transvaal o El Dorado. Fue como un reguero de pólvora, cuya llama corrió en un instante de Liberia a otras aldeas.

En todo caso, en aquella estación no era posible sacar ningún partido del descubrimiento. En pocos días llegaría el equinoccio de otoño y a la entrada del invierno era imposible emprender la explotación al aire libre en el paralelo de la isla Hoste. El hallazgo de Edward Rhodes no tuvo ni podía tener ninguna consecuencia inmediata.

El verano terminó en unas condiciones climáticas bastante favorables. Aquel año, el décimo desde la fundación de la colonia, se había beneficiado con una recolección excepcional. Por otro lado, se habían establecido en el interior de la isla nuevas serrerías, unas movidas por el vapor, otras, empleando la electricidad creada por las caídas de los cursos de agua. La explotación de la pesca y las fábricas de conserva habían dado lugar a un comercio considerable, y el cargamento de navíos a la entrada y salida del puerto se cifraba en treinta y dos mil setecientas setenta y cinco toneladas.

Con la llegada del invierno se tuvieron que interrumpir las obras emprendidas en el cabo de Hornos para la edificación del faro y la construcción de las salas donde debían instalarse las máquinas motrices y las dinamos. Las obras se habían desarrollado hasta el momento de un modo muy satisfactorio, a pesar del alejamiento de la isla Hornos, situada a unos setenta y cinco kilómetros de distancia de la península Hardy, y de la obligación de transportar el material a través de un mar sembrado de arrecifes que las tempestades de invierno iban a hacer impracticable.

Si el mal tiempo trajo como de costumbre numerosos vendavales y tormentas muy fuertes, no provocó fríos excesivos e, incluso en julio, la temperatura no descendió de los diez grados bajo cero.

Los habitantes de Liberia ya no temían ni el frío ni la intemperie, pues el bienestar general había permitido a todas las familias instalarse confortablemente. En la isla Hoste no había miseria y los crímenes contra las personas o las propiedades no habían turbado jamás el orden público. Se conocían muy pocos casos de conflictos civiles, a los que por lo general se había transigido antes incluso de llegar a los Tribunales.

Parecía que ningún disturbio habría amenazado a la colonia si no hubiera sido por aquel descubrimiento del yacimiento aurífero, cuyas consecuencias teniendo en cuenta la codicia humana, podían ser, extremadamente graves.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

El Kaw–djer no se había equivocado. La noticia le había hecho concebir los más sombríos pronósticos y la reflexión aún los ensombrecía más. No escondió sus temores en la primera reunión del Consejo.

–Así –dijo–, es en el momento en que nuestra obra está terminada, cuando no tenemos más que recoger el fruto de nuestros esfuerzos, que el azar, un maldito azar, lanza entre nosotros este fermento de disturbios y de ruinas

–Nuestro amigo va demasiado lejos –intervino Harry Rhodes, que consideraba el suceso de un modo menos pesimista–. Que el descubrimiento del oro sea una causa de disturbios, es posible, ¡pero de ruinas...!

–Sí, de ruinas –afirmó con energía el Kaw-djer–. ¡El descubrimiento del oro sólo ha dejado ruinas detrás de él!

–No obstante –objetó Harry Rhodes–, el oro es una mercancía como otra cualquiera...

–La más inútil.

–En absoluto. La más útil, puesto que puede cambiarse por todas las demás.

–¡Y qué importa –replicó acaloradamente el Kaw–djer–, si para obtenerla, hay que sacrificarlo todo! La inmensa mayoría de los buscadores de oro muere en la miseria. En cuanto a los que lo logran, la facilidad do su éxito destruye para siempre su juicio. Toman gusto por los placeres fácilmente obtenidos. Lo superfluo se convierte para ellos en lo necesario y cuando los goces materiales los han ablandado, son incapaces del menor esfuerzo. Quizás se enriquezcan en el sentido social de la palabra. Se empobrecen según el sentido hallado, el auténtico. Dejan de ser hombres.

–Soy de la opinión del Kaw–djer –dijo entonces Germain Riviére–. Sin contar que si se abandonan los campos, las recolecciones perdidas no se podrán reemplazar. Es poca cosa ser rico cuando se muere uno de hambre. Y temo mucho que nuestra población no resista a esta funesta influencia. ¿Quién sabe si los cultivadores no abandonarán los campos y los obreros su trabajo, para correr a los yacimientos?

–¡Oro...! ¡oro...! ¡La sed del oro! –repetía el Kaw–djer–. Ninguna peste más terrible podía haberse abatido sobre nuestro país.

Harry Rhodes estaba indeciso.

–Admitiendo que tengan ustedes razón –dijo–, no está en nuestro poder conjurar esta peste.

–¡No!, mi querido Rhodes –respondió el Kaw-djer–. Es posible luchar contra una epidemia, erradicarla. Pero no hay remedio para la fiebre del oro. El dinero es lo más destructivo de toda organización. ¿Cabe alguna duda después de lo que ha pasado en los distritos auríferos del Viejo o del Nuevo Continente, en Australia, California o el Sur de África? De la noche a la mañana se abandonaron las obras útiles, los colonos convirtieron en desiertos los campos y las ciudades, las familias se dispersaron en los yacimientos. En cuanto al oro extraído con tanta avidez se gastó estúpidamente, como toda ganancia demasiado fácil, en abominables locuras, y no les quedó nada a aquellos desgraciados insensatos.

El Kaw djer hablaba con una animación que mostraba la fuerza de su convicción y la vivacidad de sus inquietudes.

–Y no solamente está el peligro de dentro –añadió–, sino el peligro de fuer. Todos esos aventureros, todos esos desclasados que invaden los países auríferos, que traen disturbios y trastornos al arrancar de sus entrañas el maldito metal. Llegan de todos los puntos del mundo. Es una avalancha que a su paso sólo deja la nada. ¡Ay! ¡Por qué estará nuestra isla amenazada con semejantes desastres!

–¿No podemos tener ninguna esperanza? –preguntó Harry Rhodes muy conmovido–. Si la noticia no se expande, estaremos preservados de esta invasión.

–No –respondió el Kaw–djer–. Ya es demasiado tarde para impedir el mal. Uno no se figura con qué rapidez el mundo entero sabe que acaban de ser descubiertos yacimientos auríferos, en la región que sea, y por muy lejos que se encuentre. Verdaderamente uno creería que se transmite por el aire, que el viento

lleva esa peste tan contagiosa que ataca a los mejores y más sabios y los hace sucumbir.

El Consejo se levantó sin que se hubiera llegado a ninguna decisión. Y es que en realidad no había ninguna que tomar. Como había dicho el Kaw–djer con razón, no se puede luchar contra la fiebre del oro.

Pero por lo demás, aún no se había perdido nada. En efecto, podría ocurrir que el yacimiento careciera de la riqueza que se le atribuía sin motivo y que las partículas de oro estuvieran diseminadas, en tal estado de dispersión que su explotación fuera imposible. Para saberlo con seguridad, había que esperar a la desaparición de la nieve, que durante el invierno cubría la isla con su manto de hielo.

Con el primer soplo primaveral, los temores del Kaw–djer empezaron a ser realidad. Desde que el deshielo hizo su aparición, los colonos más emprendedores y aventureros se transformaron en prospectores, abandonaron Liberia y partieron a la caza del oro. Puesto que había sido encontrado en Golden Creek –así se llamó al pequeño arroyo cuya orilla había rozado la desventurada bala de Edward Rhodes– allí fue hacia donde se dirigieron los más impacientes. A pesar de todos los esfuerzos del Kaw-djer y de sus amigos, fue seguido aquel ejemplo y rápidamente las partidas se multiplicaron. A partir del cinco de noviembre, muchos centenares de hostelianos, víctimas de la idea fija del oro, se precipitaron a los yacimientos y erraron por las montañas en búsqueda de un filón o de una bolsa rica en pepitas.

En principio, la explotación de placeres no comporta grandes dificultades. Si se trata de un filón, basta con seguirlo acometiendo la roca con un pico, después de machacar los trozos obtenidos para extraer las partículas de metal que en ellos se encuentran. Es así como lo hacen en las minas del Transvaal. De todos modos, seguir un filón, está dicho pronto. En la práctica no resulta tan fácil. A veces los filones se interfieren y desaparecen, y para volverlos a encontrar se necesita de la ciencia de técnicos experimentados. Como mínimo, se hunden muy profundamente

en las entrañas de la tierra. Y seguirlos, significa, por consiguiente, abrir una mina con todas las sorpresas y todos los peligros inherentes a este tipo de empresa. Por otro lado, el cuarzo es una roca de extrema dureza y para machacarlo hacen falta costosas máquinas. De ahí que la explotación de una mina de oro no pueda ser un trabajo individual y que sólo poderosas sociedades que dispongan de una abundante mano de obra y de capitales considerables, puedan sacar provecho de ello.

De ahí también que los buscadores de oro, los prospectores, para darles el nombre con el que habitualmente se les designa, cuando han tenido la suerte de descubrir un yacimiento se contenten con asegurarse la concesión y cedan sus derechos lo más rápidamente posible a los banqueros y a los promotores de negocios.

Quienes, por el contrario, prefieren sacarle partido por cuenta propia y con sus recursos personales, renuncian deliberadamente a toda explotación minera. En las proximidades de las rocas auríferas, buscan terrenos de aluvión, formados a expensas de esas rocas por la acción secular de las aguas. Al disgregar la roca, el agua, hielo, lluvia o torrente se ha llevado necesariamente consigo las partículas de oro, muy fáciles de aislar. Basta un simple plato para recoger la arena y un poco de agua para lavarla.

Naturalmente, los hostelianos trabajaban con ese rudimentario utillaje. Los primeros resultados fueron bastante alentadores. A las orillas del Golden Creek, en una longitud de varios kilómetros y en una anchura de doscientos o trescientos metros, se extendía una capa de lodo de ocho pies de profundidad. A razón de nueve a diez platos por pie cúbico, la reserva resultaba abundante, pues era muy raro que un plato no aportara al menos algunos granos de oro. Es cierto que las pepitas sólo se encontraban pulverizadas y que aquellos placeres no iban a producir los centenares de millones que otros similares habían proporcionado en otras regiones. No obstante, eran lo suficientemente ricos como para trastornar a aquella pobre gente, que hasta entonces no había

logrado asegurar su existencia más que a costa de un tenaz trabajo.

No reglamentar la explotación de los placeres habría significado una mala administración. En resumidas ,cuentas, el yacimiento era una propiedad colectiva y correspondía a la colectividad apartarla del provecho individual. Fueran cuales fuesen sus ideas personales, el Kaw–djer había hecho tabla rasa de ellas y, obligándose a considerar el problema desde el mismo ángulo que la mayor parte de los hombres, había buscado la solución más útil según la opinión generalizada dentro del grupo social del que él era el jefe. En el curso del invierno, había mantenido numerosas conversaciones con Dick, pues había decidido hacerle siempre partícipe de todas sus decisiones. De aquellos intercambios de opiniones se concluyó la necesidad de alcanzar un triple fin: limitar tanto como pudieran el número de hostelianos que partieran a la búsqueda del oro, hacer beneficiaría de las riquezas arrancadas a la tierra a toda la colonia, y finalmente, restringir, incluso rechazar si resultaba posible, la afluencia de extranjeros poco recomendables que acudirían de todas partes del mundo.

La ley que fue anunciada en carteles al final del invierno satisfacía los tres deseos. En primer lugar, subordinaba el derecho de explotación al previo libramiento de una concesión y, en segundo lugar, fijaba la extensión máxima de esas concesiones y decretaba, a cargo de los que tomaban posesión, tanto una indemnización de adquisición como el pago del cuarto de su extracción de metal en provecho de la colectividad. Según los términos de aquella ley, las concesiones se reservaban exclusivamente a los ciudadanos hostelianos, título que en el futuro sólo podría ser adquirido después de un año de residencia efectiva y después de haber sido dada la conformidad por el gobernador.

Sólo quedaba por aplicar la ley promulgada.

Desde el principio, tropezó con grandes dificultades. Indiferentes a las disposiciones que contenía en su favor, los colonos sólo fueron sensibles a las obligaciones que les imponía. ¿Qué

necesidad había de obtener y pagar una concesión, cuando sólo había que tomarla? ¿No tiene todo hombre derecho a cavar la tierra y a lavar el lodo de las orillas? ¿Por qué se les obligaba por ejercer libremente aquel derecho natural, a pagar la parte que fuere del producto de su trabajo a quienes no habían participado en él? En el fondo de su corazón, el Kaw–djer compartía aquellas ideas. Pero quien ha asumido la temible misión de gobernar a sus semejantes, debe saber olvidar sus preferencias personales y sacrificar, cuando hace falta, los principios que él cree más firmes a las necesidades del momento. Y saltaba a la vista, que era de primera importancia alentar a los colonos más prudentes a que tuvieran la energía de resistir al contagio y permanecer dedicados a su trabajo habitual, y la mejor forma para alentarlos consistía en asegurarles su parte, reducida pero segura, aun quedándose en sus casas.

Se tuvo que emplear la coacción, pues la ley no fue obedecida de buen grado.

El Kaw–djer no disponía en Liberia más que de unos cincuenta hombres que formaban el cuerpo de la policía permanente, pero otros novecientos cincuenta hostelianos figuraban en una lista, de la que los más viejos habían sido eliminados por turno, a medida que se añadía la gente joven que ya había alcanzado la mayoría de edad. Así, rápidamente se podían reunir mil hombres armados. Se hizo pública una convocación general.

Sólo respondieron setecientos cincuenta hostelianos. Los doscientos refractarios también habían partido hacia las minas y recorrían el campo en las proximidades del Golden Creek.

El Kaw–djer dividió en dos grupos las fuerzas de las que disponía. Quinientos hombres se repartieron a lo largo de las costas, con la misión de oponerse a la salida clandestina del oro. Él se puso a la cabeza de los otros trescientos, que dividió en veinte escuadras bajo las órdenes de quienes estaba más seguro, y se dirigió con ellos a la región de los placeres.

El pequeño ejército represivo fue dispuesto de modo que atravesara la península al pie de los Sentry Boxes y desde allí fue ascendiendo hacia el norte barriendo todo lo que encontraba

delante de él. Rechazaron sin piedad a los lavadores de oro que encontraron a su paso, a menos que no consintieran en someterse a la ley.

Al principio, aquel método obtuvo cierto éxito Algunos fueron obligados a pagar en dinero contante el derecho de explotación y los límites de la concesión escogida por ellos fueron cuidadosamente ssñalados. Por el contrario, otros –y ésos eran la mayor parte– no poseyendo la suma exigida para el libramiento de una concesión, tuvieron que renunciar a su empresa. Por esta razón el número de mineros descendió sensiblemente.

Pero pronto se agravó la situación. Quienes no habían podido obtener una concesión, sorteaban por la noche las tropas mandadas por el Kaw–djer y volvían a establecerse detrás, en la orilla del Golden Creek, precisamente en el lugar de donde se les acababa de expulsar. Al mismo tiempo, el mal crecía como una marea. Excitados por los hallazgos de los primeros prospectores, entraba en escena una segunda serie de hostelianos. Según las noticias que le llegaban al Kaw–djer, la isla entera estaba contagiada. El mal ya no estaba localizado en Golden Creek, e innumerables buscadores de oro registraban las montañas del centro y del norte.

Pensaron lógicamente que los yacimientos auríferos no debían encontrarse, con toda probabilidad, en aquella llanura cenagosa situada a los pies los Sentry Boxes. Demostrada la presencia del oro en la isla Hoste, todo conducía a creer que también se encontraría a lo largo de otros cursos de agua pertenecientes al mismo sistema orográfico. Así pues, se habían puesto a la caza por todas partes, desde la punta de la península Hardy y desde el extremo de la península Pasteur hasta el Darwin Sound.

Como algunas prospecciones habían conseguido algunos éxitos, la fiebre general fue en aumento y la fascinación por el oro se hizo aún más imperiosa. En pocas semanas una irresistible locura vació Liberia, las aldeas y las granjas y la mayor parte de sus habitantes. Hombres, mujeres y niños fueron a trabajar a los placeres. Algunos se enriquecían al descubrir una de las bolsas donde se habían acumulado las pepitas bajo la acción de las llu-

vias torrenciales. Pero la esperanza no abandonaba a los que, durante largos días, habían trabajado a costa de mil fatigas, sin obtener resultado alguno. Todos acudían allí, desde la capital, desde las aldeas, desde los campos, desde las explotaciones pesqueras, desde las fábricas y desde las sucursales del litoral. Aquel oro parecía dotado de un poder magnético contra el que la razón humana no tenía fuerza para resistir. Pronto no quedó en Liberia más que un centenar de colonos, los últimos en permanecer fieles a sus familias y en continuar sus negocios, muy afectados no obstante por semejante situación.

Por muy penoso, por muy desolador que resulte confesarlo, hay que reconocer que de todos los habitantes de la isla Hoste, sólo los indios que se habían instalado allí, resistieron a la locura general que todo lo arrastraba. Sólo ellos no se abandonaron a aquellas furiosas codicias. Si varias explotaciones pesqueras y establecimientos agrícolas no fueron completamente abandonados, se debió a los humildes fueguinos cuya honestidad natural les preservó del contagio. Además, aquella pobre gente no había dejado de escuchar a su Bienhechor y no se les ocurría pagar con ingratitud los innumerables favores que de él habían recibido.

Las cosas fueron aún más lejos. Llegó el momento en que la tripulación de los navíos que se encontraban en la ensenada, comenzó a seguir el funesto ejemplo que se le daba. Hubieron deserciones que se multiplicaron día a día. Sin el menor aviso, los marineros abandonaban sus buques y se introducían en el interior, embriagados por el enloquecedor espejismo del oro. Los capitanes, asustados por aquel desperdigamiento de sus tripulaciones, se apresuraron uno tras otro en abandonar el Bourg Neuf sin siquiera esperar el final de sus operaciones de carga y descarga. No hay duda de que darían a conocer fuera el peligro que habían corrido. Todas las marinas de la tierra iban a poner en cuarentena a la isla Hoste.

El contagio no dispensó siquiera a los que tenían el deber de combatirlo. Aquel cuerpo organizado por el Kaw–djer para la vigilancia de las costas, dasapareció tan pronto como fue for-

mado. De los quinientos vientos hombres que la componían, no se pudieron reunir ni a veinte para ocupar el puesto que les estaba asignado. Al mismo tiempo, la tropa que él mandaba directamente se fundía como un trozo de hielo al sol. No hubo una sola noche que no fuera aprovechada por los fugitivos. En quince días se redujo de trescientos hombres a menos de cincuenta.

A pesar de su indomable energía, el Kaw–djer se desanimó entonces profundamente. Él, que empujado por una irresistible pasión por el bien, se había vuelto a unir a la humanidad después de tan larga ruptura, ¡ahora éste se descubría cínicamente, mostrando todos sus defectos al desnudo, todas sus vergüenzas y todos sus vicios! Lo que había construido con tanto esfuerzo, se desplomaba en un instante y, porque el azar había hecho saltar algunas partículas de oro de un trozo de roca, las ruinas iban a acumularse sobre aquella desgraciada colonia.

Ya no podía ni siquiera luchar. Los más fieles le abandonaban como los demás. No sería con aquel puñado de hombres de los que disponía ahora porque quizás le abandonaran mañana, que haría entrar en razón a una multitud extraviada.

El Kaw–djer regresó a Liberia. No había nada que hacer. Como un torrente devastador, la peste se había expandido por toda la isla y la había asolado por completo. Había que esperar a que se agotara su violencia.

Por un instante pareció que aquel momento había llegado. Hacia mediados de diciembre, quince días después del regreso del Kaw–djer a la Gobernación, algunos pocos liberianos, comenzaron a volver a la capital. En los días que siguieron, el movimiento se acentuó. Por un colono que con retraso se marchaba al campo, entraban dos que cabizbajos volvían a sus ocupaciones anteriores.

Dos causas motivaban aquel viraje. En primer lugar, el oficio de prospector era más difícil de ejercer de lo que habían supuesto. Romper la roca a golpes de pico o lavar las arenas de la mañana a la noche son penosas tareas que sólo la esperanza de una ganancia rápida permite soportar. No había sido suficiente agacharse

para recoger las pepitas tal y como se habían imaginado. Para algunos que su buena estrella había guiado hasta una bolsa, se podían contar a centenares a quienes el oficio de prospectores, infinitamente más duro que su trabajo habitual, había reportado mucho menos. Por fe en los chismes habían atribuido a los yacimientos una riqueza incalculable. Ahora había que abrir los ojos. Era indiscutible que había oro en la isla Hoste, pero no que pudiera recogerse a espuertas, como al principio habían creído ingenuamente. De ahí que para ciertos colonos había sido mayor y más rápido el desánimo que las ilusiones.

Por otro lado, la disminución de las transacciones comerciales y el paro casi total de las explotaciones agrícolas empezaban a producir sus efectos. Ciertamente aún no había falta de nada. Pero el precio de todos los objetos de primera necesidad había aumentado enormemente. Sólo podían reírse aquellos a los que la caza del oro había resultado provechosa. Por el contrario, aquel encarecimiento contribuía a aumentar la miseria de los otros para quienes el hallazgo de algunas pepitas de valor había compensado la supresión de los salarios habituales.

De ahí aquellas retiradas cuyo número fue lo demás restringido. Se limitaron a los más débiles y a los más pobres y, en pocos días, el movimiento se detuvo.

El Kaw–djer no experimentó ninguna decepción pues jamás se había ilusionado por su extensión.

Lejos de considerar la crisis como cerca de apagarse, su mirada clarividente descubría nuevos peligros en las tinieblas del futuro. No, la crisis no había terminado. Por el contrario, sólo acababa de empezar. Hasta ahora sólo había que contar con los hostelianos, pero no siempre sería así. De todas las regiones del mundo, la temible raza de los buscadores de oro se abatiría inevitablemente sobre la desventurada isla, desde el momento en que conocieran la existencia del nuevo campo abierto a su saciable rapacidad.

Fue el diecisiete de enero cuando llegó al Bourg Neuf el primer convoy. Desembarcaron del steamer cerca de unos dosci-



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

entos hombres más o menos harapientos, de fuerte aspecto, aire resuelto, brutal, salvaje. Algunos llevaban anchos cuchillos en la cintura, pero en todos sin excepción el pantalón, por lamentable estado en que estuviera, llevaba un bolsillo especial abultado por la culata de un revólver. Llevaban al hombro un pico y un saco donde guardaban sus miserables trapos, y en la cadera izquierda una cantimplora, un plato y una escudilla que al entrechocar hacía un ruido de chatarra.

El Kaw–djer los vio desembarcar con tristeza Aquellos doscientos aventureros era el primer eslabón de la cadena con que la isla Hoste iba a ser agarrotada.

A partir de aquel día las llegadas se sucedieron a intervalos seguidos. Tan pronto como desembarcaban los buscadores de oro, gente acostumbrada a cumplir con los requisitos, se dirigían directamente a la Gobernación y se informaban acerca de la prescripciones legales en vigor. Coincidían unánimemente en encontrarlas exorbitantes. Entonces aplazaban la regularización de su situación y se diseminaban por la ciudad. El reducido número de sus habitantes y las informaciones que hábilmente recogieron les convencieron pronto de la debilidad de la administración hosteliana. Por ello decidieron hacer caso omiso a las leyes que los mismos hostelianos desafiaban impunemente y, después de haber vagado uno o dos días por las calles desiertas de Liberia, abandonaban la ciudad y se alejaban sin mayor requisito a la búsqueda de una concesión.

Pero llegó el invierno, y en el mismo momento en que los trabajos mineros se detuvieron, se agotó la oleada de los que llegaban. El 24 de marzo, tras haber desembarcado a su contingente de prospectores, se alejó el último navío del Bourg Neuf. Más de dos mil aventureros pisaban en aquel momento el suelo de la isla.

Aquel navío se llevaba consigo un decreto, en numerosas copias, dirigido por la Gobernación de la isla Hoste a todos los Estados del globo. El Kaw-djer, que había asistido a la invasión con creciente dolor, hacía saber urbi et orbi que la isla Hoste, teniendo superabundancia de población, obstaculizaría el desem-

barco de todo nuevo extranjero, aunque tuviera que usar la fuerza para ello.

¿Sería eficaz aquella medida? Sólo el futuro lo podría decir, pero el Kaw–djer lo dudaba en su fuero interno. La atracción por el oro es en ciertas naturalezas demasiado poderosa para que nada pueda detenerlas.

Además, el mal ya estaba hecho. La revuelta de los hostelianos que rechazaba toda disciplina, la inevitable miseria a la que se habían condenado, la invasión de aquella turba de aventureros, gentes de saco y cuerda que traían consigo todos los vicios de la tierra, todo aquello conducía al desastre.

¿Qué se podía hacer contra aquello? Nada. Sólo se podía dejar que pasara el tiempo y esperar a mejores días, si es que éstos debían llegar alguna vez. Halg, Karroly, Hartlepool, Harry y Edward Rhodes, Dick, Germain Riviére y otros treinta más estaban solos contra todos. Eran los últimos que se habían mantenido fieles, el batallón sagrado agrupado en torno al Kaw–djer que asistía impotente a la destrucción de su obra.

## Capítulo XII
## El saqueo de la isla

Así fue el primer acto del drama del oro, que como una pieza bien construida debía constar de tres, correctamente separados por los entreactos de los inviernos.

Los deplorables acontecimientos que habían constituido la trama de este primer acto tuvieron necesariamente una inmediata repercusión en la vida hasta entonces feliz de los hostelianos. Había desaparecido un pequeño número de entre ellos. ¿Qué les habría ocurrido? No se sabía, pero todo conducía a creer que habían sido víctimas de alguna riña o de algún accidente. Muchas familias estaban, pues, de luto por un padre, un hijo, un hermano o un marido.

Por otra parte, el bienestar, antes repartido universalmente por la isla Hoste, había disminuido mucho. A decir verdad, aún no faltaba nada de lo esencial o simplemente útil para la vida, pero todo había triplicado y cuatriplicado sus precios con respecto a los que antes estaban en vigor.

Los pobres tuvieron que sufrir aquel estado de cosas. Los esfuerzos del que sufría, que se las ingeniaba para procurarse trabajo, obtuvieron poco éxito. La detención casi completa de las transacciones particulares incitaba a todo el mundo a la prudencia y nadie se atrevía a emprender nada. En cuanto a los trabajos ejecutados por cuenta del Estado, éste ya no los podía continuar porque las casas estaban vacías. Como irónica consecuencia del descubrimiento de las minas desde que se había descubierto oro en abundancia en el suelo, el Estado carecía de él.

¿De dónde lo sacaría? Si pocos eran los hostelianos que se habían resignado a pagar su concesión, ni uno sólo había pagado el censo fijado por la ley sobre su extracción, y la miseria general, al ser suprimida toda contribución por parte de los ciudadanos, había secado la fuente de la que hasta entonces había alimentado la caja pública.

En cuanto a los fondos personales del Kaw–djer, bastaron pocos días para que se agotasen. Los había ido gastando generosamente en el curso del verano, con el fin de que no fueran interrumpidas las obras en el cabo de Hornos, a pesar de las graves dificultades en medio de las que se debatía. Y lo consiguió a duras penas. La fiebre del oro no dejó de afectar a los obreros empleados en ello, menos que a los demás hostelianos. Por este motivo, las obras sufrieron un importante retraso. En el mes de abril de 1892, ocho meses después del primer golpe de pica, el conjunto de las paredes maestras, apenas llegaba a la altura de un primer piso, cuando, según las previsiones iniciales, debía estar completamente acabado.

Entre los veinte hostelianos para quienes el oficio de prospector había proporcionado resultados favorables, figuraba Kennedy, el antiguo marinero del Jonathan, transformado en nabab por un afortunado golpe de pica y que se hacía notar lo suficiente como para que nadie ignorase su suerte.

¿Cuánto debía poseer? Nadie lo sabía y quizás ni siquiera él, pues no era seguro que fuera capaz de contarlo, aunque a juzgar por sus gastos debía ser mucho. Tiraba el oro a manos llenas. No el oro amonedado, con curso legal en todos los países civilizados, sino el metal en pepitas o en lentejuelas del que parecía estar abundantemente provisto.

Su conducta era despampanante. Peroraba con autoridad, se las daba de millonario y anunciaba a quien quería oírle su intención de abandonar pronto una ciudad donde no podía procurarse una existencia que estuviera de acuerdo con su fortuna.

Al igual que sobre la importancia de aquella fortuna, tampoco nadie sabía exactamente el origen y nadie habría podido decir

dónde estaba situada la concesión de donde había sido extraída. Cuando se le preguntaba a Kennedy sobre este respecto, adoptaba entonces aires de misterio y despistaba sin dar ninguna respuesta precisa. No obstante se habían encontrado con él en el curso del verano; algunos liberianos le habían visto, sin trabajar de ninguna forma, simplemente paseándose con las manos en los bolsillos.

No habían podido olvidar aquel encuentro que para muchos había coincidido con el suceso de una gran desgracia. Pocas horas o pocos días después de haber visto a Kennedy, les habían robado el oro arrancado por ellos de la tierra en cantidades a veces considerables sin que hubieran descubierto al culpable. Cuando las víctimas se reunieron, les asombró lógicamente la concordancia regular de robos y la presencia de Kennedy en las proximidades donde se habían cometido y las sospechas, no apuntaladas por ninguna prueba, comenzaron a cernirse sobre el antiguo marinero.

Este no se preocupaba en absoluto y se contentaba con la admiración de los bobos, cuya raza es universal. Los de Liberia se dejaban cautivar por su verborrea y su aplomo les imponía. Aunque todo el mundo conocía a Kennedy tal como era, algunos le tenían a pesar de todo en cierta consideración, reclutando así una clientela y convirtiéndose en una especie de personaje.

El Kaw–djer, harto, se decidió por un acto de autoridad. Kennedy y otros como él se reían ya demasiado abiertamente de las leyes. Mientras no había habido medio de actuar de otro modo, se había soportado su rebeldía. Desde el momento en que se poseía el poder, había que reprimirla. En efecto, todos los colonos expulsados por el invierno, se habían agrupado de nuevo, y la mayoría, no teniendo nada de qué felicitarse de su campaña de prospección, habían vuelto a reanudar muy contentos sus funciones normales. En particular, la milicia se había reconstituido, y los hombres que la componían, parecían, al menos por el momento, alentados por el mejor ánimo.

Una mañana, sin que nada hubiera advertido a los interesados del golpe que les amenazaba, la policía invadió el domicilio de aquellos liberianos que especialmente hacían ostentación de sus riquezas, y bajo la dirección de Hartlepool se realizaron los registros pertinentes. La cuarta parte del oro que allí se encontró fue confiscado sin piedad, y del excedente se descontaron los doscientos pesos o piastras argentinas en las que el Kaw–djer había valorado las concesiones.

Kennedy no se jactaba sin motivo. Fue en efecto en su casa donde se recogió la cosecha más abundante. El valor del oro allí descubierto no era inferior a ciento setenta v cinco mil francos en moneda francesa. También fue en su casa donde tropezaron con la más viva resistencia. Mientras se procedía a la visita de su domicilio, hubo que mantener a raya al antiguo marinero que reventaba de rabia y lanzaba furiosas imprecaciones.

–¡Hatajo de ladrones! –gritaba, mostrando el puño a Hartlepool.

–Ya puedes decir lo que quieras, hijo mío –respondió éste, sin detener su registro y sin alterarse lo más mínimo.

–¡Me las pagarán! –amenazó Kennedy, a quien la sangre fría de su antiguo jefe aún exasperaba más.

–¡Bueno!, ¡bueno! Me parece que quien paga eres tú por ahora –se burló Hartlepool sin piedad.

–¡Ya lo veremos!

–Cuando quieras. Por mí, lo más tarde posible.

–¡Ladrón...! –gritó Kennedy en el paroxismo de la cólera.

–Te equivocas –replicó Hartlepool en tono bonachón–, y la prueba es que sólo me llevo trece kilos y doscientos cincuenta gramos exactamente de tus cincuenta y tres kilos de oro, es decir, la cuarta parte, más lo equivalente a las doscientas piastras que ya sabes. No hay que decir que por este dinero...

–¡Miserable...!

–Tienes derecho a una concesión en regla.

–¡Tunante...!

–No tienes más que decirnos donde está tu concesión.

–¡Bandido!

–¿No quieres...?

–¡Canalla... !

–¡Como quieras, hijo mío! –concluyó Hartlepool, poniendo fin a aquella escena.

En resumidas cuentas, los registros reportaron al tesoro cerca de treinta y siete kilos de oro, lo que en moneda francesa representa unos ciento veintidos mil francos. A cambio fueron libradas concesiones legales. Sólo Kennedy no gozó de esa ventaja, debido a su obstinación en no querer indicar el emplazamiento de la concesión donde había recogido tan bonita cosecha.

La suma recogida de este modo se guardó en la caja del Estado. Cuando se reanudaran las relaciones con el resto del mundo en primavera, se cambiaría por monedas en curso. Mientras tanto, el Kaw-djer, que había hecho público el resultado de los registros, creó por la misma suma un papel moneda al que se le concedió valor y ello le permitió aliviar muchas miserias.

Pasaron el invierno como pudieron, y llegó la primavera. Pronto las mismas causas producirían los mismos efectos. Al igual que el año anterior, Liberia quedó desierta. La lección no había sido suficiente. Se precipitaban a la conquista del oro quizás aún con mayor frenesí, como aquellos jugadores casi totalmente arruinados que echan en la mesa sus últimos cuartos con la absurda esperanza de rehacerse.

Kennedy fue uno de los primeros en partir. Habiendo guardado bien el oro que le quedaba, desapareció una mañana, sin duda hacia la misteriosa concesión cuyo emplazamiento se había obstinado en no revelar. Los que se habían prometido seguirle quedaron decepcionados.

La propia milicia, aquella guardia tan abnegada y tan fiel mientras había durado el mal tiempo, se fundía otra vez con la nieve y el Kaw–djer tuvo que asistir, con la única ayuda de sus amigos más cercanos, como espectador, al segundo acto del drama.

De todos modos, las escenas se desarrollaron ahora más rápidamente que las del primero. Algunos liberianos comenzaban a volver en menos de ocho días después de su partida; luego los retornos se sucedieron en una progresión acelerada. Por segunda vez se volvió a formar la milicia. Los hombres volvían a ocupar en silencio el puesto que habían abandonado, sin que el Kaw–djer les hiciera ninguna observación. No era momento para mostrarse severo.

Según todas las informaciones, la situación se modificaba de idéntico modo en el interior. Se repoblaban las granjas, las fábricas, las sucursales. El movimiento era general como la misma causa que lo motivaba.

Los buscadores de oro habían encontrado, en efecto, una situación muy distinta a la del año anterior. Entonces estaban entre hostelianos. Ahora había entrado en escena el elemento extranjero y había que contar con él. ¡Y qué extranjeros! El desecho de la humanidad. Seres rudos, brutales, habituados a la dureza, que no temían ni al sufrimiento ni a la muerte, sin piedad para consigo mismos ni para los demás. Había que luchar por la posesión de las concesiones contra aquellos hombres ávidos que desde principios de la estación se habían procurado los mejores lugares. Después de una lucha más o menos prolongada según los caracteres, los hostelianos tuvieron que renunciar.

Ya era hora de que llegara aquel refuerzo. La invasión comenzada a fines del verano anterior, se había reanudado de una forma mucho más intensa. Cada semana, dos o tres steamers traían su cargamento de prospectores extranjeros. El Kaw–djer había intentado en vano oponerse a su desembarco. Los aventureros, haciendo caso omiso de una prohibición que la fuerza no apoyaba, desembarcaban a pesar suyo y recorrían Liberia en ruidosos grupos antes de ponerse en camino hacia los placeres.

Los navíos dedicados al transporte de buscadores de oro eran casi los únicos que podían verse en el puerto del Bourg Neuf. Y en efecto, ¿qué habrían ido a hacer allí los demás? Los negocios estaban completamente parados. No habrían encontrado nada

que cargar. Los stocks de madera de construcción y de pieles se habían agotado desde la primera semana. En cuanto al ganado, los cereales y las conservas, el Kaw–djer se había opuesto enérgicamente a su exportación, que habría reducido a la población a todos los horrores del hambre.

Desde que el Kaw–djer pudo disponer de doscientos hombres, los invasores tuvieron menos las de ganar. Cuando doscientas bayonetas apoyaron las órdenes del gobernador, aquellas órdenes pasaron de pronto a ser respetables y fueron respetadas. Después de haber intentado en vano hacer flaquear el rigor establecido, los steamers tuvieron que hacerse de nuevo mar adentro con el detestable cargamento que habían traído.

Pero como no se tardó en saber, su retirada no había sido más que un ardid. Obligados a ceder ante la fuerza, los navíos ascendían a lo largo de la costa oriental u occidental de la isla, y al abrigo de una cala desembarcaban su cargamento humano en pleno campo con la ayuda de sus embarcaciones. Las brigadas itinerantes que se crearon para la vigilancia del litoral no sirvieron para nada.. Se vieron desbordadas. Quienes querían poner pie en la isla, lo lograban siempre, y la afluencia de aventureros no dejó de aumentar.

En el interior, el desorden alcanzaba su punto culminante. Todo eran orgías y placeres indecentes mezclados con disputas, e incluso con sangrientas batallas con revólver o cuchillo. Como los cadáveres atraen a las hienas y a los buitres de los confines del horizonte, aquellos millares de aventureros habían atraído a una población aún más degradada. Los que componían aquella segunda serie de inmigrantes no pensaban en matarse a la búsqueda del oro. Sus minas, sus concesiones, eran los propios cazadores de oro, cuya explotación resultaba mucho más fácil. Pululaban tabernas y garitos por todos los puntos de la isla, excepto en Liberia donde no se había osado desafiar tan abiertamente al Kaw–jder. Se podían encontrar hasta music halls[19] de bajo rango, con-

[19] Se refiere a los típicos saloom de la América del Norte.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

struidos en medio del campo con la ayuda de algunas planchas, y donde desgraciadas mujeres fascinaban a los mineros borrachos con sus voces cascadas y sus groseros estribillos. En esos garitos, en esos music halls, en esas tabernas, el alcohol, origen de todas las vergüenzas, chorreaba y corría a manos llenas.

A pesar de tan grandes tristezas, el Kaw–djer no perdía el ánimo. Firme en su puesto, centro alrededor del cual todos se reunirían cuando, pasada la tormenta, se tuviera que pensar en reconstruir, se las ingeniaba para reconquistar la confianza de los hostelianos que lenta pero firmemente iban recobrando la razón. Nada parecía hacer mella en él y, voluntariamente ciego a los defectos, continuaba imperturbable su oficio de gobernador. No había ni siquiera descuidado la construcción del faro por la que tenía tan gran interés. Por orden del Kaw–djer, Dick realizó durante el verano un viaje de inspección a la isla Hornos. A pesar de todo, las obras, aunque retrasadas, no se habían detenido ni un solo día. Al final del verano, el conjunto de las paredes maestras ya se habría terminado y las máquinas ya habrían sido colocadas en su sitio. Entonces bastaría un mes para llevar a cabo la instalación.

Hacia el 15 de diciembre, la mitad de los hostelianos habían vuelto a sus deberes, mientras que aún proseguía exasperadamente el frenético infierno del interior. Fue entonces cuando el Kaw–djer recibió una visita inesperada cuyas consecuencias iban a ser de lo más afortunadas. Dos hombres, un inglés y un francés que habían llegado en el mismo barco, se presentaron juntos en la Gobernación. Inmediatamente conducidos a la presencia del Kaw-djer, dieron a conocer sus nombres, Maurice Reynaud, el francés, y Alexander Smith, el inglés, y afirmaron sin rodeos que deseaban obtener una concesión.

El Kaw–djer sonrió amargamente.

–Permítanme que les pregunte, señores –dijo–, si están al corriente de lo que está sucediendo en estos momentos en la isla Hoste.

–Sí –respondió el francés.

–Pero a pesar de ello preferimos seguir la vía legal –terminó el inglés.

El Kaw–djer observó a sus interlocutores atentamente. Tenían algo en común a pesar de la diferencia de sus razas: ese aire de familia de los hombres de acción. Ambos eran jóvenes, apenas treinta años. Tenían anchos hombros y la sangre a flor de piel. El cabello cortado en punta dejaba la frente al descubierto que denotaba inteligencia, y el mentón saliente una energía que habría rayado en la dureza si la mirada muy recta de ojos azules no la hubiera dulcificado.

Por vez primera, el Kaw–djer tenía delante suyo buscadores de oro simpáticos.

–¡Ah! ya lo saben –dijo–. Sin embargo, acaban de llegar según creo.

–Mejor dicho, volvemos –explicó Maurice Reynaud–. El año anterior ya pasamos algunos días aquí. Nos fuimos después de haber hecho una prospección y de haber reconocido el emplazamiento que deseamos explotar.

–¿Juntos? –preguntó el Kaw–djer.

–Juntos –respondió Alexander Smith.

El Kaw–djer respondió con una expresión de disgusto que no llevaba a engaño:

–Puesto que están tan bien informados, deben saber también que no les puedo satisfacer; la ley que desean respetar reserva toda concesión a los ciudadanos hostelianos.

–Para las concesiones –objetó Maurice Reynaud.

–¿Y bien? –preguntó el Kaw–djer.

–Se trata de una mina –explicó Alexander Smith–. La ley no dice nada respecto a este punto.

–En efecto –reconoció el Kaw–djer–, pero una mina es una empresa pesada que exige importantes capitales...

–Los tenemos –interrumpió Alexander Smith–. Nos marchamos para procurárnoslos.

–Y es cosa hecha –dijo Maurice Reynaud–. Representamos aquí a la Franco–English Gold Mining Company cuyo ingeniero

en jefe es mi compañero Smith y cuyo director soy yo; es una sociedad constituida en Londres el 10 de setiembre pasado, con un capital de cuarenta mil libras esterlinas, de las cuales la mitad la hemos aportado nosotros y las otras veinte mil son el working capital. Si llegamos a un acuerdo como espero, el steamer que nos ha traído se llevará nuestros pedidos. Antes de ocho días comenzarán las obras, dentro de un mes tendremos las primeras máquinas y para el año que viene tendremos completa toda la maquinaria.

El Kaw–djer, muy interesado por el ofrecimiento que se le hacía, reflexionaba acerca del modo en que debía acogerlo. Tenía pros y contras. Aquellos jóvenes le gustaban. Le seducía su carácter decidido y su sana franqueza. Pero permitir a una sociedad franco–inglesa que se instalara en la isla Hoste. Se crearían allí considerables intereses. ¿No era abrir la puerta a futuras complicaciones internacionales? ¿No tendrían un día Francia e Inglaterra, bajo el pretexto de apoyar a sus nacionales, la tentación de ingerirse en la administración interior de la isla? Finalmente, el Kaw–djer resolvió dar una respuesta afirmativa. La proposición era demasiado seria para ser rechazada y, puesto que la enfermedad del oro era inevitable, más valía localizarla en algunos focos fáciles de vigilar dividiendo en caso de necesidad todos los yacimientos entre un pequeño número de sociedades importantes, que dejar que se esparciera a través de todo el territorio.

–Acepto –dijo–. De todos modos, puesto que se trata de obras en profundidad, considero que las condiciones previstas para las concesiones deben ser modificadas.

–Como usted diga –respondió Maurice Reynaud. –Hay que fijar un precio por hectárea.

–¡Muy bien!

–Cien piastras argentinas –por ejemplo.

–De acuerdo.

–¿Cuál sería la extensión de su concesión?

–Cien hectáreas.

–Entonces serían diez mil piastras.

–Téngalas –dijo Maurice Reynaud, extendiéndole rápidamente un cheque.

–A cambio –continuó el Kaw–djer–, se podría rebajar la tasa de nuestra participación en su extracción, dado que los gastos serán superiores a los de una explotación de superficie. Les propongo un veinte por ciento.

–Aceptamos –declaró Alexander Smith.

–¿Estamos de acuerdo?

–En todo.

–Es mi deber prevenirles –añadió el Kaw–djer-que, al menos durante cierto tiempo, el Estado hosteliano está imposibilitado para garantizarles la libre disposición de la concesión que les acuerda y de proteger eficazmente sus personas.

Los dos jóvenes sonrieron con tranquilidad.

–Ya sabremos protegernos nosotros mismos –respondió con calma Maurice Reynaud.

Una vez firmada la concesión, fue entregado el título a los dos amigos que se despidieron en seguida. Tres horas más tarde habían abandonado Liberia para encaminarse hacia el extremo occidental de la cadena mediana de la isla, donde se encontraba su concesión.

Lejos de apaciguarse, la anarquía del interior no hizo más que crecer a medida que avanzaba el verano. Dando rienda suelta a la exageración y a a la imaginación en el Viejo y el Nuevo Continente, la isla Hoste aparecía como una bolsa extraordinaria, como una isla de oro. Así continuaban llegando prospectores. Expulsados del puerto, se filtraban por todas las bahías de la costa. En los últimos días de enero el Kaw–djer, apoyándose en los informes que le llegaban de diversas partes, no pudo valorar en menos de veinte mil el número de extranjeros acumulados en algunos puntos donde acabarían por devorarse entre sí. ¡Qué no se habría de temer de aquellos locos furiosos, ya en lucha sangrienta por la posesión de concesiones, cuando el hambre les lanzara unos sobre otros!

Fue en esta época cuando el desorden alcanzó su punto culminante. En aquella multitud sin freno se desarrollaron verdaderas escenas de salvajismo cuyas víctimas fueron muchos hostelianos. En cuanto le llegó la noticia, el Kaw–djer se dirigió valientemente a los placeres y se precipitó en medio de aquella turba. Todos sus esfuerzos fueron inútiles y estuvo a punto de salir muy mal parado de su intervención. Le rechazaron, le amenazaron y estuvo a punto de que le costara la vida.

Por el contrario, tuvo un resultado completamente inesperado. La heterogénea multitud de aventureros comprendía gentes no sólo de todas las razas del mundo, sino de todas las condiciones. Semejantes en su actual degradación, eran sin embargo muy diferentes en lo que respecta a sus orígenes. Si la mayor parte salían del arroyo y de las guaridas donde se esconden los bandidos de las grandes ciudades entre crimen y crimen, algunos habían nacido en las más altas esferas sociales. Incluso muchos llevaban apellidos conocidos y habían poseído una considerable fortuna antes de precipitarse en el abismo, arruinados, deshonrados, envilecidos por los excesos y el alcohol.

Algunos de estos últimos, nunca se supo quiénes, reconocieron al Kaw–djer como antaño le había reconocido el comandante del Ribarto, pero con mayor certidumbre que el capitán chileno, quien únicamente tenía como referencia una antigua foto. Ellos, por el contrario, habían visto al Kaw–djer en carne y hueso durante sus peregrinaciones a través del mundo y fuese cual fuese la duración del tiempo transcurrido, no había lugar a equívoco, pues entonces éste ocupaba una situación demasiado notable para que sus rasgos no se hubieran grabado en su memoria. Pronto su nombre corrió de boca en boca.

Se le atribuía un nombre ilustre y, a decir verdad, se lo atribuían correctamente.

Descendiente de la familia reinante de un poderoso imperio del Norte, consagrado desde su nacimiento a gobernar, el Kaw–djer había crecido en los peldaños de un trono. Pero la suerte, que a veces se complace en estas ironías, había dado a este hijo de

Césares el alma de un Saint Vincent de Paul anarquista. Desde que alcanzó la madurez, su situación privilegiada se convirtió para él en una fuente no de felicidad, sino de sufrimientos. Las miserias de las que estaba rodeado le apesadumbraban. Al principio se esforzó en aliviar aquellas miserias. Pero pronto tuvo que reconocer que semejante empresa excedía a su poder. Ni su fortuna, aun cuando fuera inmensa, ni la duración de su vida, habrían bastado para atenuar solamente la cien millonésima parte de la desgracia humana. Para acallar, para dormir el dolor que le causaba el sentimiento de su impotencia, se sumergió en la ciencia, como otros se sumergen en el placer. Pero cuando se hizo médico, ingeniero y sociólogo de gran categoría, su saber tampoco le proporcionó los medios para asegurar a todos la igualdad en la felicidad. De decepción en decepción, fue perdiendo poco a poco el juicio justo de las cosas. Confundiendo el efecto con la causa, en lugar de considerar a los hombres víctimas que luchan ciegos contra la despiadada materia a través de los siglos y que, después de todo, hacen lo que pueden, llegó a hacer responsables de su desgracia a las diversas formas de asociación a las que las colectividades se resignan a falta de conocer otras mejores. El odio profundo que concibió contra todas estas instituciones, todas estas organizaciones sociales que, según él, creaban la perennidad del anal, le hizo imposible continuar sufriendo sus detestadas leyes.

Para librarse de todo aquello, no vio otro medio que el de romper voluntariamente con el resto de los vivos. Así, un buen día se marchó sin avisar a nadie, abandonando su rango y sus bienes, y recorrió el mundo hasta el momento en que se encontró en una región, la única quizás, donde reinaba una independencia absoluta. De este apodo fue a parar a la Tierra de Magallanes, donde desde hacía seis años se prodigaba sin mesura a los más desheredados de los seres humanos, cuando el acuerdo chileno–argentino y después el naufragio del Jonathan habían venido a turbar su existencia.

No son nada raras esas desapariciones principescas, causadas por motivos si no idénticos, sí al menos análogos a los que habían

decidido al Kaw–djer. Todo el mundo tiene en la memoria el nombre de muchos de estos príncipes que, cuanto más célebres por lo prodigioso de su renuncia, tanto más han intentado apasionadamente desaparecer. Hay quienes se han dedicado a una profesión activa y la han ejercido como el común de los mortales. Otros se han confinado en la oscuridad de una vida burguesa. Otro de estos grandes señores, decepcionado de las vanidades de la tierra, se ha consagrado a la ciencia y ha realizado numerosas obras magníficas que son universalmente admiradas. No menos bella era la tarea que se había asignado el Kaw–djer, quien había hecho del altruismo el centro y la razón de ser de su vida.

Tan sólo una vez, en el momento en que había tomado la Gobernación de la colonia, había consentido en recordar sus grandezas pasadas. Conocía demasiado bien el espíritu de las leyes humanas, para saber qué consecuencias había tenido su marcha. Si estas leyes se ocupan muy poco de las personas, están por el contrario muy atentás a la conservación de bienes que protegen con solicitud. Por ello, aun cuando se hubieran olvidado totalmente de él, no había lugar a dudas de que su fortuna habría sido escrupulosamente respetada. Como una parte de su fortuna pudo resultar entonces una poderosa ayuda, había hecho caso omiso a sus repugnancias descubriendo su verdadera personalidad a Harry Rhodes quien, recibidas sus instrucciones, partió a la búsqueda de aquel oro que la isla Hoste proporcionaba ahora con tan deplorable abundancia.

El efecto que la divulgación del nombre del Kaw-djer produjo en los hostelianos y en los aventureros fue diametralmente opuesto. Ni unos ni otros lo supieron apreciar acertadamente y el lado sublime de aquel gran carácter fue igualmente desconocido por todos.

Los prospectores extranjeros, perros viejos que habían recorrido la tierra en todas direcciones y que habían tratado con demasiada gente como para que las distinciones sociales les causaran impresión, detestaron aún más a aquel que consideraban como su enemigo. No era sorprendente que inventara tan duras leyes para

gentes tan pobres. Era un aristócrata. Aquello lo explicaba todo a sus ojos.

Por el contrario, los hostelianos no permanecieron insensibles a la gloria de ser gobernados por un jefe de tan alto linaje. Su vanidad fue agradablemente adulada y la autoridad del Kaw–djer se benefició de ello.

Este había regresado a Liberia desesperado, hastiado de las abominaciones de las que había sido testigo, hasta el punto que en su entorno se consideró la posibilidad de abandonar la isla Hoste. De todos modos, antes de llegar a tales extremos, Harry Rhodes planteó la cuestión de recurrir a Chile. Quizá conviniera intentar aquella última posibilidad de salvación.

–El Gobierno chileno no nos abandonará –observó–. Le interesa que la colonia vuelva a encontrar la tranquilidad.

–¡Acudir al extranjero! –exclamó el Kaw–djer.

–Bastaría –respondió Harry Rhodes– con que uno de los navíos de Punta Arenas patrullara por las aguas de la isla. No haría falta más para hacer entrar en razón a esos miserables.

–Que Karroly parta para Punta Arenas –dijo Hartlepool–, y antes de quince días...

–No –interrumpió el Kaw–djer en un tono que no admitía réplica–. Aunque la nación hosteliana tenga que morir, jamás se dará este paso con mi consentimiento. Pero además todo no se ha perdido todavía. Si tenemos coraje nos salvaremos nosotros mismos, de la misma forma que nos hicimos.

No había más que inclinarse ante una voluntad tan claramente expresada.

Algunos días más tarde, como para justificar aquella energía que nada podía destruir, se perfiló entre los hostelianos una reacción mucho más importante que las precedentes. Y ello porque la situación en los placeres se estaba haciendo imposible. Las partes resultaban demasiado desiguales al tener que competir con aventureros sin escrúpulos para quienes un cuchillazo constituía un argumento muy natural de discusión. Así pues, renunciaban a la lucha y corrían a refugiarse cerca de un jefe a quien no estaban

lejos de atribuir un poder sin límites desde que conocían su verdadero nombre. En pocos días, tanto en Liberia como en el resto de la isla, todo el mundo volvía a ocupar su situación anterior.

Entre los que volvían, buscaron en vano a Kennedy que se había quedado en los placeres con sus semejantes, los aventureros. Continuaban corriendo rumores en contra del antiguo marinero. Al igual que el año anterior, nadie le había visto lavar ni hacer prospecciones por su cuenta y su presencia había coincidido en muchas ocasiones con robos e incluso, dos veces, con asesinatos cuyo móvil había sido el robo. De aquellos chismes a una acusación abierta no había más que un paso.

Pero al menos por el momento no se podía esperar dar aquel paso. Toda investigación habría resultado imposible en aquel país revuelto. Que los rumores fueran o no fundados, había que renunciar a saber la verdad.

La naturaleza del Kaw–djer era demasiado elevada para conocer el rencor. Pero, aunque hubiera sido capaz, el aspecto de los colonos habría bastado para disiparlo. Volvían destruidos, en un estado de miseria y de agotamiento lamentables. La enfermedad se había desencadenado con rabia entre aquella población nómada que había recogido los gérmenes mórbidos de todos los cielos y que bullía por los laceres, casi sin cobijo, expuesta a las intemperies un clima a menudo borrascoso en verano y respirando el aire de las ciénagas en las que se removían malsanos lodos. Los liberianos alcanzaban la ciudad, adelgazados, temblando de fiebres y, durante todo un mes, el Kaw–djer fue más médico que gobernador, pues el trabajo desbordaba al Dr. Arvidson.

A pesar de todo, le mantenía una gran esperanza Aquella vez era consciente de que su pueblo volvía a él. Lo sentía vibrante en sus manos, abrumado por sus faltas y ardiendo en deseos de hacérselas perdonar, Un poco de paciencia más y dispondría de la fuerza necesaria para luchar contra el cáncer inmundo que había atacado a su obra.

Hacia el final del verano, la isla Hoste estaba dividida en dos zonas muy distintas. En una, la mayor, cinco mil hostelianos,

hombres, mujeres y niños, que habían vuelto a su vida normal y que poco a poco reanudaban sus ocupaciones ordinarias.

En la otra, veinte mil aventureros, establecidos en estrechos espacios alrededor de los terrenos auríferos, dispuestos a todo y cuya impunidad aumentaba su audacia. Ahora ya se atrevían a ir a Liberia como si la ciudad fuera país conquistado. Recorrían insolentemente las calles con la cabeza alta y haciendo sonar sus tacones, y se apropiaban sin escrúpulo de todo lo que les convenía, donde lo encontraban. Si el interesado protestaba, respondían a golpes.

Pero llegó el día en que el Kaw–djer, sintiéndose lo bastante fuerte para empezar la lucha, se resolvió a darles una lección. Aquel día los buscadores de oro que se aventuraron en Liberia, fueron detenidos y encarcelados sin mayores requisitos en el único steamer que se encontraba entonces en el Bourg Neuf y que el Kaw–djer fletó para tal fin. La operación fue renovada durante los días siguientes, de modo que el 15 de marzo, cuando el steamer zarpó, ya se llevaba más de quinientos pasajeros involuntarios sólidamente encerrados en la sentina.

Estas someras expulsiones tuvieron eco en el interior donde desencadenaron furiosas cóleras. Según las noticias que se recibían, toda la región aurífera estaba en fermentación y era de esperar una revuelta general. Ya no había seguridad en ninguna parte de la isla. Los crímenes individuales se multiplicaban como signos premonitorios de crímenes colectivos. Se saqueaban las granjas, se robaban cabezas de ganado. A veinte kilómetros de Liberia se cometieron tres asesinatos seguidos. Luego se supo que los prospectores extranjeros se estaban poniendo de acuerdo, que hacían mítines en los que se pronunciaban discursos de una increíble violencia delante de millares de auditores. Los oradores hablaban nada menos que de marchar sobre la capital y destruirla completamente. Y eso aún era poco para los espíritus clarividentes. Pronto faltarían los víveres. Cuando el hambre atenazara las entrañas de aquel populacho delirante, su rabia se centuplicaría. Había que esperar lo peor...



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

De pronto todo se apaciguó. Había llegado el invierno, helando el alma tumultuosa de los hombres. Y del cielo gris, enguatado de nieve, caía la implacable avalancha de copos como una cortina sobre el segundo acto del drama.

## Capítulo XIII
## Una jornada triste

No sólo el extravío de los hostelianos había suprimido casi totalmente la producción de la isla, sino que una población quintuplicada debía vivir de los stocks casi agotados. Durante el invierno de 1893, la miseria fue atroz. El Kaw–djer realizó una formidable tarea en los cinco meses que duró. Día a día tuvo que resolver las dificultades que iban surgiendo sin cesar: socorrer a los hambrientos, cuidar a los innumerables enfermos; en una palabra, estar en todos los sitios a la vez. Al comprobar aquella energía indomable y aquella inalterable abnegación, los liberianos se quedaron asombrados de admiración y hundidos por los remordimientos. ¡Así se vengaba aquel que había renunciado, como sabían ahora, a una maravillosa existencia para compartir su vida de miserias, y de quien no obstante habían renegado tan cobardemente!

A pesar de todos los esfuerzos del Kaw–djer, a duras penas se pudo procurar lo estrictamente necesario para Liberia. ¿Qué debía ocurrir en el campo? Y sobre todo, ¿qué debía ocurrir en los placeres donde se habían amontonado millares de hombres que, con toda probabilidad, no habían adoptado ninguna medida para combatir un clima cuyos rigores ignoraban?

Era demasiado tarde para reparar sus imprevisiones. Estaban bloqueados por la nieve y no podían contar ya con los recursos de los alrededores más cercanos. Tantas bocas hambrientas habrían agotado aquellos recursos en pocos días.

Tal y como más tarde se supo, algunos lograron sin embargo vencer todos los obstáculos y en ocasiones se adentraron muy lejos a través de la isla. Hubo sangrientas batallas entre éstos y los granjeros. La ferocidad humana superaba a la de la naturaleza. El invierno había disminuido pero no restañado el chorro de sangre que enrojecía la tierra.

De todos modos, fueron pocos los que en aquellas audaces incursiones desafiaron a la vez la hostilidad de los hombres y de las cosas. ¿Cómo vivieron los demás? Lo único que se pudo saber es que muchos murieron de hambre y frío. En cuanto a la forma en que sus compañeros más afortunados habían asegurado su existencia, aquello fue siempre un misterio.

Pero el Kaw–djer no necesitaba conocer con detalle las cosas para imaginar de qué torturas eran víctimas aquellos miserables. Adivinaba su desesperación y comprendía que aquella desesperación se convertiría en furor con los primeros rayos de la primavera. Entonces, el peligro sería realmente amenazador: Cuando las carreteras se despejaran con la fundición de la nieve, aquel populacho hambriento se expandiría por todas partes y saquearía la isla.

En efecto, dos días después del deshielo, se supo que la concesión de la Franco–English Gold Mining Company, que dirigían el francés Maurice Reynaud y el inglés Alexander Smith, había sido atacada por una banda de hombres enloquecidos. Pero tal y como dijeron al Kaw–djer, los dos jóvenes supieron defenderse ellos mismos. Reuniendo a sus obreros cuyo número ya ascendía a muchos centenares, rechazaron a los agresores que les ocasionaron serias pérdidas.

Algunos días después se recibió la noticia de una serie de crímenes cometidos en la región del norte. Habían sido saqueadas varias granjas y expulsados de ellas sus propietarios, e incluso en algunas ocasiones muertos simple y llanamente. Si se dejaba hacer a aquellos bandidos, en menos de un mes habrían devastado la isla entera. Llegaba la hora de actuar.

La situación era infinitamente mejor que la del año anterior. Si la primavera había determinado violentas agitaciones en la multitud esparcida de aventureros, no había tenido influencia alguna en la conducta de los hostelianos. Aquella vez, la lección había sido suficiente. A excepción del centenar de locos que se habían obstinado en permanecer en los placeres y que sin duda en aquel momento ya debían estar muertos, la población de Liberia no se había visto disminuida ni de una sola persona. A nadie se le había ocurrido iniciar una tercera campaña de prospección. Para unos pocos colonos favorecidos por un afortunado azar, la mayoría habían vuelto arruinados, comprometida su salud y con el futuro perdido para siempre. Además, la mayor parte de las modestas fortunas recogidas en los placeres se había disipado, como ocurre fatalmente, en las tabernas, en los garitos donde las detonaciones de los revólveres se mezclaban con el vocerío de los jugadores. Todos se daban cuenta de su locura y nadie tenía deseos de reanudar la experiencia.

Así pues el Kaw–djer disponía de toda la milicia completa. Mil hombres incorporados al regimiento, disciplinados, obedeciendo a jefes reconocidos, constituyen una fuerza a tener en cuenta, y aunque los adversarios fueran veinte veces más numerosos, no dudaba de hacerles entrar en razón. Algunos días de paciencia para dejar tiempo a que se secaran un poco las carreteras empapadas por la fundición de la nieve, y los colonos recorrerían la isla, la limpiarían de extremo a extremo de los aventureros que la infectaban...

Pero éstos se le adelantaron. Fueron ellos quienes provocaron la tragedia rápida y terrible que decidió la suerte de la isla.

El 3 de noviembre, cuando los caminos aún seguían transformados en ciénagas, los hostelianos del campo, acudiendo a galope con sus caballos, advirtieron al Kaw–djer que una columna formada por un millar de buscadores de oro marchaba contra la ciudad. Ignoraban las intenciones de aquéllos hombres, pero a juzgar por su actitud y sus gritos amenazadores, no debían ser pacíficas.

El Kaw–djer tomó las medidas convenientes. La milicia fue reunida bajo sus órdenes delante de la Gobernación e interceptó las calles que desembocaban en la plaza. Luego esperaron los acontecimientos.

La columna anunciada llegó hacia el final del día a Liberia, donde el eco de sus cantos y sus gritos le había precedido. Los prospectores que creían sorprender, tuvieron por el contrario la sorpresa de encontrarse con la milicia hosteliana alineada en posición de combate y su impulso fue frenado en seco. Se detuvieron desconcertados. En lugar de actuar, de improviso, tal como habían proyectado, ¡se vieron obligados a parlamentar!

Al principio discutieron entre ellos con gran acompañamiento de gestos y gritos, luego, los que se encontraban a la cabeza hicieron saber a Hartlepool que deseaban hablar con el Gobernador. Transmitida su petición de boca en boca, ésta obtuvo un acogimiento favorable. El Kaw–djer consentía en recibir a diez delegados.

Hubo que designar a aquellos diez delegados, lo que motivó un recrudecimiento de discusiones y de clamores. Finalmente se presentaron ante el frente de la milicia, que abrió sus filas para dejarles pasar. A una breve orden de Hartlepool, el movimiento fue ejecutado con una notable perfección. Viejos soldados no habrían sabido hacerlo mejor. Los delegados de los prospectores se quedaron impresionados. Se impresionaron más aún, cuando a una nueva orden de su jefe, la milicia, maniobrando con igual seguridad, volvió a cerrar sus filas detrás de ellos.

El Kaw–djer se encontraba de pie en el centro de la plaza, en el espacio que quedaba libre detrás de las tropas. Los delegados pudieron ser contemplados a gusto mientras se dirigían hacia él. Vistos de cerca, sus aspectos no eran nada tranquilizadores. Altos y con anchos hombros parecían robustos, aunque las privaciones del invierno les hubieran enflaquecido. La mayor parte de ellos, vestidos de cuero cuyo color primitivo uniformaba una espesa capa de suciedad, tenían hirsutas cabelleras y tupidas barbas que hacían semejar sus rostros a hocicos de fieras. En el fondo de sus

hundidas órbitas relucían ojos de lobo y al andar apretaban los puños.

El Kaw–djer permaneció inmóvil, sin dar un paso hacia ellos y, cuando estuvieron cerca de él, esperó tranquilamente a que le hicieran conocer la finalidad de su acción.

Pero los delegados de los prospectores no se apresuraban en hablar. Al llegar junto al Kaw–djer se habían descubierto instintivamente y, alineados en semicírculo a su alrededor, se balanceaban torpemente sobre sus piernas. Su feroz apariencia era engañosa. Por el contrario, se parecían bastante a niños pequeños, sin saber cómo comportarse, al verse aislados de sus compañeros, en la soledad de aquella plaza, delante de aquel hombre de actitud grave y fría que les pasaba la cabeza y cuya majestad les imponía.

Finalmente se atenuó su turbación, volvieron a encontrar la lengua y uno de ellos pidió la palabra.

–Gobernador –dijo–, venimos en nombre de nuestros compañeros...

El orador, intimidado, se quedó cortado. El Kaw–djer no hizo nada para ayudarle a reanudar el hilo de su discurso. El prospector volvió a empezar:

–Nuestros compañeros nos han enviado...

Nueva detención del orador e idéntico mutismo por parte del Kaw–djer.

–¡Bueno!, vaya, ¡que somos sus delegados! –explicó otro aventurero, impaciente por aquellas vacilaciones.

–Ya lo sé –dijo el Kaw–djer con frialdad–. ¿Y qué más?

Los delegados estaban desconcertados. ¡Ellos que pensaban que iban a hacer temblar... ! ¡Y cómo era así les temían... ! Hubo otro silencio. Luego un tercer prospector que se destacaba por la amplitud de su descuidada barba, hizo acopio de todo su valor y entró de lleno en la cuestión.

–¿Y qué más...? Lo que hay es que tenemos de qué quejarnos. Eso es lo que hay más.

–¿De qué?

–De todo. No podemos salir adelante, mientras aquí se nos demuestre tan mala voluntad.

A pesar de lo seria que era la situación, el Kaw-djer no pudo reprimir divertirse en su interior por la graciosa ironía de semejante recriminación en boca de uno de los invasores de la isla Hoste.

–¿Eso es todo? –preguntó.

–No –respondió el tercer prospector, que decididamente era quien menos pelos tenía en la lengua–. Nosotros también querríamos que las concesiones fueran para quienes las quisieran. Hay que luchar para obtenerlas. Los caballeros –el aventurero, un americano del oeste empleaba aquel término con la mayor seriedad del mundo– preferirían concesiones como se hacen en todos sitios... Sería más... oficial –añadió después de un instante de reflexión con divertida convicción.

–¿Eso es todo? –repitió el Kaw–djer.

–¡A saber...! –respondió el prospector de las grandes barbas–. Pero antes de pasar a otra cuestión, los caballeros querrían una respuesta referente a las concesiones.

–No –dijo el Kaw–djer.

–¿No...?

–La respuesta es: «No» –precisó el Kaw–djer.

Los delegados alzaron la cabeza al mismo tiempo. Sus ojos comenzaron a echar chispas.

–¿Por qué? –preguntó uno de los que todavía no habían hablado–. Los caballeros quieren una razón.

El Kaw–djer guardó silencio. ¡Encima se atrevían a pedirle razones! ¿No las conocían? ¿No fijaba la ley, que nadie había respetado, un precio para el libramiento de concesiones? Incluso más, ¿no reservaba aquella ley de todos conocida las concesiones a los hostelianos, y no prohibía a aquellas gentes que audazmente la habían desafiado la entrada en el territorio hosteliano?

–¿Por qué? –repitió el prospector, al comprobar que su pregunta no producía efecto.

Luego, como aquella segunda interrogación no tenía más éxito que la primera, se respondió a sí mismo.

–¿La ley...? –dijo–. ¡Claro!, conocemos la ley... Pero con naturalizarnos... La tierra es de todo el mundo ¡y creo que nosotros somos hombres como los demás!

El Kaw–djer no se habría expresado en otros tiempos de distinta forma. Pero ahora sus ideas habían cambiado mucho y ya no comprendía aquel lenguaje. No, la tierra no es de todo el mundo. Pertenece a quienes la roturan, la cultivan, a quienes su tenaz trabajo transforma en madre alimenticia y obliga al suelo a tejer el tapiz dorado de las cosechas.

–Y además –continuó el prospector barbudo–, si se habla de ley, lo primero que habría que hacer es respetar esta ley. Cuando los que la fabrican se burlan de ella ¿qué van a hacer los otros, pregunto?

–Es el 3 de noviembre. ¿Por qué no ha habido elecciones el día primero si ya ha pasado el tiempo que le correspondía a la Gobernación?

Aquella inesperada observación sorprendió al Kaw–djer. ¿Quién habría podido informar tan bien a aquel minero? Sin duda, Kennedy, a quien no se había vuelto a ver por Liberia. Por lo demás, la advertencia era justa. En efecto, había finalizado el período que había fijado cuando se sometió voluntariamente a los sufragios de los electores. Y, según los términos de la ley que antaño él mismo había promulgado, se habría debido proceder dos días antes a una nueva elección. Si se había dispensado de hacerlo, es porque no había juzgado oportuno complicar aún más una situación ya tan trastornada, sólo para respetar un simple formalismo, ya que la renovación de su gobierno era absolutamente segura. Pero ¿en qué afectaba aquello a una gente que no era elegible ni electora?

No obstante, el buscador de oro, enardecido por la calma del Kaw–djer, continuó en un tono más tranquilo:

–Los caballeros reclaman esa elección y quieren que cuenten sus votos. Sus votos valen como los de los demás ¿no es verdad?

¿Por qué iban cinco mil a imponer la ley a veinte mil? Eso no es justo...

El aventurero hizo una pausa y esperó inútilmente la respuesta del Kaw–djer. Embarazado por aquel persistente silencio, y deseoso de hacer comprender que su misión había terminado, concluyó:

–¡Y ya está!

–¿Eso es todo? –preguntó por tercera vez el Kaw–djer.

–Sí... –respondió el delegado–. Es todo, sin ser todo... Bueno, es todo por el momento.

El Kaw–djer, mirando cara a cara a los diez hombres que le observaban con atención, declaró en tono frío:

–Esta es mi respuesta: «Estáis aquí a pesar nuestro. Os doy veinticuatro horas para someteros incondicionalmente. Pasado el plazo, aviaré.»

Hizo una señal. Acudieron Hartlepool y unos veinte hombres.

–Hartlepool –dijo–, haga el favor de volver a conducir a estos señores fuera de las filas.

Los delegados estaban estupefactos. Por muy seguros que estuvieran de sus fuerzas, aquella calma glacial les desconcertaba. Dócilmente se alejaron escoltados por los hostelianos.

El tono cambió cuando se reunieron con aquellos que designaban con el nombre genérico de «caballeros». Mientras rendían cuentas de su misión, su cólera, hasta el momento dominada, estalló libremente y encontraron suficiente cantidad de palabras irritadas y de sonoros juramentos para expresar su indignación.

Aquella especial elocuencia tuvo eco en la multitud y pronto un concierto de voceríos hizo saber al Kaw–djer que su respuesta ya era conocida. Tardó mucho en calmarse aquella agitación. La noche la disminuyó sin apaciguarla por entero. Hasta la mañana, la oscuridad estuvo llena de gritos furiosos. Si no se podía ver a los mineros, sí se les podía oír. Evidentemente se obstinaban en su empresa y acamparon al aire libre.

La milicia hizo lo mismo que ellos. Sin dejar las armas vigiló durante toda la noche, haciendo relevos de guardias.

En efecto, la columna no se había retirado. Al alba, las calles aparecieron negras de gente. Un buen número de prospectores, cansados por aquella noche de espera, se habían acostado en el suelo. Pero al primer rayo del día, todos se pusieron en pie y el jaleo de la vigilia cobró aún mayor vigor.

En las calles que ocupaban la calzada, las casas habían sido cerradas cuidadosamente. Nadie se arriesgaba al exterior. Si un hosteliano más curioso arriesgaba una ojeada por el resquicio de los postigos desde un primer piso, de inmediato un huracán de abucheos le obligaba a cerrarla apresuradamente.

El comienzo de la mañana fue relativamente calmado. Los aventureros no parecían ponerse de acuerdo en lo que les convenía hacer y discutían con animación. A medida que transcurría el tiempo, iba aumentando su número. Por lo que se podía juzgar, ahora se elevaba a cuatro o cinco mil. Unos emisarios, enviados durante la noche, habían tocado a llamada y se habían traído consigo refuerzos. Los prospectores de la región del Golden Creek habían tenido tiempo de llegar, pero no así los que trabajaban en las montañas del centro o de la punta del noroeste y cuyo viaje, admitiendo que vinieran, exigiría uno o más días según su alejamiento.

Sus compañeros, que ya habían invadido la ciudad, habrían actuado sabiamente esperándoles. Cuando fueran diez o quince mil, la situación ya muv grave en Liberia, resultaría casi desesperada.

Pero aquellos hombres sin conciencia, incapaces de resistir a la violencia de sus pasiones, jamás habrían tenido la paciencia de esperar. Cuanto más avanzaba la mañana, más aumentaba su agitación. La multitud se irritaba a ojos vistas bajo el latigazo de la fatiga y los excitados discursos repetidos por los oradores al aire libre

Hacia las once, la muchedumbre fue lanzada de un impulso general. sobre la milicia hosteliana. Inmediatamente ésta apareció erizada de bayonetas. Los asaltantes retrocedieron precipitadamente, esforzándose por vencer el empujón de quienes se en-


ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

contraban a la cola. Con el fin de evitar desgracias involuntarias, el Kaw–djer hizo retroceder a su tropa que se replegó ordenadamente y fue a tomar posición delante de la Gobernación. Así fueron despejadas las calles que desembocaban en la plaza. Los mineros, equivocándose sobre el sentido de aquel movimiento, lanzaron un ensordecedor clamor de victoria.

El espacio que había quedado libre por la retirada de la milicia hosteliana, se llenó en un instante de una hormigueante muchedumbre. Aquella muchedumbre no tardó en reconocer su error. No, aún no había vencido. La milicia, intacta, les seguía interceptando el paso. Si los mil hombres de la que estaba formada, amoldando su actitud a la de su jefe, permanecían impasibles sin dejar las armas, no por ello dejaban de disponer de fuego. Sus mil fusiles, carabinas americanas que muchos de los prospectores conocían bien, a los que un depósito aseguraba una reserva de siete cartuchos, eran capaces de disparar en menos de un minuto sus siete mil tiros que, en ese caso, serían disparados a quemarropa. Aquello daba qué pensar a los más valientes.

Pero los aventureros no se encontraban ya en un estado de espíritu que permitiera la reflexión. Se excitaban; se enardecían unos contra otros. Dándoles confianza su gran número, dejaron de temer a aquella tropa cuya inmovilidad les pareció debilidad. Llegó el momento en que lo que les quedaba de razón fue definitivamente abolido.

El espectáculo era trágico. En la periferia de la plaza, una muchedumbre aulladora y desaliñada, gritando desde millares de bocas expresaba palabras que nadie podía oír, y que tendían sus millares de puños con gestos de amenaza. A treinta metros de ésta, haciéndole frente, la milicia hosteliana alineada en completo orden a lo largo de la fachada de la Gobernación con sus hombres conservando la inmovilidad de una estatua. Detrás de la milicia, el Kaw–djer, solo, de pie en el último escalón que daba acceso a la Gobernación, contemplando con aire preocupado aquel agitado cuadro y buscando un medio de poner fin pacíficamente a una situación cuya gravedad comprendía perfectamente.

Era la una del mediodía, cuando comenzaron a partir de la muchedumbre febriles injurias directas. Los hostelianos, contenidos por su jefe, no respondieron.

En la primera fila de los que insultaban, podían ver a una figura conocida. Los rebeldes habían empujado a Kennedy delante, cuyos insidiosos consejos habían contribuido a meterles en aquella aventura. Por él conocían la ley relativa a las elecciones y era él quien les había sugerido reclamar la calidad de ciudadanos y de electores, asegurándoles que el Kaw–djer, abandonado por todos, no tendría la fuerza de resistírseles. La realidad se mostraba de modo distinto. Se tropezaban con mil fusiles y les parecía justo que aquel que les había conducido hasta allí, fuera expuesto a los tiros.

El antiguo marinero, que había querido vengarse, era el mal comerciante de aquel negocio. Había desaparecido su jactancia de nabbab. Pálido y tembloroso, no le llegaba la camisa al cuerpo, como se suele decir familiarmente.

Muy pronto, las injurias no bastaron para satisfacer la creciente cólera de la muchedumbre, que cada vez más perdía la cabeza, y se tuvo que pasar a la acción. Avalanchas de piedras comenzaron a abatirse sobre la milicia impasible. Decididamente las cosas tornaban un mal cariz.

Durante una hora fue cayendo aquella lluvia asesina. Fueron heridos muchos hombres y dos de ellos tuvieron que abandonar las filas. Una piedra alcanzó la frente del mismo Kaw–djer. Se balanceó; pero enderezándose con un enérgico esfuerzo, secó tranquilamente la sangre que enrojecía su rostro y volvió a adoptar su actitud de observador.

Después de una hora de aquel ejercicio que no podía conducir a nada, los asaltantes parecieron cansarse. Los proyectiles se hicieron menos numerosos y parecía que iban a dejar de llover, cuando de pronto surgió un enorme clamor de la muchedumbre. ¿Qué había ocurrido? El Kaw–djer, alzándose sobre la punta de sus pies, se esforzó en vano por ver las calles vecinas. No lo logró. A lo lejos, las agitaciones de la muchedumbre parecían más

violentas y eso era todo, sin que resultara posible discernir la causa.

No debían tardar en conocerla. Algunos minutos más tarde, tres hercúleos prospectores, abriéndose paso a codazos, iban a situarse delante de sus compañeros, como si quisieran demostrar que se reían de las balas. En efecto, ya no las temían, pues delante suyo y a modo de escudos, llevaban a unos rehenes que les protegían contra ellas.

Los asaltantes habían tenido una idea diabólica. Habiendo derribado la puerta de una casa, se habían apoderado de sus habitantes, dos jóvenes mujeres, dos hermanas que vivían allí solas con un niño pequeño, pues el marido de una de ellas había muerto en el transcurso del invierno precedente. Dos mineros habían cogido a las mujeres, otro al niño y, ahora, cada uno con su fardo, desafiaban al Kaw–djer y a su milicia. ¿Quién se atrevería a disparar, cuando los primeros disparos serían para aquellas inocentes criaturas?

Las dos mujeres, aterrorizadas, se abandonaban sin resistencia. En cuanto al bebé, que una especie de bruto gigantesco llevaba con los brazos extendidos como para ofrecerlo en holocausto, se reía.

Aquello superaba en horror todo lo que el Kaw-djer hubiera sido capaz de imaginar. La atroz aventura hizo temblar a aquel hombre tan fuerte. Tuvo miedo. Palideció.

Y no obstante era el momento de decidir rápidamente. Había que tomar con urgencia una resolución. Los mineros ya habían dado un paso adelante lanzando furiosas vociferaciones.

Su enloquecimiento era tal que habría sido imposible esperar un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, en el que la superioridad de su número habría asegurado la victoria. Estaban a veinte metros de la milicia pétreamente inmóvil, cuando estallaron las detonaciones. Los revólveres hacían hablar a la pólvora. Cayó un hosteliano.

Ya no era admisible la vacilación. En menos de un minuto serían desbordados y toda la población de Liberia, hombres, mujeres y niños, serían masacrados sin remedio.

–¡Apunten...! –ordenó el Kaw–djer, que palideció aún más.

La milicia obedeció con la precisión de un ejercicio de entrenamiento. Todas las culatas se apoyaron en los hombros y los cañones se dirigieron amenazadores hacia la muchedumbre.

Pero ésta estaba demasiado enloquecida para que el temor pudiera detenerla. Resonaron nuevos disparos de revólver. Fueron alcanzados otros tres milicianos.

La muchedumbre, embriagada, desencadenada, no estaba más que a diez pasos.

–¡Fuego! –ordenó el Kaw–djer, con voz ronca.

Con su heroica calma en medio de aquella larga tormenta, sus hombres acababan de pagarle de una vez todo lo que había hecho por ellos. Estaban igualados. Pero si del reconocimiento y del afecto que les inspiraba habían sacado la fuerza de conducirse como soldados, después de todo no lo eran realmente. Desde que apretaron el gatillo, la locura se apoderó a su vez de ellos. No dispararon un tiro, los dispararon todos. Fue como el fragor de un trueno. En tres segundos las carabinas dispararon sus siete mil balas. Luego se impuso un inmenso silencio...

Los hombres de la milicia miraban atontados. A lo lejos desaparecían fugitivos. Ya no había nadie delante suyo. La plaza era un desierto.

¿Un desierto...? ¡Sí, salvo aquel amontonamiento, aquella montaña de cadáveres de la que chorreaba un torrente de sangre! ¿Cuántos había...? ¿Mil...? ¿Mil quinientos...? ¿Más...? No lo sabían.

Las dos jóvenes mujeres habían caído al pie de aquel horrible montón junto a Kennedy, muerto. Una, con una bala en el hombro, estaba muerta o desvanecida. La otra se levantó ilesa y corrió enloquecida, llena de espanto. El niño también estaba allí, entre los muertos, en la sangre. Pero –¡era un milagro!– no tenía nada y,

muy divertido por aquel juego desconocido, continuaba riendo a sus anchas.

El Kaw–djer, presa de un espantoso dolor, había ocultado su rostro entre sus manos para huir de aquel horrible espectáculo. Permaneció un instante postrado, luego lentamente enderezó la cabeza.

Con un mismo movimiento los hostelianos se giraron hacia él y le miraron en silencio.

Este no les dirigió la mirada. Contemplaba inmóvil la siniestra carnicería y por su cara devastada, diez años envejecida, rodaban gota a gota gruesas lágrimas.

El Kaw–djer lloraba desesperadamente.

## Capítulo XIV
## La abdicación

El Kaw–djer lloraba...

¡Qué desgarradoras resultaban las lágrimas de semejante hombre! ¡Con qué elocuencia gritaban su dolor!

Había dado la orden: «¡Fuego...!» ¡Él! ¡Las balas habían trazado los rojos surcos por sus órdenes! ¡Sí, los hombres le habían obligado a aquello y, por su culpa, de ahora en adelante sería igual a los más aborrecibles tiranos que con tal feroz odio había odiado, puesto que como ellos se hundía en el asesinato, en la sangre!

Y todavía había que derramar más. La obra sólo había sido bosquejada. Faltaba perfeccionarla. A pesar de toda apariencia contraria, ahí se encontraba el auténtico deber.

El Kaw–djer miró aquel deber cara a cara y con valor. Su abatimiento fue corto y pronto reconquistó su energía. Dejando al cuidado de viejos y mujeres la sepultura de los muertos y de sacar de allí a los heridos, se lanzó en seguida en persecución de los fugitivos. Estos, aterrados, no pensaban ya en oponer la menor resistencia. Estuvieron día y noche cazándolos como ganado.

En muchas ocasiones, las fuerzas hostelianas se tropezaron con bandas que llegaban demasiado tarde para prestar socorro. Estas fueron dispersadas sin dificultad una tras otra y expulsadas sucesivamente hacia el norte.

La isla fue recorrida en todas direcciones. Encontraban el suelo sembrado de los restos de aquellos prospectores a quienes

el hambre había empujado fuera de sus madrigueras y que habían muerto en la nieve en el transcurso del invierno anterior. El frío había conservado durante mucho tiempo sus despojos. Con el deshielo se licuaban y aquel lodo humano se mezclaba con el de la tierra. En tres semanas rechazaron a unos dieciocho mil aventureros hasta la península Dumas cuyo istmo fue ocupado por el Kaw–djer.

Se habían unido a la milicia trescientos hombres proporcionados por la Franco–English Gold Mining Company, los cuales aportaron una ayuda eficaz a los defensores del orden. A pesar de aquel refuerzo, la situación continuaba siendo inquietante, Si bien la noticia de la carnicería de sus compañeros había desmoralizado a los prospectores en seguida, y después habían sido fácilmente vencidos, podía ocurrir que las cosas cambiaran ahora que estaban todos juntos y que les era posible ponerse de acuerdo. Además, su superioridad numérica era tan grande que había motivo para temer un retorno ofensivo por su parte.

La intervención de la Sociedad franco–inglesa se adelantó a ese peligro. Sus dos directores, Maurice Reynaud y Alexander Smith, deseosos de asegurarse la mano de obra que les era necesaria, propusieron al Kaw–djer proceder a una selección entre los aventureros y elegir, después de una severa indagación, a un millar de hombres a los que se autorizaría a permanecer en la isla Hoste. La Gold Mining Company emplearía a aquellos hombres bajo su responsabilidad, quedando muy claro que al primer altercado serían expulsados sin excusa.

El Kaw–djer acogió favorablemente aquellas proposiciones que le proporcionaban un medio de dividir las fuerzas del adversario. Maurice Reynaud y Alexander Smith, dando prueba de un valor mucho mayor sin duda que el de un domador que entra en la jaula de las fieras, se internaron sin vacilar en la península Dumas donde pululaba la muchedumbre de prospectores rebeldes. Se les vio llegar ocho días más tarde a la cabeza de mil hombres cuidadosamente escogidos de entre todos.

Aquella hazaña cambió el cariz de las cosas. Los hostelianos ganaban aquellos mil hombres que perdían los insurrectos, sin contar con que conservaban las ventajas de su disciplina y de un armamento superior. El Kaw–djer franqueó a su vez el istmo cuya guardia confió a Hartlepool. En la península encontró menos resistencia de la que se temía. Los mineros no habían tenido tiempo aún de recobrar la posesión de sí mismos. Lograron dividirlos y cada fracción se vio obligada a embarcarse en los navíos, enviados del Bourg Neuf, que con ese fin cruzaban en vista de la costa. En algunos días, la operación estuvo terminada. A excepción de aquellos por los que respondían Maurice Reynaud y Alexander Smith y que por lo demás se encontraban en un número demasiado reducido como para constituir un serio peligro, el suelo de la isla estaba purgado del último de los aventureros que la habían infectado.

Sin embargo, ¡en qué lamentable estado la dejaban! La tierra no había sido cultivada y se había perdido la próxima recolección, al igual que la anterior. Habían muerto muchos animales abandonados a su suerte en los pastos. En suma, se había retrocedido muchos años atrás y, al igual que en los primeros tiempos de su independencia, el hambre amenazaba a los colonos de la isla Hoste.

El Kaw–djer veía con claridad aquel peligro, pero éste no superaba su valor. Lo importante era no perder el tiempo. Lo comprendió y, por muy doloroso que aquel papel le pareciera, actuó con ese fin como dictador.

Como antaño, primero se tuvo que agrupar todos los recursos de la isla, con el fin de repartirlos según las necesidades de cada familia. Aquello no se hizo sin provocar murmuraciones. Pero se imponía aquella medida y se hizo caso omiso, a las protestas de los recalcitrantes.

Además, aquella medida iba a tener una efímera duración. Mientras se procedía a la recolección de reservas, se habían efectuado compras en América del Sur, tanto por cuenta del estado como de particulares. Un mes más tarde se desembarcaban en el

Bourg Neuf los primeros cargamentos y la situación comenzó desde entonces a mejorar rápidamente.

Gracias a aquel beneficioso despotismo, Liberia y su suburbio no tardaron en recobrar su animación de antaño. En el curso del verano, el puerto recibió también a más navíos que nunca. Por un afortunado azar, la pesca de ballenas se anunció aquél año particularmente fructuosa. Afluyeron al Bourg Neuf buques americanos y noruegos, y la preparación de aceite ocupó a un centenar de hostelianos con salarios muy remuneradores. Al mismo tiempo, las serrerías y las fábricas de conservas recibieron un nuevo impulso y se dobló el número de loberos dedicados a la caza de lobos marinos. Muchos centenares de pecherés, no pudiendo amoldar sus costumbres nómadas a la severidad de la administración argentina, abandonaron la Tierra del Fuego, atravesaron el canal de Beagle y transportaron sus campamentos al litoral de la isla Hoste donde se instalaron definitivamente.

Hacia el 15 de diciembre, las llagas de la colonia estaban, si no curadas del todo, al menos aliviadas. Ciertamente había sufrido grandes daños que no serían reparados antes de muchos años, pero ya no quedaba ningún rastro exterior. El pueblo había retornado a sus ocupaciones habituales y la vida normal había reanudado su curso.

El Estado hosteliano adquirió en aquella época un steamer de seiscientas toneladas que recibió el nombre de Yacana. Aquel steamer permitiría el establecimiento de un servicio regular con las aldeas del litoral y los diversos establecimientos y sucursales del archipiélago. Serviría además para asegurar las comunicaciones con el cabo de Hornos, cuyo faro acababa de ser terminado.

El Kaw–djer recibió la noticia en los últimos días del año 1893. Todo estaba terminado: el alojamiento de los guardias, el depósito de reserva, el pilón de metal de unos veinte metros de alto, la construcción y el montaje de las dinamos a las que un ingenioso dispositivo inventado por Dick transmitía la energía de oleadas y mareas. Se aseguraría así el funcionamiento de aquellas máquinas, sin combustible de ningún tipo. Para que el fun-

cionamiento fuera eterno, bastaría con proceder a las reparaciones necesarias y con estar bien provisto de piezas de recambio.

La inauguración, que el Kaw–djer resolvió rodear de cierta solemnidad, fue fijada para el 15 de enero de 1894. Aquel día, el Yacana llevaría a la isla Hornos a doscientos o trescientos hostelianos, ante los cuales surgiría el primer rayo del faro. Después de las tristezas que acababa de pasar, el Kaw–djer quería convertir en una fiesta aquella inauguración que haría realidad uno de sus sueños acariciado durante tanto tiempo.

Tal era el programa y nadie imaginaba que nada pudiera obstaculizar la ejecución cuando, de pronto, brutalmente, los acontecimientos la modificaron de forma extraña.

El 10 de enero, cinco días antes de la fecha elegida, un buque de guerra entró en el puerto del Bourg Neuf. En su mesana ondeaba el pabellón chileno. El Kaw–djer, que había visto aquel navío entrar en el puerto desde una de las ventanas de la Gobernación, lo siguió con la ayuda de unos anteojos en los distintos movimientos que realizó para atracar; luego, creyó distinguir en su borda como un barullo, pero la distancia le impedía reconocer su naturaleza.

Durante una hora estuvo absorbido en aquella contemplación, cuando fueron a prevenirle de que un hombre acababa de llegar jadeante del Bourg Neuf y pedía hablar con él en el acto, de parte de Karroly.

–¿Qué ocurre? –preguntó el Kaw–djer, cuando se hizo pasar a aquel hombre.

–Un buque chileno acaba de llegar al Bourg Neuf –dijo el hombre, sofocado por su precipitada carrera.

–Ya lo he visto. ¿Y qué más?

–Es un navío de guerra.

–Ya lo sé.

–Ha amarrado con dos anclas en medio del puerto y está desembarcando soldados con canoas.

–¡Soldados...! –exclamó el Kaw–djer.



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–Sí, soldados chilenos... armados... Cien..., doscientos..., trescientos... Karroly no se ha detenido a contarlos... Ha preferido enviarme a mí para que le pusiera al corriente...

En efecto, el incidente era para tenerse en cuenta y justificaba con creces la emoción de Karroly. ¿Desde cuándo en tiempos de paz penetraban soldados armados en un territorio extranjero? El hecho de que aquellos soldados fueran chilenos, no tranquilizaba en absoluto al Kaw–djer. Con toda probabilidad no había nada que temer del país al que la isla Hoste debía su independencia. Pero el desembarco de aquellos soldados no era menos anormal por eso y la prudencia hacía que se tomaran, por si acaso, las precauciones necesarias.

–¡Ya llegan...! –exclamó de pronto el hombre señalando con el dedo la dirección del Bourg Neuf por la ventana abierta.

En efecto, por la carretera avanzaba un grupo numeroso que el Kaw–djer calculó de una ojeada. El hosteliano había exagerado un poco. Se trataba realmente de una tropa de soldados, pues los fusiles relucían al sol, pero su número ascendía como máximo a unos ciento cincuenta.

El Kaw–djer, estupefacto, dio rápidamente una serie de órdenes claras y precisas. Partieron emisarios de todos lados. Hecho esto, esperó tranquilamente.

En un cuarto de hora, la tropa chilena a la que los asombrados hostelianos seguían con la mirada, llegó a la plaza y tomó posición delante de la Gobernación. Un oficial con uniforme de gala que debía ser de grado elevado a juzgar por los dorados de los que estaba recargado, se separó de ésta, golpeó con el pomo de su sable en la puerta que se abrió en seguida, y pidió hablar con el Gobernador.

Fue conducido a la habitación donde se encontraba el Kaw–djer y cuya puerta se cerró silenciosamente tras él. Un minuto más tarde, un sordo estruendo indicó que también se habían cerrado las puertas exteriores. Sin que él lo sospechara, el oficial chileno era virtualmente un prisionero.

Pero éste no parecía experimentar preocupación alguna por su situación personal. Se detuvo a algunos pasos de la puerta con la mano en su bicornio emplumado y los ojos fijos en el Kaw–djer quien de pie entre las dos ventanas permanecía completamente inmóvil.

Fue el Kaw–djer quien tomó primero la palabra.

–¿Me quiere explicar, señor –dijo en un tono conminatorio–, qué significa este desembarco de una fuerza armada en la isla Hoste? Que yo sepa no estamos en guerra con Chile.

El oficial chileno tendió al Kaw–djer un sobre grande.

–Señor gobernador –respondió–, permítame que primero le presente la carta por la cual mi Gobierno me acredita delante de usted.

El Kaw–djer rompió los precintos y leyó atentamente, sin que nada en la expresión de su rostro traicionara los sentimientos que su lectura pudiera hacerle experimentar.

–Señor –dijo con calma cuando terminó–, como usted sin duda debe saber, el Gobierno chileno le pone a usted en esta carta a mi disposición para restablecer el orden en la isla Hoste.

El oficial se inclinó silenciosamente como señal de asentimiento.

–El gobierno chileno, señor, está mal informado –continuó el Kaw–djer–. Es cierto que, como todos los países del mundo, la isla Hoste también ha conocido períodos turbulentos. Pero sus habitantes han sabido restablecer ellos mismos el orden, que en la actualidad es perfecto.

El oficial, que parecía cohibido, no respondió.

–En esas condiciones –continuó el Kaw–djer–, aún quedando reconocido a la República chilena por sus buenas intenciones, creo mi deber declinar sus ofrecimientos y rogarle a usted que tenga a bien considerar su misión como terminada.

El oficial parecía cada vez más cohibido.

–Sus palabras, señor gobernador, serán fielmente transmitidas a mi Gobierno –dijo–, pero comprenderá usted que no puedo

sustraerme, mientras no tenga su respuesta, al cumplimiento de las instrucciones que me han sido dadas.

–¿Instrucciones que consisten...?

–En establecer una guarnición en la isla Hoste que, bajo su alta autoridad y bajo mi mando directo deberá cooperar al restablecimiento y al mantenimiento del orden.

–¡Muy bien! –dijo el Kaw–djer–. Pero, ¿y si por azar yo me opusiera al establecimiento de esa guarnición...? ¿Han previsto el caso sus instrucciones?

–Sí, señor gobernador.

–Y en esa hipótesis, ¿cuáles son?

–Hacer caso omiso.

–¿Por la fuerza?

–En caso de necesidad, por la fuerza. Pero confío en que no me veré obligado a esos extremos.

–Está realmente muy claro –aprobó el Kaw-djer sin agitarse–. A decir verdad, me esperaba un poco una cosa así... ¡No importa! La cuestión ha sido planteada con nitidez. De todos modos, deberá usted admitir que en un asunto tan grave yo no quiera actuar a la ligera y, por consiguiente, tolerará, espero, que me tome un tiempo para reflexionar.

–Esperaré, señor gobernador –respondió el oficial–, a que usted me haga conocer su decisión.

Después de saludar de nuevo militarmente, se giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

Pero aquella puerta estaba cerrada y resistió a sus esfuerzos. Se volvió hacia el Kaw–djer.

–¿Significa que he caído en una emboscada? –preguntó en tono nervioso.

–Me permitirá usted que encuentre graciosa su pregunta –respondió irónicamente el Kaw–djer–. ¿Cuál de nosotros es el culpable de una emboscada? ¿No será el que en plena paz ha invadido con las armas en la mano al país amigo?

El oficial enrojeció ligeramente.

–Ya conoce, señor gobernador –dijo con una vergüenza que se dejaba traslucir–, la razón de lo que usted llama una invasión. Ni mi gobierno ni yo mismo podemos ser responsables de la interpretación que usted hace de tan simple acontecimiento.

–¿Está usted seguro? –replicó el Kaw–djer con voz tranquila–. ¿Osaría usted darme su palabra de honor de que la República de Chile no persigue ningún otro fin que el fin oficial y confesado? Una guarnición oprime tan fácilmente como protege. Esa que usted tiene por misión establecer aquí, ¿no podría ayudar poderosamente a Chile si algún día lamentara el tratado del 26 de octubre de 1881, gracias al cual debemos nuestra independencia?

El oficial enrojeció de nuevo y más visiblemente que la primera vez.

–No me corresponde –dijo– discutir las órdenes de mis jefes. Mi único deber consiste en ejecutarlas ciegamente.

–En efecto –reconoció el Kaw–djer–. Pero yo también tengo un deber que cumplir que se confunde con los intereses de un pueblo que está bajo mi custodia. Es completamente normal que piense en sopesar lo que esos intereses me ordenan hacer.

–¿Acaso me he opuesto a ello? –replicó el oficial–. Puede estar seguro, señor gobernador que esperaré su beneplácito todo el tiempo que haga falta.

–Eso no basta –dijo el Kaw–djer–. Tendrá que esperar aquí.

–¿Aquí...? ¿Me considera usted como un prisionero?

–Exacto –declaró el Kaw–djer.

El oficial chileno se encogió de hombros.

–Olvida usted –exclamó dando un paso hacia la ventana– que me bastaría con un llamamiento...

–¡Inténtelo...! –interrumpió el Kaw–djer, interceptándole el paso.

–¿Quién me lo impediría?

–Yo.

Los dos hombres se miraron cara a cara como luchadores dispuestos a llegar a las manos. Después de un largo momento de espera, fue el oficial chileno quien retrocedió. Comprendió que, a

pesar de su relativa juventud, no podría vencer a aquel enorme viejo de hombros de atleta cuya majestuosa actitud le imponía a pesar suyo.

–Eso es –aprobó el Kaw–djer–. Volvamos cada uno a nuestro sitio y espere pacientemente mi respuesta.

Ambos estaban de pie. El oficial, a poca distancia de la puerta de entrada, se esforzaba por adoptar, a pesar de su inquietud, una actitud despreocupada. Enfrente suyo, el Kaw–djer, entre las dos ventanas, reflexionaba tan profundamente que olvidaba la presencia de su adversario. Estudiaba el problema que se le había planteado con calma y método.

Primero, el móvil de Chile. No resultaba difícil adivinar aquel móvil. Chile invocaba en vano la necesidad de poner fin a los disturbios. Aquello no era más que un pretexto. Una protección impuesta se parece demasiado a una anexión, para que fuera posible engañarse sobre ello. ¿Pero por qué Chile faltaba de aquel modo a la palabra dada? Evidentemente, por interés, pero ¿qué tipo de interés? La prosperidad de la isla Hoste no bastaba para explicar aquel viraje. A pesar de los progresos realizados por los hostelianos, nunca nada había autorizado a creer que la República chilena lamentara el abandono de aquella región que antes había carecido del menor valor. Por lo demás, Chile no había tenido motivos para quejarse de su gesto generoso. Se había beneficiado del desarrollo de aquel pueblo que por la fuerza del destino era su principal proveedor. Pero había intervenido un factor nuevo. El descubrimiento de las minas de oro cambiaba completamente la situación. Ahora que se había demostrado que la isla Hoste ocultaba un tesoro entre sus flancos, Chile pensaba en recibir su parte y deploraba su pasada imprevisión. Estaba claro.

Por lo demás, la cuestión fundamental no consistía en determinar la causa del viraje, fuere cual fuere. El ultimátum había sido expuesto con nitidez y lo importante era decidir la forma en que convenía responder.

¿Resistir...? ¿Por qué no? Los ciento cincuenta soldados alineados en la plaza no eran capaces de asustar al Kaw–djer ni

tampoco el buque de guerra acoderado delante del Bourg Neuf. Incluso aumiendo que hubieran en aquel navío más soldados, evidentemente no podían ser tan numerosos como para que la victoria no pudiera inclinarse finalmente en favor de la milicia hosteliana. En cuanto al mismo navío, posiblemente era capaz de enviar hasta Liberia algunos obuses que causarían más ruido que daño. Pero ¿y después...? Las municiones acabarían por agotarse y tendrían que hacerse a la mar; admitiendo que los tres cañones hostelianos no hubieran logrado causarle ninguna seria avería.

No; en verdad, resistir no habría resultado presuntuoso. Pero resistir significaba batallas, significaba sangre. ¿Iba a hacer que aún corriera más por aquella tierra ya saturada desgraciadamente de ella? ¿Para defender qué? ¿La independencia de los hostelianos? Pero ¿eran realmente libres los hostelianos, que tan dócilmente se habían doblado bajo la férula de un jefe? ¿Se trataría entonces de salvaguardar su propia autoridad? ¿Con qué fin? ¿Justificaban sus excepcionales méritos el sacrificio de tantas vidas por su causa? ¿Se había mostrado él diferente a todos los demás potentados que tienen al universo en tutela desde que ejercía el poder?

El Kaw–djer estaba en ese punto de sus reflexiones cuando el oficial chileno hizo un movimiento. Comenzaba a encontrar largo el tiempo. El Kaw-djer se contentó con exhortarle con un gesto a que tuviera paciencia y prosiguió con su silenciosa meditación.

No, no había sido ni mejor ni peor que los jefes de todos los tiempos, y simplemente porque la función de jefe impone unas obligaciones a las que nadie puede jactarse de escapar. Que sus intenciones hubieran sido siempre rectas, sus miras desinteresadas, aquello no le había impedido en modo alguno cometer a su vez los mismos crímenes necesarios que reprochaba a tantos jefes. El libertario había dado órdenes, el igualitario había juzgado a sus semejantes, el pacífico había hecho la guerra, el filósofo altruista había diezmado a la muchedumbre y su horror por la sangre vertida no había conducido más que a derramar aún más.

Todos sus actos habían estado en contradicción con sus teorías, lo que le hacía ver claro su completo error de antaño. Primero, los hombres se habían destacado por su imperfección e incapacidad naturales y había tenido que llevarles de la mano como a niños pequeños. Luego, para satisfacer ciertos apetitos que forman el fondo de ciertas naturalezas, habían causado una sucesión de dramas y demostrado la legitimidad de la fuerza. Finalmente, se le había dado una triple prueba de que la solidaridad de los grupos sociales no es menor que la de los individuos y que un pueblo no puede aislarse de otros pueblos. Por ello, aun cuando alguno de ellos llegara a elevarse al ideal inaccesible que el Kaw–djer hubiera considerado antes como una verdad objetiva, el pueblo debería seguir contando con el resto de la tierra, cuyo progreso moral excede las fuerzas humanas y no puede ser más que el resultado de siglos de esfuerzos acumulados.

La invasión de los patagones había sido la primera de aquellas pruebas. Al igual que todos los jefes, ni más ni menos que ellos, el Kaw–djer había tenido que combatir y matar. En aquella ocasión, Patterson le había demostrado hasta qué grado de envilecimiento puede degradarse un ser humano y, aun mostrándose indulgente, había tenido que arrogarse el derecho de disponer de un rincón del planeta como propiedad personal. Había juzgado, condenado, desterrado con el mismo título de todos aquellos a los que había llamado tiranos.

El descubrimiento de las minas de oro le había proporcionado la segunda prueba. Aquellos miles de aventureros que se habían lanzado sobre la isla Hoste establecían de la forma más elocuente, la inevitable solidaridad de las naciones. Contra aquella afluencia no había encontrado un remedio que no fuera conocido. Ese remedio es siempre la fuerza, la violencia y la muerte. La sangre humana había corrido a raudales por sus órdenes.

Finalmente, el ultimátum del Gobierno chileno aportaba de modo perentorio la tercera prueba.

¿Iba a dar una vez más la señal de lucha, de una lucha quizá más sangrienta que las anteriores y aquello para que los hoste-

lianos conservaran un jefe tan semejante, en resumidas cuentas, a todos los jefes de todos los países y de todos los tiempos? En su lugar otro habría hecho lo mismo, y fuese cual fuese su sucesor, ya fuera Chile o cualquier otro, nada le podía conducir a emplear medios peores que aquellos a los que la fatalidad de las cosas le había obligado.

Entonces ¿para qué luchar?

Y además, ¡qué cansado estaba! La hecatombe que él mismo había ordenado, aquella monstruosa carnicería, aquella espantosa matanza, era una obsesión que no le abandonaba. Día a día su alta estatura se arqueaba bajo el abrumador peso del recuerdo y sus ojos perdían el brillo y su pensamiento la claridad. La fuerza abandonaba a aquel cuerpo de atleta y aquel corazón de héroe. Ya no podía más. Ya tenía suficiente.

¡Tal era el callejón a donde desembocaba! Con una mirada asombrada seguía el largo camino de su vida. Las ideas que habían servido de base de su ser moral y a las que había sacrificado todo, la cubrían con sus lamentables vestigios. Detrás de él sólo quedaba la nada. Su alma estaba devastada; era un desierto sembrado de ruinas donde nada permanecía en pie.

¿Qué hacer...? ¿Morir? Sí, eso habría sido lógico y, sin embargo, no podía decidirse. No es que tuviera miedo a la muerte. Para aquel espíritu lúcido y firme, ésta aparecía como una función natural, sin mayor importancia y en nada más temible que el nacimiento. Pero todas sus fibras protestaban contra un acto que habría abreviado voluntariamente su destino. Al igual que un obrero consciente no sabría resolverse a dejar inacabado un trabajo, para aquella poderosa personalidad era una necesidad llegar hasta el final de su vida; aquel abundante corazón necesitaba dar a otro, sin exceptuar nada, la suma entera de sacrificio y abnegación que se encontraba contenida en potencia, y no consideraba haber hecho demasiado mientras no lo hubiera hecho todo.

¿Era imposible conciliar aquellas contradicciones...?

Finalmente, el Kaw–djer pareció darse cuenta de la presencia del oficial chileno, que tascaba impacientemente el freno.

–Señor –dijo–, acaba usted de amenazarme con emplear la fuerza. ¿Se ha dado usted buena cuenta de la nuestra?

–¿La suya...? –repitió el oficial sorprendido.

–Juzgue usted mismo –dijo el Kaw–djer, haciendo a su interlocutor una señal de que se acercara a la ventana.

Bajo sus ojos se extendía la plaza. Frente a la Gobernación los ciento cincuenta soldados chilenos estaban correctamente alineados a las órdenes de sus jefes. De todos modos, su situación no dejaba de ser crítica, pues estaban rodeados por más de quinientos hostelianos, con los fusiles cargados y las bayonetas caladas.

–El ejército hosteliano cuenta ahora con quinientos fusiles –dijo el Kaw djer con frialdad–. Mañana contará con mil. Pasado mañana con mil quinientos.

El oficial chileno estaba lívido. ¡En qué avispero se había metido! Su misión le parecía muy comprometida. No obstante, quiso poner buena cara al mal tiempo.

–El crucero... –dijo con voz poco firme.

–No le tememos –interrumpió el Kaw–djer–. No tememos ni siquiera a sus cañones, pues nosotros mismos estamos provistos de ellos.

–Chile... –intentó aún esbozar el oficial, que no quería reconocerse vencido.

–Sí –interrumpió de nuevo el Kaw–djer–, Chile tiene más navíos y más soldados. No hay duda. Pero haría un mal negocio empleándolos en contra nuestra. No reducirá fácilmente a la isla Hoste, poblada ahora por más de seis mil habitantes. ¡Sin contar con que los ciento cincuenta hombres que usted ha desembarcado nos servirán de estupendos rehenes!

El oficial guardó silencio. El Kaw–djer añadió con voz grave:

–Bueno, ¿sabe usted quién soy?

El chileno miró a su adversario que tan temible se mostraba. Sin duda éste leyó en la mirada de aquél una elocuente respuesta a la pregunta que le había formulado, pues aún se turbó más.

–¿Qué quiere usted decir con esa pregunta? –balbuceó–. Corrieron rumores hace doce o trece años cuando regresó el Ribarto y su comandante había creído reconocerle. Pero debían ser erróneos, puesto que usted ya los había desmentido antes.

–Aquellos rumores estaban fundados –dijo el Kaw–djer–. Si entonces preferí, si aún me sigue conviniendo olvidarme de quién soy, creo que usted obraría con prudencia recordándolo. Imagino que de ello deducirá que no me sería imposible encontrar ayudas lo suficientemente poderosas como para hacer reflexionar al Gobierno chileno.

El oficial no respondió. Parecía abrumado.

–¿Estima usted –continuó el Kaw–djer–, que me encuentro en situación de no ceder simple y llanamente, sino de tratar de igual a igual?

El oficial chileno levantó la cabeza. ¿Tratar...? ¿Había oído bien...? ¿Podía girar de modo favorable la enojosa aventura en la que se había embarcado con tanta inconsciencia...?

–Falta saber si eso es posible –continuó el Kaw–djer–, y de qué poderes está usted investido.

–De los más amplios –afirmó con vivacidad el oficial chileno.

–¿Por escrito?

–Por escrito.

–En ese caso, haga el favor de comunicármelos –dijo el Kaw–djer con calma.

El oficial sacó de un bolsillo interior de su casaca un segundo pliego que entregó al Kaw–djer.

–Aquí están –dijo.

Si el Kaw–djer hubiera cedido sin resistencia a la primera orden terminante, jamás habría conocido aquel documento que leyó con extrema atención.

–Está en perfecta regla –declaró–. Por consiguiente, su firma tendrá todo el valor compatible con los contratos humanos cuya fragilidad demuestra aquí su presencia.

El oficial se mordió los labios sin responder. El Kaw–djer hizo una pausa y luego continuó:



ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

–Hablemos claro. El Gobierno chileno desea convertirse en soberano de la isla Hoste. Yo podría oponerme a ello; pero consiento. Sin embargo, pondré mis condiciones.

–Escucho –dijo el oficial.

–En primer lugar, el Gobierno chileno no establecerá en la isla Hoste otro impuesto que el concerniente a las minas de oro y deberá continuar igual incluso cuando se hayan agotado. Por el contrario, en lo que respecta a las minas de oro, dispondrá de entera libertad y fijará en su provecho los censos que le convengan.

El oficial no daba crédito a sus oídos. ¡Así que le daban lo esencial, sin dificultades, sin discusión de ningún tipo! Entonces todo lo demás iría por sí solo.

No obstante, el Kaw–djer continuó:

–La soberanía de Chile deberá limitarse a la percepción de un impuesto sobre las minas. La isla Hoste conservará en lo demás toda su autonomía y se quedará con su bandera. Chile podrá mantener aquí a un residente, quedando claro que ese residente sólo tendrá un simple derecho de consejo y que el Gobierno efectivo será ejercido por un comité nombrado por elección y por un gobernador designado por mí.

–Sin duda, ¿ese gobernador será usted? –interrogó el oficial.

–No –protestó el Kaw–djer–. Yo necesito la libertad, total, íntegra, sin límites, y además ya estoy tan cansado de dar órdenes como me siento incapaz de recibirlas. Me retiro, pero me reservo el derecho de elegir a mi sucesor.

El oficial escuchaba sin interrumpir aquellas inesperadas declaraciones. ¿Era sincero aquel amargo desengaño?, ¿no iría el Kaw–djer a exigir nada para sí mismo?

–Mi sucesor se llama Dick –continuó aquél melancólicamente después de un corto silencio–, y carece de otro apellido. Es un hombre joven. Apenas si tiene veintidós años, pero soy yo quien le ha formado y respondo de él. Renunciaré al poder dejándolo entre sus manos, sólo entre sus manos... Esas son mis condiciones.

–Las acepto –dijo vivamente el oficial chileno, demasiado contento por haber triunfado en la cuestión principal.

–Muy bien –aprobó el Kaw–djer–. Voy a redactar nuestros convenios por escrito.

Se puso a hacerlo y luego el tratado fue firmado en triple copia por las partes contratantes.

–Uno de estos ejemplares es para su Gobierno –explicó el Kaw–djer–, otro para mi sucesor. En cuanto al tercero lo guardaré yo, y si no se mantienen los compromisos que en él constan, esté seguro de que sabré actuar al respecto... Pero aún no hemos acabado –añadió, presentando otro documento a su interlocutor–. Nos queda ocuparnos de mi situación personal. Eche una ojeada a este segundo tratado que la soluciona conforme a mi voluntad.

El oficial obedeció. A medida que iba leyendo, su rostro expresaba una creciente estupefacción.

–¡Vaya! –exclamó cuando hubo terminado su lectura–, ¿es en serio lo que usted propone aquí?

–Sí, tan serio –respondió el Kaw–djer– que es la condición sine qua non de mi consentimiento al resto de nuestro acuerdo. ¿Está usted dispuesto a aceptarlo?

–Ahora mismo –afirmó el oficial.

De nuevo fueron intercambiadas las firmas.

–Ya no tenemos nada más que decirnos –concluyó entonces el Kaw–djer–. Haga que sus hombres vuelvan a embarcar y que bajo ningún pretexto vuelvan a poner el pie en la isla Hoste. Mañana podrá ser inaugurado el nuevo régimen. Haré lo necesario para que no se presente ninguna dificultad. Hasta entonces, exijo el más absoluto secreto.

En cuanto estuvo solo, el Kaw–djer mandó buscar a Karroly. Mientras se ejecutaba aquella orden, escribió unas palabras que introdujo en un sobre, adjuntando un ejemplar del tratado concluido con el Gobierno chileno. Aquello, que sólo exigía algunos minutos, estaba terminado desde hacía rato cuando entró el indio.

–Carga estos objetos en la Wel–Kiej –dijo el Kaw–djer, tendiendo a Karroly una lista en la que figuraban, además de cierta

cantidad de víveres, pólvora, balas y sacos de diversos tipos de simientes.

A pesar de sus costumbres de ciega abnegación, Karroly no pudo abstenerse de hacer algunas preguntas. ¿Se iba a ir el Kaw–djer de viaje? ¿Por qué no cogía entonces el balandro del puerto en lugar de la vieja chalupa? Pero a todas estas preguntas, el Kaw–dier respondió con una sola palabra:

–Obedece.

Después de irse Karroly, hizo llamar a Dick.

–Hijo mío –dijo, entregándole el sobre que acababa de cerrar–, te doy este documento. Te pertenece. Lo abrirás mañana cuando salga el sol.

–Así lo haré –prometió Dick simplemente.

No expresó la sorpresa que debía experimentar. Tan grande era el dominio que había adquirido sobre sí mismo que ninguna señal le traicionó. Era una orden lo que había recibido. Una orden se cumple y no se discute.

–¡Bien! –dijo el Kaw–djer–. Ahora, vete, hijo mío y actúa escrupulosamente según mis instrucciones.

Cuando estuvo solo, el Kaw–djer se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Estuvo mirando al exterior durante un largo rato, con el fin de grabar en su memoria lo que no debía volver a ver nunca más. Ante él se encontraba Liberia y más lejos el Bourg Neuf y más lejos aún, los mástiles de los navíos amarrados en el puerto. Caía la tarde, deteniendo el trabajo del día. Primero se animó la carretera del Bourg Neuf, luego brillaron las ventanas de las casas en la creciente oscuridad. Aquella ciudad, aquella laboriosa actividad, aquella calma, aquel orden, aquella felicidad, eran obra suya. Evocó todo el pasado a la vez y suspiró de cansancio y de orgullo.

Había llegado el momento de pensar en sí mismo. Iba a desaparecer sin titubeos de aquella multitud de la que había hecho un pueblo rico, feliz, poderoso. Jefe por jefe, aquel pueblo no apreciaría el cambio. Él, al menos, iría a morir como había vivido, en la libertad.

No iba a entristecer con ningún adiós aquella marcha que era una liberación. Antes de partir, no estrecharía entre sus brazos ni al fiel Karroly, ni a Harry Rhodes, su amigo, ni a Hartlepool, aquel leal y devoto servidor, ni a Halg, ni a Dick, sus hijos. ¿Para qué todo aquello? Por segunda vez, se evadía de la humanidad. Su amor se ensanchaba de nuevo, se hacía vasto como el mundo, impersonal como el de un dios y no necesitaba de aquellos gestos pueriles para satisfacerse. Desaparecería sin una palabra, sin señales.

La noche se hizo profunda. Como los párpados que cierra el sueño, las ventanas de las casas se fueron apagando una a una. Finalmente se quedó dormida la última. Todo estaba oscuro.

El Kaw–djer salió de la Gobernación y se dirigió hacia el Bourg Neuf. La carretera estaba desierta. Hasta el suburbio no se encontró con nadie.

La Wel–Kiej se balanceaba cerca del muelle. Se embarcó en ella y soltó las amarras. En medio del puerto distinguió la oscura masa del buque chileno, a bordo del cual un timonel marcaba medianoche en ese mismo instante. Volviendo la cabeza, el Kaw-djer viró e izó la vela.

La Wel–Kiej adquirió velocidad, maniobró y salió de los espigones. Allí se aceleró su marcha bajo el impulso de una fresca brisa del noroeste. El Kaw–djer, pensativo, mantenía el timón, escuchando la canción del agua contra la borda.

Cuando quiso lanzar una mirada atrás, ya era demasiado tarde. La función ya se había terminado y ya había caído el telón. Todo se desvanecía ya en el pasado.

## Capítulo XV
## ¡Solo!

Dick, atento a no adelantarse al momento fijado, abrió con el primer rayo de sol el sobre que le había dado el Kaw–djer. Leyó:

Hijo mío:

Estoy cansado de vivir y aspiro al reposo. Cuando leas estas palabras, ya habré abandonado la colonia sin ánimo de regreso. Pongo su suerte en tus manos. Eres aún muy joven para asumir esta tarea, pero sé que estarás a su altura.

Ejecuta lealmente el tratado que he firmado con Chile, pero exige rigurosamente otro tanto. Cuando los yacimientos auríferos se hayan agotado, no hay duda de que el Gobierno chileno renunciará por sí solo a una soberanía puramente nominal.

Este tratado les cuesta temporalmente a los hostelianos la isla Hornos, que pasa a ser propiedad personal mía. Volverá a ellos después de mí. Es allí donde me retiro. Es allí donde pienso vivir y morir.

Si Chile faltara a sus compromisos, recordarás el lugar de mi retirada. A excepción de ese caso, quiero que me borres de tu memoria. No es un ruego. Es una orden, la última.

Adiós. No tengas más que un solo objetivo: la Justicia; más que un solo odio: la Esclavitud; más que un solo amor: la Libertad.

En el mismo momento en que Dick, trastornado, leía aquel testamento del hombre a quien tanto debía, éste, con la mente abrumada por gravosos pensamientos, continuaba huyendo, como un punto imperceptible, por la vasta llanura del mar. Nada

había cambiado a bordo de la Wel–Kiej, cuyo timón seguía manteniendo con mano firme.

Pero el alba empurpuró el cielo y un escalofrío de rayos de oro corrió por la superficie palpitante del mar. El Kaw–djer alzó la cabeza; sus ojos escudriñaron el horizonte del sur. A lo lejos apareció la isla Hornos en la luz que se acrecentaba por momentos. El Kaw–djer miró apasionadamente aquel confuso vapor que marcaba el término del viaje, no el que estaba realizando en aquel momento, sino el largo viaje de la vida.

Hacia las diez de la mañana acabó de atracar en el fondo de una pequeña cala al abrigo de la resaca. Enseguida puso pie en tierra y procedió al desembarco de su cargamento. Le bastó media hora para terminar aquel trabajo.

Entonces, como hombre que se apresura por desembarazarse de una tarea dolorosa que ha resuelto llevar a cabo, hundió la chalupa con un furioso golpe de hacha. El agua entró burbujeante por la herida. La Wel–Kiej, como se hubiera tambaleado un hombre herido de muerte, se inclinó sobre babor, osciló y se fue a pique en el agua profunda... Con aire sombrío, el Kaw–djer miró como se la tragaba el agua. Algo se desangraba en él. Experimentaba la vergüenza y remordimientos de un asesino por la destrucción de la fiel chalupa que durante tanto tiempo le había transportado. Con aquel asesinato había matado a un mismo tiempo el pasado. El último hilo que le unía con el resto del mundo estaba definitivamente cortado.

Empleó toda la jornada en subir hasta el faro todos los objetos que había traído consigo y en visitar sus dominios. El faro, las máquinas preparadas para funcionar, la vivienda amueblada, todo allí estaba completamente terminado. Por otro lado, desde un punto de vista material, le sería fácil vivir allí, gracias al almacén provisto con creces de víveres, a los pájaros marinos que mataría con su fusil, a los granos de los que estaba abastecido y que sembraría en los huecos del peñasco.

Terminada su instalación, salió un poco antes de que finalizara el día. A poca distancia de la puerta vio un montón de

piedras, donde se habían acumulado los desechos de los cimientos.

Una de aquellas piedras atrajo más vivamente su atención. Había rodado hasta el borde del banco. Hubiera bastado con empujarla con el pie para que se la tragara el mar.

El Kaw–djer se acercó. Una llama de desprecio y de odio brillaba en su mirada...

No se había equivocado. Aquella piedra rayada con brillantes líneas, era un cuarzo aurífero. Quizá contenía toda una fortuna que los obreros no habían sabido reconocer. Yacía allí, abandonada como un bloque sin valor.

¡Hasta allí le perseguía aquel maldito metal...! Volvió a ver los desastres que se habían abatido sobre la isla Hoste, el enloquecimiento de la colonia, la invasión de los aventureros que habían acudido de todos los rincones del mundo, el hambre... la miseria... la ruina...

Empujó con el pie la enorme pepita en el abismo, luego, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la punta extrema del cabo.

Detrás suyo se alzaba el pilón metálico en cuya cima se encontraba la linterna y de donde por vez primera iba a surgir en aquel momento un poderoso rayo que mostraría la ruta correcta a los navíos.

Frente al mar, el Kaw–djer recorrió con la mirada el horizonte.

Otro atardecer, ya había estado en ese final de la tierra habitable. Aquel mismo atardecer, el cañón del Jonathan en peligro retumbaba lúgubremente en la tempestad. ¡Qué recuerdo...! ¡Hacía trece años de aquello!

Pero ahora la extensión estaba vacía. Por muy lejos que fuera su mirada, por doquier, por todos lados, no había nada en derredor suyo más que el mar. Y aun cuando hubiera franqueado la barrera del cielo que limitaba su vista, tampoco se le habría aparecido ninguna vida. Más allá, muy lejos, en el misterio de la Antár-

tida, hay un mundo muerto, una región de hielo donde nada de lo que vive podría subsistir.

Había alcanzado el objetivo y así era el refugio. ¿Por qué siniestro camino había sido conducido a él? No obstante, no había sufrido los dolores habituales de los hombres. Él mismo era el autor y víctima de sus males. En lugar de llegar a aquél peñasco perdido en un desierto líquido, sólo habría dependido de él haber sido uno de esos seres felices a quienes se envidia, uno de esos seres poderosos ante los cuales se inclinan las cabezas. ¡Y no obstante estaba allí...!

En efecto, en ninguna otra parte habría tenido la fuerza de soportar el fardo de su vida. Los dramas más desgarradores son los del pensamiento. Para quien los ha sufrido, para quien los ha superado, agotado, desamparado, expulsado de las bases sobre las que ha construido, no hay más remedio que la muerte o el claustro. El Kaw–djer había elegido el claustro. Aquel peñasco era una celda de infranqueables muros de luz y de espacio.

Después de todo, su destino era tan válido como otro cualquiera. Nosotros morimos, pero nuestros actos no mueren, pues se perpetúan en sus consecuencias infinitas. Caminantes de un día, nuestros pasos dejan en la arena del camino eternas huellas. Nada sucede que no haya sido determinado por lo que le ha precedido y el futuro está hecho de desconocidos prolongamientos del pasado. Fuese cual fuese ese futuro, aun cuando el pueblo que él había creado debiera desaparecer después de una efímera existencia, aun cuando abolida la tierra se dispersara en el infinito cósmico, la obra del Kaw-djer no moriría jamás.

Así pensaba el Kaw–djer, de pie como una altiva columna en la cima del arrecife, iluminado todo por los rayos del sol poniente, con sus cabellos de nieve y su larga barba blanca flotando en la brisa, contemplando la inmensa extensión ante la cual, lejos de todos, útil a todos, iba a vivir libre; solo, para siempre.

# Índice

Primera Parte
Capítulo I
El guanaco ..... 7
Capítulo II
Misteriosa existencia ..... 15
Capítulo III
El final de un país libre ..... 25
Capítulo IV
En la costa ..... 37
Capítulo V
Los náufragos ..... 47

Segunda Parte
Capítulo I
En tierra ..... 53
Capítulo II
Mi primera ley ..... 81
Capítulo III
En la bahía de Scotchwell ..... 91
Capítulo IV
El invierno ..... 107
Capítulo V
Barco a la vista ..... 129
Capítulo VI
Libres ..... 153
Capítulo VII
La primera infancia de un pueblo ..... 163
Capítulo VIII
Halg y Sirk ..... 191
Capítulo IX
El segundo invierno ..... 211

ESTE LIBRO FUE AUTORIZADO POR ELALEPH.COM PARA EL USO EXCLUSIVO DE
TXODDI YUBRAGAD (TXODDI@GMAIL.COM)

Capítulo X
Sangre ..... 223
Capítulo XI
Un jefe ..... 235

Tercera Parte
Capítulo I
Primeras medidas ..... 247
Capítulo II
La ciudad naciente ..... 263
Capítulo III
El atentado ..... 283
Capítulo IV
En las cuevas ..... 299
Capítulo V
Un héroe ..... 317
Capítulo VI
Durante dieciocho meses ..... 331
Capítulo VII
La invasión ..... 351
Capítulo VIII
Un traidor ..... 365
Capítulo IX
La Patria Hosteliana ..... 379
Capítulo X
Cinco años después ..... 397
Capítulo XI
La fiebre del oro ..... 415
Capítulo XII
El saqueo de la isla ..... 431
Capítulo XIII
Una jornada triste ..... 449
Capítulo XIV
La abdicación ..... 463
Capítulo XV
¡Solo! ..... 483

Índice ..... 487